

LAS CRÓNICAS DE
SHANNARA

LIBRO 4

LOS HEREDEROS DE SHANNARA

TERRY BROOKS



Lectulandia

Han pasado trescientos años desde la muerte de Allanon y las Cuatro Tierras han cambiado drásticamente. El gobierno de la Tierra del Sur ha quedado en manos del cruel régimen totalitario de la Federación, que ha hecho prisioneros a los enanos, y los elfos han desaparecido misteriosamente de la faz del mundo. Además, la magia está totalmente prohibida.

Para salvar el destino de las Cuatro Tierras, el fantasma de Allanon encomienda a Cogline, un antiguo druida, una importante misión: reunir a los descendientes de los grandes héroes de Shannara, quienes deberán recuperar la espada perdida y traer de vuelta a los elfos y la magia. Pero ¿lograrán hacer frente al tenebroso poder de la Federación?

Lectulandia

Terry Brooks

Los herederos de Shannara

Las crónicas de Shannara. El legado de Shannara - 1

ePub r1.0

Titivillus 20.09.2017

Título original: *The Scions of Shannara*
Terry Brooks, 1990
Traducción: María Alberdi

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

*Para Judine,
que hace posible toda la magia.*

El anciano estaba sentado a la sombra de los Dientes del Dragón, contemplando cómo la creciente oscuridad perseguía la luz hacia el oeste. Había sido un día fresco, demasiado para estar en pleno verano, y la noche prometía ser fría. Nubes dispersas manchaban el cielo y proyectaban sus siluetas sobre la tierra mientras vagaban como bestias sin rumbo entre la luna y las estrellas. Un silencio ocupó el vacío que había dejado la decreciente luz y daba la sensación de que una voz esperaba el momento oportuno para hablar.

El anciano pensó que era un silencio que susurraba magia.

Ante él ardía una pequeña hoguera, tan solo el inicio de la que necesitaba. Al fin y al cabo, iba a ausentarse durante horas. Examinó el fuego con una mezcla de expectación e inquietud antes de agacharse para echar algunos troncos grandes y secos, que avivaron las llamas de forma instantánea. Atizó la hoguera con un palo largo y retrocedió debido al calor. Se quedó inmóvil en el límite de la luz, atrapado entre el fuego y la creciente oscuridad, como si fuera una criatura que podría haber pertenecido a ambos o a ninguno.

Sus ojos destellaron cuando miró a lo lejos. Los picos de los Dientes del Dragón destacaban contra el cielo como huesos que brotaban de la tierra. El silencio envolvía las montañas como la niebla en una mañana gélida, ocultando sueños de todas las épocas.

La hoguera chisporroteó con fuerza y el anciano se sacudió una mota de ceniza incandescente que había caído sobre él. No era más que un manojo de ramas pobremente atadas que podrían convertirse en polvo ante una fuerte ráfaga de viento. Unas ropas grises y una capa de leñador colgaban de él como si fuera un espantapájaros. Tenía la piel curtida y oscura, pegada a los huesos. Tenía la cabeza poblada por una cabellera y una barba blancas que parecían jirones de gasa a la luz de la hoguera. Su aspecto era tan arrugado y encorvado que parecía que tuviera cien años.

En realidad, tenía casi mil.

«Qué extraño», pensó de repente al recordar su edad. Parantor, los Consejos de las Razas e incluso los druidas ya habían desaparecido. Era extraño que él hubiera conseguido sobrevivir a todos ellos.

Sacudió la cabeza. Había pasado tanto tiempo desde aquel período de su vida que a duras penas lograba recordarlo. Se había convencido de que aquella etapa había terminado, que se había ido para siempre. Había llegado a considerarse libre. Suponía que nunca lo había sido. Es imposible liberarse de algo que, al fin y al cabo, era la razón por la cual continuaba con vida.

¿De qué otra forma, excepto por el Sueño del Druida, podría estar todavía ahí?

Ante la caída de la noche, lo recorrió un escalofrío, y la oscuridad lo envolvió tan pronto como el último rayo de sol se deslizó bajo el horizonte. Había llegado la hora. Los sueños le habían dicho que tenía que ser justo ahora, y él confiaba en los sueños porque los comprendía. Eso también formaba parte de su antigua vida, que nunca le dejaría escapar: sueños, visiones de mundos de más allá de otros mundos, de presagios y realidades, de cosas que podían ser y que, a veces, debían suceder.

Se apartó de la hoguera y empezó a ascender por el angosto sendero que se abría entre las rocas. Las sombras se acercaban a él y su contacto era gélido. Caminó durante mucho tiempo, atravesando estrechos desfiladeros, saltando sobre enormes piedras, sorteando desfiladeros escarpados y grietas abiertas en las rocas. Cuando emergió de nuevo a la luz, se encontró ante un valle pedregoso y poco profundo, dominado por un lago cristalino que reflejaba su severo semblante con un color verdoso.

El lago era el lugar de descanso para los espíritus errantes de los druidas. Lo habían convocado en el Cuerno del Hades.

—Será mejor que continúe —gruñó en voz baja.

Descendió hacia el valle con lentitud y cautela; caminaba con paso inseguro, mientras en los oídos le resonaban los latidos del corazón. Había estado lejos de aquel lugar durante mucho tiempo. Las aguas que se extendían ante él no se movieron; allí yacían los espíritus dormidos. Era mejor así, pensó. Era preferible que nada interrumpiera su sueño.

Llegó a la orilla del lago y se detuvo. Todo estaba en silencio. Inspiró profundamente y, cuando expulsó el aire de los pulmones, se produjo un sonido semejante al de las hojas secas lanzadas por el viento contra las rocas. Hurgó en su cinturón hasta encontrar una pequeña bolsa y desató el cordel que la mantenía cerrada. Sacó con sumo cuidado un puñado de polvo negro con destellos plateados. Vaciló y, entonces, lo arrojó al aire sobre el lago.

El polvo explotó y se elevó hacia el cielo, emitiendo una extraña luz que iluminó el aire a su alrededor con la misma claridad que si volviera a ser de día. No había calor, solo luz. Brillaba y danzaba en la noche como si fuera un ser vivo. El anciano observaba, envuelto en sus ropas y su capa de leñador. Le brillaban los ojos por el reflejo del resplandor. Se meció ligeramente hacia atrás y hacia delante y, durante un breve instante, volvió a sentirse joven.

De repente, una sombra apareció en medio de la luz, saliendo de ella como si fuera un fantasma; una forma tenebrosa que parecía haberse extraviado de la oscuridad que había detrás. No se había perdido, la habían llamado. La sombra se estrechó y formó una silueta. Era el espectro de un hombre encapuchado, completamente de negro, una figura alta y amenazante que cualquier persona que la hubiese visto con anterioridad podría haber reconocido.

—Allanon —susurró el anciano.

La figura encapuchada inclinó hacia atrás la cabeza para permitir que la luz desvelara sus duras facciones: un rostro anguloso y barbudo, unas finas y largas nariz y boca, una frente que daba la impresión de estar forjada en hierro, unos ojos que parecían mirar directamente el alma. Estos encontraron rápidamente al anciano y se clavaron en él.

—Te necesito...

La voz sonó como un susurro en la mente del anciano, como un siseo de insatisfacción y urgencia. El espíritu se comunicaba solo a través del pensamiento. El anciano se encogió momentáneamente, deseando que el ser al que había convocado desapareciera al instante. Pero enseguida se recobró y se enfrentó con firmeza a sus miedos.

—¡Ya no soy uno de vosotros! —gritó, con los ojos entrecerrados, olvidando que no era necesario hablar en voz alta—. ¡No puedes darme órdenes!

—No te doy órdenes. Te lo pido. Escúchame. Tú eres todo lo que queda, el único hasta que surja mi sucesor. ¿Entiendes...?

—¿Entender? ¡Ja! —El anciano emitió una risa nerviosa—. ¿Quién entiende mejor que yo?

—Una parte de ti siempre será lo que antaño nunca habrías dudado que eras. La magia persiste en ti. Siempre. Ayúdame. He enviado los sueños, y los descendientes de Shannara no responden. Alguien ha de ir a por ellos. Alguien debe hacer que comprendan. Tú...

—¡Yo no! ¡He vivido apartado de las razas durante muchos años, no deseo involucrarme en sus problemas! —respondió el anciano, que se incorporó y frunció el ceño—. Me aparté de esos sinsentidos hace mucho tiempo.

El espíritu pareció elevarse y ensancharse de repente ante él, y sintió que él mismo se elevaba sobre la tierra. Ascendió hacia el cielo y se adentró en la noche. No opuso resistencia, aunque sentía que la ira del otro fluía a través de él como un río negro. La voz del espíritu era igual que un rechinar de huesos.

—Observa...

Las Cuatro Tierras aparecieron extendidas ante él, formando un conjunto de praderas, montañas, colinas, lagos, bosques y ríos, cuyos colores abrillantaba la luz del sol. Aunque sabía que solo era una visión, verlas tan claramente y desde tan arriba lo dejó sin aliento. Sin embargo, la luz comenzó a debilitarse casi al instante y los colores empezaron a desvanecerse. Todo quedó envuelto por la oscuridad, llena de una niebla densa y gris y de cenizas sulfurosas procedentes de volcanes inactivos. La tierra perdió todo su atractivo y se volvió yerma y sin vida. Sintió que empezaba a descender, asqueado por las vistas y los olores que captaron sus sentidos. Los hombres vagaban entre la devastación en manadas, eran más animales que personas. Se rajaban y despedazaban unos a otros entre aullidos y gritos. Sombras tenebrosas, que carecían de sustancia pero tenían ojos de fuego, revoloteaban a su alrededor. Se desplazaban entre ellos, se unían a ellos, se volvían ellos y, por último, se alejaban de

ellos otra vez. Interpretaban una danza macabra, pero con un propósito. Las sombras devoraban a los humanos, se alimentaban de ellos.

—Observa...

La visión había cambiado. Se vio a sí mismo como un mendigo esquelético y andrajoso ante un caldero de extraño fuego blanco que hervía, burbujeaba y susurraba su nombre. Los vapores se elevaron y serpentearon hacia él envolviéndolo y acariciándolo como si fuera su hijo. Las sombras revolotearon a su alrededor y entraron en su cuerpo como si fuese una caja vacía donde pudieran jugar a su antojo. Sintió su contacto y quiso gritar.

—Observa...

La visión cambió una vez más. Había un inmenso bosque, en cuyo centro se alzaba una gran montaña. En su cima había un castillo, viejo y ruinoso. Las torres y las almenas resaltaban en la negrura. «¡Paranor!», pensó. «¡Paranor, de nuevo!». Un sentimiento brillante y lleno de esperanza brotó en su interior, y quiso gritar de júbilo. Pero los vapores ya empezaban a enroscarse en el castillo y las sombras revoloteaban cerca. La antigua fortaleza empezó a agrietarse y a derrumbarse; las piedras y el mortero saltaban como si estuvieran atrapados en un torno. La tierra tembló y los hombres aullaron como bestias. Entonces, brotó un estallido de fuego que partió la montaña donde estaba Paranor, y con ella, el castillo mismo. Un lamento inundó el aire, el sonido de alguien despojado de la única esperanza que todavía le quedaba. El anciano reconoció el lamento como propio.

Entonces las imágenes desaparecieron y se encontró de nuevo ante el Cuerno del Hades, a la sombra de los Dientes del Dragón, sin otra compañía que el espíritu de Allanon. A pesar de su resolución, estaba temblando.

El espíritu le señaló.

—Será como te he mostrado si se ignoran los sueños. También será así si fallas. Tienes que ayudarme. Ve en su busca. Ve en busca del chico, de la chica y del Tío Oscuro. Diles que los sueños son reales. Diles que acudan a mí la primera noche de luna nueva, cuando finalice el ciclo actual. Entonces hablaré con ellos...

El anciano frunció el ceño, farfulló y se mordió el labio inferior. Volvió a atar los cordones de la bolsa con los dedos y la sujetó de nuevo al cinturón.

—¡Lo haré porque no hay nadie más! —respondió el anciano, que escupía con disgusto las palabras—. Pero no esperes...

—Tan solo encuéntralos. No se necesita nada más. No se te pedirá nada más. Ve...

El espíritu de Allanon destelló y desapareció. La luz se extinguió y el valle volvió a estar vacío. El anciano contempló durante un momento las quietas aguas del lago y después se alejó.

La hoguera que había dejado atrás continuaba encendida, pero era pequeña y tenía un aspecto frágil en la noche. Contempló de forma ausente las llamas. Luego se agachó y removió las cenizas mientras escuchaba el silencio de sus pensamientos.

Conocía al chico, a la chica y al Tío Oscuro. Eran los descendientes de Shannara, los únicos que podían salvarlos a todos, los únicos que podían traer de vuelta la magia. Sacudió su canosa cabeza. ¿Cómo conseguiría convencerlos? Si no habían escuchado a Allanon, ¿qué posibilidades podía tener él de que lo escucharan?

Volvió a ver en su mente aquellas aterradoras visiones. Tenía que encontrar la forma de que lo escuchasen. Porque, como solía recordarse a sí mismo, sabía algo de visiones, y aquellas encerraban una verdad que hasta una persona como él, que había abjurado de los druidas y de su magia, podía reconocer.

Si los descendientes de Shannara no lo escuchaban, aquellas visiones se harían realidad.

Par Ohmsford se detuvo en la puerta trasera de la cervecería Barba Azul y miró el túnel oscuro que la estrecha calle abría entre los edificios hasta el centelleo de las luces de Varfleet. La cervecería Barba Azul era un caserón viejo y destartado, con muros de madera y tejado hecho también con piezas de madera y parecía, a ojos de todo el mundo, que había sido en algún momento un granero. Tenía dormitorios en la segunda planta, sobre el comedor y los almacenes ubicados en la parte trasera. El edificio se levantaba sobre una colina situada en el extremo occidental de la ciudad, asentada como la base de un grupo de edificios que formaban una especie de U torcida.

Par respiró profundamente el aire nocturno, saboreando sus aromas. Olores de ciudad, olores de vida, de estofados de carnes y verduras aderezados con especias, de licores duros y cerveza fuerte; perfumes procedentes de las habitaciones y de los cuerpos, de los arneses de cuero, del hierro de las forjas aún al rojo vivo sobre carbones que nunca se apagan, de sudor de animales y hombres en espacios reducidos; el gusto de piedra, madera y polvo que se mezclaban, se combinaban y ocasionalmente se liberaban para imponerse a los demás. Al final del callejón, más allá de las puertas traseras, llenas de pintadas, de tiendas y negocios, la colina descendía hacia la parte oriental del centro de la ciudad. Un conjunto de edificios feos y sin color bajo la luz del día, un laberinto de muros de piedra y de calles, de fachadas de madera y tejados acabados en punta, presentaba un aspecto muy distinto por la noche. Las casas se desvanecían en la oscuridad y aparecían las luces, millares de ellas, que se extendían hasta donde alcanzaba la vista como un enjambre de luciérnagas. Punteaban el oculto paisaje y parpadeaban en la oscuridad, trazando líneas de oro sobre la piel líquida del río Mermidon, que seguía su curso hacia el sur. Entonces Varfleet era hermosa; como por arte de magia, la criada se transformaba en la reina de las hadas.

A Par le encantaba la idea de una ciudad mágica. En cualquier caso, le gustaba la ciudad, su extensión y la mezcla de gentes y cosas, la rica variedad de sus vidas. Era completamente distinta de Valle Sombrío, la aldea boscosa donde había crecido. Carecía de la pureza de los árboles y arroyos, de la soledad, de la sensación de que el tiempo no avanzaba que impregnaba Valle Sombrío. La ciudad no sabía nada de eso y no le podría haber importado menos. Pero a Par no le importaba. Le gustaba de todas formas. Nadie lo obligaba a elegir entre las dos. No había ninguna razón para no apreciar ambas.

Por supuesto, Coll no estaba de acuerdo. Tenía una visión diferente. Él no veía más que una ciudad de bandidos al límite de las leyes de la Federación, una guarida

de malhechores, un lugar donde cualquiera podía irse de rositas de cualquier fechoría. No existía un lugar peor en todo Callahorn, ni siquiera en toda la Tierra del Sur. Coll odiaba la ciudad.

El sonido de voces y los ecos de brindis surgieron de la oscuridad que se extendía a sus espaldas, cuando los sonidos de la cervecería quedaron libres por unos instantes al abrirse la puerta, y desaparecieron al cerrarse. Se volvió. Su hermano avanzaba sigilosamente, con el rostro oculto por la oscuridad.

—Casi es la hora —dijo Coll cuando alcanzó a su hermano.

Par asintió. Parecía pequeño y delgaducho al lado de Coll, que era alto y fuerte, de facciones marcadas y pelo color barro. Un extraño nunca habría pensado que pudieran ser hermanos. Coll era el típico hombre del valle, curtido y duro, con unas manos y pies enormes. Estos eran fuente de bromas recurrentes. Par solía compararlos con los de un pato. En cambio, Par era delgado y rubio, de rasgos inequívocamente élficos, desde las puntiagudas orejas y cejas hasta el fino contorno de la cara. Hubo una época en que la sangre élfica casi se había extinguido de la familia, resultado de las numerosas generaciones de Ohmsford que habían vivido en Valle Sombrío. Pero hacía algunas generaciones (así se lo había contado su padre) su tatarabuelo había vuelto a la Tierra del Sur y a la de los elfos, donde se casó con una elfa que le dio un hijo y una hija. El hijo se casó con otra elfa y, por razones desconocidas, la joven pareja, que serían los bisabuelos de Par, tomó la decisión de regresar a Valle Sombrío y aportar nueva sangre élfica al linaje de los Ohmsford. A pesar de ello, la mayoría de miembros de la familia no mostraban ningún rasgo de esta herencia mixta. Coll y sus padres, Jaralan y Mirianna, eran un claro ejemplo. En cambio, el linaje de Par resultaba obvio.

Por desgracia, ser reconocido por esto no era deseable. En Varfleet lo ocultaba depilándose las cejas, dejándose el pelo largo para ocultar las orejas y oscureciéndose la cara. No tenía otra opción. Hoy en día no era prudente llamar la atención acerca del linaje élfico.

—Esta noche se ha vestido bien, ¿verdad? —inquirió Coll, mientras dirigía su mirada por la calle hacia la ciudad que se extendía debajo—. De terciopelo negro y lentejuelas. Sin desatender ningún detalle. Esta ciudad es una chica lista. Hasta el cielo es amigo suyo.

Par sonrió. Su hermano, el poeta. El cielo estaba despejado, iluminado por las estrellas y una pequeña pero creciente luna.

—Podría llegar a gustarte si le dieras una oportunidad.

—¿A mí? —gruñó Coll—. De ninguna manera. Estoy aquí porque tú estás aquí. No me quedaría ni un minuto más si no tuviera que hacerlo.

—Puedes marcharte si quieres.

—No empecemos otra vez, Par —repuso Coll, visiblemente disgustado—. Ya hemos pasado por esto. Fuiste tú quien pensó que deberíamos venir a las ciudades del norte. No me gustó la idea entonces, ni me gusta ahora. Pero eso no cambia el hecho

de que decidiéramos hacerlo juntos, tú y yo. ¡Buen hermano sería yo si te dejase aquí y regresara a Valle Sombrío! En cualquier caso, no creo que fueras capaz de arreglártelas sin mí.

—De acuerdo, de acuerdo. Yo solo quería... —se apresuró a responder Par, que intentaba disculparse.

—¡Divertirte a mi costa! —concluyó Coll acaloradamente—. Lo has hecho varias veces últimamente. Y parece que te gusta.

—No es cierto.

Coll lo ignoró y contempló la oscuridad.

—Jamás me burlaría de alguien con pies de pato.

—Curiosas palabras para un hombrecito de orejas puntiagudas —respondió Coll, que esbozó una sonrisa muy a su pesar—. ¡Tendrías que estarme agradecido por haberme quedado a cuidar de ti!

Par le propinó un empujoncito juguetón y los dos hermanos rieron. Después se quedaron en silencio, mirándose en la oscuridad, escuchando los sonidos procedentes de la cervecería y de las calles que conducían a ella. Par suspiró. Era una cálida y tranquila noche veraniega que hacía que los duros y fríos días de hacía pocas semanas quedaran atrás en la memoria. Era la clase de noche en que los problemas se disipan y afloran los sueños.

—Se rumorea que hay buscadores en la ciudad —dijo Coll de repente, y arruinó su alegría.

—Siempre hay rumores —respondió Par.

—Y los rumores con frecuencia son verdad. Se dice que planean apresar a todas las personas que practican la magia y cerrar las cervecerías —repuso Coll, mirándolo con intensidad—. Buscadores, Par, no soldados. Buscadores.

Par sabía lo que eran. Los buscadores, la policía secreta de la Federación, la mano armada de los Legisladores del Consejo de la Coalición.

Hacía dos semanas que Coll y él habían llegado a Varfleet. Habían viajado hacia el norte desde Valle Sombrío, abandonando la seguridad, la familiaridad y la protección del hogar para dirigirse a las tierras fronterizas de Callahorn. Habían emprendido el viaje porque Par pensaba que era su deber, que había llegado el momento de contar sus historias en otros lugares, que era necesario ver más allá de lo que la gente de Valle Sombrío conocía. Se dirigieron a Varfleet porque era una ciudad abierta, libre del Gobierno de la Federación, un refugio para proscritos y refugiados, pero también para las ideas; un lugar donde la gente todavía escuchaba con la mente abierta, un sitio donde la magia aún se toleraba, y hasta se solicitaba. Él poseía la magia y, con Coll a remolque, se dirigió a Varfleet para compartir sus maravillas. Había muchos practicantes de la magia, pero la suya era muy diferente. La suya era real.

Encontraron la cervecería Barba Azul el primer día que llegaron, una de las más grandes y conocidas de la ciudad. En la primera conversación, Par persuadió al

propietario para que los contratara. Tal y como esperaban. Al fin y al cabo, podía persuadir a cualquiera con la canción.

Magia auténtica. Movió los labios sin llegar a pronunciar las palabras.

No quedaba mucha magia verdadera en las Cuatro Tierras ni en las lejanas zonas desiertas donde el Gobierno de la Federación todavía no había llegado. La canción era todo lo que quedaba de la magia de los Ohmsford. Se había transmitido a lo largo de diez generaciones hasta alcanzarlo a él. El don se había saltado algunos miembros de su familia, seleccionando caprichosamente. Coll no lo poseía, ni tampoco sus padres. De hecho, ningún miembro del linaje de los Ohmsford lo había tenido desde que sus bisabuelos regresaron de la Tierra del Oeste. Pero él había poseído la magia desde su nacimiento, la misma magia que había surgido hacía casi trescientos años antes con su antepasado Jair. Así lo contaban los relatos y las leyendas. Deséalo, cántalo. Podía crear imágenes tan vívidas en las mentes de quienes la escuchaban que para ellos eran reales. Podía crear realidades de la nada.

Eso era lo que lo había llevado a Varfleet. Durante trescientos años, la familia Ohmsford había transmitido las historias de la casa élfica de Shannara. Se decía que esta práctica la había iniciado Jair, pero la realidad es que se había iniciado mucho antes, cuando los relatos no se referían a la magia, porque aún no había sido descubierta, sino al mundo antiguo que había sido destruido por las Grandes Guerras, y los narradores eran los pocos supervivientes de aquel aterrador holocausto. Sin embargo, fue Jair el primero en incorporar la canción a los relatos para dar realismo a las imágenes creadas con sus palabras, para lograr que sus historias adquiriesen vida en la mente de sus oyentes. Eran narraciones de los viejos días, leyendas de la casa élfica de Shannara, de los druidas y su castillo de Paranor, de elfos y enanos, y de la magia que gobernaba sus vidas. Eran las historias de Shea Ohmsford y su hermano Flick, y de su búsqueda de la espada de Shannara; de Wil Ohmsford y Amberle, la bella y trágica elfa, y de su lucha por desterrar a las hordas de demonios de vuelta a la Prohibición; de Jair Ohmsford y su hermana Brin, de su expedición a la fortaleza de Marca Gris y de su enfrentamiento con los mordíferos y el Ildatch; de los druidas Allanon y Bremen; del rey de los elfos Eventine Elessedil; de guerreros como Balinor Buckhannah y Stee Jans; y de muchos otros y variados héroes. Quienes habían poseído el don de la canción y utilizaron su magia. Aquellos que no se valieron de simples palabras. Los Ohmsford habían ido de aquí para allá, y muchos se habían llevado consigo los relatos a tierras lejanas. Pero ya hacía tres generaciones que ningún miembro de la familia había narrado las historias fuera de Valle Sombrío. Nadie había querido correr el riesgo de ser capturado.

El riesgo era real. La práctica de la magia, en cualquiera de sus formas, estaba prohibida en las Cuatro Tierras o, al menos, allí donde gobernaba la Federación, lo cual, en la práctica, significaba lo mismo. Así había sido durante cien años. En todo ese tiempo ningún Ohmsford había salido de Valle Sombrío. Par era el primero. Estaba cansado de relatar una y otra vez las mismas historias a los mismos oyentes.

Había otros que también necesitaban oírlos, conocer la verdad sobre los druidas y la magia, sobre las luchas que precedieron a la época en que vivían. El miedo a ser capturado era menor a la llamada que sentía, y tomó la decisión pese a la oposición de sus padres y de Coll. Al final, Coll se comprometió a acompañarlo, como hacía siempre que, en su opinión, Par necesitaba protección. Varfleet sería el principio, una ciudad donde todavía se practicaba la magia en sus formas menores, un secreto a voces que desafiaba a la Federación. Pero la magia que podía hallarse en Varfleet era tan menor que casi no merecía la pena. Callahorn era solo un protectorado de la Federación, y Varfleet, una ciudad tan lejana que casi podía considerarse parte de los territorios libres. Todavía no había sido ocupada por el ejército. Hasta ahora la Federación había desdeñado preocuparse por ella.

Pero... ¿buscadores? Par sacudió la cabeza. Los buscadores eran otro asunto. Solo aparecían cuando la Federación intentaba seriamente erradicar la práctica de magia. Nadie quería tener nada que ver con ellos.

—Este lugar se está volviendo demasiado peligroso para nosotros —dijo Coll como si leyera los pensamientos de Par—. Nos acabarán descubriendo.

—Solo somos uno más entre los cientos de practicantes del arte —contestó—. Solo uno en una ciudad de muchos.

—Uno entre cientos, sí, pero el único que utiliza verdadera magia —insistió Coll, mirándolo.

Par miró atrás. En la cervecería les pagaban bien, más de lo que nunca habían visto. Lo necesitaban para pagar los impuestos que exigía la Federación. Lo necesitaban para su familia y para Valle Sombrío. Odiaba tener que renunciar a eso por un simple rumor.

Apretó los dientes. Odiaba aún más renunciar porque eso significaba que las historias volverían a Valle Sombrío para esconderse allí, sin ser explicadas a aquellos que necesitaban escucharlas. Eso significaría rendirse a la represión de ideas y prácticas que sufrían las Cuatro Tierras, permitir que la tuerca diera una vuelta más.

—Tenemos que irnos —insistió Coll, interrumpiendo sus pensamientos.

Par sintió un súbito acceso de ira antes de darse cuenta de que su hermano no se refería a irse de la ciudad, sino del umbral de la cervecería para ir al escenario interior. La multitud los estaría esperando. Dejó que se disipara la ira y sintió como la tristeza ocupaba su lugar.

—Desearía haber vivido en otra época —murmuró, y se detuvo al ver que Coll tensaba los músculos—. Me gustaría que volviera a haber elfos y druidas. Y héroes. Me gustaría que volviera a haber héroes... aunque solo fuese uno.

Su voz fue bajando de volumen y empezó súbitamente a pensar en otras cosas.

Coll se separó de la puerta, apoyó una de sus enormes manos en el hombro de su hermano y lo obligó a darse la vuelta para que mirase de frente el oscuro corredor.

—Si continúas cantando sobre ello, ¿quién sabe? Quizá vengan.

Par se dejó conducir al interior como si fuese un niño. Ya no pensaba en héroes,

elfos o druidas; ni siquiera pensaba en los buscadores.

Pensaba en los sueños.

Contaban la historia de la resistencia que opusieron los elfos en la cuenca de Haly. Cómo Eventine Elesedil, los elfos, Stee Jans y los Cuerpos de Voluntarios de la Legión lucharon para defender Línea Quebrada contra el embate de las hordas de demonios. Era una de las historias favoritas de Par, la primera de las grandes batallas élficas en aquella terrible guerra de la Tierra del Oeste. Estaban sobre una plataforma baja situada en un extremo de la estancia principal de la taberna, Par delante, y Coll al lado, un paso detrás. Las luces se atenuaron, enfrente había un mar de cuerpos hacinados y atentos. Mientras Coll narraba la historia, Par utilizaba la canción para acompañarla con imágenes, y la cervecería cobró vida con la magia de su voz. Evocó en el centenar o más de personas los sentimientos de miedo, ira y determinación de los defensores de la cuenca. Les dejó ver la furia de los demonios, que escucharan sus gritos de guerra. Los atrapó y no los dejaría nunca escaparse. Estuvieron en el lugar en que se produjo el asalto de los demonios. Contemplaron las heridas de Eventine y el ascenso de su hijo Ander a líder de los elfos; al druida Allanon enfrentarse prácticamente solo a la magia demoníaca y rechazarla. Experimentaron la vida y la muerte tan estrechamente que era casi aterrador.

Cuando Coll y él terminaron el relato, hubo un silencio de asombro y, a continuación, el salvaje estruendo de jarras de cerveza, vítores y gritos de júbilo que superaron a los de cualquier actuación anterior. Tan vehemente era el entusiasmo de los oyentes que durante un momento pareció que la cervecería iba a derrumbarse. Par estaba empapado en sudor, consciente por vez primera del gran esfuerzo que le había supuesto. Sin embargo, su mente estaba lejos de aquello cuando abandonaron la plataforma para disfrutar del breve descanso que se les concedía entre relatos, pensando todavía en los sueños.

Coll se detuvo para coger un vaso de cerveza de un almacén abierto y Par continuó caminando pasillo abajo hasta llegar a un barril colocado junto a la puerta de la bodega. Se sentó sobre él, agotado, sumido en sus pensamientos.

Había tenido aquellos sueños desde hacía casi un mes, pero continuaba sin saber por qué.

Se producían con una frecuencia inquietante. Siempre empezaban con una figura envuelta en una capa negra que emergía de un lago; una figura que podía ser la de Allanon y un lago que podía ser el Cuerno del Hades. Había imágenes brillantes en sus sueños, y el aire etéreo de las visiones las hacía difíciles de interpretar. La figura siempre le hablaba, siempre decía las mismas palabras: «Ven a mí, te necesito. Las Cuatro Tierras corren un grave peligro. La magia casi se ha perdido. Ven ahora, hijo de Shannara».

Había más, aunque el resto variaba. A veces veía imágenes de un mundo nacido de una innombrable pesadilla; otras, de los talismanes perdidos: la espada de Shannara y las piedras élficas. En ocasiones también llamaba a Wren, la pequeña

Wren, y en otras a su tío Walker Boh. También ellos debían acudir. También eran necesarios.

Tras la primera noche, decidió que los sueños eran los efectos secundarios del uso prolongado de la canción. Cantaba las viejas historias del Señor de los Brujos y de los Portadores de la Calavera, de los demonios y los mordíferos, de Allanon y un mundo amenazado por el mal, y era natural que algunas de aquellas historias y sus imágenes pasasen a formar parte de sus sueños. Intentó combatir el efecto usando la canción en narraciones más ligeras, pero no sirvió de nada. Los sueños persistieron. Había reprimido el deseo de contárselo a Coll, porque lo habría utilizado como un nuevo argumento para convencerle que debía dejar de invocar a la magia de la canción y volver a Valle Sombrío.

Entonces, hacía tres noches que los sueños habían cesado tan bruscamente como se habían iniciado. Ahora se preguntaba por qué. Se preguntaba si quizá se había equivocado con su origen. Consideró la posibilidad de que en vez de ser autoinducidos quizá eran enviados.

Pero ¿quién se los podría haber enviado?

¿Allanon? ¿Realmente podía ser Allanon, que había muerto hacía trescientos años?

¿Otra persona?

¿Otra cosa? ¿Algo que tuviera razones para no desearle ningún bien?

Se estremeció ante la idea, la borró de su mente y volvió rápidamente hacia la sala en busca de Coll.

* * *

La multitud de espectadores era todavía mayor para la segunda narración. Junto a las paredes se alineaban las personas que no habían encontrado sillas ni bancos para sentarse. El Barba Azul era una gran cervecería, con un salón de más de treinta metros de anchura y techo con vigas de madera al descubierto de las que colgaban lámparas de aceite y redes de pescar, al parecer con la idea de dar sensación de intimidad. Par no habría podido soportar más intimidad, porque eran muchos los clientes que se apiñaban junto la plataforma, algunos incluso estaban sentados en ella mientras bebían. Era un público diferente del anterior, aunque el joven del valle no habría sabido decir por qué se lo parecía. Tenía una sensación diferente al respecto, como si estuvieran extrañamente maquillados. Seguramente Coll también lo había sentido. Miró varias veces a Par mientras se preparaban para actuar, y sus oscuros ojos reflejaban inquietud.

Un hombre alto, con barba negra, envuelto en una capa de leñador parda, se abrió paso a través de la multitud hasta llegar al borde de la plataforma y se colocó entre

otros dos hombres. Los dos hombres lo miraron como si fueran a decirle algo, pero al ver su rostro de cerca, se lo pensaron mejor. Par los observó un momento, y apartó la vista. Sintió que todo iba mal.

Coll se inclinó hacia él cuando empezaron a sonar rítmicamente las palmadas. La multitud se impacientaba.

—Par, esto no me gusta nada. Hay algo...

No pudo acabar la frase. El dueño de la cervecería se había acercado para decirles, en claros términos, que iniciaran su actuación antes de que el público se descontrolase y empezara a romper cosas. Coll se apartó sin pronunciar una sola palabra. Las luces se atenuaron y Par empezó a cantar. La historia narraba la lucha de Allanon contra los jachyra. Coll empezó a hablar y describió el entorno, explicó a los reunidos cómo era el día y cómo era el valle en el que se había adentrado el druida con Brin Ohmsford y Rone Leah, cómo todo de repente enmudeció. Par creó las imágenes en las mentes de los oyentes, infundiendo en ellos la ansiedad y la expectación, intentando sin éxito no experimentar lo mismo él.

De pronto, varios hombres situados en el fondo de la sala bloquearon las puertas y ventanas. Después se quitaron las capas, mostrando que vestían completamente de negro. Las armas destellaron. Sobre el pecho y las mangas de sus trajes había unos parches blancos, algún tipo de insignia. Par pestañeó y aguzó su vista de elfo.

Una cabeza de lobo.

Los hombres de negro eran buscadores.

Titubeó, y las imágenes brillaron y perdieron fuerza. Los hombres empezaron a quejarse y a mirar a su alrededor. Coll interrumpió su narración. Había movimiento en todas partes. Había alguien tras ellos, escondido en la oscuridad. En todas partes había alguien.

Coll se acercó a su hermano, en un gesto protector.

Entonces se encendieron de nuevo las luces y un grupo de buscadores vestidos de negro avanzó desde la puerta principal. Hubo gritos y gruñidos de protesta, pero quienes los profirieron se apartaron rápidamente de su camino. El dueño del Barba Azul intentó intervenir, pero lo empujaron hacia un lado.

El grupo de buscadores se detuvo ante la plataforma. Otro grupo bloqueó las salidas. También vestían de negro de la cabeza a los pies, con el rostro tapado hasta la boca y las insignias con la cabeza de lobo emitiendo destellos. Iban armados con espadas cortas, dagas y porras, y las tenían preparadas. Eran un grupo muy distinto los unos de los otros, altos y bajos, erguidos y encorvados, pero todos tenían en común un aspecto salvaje, tanto en la forma en la que se controlaban como en sus ojos.

Su jefe era un individuo enorme y altísimo, con brazos tremendamente largos y un musculoso cuerpo. Su boca, que la máscara no llegaba a cubrir, tenía un gesto duro, y una barba rojiza, corta y gruesa cubría su barbilla. Llevaba en la mano izquierda un guante que le llegaba hasta el codo.

—¿Vuestros nombres? —preguntó. Su voz era muy suave, casi como un susurro.

—¿Qué hemos hecho? —respondió vacilante.

—¿Es tu apellido Ohmsford? —le preguntó el buscador, que lo miraba intensamente.

—Sí —asintió Par—. Pero no hemos...

—Quedáis detenidos por haber violado la Ley Suprema de la Federación — anunció la suave voz. Se escucharon las quejas de algunos clientes—. Habéis utilizado la magia y desafiado...

—¡Solo estaban contando historias! —gritó uno de los hombres que estaban cerca. Un buscador descargó sobre él un golpe con su porra, y el hombre se desplomó.

—Habéis utilizado la magia y desafiado los mandatos de la Federación y, en consecuencia, habéis puesto en peligro a los espectadores. —Ni siquiera se molestó en mirar al hombre caído—. Seréis llevados...

Nunca acabó la frase. De repente, una lámpara de aceite se desplomó del centro del techo y explotó en una lluvia de llamas sobre el suelo de la abarrotada cervecería. La gente se puso de pie de un salto entre alaridos. El que estaba hablando y sus compañeros se volvieron, sorprendidos. En ese mismo instante, el hombre alto y barbudo que se había sentado antes en el borde de la plataforma se levantó de repente, arrolló a varios clientes que estaban desprevenidos, cargó contra el grupo de buscadores y los derribó. Luego saltó al escenario frente a Par y Coll Ohmsford, se despojó de la raída capa para mostrar un cazador armado hasta los dientes, vestido de verde bosque. Alzó el brazo y cerró la mano.

—¡Nacidos libres! —gritó en medio de la confusión.

Pareció que todo se precipitaba después de eso. Las decorativas redes se soltaron de algún modo y siguieron el camino de la lámpara de aceite hacia el suelo. En un instante, quedaron enredados casi todos los reunidos en el Barba Azul. Se oyeron gritos y maldiciones de aquellos que se habían quedado atrapados. Por las puertas irrumpieron hombres vestidos de verde que atacaron a los desconcertados buscadores y los derribaron. Las lámparas de aceite se apagaron de golpe y la sala quedó sumida en la oscuridad.

El hombre alto pasó junto a Par y Coll a una velocidad que no habrían creído posible. De una sola patada derribó al buscador que bloqueaba la salida trasera, rompiéndole la cabeza. En sus manos aparecieron una daga y una espada corta, y otros dos también cayeron.

—¡Por aquí, rápido! —les gritó a Par y a Coll.

Los dos lo obedecieron inmediatamente. Una figura negra los agarró mientras corrían, pero Coll la empujó hacia la masa de gente que luchaba entre sí. Se volvió para asegurarse de que no había perdido a su hermano, y su manaza se cerró sobre el delgado hombro de Par, que no pudo reprimir un grito. Coll siempre olvidaba lo fuerte que era.

Abandonaron el escenario y alcanzaron el pasillo trasero, precedidos varios pasos por el alto desconocido. Alguien intentó detenerlos, pero el desconocido pasó por encima de él. El estrépito de la sala era ensordecedor y las llamas se extendían por todas partes, lamiendo hambrientas el suelo y las paredes.

El desconocido los condujo rápidamente por el pasillo y a través de la puerta trasera que daba al callejón. Había otros dos hombres vestidos de verde que los estaban esperando. Sin decir ni una palabra, rodearon a los hermanos y los sacaron rápidamente de la cervecería. Par miró hacia atrás. Las llamas asomaban ya por las ventanas y trepaban hacia el tejado. Aquella sería la última noche del Barba Azul.

Corrieron por el callejón entre rostros sorprendidos y ojos desorbitados, y entraron en un pasadizo que Par juraría que no había visto nunca a pesar de sus muchos paseos por la zona. Atravesaron varias puertas y recovecos, y finalmente salieron a una calle totalmente nueva. Nadie había hablado. Cuando por fin estuvieron lejos de los gritos y el resplandor del fuego, el desconocido aminoró la marcha, hizo señas a sus dos compañeros para que montaran guardia y empujó a Par y Coll dentro de una sombría alcoba.

Jadeaban a causa de la carrera. El desconocido se volvió hacia ellos y les dedicó una amplia sonrisa.

—Dicen que un poco de ejercicio es bueno para la digestión. ¿Qué os parece? ¿Estáis bien?

Los dos hermanos asintieron.

—¿Quién eres? —preguntó Par.

—Prácticamente uno de la familia, muchacho —respondió el desconocido, y sonrió más ampliamente—. ¿No me reconocéis? ¿No, verdad? Pero ¿por qué tendríais que reconocerme? Después de todo, nunca nos habíamos visto. Quizá las canciones puedan ayudarte a recordar. —Cerró la mano izquierda y formó un puño del que emergió bruscamente un solo dedo, que apoyó en la nariz de Par—. ¿Me recuerdas ahora?

—No creo... —balbuceó Par desconcertado, mirando a Coll, que parecía tan confuso como él.

—Bien, bien, de momento no importa. Todo a su debido tiempo. —Se inclinó hacia él—. Este ya no es un país seguro para ti, muchacho. Desde luego no lo es Varfleet y, probablemente, tampoco el resto de Callahorn. Quizá ningún sitio lo sea. ¿Sabes quién era aquel de allí atrás? ¿El tipo feo de la voz suave?

Par intentó identificar a aquel altísimo individuo que hablaba con suavidad, pero no lo consiguió y sacudió su cabeza lentamente.

—Rimmer Dall —dijo el desconocido. Su sonrisa había desaparecido—. El primer buscador, el pez gordo en persona. Forma parte del Consejo de la Coalición cuando no está fuera cazando moscas. Pero debe de tener un interés especial en ti, ya que se ha molestado en venir a Varfleet para arrestarte. Eso no forma parte de su caza de moscas habitual. Esto es ir a cazar osos. Cree que eres peligroso, muchacho, muy

peligroso; si no fuera así, no se hubiese molestado en hacer todo el camino hasta aquí. Menos mal que yo estaba buscándote. Sabes que te buscaba. Escuché que Rimmer Dall iba a venir a por ti y vine para impedir que hiciera su trabajo. Esta vez has podido librarte de sus garras, pero eso solo aumentará su determinación. Seguirá viniendo a por ti.

Hizo una breve pausa para comprobar el efecto de lo que estaba diciendo. Par lo miraba fijamente, completamente mudo, así que continuó.

—La magia que tú posees, la canción, es magia auténtica, ¿verdad? He visto lo suficiente de la otra clase para saberlo. Podrías darle un buen uso si quisieras, muchacho. La estás desperdiciando en esas cervecerías y callejuelas.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Coll, receloso.

—El Movimiento necesita esta magia —respondió el desconocido esbozando una encantadora y afable sonrisa.

—¡Eres uno de los proscritos! —dijo Coll con un bufido.

—Sí, muchacho, y me siento muy orgulloso de serlo —respondió el desconocido, haciendo una breve reverencia—. Pero hay algo más importante. Soy un nacido libre y no acepto las leyes de la Federación. Ningún hombre cuerdo lo haría. —Se acercó un poco más—. Tú tampoco las aceptas, ¿verdad? Reconócelo.

—Difícilmente —respondió Coll, a la defensiva—. Pero dudo mucho que los proscritos sean mucho mejores.

—¡Esas son duras palabras, muchacho! —exclamó el hombre—. Tienes suerte de que no me ofenda con facilidad —concluyó, sonriendo pícaramente.

—¿Qué es lo que quieres? —lo interrumpió Par, cuya mente ya se había aclarado. Había estado pensando en Rimmer Dall. Conocía su reputación y estaba asustado ante la perspectiva de que lo cazase—. Quieres que nos unamos a ti, ¿no es eso? —dijo sin esperar la respuesta.

—Creo que lo encontrarás digno de tu tiempo —respondió el desconocido, asintiendo.

Par negó con la cabeza. Una cosa era aceptar la ayuda del desconocido para escapar de los buscadores y otra muy distinta unirse al Movimiento. Aquello requería más tiempo para pensar.

—Creo que, por ahora, será mejor que declinemos —dijo sin mostrar ninguna emoción—. Suponiendo que tengamos elección.

—¡Pues claro que tenéis elección! —El desconocido pareció ofendido.

—Entonces debemos decir no. Pero te agradecemos el ofrecimiento y, especialmente, la ayuda que nos has brindado antes.

—Seríais bien recibidos, creedme —respondió con solemnidad el desconocido, tras estudiarlo durante un momento—. Solo deseo lo mejor para ti, Par Ohmsford. Toma, coge esto. —Se quitó un anillo de plata con el emblema de un halcón—. Mis amigos me reconocen por esto. Si necesitas un favor o cambias de opinión, llévalo a la forja de Kiltan en Punta de Reaver, en el extremo norte de la ciudad, y pregunta

por el Arquero. ¿Lo recordarás?

—Pero ¿por qué...? —inquirió Par, que asintió y cogió el anillo, tras un instante de vacilación.

—Porque tenemos muchas cosas en común, muchacho —respondió suavemente, anticipándose a la pregunta—. Existe una historia que nos vincula, un lazo tan fuerte que exige que, si puedo, esté allí donde me necesitéis —prosiguió, extendiendo una mano y apoyándola en el hombro de Par, mientras con su mirada también abarcaba a Coll—. Es más, exige que permanezcamos unidos contra lo que amenaza esta tierra. Recuerda eso también. Creo que un día lo conseguiremos... si logramos permanecer con vida hasta entonces.

Les dedicó una sonrisa.

—Ya es hora de que nos vayamos, y rápidamente —continuó diciendo el hombre desconocido a los dos hermanos que lo observaban en silencio. El desconocido retiró la mano de su hombro—. Esta calle sigue hasta el río. Desde aquí podéis ir donde queráis. Pero tened cuidado. Guardaos bien las espaldas. Esto no se ha acabado.

—Lo sé —afirmó Par, y le tendió su mano—. ¿Estás seguro que no vas a decirnos tu nombre?

—Otro día —respondió el desconocido tras un breve instante de duda.

Estrechó con fuerza las manos de Par y de Coll. Después silbó a sus compañeros para que se acercaran, dirigió un gesto de despedida a los hermanos, se fundió en las sombras y desapareció.

Par miró fijamente el anillo durante un momento y luego miró inquisitivamente a Coll. Desde algún lugar cercano empezaron a sonar gritos.

—Creo que las preguntas tendrán que esperar —dijo Coll.

Par guardó el anillo en un bolsillo y, sin decir nada, desaparecieron en la noche.

Era casi medianoche cuando Par y Coll llegaron a los muelles de Varfleet. Allí fueron conscientes por primera vez de lo poco preparados que estaban para huir de Rimmer Dall y sus buscadores de la Federación. Ninguno de los dos había previsto la necesidad de huir y, por tanto, ninguno había traído nada de lo necesario para emprender un largo viaje. No tenían comida, ni mantas, ni otras armas aparte de los cuchillos largos que llevaban todos los hombres vallenses, tampoco equipo de acampada ni contra el mal tiempo. Y, lo que aún era peor, tampoco tenían dinero. El dueño de la cervecería no les había pagado la mensualidad y el incendio había acabado con todas sus pertenencias, incluido el dinero que habían ahorrado el mes anterior. Solo contaban con lo puesto, y con un creciente miedo que les hizo pensar que deberían de haberse quedado un poco más con el desconocido sin nombre.

Los muelles eran una destartalada masa de cobertizos, espigones, talleres de reparación y almacenes. Había luces encendidas por toda su extensión, y los estibadores y pescadores bebían y bromeaban bajo la luz de las lámparas de aceite y de las pipas. Salía humo de los hornillos de estaño y de los barriles, y el olor a pescado lo impregnaba todo.

—Tal vez lo hayan dejado estar por ahora —sugirió Par—. Los buscadores, quiero decir. Quizá no se molesten en buscar a nadie hasta la mañana... o quizá para siempre.

—Quizá las vacas vuelen —respondió Coll a su hermano y lo miró con una ceja arqueada que decía muchas cosas. A continuación, posó la vista a lo lejos—. Tendríamos que haber insistido en que no se demorase tanto el pago de nuestro trabajo, ahora no nos veríamos en este apuro.

—No creo que eso hubiese supuesto alguna diferencia —repuso Par, encogido de hombros.

—¿No lo habría hecho? Al menos tendríamos un poco de dinero.

—Siempre que se nos hubiese ocurrido llevarlo encima durante la actuación. ¿Cuán probable te parece eso?

—Nos lo debe el dueño de la cervecería —respondió Coll, haciendo un gesto de desaliento.

Caminaron hasta el extremo sur de los muelles sin volver a hablar, y se detuvieron al final de la zona iluminada que dejaba paso a la oscuridad. Entonces se miraron el uno al otro. La noche se había vuelto más fría y sus ropas eran demasiado finas para abrigo. Tiritaban, con las manos metidas en los bolsillos y los brazos pegados al cuerpo. A su alrededor zumbaban moleestamente los insectos.

—¿Tienes idea de adónde podemos ir, Par? —preguntó Coll entre suspiros—.

¿Tienes algún tipo de plan en mente?

Par sacó las manos de los bolsillos y las frotó enérgicamente una contra la otra.

—Sí. Pero necesitamos una barca para llegar.

—Hacia el sur entonces. ¿Siguiendo el curso del Mermidon?

—Hasta el final.

Coll esbozó una sonrisa malentendiendo sus palabras. Pensaba que volvían a Valle Sombrío. Par decidió que era mejor dejarlo con aquella idea.

—Espera aquí —dijo Coll, desapareciendo antes de que su hermano pudiese objetar.

Par se quedó solo en la oscuridad del final de los muelles durante un tiempo que a él le pareció una hora, aunque, probablemente, estaba más cerca de media. Se dirigió hacia un banco situado junto a un almacén de pescado y se sentó al abrigo de la brisa nocturna. Sentía una mezcla de emociones. Se sentía furioso, sobre todo con el desconocido que les había ayudado a huir y después los había abandonado. Desde luego, él mismo se lo había pedido, pero eso no hacía que se sintiera mejor. La Federación los perseguía como si fuesen vulgares ladrones, y la culpa era suya por haber sido lo bastante estúpido para creer que podía utilizar la auténtica magia cuando estaba totalmente prohibida. Una cosa era hacer el tonto con las magias del juego de manos o el cambio rápido; otra muy distinta, utilizar la magia de la canción. Era demasiado obvio que era real, y él debería haber sido consciente de que antes o después la noticia llegaría a oídos de las autoridades.

Extendió las piernas y cruzó las botas. Bueno, nada podía hacerse ya. Coll y él simplemente tendrían que empezar de nuevo. Nunca se le habría ocurrido rendirse. Las historias eran demasiado importantes, y él había asumido la responsabilidad de que no fueran olvidadas. Estaba convencido de que el don de la magia se le había concedido expresamente con ese propósito. No importaba lo que dijera la Federación, que declaraba que la magia estaba fuera de la ley, alegando que provocaba graves daños para la tierra y sus habitantes. ¿Qué sabía la Federación sobre la magia? Los miembros del Consejo de la Coalición no tenían ninguna experiencia práctica, sino que simplemente habían decidido que era necesario hacer algo para ocuparse de las inquietudes de quienes afirmaban que algunas zonas de las Cuatro Tierras estaban enfermando, y que en ellas los hombres empezaban a transformarse en algo parecido a las criaturas oscuras de la época de Jair Ohmsford, criaturas de naturaleza miserable y rastrera que desafiaban toda comprensión, seres que obtenían su poder de la noche y de magias perdidas desde los tiempos de los druidas.

Incluso les habían dado un nombre a aquellas criaturas. Las llamaron umbríos.

De repente, Par pensó de nuevo, con desagrado, en los sueños y en el ser oscuro que se valía de ellos para convocarlo.

Entonces fue consciente de que la noche estaba en silencio: las voces de los pescadores y de los trabajadores del puerto, el zumbido de los insectos y hasta el rumor del viento habían desaparecido. Oía el sonido de su propio pulso en las orejas

y el susurro de algo más...

Entonces, el ruido de un chapoteo lo obligó a levantarse, alarmado. A menos de cuatro metros, Coll salió del río Mermidon y se le acercó, desnudo y chorreando agua. Par recobró la compostura y lo miró, sin dar crédito a sus ojos.

—¡Me has asustado! ¿Qué estabas haciendo?

—¿Qué crees que estaba haciendo? —sonrió Coll—. Nadar.

Lo que en realidad estaba haciendo, como Par descubrió tras presionarle un poco más, era apropiarse de un esquife pesquero perteneciente al dueño del Barba Azul. Este se lo había mencionado a Coll una o dos veces, cuando fanfarroneaba sobre sus habilidades para la pesca. Coll lo recordó cuando Par dijo que necesitaban una embarcación. Recordaba también la descripción que había hecho el cervecero sobre el cobertizo para barcos donde lo guardaba, y había ido a buscarlo. Por tanto, solo tuvo que nadar hasta el lugar donde lo guardaba, hacer saltar la cerradura del cobertizo, desatar las amarras y llevárselo.

—Es lo menos que nos debe después de los beneficios que le proporcionamos —dijo, justificándose mientras se secaba y vestía.

Par no opuso ninguna objeción. Necesitaban la embarcación mucho más que el dueño de la cervecería y, probablemente, aquella era su única oportunidad de encontrar una. Asumiendo que los buscadores todavía continuaran rastreando la ciudad, su única alternativa era atravesar a pie las montañas Runne, y para aquello tardarían más de una semana. Sin embargo, siguiendo el curso del río Mermidon en una embarcación era un viaje de solo unos pocos días. Después de todo, no era como si estuvieran robando el esquife. Se corrigió. Bueno, quizá sí, pero lo devolverían o entregarían la compensación adecuada cuando pudieran. El esquife tenía unos cuatro metros de eslora. Estaba equipado con remos, material de pesca, equipo para cocinar y acampar, un par de mantas y una tienda de lona alquitranada. Subieron a bordo y lo impulsaron hacia la oscuridad, dejando que lo arrastrase la corriente lejos de la orilla.

Navegaron siguiendo el curso del río durante toda la noche y utilizaron los remos para mantener la embarcación en el centro del cauce mientras escuchaban los sonidos nocturnos, vigilando las orillas e intentando mantenerse despiertos. Mientras viajaban, Coll expuso su teoría sobre lo que debían hacer a continuación. Era imposible, por supuesto, regresar a Callahorn en un futuro inmediato. La Federación seguiría buscándolos. De hecho, también sería peligroso dirigirse a cualquiera de las ciudades de la Tierra del Sur, porque las autoridades de la Federación estacionadas en ellas podían estar alertadas. Lo mejor para ellos era regresar a Valle Sombrío. Aún podrían contar historias, no inmediatamente, pero sí tras un mes o así, cuando la Federación dejara de buscarlos. Después podrían viajar a algunas de las aldeas más pequeñas, a las comunidades más aisladas, a los lugares que la Federación raramente visitaba. Así no tendrían ningún problema.

Par lo dejó divagar. Suponía que su hermano no creía en sus propias palabras, pero aunque no fuese así no tenía ningún sentido discutir sobre ello ahora.

Al amanecer se dirigieron a la orilla y acamparon en una arboleda de sombríos árboles, al pie de un risco azotado por el viento. Durmieron hasta el mediodía, y luego se levantaron para pescar y comer los peces capturados. Al comienzo de la tarde volvieron a embarcarse, y así continuaron hasta que mucho después de la puesta de sol regresaron, otra vez, a la orilla y montaron campamento. Empezaba a llover y desplegaron la tienda de lona para cobijarse. Encendieron un pequeño fuego, se envolvieron en las mantas y se sentaron en silencio de cara al río, contemplando como las gotas aumentaban su corriente y formaban intrincados patrones sobre su trémula superficie.

Hablaron durante un rato sobre cómo habían cambiado las cosas en las Cuatro Tierras desde la época de Jair Ohmsford.

Trescientos años antes, la Federación solo gobernaba las ciudades más remotas de la Tierra del Sur, siguiendo una estricta política de aislacionismo. El Consejo de la Coalición, que ejercía su liderazgo incluso entonces, estaba constituido por los enviados electos de las ciudades como representantes para su Gobierno. Pero los ejércitos de la Federación empezaron a gradualmente dominar el Consejo, y la política aislacionista cedió el paso a una expansionista. La Federación decidió que había llegado el momento de ampliar su esfera de influencia, de ensanchar sus fronteras y ofrecer una opción de liderazgo al resto de la Tierra del Sur. Era lógico que la Tierra del Sur estuviera unida bajo un solo Gobierno. ¿Y quién mejor para hacerlo que la Federación?

Así había empezado. La Federación comenzó a presionar hacia el norte, por donde pasaba engullía pueblos y comarcas de la Tierra del Sur. Cien años después de la muerte de Jair Ohmsford, toda la zona al sur de Callahorn estaba gobernada por la Federación. Las otras razas, los elfos, los troles, los enanos e incluso los gnomos miraban con nerviosismo hacia el sur. Poco después, Callahorn accedió a convertirse en protectorado. Hacía mucho tiempo que sus reyes habían muerto, sus ciudades estaban enemistadas y divididas, y la última barrera entre la Federación y las tierras restantes había desaparecido.

Fue también en aquella época cuando empezaron a correr los rumores sobre los umbríos, y se echaba la culpa de su aparición a la magia de la antigüedad. Se decía que la magia se había sementado, se había nutrido de la tierra durante décadas y que ahora volvía a la vida. La magia adoptaba formas diversas; a veces no era nada más que una ráfaga de viento frío y otras algo vagamente humano. Era etiquetada, en cualquier caso, como umbríos. Los umbríos hicieron enfermar la tierra y su vida, convirtiendo prados en lodazales de podredumbre y muerte. Atacaban a los seres vivos, fuesen hombres o bestias, y cuando estaban bastante debilitados se apoderaban de ellos por completo poseyendo sus cuerpos y residiendo en ellos, como fantasmas ocultos. Necesitaban la vida de otras criaturas para poder subsistir. Así era como sobrevivían.

La Federación otorgó credibilidad a tales rumores, admitió la posibilidad de que

aquellas criaturas pudieran existir y afirmó rotundamente que solo ellos eran lo bastante fuertes para protegerse de ellas.

Nadie argumentó que la culpa de los umbríos, o lo que fuera que causara el problema, podría no estar relacionado con la magia. Era más fácil aceptar la explicación ofrecida por la Federación. Después de todo, no había magia en la tierra desde la extinción de los druidas. Los Ohmsford contaban sus historias, desde luego, pero eran muy pocos los que las escuchaban, y muchos menos los que las creían. La mayoría pensaba que los druidas eran solo una leyenda. Cuando Callahorn aceptó convertirse en un protectorado y la ciudad de Tyrsis fue ocupada, la espada de Shannara desapareció. Nadie supo cómo pasó ni se preocupó mucho por ello. La espada no había sido vista en los últimos doscientos años. Solo veían la cripta en el centro del Parque del Pueblo que antes la guardaba, clavada en un tocón petrificado, según se decía.

Las piedras élficas desaparecieron poco después. No había archivos de qué fue de ellas, ni siquiera los Ohmsford lo sabían.

A continuación, los Wempezaron a desaparecer. Comunidades enteras, ciudades enteras, incluso la ciudad de Arborlon había desaparecido. Finalmente no quedaron más elfos. Fue como si nunca hubiesen existido. La Tierra del Oeste, con la excepción de algunos cazadores y tramperos procedentes de otros lugares y de las bandas errantes de nómadas, quedó desierta. Estos, rechazados en todas partes, siempre habían estado allí, pero dijeron que no sabían nada de lo que pudiera haberles pasado a los elfos. La Federación rápidamente tomó ventaja de la situación. Declaró que la Tierra del Oeste era el semillero de la magia que era la raíz de los problemas de las Cuatro Tierras. Al fin y al cabo, habían sido los elfos quienes habían introducido la magia en las Tierras hacía años. Ellos habían sido los primeros en practicarla. La magia los había consumido, y eso debía servir de lección para todos los que pretendieran imitarlos.

La Federación hizo hincapié en este punto prohibiendo la práctica de la magia en cualquiera de sus formas. Convirtió en protectorado la Tierra del Oeste, aunque sin ocuparla, porque la Federación no tenía suficientes soldados para patrullar un territorio tan vasto sin ayuda, pero prometió que eventualmente la limpiaría de los efectos malignos de cualquier magia persistente.

Poco después, la Federación declaró la guerra a los enanos. Lo hizo con la excusa de que ellos la habían provocado, aunque jamás se aclaró de qué manera. El resultado casi se sabía de antemano. La Federación contaba con el ejército más numeroso y mejor entrenado y equipado de las Cuatro Tierras en aquella época, y los enanos carecían de ejército profesional. Además, ya no contaban con la alianza de los elfos, como en los años previos, y nunca habían sido amigos de los gnomos ni de los troles. No obstante, la guerra se prolongó durante casi cinco años. Los enanos conocían la montañosa Tierra del Este mucho mejor que la Federación; y aunque Culhaven cayó casi de inmediato, continuaron la lucha en las tierras altas hasta que el hambre los

obligó a rendirse. Los bajaron a las montañas y los enviaron a las minas de la Federación en el sur, donde murió la mayoría. Después de ver lo que les había sucedido a los enanos, las tribus de gnomos se sometieron sin oponer la menor resistencia. La Tierra del Oeste también fue declarada un protectorado de la Federación.

Permanecieron algunos focos de resistencia aislados. Todavía quedaban un puñado de enanos y tribus dispersas de gnomos que se negaban a reconocer el dominio de la Federación y continuaban luchando desde las profundas áreas desérticas del norte y del este. Pero eran muy pocos como para marcar alguna diferencia.

Para señalar la unificación de la mayor parte de las Cuatro Tierras y en honor a lo que se había trabajado para conseguirlo, la Federación erigió un monumento en el extremo norte del lago del Arco Iris, donde desembocaba el río Mermidon después de atravesar las montañas Runne. El monumento estaba construido completamente en granito negro, se asentaba sobre una base amplia y cuadrada, y sobre ella se alzaba una torre monolítica que superaba en más de cien metros los acantilados cercanos y se veía a una distancia de varios kilómetros a la redonda. La torre se llamó Atalaya del Sur. De esto hacía casi cien años. Ahora solo los troles continuaban como un pueblo libre, todavía atrincherado en las profundas montañas de la Tierra del Norte, las montañas de Charnal, y en las Tierras de Kershalt. Aquel era un país peligroso y hostil, una fortaleza natural, y ningún miembro de la Federación estaba dispuesto a internarse en él. Se decidió dejarlo mientras los troles no interfirieran en los asuntos de las otras tierras. A lo largo de la historia, los troles habían sido un pueblo solitario; por tanto, fueron felices con aquel trato.

—¡Es todo tan diferente ahora! —concluyó Par con melancolía, mientras continuaban sentados en su refugio contemplando como la lluvia caía sobre el Mermidon—. Ya no existen los druidas, ni Paranor, ni la magia, excepto la falsa y la poca que nosotros conocemos. Ni los elfos. ¿Qué crees que les pasó, Coll? —Hizo una pausa, pero Coll no tenía nada que decir—. Sin monarquías, ni Leah, ni Buckhannah, ni los Cuerpos de Voluntarios de la Legión, ni todo lo que Callahorn representaba.

—Ni libertad —finalizó Coll en tono lúgubre.

—Ni libertad —repitió Par. Se echó hacia atrás y apretó las piernas dobladas contra su pecho—. Me gustaría saber cómo desaparecieron las piedras élficas —prosiguió—. Y la espada. ¿Qué pasó con la espada de Shannara?

—Lo mismo que con todas las demás cosas al final. Se perdió —respondió Coll resignado.

—¿Qué quieres decir? ¿Cómo pudieron dejar que se perdiera?

—Nadie la estaría cuidando.

Par pensó en ello. Tenía sentido. Nadie se había preocupado mucho de la magia tras la muerte de Allanon, después de la desaparición de los druidas. La magia había

sido ignorada, como si fuera una reliquia de otro tiempo, temida e incomprendida por la mayoría. Era mejor olvidarla, y eso hicieron. Todos lo hicieron, incluidos los Ohmsford, porque de lo contrario todavía tendrían las piedras élficas. Todo lo que quedaba de su magia era la canción.

—Conocemos las historias, los cuentos de cómo fue. Sabemos toda la historia y, a pesar de eso, no sabemos nada —susurró.

—Sabemos que la Federación no quiere que hablemos sobre ella —observó Coll en tono irónico—. Sabemos eso.

—A veces me pregunto qué diferencia marca eso, de todas formas. —El rostro de Par se contrajo en una mueca—. Después de todo, la gente viene a escucharnos, pero ¿hay alguno que recuerde al día siguiente lo que ha oído? ¿Alguien aparte de nosotros? ¿Y qué si lo hacen? Solo es historia antigua, y para muchos ni siquiera eso. Para ellos no son más que leyendas y mitos; un cúmulo de sinsentidos.

—No para todos —dijo Coll tranquilamente.

—¿Qué uso tiene la canción si contar historias no va a marcar ninguna diferencia? Tal vez el desconocido tuviese razón. Quizá haya mejores usos para la magia.

—¿Como ayudar a los proscritos en su lucha contra la Federación? ¿Dejando que te maten? —Coll sacudió la cabeza—. Eso es tan inútil como no usarla para nada.

De alguna parte del río les llegó el ruido de un súbito chapoteo, y los dos hermanos se volvieron para averiguar su origen. Pero solo vieron las aguas golpeadas por la lluvia, nada más.

—Todo parece inútil —dijo Par, y dio un puntapié—. ¿Qué estamos haciendo, Coll? Huir de Varfleet como si también nosotros fuésemos proscritos, forzados a coger este bote como si fuéramos unos ladrones y correr a casa como perros con el rabo entre las piernas. ¿Por qué crees que aún podemos usar la magia? —le preguntó tras hacer una breve pausa, observando a su hermano.

—¿Qué quieres decir? —inquirió Coll a su vez, que volvió la cara ligeramente hacia su hermano.

—¿Por qué la tenemos? ¿Por qué no desapareció junto con todo lo demás? ¿Crees que existe alguna razón?

—No lo sé —respondió Coll finalmente, tras un largo silencio—. No sé cómo es tener magia.

Par lo miró fijamente, comprendiendo de repente lo que había preguntado y avergonzado por haberlo hecho.

—No es que yo quiera tenerla, entiéndelo —se apresuró a aclarar Coll, consciente del malestar de su hermano—. Uno de nosotros con magia es suficiente —concluyó, sonriendo.

—Eso espero —respondió Par devolviéndole la sonrisa y dirigiéndole una cariñosa mirada. Luego bostezó—. ¿Quieres ir a dormir?

—No, quiero hablar un poco más —respondió Coll, con un gesto negativo y echando hacia atrás su gran cuerpo ligeramente, lejos de la luz—. Es una buena

noche para hablar.

Pero, a continuación, se quedó en silencio como si no tuviera nada que decir. Par lo estudió un breve instante, y entonces los dos volvieron la vista al Mermidon y se fijaron en una enorme rama que se arrastraba sobre sus aguas, posiblemente arrancada por la tormenta. El viento, que al principio había soplado con fuerza, se había calmado, y la lluvia caía en vertical, produciendo un continuo y apacible sonido al chocar contra las hojas de los árboles.

Par se encontró pensando en el desconocido que los había rescatado de los buscadores de la Federación. Había pasado casi todo el día empeñado en identificarlo, y todavía no tenía ninguna pista de quién era. Sin embargo, había algo familiar en su forma de hablar, su seguridad y la confianza que inspiraba. Le recordaba a algún personaje de las historias que contaba, pero no conseguía decidir quién. Había tantos relatos y tantos de ellos eran sobre hombres como ese, héroes de los días de la magia y de los druidas, héroes que creía desaparecidos de esta era. Aunque quizá había estado equivocado. El desconocido había actuado de una forma increíble cuando los rescató en el Barba Azul. Parecía dispuesto a enfrentarse a toda la Federación. Quizá aún quedaba esperanza para las Cuatro Tierras.

Se inclinó hacia delante y echó unos cuantos palos secos a la pequeña hoguera, contemplando las volutas de humo que salían de la tienda de lona para perderse en la noche. Un relámpago lejano destelló de repente en el este, seguido por el largo retumbar del trueno.

—Algunas ropas secas nos irían bien ahora —murmuró—. Las mías están húmedas solo por el aire.

—También pan y un estofado caliente —respondió Coll, asintiendo.

—Y un baño y una cama cálida.

—Quizá el olor de especias frescas.

—Y de agua de rosas.

—En este momento me conformaría con que cesara esta maldita lluvia —dijo Coll, que emitió un suspiro y fijó la vista en la oscuridad—. Creo que en una noche así casi podría creer en los umbríos.

Par decidió de repente hablarle de sus sueños. No vio ninguna razón para no hacerlo. Se debatió un momento y entonces habló.

—No he dicho nada antes, pero hace tiempo que tengo sueños. En realidad, siempre es el mismo, que se repite una y otra vez. —Se lo contó en pocas palabras, centrándose en la confusión que le producía la figura de ropaje oscuro que le hablaba—. No la veo con la suficiente claridad como para saber quién es —le dijo—, pero tal vez se trate de Allanon.

—Puede ser cualquier otro —respondió Coll, que parecía dubitativo—. Es un sueño, Par. Y los sueños siempre son imprecisos.

—Pero he soñado lo mismo una docena de veces, quizá dos. Al principio pensaba que se debía a la magia, que actuaba en mí, pero... —Se detuvo, mordiéndose el

labio—. ¿Y si...? —Se detuvo de nuevo.

—¿Y si qué?

—¿Y si no es solo la magia? ¿Y si es un intento Allanon, o cualquier otro, de enviarme algún tipo de mensaje?

—¿Un mensaje para hacer qué? ¿Para deambular hasta el Cuerno del Hades u otro lugar igual de peligroso? —inquirió Coll, a su vez, sacudiendo la cabeza—. Yo, en tu lugar, no me preocuparía por eso. Y, desde luego, no me plantearía la posibilidad de ir —prosiguió, con el ceño fruncido—. No estarás considerando ir, ¿verdad?

—No —respondió Par inmediatamente. «Al menos, no hasta que haya reflexionado profundamente sobre ello», rectificó mentalmente, sorprendido por aquella confesión.

—Eso es un alivio. Ya tenemos bastantes problemas sin tener que ir en busca de druidas muertos. —Era evidente que, con esas palabras, Coll daba el tema por zanjado.

Par no contestó, prefirió remover el fuego con un palo, cambiando las brasas de sitio. De hecho, estaba pensando en ir. No lo había considerado seriamente hasta entonces, pero de repente sintió una necesidad de conocer el significado de los sueños. No importaba si venían o no de Allanon. Una pequeña voz interior, un minúsculo atisbo de conocimiento, le indicaba que el descubrimiento del origen de sus sueños lo ayudaría a descubrir algo sobre sí mismo y sobre la utilización de la magia. Le molestó pensar de aquella manera, contemplar de repente la posibilidad de hacer algo que había rechazado desde el primer momento en que se habían presentado los sueños. Pero eso no fue suficiente para disuadirlo. En la familia Ohmsford existía una tradición sobre los sueños, según la cual estos casi siempre tenían un mensaje.

—Me gustaría estar seguro —murmuró.

—¿Seguro de qué? —preguntó Coll, que estaba tendido boca arriba con los ojos cerrados contra la luz del fuego.

—De los sueños. De si han sido o no enviados.

—Yo estoy seguro —respondió Coll con un bufido—. No hay druidas. No hay tampoco umbríos. No hay fantasmas tenebrosos que intenta enviarte mensajes cuando duermes. Simplemente eres tú, que has trabajado demasiado y descansado demasiado poco, y sueñas con trozos y piezas de las canciones que cantas.

—Supongo que sí —aceptó Par, aunque no estaba del todo de acuerdo, envolviéndose en la manta y tendiéndose junto a su hermano.

—Seguramente esta noche soñarás con inundaciones y peces, con toda la humedad que hay —respondió Coll con un bostezo.

Par no dijo nada. Escuchó durante un rato el sonido de la lluvia con la mirada puesta en la oscura lona que reflejaba las parpadeantes llamas en su húmeda superficie.

—Quizá elija mi propio sueño —dijo en voz baja, e inmediatamente se durmió.

* * *

Aquella noche volvió a soñar por primera vez después de casi dos semanas, y su sueño fue el que había deseado, el de la figura vestida de negro, y fue como si pudiera alcanzarlo y traerlo consigo. Le pareció que surgía de inmediato desde las profundidades de su subconsciente en cuanto se quedó dormido. Le sorprendió su brusquedad, pero no se despertó. Vio que la oscura figura emergía del lago y se dirigía hacia él, difusa y sin rostro, en actitud tan amenazadora que hubiese echado a correr de haber podido, pero el sueño lo dominaba, y le impedía huir. Se oyó a sí mismo preguntar por qué el sueño había estado ausente durante tanto tiempo, pero no le dio ninguna respuesta. La figura simplemente se acercaba a él en silencio, sin hablar, sin mostrar ningún indicio de su propósito.

Luego se detuvo directamente frente a él, un ser que podía haber sido cualquier persona o cualquier cosa, buena o mala, viva o muerta.

«Háblame», pensó aterrorizado.

Pero la figura se limitó a permanecer muda e inmóvil en el lugar donde se había detenido, envuelta en sombras. Parecía que estuviera esperando.

Entonces Par, impulsado por una fuerza interior que no sabía que poseía, avanzó hasta llegar a su altura y le retiró la capucha. Vio la cara que ocultaba con la misma claridad que si la iluminara la luz del sol, y la reconoció al instante. La había cantado un millar de veces, y le era tan familiar como la suya propia.

Era el rostro de Allanon.

A la mañana siguiente, cuando se despertó, decidió no decirle nada a Coll sobre el sueño. En primer lugar, no sabría qué decirle. No podía estar seguro de si el sueño había sucedido por sí mismo o porque se había concentrado tanto en tenerlo. En ese momento, no tenía ningún medio para averiguar si se trataba de algo real. En segundo lugar, contárselo a Coll significaba que volviera a calificarlo de estúpido por seguir pensando en algo que quedaba fuera de su posibilidad de acción. ¿Lo era? Por último, si era sincero con su hermano, tendría que discutir sobre la conveniencia de internarse en los Dientes del Dragón en busca del Cuerno del Hades y de un druida que hacía trescientos años que había muerto. Por el momento, era preferible olvidar el tema.

Tomaron un desayuno frío, compuesto de bayas silvestres y agua de un arroyo que tuvieron la suerte de hallar. Había dejado de llover, pero el cielo estaba encapotado y el día se presentaba gris y amenazador. El viento había vuelto soplando fuertemente desde el noroeste, y las ramas de los árboles se doblaban y agitaban con violencia sus hojas. Recogieron su equipo, se embarcaron en el esquife y zarparon hacia el río.

El Mermidon estaba muy crecido, y el esquife se balanceaba y cabeceaba bruscamente mientras los llevaba hacia el sur. Los desechos obstruían el agua, y debían tener los remos a mano para apartar aquellos que amenazaban con dañar la embarcación. Las montañas Runne se alzaban a ambos lados, oscuras, envueltas en jirones de niebla y nubes bajas. Hacía frío en su sombra, y los dos hermanos sintieron que se les entumecían las manos y los pies.

Siempre que les era posible se aproximaban a la orilla y descansaban, pero no servía de mucho. No tenían nada para comer ni tampoco podían calentarse sin perder tiempo en encender una hoguera. Al empezar la tarde volvió a llover. El frío se intensificó con la lluvia, el viento acrecentó su fuerza y se volvió peligroso continuar en el río. Cuando descubrieron una pequeña cala donde se alzaba un viejo pino, maniobraron rápidamente el esquife hacia ella, desembarcaron y acamparon para pasar la noche.

Encendieron un fuego, cenaron los peces que Coll pescó e intentaron secarse bajo la tienda de lona, con la lluvia soplando a cada lado. Durmieron mal, pasando frío e incómodos, con el viento rugiendo a través del cañón formado por las montañas y las aguas del río chocando contra las orillas. Pero no soñó aquella noche.

La mañana trajo un muy necesario cambio en el tiempo. La tormenta se había desplazado hacia el este, el cielo estaba despejado, lleno de la brillante luz del sol, y el aire se había calentado de nuevo. Sus ropas se secaron mientras su bote seguía el

curso del río hacia el sur, y al mediodía la atmósfera se había caldeado tanto que pudieron quitarse las túnicas y las botas, y disfrutar de la sensación del sol sobre la piel.

—Como dice el dicho, tras la tempestad viene la calma —comentó Coll, con evidente satisfacción—. A partir de ahora tendremos buen tiempo, ya verás. Tres días más, y estaremos en casa.

Par sonrió y no dijo nada.

El día transcurrió en calma, y los olores veraniegos de los árboles y las flores empezaban a impregnar el aire de nuevo.

Navegaron por debajo de la Atalaya del Sur, una mole de granito negro que se proyectaba hacia el cielo por encima de la montaña rocosa de un lado del río, silenciosa e inescrutable. Incluso a tanta distancia, la torre parecía amenazante. Su piedra granítica y opaca era tan oscura que parecía absorber luz. Corrían toda clase de rumores sobre la Atalaya del Sur. Algunos decían que estaba viva y que se alimentaba de la tierra para poder vivir, otros decían que era capaz de desplazarse, y casi todos estaban de acuerdo en que parecía aumentar de tamaño por medio de alguna especie de construcción permanente. Parecía estar desierta. Siempre lo había parecido. Se suponía que estaba custodiada por una unidad de élite del ejército de la Federación, pero nunca nadie los había visto. Par se alegró de eso cuando pasaron sin que los molestaran.

A última hora de la tarde llegaron a la desembocadura del río, que vertía sus aguas en el lago del Arco Iris. El lago se extendía ante ellos, una extensa superficie de plata azulada cuyo extremo occidental se volvía dorado a causa del sol mientras se deslizaba hacia el horizonte. El arco iris que le daba nombre se alzaba sobre sus cabezas, ahora tenue bajo el resplandor de la luz solar, con los azules y púrpuras casi invisibles y los rojos y amarillos muy pálidos. En la lejanía, las grullas planeaban silenciosamente. Sus largos y elegantes cuerpos se silueteaban a contraluz.

Los Ohmsford dirigieron su embarcación a la orilla y la vararon a la sombra de unos árboles que crecían junto a un risco bajo. Acamparon allí, y montaron la tienda por si el tiempo empeoraba. Coll pescó mientras Par iba a recoger leña para encender fuego.

Par recorrió la orilla oriental del lago disfrutando de la brillante superficie de sus aguas y de los colores en el aire. Al cabo de un rato se adentró en el bosque y empezó a recoger trozos de madera seca. Había recorrido una corta distancia cuando el bosque se volvió húmedo y oscuro, lleno de olor a descomposición. Entonces advirtió que muchos árboles parecían estar muriendo allí, con las hojas marchitas y marrones, las ramas quebradas y los troncos descortezados. La tierra tampoco ofrecía muy buen aspecto. La golpeó y removió con la bota, y la miró con curiosidad. Tampoco parecía que hubiera nada vivo allí; ni pequeños animales que huyeran ni pájaros que cantaran desde los árboles. El bosque estaba desierto.

Decidió renunciar a buscar leña para el fuego en esa dirección. Estaba volviendo

a la orilla cuando avistó la casa. En realidad era apenas una cabaña. Estaba completamente cubierta de plantas trepadoras, parras y maleza. Los tablones de los muros estaban sueltos, los postigos yacían en el suelo y el tejado estaba hundido. Los cristales de las ventanas estaban rotos y la puerta principal, abierta. Se levantaba al borde de una cala que se adentraba desde el lago profundamente entre los árboles, cuya agua era tranquila y verdosa a causa del estancamiento. El olor que desprendía era nauseabundo.

Par habría pensado que estaba abandonada si no hubiese sido por una ligera columna de humo que emergía de su ruinoso chimenea.

Vaciló, preguntándose por qué alguien querría vivir en aquel entorno. También se preguntó si en realidad había alguien o si el humo no era más que un residuo y, acto seguido, si ese alguien necesitaría ayuda.

Casi había tomado la decisión de ir a mirar, pero había algo tan desagradable en la cabaña y sus alrededores que no pudo hacerse avanzar. Se limitó a gritar, preguntado si había alguien en casa. Esperó un momento y volvió a hacerlo. Al no obtener respuesta, giró sobre sus talones, casi agradecido, y continuó su camino.

Coll lo estaba esperando con el pescado cuando volvió, así que se apresuraron a encender fuego y cocinar la cena. Los dos estaban cansados de comer pescado, pero era mejor que nada y tenían más hambre de la que hubieran podido imaginar. Cuando acabaron la cena, se sentaron a contemplar cómo el sol se ocultaba tras el horizonte y el lago del Arco Iris se volvía de plata. El cielo se oscureció y se llenó de estrellas, y los sonidos de la noche surgieron del silencio del atardecer. Las sombras de los árboles se alargaron y se convirtieron en pozos de oscuridad que envolvían la última luz del día.

Par estaba en proceso de buscar las palabras adecuadas para decirle a Coll que no creía que tuvieran que regresar a Valle Sombrío cuando apareció ante ellos la leñadora.

Salió de entre los árboles que crecían a sus espaldas, arrastrando los pies desde la oscuridad como si fuera una de sus sombras, encorvada contra la tenue luz del fuego. Iba vestida de harapos, unos sobre otros, y daba la impresión de que hacía muchos años que no se los había quitado. Tenía la coronilla calva, y su tosca y dura cara asomaba entre densos jirones de pelo descolorido. Podría haber tenido cualquier edad. Par pensó que estaba tan desgastada que era imposible de decir.

Salió del bosque con suma cautela y se detuvo justo tras el círculo de luz amarilla de la hoguera, apoyándose en exceso en un bastón desgastado por el sudor y el roce de su mano. Después, levantó un brazo envejecido para señalar a Par.

—¿Fuiste tú quien me llamó? —preguntó con una voz quebrada como madera frágil.

Par fijó la mirada en ella contra su voluntad. Parecía algo de otro mundo, algo que no tenía derecho a vivir ni a caminar. El polvo y la suciedad colgaban de ella como si se hubieran asentado y echado raíces mientras dormía.

—¿Fuiste tú? —insistió.

—¿En la cabaña? Sí, fui yo —respondió Par, que al fin había logrado comprender de lo que estaba hablando.

—Debiste haber entrado en lugar de quedarte allí —le reprochó la leñadora esbozando una sonrisa con su boca casi sin dientes, y su cara se contorsionó por el esfuerzo—. La puerta estaba abierta.

—No quería...

—La tengo así para asegurarme de que no pasa nadie sin tener una bienvenida. El fuego siempre está encendido.

—Vi el humo, pero...

—Estabas recogiendo leña, ¿verdad? ¿Descendisteis de Callahorn? —Sus ojos se desviaron hacia donde el bote estaba varado—. ¿Huyendo de algo, quizá?

Par se quedó rígido, e intercambió una rápida mirada con Coll.

La mujer se acercó, tanteando el camino que debía seguir con el bastón.

—Muchos corren en esta dirección. Gentes de todas clases. Descienden de ese país fuera de la ley. Vienen en busca de una cosa u otra. —Se detuvo—. ¿Sois de esos? Oh, también están esos que no forman parte de vosotros, pero no soy uno de esos. ¡No, yo no!

—No estamos huyendo —respondió Coll bruscamente.

—¿No? Entonces, ¿por qué vais tan bien equipados? —les preguntó, agitando su bastón en el aire—. ¿Cómo os llamáis?

—¿Qué es lo que quieres? —le preguntó Par de repente. Aquello cada vez le gustaba menos.

La leñadora dio otro paso adelante. Había algo fuera de lugar en ella, algo que Par no había advertido antes. No parecía ser completamente sólida sino un poco trémula, como si la viera a través de humo o de una masa de aire caliente. Su cuerpo tampoco se movía correctamente, y no se debía precisamente a la edad. Parecía una de esas marionetas que se exhiben en las ferias, con las articulaciones sujetas con alfileres y pendientes de unos hilos.

El hedor de la cala y de la cabaña ruinosa envolvía la leñadora incluso aquí, y husmeó el aire de repente como si también lo percibiera.

—¿Qué es eso? —inquirió, clavando sus ojos en Par—. ¿Huelo a magia?

Par se quedó helado. Fuera quien fuese aquella mujer, no era alguien con quien querría ninguna relación.

—¡Magia! ¡Sí! ¡Clara, pura y llena de vida! —exclamó la leñadora, lamiendo con su lengua el aire nocturno para probar su sabor—. ¡Tan dulce como la sangre para los lobos!

—Será mejor que te vayas por donde has venido —respondió Coll, sin molestarse lo más mínimo en disimular su repulsión—. Aquí no tienes nada que hacer. Vete.

Pero la leñadora se quedó donde estaba. Su boca se curvó y sus ojos se volvieron tan rojos como carbones encendidos.

—¡Acércate! —susurró siseando—. ¡Tú, chico! —Señaló a Par—. ¡Ven hacia mí!

Le tendió una mano, y Par y Coll retrocedieron para protegerse, alejándose del fuego. La mujer dio varios pasos hacia delante, más allá del borde de la hoguera y forzó su retroceso hacia la oscuridad.

—¡Dulce chico! —murmuró como si hablara para sí—. ¡Deja que te pruebe, chico!

Los hermanos se mantuvieron inmóviles, negándose a alejarse más de la luz. La leñadora vio la determinación en sus ojos, y esbozó una perversa sonrisa. Avanzó un paso, otro paso...

Coll se abalanzó contra ella mientras miraba a Par, con el propósito de agarrarla y sujetarle los brazos, pero la mujer fue mucho más rápida que él. Levantó el bastón y le propinó un cruel golpe en la cabeza, dejándolo tendido en el suelo. Inmediatamente fue hacia él, aullando como una bestia enloquecida. Pero Par fue más rápido y recurrió a la canción, casi de manera inconsciente, enviándole una serie de imágenes terribles. La leñadora retrocedió, sorprendida, e intentó defenderse de las imágenes con las manos y el bastón. Par aprovechó la oportunidad para alcanzar a su hermano y ayudarlo a ponerse de pie. Rápidamente lo apartó del lugar donde las garras de su atacante se clavaban en el aire.

La leñadora se detuvo de repente y dejó que las imágenes juguetearan con ella. Entonces se volvió hacia Par esbozando una sonrisa que le heló la sangre. El joven del valle envió la imagen de un umbrío demoníaco para asustarla, pero esta vez la mujer se enfrentó a ella, abrió la boca y aspiró el aire que tenía delante. La imagen se evaporó y la mujer se lamió los labios y gimoteó.

Par envió a un guerrero armado, y la leñadora lo devoró con avidez. Se acercaba de nuevo, sin ser ya ralentizada por las imágenes, sino ansiosa por que le enviara más. Parecía que tenía un buen apetito para la magia: daba la sensación de querer consumirla. Par intentó incorporar a Coll, pero su hermano, todavía aturdido, necesitaba el apoyo de sus brazos.

—¡Coll, despierta! —lo apremió.

—Ven, chico —repitió la mujer suavemente, llamándolo mientras se acercaba—. ¡Ven a alimentarme!

Entonces la hoguera explotó en un destello de luz y el claro se iluminó como si fuese de día. La leñadora se apartó de la luminosidad, y su grito de asombro se transformó en un gruñido de rabia. Par guiñó los ojos y forzó la vista para ver más allá de la luz.

Un anciano emergió de entre los árboles. Sus cabellos eran blancos, sus ropas, grises, y su piel, tan oscura como la madera seca. Caminó de la oscuridad a la luz como un fantasma volviéndose corpóreo. Su boca dibujaba una fiera sonrisa y sus ojos tenían un extraño brillo. Par se volvió con cautela, toqueteando el largo cuchillo que llevaba en el cinturón. «Dos de ellos», pensó con angustia, y sacudió a Coll para intentar reanimarlo.

Pero el anciano, que estaba concentrado en la leñadora, no le prestó atención.

—Te conozco —dijo suavemente—. No asustas a nadie. ¡Vete de aquí o tendrás que enfrentarte a mí!

La leñadora siseó como si fuera una serpiente y se puso en cuclillas, dispuesta para saltar. Pero vio algo en la cara del hombre que la hizo desistir del ataque. Lentamente, empezó a retroceder, rodeando la hoguera.

—Vuelve a la oscuridad —susurró el anciano.

La leñadora siseó por última vez, se giró y desapareció entre los árboles sin producir el menor ruido, pero su hedor persistió un poco más, y entonces se desvaneció. El anciano hizo un ademán con la mano en dirección al fuego casi extinguido, y este recuperó la normalidad. La noche volvió a llenarse de sonidos tranquilizadores y todo fue como había sido antes.

—Bah. Uno de los pequeños horrores nocturnos que ha salido a jugar —murmuró el anciano con tono disgustado, resoplando mientras miraba a Par socarronamente—. ¿Estás bien, joven Ohmsford? ¿Y este? Coll, ¿verdad? Ha recibido un buen golpe.

—Sí, gracias —respondió Par, que asintió con la cabeza y dejó a su hermano en el suelo—. ¿Puedes acercarme ese paño y un poco de agua?

El anciano hizo lo que le habían pedido. Par humedeció el lado de la cabeza de Coll donde estaba empezando a formarse un feo moratón. Coll se estremeció, se sentó y puso la cabeza entre sus piernas, en espera de que cesaran los dolorosos latidos. Par levantó la vista y entonces cayó en la cuenta de que el anciano había empleado el nombre de Coll.

—¿Cómo sabes quiénes somos? —le preguntó con tono precavido.

—Bueno, sé quiénes sois porque os he estado buscando —respondió el anciano sosteniéndole la mirada—. Pero no soy enemigo vuestro, si es eso lo que estás pensado.

—En realidad, no —contestó Par, sacudiendo la cabeza—. No después de ayudarnos como lo has hecho. Gracias.

—No necesitas dárme las.

—Esa mujer, o lo que fuera, parecía asustada de ti —dijo a modo de afirmación.

—Quizá —respondió el anciano, encogiéndose ligeramente de hombros.

—¿La conoces?

—La conozco.

—¿Y por qué razón nos buscabas? —preguntó Par, tras dudar sobre si seguir insistiendo sobre el mismo tema.

—Me temo que es una larga historia —respondió el anciano en un tono que parecía indicar que el esfuerzo que debería hacer para narrarla era excesivo para él—. ¿Nos podríamos sentar mientras hablamos sobre ello? El calor del fuego proporcionará alivio a mis viejos huesos. ¿No tendréis un poco de cerveza, verdad? ¿No? Lástima. Bueno, supongo que, de la manera en que os apresurasteis a huir de Varfleet, no tuvisteis oportunidad de preocuparos de tales comodidades. Ya tuvisteis

suerte de salvar el pellejo dadas las circunstancias.

Se acercó a la hoguera y se sentó con cuidado en la hierba, entonces dobló las piernas ante sí y se ciñó sus ropas grises.

—Pensé en alcanzaros allí, ¿sabéis? Pero entonces ocurrió aquella interrupción de la Federación y os marchasteis hacia el sur antes de que pudiera deteneros.

Cogió una taza y la llenó del agua del cubo, que bebió con avidez. Coll también se había sentado y mantenía el paño húmedo apretado contra el lado de su cabeza, observando. El joven Par se acomodó junto a él.

—Me envía Allanon —dijo con la mayor naturalidad cuando acabó de beber, tras secarse la boca con la manga.

Los hermanos Ohmsford se quedaron en silencio, se miraron y volvieron a mirar al anciano.

—¿Allanon? —repitió Par.

—Allanon lleva trescientos años muerto —intervino directamente Coll.

—En efecto —respondió el hombre, asintiendo—. Me he expresado mal. Era realmente su espíritu, su sombra, pero Allanon al fin y al cabo.

—¿La sombra de Allanon? —Coll apartó el paño de su cabeza, olvidándose de la herida, sin molestarse en disimular su incredulidad.

—Vamos, vamos, debéis tener un poco de paciencia durante un momento para que pueda explicarme —les dijo el anciano, mientras se frotaba la barba del mentón—. Mucho de lo que os contaré será difícil de aceptar para vosotros, pero debéis intentarlo. Creedme cuando os digo que esto es muy importante. Por el momento, consideradme un mensajero, ¿de acuerdo? —prosiguió, frotando enérgicamente sus manos en dirección al fuego—. Como un mensajero de Allanon, porque es todo lo que soy ahora. Tú, Par, ¿por qué has estado ignorando los sueños?

—¿Sabes eso? —inquirió Par, poniéndose rígido.

—Los sueños fueron enviados por Allanon para llevarte hacia él. ¿No lo entiendes? Era su voz la que te hablaba, su espíritu se mostraba ante ti. Te convoca a ti al Cuerno del Hades, a ti y a tu prima Wren y...

—¿Wren? —lo interrumpió Coll con incredulidad.

—Eso es lo que he dicho, ¿no? —respondió el anciano, que parecía preocupado—. ¿Voy a tener que repetirlo todo? Vuestra prima, Wren Ohmsford. Y también Walker Boh.

—El tío Walker —susurró Par—. Lo recuerdo.

—Eso es ridículo —intervino de nuevo Coll, mirando a su hermano y sacudiendo la cabeza con disgusto—. ¡Nadie sabe dónde está ninguno de ellos! Wren vive en algún lugar de la Tierra del Oeste con los nómadas. ¡Vive encima de un carro! Y hace casi diez años que nadie ha visto a Walker Boh. ¡Podría estar muerto, por lo que sabemos!

—Podría, pero no lo está —afirmó el anciano con irritación, dirigiendo a Coll una significativa mirada y volviendo la mirada hacia Par—. Tenéis que ir todos al Cuerno

del Hades cuando haya concluido este ciclo lunar, la primera noche de luna nueva. Allanon hablará con vosotros allí.

—¿De la magia? —preguntó Par, mientras sentía que un escalofrío le atravesaba el cuerpo.

—¿De los umbríos? —preguntó Coll, mientras agarraba los hombros de su hermano.

—¡De lo que él quiera! —respondió el anciano, inclinándose de repente hacia delante, con una expresión dura—. ¡Sí, de magia! ¡Y de los umbríos! ¡De criaturas parecidas a la que te golpeó como si fueras un bebé! ¡Pero, sobre todo, joven Coll, de esto!

Lanzó un puñado de polvo negro a la hoguera de improviso, y Par y Coll se echaron hacia atrás rápidamente. El fuego se encendió como cuando apareció el anciano, pero esta vez la luz desapareció al instante y todo quedó a oscuras.

Entonces una imagen se formó en la negrura, creciendo hasta dar la impresión de llenar todo el espacio que los rodeaba. Era una imagen de las Cuatro Tierras, de campos áridos y vacíos, despojados de vida y echados a perder. La oscuridad y una neblina de humo ceniciento reinaban sobre todo. Los ríos estaban llenos de desperdicios y sus aguas, envenenadas. Los árboles estaban arqueados y pelados, privados de vida. Solo la maleza crecía por doquier. Los hombres reptaban como si fueran animales; y los animales, a su vez, huían de ellos. Había umbríos con extraños ojos rojos deambulaban por todas partes. Poseían a los humanos reptantes y jugaban con ellos, haciéndolos retorcerse hasta que perdían su forma y se volvían irreconocibles.

Era una pesadilla con tanta furia y terror que los Ohmsford tuvieron la sensación de que la estaban viviendo, y de que los gritos que brotaban de las bocas de los humanos torturados eran los suyos propios.

Entonces la imagen desapareció y volvieron a estar junto a la hoguera, con el anciano, sentado, observándolos con ojos de halcón.

—Eso formaba parte de mi sueño —susurró Par.

—Eso era el futuro —dijo el anciano.

—O un truco —murmuró Coll, luchando contra su propio miedo.

—El futuro es un laberinto siempre cambiante de posibilidades hasta que se convierte en presente —le contestó el anciano, mirándolo—. El futuro que os he mostrado esta noche no está fijado. Pero cada día que transcurre sin que nadie haga nada por evitarlo lo hace más probable. Si queréis cambiarlo, haced lo que os he dicho. ¡Id al encuentro de Allanon y escuchad lo que tenga que deciros!

Coll no dijo nada. Sus oscuros ojos reflejaban inquietud y duda.

—Dinos quién eres —dijo Par en voz baja.

El anciano se volvió hacia él, lo observó durante un breve instante y apartó la vista de ambos para fijarla en la oscuridad, como si allí hubiese mundos y vidas que solo él veía.

—Muy bien, aunque no entiendo de qué puede servir. Tengo un nombre, un nombre que ambos deberíais reconocer lo bastante rápido. Me llamo Cogleine.

Par y Coll guardaron silencio durante un instante, y después empezaron a hablar al unísono.

—Cogleine, ¿el mismo Cogleine que vivía en la Tierra del Este con...?

—¿Te refieres al mismo hombre que Kimber Boh...?

Los interrumpió, irritado.

—¡Sí, sí! ¿Cuántos Cogleine creéis que pueden haber? —Frunció el cejo cuando los miró a la cara—. No me creéis, ¿verdad?

—Cogleine era un anciano en la época de Brin Ohmsford, y de eso hace ya trescientos años —repuso Par, que inspiró profundamente.

—¡Un anciano! —exclamó el anciano, soltando una inesperada carcajada—. ¿Y qué sabes tú de los ancianos, Par Ohmsford? ¡La verdad es que no sabes nada! —Volvió a reír con ganas, pero entonces sacudió su cabeza con gesto de impotencia—. Escucha. Allanon tenía quinientos años cuando murió. No cuestionas eso, ¿verdad? Creo que no, ya que narras su historia tan de buena gana. Y si es así, ¿es tan sorprendente que yo haya vivido unos meros trescientos años? —Se interrumpió un breve instante, y los dos hermanos pudieron captar un inesperado destello malicioso en sus ojos—. Por la Diosa, ¿qué habrías hecho si te dijera que llevo vivo mucho más que eso? —prosiguió el anciano. Hizo un gesto desdeñoso con la mano—. No, no te molestes en responderme. Respóndeme esto en su lugar. ¿Qué sabes de mí? ¿Qué sabes del Cogleine de tus historias? Dime.

—Que era un ermitaño que vivía en Valle de los Indómitos con su nieta, Kimber Boh —respondió Par, sacudiendo su cabeza, confuso—. Que mi antepasada Brin Ohmsford y su compañero Rone Leah lo encontraron cuando...

—Sí, sí, pero ¿qué sabes acerca del hombre? Piensa en lo que has visto de mí.

—Que... —Par se detuvo—. Que usaba unos polvos que explotaban. Que sabía algunas cosas de las ciencias antiguas, que las había estudiado en alguna parte. —Empezó a recordar detalles de los relatos sobre Cogleine y mientras lo hacía se encontró a sí mismo pensando que quizá no fuese tan inverosímil lo que el anciano afirmaba—. Empleaba diferentes formas de poder, aquellas descartadas por los druidas cuando reconstruyeron el viejo mundo. ¡Sombras! Oye, si de verdad eres Cogleine, todavía debes de conservar ese poder, ¿no? ¿Es una magia como la mía?

—¡Par! —exclamó Coll, que parecía súbitamente preocupado.

—¿Como la tuya? —preguntó rápidamente el anciano—. ¿Magia como la de la canción? ¡Ja! ¡Nunca! ¡Nunca nada tan imprevisible como eso! ¡Ese ha sido siempre el problema de los druidas y su magia élfica! Mi poder se basa en ciencias demostradas durante años por medio de estudios de confianza. No actúa por cuenta propia, no se desarrolla como si fuera algo vivo. —Se detuvo un instante y una sonrisa feroz arrugó aún más su viejo rostro—. ¡Pero, por otra parte mi poder tampoco canta, Par Ohmsford!

—¿Eres realmente Cogle? —insistió Par, cuya voz mostraba su sorpresa ante semejante posibilidad.

—Sí —dijo en voz baja el anciano—. Sí, Par. —Se volvió con rapidez para mirar a Coll, que estaba a punto de interrumpir, llevándose a los labios un dedo largo y huesudo—. Shhh, joven Ohmsford. Sé que aún no me crees, ni tú ni tu hermano, pero escuchadme un momento. Vosotros sois los hijos de la casa élfica de Shannara. Nunca fueron muchos y siempre se esperó mucho de ellos. Creo que lo mismo os ocurrirá a vosotros. Quizá aún más, pero no tengo permiso para verlo. Como ya os he dicho, solo soy un mensajero, un pobre mensajero, en el mejor de los casos, y además en contra de mi voluntad, la verdad. Pero soy todo lo que tiene Allanon.

—¿Pero por qué tú? —preguntó Par, ansioso y a la vez preocupado.

El anciano calló, y su rostro se contrajo como si la pregunta fuera demasiado para él. Cuando por fin habló, hubo una quietud casi palpable.

—Porque una vez fui un druida, hace tanto tiempo que apenas recuerdo cómo se sentía. Estudié los caminos de la magia y los caminos de las ciencias descartadas, y opté por este último, abandonando el primero y el derecho a continuar con los demás. Allanon me conocía o, si lo preferís, sabía de mí y recordaba lo que fui. Bueno, he exagerado un poco al decir que realmente fui un druida. No lo fui. Era un simple estudiante de sus artes. Pero Allanon me recordaba, en cualquier caso. Cuando vino a mí lo hizo de un druida a otro, aunque no lo dijo. No tenía a nadie excepto a mí para realizar lo que es necesario ahora, para buscaros a ti y a los demás, y advertiros de la legitimidad de los sueños. Todos los habéis tenido, ya sabes. Wren y Walker Boh, igual que tú. A todos os dio una visión del peligro que guarda el futuro. Ninguno respondió, así que me envió a mí. —Parpadeó al sentirse invadido por los recuerdos—. Fui druida una vez, en espíritu, aunque no en la práctica, y todavía practico muchas de las artes drúidicas —prosiguió el anciano—. Nadie lo sabe. Ni mi nieta Kimber ni sus antepasados, nadie. He vivido muchas vidas diferentes, como ves. Cuando fui con Brin Ohmsford hasta el país de Maelmord, yo era Cogle el ermitaño, medio loco, medio cuerdo, poseedor de polvos mágicos y lleno de extrañas ideas. Eso era lo que yo era. Esa era la persona en la que me convertí. Necesité muchos años, muchos después de que Kimber muriera, para recuperar mi propio yo, para volver a actuar y hablar como yo mismo.

Suspiró.

—Fue el Sueño del Druida lo que me mantuvo vivo tanto tiempo. Yo conocía su secreto y me lo llevé conmigo cuando los abandoné. Pensé muchas veces en no molestarme, en entregarme a la muerte sin aferrarme a nada. Pero algo siempre me lo impedía. Ahora pienso que quizá fuese Allanon, que había regresado de la muerte para asegurarse que los druidas tuviesen un portavoz después de su desaparición.

Vio el principio de una pregunta en la mirada que le dirigió Par y, anticipándose a su pregunta, sacudió la cabeza:

—¡No, no, yo no! ¡Yo no soy el portavoz que necesita! Apenas me queda tiempo

suficiente para llevar el mensaje que me ha sido confiado. Allanon lo sabe. Es consciente de que no debe pedirme que acepte una vida que una vez rechacé. Tiene que pedírselo a otro.

—¿Yo? —preguntó Par.

—Tal vez —respondió el anciano, tras una pausa—. ¿Por qué no se lo preguntas tú mismo?

Nadie dijo nada. Los tres se inclinaron hacia la luz del fuego mientras la oscuridad se intensificaba a su alrededor. Los gritos emitidos por las aves nocturnas resonaban débilmente a través de las aguas del lago del Arco Iris, un inquietante sonido que parecía medir la profundidad de la incertidumbre que sentía Par.

—Quiero preguntárselo —dijo finalmente—. Creo que necesito hacerlo.

—Entonces debes hacerlo —respondió el anciano, contrayendo los labios.

Coll empezó a decir algo, pero se lo pensó mejor.

—Todo este asunto requiere una reflexión cuidadosa —dijo finalmente.

—Hay muy poco tiempo para eso —refunfuñó el anciano.

—Entonces no debemos desperdiciar el que tenemos —concluyó Coll, que ya no se mostraba hostil, sino solo insistente.

—Coll tiene razón —dijo Par, mirando a su hermano, y asintió—. Tengo que pensarlo.

—Ya te he dado el mensaje que me enviaron para dar, así que debo seguir mi camino —respondió el anciano, encogido de hombros y poniéndose de pie indicando que él ya no tenía nada que hacer allí—. Tengo que visitar a otros.

—¿Te vas ahora? ¿Esta noche? —le preguntó Par, que se había puesto en pie, sorprendido, al mismo tiempo que su hermano. De alguna manera había esperado que el anciano se quedara para continuar intentando convencerle del propósito de los sueños.

—Parece lo mejor. Cuanto antes reemprenda el viaje, antes se acabará. Ya te lo he dicho. Te he visitado a ti en primer lugar.

—¿Pero cómo encontrarás a Wren o Walker? —le preguntó Coll.

—De la misma forma que os encontré a vosotros —respondió el anciano. El anciano chasqueó los dedos y se produjo un breve destello de luz plateada. En su esquelética cara, iluminada por la luz del fuego, se dibujó una sonrisa—. ¡Magia!

Tendió a los hermanos su huesuda mano. Par fue el primero en estrecharla y se encontró con un apretón duro como el hierro. Coll se encontró con lo mismo. Se miraron el uno al otro.

—Dejadme ofrecer un consejo —dijo el anciano abruptamente—. Aunque no estáis obligados a seguirlo, por supuesto... o quizá sí. Contáis esas historias, esos relatos de druidas, de magia y de vuestros antepasados, una especie de letanía de lo que fue y ya no es. Está bien, pero no quiero que perdáis de vista la realidad, que lo que cuenta está ocurriendo aquí y ahora. Todas las historias del mundo no servirán para nada si la visión que os he mostrado llegase a pasar. Tenéis que vivir en este

mundo, no en otro. La magia puede servir para muchos propósitos, pero vosotros solo la usáis para uno. Tenéis que ver qué más puede hacer, pero no podréis hasta que la comprendáis. Me parece que no entendéis nada, ninguno de los dos.

Los miró fijamente un momento. Después les dio la espalda y avanzó hacia la oscuridad.

—¡No lo olvidéis, la primera noche de luna nueva! —Se detuvo cuando ya era solo una sombra y miró hacia atrás—. Hay algo más que también tenéis que recordar y es que debéis tener cuidado. Los umbríos no son solo rumores y cuentos de viejas. —Su voz había adquirido un tono distinto—. Son tan reales como vosotros y como yo. Quizá no lo creyeseis antes de esta noche, pero ahora sabéis que no es así. Estarán allí fuera, en todos los lugares a los que vayáis. Esa mujer era uno de ellos. Vino olfateando los alrededores porque percibió que tenías magia. Los otros harán lo mismo. —Volvió a moverse—. Muchas cosas os darán caza —los advirtió en voz baja, alejándose de nuevo.

Dijo algo más entre dientes para sí mismo, pero ninguno de los dos hermanos pudo escuchar sus palabras, y a continuación desapareció lentamente en la oscuridad. Se había ido.

Par y Coll Ohmsford no durmieron mucho aquella noche. Estuvieron despiertos mucho tiempo después de que el anciano se fuera, hablando y, a ratos, discutiendo, preocupados sin decirlo, siempre con los ojos escudriñando la oscuridad, intentando descubrir a los seres, umbríos o lo que fuesen, que pudieran estar dándoles caza. Incluso después, cuando ya no quedaba nada por decir, cuando se envolvieron en las mantas y cerraron los ojos a pesar del miedo, no durmieron bien. Daban vueltas, agitados e inquietos, despertándose y despertando al otro con angustiosa regularidad hasta el amanecer.

Cuando se levantaron abandonaron el calor de las mantas, se lavaron en las frías aguas del lago y empezaron de nuevo a hablar y a discutir. Continuaron durante el desayuno, lo cual les vino bien, ya que otra vez no tenían mucho que llevarse a la boca y eso les permitió mantener apartadas sus mentes de los estómagos. La conversación, que derivaba en discusión con más frecuencia que la noche anterior, se centraba en el anciano que había afirmado que era Cogleine y en los sueños que podían o no haber sido enviados, y de ser enviados, si los habían enviado o no Allanon; pero también incluía otros temas periféricos como los umbríos, los buscadores de la Federación, el desconocido que los había rescatado en Varfleet, y si aún tenía o no sentido el mundo. Habían establecido sus posiciones sobre estos temas bastante bien esta vez, posiciones que a su vez estaban a una distancia de semanas de camino entre ellas. Tal era el caso que se veían obligados a comunicarse a través de vastos períodos de incompreensión.

Antes de que hubiera transcurrido una hora del nuevo día ya estaban enfadados el uno con el otro.

—¡No puedes negar que existe una posibilidad de que ese hombre sea realmente Cogleine! —insistió Par por enésima vez, mientras se disponían a cargar la lona plegada en el esqui.

—No lo estoy negando —respondió su hermano, que se mostró resignado brevemente.

—¡Y si es realmente Cogleine, tampoco puedes negar la posibilidad de que todo lo que nos dijo sea cierto!

—Tampoco estoy negando eso.

—¿Y qué me dices de la leñadora? ¿Qué era sino un umbrío, un ser de la noche con una magia más poderosa que la nuestra?

—Que la tuya —puntualizó Coll.

—Perdón, la mía —admitió Par, furioso—. ¡Lo que importa es que era un umbrío! ¡Tenía que serlo! ¡Lo mires como lo mires, eso confirma, al menos en parte,

que el anciano decía la verdad!

—Espera un momento —dijo Coll, dejando en el suelo el extremo de la lona que sostenía y quedándose de pie con las manos apoyadas en las caderas, observando a su hermano con fingida consternación—. Siempre haces lo mismo cuando discutimos. Haces estos ridículos saltos en la lógica y te comportas como si tuviesen sentido. ¿Qué tiene que ver el que la mujer sea un umbrío con que el anciano nos dijera la verdad?

—Bueno, porque si...

—Ni siquiera cuestiono tu suposición de que era un umbrío —lo interrumpió Coll intencionalmente—. Aunque no tengamos ni la más remota idea de lo que es un umbrío, y aunque fácilmente podría haber sido cualquier otra cosa.

—¿Otra cosa? ¿Qué clase de...?

—Una compañera del anciano, por ejemplo. Un señuelo para dar validez a su historia.

—¡Eso es ridículo! —exclamó Par, indignado—. ¿Qué finalidad tendría eso?

—Persuadirte de ir con él al Cuerno del Hades, naturalmente —respondió Coll, mordiéndose el labio inferior en actitud pensativa—. Llévate de nuevo a Callahorn. Piénsalo. Quizá el anciano también está interesado en la magia, igual que la Federación.

—No me lo creo —respondió Par, sacudiendo la cabeza vehementemente.

—Porque nunca estás dispuesto a creer nada que no hayas pensado tú primero —repuso Coll, volviendo a coger el extremo de la lona—. Tú decides algo y eso es todo. Bueno, pues en esta ocasión será mejor que no tomes tu decisión demasiado rápido. Hay otras posibilidades que debemos tener en cuenta, y yo acabo de darte una de ellas.

Caminaron hasta la orilla y depositaron la lona en el fondo del esquife. El sol se asomaba por el este del horizonte, y el día ya empezaba a ser cálido. El lago del Arco Iris estaba liso, no soplaban ni la más ligera brisa, y el aire estaba lleno del aroma de las flores silvestres y la hierba alta.

—Mira, no me importa que seas tan decidido sobre las cosas. Es solo que asumes que debo limitarme a estar de acuerdo —dijo Coll, volviéndose hacia su hermano—. Que no debería discutir. Que debería ceder. Pues bien, no lo voy a hacer. Si quieres dirigirte hacia el Cuerno del Hades y los Dientes del Dragón, bien, ve. Pero deja de comportarte como si debiera saltar de alegría por la oportunidad de acompañarte.

Par no le respondió. Estaba pensando en lo que había supuesto para ellos crecer juntos. Par era dos años mayor y, aunque era físicamente más pequeño que Coll, siempre había sido el líder. Después de todo, él era quien poseía la magia y eso siempre lo había distinguido. Ciertamente, era decidido: había sido necesaria la decisión cuando se enfrentó a la tentación de utilizar la magia para resolver cualquier problema. No había sido tan moderado como debiera en el pasado, y no había mejorado mucho con el tiempo. Coll había sido siempre el más equilibrado de los

dos, más difícil de hacer enfadar, el más reflexivo y prudente, un pacificador nato en todas las diferencias y disputas que surgían en el barrio porque nadie más poseía su presencia física y emocional. O tal vez porque inspiraba simpatía; Coll siempre había sido esa clase de personas que a todo el mundo le caen bien desde el principio. Dedicaba su tiempo a mirar por todo el mundo, limar diferencias y curar orgullos heridos. Par, en cambio, se pasaba el día entero planeando cosas, sin prestar atención a esos asuntos, ocupado en la búsqueda de nuevos lugares que explorar, de nuevos retos que superar, de nuevas ideas que desarrollar. Era un visionario, pero carecía de la sensibilidad de Coll. Captaba claramente las posibilidades que le ofrecía la vida, pero era Coll quien comprendía mejor sus sacrificios.

En muchas ocasiones, uno había tenido que cubrir los errores del otro. Pero Par poseía la magia para cubrirse sus espaldas y las de Coll, y raramente le costaba nada. No había sido así para Coll. Cubrir a Par le había costado gran esfuerzo. A pesar de todo, Par era su hermano, al que amaba, y nunca se había quejado. Cuando Par recordaba aquellos años solía avergonzarse por lo mucho que le había permitido hacer por él.

Apartó los recuerdos de su mente. Coll lo miraba esperando su respuesta. Se balanceó impacientemente sobre los pies mientras pensaba qué debía decirle. Entonces simplemente dijo:

—De acuerdo. ¿Qué crees que debemos hacer?

—¡Por todas las sombras, no sé qué debemos hacer! —se apresuró a responder Coll—. ¡Solo sé que hay muchas preguntas sin respuesta, y que no creo que debemos comprometernos hasta que no tengamos la oportunidad de responder algunas de ellas!

—Antes de la luna nueva, quieres decir —asintió Par, estoico.

—¡Para eso aún faltan más de tres semanas, y lo sabes!

—¡No es tanto tiempo como das a entender! —exclamó Par, apretando las mandíbulas—. ¿Cómo se supone que contestaremos a todas las preguntas antes de que transcurra ese tiempo?

—Eres imposible. ¿Lo sabías? —le espetó Coll, mirándolo fijamente.

Se dio media vuelta y regresó adonde estaban apilados el equipo de cocina y las mantas, y empezó a llevarlos al esquife sin dignarse mirar a Par. Este permaneció inmóvil, observando a su hermano en silencio, recordando cómo lo había sacado medio ahogado de los rápidos del río Rappahalladron, donde se cayó durante una acampada. Se hundió entre las aguas y Coll se tiró tras él. Después, enfermo, temblando de fiebre y medio delirando, lo llevó a cuestras a casa. Coll siempre había cuidado de él, al parecer, y de repente se preguntó: ¿por qué era él quien tenía magia?

—Lo siento —dijo Par, acercándose a su hermano, cuando este hubo terminado de cargar el esquife.

—No, no lo sientes. Solo lo dices —respondió Coll solemnemente tras mirarlo durante momento, y después esbozó una amplia sonrisa.

—¡No es cierto! —exclamó Par, correspondiendo a la sonrisa contra su voluntad.

—Sí, lo es. Pretendes que baje la guardia para volver a empezar con tu aturdidora toma de decisiones cuando estemos en medio de ese lago y ya no tenga ninguna posibilidad de separarme de ti —respondió Coll, riendo abiertamente.

—De acuerdo, es verdad. No lo siento —admitió Par, esforzándose en aparentar que se sentía avergonzado.

—¡Lo sabía! —exclamó Coll, triunfal.

—Pero te equivocas sobre la razón de mi disculpa. No tiene nada que ver con llevarte hasta el centro del lago, sino que solo intentaba librarme del sentimiento de culpa que siempre he sentido al ser el hermano mayor.

—¡No te preocupes! —dijo Coll, todavía con la sonrisa en los labios—. ¡Siempre has sido un hermano mayor horrible!

Par le dio un golpe cariñoso, y Coll correspondió de la misma forma. Por el momento, sus diferencias habían quedado olvidadas. Rieron, recorrieron con la mirada el lugar donde habían acampado y empujaron el esquife hacia el lago, saltando a bordo cuando llegaron a las aguas profundas. Coll cogió los remos sin preguntar y empezó a remar.

Navegaron a lo largo de la costa occidental, escuchando los distantes sonidos de los pájaros, que se elevaban por encima de los árboles y los juncos, mientras el día se calentaba agradablemente a su alrededor. No hablaron durante un rato, satisfechos por la sensación de proximidad recién reencontrada, ansiosos por intentar evitar una nueva discusión.

Sin embargo, Par no tardó en advertir que estaba reanudando temas en su mente, y suponía que Coll seguramente estaba haciendo lo mismo. Su hermano tenía razón en una cosa: habían muchas preguntas sin respuesta. Al reflexionar sobre los acontecimientos de la noche anterior, deseó haber pensado en pedirle un poco más de información al anciano. ¿Sabía el anciano, por ejemplo, quién era el desconocido que los había rescatado en Varfleet? El anciano sabía de los problemas que habían tenido y tenía que tener alguna idea de cómo habían huido. El anciano había conseguido seguirles el rastro, primero en Varfleet y después a través del curso del Mermidon, y había ahuyentado a la leñadora, umbrío o lo que fuese, sin demasiado esfuerzo. Tenía alguna forma de poder bajo su control, tal vez magia druídica o tal vez ciencia del mundo antiguo, pero nunca había dicho qué era o qué había hecho. ¿Cuál era, exactamente, su relación con Allanon? ¿O era simplemente una afirmación sin ninguna base? ¿Por qué cedió con tanta facilidad cuando le dijo que tenía que pensarlo antes de tomar la decisión de ir al Cuerno del Hades para encontrarse con Allanon? ¿No debería haberse esforzado un poco más en convencerlo?

Pero Par no quería arriesgarse a discutir con Coll la cuestión más inquietante, porque se refería precisamente al propio Coll. Los sueños se le había dicho que era necesario, y su prima Wren y su tío Walker Boh también eran necesarios. El anciano había dicho lo mismo... que los tres habían sido llamados.

¿Por qué no había ninguna mención a Coll?

Esa era una pregunta para la que no tenía ninguna respuesta. Al principio había pensado que la llamada estaba relacionada con la canción, con la magia que él poseía y su hermano no. Pero ¿por qué Wren era necesaria? Wren tampoco tenía magia. Desde luego, Walker Boh era diferente, puesto que siempre se había rumoreado que sabía algo de magia que ninguno de los otros realizaba. Pero no Wren. Y tampoco Coll. Sin embargo, Wren había sido específicamente llamada y Coll no.

Eso, más que cualquier otra cosa, era lo que le hacía dudar sobre qué debería hacer. Quería descubrir la razón de sus sueños. Si era cierto lo que el anciano decía de Allanon. Par deseaba saber lo que el druida quería decirle, pero no quería saber nada del tema si eso significaba separarse de Coll. Era para él más que un hermano; era su mejor amigo, su compañero más leal, casi su otro yo. Par no pensaba involucrarse en algo que no los incluyera a ambos. Sencillamente no lo haría.

Pero el anciano no había prohibido que lo acompañase Coll. Tampoco los sueños. Nadie se había opuesto a ello.

Simplemente, lo habían ignorado.

¿Por qué podría ser?

A última hora de la mañana se levantó el viento. Los hermanos improvisaron un mástil con uno de los remos y una vela con la lona de la tienda, y la embarcación enseguida ganó velocidad sobre las aguas del lago del Arco Iris, que ahora se agitaban formando espuma a su alrededor. Varias veces estuvieron a punto de volcar, pero se mantuvieron atentos a los repentinos cambios del viento y utilizaron el peso de sus cuerpos para evitarlo. Pusieron rumbo al suroeste, y a primera hora de la tarde llegaron a la desembocadura del río Rappahalladron.

Vararon el esquife en una pequeña cala, lo cubrieron con ramas y juncos dejándolo todo dentro, excepto las mantas y los utensilios de cocina, y empezaron a caminar río arriba hacia el bosque de Duln. Pronto comprendieron que debían caminar a campo través para ganar tiempo, y se alejaron del río, internándose en las tierras altas de Leah. Desde la noche anterior no habían hablado de hacia dónde estaban yendo, cuando pospusieron tácitamente la discusión del asunto. Ninguno de los dos lo había intentado: Coll porque seguían la dirección hacia la que él quería ir, y Par porque pensaba que su hermano estaba en lo cierto y que debía reflexionar antes de volver a emprender un viaje hacia Callahorn. Valle Sombrío era un lugar tan bueno como otro cualquiera para tomar una decisión.

Curiosamente, ninguno de los dos había hablado de los sueños, del anciano, ni de nada relacionado desde primera hora de la mañana. Ambos habían empezado a repensar sus respectivas posiciones, acercándolas a las del otro, aceptando que quizá parte de las razones del otro tenían algo de sentido.

Cuando volvieron a hablar del tema ya no discutieron. Era media tarde, el calor era pegajoso y la cegadora esfera blanca del sol, situado ante ellos, los obligaba a protegerse los ojos con las manos. El campo era un conjunto de suaves colinas, una alfombra de hierba y flores silvestres punteadas por grupos de árboles de anchas

hojas y parches de maleza y roca. Las nieblas que cubrían las tierras altas durante la mayor parte del año se habían retirado a zonas más elevadas y colgaban de las crestas y los riscos como jirones de lino.

—Creo que la leñadora le tenía auténtico miedo al anciano —dijo Par mientras ascendían por una larga y gradual pendiente que conducía a un bosquecillo de fresnos—. No creo que lo fingiera. Nadie es tan buen actor.

—Creo que tienes razón —respondió Coll, asintiendo—. Antes dije que podían estar de acuerdo, pero era para hacerte pensar. En cualquier caso, me pregunto si el anciano nos dijo todo lo que sabía. De las historias de Allanon, lo que más recuerdo es que era muy prudente en sus relaciones con los Ohmsford.

—Nunca se lo explicaba todo, es verdad.

—Así que quizá el anciano siga su ejemplo.

Llegaron a la cumbre de la colina, se dirigieron a la sombra de los fresnos, desenrollaron las mantas y se quedaron de pie contemplando el paisaje. Estaban empapados de sudor, con las túnicas húmedas pegadas a la espalda.

—No llegaremos esta noche a Valle Sombrío —dijo Par, sentándose en el suelo y apoyándose en uno de los árboles.

—No, no lo parece —convino Coll, imitándolo, y se estiró hasta que le crujieron los huesos.

—Estaba pensando...

—Eso es bueno.

—Estaba pensando dónde podríamos pasar la noche. No estaría mal dormir en una cama para variar.

—No voy a contradecirte —respondió Coll, riendo—. ¿Tienes idea de dónde podemos encontrar una cama aquí, en medio de la nada?

—De hecho, sí —afirmó Par, que se volvió lentamente y lo miró—. La cabaña de caza de Morgan se encuentra a unos pocos kilómetros al sur. Seguro que podríamos pasar allí la noche.

—Sí, seguro que podríamos —admitió Coll frunciendo el ceño de forma pensativa.

Morgan Leah era el primogénito de una familia cuyos antepasados habían sido los reyes de Leah. Pero la monarquía había sido derrocada hacía ya casi doscientos años, cuando la Federación se extendió hacia el norte y simplemente engulló de un solo bocado las tierras altas. Desde entonces no habían sido reyes de Leah, y la familia sobrevivió a través de los años como caballerosos granjeros y artesanos. El cabeza de familia actual, Kyle Leah, era un terrateniente que vivía al sur de la ciudad y se dedicaba a la cría de ganado vacuno. Morgan, su hijo mayor y amigo íntimo de Par y Coll, se dedicaba sobre todo a las travesuras.

—¿Crees que Morgan estará por allí? —preguntó Coll, sonriendo ante tal posibilidad.

Par le devolvió la sonrisa. En realidad, la cabaña de caza era una propiedad

familiar, pero por lo general quien más la utilizaba era Morgan. La última vez que los hermanos Ohmsford estuvieron en las tierras altas pasaron en ella una semana como invitados suyos. Acamparon, cazaron y pescaron, pero dedicaron la mayor parte del tiempo a comentar los incesantes esfuerzos de Morgan de incordiar a los funcionarios de la Federación que residían en Leah. Morgan Leah tenía la mente y las manos más rápidas de la Tierra del Sur, y sentía una eterna aversión hacia el ejército que había ocupado su país. A diferencia de Valle Sombrío, Leah era una gran ciudad y requería vigilancia. Tras abolir la monarquía, la Federación había nombrado un gobernador provisional, asesorado por un gabinete, y establecido una guarnición militar para asegurar el orden. Morgan lo consideró como un desafío personal. Aprovechaba todas las oportunidades que se le presentaban, y algunas que no, para hacer desgraciada la vida de los funcionarios, que ahora se instalaban cómodamente y sin respeto por su legítimo derecho en su hogar ancestral. Nunca fue una contienda. Morgan era un auténtico genio para crear problemas, y demasiado listo para permitir que los funcionarios de la Federación sospecharan que él era la espina que llevaban todos clavada que no podían ni encontrar ni mucho menos eliminar. En su última fechoría, Morgan había encerrado al gobernador y al vicegobernador con una piara de cerdos completamente cubiertos de lodo en una sala de baños privada, y a continuación atascó todas las cerraduras de las puertas. La sala era muy pequeña y había muchos cerdos. Se necesitaron dos horas para sacarlos de allí, y Morgan afirmaba solemnemente que, cuando lo consiguieron, era difícil determinar quién era quién.

Los hermanos se pusieron en pie, recogieron sus pertenencias y reanudaron la marcha. La tarde avanzó sin que se dieran cuenta mientras el sol proseguía su camino hacia el oeste, pero no corría ni la más ligera brisa y el calor había aumentado, volviéndose más opresivo. La tierra estaba a mitad de la estación estival y a aquellas alturas estaba tan seca que la hierba crujía al pisarla; lo que antes había sido una verde alfombra se había secado en una extensión parda y grisácea. El polvo se elevaba formando pequeñas volutas debajo de sus botas, y tenían las bocas reseca.

Era casi la puesta de sol cuando divisaron la cabaña, un edificio de piedra y madera tras un grupo de pinos y sobre una colina desde la que se dominaba la parte occidental del país. Acalorados y sudorosos, arrojaron su equipo junto a la puerta principal y se dirigieron a unos manantiales situados a poca distancia, entre los árboles. Cuando llegaron a varios estanques de azul transparente cuyas aguas brotaban del fondo y que estaban a rebosar, formando una pequeña y lenta corriente, empezaron a quitarse la ropa inmediatamente, sin pensar en nada más que en su ahora arrolladora necesidad de sumergirse en sus tentadoras aguas.

Los manantiales fueron la razón por la cual no vieron la criatura de barro que estaba casi encima de ellos.

Surgió de unos arbustos cercanos. De apariencia vagamente humana, incrustada en el barro, rugiendo ferozmente, rompiendo la calma como si fuera un cristal. Coll dio un alarido, saltó hacia atrás, perdió el equilibrio y cayó de cabeza al agua. Par se

apartó, tropezó, rodó por el suelo y la criatura estaba encima de él.

—¡Ahhh! ¡Un sabroso hombre vallense! —dijo con tono áspero la criatura con una voz, de repente, muy familiar.

—¡Por todas las sombras, Morgan! —dijo Par, retorciéndose y empujándole para quitárselo de encima—. ¡Me has dado un susto de muerte, maldita sea!

—Pensaba que solo intentabas expulsar de Leah a la Federación, no también a tus amigos —dijo Coll con voz serena, tras salir del agua aún con las botas y los pantalones medio bajados mientras se secaba los ojos con las manos.

—Os pido perdón, de verdad —se excusó Morgan Leah, riendo alegremente bajo su caparazón de barro—. Pero era una tentación que ningún hombre habría podido resistir. ¡Seguro que podéis entenderlo!

Par intentó quitar las manchas de barro de sus ropas, pero se dio por vencido, por lo que se desnudó, cogió todo lo que tenía y se metió en el manantial con ellas. Tras dar un suspiro de alivio, se volvió para mirar a Morgan.

—¿Qué demonios estás haciendo con esa pinta?

—¿Oh, el barro? Es bueno para la piel —Morgan caminó hasta el manantial se metió lentamente en el agua—. Hay unas charcas de barro no muy lejos de aquí. Las encontré el otro día por casualidad. Nunca sabía que estaban allí. Puedo deciros honestamente que no hay nada mejor que el barro en tu cuerpo para refrescarse en un día caluroso. Es mejor que el manantial. Así que me embadurné como un cerdo y vine a lavarme. Entonces os oí llegar y decidí daros la característica bienvenida de las montañas.

Sumergió la cabeza. Cuando emergió a la superficie, el monstruo de barro había sido reemplazado por un joven delgado y vigoroso de aproximadamente su edad, con la piel tan bronceada que era casi de color chocolate. Los cabellos rojizos le llegaban hasta los hombros, y unos claros ojos grises conferían a su rostro una mezcla de astucia e inocencia.

—¡Contemplad! —exclamó, sonriendo.

—Maravilloso —dijo Par sin el menor entusiasmo.

—¡Oh, vamos! Ninguna broma puede ser tan grave —se disculpó Morgan, inclinándose hacia delante con gesto interrogativo y expresión burlona—. Lo que me recuerda... ¿no deberíais estar en algún lugar de Callahorn deslumbrando a los nativos? ¿No fue eso lo último que supe de vuestros planes? ¿Qué estáis haciendo aquí?

—¿Qué estás haciendo tú aquí? —replicó Coll.

—¿Yo? ¡Oh!, otro pequeño malentendido con el gobernador, o, más exactamente, con la esposa del gobernador. Desde luego, no sospechan de mí... nunca lo hacen. En cualquier caso, me pareció un buen momento para tomarme unas vacaciones. —Morgan acentuó su sonrisa—. Pero venga, yo he preguntado primero. ¿Qué está pasando aquí?

No era fácil esquivar la respuesta y, por otra parte, nunca había habido secretos

entre los tres. Así que Par, con la considerable ayuda de Coll, le contó lo sucedido desde aquella noche en Varfleet, cuando Rimmer Dall y los buscadores de la Federación habían ido a buscarles. Le habló de sus sueños que podrían haber sido enviados por Allanon, de su encuentro con la terrorífica leñadora que podría haber sido un umbrío, y del anciano que los había salvado y que podría ser Cogleine.

—Hay un buen número de «podría ser» en esa historia —observó el joven de las tierras altas cuando acabaron—. ¿Estáis seguros de que no os lo estáis inventado? Sería una buena broma a mi costa.

—Ojalá fuera así —respondió Coll tristemente.

—En cualquier caso, pensamos en pasar la noche aquí, en una cama, y mañana partiremos para Valle Sombrío —concluyó Par.

—Si yo estuviese en vuestro lugar no haría eso —les aconsejó Morgan, trazando una raya en el agua con el dedo y sacudiendo la cabeza.

Par y Coll se miraron el uno al otro.

—Si la Federación os busca tan desesperadamente como para enviar a Rimmer Dall a Varfleet, ¿no creéis que es muy probable que también lo mande a Valle Sombrío? —aclaró Morgan, buscando con la mirada la de los hermanos.

—Lo admito —respondió Par tras guardar un largo silencio—, no había pensado en ello.

—Bueno, pensar nunca ha sido tu fuerte, chico —le espetó Morgan, mientras nadaba hasta la orilla. Después salió del agua y empezó a secar el agua de su cuerpo—. Menos mal que tienes un amigo como yo. Volvamos a la cabaña y os prepararé algo de comer, algo que no sea pescado para variar, y hablaremos sobre ello.

Se secaron, lavaron sus ropas y volvieron hacia la cabaña, donde Morgan se puso a preparar la cena. Hizo un delicioso estofado de carne, zanahorias, patatas, cebollas y caldo, y lo sirvió con pan caliente y cerveza fría. Se sentaron en los bancos de una mesa colocada a la sombra de los pinos, e ingirieron la mayor parte de la comida y la bebida. Al acercarse la noche, cuando la brisa bajó de las cimas y el día empezó a enfriarse, Morgan les ofreció peras y queso de postre, y los mordisquearon lentamente mientras el cielo enrojecía hasta adquirir un tono púrpura oscuro, que después se convirtió en un negro lleno de estrellas.

—Me encantan las montañas —dijo Morgan tras un largo silencio. Estaban sentados en los escalones de piedra de la cabaña—. Supongo que también podría llegar a encantarme la ciudad, pero no mientras pertenezca a la Federación. A veces me pregunto cómo era la vida en nuestro antiguo hogar antes de que nos lo quitaran. Desde luego, eso fue hace mucho tiempo, seis generaciones, y ya nadie recuerda cómo era. Mi padre ni siquiera habla sobre ello. Pero aquí... bueno, esto aún es nuestro, esta tierra todavía es nuestra. La Federación aún no ha sido capaz de apoderarse de ella. Es demasiado extensa. Tal vez esa sea la razón de que la ame tanto, porque es lo último que mi familia conserva de los viejos tiempos.

—Además de la espada —le recordó Par.

—¿Aún llevas esa maltratada reliquia? —preguntó Coll—. Continúo pensando que deberías cambiarla por otra mejor y más nueva.

—¿No recuerdas que los relatos decían que la espada de Leah era mágica? —le reprochó Morgan, mirándolo.

—Se supone que fue el propio Allanon quien se la confirió —corroboró Par.

—Sí, en la época de Rone Leah —prosiguió Morgan, con el ceño fruncido—. A veces pienso que todavía es mágica. No como antes, no como el arma que podía oponerse a los umbríos y seres semejantes, sino de un modo diferente. A lo largo de los años ha tenido media docena de vainas, se le ha cambiado la empuñadura al menos una o dos veces, y ambas cosas, vaina y empuñadura, están ahora en malas condiciones. Pero la hoja... esa hoja está tan afilada y brillante como siempre, como si no envejeciera. ¿Para eso no es necesario algún tipo de magia?

—La magia a veces cambia su forma de actuar —dijo Par, asintiendo junto su hermano—. Crece y evoluciona. Quizá es lo que ha pasado con la espada de Leah.

Recordó que el anciano le había dicho que no entendía la magia para nada y se preguntó si tendría razón.

—Bueno, en realidad nadie quiere la espada, ya no —dijo Morgan, estirándose como un gato y dando un suspiro—. Al parecer, nadie quiere nada perteneciente a los viejos tiempos. Los recuerdos son demasiado dolorosos. Mi padre no dijo ni una palabra cuando se la pedí. Simplemente, se limitó a dármela.

—Bueno, tu padre debería tener más cuidado con elegir a quién le deja sus armas —bromeó Coll, que se inclinó hacia él y le dio una amistosa palmada.

—¿Acaso me han pedido a mí que me una al Movimiento? —preguntó Morgan, siguiendo la broma, y todos rieron—. Por cierto, dijisteis que el desconocido os dio un anillo. ¿Os importa si le echo un vistazo?

Par sacó del bolsillo el anillo con el emblema del halcón y se lo dio.

—No lo reconozco —dijo Morgan, tras examinarlo con atención. Después, se lo devolvió, con un aire dubitativo—. Pero eso no tiene por qué significar nada. He oído que hay una docena de bandas de forajidos dentro del Movimiento, y que todas cambian periódicamente sus símbolos para confundir a la Federación. A veces pienso que debería ir al norte y unirme a ellos... Dejar de perder el tiempo jugando con los estúpidos que viven en mi casa y gobiernan mi país sin siquiera conocer su historia —prosiguió tras beber un largo trago de cerveza, sacudiendo la cabeza tristemente, y por un momento pareció viejo—. Pero hablemos de vosotros —dijo, y se animó—. No podéis arriesgaros a regresar hasta que no creáis que es seguro. Así que os quedaréis aquí un par de días y, entretanto, yo me adelantaré. Me aseguraré de que la Federación no se os ha adelantado. ¿Os parece bien?

—¡Más que bien! —exclamó Par—. Gracias, Morgan. Pero antes has de prometernos que tendrás cuidado.

—¿Tener cuidado? ¿De esos estúpidos de la Federación? ¡Ja! —respondió el joven de las montañas, esbozando una sonrisa de oreja a oreja—. ¡Puedo dar un paso

al frente, escupirles a todos en un ojo y aun así tardarán varios días en averiguar quién ha sido! ¡No tengo nada que temer de ellos!

—Quizá no en Leah —dijo Par sin reírse—. Pero puede haber buscadores en Valle Sombrío.

—Tienes razón —admitió Morgan, sin sonreír—. Tendré cuidado. Pero es hora de ir a la cama. Quiero salir temprano —concluyó, apurando el vaso de cerveza y poniéndose en pie.

—¿Qué le hiciste exactamente a la esposa del gobernador? —le preguntó Coll, levantándose al mismo tiempo que su hermano.

—Ah, eso. Nada excesivo —respondió Morgan, encogido de hombros—. Alguien dijo que no le gustaba el aire de las tierras altas, que la mareaba, y yo le envié un perfume en una botellita de cristal muy fino para endulzar su sentido del olfato. Hice que se lo pusieran en la cama, para darle una sorpresa. Lo rompió accidentalmente al meterse en ella.

Parpadeó.

—Por desgracia, de alguna manera el perfume estaba mezclado con aceite de mofeta.

Los tres se miraron en la oscuridad y rieron como tontos.

Los hermanos Ohmsford durmieron bien aquella noche, envueltos en la comodidad y el calor de las camas de verdad, con mantas y almohadas limpias. Fácilmente habrían dormido hasta mediodía, pero Morgan los despertó al amanecer, cuando se preparaba para partir hacia Valle Sombrío. Les enseñó la espada de Leah. La empuñadura y la vaina estaban muy deterioradas, pero la hoja brillaba como nueva, tal como había afirmado su propietario. Sonriendo con satisfacción al ver la expresión de sus caras, se la colgó del hombro, metió un largo cuchillo en una de sus botas, un cuchillo de caza en el cinturón, y se ató con una correa un arco de fresno a la espalda.

—Nunca hace daño estar preparado —les dijo, guiñándoles un ojo.

Lo observaron mientras atravesaba la puerta y bajaba por el lado occidental de la colina, donde se volvió para despedirse con un gesto de la mano. Todavía estaban soñolientos, y sus palabras de despedida se mezclaron con los bostezos.

—Volved a la cama —les gritó Morgan—. Dormid tanto como queráis. Relajaos y no os preocupéis. Regresaré dentro de un par de días.

Volvió a hacer un gesto de despedida con la mano y les dio la espalda. Su alta y delgada figura se silueteaba contra el horizonte todavía oscuro, denotando su habitual confianza en sí mismo.

—¡Ten cuidado! —gritó Par.

—¡Tenedlo vosotros! —les respondió entre risas.

Los dos hermanos siguieron su consejo y volvieron a la cama. Durmieron hasta la tarde y desperdiciaron el resto del día estirados por allí. El segundo día lo aprovecharon mejor. Se levantaron temprano, se bañaron en los manantiales y

exploraron los alrededores en un inútil esfuerzo por encontrar las charcas de barro. Limpiaron la cabaña de caza y prepararon la cena con unos patos salvajes y arroz. Aquella noche hablaron durante mucho tiempo sobre el anciano y los sueños, la magia y los buscadores, y de lo que deberían hacer en el futuro inmediato. No discutieron, pero tampoco consiguieron llegar a ninguna conclusión.

El tercer día amaneció nublado, y al anochecer llovía. Se sentaron frente al fuego que encendieron en la gran chimenea de piedra y practicaron la narración de historias durante largo rato, trabajando en los relatos más oscuros, intentando fundir las imágenes de la canción de Par con las palabras de la narración de Coll. No había ni rastro de Morgan Leah. A pesar de su mutua y tácita decisión de no hacerlo, empezaron a preocuparse.

Morgan regresó al cuarto día. Apareció a última hora de la tarde. Los dos hermanos estaban sentados delante del fuego, reparando las ataduras de una de las sillas del comedor, cuando abrió la puerta de repente. Había estado lloviendo durante todo el día y el joven estaba empapado. Goteaba por todas partes mientras dejaba su mochila y las armas en el suelo, y cerró la puerta.

—Malas noticias —dijo sin esperar a que le preguntaran. Tenía los cabellos color óxido pegados a la cabeza, y sus cinceladas facciones centelleaban por el agua de lluvia.

Parecía muy alterado cuando cruzó la habitación para ponerse frente a ellos.

—No podéis volver a Valle Sombrío —dijo Morgan en voz baja, mientras Par y Coll se levantaban lentamente—. Hay soldados de la Federación por todas partes. No puedo asegurar que también haya buscadores, pero no me sorprendería. La aldea está bajo la «protección de la Federación»; ese es el eufemismo que usan para referirse a una ocupación armada. Definitivamente os están esperando. Solo necesité hacer unas cuantas preguntas para averiguarlo. No es un secreto. Vuestros padres se hallan bajo arresto domiciliario. Creo que se encuentran bien, pero no podía arriesgarme a hablar con ellos. Lo siento. Habría demasiadas preguntas. —Tomó una bocanada de aire—. Hay alguien que os desea un gran mal, amigos.

Par y Coll intercambiaron una mirada sin intención de disimular su miedo.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Par en voz baja.

—He estado pensando en ello durante todo el viaje de vuelta —respondió Morgan, extendiendo el brazo y poniendo la mano en el delgado hombro de su amigo—. Así que os diré lo que vamos a hacer, y digo «vamos» porque ahora también yo estoy involucrado con vosotros en este asunto.

Apretó el hombro de Par con la mano.

—Iremos al este en busca de Walker Boh.

Morgan Leah podía ser muy persuasivo cuando se lo proponía, y se lo demostró a Par y a Coll aquella noche lluviosa en las montañas.

Obviamente había meditado mucho sobre la cuestión, ya que su razonamiento era bastante sólido. Resumido en pocas palabras, todo era un asunto de elección. Se tomó bastante tiempo para despojarse de su ropa húmeda y secarse antes de sentarse con los hermanos ante la chimenea con las piernas cruzadas, con un vaso de cerveza en una mano y un trozo de pan caliente en la otra para escuchar su explicación.

Empezó por lo que ya sabían, que no podían volver a Valle Sombrío, ni ahora ni probablemente en mucho tiempo. Tampoco podían regresar a Callahorn. En realidad, no podían ir a ningún lugar donde pudieran estar esperándolos, porque si la Federación había invertido tanto tiempo y esfuerzo en su búsqueda difícilmente se detendría ahora. Rimmer Dall era conocido por su tenacidad. Se había involucrado personalmente en su búsqueda, y no se daría por vencido fácilmente. Los buscadores los estarían buscando en todos los lugares sometidos al Gobierno de la Federación, y era muy, muy extensa. Par y Coll ya podían considerarse, a todos los efectos, unos proscritos.

¿Qué podían hacer? No podían ir a ningún sitio donde los estuvieran esperando, tenían que ir donde no los esperaran, pero siempre donde pudieran conseguir algo útil.

—Después de todo podéis quedaros aquí, si queréis, y no os descubrirían hasta quién sabe cuándo, porque la Federación nunca os buscará en las tierras altas —dijo Morgan, dubitativo—. Quizá sería divertido durante una temporada, pero ¿qué conseguiríamos? Pasados dos meses, cuatro o los que fuesen, seguiríais siendo unos proscritos, sin poder volver a vuestra casa, y nada habría cambiado. No tiene sentido, ¿verdad? Lo que necesitáis hacer es tomar el control de la situación, no esperéis a que os dominen. ¡Salid y marchad a su encuentro!

Lo que Morgan quería decirles era que debían resolver el enigma de los sueños. No podían hacer nada respecto al hecho de que la Federación los estaba buscando, que soldados ocupaban Valle Sombrío o que eran considerados proscritos. Algún día todo podría cambiar... pero no en un futuro inmediato. Por otra parte, los sueños eran algo a lo que podían enfrentarse. Si los sueños eran reales, merecía la pena saber más sobre ellos. El anciano les había dicho que fueran al Cuerno del Hades la primera noche de luna nueva, pero los dos hermanos no habían querido hacerlo antes por dos importantes razones: en primer lugar, porque no sabían lo bastante de los sueños para estar seguros de que eran reales, y en segundo lugar, porque eran solo dos y podían

estar adentrándose en un verdadero peligro yendo allí.

—¿Por qué no hacemos algo para aliviar estas preocupaciones? —concluyó Morgan—. ¿Por qué no vamos hacia el este y encontramos a Walker Boh? Dijisteis que el anciano os contó que también le habían enviado los sueños a Walker. ¿No os parece que tiene sentido averiguar lo que él piensa sobre todo este asunto? ¿Estará planeando ir? El anciano también iba a hablar con él. Lo consiga o no, estoy seguro de que Walker tiene una opinión propia sobre si los sueños son reales o no. Siempre he pensado que vuestro tío es un tipo raro, lo reconozco, pero nunca he pensado que sea estúpido. Y los tres conocemos las historias que se cuentan sobre él. Si posee parte de la magia de Shannara, este parece un buen momento para descubrirlo. Si Walker cree en los sueños y decide ir al Cuerno del Hades, es posible que eso os ayude a tomar la decisión de ir vosotros también. —Bebió un trago de cerveza y los señaló con el dedo—. Entonces ya seríamos cuatro. Cualquier cosa allí fuera que pueda crearnos problemas tendrá que pensárselo dos veces. —Se encogió de hombros—. Incluso si decidís no ir —continuó—, os sentiréis más satisfechos que permaneciendo escondidos aquí o en cualquier otro lugar. ¡Por todas las sombras, a la Federación no se le ocurrirá buscaros en el Anar! ¡Sería justamente el último sitio en el que pensarían buscaros!

Llenó de nuevo el vaso, dio un mordisco al trozo de pan fresco y se recostó, mientras los interrogaba con la mirada. Su rostro había vuelto a adquirir esa expresión que sugería el conocimiento de algo que ellos ignoraban, y que lo divertía infinitamente.

—¿Y bien? —les preguntó finalmente.

Los dos hermanos permanecieron en silencio. Par estaba pensando en su tío, recordando las historias cuchicheadas sobre Walker Boh. Su tío se autoproclamaba estudioso de la vida, y aseguraba que tenía visiones y sentía cosas que los demás no podían. Los rumores decían que practicaba una magia distinta a cualquier otra conocida. Hacía tiempo, casi diez años, que se había alejado de ellos, dejando Valle Sombrío para ir hacia a la Tierra del Este. Entonces, Par y Coll eran muy jóvenes, pero Par todavía lo recordaba.

De repente, Coll se aclaró la garganta, se inclinó hacia delante y sacudió la cabeza. Par estaba seguro de que le diría a Morgan que su idea era ridícula. Sin embargo, le preguntó:

—¿Cómo vamos a encontrar a Walker?

Par miró a Morgan y este le devolvió la mirada, y hubo un instante de sorpresa compartida. Los dos habían supuesto que Coll se opondría completamente, obstaculizaría el camino a un plan tan peligroso y lo tacharía de absurdo. Nunca habrían esperado su reacción.

—En vuestro lugar, yo no daría por supuestas mis reacciones —dijo Coll, interpretando las miradas que Morgan y su hermano acababan de cruzarse—. Ninguno de los dos me conocéis tan bien como creéis. Bueno, ¿qué tal si contestáis

mi pregunta?

—Primero iremos a Culhaven —respondió Morgan, ocultando rápidamente el sentimiento de culpabilidad que se había reflejado en sus ojos—. Tengo allí un amigo que debería saber dónde está Walker.

—¿A Culhaven? —preguntó Coll, frunciendo el ceño—. Culhaven está ocupada por la Federación.

—Pero es lo bastante segura para nosotros —insistió Morgan—. La Federación no os estará buscando allí, y solo necesitamos estar un día o dos. En cualquier caso, no estaremos demasiado al descubierto.

—¿Y nuestras familias? ¿No se preguntarán qué puede habernos ocurrido?

—La mía no. Mi padre está acostumbrado a no verme durante semanas. Ya se ha hecho a la idea de que soy independiente. Y Jaralan y Mirianna estarán mejor sin saber en qué estáis metidos. No me cabe la menor duda de que ya tienen bastantes preocupaciones.

—¿Y qué pasa con Wren? —preguntó Par.

—No sé dónde encontrar a Wren —respondió Morgan, haciendo un gesto negativo—. Si aún sigue con los nómadas, puede estar en cualquier parte. —Hizo una pequeña pausa—. Además, no creo que nos pueda servir de mucha ayuda. Era solo una niña cuando abandonó Valle Sombrío. No disponemos de tiempo para buscarlos a los dos, y Walker Boh parece una apuesta más segura.

—¿Tú qué piensas? —preguntó Par a su hermano, dirigiéndole una mirada dubitativa, mientras asentía lentamente.

—Que deberíamos habernos quedado en Valle Sombrío —respondió Coll, dando un suspiro—. Que deberíamos habernos quedado en la cama.

—¡Vamos, Coll Ohmsford! —exclamó Morgan alegremente—. ¡Piensa en la aventura! ¡Yo cuidaré de ti, te lo prometo!

—¿Debería sentirme aliviado por eso? —inquirió Coll, dirigiendo una mirada a Par.

—Yo digo que debemos ir —respondió Par, inspirando profundamente.

—¿Qué podemos perder? —dijo Coll, que observaba a su hermano con atención. Entonces, asintió.

Así fue como se decidió la cuestión. Cuando poco después Par se detuvo a pensarlo, se dio cuenta de que no había sido una sorpresa para él. Después de todo, habían tenido que elegir, y ninguna de las otras opciones parecía satisfactoria.

Aquella noche durmieron en la cabaña, y emplearon la mañana siguiente en aprovisionarse de los víveres almacenados en la despensa y de las ropas guardadas en los armarios. Había armas, mantas, capas de viaje y prendas de recambio (algunas de ellas bastante elegantes) para los dos hermanos. También había carnes curadas, verduras y frutas, quesos y nueces. Además, había utensilios de cocina, cantimploras para el agua y medicamentos. Ya que la cabaña estaba tan bien abastecida, cogieron todo lo que necesitaban y a primera hora de la tarde estaban listos para partir.

El día era gris y nublado, y la lluvia se había convertido en llovizna. La tierra que pisaban ya no era dura y polvorienta, sino húmeda y blanda como una esponja. Tomaron la dirección norte, de nuevo hacia el lago del Arco Iris, con la intención de llegar a sus orillas al anochecer. El plan de Morgan para la primera etapa de su viaje era sencillo. Recuperarían el esquife que los hermanos habían dejado oculto junto a la desembocadura del Rappahalladron, y esta vez seguirían la costa sur, manteniéndose apartados de las Tierras Bajas de Clete, de los Robles Negros y de la Ciénaga Brumosa, todos ellos lugares llenos de peligros que era mejor evitar. Cuando llegaran a la orilla opuesta, buscarían el río de Plata y seguirían su curso hacia el este hasta llegar a Culhaven.

Era un buen plan, pero no carecía de problemas. Morgan hubiese preferido navegar por el lago del Arco Iris durante la noche, ya que llamarían menos la atención, usando la luna y las estrellas para guiarse. Pero pronto pudieron comprobar que el tiempo no se iba a despejar y, por tanto, que no tendrían la luz de la luna ni las estrellas para indicarles el camino. Si navegaban bajo esas circunstancias había muchas probabilidades de que se desviasen demasiado y acabaran cayendo en los peligros que trataban de evitar.

Así pues, cuando encontraron el esquife y comprobaron que aún podía navegar, pasaron su primera noche en un helado y húmedo campamento montado junto a la orilla del lago, soñando con climas más cálidos y agradables. La mañana les trajo un ligero cambio en el tiempo. La lluvia había cesado por completo y hacía más calor, aunque continuaba nublado y la niebla envolvía el lago en toda su extensión.

Par y Coll contemplaron el panorama con preocupación.

—Despejará —aseguró Morgan, impaciente por reemprender el viaje.

Empujaron el esquife hasta el agua y remaron hasta que encontraron una leve brisa e izaron su improvisada vela. Las nubes se aclararon un poco, pero la niebla continuó adherida a la superficie del lago como lana de oveja, cubriéndolo todo con su impenetrable neblina. Llegó la tarde y se fue sin apenas cambios, por lo que incluso Morgan finalmente confesó que no tenía ni idea de dónde estaban.

Al anochecer todavía seguían navegando en las aguas del lago. La luz había desaparecido por completo. La brisa cesó y se quedaron inmóviles en medio de un silencio absoluto. Comieron un poco, más por necesidad que por hambre. Después establecieron turnos para intentar dormir.

—¿Recuerdas aquellas historias de Shea Ohmsford y el ser que vivía en la Ciénaga Brumosa? —susurró Coll a Par—. ¡Realmente espero descubrir de primera mano si es o no verdadera!

La noche se deslizaba en medio de un profundo silencio, una impenetrable oscuridad y la sensación de un mal inminente. Sin embargo, llegó la mañana sin que se produjera ningún incidente. La niebla se levantó, el cielo brilló y los tres amigos descubrieron que estaban a salvo en medio del lago, con la proa del esquife mirando al norte. Ya relajados, bromearon sobre sus propios miedos y los de los demás.

Volvieron a poner la barca rumbo al este y remararon, por turnos, en espera que se levantara la brisa. Poco después, la niebla se disipó por completo y las nubes se abrieron, y divisaron la orilla sur. Al mediodía, sopló una brisa del noroeste. Dejaron los remos e izaron la vela.

El esquife ganó velocidad con el transcurso del tiempo. La luz del día empezaba a desaparecer dejando paso al anochecer cuando consiguieron llegar a la orilla y desembarcaron en una caleta poblada de árboles próxima a la desembocadura del río de Plata. Empujaron el esquife hasta un cañaveral que crecía en el agua, lo amarraron firmemente y emprendieron el camino tierra adentro. Era casi la puesta de sol y el cielo había adquirido un peculiar tono rosado que se reflejaba en una nueva combinación de nubes bajas y jirones de niebla. El bosque continuaba silencioso; los sonidos de la noche esperaban expectantes la llegada de la oscuridad para iniciar su sinfonía. El río se movía perezosamente junto a ellos mientras avanzaban, crecido por el agua de la lluvia y cubierto de hojas y ramas. Las sombras los alcanzaron, parecía que los árboles se hubieran apiñado y la luz empezó a desvanecerse. Poco después, la oscuridad los envolvió.

Hablaron brevemente sobre el rey del río de Plata.

—Desapareció igual que el resto de la magia —afirmó Par, que caminaba con gran precaución para no resbalarse en el embarrado sendero. Aquella noche se podía ver mejor, aunque no tanto como les habría gustado. La luna y las estrellas jugaban al escondite con las nubes—. Desapareció igual que los druidas y los elfos —dijo a continuación—. Solo han sobrevivido las historias.

—Tal vez sí o tal vez no —filosofó Morgan—. Los viajeros afirman que se lo han encontrado de vez en cuando; un anciano con un farol, que les sirvió de guía y les ofreció protección. Sin embargo, admiten que su poder ya no es el que era antes. Solo reclama el río y una pequeña parte de las tierras limítrofes. El resto nos pertenece.

—¡El resto pertenece a la Federación, como todo lo demás! —exclamó Coll con evidente disgusto.

—Conozco a un hombre que afirma que ha hablado con el rey del río de Plata, un buhonero que vende sus estrambóticas mercancías entre las tierras altas y el Anar —prosiguió Morgan, que le dio una patada a un trozo de madera seca y lo envió girando hacia la oscuridad—. Recorre esta comarca continuamente y dice que una vez se perdió en el Monte Batalla y que el anciano apareció con su farol y le condujo por buen camino. —Morgan negó con la cabeza—. Nunca supe si debía creerlo o no. Los buhoneros son mejores embusteros que informadores.

—Yo creo que desapareció —dijo Par, entristecido por su propia certeza—. La magia no dura cuando no se practica ni se cree en ella. El rey del río de Plata no es una excepción. Ahora solo es historia, ya no es más que un personaje de leyenda; nadie cree en su existencia, salvo nosotros tres y algunos más.

—Los Ohmsford siempre creemos —concluyó Coll en voz baja.

Caminaron en silencio, escuchando los sonidos de la noche, siguiendo el sendero

cuando se curvó hacia el este. No conseguirían llegar aquella noche a Culhaven, pero tampoco estaban dispuestos a detenerse, así que simplemente continuaron caminando sin ni siquiera molestarse en discutirlo. El bosque se espesaba a medida que se internaban en el Bajo Anar, y el sendero se estrechó cuando la maleza empezó a invadirlo desde la oscuridad. El río se embraveció al atravesar varios rápidos y el terreno se hizo más abrupto, convirtiéndose en un laberinto de hondonadas y montículos sembrado de rocas y tocones.

—El camino a Culhaven ya no es lo que era —murmuró Morgan. Par y Coll no podían saberlo, porque era la primera vez que lo recorrían. Intercambiaron una mirada, pero no dijeron nada.

En ese preciso momento se encontraron con el sendero bloqueado por varios árboles caídos. Un camino secundario se alejaba del río y se internaba en el bosque. Tras un breve instante de duda, Morgan decidió seguirlo. Los árboles se unían sobre sus cabezas, las ramas solo dejaban pasar algún rayo de luna, y los tres amigos tuvieron que avanzar a tientas. Morgan volvió a murmurar, esta vez de forma casi inaudible, pero el tono de su voz era inequívoco. Las enredaderas y las ramas colgantes los golpeaban y los obligaban a andar con las cabezas bajas. El bosque empezó a desprender un olor extrañamente fétido, como si los matorrales estuviesen podridos. Par intentó contener la respiración, irritado por la omnipresencia del mal olor. Deseaba avanzar más deprisa, pero Morgan, que estaba en cabeza, ya se movía lo más rápido que podía.

—Es como si hubiera algo muerto aquí —susurró Coll a su espalda.

Aquellas palabras pusieron en movimiento la memoria de Par. Recordó el olor que emanaba de la cabaña de la leñadora que el anciano les había advertido que era un umbrío. Era exactamente el mismo olor.

Poco después salieron de la maraña del bosque para entrar en un claro rodeado de árboles muertos y cubierto de mantillo, ramas secas y huesos dispersos. En el centro del claro burbujeaba una charca de agua estancada como si se tratara del contenido de un caldero hirviendo al fuego. Desde las sombras los observaban carroñeros de ojos penetrantes.

Se detuvieron, sin saber qué hacer.

—Morgan, esto es igual que... —empezó a decir Par, pero se interrumpió.

El umbrío avanzó desde los árboles sin hacer el menor ruido y se puso ante ellos. Par no necesitó preguntarse qué era aquella horrible criatura, lo supo instintivamente. El escepticismo y la incredulidad se disiparon en un instante, descartaron la creencia de que los umbríos eran lo que los hombres sensatos decían: rumores y cuentos de viejas. Quizá lo que provocó su cambio de opinión fue la advertencia que el anciano le había susurrado al oído. Quizá fuera el terrible aspecto de aquel ser. Fuera lo que fuera, la verdad, era escalofriante e inolvidable.

Este umbrío era completamente distinto del anterior. Era una criatura enorme, de movimientos torpes y aspecto humanoide, pero que doblaba la estatura de un hombre

normal, con el cuerpo cubierto de pelo áspero y enmarañado, con los enormes miembros terminados en garras y los hombros encorvados como los de un gorila. Entre todo ese pelo asomaba una cara vagamente humana, que se arrugaba y retorció en torno a una boca de la que asomaban unos dientes que parecían huesos atrofiados, y tras unos pliegues curtidos se ocultaba unos ojos que miraban con gran desagrado y ardían como el fuego. Los observó a los tres y los escudriñó como hacen las bestias de escasa inteligencia.

—¡Oh, oh! —susurró Morgan.

El umbrío dio un paso adelante, un movimiento similar al de un gato al acecho.

—¿Por qué estáis aquí? —dijo con voz áspera desde el profundo vacío de su interior.

—Nos hemos equivocado... —empezó a decir Morgan.

—¡Habéis entrado en mi territorio! —lo interrumpió el umbrío, chasqueando los dientes de forma amenazante—. ¡Me habéis hecho enfadar!

—Un umbrío —le susurró Par a Morgan, cuando este le dirigió una inquisitiva mirada. Coll estaba pálido y tenso, y, al igual que su hermano, tampoco albergaba dudas sobre la naturaleza de aquel ser.

—¡Tendré a uno de vosotros como pago! —gruñó el umbrío—. ¡Dadme a uno de vosotros! ¡Dádmelo!

Una vez más, los tres amigos se miraron entre ellos. Sabían que solo había una manera de salir de aquella situación. Esta vez no iba a venir en su ayuda un anciano. No había nadie más excepto ellos.

Morgan echó la mano a la espalda y sacó la espada de Leah de su vaina. La hoja se reflejó en los ojos del monstruo.

—Déjanos pasar de forma segura o... —empezó a decir el joven de las montañas.

Nunca finalizó la frase. El umbrío se lanzó hacia él chillando y atravesando el pequeño claro con una rapidez aterradora. Casi al instante, estaba junto a Morgan, atacándolo con sus garras. Pero el joven de las montañas logró desviar la acometida a tiempo con el plano de la hoja y desequilibrar a su enemigo. Después de saltar por encima de la charca, Coll lanzó un tajo con su espada corta y Par lo golpeó con la magia de la canción, nublando su visión con un enjambre de insectos zumbadores.

El umbrío retrocedió con un rugido de furia, golpeó enloquecidamente el aire y volvió a correr hacia ellos. Alcanzó a Morgan cuando este saltaba hacia un lado y lo tiró al suelo. El umbrío se volvió. Coll le asestó un golpe tan fuerte con su espada corta que le cortó un brazo por encima del codo. El umbrío se tambaleó alejándose, luego volvió sobre sus pasos, recogió el miembro seccionado y volvió a retirarse. Con gran cuidado, se colocó el brazo de nuevo contra el hombro. Se estremeció cuando se soldaron los tendones, los músculos y el hueso, moviéndose como serpientes. El miembro se había vuelto a unir solo.

El umbrío siseó de placer y se lanzó de nuevo sobre ellos.

Par intentó reducir su velocidad con imágenes de lobos, pero el monstruo apenas

les prestó atención. Cargó contra Morgan, esquivando la hoja de su espada, y lo lanzó hacia atrás. Habría estado perdido si los Ohmsford no se hubiesen lanzado contra la bestia, consiguiendo derribarla. La retuvieron durante un momento. Se liberó de ellos lanzándolos por los aires y se incorporó. Uno de sus enormes brazos alcanzó a Par en la cara, echándole la cabeza hacia atrás. Se le nubló la vista y cayó al suelo. Oía como el ser se acercaba a él, y le envió todas las imágenes que pudo reunir mientras rodaba y se arrastraba por el suelo intentando ponerse en pie. Pudo escuchar el grito de aviso de Coll y una serie de gruñidos. Consiguió incorporarse, intentando aclarar su visión.

El umbrío estaba justo delante de él, con las garras extendidas para atraparlo. Coll yacía contra un árbol a una docena de pasos a su izquierda y no había rastro de Morgan. Par retrocedió lentamente, buscando la forma de escapar. Ya no quedaba tiempo para la magia, porque la criatura estaba demasiado cerca. Entonces sintió la áspera corteza de un árbol contra su espalda.

De repente, apareció Morgan, lanzándose desde la oscuridad, gritando «Leah, Leah» mientras golpeaba al umbrío con su espada. Había sangre en su cara y su ropa, y sus ojos destellaban de furia y decisión. La espada de Leah describió un arco descendente de reluciente metal... y sucedió algo maravilloso. La espada golpeó de lleno al umbrío, y este estalló en llamas.

Par se encogió y levantó un brazo para protegerse la cara. No, pensó asombrado, no era fuego lo que estaba viendo. ¡Era magia!

La magia se había presentado de repente, sin previo aviso, y pareció inmovilizar a los combatientes en el círculo de su luz. El umbrío se tensó y lanzó un chillido de agonía e incredulidad. La magia se extendió por la espada de Leah hasta el cuerpo de la criatura y lo desgarró como una sierra a través de la ropa. El umbrío tembló, dando la impresión de que disminuía de tamaño, perdió la forma y empezó a desintegrarse. Par rodó de debajo de la cosa con rapidez y quedó en libertad. Vio que el ser se estiraba con desesperación, llameaba con el mismo brillo que el arma que lo estaba matando y quedó reducido a cenizas.

La espada de Leah parpadeó un momento en medio de la oscuridad. El aire se cubrió de un repentino silencio. El humo flotó hacia una nube que cruzaba el pequeño claro, su olor era fuerte y acre. La charca de agua estancada burbujeó un breve instante y luego se quedó inmóvil.

Morgan Leah cayó sobre una rodilla y la espada cayó al suelo delante de él. Golpeó el pequeño montón de ceniza y brilló de nuevo. El joven de las tierras altas se echó hacia atrás y después se estremeció.

—¡Por todas las sombras! —murmuró con voz ahogada por la sorpresa—. El poder que he sentido era... Jamás creí que fuera posible...

Par se le acercó, se arrodilló junto a él y contempló su rostro lleno de cortes, herido y manchado de sangre. Le tomó por los brazos y lo sostuvo.

—¡Todavía es mágica, Morgan! —susurró, excitado por lo que había sucedido—. ¡Después de todos estos años, nadie lo sabía, pero todavía conserva la magia! ¿No lo

ves? —dijo Par ante la mirada perpleja de Morgan—. ¡La magia ha estado dormida desde los tiempos de Allanon! ¡No era necesaria! ¡Ha sido necesaria otra magia para reavivarla! ¡Una criatura como el umbrío! Por eso no sucedió nada hasta que las magias entraron en contacto y...

Dejó la frase suspendida cuando Coll se acercó a ellos con paso inseguro y se dejó caer a su lado. Uno de sus brazos colgaba flácidamente.

—Creo que me lo he roto —masculló.

No era así, pero sí estaba lo bastante magullado para que Par pensara que era conveniente mantenerlo en cabestrillo al menos un día. Se lavaron con el agua que llevaban para beber, se vendaron los cortes y rasguños, recogieron sus armas y se miraron entre ellos.

—El anciano nos dijo que nos darían caza muchos seres —susurró Par.

—No sé si este intentaba cazarnos o si nos tropezamos con él por mala suerte —respondió Coll con voz ronca—. Lo que sé es que no quiero volver a encontrarme con algo semejante.

—Pero si lo hacemos —dijo Morgan Leah con voz serena—, si volviera a ocurrir, sabemos cómo enfrentarnos a ellos.

Pasó un dedo por la hoja de la espada de Leah como si acariciara la suave curva de la cara de una mujer.

Par nunca olvidaría lo que sintió en aquel momento. Su recuerdo eclipsaría incluso al de la lucha con el umbrío. Un pequeño instante que siempre permanecería vivo en su memoria. Lo que sintió fue envidia. Hasta entonces, él había sido el único que poseía magia real. Ahora era Morgan Leah. Desde luego, todavía contaba con la canción, pero su poder empalidecía en comparación con el de la espada. Las mejores imágenes de Par solo habían conseguido, como mucho, irritar al umbrío, mientras que la espada lo había destruido.

Eso lo obligó a preguntarse si la canción tenía algún uso real.

Par recordó aquella noche algo que lo obligó a enfrentarse a sus sentimientos hacia Morgan. Reemprendieron el viaje a Culhaven, ansiosos por llegar, dispuestos a caminar toda la noche y el día siguiente, si era necesario, antes que dormir en aquel bosque. Habían vuelto al camino principal, que seguía el curso del río de Plata hacia el este. Mientras caminaban arduamente, el temor los asaltaba a cada paso, haciéndolos mirar hacia atrás antes de dar el siguiente. Cansados e inquietos, sus pensamientos se dispersaban como el ganado en un campo de hierba fresca. Par Ohmsford se encontró pensando en las canciones. Fue entonces cuando recordó que, según la leyenda, el poder de la espada de Leah tenía, literalmente, dos filos. Allanon la había vuelto mágica en la época de Brin Ohmsford, cuando viajaba con la joven vallense y el que sería su protector, Rone Leah, el antepasado de Morgan. El druida sumergió la hoja en las prohibidas aguas del Cuerno del Hades, y cambió para siempre su carácter. Se convirtió en algo más que una simple espada, en un talismán que podía resistir incluso contra los umbríos. Pero su magia era como todas las de la antigüedad: bendición y maldición al mismo tiempo. Su poder era adictivo, haciendo a su usuario cada vez más dependiente. Brin Ohmsford advirtió el peligro, pero Rone Leah desoyó sus advertencias. En su confrontación final con la magia negra, los poderes de la joven y de su hermano Jair fueron la salvación y acabaron con la necesidad futura de la magia de la espada. No había ningún registro sobre lo que pudo ocurrir después con el arma, solo se sabía que no volvió a ser necesaria y, por lo tanto, tampoco fue utilizada.

Hasta ahora. Y ahora, al parecer, Par tenía la obligación de informar a Morgan del peligro que suponía la utilización de la magia de la espada, pero ¿cómo hacerlo? Morgan era su mejor amigo, después de Coll, y la magia reencontrada les había salvado la vida. Estaba atrapado por los sentimientos de culpabilidad y frustración que le provocaba la envidia que antes había sentido. ¿Cómo se suponía que le podía decir a Morgan que no debía utilizarla? Aunque hubiera un buen motivo para ello, parecería completamente mezquino. Por otra parte, si volvían a encontrarse con otro umbrío, necesitarían la magia de la espada de Leah. Y existían muchas razones para que eso volviera a suceder.

No pasó mucho tiempo tratando de dilucidar el dilema. Simplemente no podía ignorar su malestar ni el vívido recuerdo del aliento de la criatura sobre él, y tomó la decisión de callarse. Quizá no fuese necesario advertírsele, y si lo fuera, lo haría en el momento oportuno. Apartó el tema.

Hablaron muy poco aquella noche, y cuando lo hicieron fue mayoritariamente sobre el umbrío. No había ya ninguna duda sobre la existencia de esos seres. Ni

siquiera Coll dudaba ya de la naturaleza del ser que los había atacado. Pero la aceptación de su existencia no aportaba ninguna información. Los umbríos seguían siendo un misterio para ellos. No sabían de dónde venían ni por qué. Ni siquiera sabían qué eran. No tenían ni idea de la fuente de su poder, aunque parecía derivar de alguna clase de magia. Si estas criaturas les estaban dando caza no sabían qué podían hacer. Solo estaban seguros de que el anciano no se había equivocado cuando les había advertido que debían tener cuidado.

Llegaron a Culhaven al amanecer. Salieron de las decrecientes sombras nocturnas del bosque a la débil luz del nuevo día con los ojos adormilados. Por los cielos de la Tierra del Este cruzaban unas nubes bajas, que rozaban las copas de los árboles al pasar, dando un aspecto grisáceo e invernal al pueblo de los enanos. Se detuvieron, se estiraron, bostezaron y miraron a su alrededor. Delante de ellos escaseaban los árboles y había un grupo de cabañas con chimeneas de piedra, de las que se alzaban volutas de humo, cobertizos llenos de herramientas y carros y pequeños vallados con animales. Huertos no más grandes que un pulgar luchaban por el control de pequeños pedazos de tierra mientras la maleza atacaba desde todas las direcciones. Todo parecía estar amontonado: las cabañas y los cobertizos, los animales, los huertos y el bosque. Unos encima de otros. Y todo parecía descuidado. La pintura estaba descascarillada y sucia, el mortero y la piedra, agrietados, las vallas, rotas y caídas, los animales, desgñados y desatendidos, y los jardines, tan llenos de malas hierbas que eran indistinguibles.

Las mujeres salían y entraban de las cabañas y pasaban ante las ventanas, viejas en su mayoría. Algunas con ropa para tender, otras atendiendo la cocina; todas con el mismo aspecto andrajoso y desaliñado. Los niños, tan zarrapastrosos y salvajes como cabras montesas, jugaban en los patios, en las veredas y en los caminos.

—Olvidé decíroslo... el Culhaven que conocíais por vuestras historias forma parte del pasado —dijo Morgan a los hermanos al advertir el intercambio de miradas entre los dos—. Sé que estáis cansados, pero ahora que estáis aquí, hay cosas que tenéis que ver.

El joven de las montañas los condujo por el sendero que conducía a la aldea. Los edificios empeoraron rápidamente, las cabañas dejaron paso a las chabolas, y los huertos y los animales desaparecieron por completo. El sendero se convirtió en calzada, plagada de surcos y baches a causa de la falta de reparaciones y llena de basura y piedras. Allí había más niños, que jugaban como los anteriores, y también mujeres dedicadas a las faenas domésticas, que intercambiaban algunas palabras entre sí o con los niños, pero plenamente concentradas en sus respectivas tareas. Observaron con cautela el paso de los tres desconocidos, y en sus ojos se reflejaban la suspicacia y el miedo.

—Culhaven, la ciudad más bella de la Tierra del Este, el corazón y el alma del país de los enanos —murmuró en voz baja Morgan sin mirar a los dos jóvenes amigos del valle—. Conozco las historias. Era un santuario, un oasis, un refugio de

almas amables, un monumento a lo que el orgullo y el trabajo duro pueden conseguir. Pues bien, esto es lo que es ahora.

Se acercaron a ellos unos cuantos niños y les pidieron unas monedas. Morgan les hizo un afable gesto negativo, dio unas palmaditas a los dos más próximos y siguió adelante.

Torcieron por un callejón que conducía a un riachuelo lleno de basura y aguas residuales. Los niños iban y venían por sus orillas, hurgando ociosamente en todo lo que flotaba. Pasaron a la otra orilla por una pasarela. El aire era fétido a causa del olor a podredumbre.

—¿Dónde están todos los hombres? —preguntó Par.

—Los más afortunados, muertos —respondió Morgan, mirando a lo lejos—. El resto, en las minas o en campos de trabajo. Por eso todo está como se ve. En la ciudad solo han quedado los niños, los ancianos y algunas mujeres. Así ha sido durante los últimos cincuenta años —prosiguió, deteniéndose un momento—. Así lo quiere la Federación. Por aquí.

Los condujo por un camino estrecho que transcurría detrás de varias casitas que parecían mejor cuidadas. Habían sido pintadas hacía poco tiempo, también la piedra estaba limpia, el mortero, intacto y los huertos y el césped, immaculados. Había enanas en los patios y las habitaciones, en su mayoría mujeres jóvenes, que realizaban las mismas faenas que las anteriores, pero con resultados tan diferentes como la noche del día. Todo era brillante, nuevo y limpio.

Morgan los llevó por un pequeño parque hasta una plataforma de abeto.

—¿Las veis? —preguntó, señalando hacia las casas bien cuidadas, y Par y Coll asintieron—. En ellas viven los soldados y oficiales del ejército de la Federación. Las enanas más fuertes y jóvenes están obligadas a trabajar para ellos, y la mayoría también son forzadas a convivir con ellos —concluyó, con una mirada que decía muchas cosas.

Desde el parque descendieron por una ladera hacia el centro de la comunidad. Tiendas y talleres reemplazaron las casas, y el tráfico peatonal creció. Los enanos que vieron se dedicaban a la compraventa, pero también la mayoría eran ancianos, y poco numerosos. Las calles estaban llenas de forasteros que habían ido a comerciar, y los soldados de la Federación patrullaban por todas partes.

Morgan guio a los hermanos por calles secundarias para pasar desapercibidos, señalando esto o indicando aquello con voz amarga e irónica.

—Por allí está el Mercado de la Plata. Obligan a los enanos a extraerla de las minas. Pasan bajo tierra la mayor parte del tiempo, ya sabéis lo que eso significa, y luego tienen que venderla al precio fijado por la Federación y entregar la mayor parte de los beneficios a sus guardianes en concepto de impuestos. Hasta los animales pertenecen también a la Federación, por una supuesta cesión. Los enanos tienen estrictos racionamientos. Allí abajo está el mercado. Todas las frutas y verduras son cultivadas y vendidas por los enanos. Sus beneficios se gravan de la misma manera

que todo lo demás. Así son las cosas ahora. Eso es lo que significa un «protectorado» para estas gentes.

Se detuvo al final de la calle, detrás del corro de mirones que se agrupaban rodeando una tarima donde se ofrecían para la venta jóvenes enanos de ambos sexos, encadenados. Los tres los miraron durante un momento.

—Venden a los que no necesitan para el trabajo —les dijo Morgan.

Desde la zona comercial los llevó hacia una ladera que se levantaba sobre la ciudad formando un amplio abanico. Estaba ennegrecida y había desaparecido todo rastro de vida. Era como una enorme mancha que destacaba contra un horizonte sin árboles. Hubo un tiempo en que estaba escalonada en terrazas; ahora los restos de sus muros de contención sobresalían de la tierra como si fuesen lápidas.

—¿Sabéis qué es esto? —les preguntó en voz baja y los dos hermanos negaron con sus cabezas—. Es lo que queda de los jardines de Meade. Ya conocéis la historia. Los enanos hicieron los jardines con una tierra especial traída de los campos de cultivo, una tierra tan negra como el carbón. En ellos plantaron y cuidaron todas las flores conocidas por las razas. Mi padre afirma que era lo más bello que ha visto en su vida. Estuvo aquí una vez, cuando era niño. La Federación quemó los jardines cuando cayó la ciudad —prosiguió Morgan, tras guardar un prolongado silencio mientras observaban las ruinas—. Los queman todos los años para que nunca nada pueda volver a crecer...

—¿Cómo sabes todo eso, Morgan? ¿Por tu padre? —le preguntó Par, mientras se alejaban del lugar, de regreso a los arrabales de la ciudad.

—Mi padre no ha vuelto a Culhaven desde su primera visita —respondió Morgan, negando con la cabeza—. Creo que prefiere no ver cómo es ahora y conservar el recuerdo de lo que fue. No, tengo amigos que me cuentan cómo es la vida de los enanos, esa parte de la vida que no pude ver por mí mismo cuando vine. No os he hablado mucho de mi visita, ¿verdad? Bueno, hace poco que estuve en la ciudad, medio año o así. Pero ya os lo explicaré más tarde.

Entraron en el barrio más pobre siguiendo una calzada nueva, pero tan deteriorada y llena de surcos y baches como las demás. Tras un corto paseo, llegaron a un camino que conducía a un edificio de madera y piedra que, en otros tiempos, debió de ser algún tipo de posada. Tenía tres pisos y estaba rodeado por un porche con columpios y balancines. El patio carecía de plantas, pero estaba limpio y lleno de niños que jugaban.

—¿Es una escuela? —supuso Par.

—Un orfanato —respondió Morgan, negando con la cabeza. Los condujo hasta el porche pasando entre los grupos de niños, y por él hasta llegar a una puerta lateral situada al fondo de un pórtico. La golpeó con los nudillos y esperó—. ¿Puede dar a un pobre hombre algo que comer? —dijo cuando se entreabrió la puerta.

—¡Morgan! —La puerta se abrió por completo y una enana anciana apareció ante ellos. Sus cabellos eran grises, su cara, adusta y angulosa. Esbozó una sonrisa que se

abrió paso entre las arrugas de cansancio y desilusión—. ¡Morgan Leah, qué sorpresa tan agradable! ¿Cómo estás, jovencito?

—Sigo siendo el orgullo y la alegría de mi padre, como siempre —respondió el joven de las tierras altas, con una amplia y afable sonrisa—. ¿Podemos entrar?

—¡Claro! ¿Desde cuándo necesitas preguntarlo?

La mujer se hizo a un lado para dejarles paso. Abrazó a Morgan y saludó con un gesto radiante a Par y a Coll, que le sonrieron con inseguridad. Después cerró la puerta y dijo:

—Así que os gustaría comer algo, ¿no es cierto?

—Daríamos con gusto nuestras vidas por la oportunidad —respondió Morgan, entre risas—. Abuela Elise, estos son mis amigos, Par y Coll Ohmsford, de Valle Sombrío. Pero, de momento, no tienen hogar.

—Como todos nosotros —dijo, con expresión ceñuda, la abuela Elise. Tendió una mano callosa a los hermanos, que se la estrecharon, y después los miró con ojo crítico—. Morgan, habéis estado luchado contra osos, ¿verdad?

—Me temo que con algo peor que eso —respondió el joven de las tierras altas, que se llevo la mano a la cara y se tocó los cortes y arañazos—. El camino que conduce a Culhaven ya no es lo que era.

—Ni tampoco Culhaven. Siéntate, niño... y también tus amigos. Os traeré un plato de bollos y fruta.

Había varias mesas con bancos en el centro de una cocina de grandes dimensiones. Los tres amigos escogieron la más próxima y se sentaron. Aunque espaciosa, la cocina era bastante oscura y sus muebles, de mala calidad. La abuela Elise se apresuró en la preparación del desayuno prometido y les sirvió, además, vasos con algún tipo de zumo.

—Os ofrecería leche, pero tengo que reservar la que tengo para los niños —se disculpó.

Estaban comiendo con ganas cuando apareció otra mujer, también enana, aún más vieja, pequeña y marchita, con expresión inquieta y movimientos semejantes a los de un pájaro. Cruzó la habitación al ver a Morgan, quien se levantó inmediatamente para darle un beso en la mejilla.

—Es tía Jilt —dijo.

—Encantada de conoceros —dijo ella en un tono que sugería la necesidad de que fueran dignos de su cumplido. Se sentó junto a la abuela Elise y empezó a trabajar en el bordado que llevaba cuando entró en la cocina. Parecía que sus dedos volasen.

—Estas señoras son madres para todo el mundo, incluido yo, aunque no sea un huérfano como los que tienen a su cargo —dijo Morgan, reanudando su desayuno—. Me adoptaron porque soy irresistiblemente encantador.

—¡Suplicaste como los demás la primera vez que te vimos, Morgan Leah! —espetó tía Jilt sin levantar la vista de su trabajo—. Esta fue la única razón de que te aceptáramos... la única por la que aceptamos a cualquiera.

—Aunque nadie lo diría, son hermanas —prosiguió Morgan rápidamente—. La abuela Elise es como un edredón de plumas de ganso, suave y cálido. Pero tía Jilt... ¡Bueno, tía Jilt es... es como un jergón de piedra!

—En estos tiempos, la piedra dura mucho más que las plumas de ganso —respondió tía Jilt, resoplando—. ¡Y ambas duran más que el almíbar de las montañas!

Morgan y la abuela Elise se echaron a reír, tía Jilt se unió a ellos enseguida, y Par y Coll se encontraron esbozando una sonrisa también. Les pareció extraño hacerlo cuando sus pensamientos estaban llenos de las imágenes de la ciudad y sus habitantes, y llegaban a sus oídos las voces de los huérfanos que jugaban fuera, recordándoles cómo era la realidad. Pero había algo indomable en aquellas mujeres ancianas, algo que se sobreponía a la miseria y a la pobreza, algo que susurraba promesas y esperanzas.

Cuando acabaron el desayuno, la abuela Elise se ocupó del fregadero y tía Jilt salió a echar un vistazo a los niños.

—Estas señoras mantienen el orfanato desde hace casi treinta años —contestó Morgan en voz baja—. La Federación las deja en paz porque le solucionan un problema. Qué bien, ¿eh? Hay centenares de niños sin padres, así que el orfanato siempre está lleno. Cuando los niños son lo suficientemente mayores, ellas se encargan de sacarlos de aquí a escondidas, porque si se quedaran demasiado tiempo la Federación los enviaría a los campos de trabajo, o los vendería. De vez en cuando, las señoras se equivocan. —Sacudió la cabeza—. No sé cómo lo soportan. Yo me habría vuelto loco hace tiempo.

—¿Os ha contado Morgan cómo nos conocimos? —preguntó la abuela Elise a los hermanos Ohmsford, que se sentó junto a ellos—. ¿No? Bueno, pues lo haré yo. Nos trajo comida y ropas para los niños, nos dio dinero para comprar lo que pudiéramos y guio hacia el norte a una docena de chicos para confiarlos a familias de los territorios libres.

—¡Oh, por el amor de todo lo que es bueno, abuela! —exclamó Morgan, avergonzado.

—¡Exactamente! Y cuando nos visita, siempre nos ayuda en los arreglos de la casa —añadió ignorándolo—. Nos hemos vuelto su acto de caridad privado, ¿verdad, Morgan?

—Eso me recuerda... Toma. —Morgan buscó en su túnica y sacó una bolsita cuyo contenido tintineó al dársela—. Gané una apuesta sobre un perfume hace más o menos una semana —dijo, guiñándole un ojo a los dos jóvenes vallenses.

—Bendito seas, Morgan. —La abuela Elise se levantó y rodeó la mesa para besarlo en la mejilla—. Parecéis agotados, todos vosotros. Ahí detrás hay camas y mantas. Podéis dormir hasta la hora de cenar.

Los llevó a una pequeña habitación, situada en la parte posterior del caserón, con varias camas, un lavabo, mantas y toallas. Par miró a su alrededor, y observó que las ventanas estaban cerradas y las cortinas cuidadosamente echadas.

La abuela Elise advirtió la mirada que el joven del valle cruzó con su hermano.

—A veces, mis invitados no quieren llamar la atención —dijo la abuela tranquilamente. Su vista era excepcional—. ¿No es ese vuestro caso?

—Tan perspicaz como siempre, abuela —respondió Morgan, acercándose a ella y besándola cariñosamente—. Necesitamos reunirnos con Steff. ¿Puedes ocuparte de ello?

La abuela Elise lo miró durante un momento, asintió sin decir ni una palabra, le devolvió el beso y salió de la habitación.

* * *

Oscurecía cuando despertaron en la habitación cerrada llena de sombras y silencio. Apareció la abuela Elise, sonriente y tranquila. Se deslizó por la habitación como un gato para susurrarles de uno en uno que ya era hora de levantarse, y después desapareció por donde había venido. Cuando Morgan Leah y los hermanos Ohmsford se levantaron, encontraron sus ropas limpias y con un fresco olor. La abuela Elise había estado ocupada mientras dormían.

—Esta noche nos reuniremos con Steff —les dijo Morgan—. Es miembro de la Resistencia enana, y tiene ojos y oídos en todas partes. Si Walker Boh sigue viviendo en la Tierra del Este, aunque sea en la parte más profunda del Anar, Steff lo sabrá. Steff fue uno de los huérfanos acogidos por la abuela. —Se calzó las botas y se puso de pie—. Es como un hijo para ella. Aparte de tía Jilt, él es la única familia que le queda.

Salieron del dormitorio y recorrieron el pasillo en dirección a la cocina. Los niños ya habían terminado de cenar y estaban en sus habitaciones de los pisos de arriba, excepto algunos de los más pequeños a quienes tía Jilt estaba alimentando, dando cucharadas de forma paciente al primero, después al siguiente, así, repitiendo el ciclo una y otra vez. Levantó los ojos cuando entraron y asintió sin decir una sola palabra.

La abuela Elise les indicó que se sentaran a una de las largas mesas que había en la cocina y les llevó platos de comida, y vasos de cerveza fuerte. De arriba les llegaba el ruido de las carreras y los gritos de los niños que todavía jugaban.

—Es difícil vigilar a tantos siendo solo dos —se disculpó mientras servía a Coll otro plato de carne estofada—. Pero las mujeres que contratamos para ayudarnos nunca se quedan mucho tiempo.

—¿Pudiste ponerte en contacto con Steff? —le preguntó Morgan en voz baja.

—Desearía ver a ese muchacho con más frecuencia, Morgan —respondió la abuela Elise, asintiendo y con una sonrisa teñida de tristeza—. Estoy preocupada por él.

Acabaron la cena y esperaron entre las sombras de la noche a que la abuela Elise

y tía Jilt acabarían con los niños y los enviarían a todos a la cama. Un par de velas ardían sobre la mesa, pero el resto de la cocina estaba a oscuras. Las voces de los pisos de arriba fueron extinguiéndose una a una hasta que toda la casa quedó en absoluto silencio.

Tía Jilt regresó y se sentó con ellos, sin hablar, concentrándose en su labor de costura y sacudiendo ligeramente la cabeza. Fuera, en alguna parte, una campana sonó tres veces y luego enmudeció. Tía Jilt levantó los ojos durante un breve instante.

—El toque de queda de la Federación —murmuró—. A partir de este momento nadie puede salir a la calle.

La habitación se quedó de nuevo en silencio. Entró la abuela Elise y se dirigió al fregadero. Arriba, uno de los niños empezó a llorar, por lo que ella volvió a irse. Los hermanos Ohmsford y Morgan Leah intercambiaban miradas, miraban a su alrededor y esperaban.

De repente se oyeron unos golpecitos en la puerta de la cocina. Tres. Tía Jilt levantó los ojos, sus dedos se detuvieron y esperó. Pasaron varios segundos, y se reprodujeron los golpecitos. Tres, una pausa, y tres de nuevo.

Tía Jilt se levantó con rapidez, fue hacia la puerta, descorrió el cerrojo, la abrió un poco y miró por la rendija. Después la abrió del todo durante un momento, y una oscura figura entró. Al mismo tiempo, la abuela Elise apareció, les indicó por señas que se levantasen y los condujo adonde esperaba el desconocido.

—Esta es Teel —dijo la abuela Elise—. Os llevará hasta Steff.

Era difícil decir mucho acerca de Teel. Era una enana, pero era más pequeña que la mayoría, además de más delgada. Vestía ropas oscuras, unas anodinas prendas de bosque que incluían una capa corta y una capucha. Sus facciones estaban ocultas por una extraña máscara de cuero que le cubría toda la cara, salvo la mandíbula derecha y la boca. Bajo la capucha se vislumbraban los cabellos de un color rubio oscuro.

—Ten cuidado, jovencito —dijo la abuela Elise a Morgan, dándole un abrazo. Esbozó una sonrisa, les dio unas palmaditas en la espalda a Par y a Coll y se apresuró hacia la puerta. Miró durante un breve instante a través de las cortinas y asintió.

Teel atravesó la puerta sin pronunciar una sola palabra, seguida de los hermanos Ohmsford y de Morgan Leah.

Una vez fuera, se deslizaron en silencio a lo largo de uno de los muros de la vieja casa y a través de la verja trasera hacia un sendero. La siguieron hasta un camino desierto, y allí giraron hacia la derecha. Las casas y chabolas que lo bordeaban estaban a oscuras, proyectando sus ruinosas siluetas contra el cielo. Teel avanzó a paso rápido hasta que entraron en un bosquecillo de abetos. Entonces se detuvo y se agachó, haciéndoles señas para que la imitaran. Poco después apareció una patrulla de cinco soldados de la Federación. Bromeaban y charlaban cuando pasaron, sin preocuparse de que alguien pudiera oírlos. Luego sus voces se alejaron. Teel se puso de pie y reanudaron la marcha.

Regresaron al camino, recorrieron unos cien metros y volvieron a entrar en el

bosque. Habían llegado ya casi al final de la ciudad, por el lado norte, y los zumbidos de los insectos empezaban a romper el silencio. Se deslizaron silenciosamente a través de los árboles. Teel se detenía de vez en cuando para escuchar antes de continuar. El aroma de las flores silvestres llenaba el aire, intenso y dulce, prevaleciendo sobre el desagradable olor a basura.

Entonces Teel se detuvo ante una línea de espesos matorrales, apartó unas ramas y se puso en cuclillas para agarrar la anilla de hierro que ocultaban, y tiró de ella. Una trampilla se levantó de la tierra, revelando una escalera. Entraron a tientas y se agazaparon en la oscuridad hasta que Teel cerró la trampilla, encendió una vela y volvió a encabezar la marcha. Entonces empezaron a bajar.

El descenso fue corto. La escalera no tenía más de dos docenas de peldaños, y acababa en un túnel con los muros y el techo apuntalados con gruesas vigas de madera, aseguradas con tornillos de hierro. Teel no les dio ninguna explicación sobre el túnel, limitándose a seguirlo. En dos ocasiones se dividió en varias direcciones, y en ambas eligió el que debía seguir sin dudar. Par pensó que si tuviesen que encontrar el camino de vuelta sin ella, lo más probable era que no lo consiguieran.

Tras unos minutos, el túnel terminó ante una puerta de hierro. Teel la golpeó con la empuñadura de su daga, se detuvo y dio dos golpes más. En el otro lado descorrieron los cerrojos y la puerta se abrió.

El enano que abrió no era mucho más viejo que ellos. Era un joven robusto y musculoso, con una sombra de barba y largos cabellos color canela, un rostro lleno de cicatrices y la maza más voluminosa que Par hubiese visto nunca colgada a la espalda. Había perdido la parte superior de una oreja y colgaba un aro de oro en lo que quedaba de ella.

—¡Morgan! —exclamó a modo de saludo, y lo abrazó efusivamente—. ¿Amigos? —preguntó al joven de las montañas, esbozando una sonrisa que eliminó la fiera expresión de su rostro cuando lo invitó a pasar y miró a Par y a Coll, que esperaban visiblemente nerviosos.

—De los mejores —respondió Morgan inmediatamente—. Steff, estos son Par y Coll Ohmsford, de Valle Sombrío.

—Sois bienvenidos, jóvenes vallenses —les dijo el enano, mientras asentía con la cabeza y se separaba de Morgan para estrecharles la mano—. Tomad asiento y decidme qué os trae por aquí.

Estaban en una habitación subterránea llena de cajas, cestas y envoltorios que rodeaban una mesa larga con bancos. Steff los llevó hasta ella, los invitó a sentarse, fue a buscar una jarra de cerveza para cada uno y después se sentó con ellos. Teel se quedó junto a la puerta, sentada en un pequeño taburete.

—¿Aquí es donde vives ahora? —le preguntó Morgan, mirando alrededor—. Necesita un par de arreglos.

—Vivo en muchos sitios, Morgan, y todos necesitan un par de arreglos —respondió Steff, esbozando una leve sonrisa en su dura cara—. Este es uno de los

mejores, aunque subterráneo, como los otros. Todos los enanos vivimos bajo tierra en estos días; aquí, en las minas o en la tumba. Tristemente.

Levantó su jarra y brindó.

—Salud para nosotros y desgracias para nuestros enemigos. —Bebieron todos menos Teel, que seguía vigilando—. ¿Está bien tu padre? —preguntó Steff a Morgan, tras dejar su jarra sobre la mesa.

—Traje algo a la abuela Elise para que comprara pan —respondió Morgan, tras asentir—. Está preocupada por ti. ¿Cuánto tiempo hace que no vas a verla?

—Ahora es demasiado peligroso. ¿Ves mi cara? La Federación me detuvo hace tres meses —respondió el enano, con su sonrisa ya desaparecida, dirigiendo una mirada de complicidad a los jóvenes del valle—. Morgan no podía saberlo, hacía mucho que no nos veíamos. Cuando viene a Culhaven, prefiere la compañía de ancianas y niños.

—¿Qué ocurrió, Steff? —le preguntó Morgan, ignorando el comentario.

—Al menos una parte de mí consiguió huir —respondió el enano, encogido de hombros. Levantó la mano izquierda, de la que faltaban los dedos meñique y anular—. Pero ya está bien de esto. Dejémoslo, montañés. En vez de eso dime qué es lo que te ha traído al este.

Morgan iba a responderle, pero en ese momento miró a Teel y prefirió callar.

—Ah, sí, Teel —dijo Steff, mirando hacia donde había ido la mirada de Morgan—. Supongo que tendré que hablaros de ello, después de todo. Me capturaron los de la Federación cuando les estaba robando armas en el principal arsenal de Culhaven. Me encarcelaron para descubrir qué les podía contar. Allí fue donde me hicieron esto —dijo, tocándose la cara—. Teel estaba en la celda contigua. En realidad, lo que me hicieron a mí no es nada comparado con lo que le hicieron a ella. Le destrozaron casi toda la cara y parte de la espalda en castigo por haber matado al perro favorito de uno de los miembros del Gobierno provisional de Culhaven. Y lo mató para comer. Hablamos a través de la pared y así llegamos a conocernos. Una noche, antes de cumplirse las dos semanas desde mi detención, la Federación perdió el interés por mí y solo podía esperar que acabaran con mi vida. Teel consiguió atraer al carcelero hacia el interior de su celda. Lo mató, robó las llaves, me liberó y nos fuimos. Hemos estado juntos desde entonces. Montañés, yo te tengo en gran estima, y eres tú quien ha de decidir en este asunto, pero Teel y yo lo compartimos todo —concluyó tras hacer una breve pausa.

La expresión de su mirada era tan dura como el pedernal. Un largo silencio inundó la estancia. Morgan dirigió una rápida mirada a los hermanos Ohmsford. Par había observado detenidamente a Teel durante la narración de Steff. Ella no se había movido en ninguna ocasión y nada se reflejaba en sus ojos. Parecía estar hecha de piedra.

—Creo que, en este asunto, debemos confiar en el criterio de Steff —dijo Par, buscando la aprobación de su hermano con la mirada. Coll asintió sin decir ni una

palabra.

—Muy bien —dijo finalmente Morgan, tras estirar las piernas bajo la mesa, coger la jarra de cerveza y beber un largo trago—. Pero nada de lo que yo diga debe salir de esta habitación.

—Todavía no has dicho nada digno de ser propagado —declaró el enano y esperó.

—Steff, necesitamos que nos ayudes a encontrar a una persona, a un hombre que creemos que vive en las profundidades del Anar —dijo Morgan esbozando una sonrisa y dejando la jarra de cerveza sobre la mesa—. Se llama Walker Boh.

—Walker Boh —repitió Steff en voz baja, en un tono que indicaba que ese nombre le resultaba familiar.

—Par y Coll, mis amigos, son sus sobrinos.

—Bien. Ahora cuéntame el resto —exigió Steff, mirando a los dos jóvenes vallenses como si los viera por primera vez.

Rápidamente Morgan le contó su viaje hacia Culhaven, empezando por la huida de Varfleet de los hermanos Ohmsford para terminando con su lucha contra el umbrío en los linderos del Anar. Le habló del anciano y sus advertencias, de los sueños que convocaban a Par al Cuerno del Hades y de cómo había descubierto la magia dormida en la espada de Leah. Steff lo escuchó sin hacer ningún comentario, inmóvil, sin dejar traslucir la más mínima emoción en su rostro.

—Druidas, magia y criaturas de la noche —gruñó Steff cuando Morgan hubo concluido la narración, negando con la cabeza—. Montañés, siempre consigues sorprenderme. —Después se levantó del banco, caminó alrededor de la mesa, se detuvo un instante con la mirada fija en Teel y volvió a concentrarse en sus pensamientos—. Conozco a Walker Boh —dijo por fin el enano, sacudiendo la cabeza.

—¿Y? —le presionó Morgan.

—Y ese hombre me asusta —respondió Steff, volviéndose lentamente y mirando a Par y a Coll—. Es vuestro tío, ¿verdad? ¿Cuánto tiempo hace que no lo habéis visto... diez años? Bien, entonces escuchadme atentamente. El Walker Boh que yo conozco puede no ser el tío que vosotros recordáis. Este Walker Boh es más rumor susurrado que realidad, y muy real al mismo tiempo... alguien de quien huyen hasta los seres que viven en las partes más oscuras de la tierra y atacan a los viajeros, los caminantes y los extraviados.

Se sentó de nuevo, cogió la jarra de cerveza y bebió un largo trago. Morgan Leah y los hermanos Ohmsford se miraron en silencio.

—Creo que estamos decididos —dijo al final Par—. Sea quien fuere o lo que ahora sea Walker Boh, compartimos un lazo mucho más fuerte que la sangre: nuestros sueños de Allanon. Necesito saber qué intenciones tiene mi tío. ¿Nos ayudarás a encontrarlo?

—Eres directo, y eso me gusta —respondió Steff, que esbozó una leve e

inesperada sonrisa y se volvió hacia Morgan—. Supongo que también habla en nombre de su hermano. ¿Lo hace también por ti? —Morgan asintió—. Entonces os ayudaré —dijo Steff, tras estudiar a los tres jóvenes detenidamente, perdido en sus pensamientos. Y después de observar su reacción, concluyó—. Os llevaré hasta Walker Boh... si es posible encontrarlo. Pero será por mis propias razones, y es mejor que las conozcáis.

Bajó la cabeza y su cara se hundió en las sombras. Las cicatrices parecían un entramado de hierro superpuesto sobre su piel.

—La Federación os ha arrebatado vuestros hogares. El de todos vosotros. Bien, la Federación me ha quitado mucho más que eso a mí. Me ha quitado todo... mi hogar, mi familia, mi pasado e incluso mi presente. La Federación ha destruido todo lo que era y lo que soy, y solo me ha dejado lo que podría ser. Se ha convertido en la enemiga de mi vida, y haría cualquier cosa para verla aniquilada. Nada de lo que hago aquí lo lograré. Lo que hago solo sirve para conservar la vida y darme alguna pequeña razón para continuar. Pero ya he tenido suficiente. Quiero algo más.

»Si hay una magia que puede ser liberada rompiendo las cadenas del tiempo que la aprisionan, si aún hay druidas, espíritus o cualquier otro medio capaz de esgrimirla, quizá existan caminos para liberar a mi país y a mi pueblo... caminos que a todos nosotros nos están vedados —prosiguió levantando la cara. Lanzaba destellos de furia con la mirada—. Si descubrimos estos caminos, si los conocimientos de estos pasan por nuestras manos, tienen que ser usados para ayudar a mi patria y a mi gente. Quiero que me prometáis esto —dijo tras una pausa.

A continuación se produjo un largo silencio, mientras sus oyentes intercambiaban miradas.

—Me avergüenzo de la Tierra del Sur cuando veo lo que ha sucedido aquí —dijo Par suavemente, rompiendo el silencio—. No consigo entenderlo. No hay nada que pueda justificarlo. Si descubrimos algo que sea capaz de devolver la libertad a los enanos, lo utilizaremos con ese fin.

—Lo utilizaremos —repitió Coll, y Morgan Leah hizo un gesto de asentimiento.

—La posibilidad de ser libre, solo la posibilidad, es más de lo que los enanos nos atrevemos a esperar en estos tiempos —dijo Steff, que tragó una bocanada de aire y apoyó con fuerza sus gruesas manos sobre la mesa—. Así que estamos de acuerdo. Os ayudaré a encontrar a Walker Boh. Mejor dicho, os ayudaremos, porque Teel irá donde yo vaya.

»Necesitaremos uno o dos días para reunir todo lo necesario y hacer una o dos preguntas —prosiguió, tras buscar con su mirada algún signo de desaprobación, sin encontrarlo—. No necesito recordaros, pero lo haré igualmente, lo difícil y peligroso va a ser seguramente este viaje. Volved a casa de la abuela y descansad. Teel os acompañará. Cuando todo esté listo os enviaré un mensaje.

Se levantaron, y el enano se despidió de Morgan con un estrecho abrazo; después esbozó una inesperada sonrisa y le dio unas palmaditas en la espalda.

—Tú y yo, montañés. ¡Más les vale a nuestros enemigos que vayan con cuidado!
—Se echó a reír, y sus carcajadas resonaron por toda la estancia.

Teel permaneció alejada de ellos, observando con unos ojos que parecían trocitos de hielo.

Pasaron dos días sin tener noticias de Steff. Par y Coll Ohmsford y Morgan Leah se quedaron en el orfanato, haciendo algunas reparaciones urgentes en la vieja casa y ayudando a la abuela Elise y a tía Jilt con los niños. Fueron unos días agradables pero lentos, llenos de vocecitas juguetonas. El mundo limitado por los muros de la destartalada casa y sus patios era distinto al que acechaba a diez metros de distancia en cualquier dirección a partir de la valla. Aquí había comida, camas cálidas, comodidad y cariño, y se respiraba una sensación de seguridad y de que había un futuro. No tenían mucho de nada, pero tenían un poco de todo. El resto de la ciudad se desvanecía en una serie de recuerdos desagradables: las chabolas, los ancianos abatidos, los niños harapientos, las madres y padres desaparecidos, la suciedad y el desánimo, las miradas llenas de desesperación y derrota, y un sentimiento de desesperanza. En más de una ocasión, Par pensó en salir del orfanato y volver a pasear por Culhaven, porque no quería abandonar la ciudad sin contemplar una vez más las imágenes que nunca debía olvidar. Pero las ancianas lo disuadieron de su propósito. Era peligroso para él vagar por la ciudad. Podía llamar la atención aunque intentase pasar desapercibido. Era mejor que se quedase donde estaba, dejar el mundo exterior donde estaba y que los dos se las arreglaran sin el otro.

—Nada se puede hacer en lo que respecta a la miseria de los enanos —dijo tía Jilt con amargura—. Esa miseria tiene unas raíces muy profundas.

Par obedeció, sintiéndose a la vez desgraciado y aliviado. Le molestaba la ambigüedad. No podía simular, ni quería hacerlo, que no sabía lo que le estaba ocurriendo a la gente de la ciudad. Sin embargo, ese conocimiento era difícil de afrontar. Podía seguir el consejo de las ancianas y dejar que el mundo se las arreglara sin él lo mejor que pudiese, pero no podía olvidar que estaba allí, presionando contra la puerta, como una bestia hambrienta que espera comida.

El tercer día, la bestia intentó clavarles sus garras. Por la mañana temprano, un escuadrón de soldados de la Federación que marchaba por la carretera, entró en el patio. Al mando estaba un buscador. La abuela Elise ordenó a los jóvenes del valle y a Morgan que se escondieran en el desván y, seguida de tía Jilt, salió al patio para enfrentarse con los visitantes. Desde el desván, los tres amigos escondidos observaron lo que pasó a continuación. Obligaron a los niños a alinearse en el porche. Eran demasiado pequeños para ser de alguna utilidad, pero eligieron a tres de ellos de todas formas. Las ancianas probaron todos los argumentos posibles para evitarlo, pero no había nada que pudieran hacer. Al final se quedaron allí, impotentes, viendo como se los llevaban.

Todos se sintieron deprimidos después de eso, incluso los niños más

alborotadores. Tía Jilt se sentó junto a una ventana, desde donde se veía todo el patio y podía vigilar a los niños mientras cosía. No dirigió la palabra a nadie. La abuela Elise se fue a cocinar. Habló poco y apenas sonreía. Los Ohmsford y Morgan se dedicaron a sus trabajos, procurando no estorbar tanto como fuera posible, sintiendo que deberían estar en otra parte y deseando en secreto que así fuera.

Al final de aquella tarde, Par no pudo resistir más tiempo su malestar y bajó a la cocina para hablar con la abuela Elise. La encontró sentada ante una de las largas mesas, tomando una taza de té con expresión ausente, y le preguntó directamente por qué se trataba tan mal a los enanos, por qué los soldados de la Federación, procedentes del sur, como él mismo, al fin y al cabo, tomaban parte en tal crueldad.

La abuela Elise esbozó una triste sonrisa, le cogió una mano e hizo que se sentara junto a ella.

—Par. —Había empezado a llamarlo por su nombre el día anterior, un claro indicio de que ya lo consideraba uno más de los niños del orfanato—. Par, hay cosas que no se pueden explicar; al menos, no del todo, ni entenderse como sería necesario. A veces pienso que debe existir una razón que justifique lo que está ocurriendo, y otras que no puede haberla porque carece de lógica. Ha pasado mucho tiempo desde que empezó todo esto, como ves. La guerra se luchó hace más de cien años. No conozco a nadie que recuerde ya sus comienzos. Por tanto, si nadie recuerda cómo empezó, ¿cómo puedes saber por qué empezó? Lo siento, Par, pero no tengo mejor respuesta que darte —prosiguió la anciana, haciendo un gesto negativo y abrazándolo impulsivamente—. Supongo que hace ya mucho tiempo que renuncié a encontrarla. Ahora dedico todas mis energías al cuidado de los niños. Quizá creo que las preguntas ya no son importantes, así que ya no busco respuestas. Otra persona tendrá que hacerlo. A mí solo me importa salvar la vida de un niño más, y después otra, y otra, y otra, hasta que ya no exista la necesidad de salvarlos.

Par asintió en silencio y le devolvió el abrazo, pero no se sintió satisfecho con su respuesta. Sin duda, existía una razón para explicar todo lo que había pasado, aunque no siempre podamos encontrarla enseguida. Los enanos habían perdido la guerra contra la Federación. Ya no eran una amenaza para nadie. Entonces, ¿por qué eran oprimidos de manera sistemática? Habría tenido mucho más sentido curar las heridas abiertas por la guerra que cubrirlas de sal. Parecía que los estaban provocando intencionadamente, como dándoles una razón para rebelarse. ¿Por qué?

—Tal vez la Federación esté buscando una excusa para exterminarlos por completo —sugirió Coll cuando, después de cenar, Par le pidió su opinión.

—¿Quieres decir que la Federación considera inútiles a los enanos, incluso en las minas? —dijo Par incrédulo—. ¿O que su vigilancia resulta demasiado problemática, así que intentan desembarazarse de ellos? ¿De toda la raza?

—Lo que quiero decir es que sé lo que he visto aquí, lo que hemos visto los dos —respondió Coll con expresión impasible—. ¡Me parece que la situación está muy clara!

Par no estaba tan seguro. Abandonó el tema porque, de momento, no tenía ninguna respuesta mejor. Pero se prometió a sí mismo que un día la conseguiría.

Durmió mal aquella noche. Ya estaba despierto cuando, antes del alba, la abuela Elise entró en el dormitorio para susurrarles que Teel había venido a buscarlos. Se levantó rápidamente y despertó a Coll y a Morgan. Se vistieron, cogieron las armas y se dirigieron a la cocina. Allí estaba Teel, esperando, como una sombra junto a la puerta, enmascarada y envuelta en la pardusca capa de leñador que le daba la apariencia de un mendigo. La abuela Elise dio los buenos días a los tres con un beso y les sirvió té caliente y pastelitos. Tía Jilt les advirtió severamente que se guardaran de los peligros que pudieran acecharlos, y Teel los guio hacia el interior de la noche.

Todavía estaba oscuro, el amanecer aún no era ni un ligero destello tras los lejanos árboles cuando ellos se deslizaron silenciosamente a través del pueblo que dormía, como cuatro fantasmas en busca de su guarida. El aire era gélido y su aliento formaba nubecillas ante ellos. Teel los llevó por caminos secundarios y por densos bosquecillos de árboles y llenos de matorrales, siempre entre las sombras, alejados de los caminos y las luces. Salieron por el norte de la ciudad sin ver a nadie. Cuando llegaron al río de Plata siguieron su curso hasta llegar a un vado, evitando los puentes. Cuando lo cruzaron, el agua, fría como el hielo lamió sus piernas. Acababan de entrar en otro bosque cuando Steff salió de las sombras y se reunió con ellos. Llevaba varios cuchillos largos sujetos al cinturón y la gigantesca maza colgada a la espalda. Sin pronunciar una sola palabra, sustituyó a Teel a la cabeza del grupo. En el este aparecieron tenues rayos de luz, el cielo empezó a iluminarse, y las estrellas y la luna desaparecieron. La escarcha desprendía destellos de las hojas de los árboles y de las hierbas como trocitos de cristal.

Poco después llegaron a un claro dominado por un viejo sauce gigantesco, donde Steff los hizo detenerse. En el tronco hueco de un viejo árbol caído entre la maleza había mochilas, mantas enrolladas, impermeables, utensilios de cocina, botas con agua potable y capas para todos ellos. Los distribuyeron en silencio y reanudaron el viaje.

El resto del día caminaron a un ritmo pausado, siempre en dirección norte. No hablaron mucho, ni siquiera mencionaron el lugar adonde se dirigían. Steff no dio ninguna explicación, y ni los jóvenes vallenses ni Morgan Leah sintieron ninguna necesidad de preguntarle. Cuando el enano estuviera preparado para dársela, lo haría. El día transcurrió rápidamente y a media tarde llegaron a las estribaciones del sur de Wolfsktaag. Continuaron avanzando ladera arriba durante lo que podría haber sido otra hora, hasta que los árboles empezaron a escasear, antes del muro de montañas. Entonces Steff ordenó que se detuvieran en un claro rodeado de pinos cerca del riachuelo que fluía entre las rocas. Se sentó en un tronco caído y empezó a explicarles sus planes.

—Si podemos creer los rumores que corren, y en este caso los rumores son todo lo que tenemos, encontraremos a Walker en la Cuenca Oscura. Para llegar allí

tenemos que ir hacia el norte, a través de las montañas de Wolfsktaag, entrando por el desfiladero del Lazo y saliendo por el desfiladero de Jade, para dirigirnos a continuación al este. Hay otros caminos, por supuesto. —Hizo una breve pausa para observar las expresiones de sus rostros—. Caminos más seguros, podríais argumentar, pero yo no estoy de acuerdo. Si bordeáramos las montañas de Wolfsktaag tanto por el este como por el oeste, en ambos casos nos arriesgaríamos a encontrarnos, casi con toda seguridad, con gnomos o con soldados de la Federación. No encontraremos ninguno de los dos en las montañas. Son muchos los espíritus y seres de la antigua magia que habitan en ellas, y los gnomos son muy supersticiosos acerca de estas cosas y se mantienen alejados. La Federación solía enviar patrullas, pero la mayoría de ellas nunca regresaron. La verdad es que la mayoría se perdieron por desconocer el lugar. Yo lo conozco.

Sus oyentes continuaron en silencio.

—Creo recordar que un par de nuestros antepasados tuvieron algunos problemas cuando siguieron esta misma ruta hace ya muchos años —dijo finalmente Coll.

—No sé nada de eso —respondió Steff, que se encogió de hombros—. Lo que sé es que yo he atravesado estas montañas docenas de veces y sé de qué preocuparme. El truco consiste en mantenerse sobre las crestas y lo más lejos posible de los bosques profundos. Los que viven en Wolfsktaag prefieren la oscuridad, y la mayoría de ellos no tienen nada de mágico.

—No me gusta nada —dijo Coll, negó con la cabeza y miró a Par.

—Bien, debemos elegir entre el demonio que conocemos y aquel del que solo sospechamos su existencia —dijo Steff sin rodeos—. Entre los soldados de la Federación y sus aliados gnomos, que sabemos que están allí, y los espíritus y espectros que no sabemos si están.

—Umbríos —dijo Par en voz baja.

—¿No te has enterado, joven del valle? Los umbríos no existen —respondió Steff esbozando una lúgubre sonrisa y rompiendo el silencio que se había producido tras la palabra pronunciada por Par—. Son solo un rumor. Además, contamos con tu magia para protegernos, ¿no es así? Con la tuya y también con la del montañés. ¿Quién puede atreverse a desafiarlas? —inquirió, deteniendo su afilada mirada en los ojos de cada uno de ellos—. Vamos. Nunca nadie ha dicho que este viaje fuera seguro. Tomemos una decisión. Ya habéis escuchado lo que os he dicho sobre las opciones que nos quedan si prescindimos de la ruta de las montañas. Tenedlo en cuenta.

No había mucho que decir después de eso y confiaron en el buen juicio del enano. Después de todo, se encontraban en su país, y él era quien lo conocía. Dependían de él para encontrar a Walker Boh, y sería estúpido poner cualquier objeción al camino que él consideraba mejor para llegar a él.

Pasaron la noche en el claro del pinar, rodeados por su aroma, el de las flores silvestres y la pureza del aire. Durmieron tranquilos y sin sueños, en un silencio profundo. Al amanecer, Steff los llevó a las montañas de Wolfsktaag. Entraron en

ellas por el desfiladero del Lazo, donde los gnomos intentaron capturar a Shea y a Flick Ohmsford; cruzaron la pasarela de cuerdas extendida sobre el abismo y continuaron su ascenso entre piedras de bordes afilados y pendientes pobladas de árboles mientras el sol proseguía su camino por un cielo sin nubes. La mañana había dejado paso a la tarde cuando llegaron a la cresta que se extendía hacia el norte, y empezaron a seguir sus curvas y revueltas. El viaje era fácil, los rayos del sol eran cálidos y reconfortantes, y los temores y dudas de la noche anterior empezaban a desvanecerse. Estaban atentos a cualquier movimiento que pudiera producirse en las sombras de las rocas y los árboles, pero no vieron nada. Los pájaros cantaban y pequeños animales correteaban entre los matorrales. Al parecer, aquellos bosques eran iguales a cualquier otro de las Cuatro Tierras. Los dos jóvenes vallenses y el montañés sonreían inconscientemente, Steff tarareaba para sí mismo, mientras que Teel no mostraba ningún sentimiento.

Cuando el anochecer envió los primeros indicios de su llegada acamparon en un pequeño prado situado entre dos laderas cubiertas de abetos y cedros. Apenas soplaba el viento, y el calor del día se conservó en aquel valle resguardado hasta mucho después de la puesta de sol. Las estrellas titilaron tenuemente en el cielo oscurecido y la luna llena se destacó en el horizonte, al oeste. Par volvió a recordar el mensaje del anciano: debían estar en el Cuerno del Hades el primer día de luna nueva, y el tiempo estaba corriendo.

Pero no eran el anciano y Allanon quienes ocupaban los pensamientos de Par cuando el pequeño grupo se reunió alrededor de la hoguera, que Steff les había permitido encender, para tomar una cena acompañada con agua de un manantial. Pensaba en Walker Boh. Hacía casi diez años que no veía a su tío, pero lo que recordaba de él era extrañamente claro. Entonces él era casi un niño, y su tío le parecía una persona bastante misteriosa... un hombre alto y delgado, de rostro sombrío y ojos que daban la impresión de mirar a través de ti... Los ojos... eso era lo que mejor recordaba, pero más por lo extraordinarios que eran que por la inquietud que pudieran provocarle. De hecho, su tío siempre se había mostrado con él muy afable y cariñoso, aunque era una persona bastante introspectiva, o quizá solo reservada, como si estuviera presente y, a la vez, en otro lugar.

En aquellos años ya se contaban historias sobre Walker Boh, pero Par solo podía recordar un par de ellas. Se decía que utilizaba la magia, pero nunca quedó claro qué clase de magia. Era descendiente directo de Brin Ohmsford, pero no podía utilizar la canción. Ningún miembro de esa rama de la familia la había podido durante las diez últimas generaciones. La magia había muerto con Brin. Había funcionado de una forma diferente que con su hermano Jair. Mientras que Jair solo podía crear imágenes con la canción, su hermana creaba realidades. Sin duda, su magia fue la más poderosa de las dos. Sin embargo, desapareció con ella, y solo la de Jair sobrevivió.

Siempre se contaban historias sobre Walker Boh y la magia. Par recordaba que en ocasiones su tío le había hablado de cosas que estaban sucediendo en otros lugares,

de cosas que no podía saber pero que de alguna manera sabía. A veces, su tío movía objetos, y hasta personas, con solo mirarlos. En ocasiones también podía decirte en qué estabas pensando. Te miraba fijamente y te decía que no te preocuparas, que sucedería esto o aquello, y siempre daba una respuesta a lo que estabas pensando.

Desde luego, existía la posibilidad de que su tío solo fuese lo bastante astuto como para deducir lo que estabas pensando y aparentar que era capaz de leer tus pensamientos. Pero también tenía la habilidad de solucionar los problemas, de hacerlos desaparecer casi tan rápido como aparecían. Cualquier amenaza se disolvía, como por arte de magia, al tropezarse con él.

Y cuando se dio cuenta de que Par intentaba utilizar la canción, lo animó a que lo hiciera. Le aconsejó que aprendiese a controlar las imágenes, que las utilizara con cautela, que buscara la forma adecuada de mostrar la magia a los demás. Walker Boh fue una de las pocas personas en su vida que no sintió miedo de su poder.

Mientras estaba sentado junto a los demás en el silencio de la noche, con la mente ocupada por los recuerdos de su tío, creció su curiosidad por saber más de él. Al final cedió a ella y le preguntó a Steff qué historias había oído sobre Walker Boh.

—La mayoría de las cosas proceden de leñadores, cazadores, rastreadores... y de unos cuantos enanos que lucharon en la Resistencia, como yo, quienes se adentraron lo bastante al norte como para oír hablar de él —respondió Steff, tras quedarse un momento pensativo—. Dicen que tiene muertas de miedo a las tribus de los gnomos, que piensan sobre él igual que piensan sobre los espíritus. Algunos creen que ha vivido centenares de años, igual que los legendarios druidas —prosiguió, guiñándole un ojo—. Supongo que son solo habladurías, si es que se trata de vuestro tío.

—No recuerdo que nadie dijera que no había vivido los mismos años que cualquier hombre normal —dijo Par, asintiendo.

—Un individuo me juró que vuestro tío hablaba con los animales, y que ellos lo entendían. Dijo que lo había visto dirigirse a un gato del páramo tan grande como un toro de las llanuras y hablarle como yo lo estoy haciendo contigo ahora.

—Se decía que Cogleine podía hacerlo —intervino Coll, mostrando su repentino interés en el tema—. Tenía un gato llamado Murmullo que lo seguía. El felino protegía a su sobrina Kimber, que también se apellidaba Boh, ¿verdad, Par?

Par asintió al recordar que su tío había tomado el nombre de Boh de la rama materna de su familia. Ahora que lo pensaba, no recordaba que su tío hubiese usado el apellido Ohmsford.

—Hay una historia —dijo Steff, haciendo una pausa para ordenar los detalles en su mente—. Se lo oí contar a un rastreador que conocía los secretos del Anar mejor que nadie. Creo que también conocía a Walker Boh, aunque nunca lo admitió. Me dijo que, hace dos años, una criatura que había nacido en los tiempos de la antigua magia descendió de las montañas del Cuerno del Cuervo hasta la Cuenca Oscura y empezó a vivir de la vida que encontró allí. Walker Boh fue a buscarla, se enfrentó a ella y la obligó a volver por donde había venido. Así de fácil. Este tipo de cosas le

hacen pensar a uno, ¿no crees? —concluyó Steff, sacudiendo la cabeza y rascándose la barbilla con aire pensativo—. Por eso me asusta, porque no parece que haya casi nada que sea capaz de asustarlo.

Extendió las manos hacia el fuego.

—Dicen que va y viene como un fantasma. Está aquí un instante, y al siguiente ha desaparecido, como una sombra salida de la noche. Me pregunto si teme a los umbríos, aunque supongo que no.

—Quizá deberíamos preguntárselo —intervino Coll, haciendo una mueca burlona.

—Bueno, quizá deberíamos —respondió Steff conforme—. ¡Y sugiero que seas tú quien lo haga! —le dijo a Coll, soltando una carcajada—. Eso me recuerda otra cosa. ¿Os ha dicho ya el montañés lo que ocurrió la primera vez que nos encontramos?

Los hermanos Ohmsford negaron con las cabezas y, a pesar de los claros gruñidos de Morgan, Steff empezó a explicarlo. Unos diez meses atrás, Morgan estaba pescando en el lago del Arco Iris, junto a la desembocadura del río de Plata, cuando una fuerte ráfaga de viento volcó su embarcación, perdiendo todo el equipo y obligándolo a alcanzar la orilla a nado lo mejor que pudo. Empapado y tiritando, intentaba, sin conseguirlo, encender una hoguera cuando se presentó Steff y lo ayudó.

—Supongo que habría muerto de frío si no me hubiese apiadado de él —concluyó Steff—. Hablamos, intercambiamos información, y pronto se dirigió hacia Culhaven para comprobar si realmente la vida en la tierra natal de los enanos era tan horrible como yo se la había descrito. Después de eso, continuó volviendo, siempre con algo para ayudar a la abuela y a la tía, y también a la Resistencia —prosiguió Steff, a quien parecía divertirle el desconsuelo del joven montañés—. Supongo que su conciencia no le permite no involucrarse —concluyó.

—¡Ya está bien! —exclamó Morgan, visiblemente avergonzado.

—¡De acuerdo, orgulloso príncipe de las montañas! ¡Hablemos de otra persona! —respondió Steff, volviéndose hacia Par y soltando una carcajada que resonó en el silencio nocturno llenándolo por completo—. Hablemos de ese desconocido que te dio el anillo. Sé algo de las bandas de proscritos que integran el Movimiento. En su mayor parte son un atajo de inútiles sin liderazgo ni disciplina. Los enanos se han ofrecido a trabajar con ellos, pero la oferta aún no ha sido aceptada. El problema es que el Movimiento está demasiado fragmentado. En cualquier caso, ¿ese anillo que te entregó tiene el emblema de un halcón?

—Sí, Steff, ¿sabes quién es? —respondió Par, irguiéndose.

—Lo sé y no lo sé, joven vallense —dijo Steff, sonriendo—. Como ya he dicho, los proscritos de la Tierra del Sur en el pasado eran un grupo fragmentado... pero eso puede estar cambiado. Corren rumores de que uno de ellos ha tomado el control, uniendo las bandas y proporcionándoles el liderazgo del que carecían. No utiliza su nombre para identificarse, sino el símbolo de un halcón.

—Tiene que ser el mismo —declaró Par, convencido—. También se mostró reacio a darnos su nombre.

—En estos tiempos, es normal que los nombres permanezcan en secreto —respondió Steff, y encogió los hombros—. Sin embargo, por la manera en que os facilitó la huida de los buscadores, creo que debe de ser el mismo hombre del que he oído hablar. Dicen que es capaz de cualquier cosa cuando atañe a la Federación.

—Sin la menor duda, aquella noche fue bastante audaz —admitió Par, esbozando una sonrisa.

Hablaron un poco más del desconocido, de las bandas de proscritos del sur y del este, y de cómo la situación se estaba agravando como una llaga abierta en las Cuatro Tierras bajo el dominio de la Federación. No volvieron a hablar de Walker Boh, pero Par se sentía satisfecho con lo que sabía. Había tomado una decisión respecto a su tío. No importaba cómo de aterrador les pudiera parecer a los demás, a Steff o a cualquier otro, para él seguiría siendo la misma persona que había conocido en Valle Sombrío cuando era niño hasta que algo le hiciera cambiar de opinión... y tenía la curiosa sensación de que nada lo haría.

La conversación, interrumpida por frecuentes bostezos y miradas distraídas, decayó y uno tras otro empezaron a arrebujarse en sus mantas. Par se ofreció a avivar la hoguera por última vez antes de irse a dormir y se acercó a los árboles más próximos en busca de madera seca. Había reunido varias ramas de un viejo cedro derribado por el viento del anterior invierno cuando, de repente, se encontró cara a cara con Teel. Parecía haberse materializado frente a él. Su cara enmascarada traslucía una firme resolución y sus ojos estaban fijos en él.

—¿Puedes hacer magia para mí? —le preguntó en voz baja.

Par la miró, sorprendido. Nunca la había escuchado hablar, ni una sola palabra desde que la vio por primera vez en la cocina de la abuela Elise. Por tanto, creía que era incapaz de hacerlo. Había viajado con ellos como si fuera el perro de Steff, obedeciéndolos, vigilándolos, sin hacer preguntas y distante. Había estado sentada durante toda la noche, escuchando, reservando para sí sus pensamientos y opiniones. Y ahora, esto.

—¿Puedes crear las imágenes? —insistió, con voz grave y áspera—. ¿Solamente una o dos para que las vea? Me gustaría muchísimo que lo hicieras.

Nunca se había fijado en sus ojos, y entonces lo hizo. Eran de un extraño color azul, como el que había lucido el cielo durante el día, claro e insondable. Le sorprendió lo brillantes que eran, y de repente recordó que sus cabellos, detrás de la capucha y la máscara, tenían el color de la miel. Hasta aquel momento le había parecido bastante desagradable por su actitud reservada y distante, pero allí, de pie entre el silencio y las sombras, solo parecía pequeña.

—¿Qué imágenes te gustaría ver? —le preguntó Par.

—Desearía ver cómo era Culhaven en los tiempos de Allanon —respondió tras pensar en ello un momento.

—Lo intentaré —dijo Par, asintiendo, aunque estuvo a punto de decirle que no estaba seguro de cómo era Culhaven en aquella época tan remota. Cantó suavemente para ella, que se hallaba sola rodeada de árboles, extendiendo la magia de la canción para llenar su mente con las imágenes de cómo podría haber sido el pueblo tres siglos antes. Describió el río de Plata, los jardines de Meade, las cabañas y los hogares, limpios y cuidados, la vida en la ciudad natal de los enanos antes de la guerra contra la Federación. Cuando acabó, la joven enana lo observó un instante con rostro inexpresivo y, acto seguido, se dio la vuelta sin decir una palabra y desapareció entre las sombras de la noche.

Par la siguió con la mirada, confuso. Luego se encogió de hombros, acabó de recoger la madera seca y se fue a dormir.

* * *

Reemprendieron la marcha al amanecer, avanzando por los altos parajes de las montañas de Wolfsktaag donde clareaban los bosques y el cielo parecía estar más cerca. Era otro día cálido y brillante, lleno de buenos olores, y la sensación de posibilidades infinitas. La brisa soplaba suavemente contra sus caras, y los árboles y las rocas estaban llenos de pequeños animales que a su paso huían velozmente echando a volar. En las montañas reinaba la paz.

A pesar de ello Par sentía una gran inquietud. No se había sentido así los últimos dos días, pero ese día sí. Intentó disipar su ansiedad, diciéndose a sí mismo que no existían motivos, que tal vez era el resultado de la necesidad de preocuparse por algo cuando, al parecer, Steff parecía tener razón y aquella era la ruta más segura. Observó las caras de los otros, intentado ver en ellos algún signo de inquietud, pero parecían bastante contentos. Incluso Teel, siempre tan retraída como para mostrar algo, caminaba con un aire de total despreocupación.

Tras la mañana llegó la tarde, y su nerviosismo acabó convirtiéndose en la certeza de que algo los seguía. Se encontró volviendo la cabeza en numerosas ocasiones, sin saber lo que buscaba, pero con la absoluta certeza de que había ahí atrás. Escrutó entre los árboles lejanos y las rocas, pero no había nada. Arriba, a su derecha, se alzaban las cumbres dentadas por picos y desfiladeros, demasiado peligrosas para atravesarlas. Abajo, a su izquierda, el bosque se llenaba de sombras, que eran como estanques negros sobre la maleza y los troncos cercanos a ellas.

El camino se bifurcó en varias ocasiones hacia la oscuridad de abajo.

—Eso es lo que les debió pasara las patrullas de la Federación que desaparecieron —comentó Steff, que junto con Teel abría la marcha del pequeño grupo—. No quieres deambular por los lugares oscuros en estas montañas.

Par esperaba que esa fuera la fuente de su inquietud. Se dijo a sí mismo que

identificar su origen le permitiría apartarla de sí. Pero justo cuando estaba dispuesto a creer que el problema se resolvería por sí solo, miró hacia atrás por última vez y vio que algo se movía entre las rocas.

Se detuvo. Los otros dieron unos pocos pasos, y poco después se volvieron para mirarlo.

—¿Qué pasa? —le preguntó Steff.

—Ahí detrás hay algo —respondió Par en voz baja, sin apartar los ojos del lugar donde había percibido el último movimiento—. Allí, en las rocas —le indicó a Steff, que se había acercado a él, señalándolas.

Los demás también se acercaron, y durante largo rato miraron con atención sin que consiguiera ver nada. La tarde llegaba a su fin, las sombras se alargaban en las montañas a medida que el sol descendía por el este del horizonte, y la suave luz hacía difícil ver cualquier cosa.

—Tal vez me haya equivocado —admitió al fin Par.

—Tal vez no —dijo Steff.

Ignorando la mirada llena de sorpresa de Par, reanudó la marcha en compañía de Teel, con Par en la retaguardia. En una o dos ocasiones le dijo a Par que mirara hacia atrás, y una o dos más lo hizo él. Par no vio nada, pero continuaba teniendo la sensación de que había algo detrás. Cruzaron una cresta que se extendía de este a oeste, y empezaron a descender. La nueva vertiente estaba envuelta en sombras, puesto que la luz mortecina del sol quedaba completamente bloqueada. El camino serpenteaba entre un laberinto de rocas y matorrales que se apiñaban en la ladera como las ovejas de un rebaño. Ahora el viento soplaba a sus espaldas e impulsaba hacia delante el sonido de la voz de Steff, alejándola de sus oídos.

—Lo que sea que nos esté siguiendo esperará a que caiga la noche, o al menos el crepúsculo, para dejarse ver. No sé lo que es, pero sí que es grande. Tenemos que buscar un lugar donde podamos defendernos.

Nadie dijo nada. Par sintió un súbito escalofrío. Coll miró a su hermano, y después a Morgan. Teel ni siquiera se giró.

Habían dejado atrás el laberinto de rocas y maleza y seguían de nuevo un camino despejado cuando la criatura finalmente emergió desde las sombras y permitió que la vieran. Steff fue el primero, y con un grito ordenó a sus amigos que se reunieran junto a él. La criatura todavía estaba a más de cien metros, agazapada sobre una piedra plana, y un fino rayo de sol cortaba su cara igual que una lanza. Parecía una especie de perro o lobo monstruoso, provisto de un pecho enorme, un cuello grueso cubierto de pelo y un rostro deforme. Tenía las patas excesivamente voluminosas, el cuerpo como un barril, las orejas y la cola pequeñas, y un aspecto que rechazaba cualquier posible amistad. Abrió sus fauces, las más grandes que Par había visto en su vida, y babeó. Las cerró de golpe y se dirigió hacia ellos con pasos lentos.

—Continuad la marcha —dijo Steff en voz baja. Le obedecieron. Avanzaron siguiendo las curvas del camino, intentando no mirar atrás.

—¿Qué es? —preguntó Morgan en voz baja.

—Los llaman destripadores —respondió Steff, sin perder la calma—. Viven en el este, en lo más profundo del Anar, más allá de las montañas del Cuerno del Cuervo. Son muy peligrosos. —Hizo una pausa—. Pero nunca he oído que los hayan visto en el Anar Central, y menos aún en las Wolfsktaag.

—Hasta ahora, querrás decir —murmuró Coll.

Avanzaban por una ancha hendidura entre las montañas, donde el camino iniciaba una abrupta bajada hacia una hondonada. El sol se había ido, y el crepúsculo grisáceo lo cubría todo como un sudario. Cada vez tenían peor visión. El ser que los perseguía tan pronto aparecía como desaparecía, y Par se preguntó qué ocurriría cuando lo perdieran de vista por completo.

—Tampoco he oído que acechen a los hombres —declaró Steff, de repente, justo a su espalda.

La extraña caza continuó, el destripador los seguía a unos ochenta metros de distancia, dispuesto, al parecer, a que la oscuridad cayera por completo. Steff los apremió para que buscaran un lugar donde poder resistir.

—¿¡Por qué no dejas que me enfrente a él!?! —dijo bruscamente Morgan.

—Porque estarías muerto antes de que pudiera pronunciar tu nombre, montañés —respondió el enano en un frío tono—. No te engañes. Esa criatura acabará con nosotros si nos atrapa sin estar preparados. ¡Ni toda la magia del mundo sería capaz de hacer nada si eso pasara!

Par se quedó congelado, preguntándose si la magia de la espada de Morgan actuaría contra aquella bestia. ¿No era verdad que la magia de la espada solo se activaba al encontrarse con una magia similar? ¿No sería una espada corriente en cualquier otro caso? ¿No fue esa la intención de Allanon cuando otorgó poder a su hoja? Se esforzó en recordar los detalles de la historia y no lo consiguió. Pero las otras magias, las de la espada de Shannara y las piedras élficas, solo habían sido eficaces contra las cosas mágicas. Eso lo recordaba muy bien. Por tanto, lo más probable era que lo mismo ocurriera con...

—Adelante, bajad —dijo bruscamente Steff, poniendo fin a sus especulaciones—. Por ahí es donde...

Nunca acabó la frase. El destripador apareció junto a ellos, abalanzándose desde la oscuridad; una enorme y negra figura que saltaba a través de las rocas y la maleza con una rapidez asombrosa.

—¡Seguid! —gritó Steff, señalando apresuradamente el sendero mientras se daba media vuelta para enfrentarse a la bestia.

Todos prosiguieron la marcha sin pararse a pensar, excepto Morgan, que desenvainó la espada de Leah y corrió junto a su amigo para permanecer a su lado. Teel, Coll y Par corrieron hacia adelante, volviendo la cabeza en el preciso momento en que el destripador alcanzaba a sus compañeros. La criatura atacó a Steff, pero el enano estaba preparado, con su enorme maza dispuesta. Golpeó con todas sus fuerzas

un lado de la cabeza de la bestia. La fuerza del impacto habría derribado a cualquier otro ser, pero el destripador soportó el golpe y se abalanzó de nuevo sobre el enano. Steff le asestó otro mazazo y, a continuación, echó a correr, tirando del joven montañés. Se precipitaron por el sendero como flechas y alcanzaron rápidamente a los hermanos vallenses y a Teel.

—¡Bajad por la ladera! —gritó Steff, empujándolos literalmente fuera del camino.

Se lanzaron entre la maleza y los pedruscos, resbalando y tropezando. Par cayó de bruces y se puso en pie en un mismo movimiento. Estaba desorientado, y tenía sangre en los ojos. Steff lo agarró y lo arrastró por la pendiente, mientras los jadeos y los gritos de los demás lo envolvían.

En ese preciso momento fue consciente del destripador. Lo oyó antes de que consiguiera verlo. Su pesado cuerpo descendió tras ellos, arrastrando piedras y polvo, sus gritos eran horribles gemidos de hambre. «La magia», pensó Par con angustia. «Tengo que usar la magia. La canción funcionará, lo confundirá, al menos...».

Steff lo subió a una piedra plana, y sintió que los demás se apiñaban a su alrededor.

—¡Permaneced juntos! ¡No os mováis de esta piedra! —ordenó el enano, mientras él bajaba para enfrentarse a la acometida del destripador.

Par nunca olvidaría lo que sucedió a continuación. Steff se encontró con el destripador cargando a través de la ladera, justo a la izquierda de la piedra. Dejó que la criatura se abalanzara sobre él. De repente retrocedió, golpeando con la maza la garganta del monstruo a la vez que saltaba para golpear su enorme pecho con los pies. Steff cayó y el ser se precipitó sobre él, pero la fuerza del impulso no le permitió detenerse. Pasó por encima del enano y rodó salvajemente por la ladera hasta tropezar con los primeros árboles del fondo. Se levantó instantáneamente gruñendo y rugiendo, pero entonces algo enorme surgió entre los troncos, atrapó al destripador con un solo bocado y lo arrastró al interior de la oscuridad. Se oyó un alarido agudo, un crujir de huesos y después, silencio.

Steff se puso de pie, se llevó un dedo a los labios y les indicó que lo siguieran. Con el menor ruido posible, treparon por la ladera hasta volver al sendero y, desde allí, contemplaron la impenetrable oscuridad.

—Hay que aprender a estar atento en las Wolfsktaag —dijo Steff en voz baja, esbozando una lúgubre sonrisa—. Incluso si eres un destripador.

Se sacudieron el polvo de sus ropas y pusieron orden en el equipaje. Sus cortes y magulladuras eran superficiales. Según las estimaciones de Steff, el desfiladero de Jade, que debían atravesar para salir de las montañas, se hallaba a una o dos horas más de camino, por lo que decidieron continuar la marcha.

Tardaron más de lo que Steff había previsto en llegar al desfiladero de Jade, y era casi medianoche cuando el pequeño grupo finalmente dejó atrás las Wolfsktaag. Durmieron en un cañón estrecho, protegido por una maraña de pinos y viejos abetos. Estaban tan exhaustos que ni se molestaron en encender una hoguera ni en comer, limitándose a envolverse en sus mantas y dormir. Par soñó aquella noche, pero no con Allanon y el Cuerno del Hades, sino con el destripador. La terrible criatura lo seguía sin tregua a través del paisaje de su mente, persiguiéndolo desde un rincón oscuro hasta el siguiente, como una sombra apenas perceptible, pero cuya identidad le resultaba tan clara como la suya propia. Cuando vino a por él, Par empezó a correr, sintiendo un terror que era casi palpable. Finalmente, la terrible criatura lo acorraló, obligándolo a retroceder hasta un sombrío nicho de roca y bosque. Y justo cuando se disponía a intentar saltar encima de él, algo monstruoso surgió de la oscuridad a sus espaldas y lo cogió entre sus fauces, arrastrándolo hacia las tinieblas mientras él pedía a gritos una ayuda que nunca llegaría.

Se despertó sobresaltado.

Aún estaba oscuro, aunque el cielo empezaba a aclarar por el este. Sus compañeros aún dormían. Al parecer, sus gritos no habían traspasado los límites de su mente. Estaba empapado en sudor y respiraba con dificultad. Se quedó echado, sin moverse, pero no volvió a dormirse.

Aquella mañana entraron en el Anar, en dirección este, por un sinuoso laberinto de colinas boscosas y barrancos. Cinco pares de ojos escrutaban las sombras y los lugares oscuros de los alrededores mientras avanzaban. Hablaban muy poco. El encuentro del día anterior había dejado un ambiente de inquietud y alerta. El cielo estaba nublado y gris, y parecía que de alguna manera los bosques se habían quedado silenciosos. Hacia el mediodía llegaron a las cascadas del torrente de Chard, y siguieron el río hasta el anochecer.

Al día siguiente llovió. La tierra estaba cubierta de niebla y humedad. La marcha se hizo más lenta, y el calor y luminosidad de los días anteriores se borró de sus memorias. Dejaron atrás el puerto del Paso de los Grajos, una pequeña estación de paso para los cazadores y comerciantes que en la época de Jair Ohmsford fue un próspero lugar de mercadeo hasta que la guerra entre los enanos y la Federación finalmente acabó con el comercio entre la Tierra del Este y el norte de Culhaven. Ahora estaba abandonado, sus puertas y ventanas habían desaparecido, el tejado estaba roto y podrido, y su interior estaba lleno de fantasmas de otros tiempos.

A la hora de comer, reunidos bajo la protección de un enorme y viejo sauce, cuyas

ramas sobrepasaban la orilla del río, Steff habló con inquietud sobre el destripador e insistió en que nunca había sido visto uno al oeste de las montañas del Cuerno de Cuervo. ¿De dónde venía aquel? ¿Cómo había llegado hasta allí? ¿Por qué había decidido seguirlos? Sin duda, todas estas preguntas tenían sus respuestas, pero ninguno de ellos se molestó en buscarlas. Todos se limitaron a afirmar que se debía a la casualidad, aunque en realidad pensarán lo contrario.

La lluvia perdió intensidad a la caída del anochecer, pero continuó débilmente hasta la mañana siguiente, cuando se convirtió en una niebla densa. El grupo reemprendió el viaje siguiendo el río, que descendía hasta la Cuenca Oscura. La dificultad del viaje se multiplicaba a medida que avanzaban, los densos bosques estaban cubiertos de maleza y de ramas y troncos caídos, y los caminos eran prácticamente inexistentes. Cuando al mediodía se alejaron del río, el terreno se transformó en una serie de hondonadas y barrancos, haciendo imposible saber qué dirección debían seguir. Avanzaron con esfuerzo sobre el barro y las rocas, con Steff a la cabeza del grupo, gruñendo y resoplado rítmicamente. El enano era como una máquina firme e incansable cuando caminaba. Solo lo igualaba Teel, más pequeña que Steff, pero más ágil. Nunca se quedaba atrás ni se quejaba, y siempre mantenía el paso. Eran los jóvenes vallenses y el montañés quienes se sentían agotados, sin aliento y con los músculos agarrotados. Agradecían la más mínima oportunidad de descanso que el enano les ofrecía, y cuando ordenaba reanudar la marcha, solo podían obedecer. La monotonía del viaje también empezaba a afectarles, especialmente a los dos jóvenes vallenses. Hacía ya varias semanas que Par y Coll corrían hacia algo o de algo, escondiéndose la mayor parte del tiempo, y habían tenido que afrontar tres escalofriantes encuentros con seres que era mejor dejarlos en la imaginación. Estaban cansados por el esfuerzo de mantenerse constantemente alerta, y la oscuridad, la niebla y la humedad habían servido para agotarlos aún más. Ninguno de los dos intercambiaron una sola palabra, y ninguno lo habría admitido, pero ambos empezaban a preguntarse si realmente sabían lo que estaban haciendo.

Ya estaba avanzada la tarde cuando finalmente paró de llover y las nubes se abrieron para dejar paso a una débil luz solar. Coronaron una cresta y se encontraron ante un valle ocupado por un bosque y dominado por una extraña formación rocosa que parecía una chimenea. Se erguía sobre los árboles como un centinela en sus horas de guardia, destacando negra e inmóvil contra el lejano horizonte.

—Allí —dijo Steff, señalando hacia abajo—. Si Walker Boh puede ser encontrado, este es el lugar donde debe estar.

—¡Conozco este lugar! —exclamó Par, olvidándose de la fatiga y el desaliento, y mirando al enano con cara de incredulidad—. ¡Es la Chimenea de Piedra! ¡Lo he reconocido por las historias! ¡Este es el hogar de Cogline!

—Era —puntualizó Coll con voz cansada.

—Era, de acuerdo. ¿Qué diferencia hay? —respondió Par, visiblemente nervioso—. La cuestión es, ¿qué está haciendo aquí Walker Boh? Quiero decir que tiene

sentido que estuviese aquí, puesto que en este fue el hogar los Boh, pero ahora también es el hogar de Cogle. Si Walker vive aquí, ¿por qué no nos lo dijo el anciano? A menos que, después de todo, no fuese Cogle, o por alguna razón no lo supiera, o a menos que Walker... ¿Estás seguro de que este es el lugar donde se supone que vive mi tío? —preguntó a Steff, de repente.

El enano lo había observado durante su monólogo como podía haber mirado a un perro con tres cabezas.

—Joven del valle, estoy seguro de muy pocas cosas, y admito estarlo de menos aún —respondió Steff, encogido de hombros—. Me dijeron que era aquí donde vivía. Así que, si has terminado de hablar, ¿por qué no bajamos y comprobamos si es cierto?

Par cerró la boca, e iniciaron el descenso. Cuando pisaron la tierra del valle, encontraron el bosque sorprendentemente limpio de maleza y madera muerta. Los árboles se abrían en claros cruzados por arroyos y salpicados de florecillas silvestres blancas, azules y de un violeta intenso. El ambiente era tranquilo, el viento estaba en calma y las alargadas sombras que se extendían ante ellos parecían suaves e inofensivas. Par olvidó los peligros y las fatigas del viaje, dejó de lado el cansancio y la inquietud, y concentró su pensamiento en el hombre que había venido a buscar. Admitía su confusión, pero comprendía el motivo. Cuando, trescientos años antes, Brin Ohmsford entró en la Cuenca Oscura, la Chimenea de Piedra era el hogar de Cogle y de la niña a la que llamaba nieta, Kimber Boh. El anciano y la niña la guiaron hasta el Maelmord, donde Brin se enfrentaría al Ildatch. La amistad que entonces surgió entre los Boh y los Ohmsford se mantuvo durante diez generaciones. El padre de Walker Boh fue un Ohmsford y su madre, una Boh. Por la rama paterna, su genealogía llegaba hasta Brin, y por la materna, hasta Kimber. Por tanto, era lógico que hubiera decidido volver aquí, pero también era ilógico que el anciano, el hombre que proclamaba ser Cogle, el mismo Cogle de trescientos años antes, no supiera nada acerca de esto.

O que no hubiese dicho nada, si en realidad lo sabía.

Par frunció el ceño. ¿Qué les había dicho el anciano de Walker Boh? Su ceño se frunció todavía más. Solo que sabía que Walker estaba vivo, se respondió a sí mismo. Solo eso.

¿Pero había algo más entre ellos de lo que el anciano había revelado? Estaba completamente seguro de que así era, y estaba decidido a averiguarlo.

Los últimos rayos de sol desaparecieron y el crepúsculo cubrió el valle de sombras grises. El cielo permaneció despejado y empezó a llenarse de estrellas, y la luna menguante bañó el bosque con luz lechosa. El pequeño grupo avanzó con cautela hacia la formación rocosa con forma de chimenea, cruzando docenas de arroyos y serpenteando entre el laberinto de claros. El bosque estaba tranquilo, pero su silencio no les pareció opresivo. Coll dio un codazo a Par cuando vio una ardilla gris sentada sobre sus patas traseras, mirándolos solemnemente. Escucharon sonidos

nocturnos, pero parecían distantes y ajenos al valle.

—Uno se siente aquí como... protegido, ¿no te parece? —preguntó Par a su hermano en voz baja, y Coll asintió.

Siguieron caminando casi una hora más sin encontrarse con nadie. Estaban ya, aproximadamente, en el centro del valle cuando, de repente, vieron parpadear una luz entre los árboles del bosque. Steff aminoró el paso, les indicó con señas que se mantuviesen alerta y los guio hacia delante. Se acercaban a la luz parpadeante en la oscuridad, cambiando de un solo punto luminoso a una multitud de ellos. «Son lámparas», pensó Par. Se acercó a Steff. Sus agudos sentidos élficos habían identificado la procedencia de la luz.

—Es una cabaña —le dijo al enano en voz baja.

Salieron de entre los árboles para entrar en un prado cubierto de hierba. Una cabaña se alzaba ante ellos, justo en el centro del prado. Era una construcción bien conservada, de piedra y madera, con un porche delante y otro detrás, caminos de piedra y matorrales llenos de flores. Estaba flanqueada por un pino y un abeto que parecían atalayas en miniatura. La luz que salía por las ventanas se mezclaba con la de la luna, alumbrando el claro como si fuera mediodía.

La puerta principal estaba abierta, y Par se adelantó sin pensarlo, pero Steff tiró de él hacia atrás rápidamente.

—No estaría mal un poco de precaución, joven vallense —dijo Steff a Par mientras lo sujetaba.

Le dijo algo a Teel, y después los dejó allí. Avanzó solo, corriendo entre los espacios abiertos entre el abeto y el pino, resguardándose cuidadosamente en las sombras, con los ojos fijos en la puerta abierta. Los otros lo observaron, agazapados en el lindero del bosque por indicación de Teel. Steff llegó al porche, se agachó y permaneció largo rato en esa postura. Luego subió con rapidez los escalones y atravesó la puerta. Hubo un momento de silencio. Después reapareció y les hizo señas para que se acercaran.

—Aquí no hay nadie —les dijo, cuando llegaron junto a él—. Pero creo que nos esperaban.

Cuando entraron en la casa descubrieron el significado de sus palabras. Había dos chimeneas en la habitación principal; una en la zona de estar, rodeada de sillas y bancos, y otra destinada a la cocina y al horno. El fuego ardía en las dos. En la segunda humeaba una olla de estofado, y en una tabla se enfriaba pan recién hecho. Sobre una larga mesa de caballetes había cuidadosamente dispuestos cinco platos y copas.

Se miraron en silencio durante un momento, antes de volver de nuevo los ojos a la estancia. La madera de las paredes y las vigas estaba pulida y encerada. A la luz de las lámparas de aceite y las llamas de las dos chimeneas brillaban la plata, el cristal, los objetos de madera tallada y los tapices. En la mesa había un jarrón con flores frescas, y otros en la zona de estar. Un pasillo conducía a los dormitorios. La cabaña

era alegre y acogedora, pero estaba muy vacía.

—¿Es esto de Walker? —preguntó Morgan a Par con un tono de duda, porque aquello no encajaba con la idea que se había formado del hombre.

—No lo sé —respondió Par, que sacudió la cabeza—. Aquí no hay nada que yo pueda reconocer.

Morgan se dirigió silenciosamente al pasillo, desapareció durante un momento y volvió a aparecer.

—Nada —declaró.

—Bueno, es obvio que nuestra llegada no ha sido una sorpresa. No sé qué pensaréis vosotros, pero el estofado huele extremadamente bien —dijo Coll, que había olido la olla con curiosidad—. Puesto que alguien se ha molestado en prepararlo, Walker Boh o quien sea, creo que lo mínimo que podemos hacer es sentarnos y comer.

Par y Morgan estuvieron de acuerdo rápidamente, e incluso Teel parecía interesada. Steff se inclinaba por ser cauteloso, pero como el análisis de Coll parecía ser correcto acabó cediendo. Sin embargo, insistió en que debían verificar que la comida o la bebida no estuvieran contaminadas de ninguna manera. Cuando pronunció su veredicto exculpatorio, todos se sentaron a la mesa y cenaron de forma entusiasta.

Cuando terminaron, lavaron y secaron los platos y los guardaron con delicadeza en un armario destinado a ese fin. Luego volvieron a revisar la cabaña, el terreno que la rodeaba y, por último, ampliaron su inspección a un círculo de unos cuatrocientos metros de radio, pero no encontraron nada.

Se sentaron junto al fuego, y allí estuvieron hasta la medianoche, esperando. No llegó nadie. En la parte trasera de la casa había dos pequeños dormitorios, con dos camas en cada uno de ellos. Estaban hechas, y las sábanas y las mantas, limpias. Establecieron turnos de vigilancia y se pusieron a dormir. Durmieron sin ser molestados durante toda noche, con la paz del bosque y el valle sobre ellos. Cuando despertaron al amanecer, se sintieron muy descansados. Pero no había llegado nadie.

Aquel día registraron el valle entero, de un extremo al otro, desde la casa hasta la extraña roca con forma de chimenea, de norte a sur y de este a oeste. El tiempo era cálido y luminoso, lleno de sol y suaves brisas impregnadas de olores de la primavera. Se tomaron su tiempo vagando a lo largo de los arroyos, siguiendo los caminos; exploraron las escasas cavernas abiertas en las laderas del valle como si fueran bolsillos. Hallaron huellas dispersas, todas de animales, pero nada más. Los pájaros volaban sobre sus cabezas como fugaces destellos de color entre los árboles, los animalillos del bosque los observaban con ojos penetrantes y los insectos zumbaban a su alrededor. Par y Coll encontraron un tejón cuando exploraban la ladera este cerca de la torre de piedra, que se negó a dejarles pasar. Salvo este pequeño incidente, ninguno de los otros vio nada.

Por la noche, tuvieron que preparar la cena, pero había carne fresca y queso en

una nevera, pan del día anterior y verduras en el huerto. Los hermanos vallenses comieron bien, animando a los demás a que los imitaran a pesar del inevitable recelo de Steff, convencido de que eso era precisamente lo que se esperaba de ellos. El día dejó paso a una noche cálida y agradable. Empezaban a sentirse realmente a gusto en aquel ambiente. Steff se sentó con Teel ante el fuego y fumó de una larga pipa; Par y Coll lavaron los platos, y Morgan hizo la guardia en los escalones del porche delantero.

—Alguien se ha esforzado mucho en mantener limpia y cuidada esta cabaña —le dijo Par a su hermano cuando acabaron de limpiar—. No parece razonable que simplemente se haya ido y la haya abandonado.

—Sobre todo después de tomarse su tiempo en prepararnos el estofado —añadió Coll con gesto pensativo—. ¿Crees que pertenece a Walker?

—No lo sé, pero desearía saberlo.

—Sin embargo, nada de esto parece que guarde la más mínima relación con él, ¿verdad? No con el Walker que yo recuerdo, ni con el que nos describió Steff.

—Quizá es lo que quiere que parezca —dijo Par en voz baja.

Habían pasado varias horas después de medianoche cuando salió al porche para relevar a Teel en el turno de guardia. Bostezaba, aún adormilado, y no la encontró. No fue hasta que se despertó por completo cuando la joven enana apareció de detrás de un abeto bastante alejado. Se deslizó sin hacer el menor ruido a través de las sombras, pasó ante él y desapareció en el interior de la cabaña sin decir una sola palabra. Par la siguió con la mirada, con curiosidad, luego se sentó en las escaleras frontales, apoyó la barbilla en las manos y se quedó mirando a la oscuridad.

Llevaba sentado casi una hora cuando escuchó el sonido.

Era un ruido extraño, una especie de zumbido semejante al producido por un enjambre de abejas, pero profundo y ronco. Desapareció con la misma rapidez con que había llegado. Al principio pensó que había sido cosa de su imaginación, que solo había sonado en su mente. Pero en ese preciso momento volvió a repetirse durante un instante y volvió a desaparecer.

Se puso de pie, miró a su alrededor atentamente y se dirigió al sendero. La noche era muy clara y las estrellas brillaban llenando el cielo. El bosque estaba desierto. Se tranquilizó y avanzó lentamente hacia la parte trasera de la casa. Un poco alejado, entre las sombras, había un viejo sauce, y bajo sus ramas, un par de bancos desgastados. Se dirigió hacia ellos y se detuvo, intentando volver a escuchar el sonido, pero sin oír nada.

Se sentó en el banco más próximo. Estaba tallado para adaptarse a la forma del cuerpo y se sintió protegido. Estuvo sentado un rato, mirando a través del velo que formaban las ramas colgantes del sauce, soñando despierto en medio de la oscuridad, escuchando el silencio de la noche. Se preguntó por sus padres, si se encontrarían bien, si se sentirían preocupados por él. Valle Sombrío era un recuerdo lejano.

Cerró los ojos para aliviar el cansancio que sentía. Cuando los abrió, el gato del

páramo estaba ante él. La sorpresa fue tan grande que paralizó a Par. El gato se hallaba frente a él, con la cara bigotuda al nivel de la suya y unos ojos que refulgían en la noche como oro luminoso. Era el animal más grande que había visto nunca, mayor incluso que el destripador. Negro de la cabeza a la cola, salvo los ojos que lo miraban sin pestañear.

Entonces, el gato comenzó a ronronear, y reconoció el sonido que había escuchado antes. El gato le dio la espalda, se alejó unos pasos y volvió la cabeza, se detuvo y esperó. Como Par continuaba con la mirada fija en él, regresó para alejarse de nuevo, detenerse y esperar.

Par comprendió que quería que lo siguiera.

Se levantó de manera mecánica, incapaz de lograr que su cuerpo respondiera a sus deseos, intentando decidir si debía hacer lo que el gato le proponía o si debía intentar huir. Descartó la segunda opción casi de inmediato. No era momento para hacer tonterías. Además, si el animal hubiese querido atacarlo podría haberlo hecho antes.

Dio unos cuantos pasos hacia delante y el gato se giró, moviéndose hacia los árboles.

Caminaron por la oscuridad del bosque durante largos minutos, en silencio y con paso regular a través de la noche. La luz de la luna bañaba los terrenos despejados y Par no tuvo casi ningún problema para seguir al animal. Observó los ágiles movimientos del gato, que apenas repercutían en su entorno. Parecía tener la misma substancia que una sombra. La impresión que le había causado se estaba desvaneciendo, siendo reemplazada por curiosidad. Alguien le había enviado al gato, y creía saber quién había sido.

Finalmente llegaron a un claro en el que convergían varios arroyos, a través de minúsculos rápidos, para desembocar en una gran charca iluminada por la luna. Los árboles eran muy viejos y enormes, y sus ramas proyectaban un complicado dibujo de sombras sobre todo el claro. El gato se acercó a la charca, bebió con avidez durante un instante, y luego se sentó y se quedó mirándolo. Par dio varios pasos adelante y se detuvo.

—Hola, Par —dijo alguien.

El joven vallense recorrió el claro con los ojos hasta encontrar al hombre que había hablado, que estaba sentado en la oscuridad sobre un tocón, apenas distinguible de las sombras que lo rodeaban. Al advertir la indecisión del muchacho, se levantó y salió a la luz.

—Hola, Walker —respondió Par en voz baja.

Su tío se parecía mucho a cómo lo recordaba y, al mismo tiempo, era completamente diferente. Seguía siendo alto y delgado, y sus facciones revelaban su ascendencia élfica, aunque no de forma tan pronunciada como las de Par. Su piel era asombrosamente blanca, en marcado contraste con los cabellos negros que le llegaban a los hombros y la corta barba. Tampoco habían cambiado sus ojos, que

parecían atravesarlo incluso entre las sombras en las que se encontraban. Más difíciles de definir eran las diferencias. Estas se podían observar en su forma de moverse y en la impresión que causaba al hablar, aunque no hubiese dicho demasiado. Era como si estuviese rodeado por un muro invisible e impenetrable.

Walker Boh se acercó y cogió las manos de Par entre las suyas. Vestía como un leñador; túnica y pantalones anchos, capa corta y botas de piel suave; todo del color de la tierra y los árboles.

—¿Habéis estado cómodos en la cabaña? —le preguntó.

—Walker, no lo entiendo —respondió Par, recuperando la lucidez—. ¿Qué estás haciendo aquí fuera? ¿Por qué no saliste a recibirnos cuando llegamos? Es evidente que sabías que veníamos.

—Ven a sentarte conmigo, Par —lo invitó su tío, soltándole las manos y retrocediendo un paso. Y regresó a las sombras sin esperar la respuesta de su sobrino.

Par lo siguió, y los dos se sentaron en el tocón del que se había levantado Walker.

—Solo hablaré contigo —dijo Walker, mirando a Par con atención—. Y solo esta vez.

Par esperó sin decir nada.

—Se han producido muchos cambios en mi vida —prosiguió su tío, tras un momento—. Supongo que te acuerdas de tu infancia, un poco sobre mí... De todas formas la mayoría de lo que recuerdas no guarda mucha relación con lo que ahora soy. Renuncié a mi vida en Valle Sombrío y en la Tierra del Sur, y vine hasta aquí para volver a empezar. Dejé atrás la locura de los hombres cuyas vidas están gobernadas por sus instintos primarios. Me separé de los hombres de todas las razas, de su codicia y de sus prejuicios, de sus guerras y sus políticas, de su monstruoso concepto del progreso. Vine aquí para vivir en soledad. Desde luego, siempre he estado solo; fui creado para sentirme solo. La diferencia es que ahora estoy solo porque lo he elegido yo, no porque otros lo hayan elegido. Soy libre por ser exactamente lo que soy... y no sentirme extraño por eso.

»En esta época en la que vivimos el ser quienes somos nos crea dificultades. —Esbozó una leve sonrisa—. ¿Me entiendes, Par? Tú también posees la magia... una magia muy tangible en tu caso. No te proporcionará muchos amigos, sino que te marginará. No tenemos permitido ser Ohmsford en estos días, porque los Ohmsford conservan la magia de sus antepasados élficos, y ni la magia ni los elfos son apreciados ni comprendidos. Acabé cansándome de todo eso, de ser rechazado, de ser mirado constantemente con suspicacia y recelo. Acabé cansándome de que me consideraran diferente. Y también te sucederá a ti, si es que no te ha ocurrido ya. Es la naturaleza de las cosas.

—Yo no dejo que eso me moleste —respondió Par a la defensiva—. La magia es un don.

—¿Sí? ¿Lo es? ¿Cómo? Un don no es algo que se oculte como si fuese una enfermedad repugnante. No es algo que te provoque vergüenza, cautela o incluso

miedo. No es algo que pueda matarte.

Aquellas palabras fueron pronunciadas con tanta de amargura que Par sintió un escalofrío. Entonces, el humor de su tío pareció cambiar instantáneamente, y volvió a mostrarse calmado, sereno.

—A veces, me olvido hasta de mí mismo cuando hablo del pasado —prosiguió su tío, haciendo un gesto de remordimiento—. Te pido disculpas. Te he traído aquí para hablar de otras cosas, pero solo a ti, Par. Dejé la cabaña para que tus compañeros la ocuparan durante vuestra estancia. Pero no iré allí a estar con ellos. Solo me interesas tú.

—¿Y qué pasa con Coll? —preguntó Par, confuso—. ¿Por qué hablas conmigo y no con él?

—Piensa, Par —respondió su tío, esbozando una irónica sonrisa—. Nunca he sido tan cercano con él como lo he sido contigo.

Par lo miró en silencio. Suponía que era la verdad. Fue la magia lo que hizo que Walker se acercara a él, y Coll jamás tuvo parte en ella. El tiempo en que había estado con su tío, cuando se había creado esa intimidad entre ellos, siempre había sido tiempo en el que Coll no había estado presente.

—Además —prosiguió su interlocutor en voz baja—, lo que tenemos que hablar solo nos concierne a nosotros.

—Los sueños —respondió Par, comprendiendo los pensamientos de su tío. Su tío asintió—. Entonces, tú también los has tenido... ¿La figura de negro que se parece a Allanon, de pie ante el Cuerno del Hades, avisándonos, llamándonos? —Par se había quedado sin aliento—. ¿Y qué me dices del anciano? ¿Te ha visitado? —Su tío volvió a asentir—. Entonces lo conoces. ¿Es cierto, Walker? ¿Es Cogline de verdad?

—Sí, Par, lo es —respondió Walker Boh con rostro inexpresivo.

—¡No puedo creerlo! —exclamó Par, rojo de excitación y frotándose las manos—. ¿Cuántos años tiene? Centenares, supongo. Justo como dijo. Y fue druida. ¡Sabía que era cierto! ¿Vive todavía aquí, Walker? ¿Vive contigo?

—Me visita a veces, y a veces se queda un poco. El gato era suyo, pero me lo dio. Recordarás que siempre ha existido un gato del páramo. Aquel al que llamaban Murmullo en tiempos de Brin Ohmsford. Este se llama Rumor. El anciano le puso el nombre. Dijo que era un buen nombre para un gato; en especial, para uno que me perteneciera.

Se detuvo, y algo cruzó su cara tan rápidamente que Par no lo supo interpretar. El joven vallense miró hacia donde descansaba el animal, pero había desaparecido.

—Rumor va y viene igual que todos los gatos del páramo —le dijo Walker Boh como si leyera sus pensamientos.

—¿Qué vas a hacer, Walker? —le preguntó Par, asintiendo y volviendo los ojos hacia él.

—¿Respecto a los sueños? Nada.

—Pero el anciano debe tener... —objetó Par, titubeando.

—Escúchame —lo interrumpió—. En este asunto, estoy decidido. Sé lo que me pedían los sueños y sé quién los enviaba. El anciano vino a verme y hablamos. Se fue hace menos de una semana. No me interesa. Ya no soy un Ohmsford, soy un Boh. Si pudiera deshacerme de mi pasado, con todo su legado mágico y su gloriosa historia élfica, lo haría de forma instantánea. No quiero nada de eso. Vine a la Tierra del Este en busca de este valle, para vivir como vivieron mis antepasados, para estar por una vez donde todo es fresco, limpio y tranquilo, sin la presencia de otras personas. He aprendido a mantener en orden mi vida y la vida que me rodea. Has visto este valle; el pueblo de mi madre lo hizo así y he aprendido a conservarlo. Tengo la compañía de Rumor y, ocasionalmente, la del anciano. De vez en cuando, hasta recibo visitas de personas de exterior. La Cuenca Oscura se ha convertido en un refugio para mí, y la Chimenea de Piedra, en mi hogar.

Le dirigió una mirada intensa.

—Poseo la magia, Par —prosiguió Walker, inclinándose hacia delante—; diferente de la tuya, pero auténtica de todas formas. Puedo adivinar lo que otros piensan, a pesar de la distancia que nos separe. Puedo comunicarme con los seres vivos de un modo que no pueden los demás. Con todas las formas de vida. A veces puedo desaparecer igual que el gato del páramo. ¡Incluso puedo convocar el poder! —Chasqueó los dedos de repente y una llamarada azul destelló sobre ellos, que después apagó—. Carezco de la magia de la Canción de los Deseos, pero, al parecer, parte de su poder arraigó en mí. Muchos de mis conocimientos son innatos; algunos los aprendí solo y otros me los enseñaron. Tengo todo lo que necesito, y no quiero más. Estoy cómodo aquí y no me iré. El mundo puede arreglárselas sin mí, como lo ha hecho hasta ahora.

—¿Y si los sueños están en lo cierto, Walker? —preguntó Par finalmente.

—¡Par! —exclamó Walter Boh, con una carcajada burlona—. ¡Los sueños nunca están en lo cierto! ¿Es que no prestas atención a tus propias historias? En los de ahora, como en los de los tiempos en que vivía Allanon, hay algo que no cambia: ¡A los Ohmsford no se les dice todo, solo lo que los druidas consideran que es necesario!

—Crees que estamos siendo utilizados —afirmó Par.

—¡Estoy convencido, solo un estúpido podría creer otra cosa! No confío en lo que se me ha dicho. —Su mirada era tan dura como la piedra—. La magia que tú consideras un don siempre ha sido un instrumento útil para los druidas, y poco más. No pretendo dejar que me asignen cualquier nueva tarea que hayan descubierto. ¡Si el mundo necesita la salvación que los sueños sugieren, deja que Allanon o el anciano salga y lo salven!

—Me sorprendes, Walker —respondió Par, negando con la cabeza y rompiendo el largo silencio que se había producido, durante el cual se habían estado estudiando el uno al otro—. No recordaba la amargura ni la ira que hay en ti.

—Estaban en mí, siempre lo estuvieron —afirmó Walker Boh, que esbozó una triste sonrisa—. Simplemente nunca te molestaste en descubrirlas.

—¿No deberían haberte abandonado ya?

Su tío permaneció en silencio.

—Así que estás decidido —insistió Par.

—Sí, Par. Lo estoy.

—¿Qué harás si se cumplen las cosas de los sueños, Walker? —preguntó Par, después de una inspiración profunda—. ¿En que se convertirá tu hogar? ¿Qué sucederá si el mal que los sueños muestran decide perseguirte?

Su tío siguió guardando silencio, sin cambiar la expresión de sus ojos.

—Yo veo las cosas de otra manera, Walker —prosiguió Par, sin levantar la voz—. Siempre he creído que la magia es un don y que me ha sido otorgado por algún motivo. Durante mucho tiempo he estado convencido de que debía emplearla para contar historias y evitar de esta manera que cayeran en el olvido. He cambiado de parecer. Creo que el don de la magia se me ha concedido para alguna cosa más. Coll y yo no podemos regresar a Valle Sombrío, porque la Federación nos persigue por utilizar la magia —continuó Par—. El anciano que dice llamarse Cogle afirma que puede haber otros seres que también quieran capturarnos, tal vez incluso umbríos. ¿Has visto a los umbríos? Yo sí. También Coll, y nos sentimos presas de un terror de muerte, Walker, aunque no hablemos mucho de ello. Lo divertido es que supongo que las criaturas que nos persiguen también están aterradas. Es la magia lo que las aterra. —Hizo una pausa—. No sé por qué, pero pretendo averiguarlo.

Hubo un destello de sorpresa en los ojos de Walker Boh.

—Sí, Walker, he decidido hacer lo que los sueños me piden —prosiguió Par, asintiendo—. Creo que Allanon es quien me los ha enviado y que debo hacer caso. Iré al Cuerno del Hades. Y creo que acabo de tomar la decisión justo ahora, y que escucharte me ha ayudado a ello. Todavía no se lo he dicho a Coll. Y realmente no sé qué hará. Tal vez termine yendo solo, pero iré, no te quepa la menor duda, aunque solo sea porque creo que Allanon me dirá lo que debo hacer con la magia.

Negó con la cabeza.

—No me parezco a ti, Walker —continuó Par con expresión triste y resignada—. No puedo vivir como tú, Walker. No puedo vivir apartado del resto del mundo. Quiero ser capaz de regresar a Valle Sombrío. No quiero irme y volver a empezar una vida en otro lugar. Durante el trayecto he pasado por Culhaven. Los enanos que nos han guiado hasta aquí son de esa ciudad. Todos los prejuicios y la codicia, las intrigas y las guerras, toda la locura de que hablas es mucho más evidente allí. Pero yo no quiero huir, al contrario que tú. ¡Quiero encontrar la manera de acabar con todo eso! ¿Cómo podría conseguirlo si me comportara como si simplemente no existiera? —Cerró las manos—. ¿Y si Allanon supiera algo que pudiera ayudarme a cambiar cómo son las cosas? ¿Y si puede decirme algo que ponga final a esta locura? —dijo por último Par, apretando los puños.

Permanecieron largo rato en silencio, mirándose a la cara en la oscuridad. Par creyó captar en los negros ojos de su tío expresiones que no había visto desde su

infancia, expresiones que hablaban de cariño y de sacrificio. Después los ojos volvieron a mostrarse inexpresivos, vacíos, y Walker Boh se puso en pie.

—¿Reconsiderarás tu decisión? —le preguntó Par en voz baja.

Walker le observó en silencio, luego caminó hacia la charca del centro del claro y contempló sus aguas. Cuando chasqueó los dedos, Rumor se materializó de la nada y se acercó a él.

—Buena suerte, Par —dijo sin más, y se volvió durante un momento para mirarlo.

Se volvió, con el gato a su lado, y desapareció en medio la noche.

Par esperó hasta la mañana para comunicar a los otros su encuentro con Walker Boh. No vio ninguna necesidad de apresurarse. Walker había dejado muy claras sus intenciones, y no había nada que pudieran hacer. Así que regresó a la cabaña, sorprendido de lo fácil que fue volver sobre sus pasos, reanudó la guardia sin molestar a sus compañeros, se perdió en sus pensamientos y esperó hasta el amanecer.

Su relato del encuentro con Walter Boh suscitó reacciones muy distintas. Al principio, surgieron algunas sobre si el pretendido encuentro había sido sueño o realidad, pero se disiparon al instante. Lo hicieron repetir la historia otras dos veces, interrumpiéndolo con comentarios y preguntas a medida que avanzaba. Morgan se sintió ofendido por cómo los había tratado Walker, y afirmó que al menos merecían la cortesía de una confrontación directa. Insistió en que volvieran a buscar por el valle de nuevo, convencido de que el hombre estaría cerca y debían encontrarlo, y que se enfrentara a todos ellos. Steff fue más pragmático. Opinaba que Walker Boh no era muy diferente de la mayoría y que prefería evitar los problemas, manteniéndose al margen siempre que le era posible.

—Creo que su actitud, por irritante que nos pueda parecer, es propia de su carácter —dijo el enano, encogido de hombros—. Al fin y al cabo, dijisteis que vino aquí para evitar cualquier contacto con las razas. Por tanto, su negativa a ir al Cuerno del Hades es coherente con lo que había dicho que haría.

Teel, como de costumbre, no tenía nada que decir.

—Me habría gustado hablar con él —se limitó a comentar Coll.

Aunque ya no había ninguna razón para quedarse más tiempo en la Chimenea de Piedra, decidieron aplazar su partida, al menos, otro día. Más de la mitad de la luna aún brillaba, y tenían como mínimo diez días más para llegar a tiempo al Cuerno del Hades si, finalmente, iban todos. Evitaron cuidadosamente hablar de qué pasaría después. Par ya había tomado una decisión, pero aún no se la había comunicado a los demás. Sin duda, ellos esperaban escucharlo de él. Mientras jugaban al ratón y al gato, acabaron el desayuno, aceptaron la sugerencia de Morgan y se dispusieron a realizar una nueva exploración del valle. Esto les daría algo que hacer mientras consideraban las consecuencias de la decisión de Walker Boh. Al día siguiente, por la mañana, tendrían tiempo para tomar sus propias decisiones.

Por tanto, se dirigieron al claro donde Par se había reunido con Walker y el gato de los páramos la noche anterior e iniciaron una segunda búsqueda, quedando en reunirse en la cabaña a última hora de la tarde. Steff y Teel formaron un grupo, Par y Coll, otro, y Morgan se fue solo. El día era cálido y luminoso, y una ligera brisa

soplaba desde las montañas lejanas. Steff recorrió el claro palmo a palmo en busca de cualquier rastro, pero no encontró nada; ni siquiera las huellas del gato. Par tuvo la sensación de que aquel iba a ser un día realmente largo.

Tras separarse de los demás, caminó hacia el este acompañado de Coll, con la mente llena de lo que debía decirle. Se sentía invadido por una mezcla de emociones difícil de precisar. Caminaba con desgana, consciente de que Coll lo observaba de vez en cuando, pero evitando su mirada. Después de haber vagabundeadado por varias docenas de claros y cruzado numerosos arroyos sin hallar el más mínimo rastro de Walker Boh, Par decidió detenerse.

—Esto es una pérdida de tiempo —dijo con cierta exasperación—. No vamos a encontrar nada.

—No puedo imaginarme otro resultado —respondió Coll.

—He decidido ir al Cuerno del Hades, Coll —dijo Par, volviéndose hacia su hermano—. No importa lo que Walker haga, solo me importa lo que haga yo. Tengo que ir.

—Lo sé —contestó Coll, que asintió y esbozó una sonrisa—. He sido tu hermano todos estos años como para no saber algo de la forma en la que piensas, Par. Desde el momento en que me dijiste que Walker no quería tener nada que ver con el asunto, supe que habías tomado la decisión de ir. Es como eres. Eres como un perro con un hueso entre los dientes... nunca estás dispuesto a soltarlo.

—Al menos, eso es lo que a veces parece, ¿no es verdad?

Par se refugió en la sombra de un viejo nogal. Su aspecto denotaba cansancio. Apoyó la espalda en el tronco del árbol y se deslizó hasta el suelo. Coll lo imitó, y contemplaron el bosque desierto.

—Reconozco que tomé la decisión de una manera similar a como la has descrito. Simplemente no podía aceptar la postura de Walker. La verdad es, Coll, que ni siquiera puedo entenderla. Me afectó tanto que ni pensé en preguntarle si creía que los sueños eran auténticos o no.

—Quizá no de forma consciente, pero pensaste en ello. Y también decidiste en algún punto que no era necesario preguntárselo. Walker dijo que había tenido los mismos sueños que tú, y que también lo había visitado el anciano. Asimismo, admitió que el anciano era Cogle. No discutió nada de eso. Solo dijo que no quería verse envuelto. Eso implica que cree que los sueños son auténticos. De lo contrario, ¿con qué podía verse envuelto?

—No lo entiendo, Coll —respondió Par, tensando las mandíbulas—. Hablé con Walker anoche. Sé que era él, pero no hablaba como Walker. Todo eso de no verse envuelto, de la decisión de mantenerse alejado de las razas y vivir en este lugar como un ermitaño... Algo no va bien. Puedo notarlo. Me ocultó algunas cosas. ¡Continuó hablando sobre cómo los druidas habían ocultado secretos a los Ohmsford, pero él hizo lo mismo conmigo! ¡Estaba escondiendo algo!

—¿Por qué iba a hacerlo? —preguntó Coll, que no parecía muy convencido.

—No lo sé, solo lo intuyo —respondió Par, negando con la cabeza y mirando fijamente a su hermano—. Los dos sabemos muy bien que Walker nunca, en toda su vida, ha retrocedido ante ningún obstáculo. Nunca ha sentido miedo ante un posible enfrentamiento y, cuando las circunstancias lo requerían, siempre se podía contar con él. ¡Ahora habla como si apenas pudiera soportar el pensamiento de tener que levantarse por la mañana! ¡Como si la única cosa importante en su vida fuera mirar por él mismo! —El joven vallense se apoyó contra el tronco del nogal—. ¡Consiguió que me sintiera avergonzado de él! ¡Todo por su culpa!

—Creo que quizá le has dado demasiadas vueltas a este asunto —dijo Coll, golpeando el suelo con el tacón de su bota—. Quizá simplemente es como es. Hace mucho tiempo que vive solo, Par. Quizá ya no se sienta cómodo con la gente.

—¿Ni siquiera contigo? —preguntó Par a su hermano, visiblemente enfadado—. ¡Por favor, Coll, ni siquiera te habló!

—La verdad es que nunca hablamos mucho —respondió Coll, sosteniendo la mirada de su hermano—. Tú eras el único por quien mostraba algún interés, porque eras tú quien poseía la magia.

Par lo miró y no dijo nada. Eran las palabras exactas que había dicho Walker. Era una estupidez poner al mismo nivel la relación de Coll con su tío con la suya propia. Nunca había sido la misma.

—Todavía está el tema de los sueños —dijo Par, con el ceño fruncido—. ¿Por qué no comparte mi curiosidad por ellos? ¿No quiere saber lo que Allanon tiene que decir?

—Tal vez lo sepa ya —respondió Coll, que se encogió de hombros—. La mayoría de las veces parecía saber lo que pensaban los demás.

Par dudó. No había tenido en cuenta aquella posibilidad. ¿Era posible que su tío conociera ya lo que el druida iba a decirles en el Cuerno del Hades? ¿Era capaz de leer la mente de un espíritu, de un hombre que hacía trescientos años que había muerto?

—No, no lo creo —dijo Par, negando con la cabeza—. Habría dicho algo sobre el motivo de los sueños. Se limitó a rechazar el asunto, alegando que se trataba de una nueva manipulación de los druidas, con los Ohmsford como víctimas. No le importaba la razón.

—Entonces, quizá confía en que se la expliques tú.

—Eso tiene sentido —dijo Par, asintiendo lentamente—. Yo le dije que iría. Quizá piense que basta con que vaya uno de nosotros.

—Pero tampoco lo crees, ¿verdad? —le preguntó Coll, estirándose en el suelo y mirando hacia la copa del árbol.

—No —respondió Par, esbozando una leve sonrisa.

—Todavía piensas en que hay algo más.

—Sí.

Permanecieron un rato en silencio, con las miradas perdidas en el bosque, cada

uno absorto en sus pensamientos. Finos rayos de sol penetraban entre las hojas de los árboles y jugueteaban sobre sus cuerpos, y las canciones de los pájaros se filtraban en el silencio.

—Me gusta estar aquí —dijo Par finalmente.

—¿Dónde crees que está escondido? —preguntó Coll con los ojos cerrados.

—¿Walker? No lo sé. Debajo de una piedra, supongo.

—Lo juzgas demasiado rápido, Par. No tienes ningún derecho a hacerlo.

Par se tragó la respuesta que estaba a punto de dar y concentró su atención en un rayo de sol que recorría la cara de Coll hasta llegar a los ojos, obligándolo a parpadear y a cambiar de postura. Coll se sentó. Su cara mostraba una expresión satisfecha y tranquila. Era difícil que algo lo alterase, siempre mantenía el equilibrio. Esa era una de las razones por las que Par lo admiraba. Siempre entendía la relativa importancia de los acontecimientos en el gran esquema de la existencia.

En ese momento se dio cuenta de lo mucho que amaba a su hermano.

—¿Vendrás conmigo al Cuerno del Hades, Coll? —preguntó entonces Par a su hermano.

—¿No es extraño que tú, Walker, e incluso Wren, tengáis esos sueños y yo no, que todos vosotros seáis mencionados y convocados en ellos, pero yo no? —preguntó Coll, dubitativo. En su voz no había rencor, solo perplejidad—. ¿Por qué supones que es? Nunca hemos hablado de ello, ¿verdad? Ni una sola vez. Creo que los dos hemos procurado evitarlo.

Par lo miró, sin saber que decir.

—Incómodo, ¿verdad? —prosiguió Coll, que esbozó una sonrisa al advertir el malestar de su hermano—. No pongas esa cara. Tú no tienes la culpa de eso. —Se inclinó hacia él—. Quizá esté relacionado con la magia. Con algo que ninguno de los dos sabemos. Tal vez sea eso.

—Mentiría si te dijese que no me hace sentir muy incómodo que yo tenga sueños y tú no —respondió Par entre suspiros—. No sé qué decir. Continúo esperando que te mezcles en algo que no te concierne. No debería ni preguntártelo, pero supongo que no puedo evitarlo. Eres mi hermano y quiero que estés a mi lado.

—Siempre te las has ingeniado para encontrar las palabras adecuadas, Par —dijo Coll, poniendo la mano sobre el hombro de su hermano y esbozando una cálida sonrisa—. Iré adonde tú vayas. Como siempre ha sido. Eso no significa que esté de acuerdo con tu manera de ver las cosas, pero no cambia mis sentimientos hacia ti. Si crees que debes ir al Cuerno del Hades para resolver el asunto de los sueños, entonces iré contigo.

Par abrazó a su hermano, pensando en que había estado a su lado siempre que se lo había pedido, lleno del sentimiento de que Coll volvía a estar junto a él.

—Sabía que podía contar contigo —fue todo lo que dijo.

Estaba muy avanzada la tarde cuando empezaron a volver. Habían pensado hacerlo antes, pero se habían entretenido hablando sobre los sueños y Allanon y habían caminado hasta el límite del este del valle antes de que pudieran darse cuenta de lo tarde que era. Entonces, cuando el sol se aproximaba al borde del horizonte por el oeste, volvieron sobre sus pasos.

—Me parece que vamos a mojarnos los pies —dijo Coll mientras se abría paso entre los árboles.

Par miró el cielo y vio una masa de nubes de lluvia que había aparecido al norte del valle, oscureciendo el cielo entero. El sol empezaba a ocultarse, envuelto en la creciente oscuridad. El aire era caliente y pegajoso, y el bosque estaba en silencio.

Avivaron el paso con la intención de evitar mojarse. Se levantó viento, anunciando la proximidad de la tormenta, azotando las frondosas ramas de los árboles que bailaban una danza frenética. La temperatura empezó a descender y el bosque se oscureció y ensombreció.

Par masculló algo para sí mismo cuando sintió las primeras gotas de lluvia en la cara. Ya era bastante malo estar buscando a alguien que ya sabían que no iban a encontrar para que además, ahora, sus esfuerzos se vieran premiados siendo empapados.

Entonces algo se movió entre los árboles.

Parpadeó, miró de nuevo, pero no vio nada. Ralentizó el paso de forma inconsciente y Coll, que lo seguía a menos de un paso, le preguntó qué pasaba. Par se sacudió la cabeza y recuperó el anterior ritmo de marcha. El viento golpeaba su rostro y lo obligó a bajar la cabeza contra sus azotes. Miró a la derecha y después a la izquierda, y percibió movimientos en ambos lados.

Algo los estaba siguiendo.

Sintió que se le erizaban los pelos de la nuca, pero se obligó a continuar moviéndose. Fuera lo que fuese, no tenía ni el aspecto ni los movimientos de Walker Boh ni del gato. Aquello era demasiado rápido, demasiado ágil. Intentó ordenar sus pensamientos. ¿A qué distancia estarían de la cabaña? ¿A un kilómetro y medio, o tal vez a menos? Mantuvo la cabeza levantada mientras caminaba, intentando seguir aquel movimiento con el rabillo del ojo. Movimientos, se corrigió a sí mismo. Sin duda, había más de uno.

—¡Par! —dijo Coll cuando pasaron a través de unos árboles estrechos—. Hay algo...

—¡Lo sé! —respondió Par, sin dejarle que acabara la frase—. ¡Continúa moviéndote!

Cruzaron una amplia masa de pinos, y la lluvia empezó a caer con fuerza. El sol, las laderas del valle e incluso el oscuro pináculo de la Chimenea de Piedra habían

desaparecido. Par sintió que su respiración se aceleraba. Ahora sus perseguidores, sombras que adquirirían vagas formas humanas cuando se deslizaban entre los árboles, los tenían rodeados.

«Nos están encerrando», pensó Par, frenético. ¿A qué distancia estarían de la cabaña?

—¡Corre, Par! —gritó de repente Coll a su hermano cuando entraron en un pequeño claro, tras dejar atrás un grupo de arces—. ¡Están demasiado cerca...!

Cayó hacia atrás con un gemido agudo. Par se dio la vuelta de forma instintiva y lo atrapó. Tenía sangre en la frente y estaba inconsciente.

Par nunca tuvo tiempo de descifrar lo que había sucedido. Miró hacia arriba y vio a las sombras sobre él. Salieron de sus escondites entre los árboles a su alrededor, moviéndose con una rapidez increíble. Vislumbró unas figuras encorvadas, cubiertas de áspero pelo negro y brillantes ojos de hurón, y entonces cayeron sobre él. Las apartó de él, intentando escapar, sintiendo que unos miembros extremadamente delgados y vigorosos lo agarraban. Consiguió mantenerse en pie un momento. Gritó, enloquecido, convocando la magia de la canción, creando unas imágenes aterradoras en un esfuerzo por protegerse. Entonces se escucharon aullidos de pánico, y sus atacantes se acobardaron.

Esta vez consiguió verlos bien. Tenían unas formas extrañas, parecidas a las de los insectos, con rostros vagamente humanos, torcidos y peludos.

«Gnomos araña», pensó, sin dar crédito a sus ojos.

Volvieron a abalanzarse sobre él, y lo abatieron por la fuerza de su superioridad numérica. Se vio envuelto en una masa de tendones y pelos, y lo lanzaron contra el suelo. Le fue imposible recurrir a la magia. Forzaron sus brazos hacia atrás, y sintió que lo ahogaban. Luchó con todas sus fuerzas, pero eran demasiados.

Solo pudo gritar una vez más para pedir ayuda. Después, todo se fundió a negro.

Cuando recuperó el conocimiento, Par Ohmsford se encontró en medio de una pesadilla. Estaba atado de pies y manos y colgando de un palo. Estaba siendo transportado por un bosque cubierto de niebla y sombras, con la línea oscura de un profundo precipicio a su izquierda y las dentadas cumbres de una cordillera, dibujando su silueta contra el cielo nocturno, a su derecha. Colgado como estaba, los matorrales y la densa maraña de hierbas y maleza arañaban su espalda y su cabeza mientras se balanceaba. El aire era denso, húmedo y quieto.

Iba rodeado de gnomos araña, arrastrándose en la penumbra sobre unas patas torcidas.

Cerró un momento los ojos para ahuyentar aquellas imágenes, y los volvió a abrir. El cielo estaba encapotado y oscuro, entre los jirones de nubes brillaban algunas estrellas y más allá del precipicio se vislumbraba una tenue claridad. Se dio cuenta de que la noche había pasado y que empezaba a amanecer.

Entonces recordó lo que había sucedido: cómo lo habían perseguido y capturado los gnomos araña. ¡Coll! ¿Qué le había ocurrido a Coll? Estiró el cuello para intentar ver si también llevaban a su hermano, pero no había señales de él. Apretó las mandíbulas con rabia al recordar la caída de Coll, con la cara ensangrentada.

Apartó rápidamente la imagen de su mente. Era inútil pensar en aquello. Tenía que encontrar la manera de liberarse y volver con su hermano. Forcejeó un momento con las cuerdas que lo ataban para comprobar su resistencia, pero no cedieron. Colgando como estaba, carecía del apoyo necesario para aflojarlas. No le quedaba más remedio que esperar. Se preguntó adónde lo llevaban y por qué lo habían capturado. ¿Qué querían de él los gnomos araña?

Los insectos zumbaban ante su rostro, alrededor de sus ojos y de su boca, y ocultó la cara entre los brazos y se quedó así.

Cuando retiró los brazos intentó determinar dónde se encontraba. La luz estaba a su izquierda. Empezaba un nuevo día. Por tanto, dedujo que se dirigían hacia el norte. Eso tenía sentido. En la época de Brin Ohmsford, los gnomos araña habitaban en la Cresta de Toffer. Por tanto, lo más probable era que lo llevaran allí. Tragó saliva notando que tenía la boca y la garganta secas. «Sed y miedo», pensó. Intentó recordar todo lo que pudo de las viejas historias de los gnomos araña, pero fue incapaz de concentrarse en sus pensamientos. Brin se encontró con ellos cuando iba en busca de la espada de Leah junto con Rone Leah, Cogline, Kimber Boh y Murmullo, el gato del páramo. Había algo más, algo acerca de un erial y las terroríficas criaturas que vivían en él...

Entonces recordó. «Los hombres bestia». El nombre resonó en su mente como

una maldición.

Los gnomos araña descendieron por un angosto desfiladero, manchándolo de negro con sus figuras peludas, gorgojeando sobre lo que parecía un futuro acontecimiento. La luz procedente del este desapareció, y las sombras y la niebla se cerraron en torno a ellos como una muralla. Le dolían las muñecas y los tobillos, y se sentía descoyuntado. Los gnomos eran pequeños y lo llevaban colgando tan cerca del suelo que su cuerpo recibía continuos golpes y arañazos. Desde su incómoda posición vio que el desfiladero se convertía en una plataforma rocosa, desde donde se divisaba una extensión yerma cubierta por la niebla que parecía no tener fin. Después entraron en un corredor que transcurría entre peñascos esparcidos por la ladera de la Cresta de Toffer. Se veían luciérnagas a lo lejos, puntitos luminosos que jugaban al escondite entre las rocas. Varios gnomos araña se adelantaron, saltando sin esfuerzo sobre las rocas.

Par inspiró profundamente. Adónde fuera que se dirigiesen, parecía que estaban a punto de llegar.

Un momento después, salieron de entre las rocas y se detuvieron sobre un risco bajo, que daba acceso a una serie de madrigueras y cuevas excavadas en la ladera de la cresta. Por todas partes ardían hogueras y se veían centenares de gnomos araña. Dejaron a Par en el suelo sin la menor consideración, cortaron sus ligaduras y quitaron el palo. El joven vallense se quedó un instante tendido de espaldas, frotándose las muñecas y los tobillos, que sangraban, consciente en todo momento de los ojos que lo vigilaban. Entonces lo agarraron por los pies y lo arrastraron hacia las cuevas y madrigueras. Las retorcidas manos de los gnomos, que chillaban ininterrumpidamente entre sí en su propia lengua, lo agarraban por todas partes, y el hedor de sus cuerpos llenó sus fosas nasales. Su conversación era incesante y sin sentido para él. No opuso resistencia, porque apenas podía tenerse en pie. Lo llevaron a la cueva de boca más ancha, lo empujaron hacia una pequeña hoguera y se detuvieron. Hubo una especie de discusión durante un momento y volvieron a empujarlo hacia el interior. Vio que se encontraban en una cueva más pequeña que no tendría más de quince o dieciséis metros de profundidad y unos dos y medio de altura en su punto más elevado. Del muro del fondo colgaban dos anillas de hierro, y los gnomos araña lo ataron a ellas. Después se marcharon todos, excepto dos, que se quedaron de guardia junto a la hoguera de la entrada.

Par intentó aclarar su mente, escuchando el silencio en espera de lo que pasaría a continuación. Como no pasó nada, se dedicó a observar con atención el lugar. Lo habían dejado de pie, con los brazos extendidos contra el muro y atados a las anillas. Tuvo que permanecer de pie, porque las anillas de hierro estaban colocadas tan altas que no le permitían sentarse. Comprobó las ligaduras. Eran de cuero, y estaban tan apretadas que ni siquiera podía mover las muñecas.

Durante un momento se sintió inundado por la desesperación, pero supo reaccionar y luchar contra el pánico que amenazaba con dominarlo. Los otros,

Morgan, Steff y Teel, debían de estar buscándolo. Ya habrían encontrado a Coll. Seguirían las huellas de los gnomos araña e irían a rescatarlo.

Sacudió la cabeza. Sabía que se estaba engañando. Casi había oscurecido cuando los gnomos lo capturaron, y llovía intensamente. No habrían tenido tiempo de buscarlo ni posibilidad alguna de encontrar el rastro. Lo más que podía esperar era que hubiesen encontrado a Coll, o que él mismo hubiera recuperado el conocimiento y conseguido llegar hasta los otros para explicarles lo que había sucedido.

Tragó saliva para combatir la sequedad. ¡Estaba tan sediento!

El tiempo transcurría de forma inexorable y transformaba los segundos en minutos y los minutos en horas. La oscuridad exterior se aclaró un poco, con una luz que apenas penetraba en la estancia, sofocada por el humo y la niebla. Los tenues sonidos de los gnomos araña desaparecieron, y habría pensado que se habían marchado todos si no hubiese sido por los dos guardianes que continuaban apostados junto a la entrada de la cueva. La hoguera se apagó, humeando durante un rato antes de convertirse en cenizas. El día avanzó. En una ocasión, uno de los guardianes se levantó y le llevó un cuenco de agua. Bebió con avidez de las manos que lo sostenían junto a su boca, vertiendo una gran parte, que le empapó la camisa. Su hambre iba en aumento, pero no le ofrecieron comida.

Cuando volvió a oscurecer, los guardianes encendieron de nuevo una hoguera en la entrada de la cueva y luego desaparecieron.

Par esperó, expectante, olvidando por primera vez los dolores de su cuerpo, el hambre y el miedo. Estaba a punto de suceder algo. Podía sentirlo.

Lo que sucedió fue completamente inesperado. Luchaba de nuevo con sus ligaduras, que el sudor, mezclado con la sangre de las rozaduras, había aflojado, cuando una figura apareció de entre las sombras. Pasó junto a la hoguera y se detuvo en la zona iluminada.

Era una niña.

Par pestañeó. Debía de tener unos doce años. Era bastante alta y delgada a contraluz, con los cabellos lacios y oscuros y los ojos hundidos. No pertenecía a la raza de los gnomos, sino a la de los hombres de la Tierra del Sur. Su vestido estaba roto, sus botas, desgastadas, y un pequeño medallón de plata colgaba de su cuello. Lo miró con curiosidad, lo observó como si fuera un perro o un gato perdido; luego se acercó lentamente. Se detuvo al llegar junto a él y levantó una mano para apartar sus cabellos y tocar una de sus orejas.

—Elfo —susurró tocando la punta de su oreja.

Par la miró con asombro. ¿Qué hacía una niña con los gnomos araña?

—Desátame —le pidió, y se humedeció los labios.

La joven siguió con los ojos fijos en él, sin decir nada.

—¡Desátame! —repitió Par, en un tono más apremiante.

Esperó, pero la niña solo lo miraba. Sintió que una incipiente duda crecía en su interior. Algo no iba bien.

—Voy a abrazarte —dijo la niña de repente.

Sus brazos lo rodearon, casi con ansiedad, apretándose contra él como una sanguijuela. Se colgó de él, ciñéndose contra su cuerpo mientras murmuraba una y otra vez algo que no pudo entender. ¿Qué le pasaba a aquella niña?, se preguntó, abrumado, el joven vallense. Parecía perdida, quizá aterrada, tan necesitada de ayuda como él mismo...

La idea murió al sentir sus temblores, la agitación de la que era presa bajo su ropa, contra su piel. Se aferraba con los dedos a él y presionaba cada vez más. El asombro lo dominó. Estaba justo contra él, contra su piel, como si no llevaran ropa, como si todas sus prendas se hubieran desvanecido. Estaba enterrándose en él, volviéndose él, fusionándose de alguna manera con él, tornando en una parte de él.

¡Por todas las sombras! ¿Qué estaba pasando?

La repulsión lo llenó con una rapidez terrorífica. Gritó y se estremeció de horror, pataleó desesperadamente y, al final, consiguió separarla de su cuerpo. Cayó encogida, y su rostro infantil se transformó en algo espantoso, sonriendo como una bestia en el momento de abalanzarse sobre su presa. Sus ojos emitían un resplandor rojizo.

—¡Entrégame la magia, chico! —gritó con una voz que de ningún modo correspondía a una niña.

Entonces lo supo.

—¡Oh, no! ¡Oh, no! —murmuró una y otra vez, intentando enderezarse mientras ella se ponía en pie lentamente.

¡La niña era un umbrío!

—¡Dámela! —repitió con voz autoritaria—. ¡Deja que entre en ti y la saboree!

Se acercó a él, con su apariencia frágil, como un trocito de pan, pero su cara la traicionaba. Cuando estuvo a su lado, él pataleó con desesperación. La niña dio un paso hacia atrás y esbozó una sonrisa maligna.

—Eres mío —dijo suavemente—. Eres un regalo que me han hecho los gnomos. Conseguiré tu magia, chico. Entrégate a mí. ¡Haz que pueda sentirla!

Se deslizó hacia él como un gato acechante, esquivando sus patadas, y se ciñó a él mientras profería un aullido. Enseguida notó sus movimientos; no los de la niña, sino los de algo que había dentro de ella. Se obligó a mirar hacia abajo y pudo vislumbrar la oscura silueta que vibraba dentro del cuerpo de la niña e intentaba pasar al suyo. Sintió su presencia como un escalofrío en un día de verano, como las patas de una mosca sobre la piel. El umbrío lo tocaba, lo buscaba. Echó la cabeza hacia atrás, tensó las mandíbulas, hizo que su cuerpo adquiriera la dureza del hierro, y luchó desesperadamente. El ser, el umbrío, estaba intentando introducirse en él, fundirse con él. ¡Oh, sombras! ¡No debía permitirlo! ¡No podía permitirlo!

Entonces, de forma inesperada, gritó, liberando la magia de la canción en un aullido en el que se mezclaban la rabia y la angustia. No tomó forma, porque ya sabía que hasta las imágenes más aterradoras eran ineficaces contra aquellas criaturas.

Brotó por sí mismo, liberado de algún rincón oscuro de su ser para empezar a adquirir una forma que él no pudo reconocer. Era una cosa oscura e inconcebible, y vibró a su alrededor como la tela de una araña alrededor de su presa. El umbrío siseó y se apartó de forma violenta, escupiendo y desgarrando el aire. Se agachó de nuevo. El cuerpo de la niña se retorció y estremecía por la acción de algo invisible. El grito de Par murió ante aquella visión.

—¡Aléjate de mí! —le dijo, jadeante, apoyado débilmente contra el muro de la cueva—. ¡No vuelvas a tocarme!

Ignoraba qué había hecho y cómo lo había hecho, pero el umbrío se encogió y lo miró, reflejando la amargura de la derrota en su rostro. La huella del ser que ocupaba el cuerpo de la niña destelló brevemente y desapareció, y también el resplandor rojizo de sus ojos. La niña se levantó poco a poco hasta ponerse de pie, de nuevo una verdadera niña frágil y perdida.

—Abrázame —le dijo de nuevo, tras mirarlo un momento.

Entonces gritó hacia la oscuridad exterior y docenas de gnomos araña entraron corriendo en la cueva, haciéndole una reverencia. Ella les habló en su propia lengua cuando se arrodillaron, y Par recordó lo supersticiosos que eran aquellos seres, que creían en dioses y todo tipo de espíritus. Y ahora estaban esclavizados por un umbrío. Quería gritar.

Los gnomos araña se acercaron a él, soltaron las ligaduras que lo sujetaban, agarraron sus brazos y sus piernas y lo empujaron hacia delante. La niña les cerró el paso.

—¿Me abrazas? —Parecía casi desesperada.

Par sacudió la cabeza, intentado liberarse de las docenas de manos que lo agarraban. Lo sacaron al exterior a la luz crepuscular, en la que se mezclaban el humo de las hogueras y la niebla de las tierras bajas como sueños durante la noche. Se detuvieron al borde del risco, mirando de cara al vacío.

La niña estaba junto a él. Su voz era suave e insidiosa.

—El Páramo Viejo —susurró—. En él viven los hombres bestia. ¿Sabes algo de los hombres bestia, chico élfico? —Par se quedó rígido—. Te entregaremos a ellos si no me abrazas. Te devorarán a pesar de tu magia.

Entonces consiguió liberarse de sus captores, apartándolos con violencia. El umbrío siseó y saltó hacia atrás, y los gnomos araña se dispersaron. Los embistió, tratando de pasar entre ellos, pero bloquearon su paso y lo empujaron hacia atrás. Giró, golpeando a derecha e izquierda. Innumerables manos nudosas y peludas intentaban capturarlo. Se perdió en medio de un remolino de cuerpos deformes y voces chillonas, pero solo oía su propia voz que gritaba, desde alguna parte de su interior, que no permitiría que volvieran a capturarlo.

De repente, se encontró al borde del risco. Invocó la magia de la canción, lanzando imágenes contra los gnomos araña que lo rodeaban, tratando desesperadamente de abrirse camino entre ellos. El umbrío había desaparecido. El

humo y la oscuridad la ocultaba.

En ese instante sintió que perdía pie. El borde del risco cedió bajo el peso de sus atacantes. Intentó agarrarse a ellos, a cualquier cosa, pero no encontró nada. Cayó al abismo, girando en el remolino de niebla. El umbrío, los gnomos araña, las hogueras, las cuevas y las madrigueras; todo desapareció detrás de él. Cayó rodando, dando volteretas entre los matorrales y los pedruscos. Milagrosamente, no chocó contra ninguna roca, que podría haberlo matado o dejado tullido, y aquella larga y angustiosa bajada terminó en la más profunda oscuridad.

Estuvo inconsciente durante un tiempo indefinido; no supo cuánto. Cuando despertó, se encontró en un aplastado lecho de húmedas hierbas del pantano. Se dio cuenta de que las hierbas habían suavizado el golpe y probablemente salvado su vida. Yació allí, con la respiración entrecortada, oyendo el sonido de su corazón en el pecho. Cuando recuperó fuerzas y su vista se aclaró, se puso de pie con cuidado y comprobó el estado de su cuerpo. Tenía cortes y magulladuras por todas partes, pero no parecía que hubiera nada roto. Se quedó quieto y escuchó. Desde algún lugar muy alto pudo escuchar las voces de los gnomos araña.

Irían a por él, estaba seguro. Tenía que alejarse de allí.

Miró a su alrededor. La niebla y las sombras se perseguían en un mundo crepuscular en el que se agrupaban las sombras, anunciando la inminente llegada de la noche. Pequeños seres casi invisibles saltaban y corrían entre las altas hierbas. El fango succionaba y borbotaba por todas partes, en lodazales ocultos que rodeaban islotes de tierra firme. El lugar estaba lleno de árboles atrofiados y maleza, inmóviles en posturas grotescas. Los sonidos eran lejanos y su procedencia era difícil de precisar. No había diferencias en el paisaje. Parecía un laberinto sin fin.

Par respiró profundamente para tranquilizarse. Suponía dónde se encontraba. Había estado en la Cresta de Toffer y había caído desde su cumbre al Páramo Viejo. Sus esfuerzos para escapar de su destino solo habían servido para encontrarlo antes. Había llegado al lugar al que el umbrío había amenazado con enviarlo; dentro de los dominios de los hombres bestia.

Apretó la mandíbula y empezó a moverse. Se dijo a sí mismo que estaba en el borde del páramo, no en su interior, no perdido en él. Aún tenía el risco detrás, le serviría como guía. Si podía seguirlo el suficiente tiempo hacia el sur, conseguiría huir. Pero tenía que ser rápido.

Casi sentía a los hombres bestia vigilarlo.

Recordó las historias de los hombres bestia, liberadas por la conciencia de dónde estaba y agudizadas por su miedo. Eran seres de una antigua magia, monstruos que cazaban a las criaturas perdidas en el páramo o enviadas a él, robándoles su fuerza y espíritu y alimentándose de sus vidas. Los gnomos araña constituían su principal fuente de alimentación. Los gnomos araña creían que los hombres bestia eran espíritus que necesitaban ser apaciguados y, en consecuencia, se ofrecían en sacrificio. Par sintió un escalofrío al pensarlo. Eso era lo que pretendía hacer el

umbrío con él.

El cansancio redujo el ritmo de su marcha y lo inquietó. Tropezó varias veces, y una de ellas se hundió profundamente en un lodazal antes de liberarse rápidamente. Su vista estaba nublada y el sudor le corría por la espalda. El calor del páramo era sofocante, incluso de noche. Miró al cielo, y se dio cuenta de que estaban desapareciendo los últimos rayos de luz. Pronto estaría completamente a oscuras.

Entonces no vería nada.

Una gran charca de fango se interpuso en su camino. La ladera del risco estaba tan erosionada que era imposible subir por ella para salvarla. Su única opción era rodearla, internándose en el páramo. Se movió rápidamente, siguiendo la orilla de la ciénaga, atento a cualquier posible sonido de persecución, pero no escuchó ninguno. El páramo estaba desierto y silencioso. Giró hacia el risco, se encontró ante un laberinto de hondonadas con innumerables seres moviéndose en ellas y volvió a abrirse paso. Continuó sin detenerse; exhausto, pero incapaz de descansar. La oscuridad aumentó. Llegó al final del laberinto y volvió a dirigirse al risco. Recorrió un largo camino, sorteando lodazales y fosos, vigilando a través de la maleza.

No podía encontrar la Cresta de Toffer.

Avivó el paso, angustiado, luchando contra el miedo que amenazaba con dominarlo. Se dio cuenta de que estaba perdido, pero se negaba a aceptarlo. Continuó buscando, sin querer creer que se hubiera equivocado tanto con la dirección. ¡El pie del risco había estado justo allí! ¿Cuándo había dado tantas vueltas?

Finalmente se detuvo, incapaz de seguir con la farsa. No tenía ningún sentido continuar, porque la verdad era que no tenía ni la más mínima idea de adónde estaba yendo. Podía deambular sin fin hasta que una ciénaga o los hombres bestia lo reclamaran. Era mejor quedarse en un sitio y luchar.

Fue una decisión extraña, una traída más por la fatiga que por el razonamiento. Después de todo su única esperanza era salir del páramo, pero ¿cómo iba a conseguirlo si paraba de moverse? Pero estaba cansado y no le gustaba la idea de correr a ciegas. Seguía pensando en la niña, en el umbrío que había retrocedido, aterrado, ante él, a causa de algún matiz de su magia desconocido para él. Todavía no había descubierto qué era, pero si de alguna manera conseguía convocarlo de nuevo y manejarlo, tendría una oportunidad contra los hombres bestia y contra cualquier cosa que el pantano enviara contra él.

Miró un momento a su alrededor, y se dirigió hacia un montecillo flanqueado por dos ciénagas, protegido por un saliente rocoso y solo abierto por un lado. «Una sola entrada, pero también una sola salida», se dijo a sí mismo mientras lo subía. Pero no iba a ir a ningún lado, ¿verdad? Encontró una piedra plana y se sentó, de cara a la niebla y a la noche. Allí resistiría hasta que volviera la luz.

Pasaron los minutos, la noche descendió y la niebla se hizo más espesa. Sin embargo, todavía quedaba luz, una especie de extraña fosforescencia que se desprendía de la dispersa vegetación. Su resplandor era tenue y engañoso, pero le

permitió distinguir lo que había a su alrededor junto la creencia de que descubriría a cualquier criatura que se escondiera de él.

Sin embargo, no vio al umbrío hasta que casi lo tuvo encima. Otra vez era la niña, alta, delgada, andrajosa. Parecía haberse materializado de la nada, a pocos pasos frente a él, y Par se asombró de la rapidez de su llegada.

—¡Apártate de mí! —le advirtió, y se puso de pie—. Si intentas tocarme...

El umbrío destelló en la niebla y desapareció.

Par respiró profundamente. Después de todo, no había sido un umbrío, pensó, sino un hombre bestia... y no muy feroz, puesto que había conseguido que entrara en pánico con una simple amenaza.

Quería reírse. Estaba cerca de la extenuación, tanto física como psíquicamente, y sabía que ya no era completamente racional. En realidad, no se había librado de nadie. Aquel hombre bestia solo había ido a echar un vistazo. Estaban jugando con él, como solían hacerlo con sus presas. Adoptaban formas familiares, esperando la oportunidad precisa, a que la fatiga, el miedo o la estupidez se la sirviesen en bandeja. Pensó otra vez en las historias, en la inevitabilidad del acecho, y luego las expulsó de su mente.

En algún lugar lejano alguien gritó una sola vez, un fugaz alarido de angustia, e inmediatamente después todo quedó de nuevo en silencio.

Fijó la mirada en la niebla, observando, y se encontró pensando en las circunstancias que lo habían llevado hasta allí: su huida de la Federación, sus sueños, el encuentro con el anciano y la búsqueda de Walker Boh. Había recorrido un largo camino por todos esos motivos y aún no había llegado a ninguna parte. Sintió una punzada de decepción por no haber conseguido más, por no haber descubierto nada útil. Pensó otra vez en su conversación con Walker. Este le había dicho que la magia de la canción no era un don, a pesar de su insistencia en lo contrario, y que no merecía la pena descubrir su utilidad. Bueno, quizá no la hubiera. Quizá él se había engañado a sí mismo durante mucho tiempo.

Pero algo había aterrorizado al umbrío. Algo, aunque no pudiera determinar qué.

Pero solo a la niña, no a los otros umbríos con los que se había encontrado antes.

¿Qué había sido diferente?

Percibió, de nuevo, movimiento al borde de la niebla, y una figura salió de ellas y se acercó a él. Era el segundo umbrío, la enorme y torpe criatura que se habían encontrado a orillas del Anar. Profería terribles gruñidos, llevando un monstruoso garrote. Por un momento se olvidó de a lo que se estaba enfrentando. Entró en pánico al recordar que la canción había sido ineficaz contra aquel umbrío. Empezó a retroceder, pero enseguida consiguió controlarse, dejando de lado la confusión y aclarando su mente. Impulsivamente, recurrió a la canción y su magia creó una imagen idéntica a la criatura, una imagen que utilizó para cubrirse con ella. Un umbrío frente a otro umbrío. Entonces el hombre bestia centelleó y se desvaneció de nuevo entre la niebla.

Par permaneció inmóvil y dejó que se disolviera la imagen que lo había ocultado. Se sentó de nuevo. ¿Cuánto tiempo podría continuar así?

Se preguntó si Coll estaría bien. Lo vio tendido sobre el suelo, con la cara cubierta de sangre, y recordó la impotencia que había sentido en aquel momento. Pensó cuánto dependía de su hermano.

Coll.

Dejó vagar su mente. Cambió. Había una utilidad para su magia, se dijo a sí mismo con firmeza. Walker estaba equivocado. Había una finalidad para que la tuviera. Era un don. Tenía que buscar las respuestas en el Cuerno del Hades. Las encontraría cuando hablase con Allanon. Simplemente debía huir de aquel páramo y...

Un grupo de oscuras formas surgieron de la niebla, fragmentos negros y amenazadores del movimiento etéreo en la noche. Los hombres bestia habían decidido no esperar más tiempo. Se puso en pie, enfrentándose a ellos. Se acercaban muy despacio, primero uno y a continuación otro, sin formas precisas, ondeando y cambiando con la misma rapidez que la niebla.

Entonces vio a Coll, saliendo de la oscuridad detrás de esas sombras, agarrado por unas manos inmatrimales, con la cara cenicienta y ensangrentada. Par se quedó helado. «Ayúdame», oyó que decía su hermano, aunque la voz solo sonaba en su mente. «Ayúdame, Par».

Par gritó algo con la magia de la canción, pero su grito se disipó formando ruidos inconexos entre la repugnante humedad del Páramo Viejo. Se estremeció. ¡Por todas las sombras! ¡Sin duda era Coll! Su hermano forcejeaba, luchando por liberarse, sin dejar de llamarlo: «¡Par, Par!».

Se precipitó en su ayuda casi sin pensar. Atacó a los hombres bestia con una furia completamente inesperada. Lanzó contra ellos la magia de la canción y los golpeó y obligó a retroceder. Llegó hasta Coll, lo cogió y tiró. Varias manos se extendieron hacia él, y consiguieron tocarlo. Sintió un dolor penetrante; congelación y quemadura a la vez. Coll se agarró a él, y el dolor se intensificó. El veneno fluyó en su interior, amargo y áspero. Sintió que las fuerzas lo abandonaban, pero consiguió mantenerse en pie, arrastrar a su hermano y llevarlo hasta el montecillo.

Abajo, las figuras se reunieron y oscilaron. Par les gritó, sabiendo que estaba infectado, notando el veneno en su cuerpo. Coll estaba a su lado, sin hablar. Los pensamientos de Par se dispersaron y perdió el sentido de lo que hacía.

Los hombres bestia empezaron a acercarse.

Entonces se produjo un nuevo movimiento en las rocas que había a su derecha y apareció una criatura enorme. Intentó alejarse, pero el esfuerzo le hizo caer de rodillas. Unos grandes y luminosos ojos amarillos parpadearon en la noche, y una enorme y negra figura saltó junto a él.

—¡Rumor! —murmuró con expresión incrédula.

El gigantesco gato del páramo lo rodeó lentamente para enfrentarse a Coll. El

animal profirió un gruñido que pareció un aviso amenazador que taladró la bruma y llenó las tinieblas de sonidos.

—¡Coll! —Par llamó a su hermano y avanzó hacia él. Pero el gato del páramo le cerró el paso, empujándolo hacia atrás.

Las siluetas se acercaban y tomaban forma, convirtiéndose en seres torpes y pesados, con cuerpos cubiertos de escamas y de pelo, rostros que mostraban ojos demoníacos y fauces hambrientas. Rumor les enseñó los dientes y se abalanzó sobre ellos, persiguiéndolos durante un momento.

Después, cuando regresó, hizo pedazos a Coll con la boca y las pezuñas.

Coll, lo que había tomado la apariencia de Coll, se tornó en algo terrorífico e indescriptible antes de rielar y desaparecer. «Otro engaño más», pensó Par, gritando su angustia y su furia. ¡Una trampa! Olvidándose del dolor y de la súbita náusea que en ese momento sintió, lanzó la magia de la canción contra los hombres bestia: dagas y flechas de ira, imágenes de criaturas capaces de despedazar y aniquilar. Los hombres bestia ondearon, y la magia los atravesó sin causarles el menor daño.

Tras adoptar nuevos aspectos, volvieron a atacar.

Rumor se lanzó sobre el primero cuando estaba a una docena de pasos, y lo arrojó muy lejos de un solo zarpazo. Se acercó otro, y el gato lo cogió entre sus garras y a continuación lo lanzó por los aires. Otros fueron saliendo de las brumas para sustituir a los que habían sido puestos fuera de combate. «¡Son demasiados!», pensó Par con desesperación. Se sentía demasiado débil para poder mantenerse en pie. El veneno que le habían inoculado, el toque de los hombres bestia, se extendía ahora por su cuerpo con más rapidez, amenazando con arrojarlo al negro abismo que había empezado a abrirse en su interior.

Entonces sintió una mano sobre su hombro, firme y confortable, que lo tranquilizaba y, a la vez, lo sostenía.

—¡Rumor! —oyó que llamaba una voz autoritaria.

El gato retrocedió sin volverse a mirar, respondiendo solo al sonido de la voz. Par levantó sus ojos, y vio a Walker Boh a su lado, envuelto en ropas negras y neblina. Su fina y cincelada cara tenía un aspecto que dejó helado a Par. Su piel era tan blanca que parecía cubierta de cal.

—No te muevas, Par —le ordenó.

Avanzó para enfrentarse a los hombres bestia. Ya había más de una docena, agazapados al pie del montículo, surgiendo de la bruma y la noche y desapareciendo en ellas. Vacilaron ante la aproximación de Walker Boh, como si lo conocieran. El tío de Par fue directamente hacia ellos, y se detuvo a menos de una docena de pasos del que estaba más cerca.

—Marchaos —se limitó a decir, señalando a la oscuridad. Los hombres bestia se mantuvieron en su posición. Walker dio un paso más, y esta vez su voz fue tan fuerte que pareció que el aire se estremecía—. ¡Marchaos!

Uno de los monstruos se lanzó sobre él, un ser horrible con las mandíbulas

dispuestas para agarrar a la figura vestida de negro. La mano de Walker Boh se levantó de repente para arrojar unos polvos sobre la bestia. Se produjo una llamarada deslumbrante, acompañada de una explosión que hizo temblar la tierra, y el hombre bestia desapareció.

La mano extendida de Walker describió un círculo hacia los que quedaban en actitud amenazadora. Un instante después, todos se habían sumergido entre las sombras de la noche.

Walker dio media vuelta, regresó junto a Par y se arrodilló a su lado.

—Ha sido por mi culpa —dijo en voz baja.

Par intentó responder, pero no pudo. Estaba enfermo y perdía la conciencia. Por tercera vez en menos de dos días cayó en el abismo. Pero, como después recordó, en esta ocasión no estaba seguro de que pudiera volver a salir.

Par Ohmsford vagó a través de un paisaje de sueños.

Estaba dentro y fuera de sí mismo mientras viajaba. Era a la vez actor y espectador. Había un movimiento constante; unas veces tan fuerte como el de un mar tempestuoso, y otras tan suave como la brisa veraniega entre los árboles. Se hablaba a sí mismo, alternativamente, en el oscuro silencio de su mente y una imagen reflejada de sí mismo. Su voz era un susurro incorpóreo y un grito atronador. Los colores aparecían para, después, convertirse en blanco y negro. Los sonidos llegaban y se iban. Él era todas las cosas de su viaje y no era nada.

Los sueños eran su realidad.

Al principio soñó que caía en un pozo tan negro como la noche y tan interminable como el ciclo de las estaciones. Sentía dolor y miedo, y no podía encontrarse a sí mismo. A veces oía voces que lo llamaban para prevenirlo, tranquilizarlo o llenas de horror. Se convulsionó. Sabía de algún modo que, si no detenía la caída, estaría perdido para siempre.

Finalmente se detuvo. Redujo la velocidad y se niveló, cesando sus convulsiones. Estaba en un campo de flores silvestres tan maravillosas como un arco iris. Los pájaros y las mariposas se dispersaron cuando se acercó, llenando el aire con un nuevo esplendor, y los olores del campo eran suaves y fragantes. No había ningún sonido. Intentó hablar para romper el silencio, pero no tenía voz. Y también carecía de tacto. No podía sentir nada de sí mismo ni del mundo que lo rodeaba. Había un calor agradable, relajante, pero eso era todo.

Deambuló de un lado a otro, y una voz de su interior le susurró que estaba muerto.

«Esa voz pertenece a Walker Boh», pensó.

Entonces, el mundo de las dulces fragancias e imágenes desapareció, y se encontró en un mundo de oscuridad y pestilencia. La tierra eructó fuego y lo escupió hacia un cielo hosco y lleno de humo. Los umbríos revoloteaban y saltaban, con sus ojos rojizos destellando mientras lo rodeaban, apareciendo y desapareciendo una y otra vez. Las nubes se arremolinaban sobre su cabeza y relampagueaban, impulsadas por un viento que aullaba enfurecido. Se sintió empujado y golpeado, arrastrado como si se tratara de una hoja seca a través de la tierra, y sintió que aquel era el final de todas las cosas. El tacto y la voz retornaron, volvió a sentir el dolor y gritó.

—¿Par?

La voz llegó y volvió a irse. La voz de Coll. Y en su sueño lo vio tendido sobre las rocas, sin vida y con la cara cubierta de sangre.

—Me dejaste. Me abandonaste. —Lo miró con los ojos abiertos. Gritó y la magia

de la canción lanzó innumerables imágenes en todas direcciones. Pero las imágenes se convirtieron en monstruos dispuestos a devorarlo. Sentía sus dientes y sus garras. Sentía su tacto.

En ese momento despertó.

La lluvia caía sobre su cara. Abrió los ojos. Solo había oscuridad, la sensación de presencias cercanas, de movimiento, y el sabor a bronce de la sangre. Oyó gritos, voces que se llamaban unas a otras en contra de la furia de una tormenta. Se levantó, ahogándose, escupiendo. Unas manos lo tendieron de nuevo, deslizándose sobre su cuerpo y su rostro.

—... está despierto de nuevo, sujetadlo...

—... es demasiado fuerte, es como diez...

—¡Walker! ¡Deprisa!

Los árboles, gigantes de largos brazos que se levantaban en la agitada oscuridad, eran presas de fuertes temblores y el viento que aullaba entre ellos. Sus sombras se proyectaban contra los precipicios que bloqueaban su paso y amenazaban con encerrarlos. Par se oyó a sí mismo gritar.

Los rayos caían y los truenos retumbaban, llenando la oscuridad con ecos de locura. Una ráfaga rojiza se interpuso en su campo de visión.

Entonces Allanon apareció allí... ¡Allanon! Llegó de ninguna parte, completamente vestido de negro, una figura de la leyenda inmune al tiempo. Se inclinó sobre Par, su voz era un susurro que de alguna manera se alzó por encima del caos. «Duerme, Par», le dijo, consolándolo. Una mano curtida se extendió y tocó al joven del valle, el caos se disipó y en su lugar fue reemplazado por una profunda sensación de paz.

Par volvió a viajar, muy lejos hacia lo profundo de su ser, pero se esforzó en evitarlo porque tenía la impresión de que solo su voluntad le evitaría la muerte. Alguna parte de él recordó lo sucedido como algo muy lejano... El ataque de los hombres bestia, que su contacto lo había envenenado, lo había hecho enfermar y lo había arrojado a aquel negro abismo. Walker había ido a por él, de alguna manera lo había encontrado y lo había salvado de esas criaturas. Vio los brillantes ojos amarillos de Rumor, y su parpadeo de aviso. Vio a Coll y a Morgan. Vio a Steff con su sonrisa sardónica, y a Teel, enigmática y silenciosa.

Vio al umbrío en forma de niña, suplicándole de nuevo que la abrazara, intentando entrar en su cuerpo. Sintió su propia resistencia, su rechazo, y la vio desaparecer. ¡Por todas las sombras! ¡Había intentado entrar en él, apoderarse de él, convertirse en él! Esa era su forma de actuar, pensó en un momento de lucidez. Sombras que carecían de sustancia propia y ocupaban los cuerpos de los hombres, de las mujeres, de los niños.

Pero ¿podían las sombras tener vida?

Sus pensamientos giraron alrededor de varias preguntas incontestables, y Par cayó desde la razón a la confusión. Su mente dormía, y su viaje a través de la tierra de los

sueños continuó. Escaló montañas llenas de seres como el destripador, cruzó ríos y lagos de niebla llenos peligros ocultos, atravesó bosques donde nunca penetraba la luz del día y páramos cubiertos por la bruma en los que no se oía nada ni nada se movía.

«Ayuda», suplicó. Pero no había nadie que pudiera oírlo.

El tiempo se detuvo. El viaje finalizó y los sueños se perdieron en la nada. Tras una pausa, se despertó. Supo que había dormido, pero no durante cuánto tiempo. Solo sabía que había transcurrido cierto tiempo desde que concluyeron los sueños hasta que empezó a dormir sin ellos.

Pero, lo más importante, sabía que estaba vivo.

Se movió con cautela, poco más que una sacudida, y sintió la suavidad de unas sábanas y una cama, que estaba tendido en ella y que estaba cómodo y arropado. Aún no quería moverse, temeroso de continuar soñando. Dejó que el tacto de las sábanas lo empapara. Escuchó el sonido de su propia respiración y saboreó la sequedad del aire.

Entonces abrió los ojos. Se encontraba en una habitación pequeña, con pocos muebles, alumbrada por una única lámpara colocada sobre una mesa junto a su cama. Las paredes estaban desnudas y el techo era de vigas descubiertas. Estaba cubierto con un edredón y su cabeza reposaba sobre almohadas. Una pequeña brecha en las cortinas le permitió ver que era de noche.

Morgan Leah dormitaba en una silla dentro del círculo de luz proyectado por la lámpara. Tenía la barbilla apoyada en el pecho y los brazos cruzados.

—¿Morgan? —lo llamó con voz insegura.

El montañés abrió los ojos inmediatamente y su rostro de halcón adquirió una expresión de alerta. Parpadeó y se puso de pie de un salto.

—¡Par! Par, ¿estás despierto? ¡Gracias a los cielos! ¡Estábamos muy preocupados! —Se precipitó hacia él con la intención de abrazarlo, pero se contuvo—. ¿Cómo te encuentras? ¿Estás bien? —le preguntó, pasándose distraídamente los dedos por su pelo de color óxido.

—Aún no lo sé —respondió Par, esbozando una débil sonrisa—. Todavía me estoy despertando. ¿Qué ha ocurrido?

—¡Querrás decir qué no ha ocurrido! —respondió acaloradamente el montañés—. ¿Te has dado cuenta de que has estado a punto de morir?

—Lo supongo —dijo Par, asintiendo—. Morgan, ¿dónde está Coll?

—Durmiendo, esperando que te despiertes. Lo eché de aquí hace bastantes horas, cuando se cayó de la silla. Ya conoces a Coll. Espera aquí, lo llamaré. —Esbozó una sonrisa—. Espera aquí te digo. ¡Qué tontería! Como si pudieras ir a alguna parte.

Par tenía miles de cosas que contarle y preguntas que formularle, pero el montañés ya había cruzado la puerta. Tampoco importaba. Permaneció tranquilo, inundado por una agradable sensación de alivio. Todo lo que importaba era que Coll estaba bien.

Morgan volvió casi de inmediato, acompañado de Coll. Su hermano, a diferencia de su amigo, no dudó en abalanzarse sobre él y abrazarlo prácticamente hasta dejarlo sin aliento llevado por su entusiasmo de verlo despierto. Par lo abrazó también, aunque débilmente, y los tres rieron como si acabasen de oír el chiste más gracioso de sus vidas.

—¡Sombras, creímos que íbamos a perderte! —exclamó Coll, que tenía la frente vendada y la cara muy pálida—. Estabas muy enfermo, Par.

—¿Va a explicarme alguien lo que ha ocurrido? —inquirió Par, esbozando una sonrisa y asintiendo. Ya había oído suficiente de aquello. Posó la mirada en uno y luego, en el otro—. Bueno, ¿dónde estamos?

—En Storlock —anunció Morgan, con una ceja arqueada—. Walker Boh te trajo aquí.

—¿Walker?

—Supuse que te sorprendería saberlo... —respondió el montañés, que esbozó una sonrisa de satisfacción—. Walker Boh saliendo del Valle de los Indómitos para aparecer donde se lo necesita. —Suspiró—. Bueno, es una larga historia, así que será mejor empezar por el principio.

Y eso hizo, explicársela con la inestimable ayuda de Coll. Ambos se quitaban las palabras de la boca en su afán de no omitir nada. Par escuchaba con creciente sorpresa a medida que avanzaba la historia.

Al parecer, Coll había recibido una pedrada de un gnomo araña cuando estos los atacaron en el extremo este del valle de la Chimenea de Piedra. Solo perdió el sentido, pero cuando lo recobró, Par y sus atacantes habían desaparecido. Diluviaba y las huellas desaparecían tan pronto como se marcaban en la tierra; y, en cualquier caso, Coll estaba demasiado débil para poder seguirlos. Así que volvió, con muchas dificultades, a la cabaña, donde encontró a los demás y les contó lo que había sucedido. Ya era casi de noche y seguía lloviendo, pero Coll les exigió que, de todas formas, salieran a buscar a su hermano. Morgan, Steff, Teel y él mismo vagaron a ciegas durante horas, sin encontrar nada. Cuando se volvió imposible ver nada, Steff insistió en que debían suspender la búsqueda, descansar y reanudarla por la mañana. Eso es lo que hicieron, y así fue como Coll se encontró con Walker Boh.

—Nos separamos, intentando cubrir la mayor extensión de terreno posible, dirigiéndonos hacia el norte del valle, porque yo sabía por las historias de Brin y Jair Ohmsford que los gnomos araña habitaban en la Cresta de Toffer y, por tanto, era probable que hubieran venido desde allí. Al menos, eso esperaba, porque era todo lo que teníamos. Acordamos que, si no te encontrábamos, seguiríamos hasta llegar a la Cresta. —Sacudió la cabeza—. Estábamos bastante desesperados.

—Lo estábamos —confirmó Morgan.

—Me dirigía al noreste del valle cuando, de repente, me encontré con Walker y el gigantesco gato del páramo. ¡Ese que es tan grande como una casa! Me dijo que había sentido algo. Me preguntó qué había ocurrido, qué había salido mal. Mi

sorpresa fue tal que ni siquiera pensé en preguntarle qué hacía allí o por qué había decidido aparecer después de haber estado escondido tanto tiempo. Solo le dije lo que él quería saber.

—¿Sabes qué le respondió? —lo interrumpió Morgan, cuyos ojos grises se clavaron en Par con un destello travieso.

—Dijo —lo interrumpió Coll, haciéndose de nuevo con el control de la conversación—. «Espera aquí, esta no es una tarea que tú puedas realizar. Yo lo traeré de vuelta». ¡Como si fuéramos unos niños jugando a un juego de mayores!

—Pero es bueno cumpliendo su palabra —puntualizó Morgan.

—Bien, eso es cierto —admitió Coll de mala gana, dando un suspiro.

Walker Boh estuvo ausente todo el día y la noche, pero cuando regresó a la Chimenea de Piedra donde lo esperaban Coll y sus compañeros, traía a Par con él. El joven vallense había sido infectado por el toque de los hombres bestia y estaba moribundo. La única esperanza de salvarlo, insistió Walker, se hallaba en Storlock, la comunidad de gnomos sanadores. Los Stor tenían experiencia en el tratamiento de los males de la mente y del espíritu, y podían combatir el veneno de los hombres bestia.

Se pusieron en marcha al instante, los seis; todos menos el gato. Partieron de la Chimenea de Piedra en dirección oeste, siguiendo el curso del torrente de Chard río arriba hacia las montañas de Wolfsktaag. Cruzaron el desfiladero de Jade y llegaron a la aldea de los Stor. Habían viajado durante dos días, sin apenas descansar. Par habría muerto de no haber sido por Walker, que utilizó una extraña clase de magia, desconocida para los demás, con la que impidió la extensión del veneno por su cuerpo, manteniéndolo al mismo tiempo dormido y tranquilo. A veces, Par se revolvía y gritaba, despertando febrilmente y escupiendo sangre. Una de ellas fue durante una terrible tormenta, cuando se encontraban en el desfiladero de Jade. Pero Walker consiguió calmarlo, tocándolo y susurrando algo a su oído que lo hizo dormir de nuevo.

—Pero ten en cuenta que hace ya casi tres días que estamos en Storlock y esta es la primera vez que despiertas —concluyó Coll. Hizo una pausa y bajó la mirada—. Estuviste muy cerca de la muerte, Par.

Par asintió sin decir nada. Incluso siendo incapaz de recordar nada con claridad, podía sentir lo cerca que había estado.

—¿Dónde está Walker? —preguntó finalmente.

—No lo sabemos —respondió Morgan, encogido de hombros—. No lo hemos visto desde que llegamos. Simplemente desapareció.

—Supongo que habrá regresado a casa —añadió Coll, con un tono de amargura en la voz.

—Vamos, Coll —lo calmó Morgan.

—Ya sé, Morgan... sé que no debo juzgarlo —respondió Coll, levantando las manos—. Estaba ahí para ayudarnos cuando lo necesitamos. Ha salvado la vida de Par, y le estoy muy agradecido por ello.

—Además, creo que todavía anda por los alrededores —añadió Morgan en voz baja. Cuando los dos hermanos le dirigieron una mirada interrogativa, se limitó a encogerse de hombros.

Par les explicó lo que le había sucedido tras ser capturado por los gnomos araña. Aún no había logrado asimilarlo todo, y titubeaba de vez en cuando. Estaba convencido de que los gnomos araña habían sido enviados por el umbrío, aquella niña, para que lo capturasen, porque de lo contrario también se habrían llevado a Coll. Pero ¿cómo sabía quién era él o dónde podía encontrarlo?

La pequeña habitación quedó en silencio mientras pensaban en ello.

—La magia —sugirió por fin Morgan—. Todos parecen muy interesados en la magia. Este umbrío también debió de percibirla.

—¿Desde la Cresta de Toffer? —Par sacudió la cabeza dudando.

—¿Y por qué no intentaron capturar también a Morgan? —preguntó Coll de repente—. Al fin y al cabo, él domina la magia de la espada de Leah.

—No, no es esa la clase de magia que los atrae —respondió rápidamente Morgan—. Están interesados en la que forma parte del cuerpo o del espíritu, como la de Par.

—O tal vez en el mismo Par —concluyó Coll, lúgubre.

Dejaron que esa idea quedara suspendida en el silencio durante un momento.

—El umbrío intentó entrar en mí —dijo Par, y después se lo explicó de forma detallada—. Aquello quería sumergirse en mí, formar parte de mí. Repetía «Abrázame, abrázame...», como si fuera una niña perdida o algo semejante.

—Difícilmente lo era —disintió Coll.

—Más sanguijuela que niña perdida —agregó Morgan.

—Pero ¿qué son? —preguntó Par, mientras conseguía recordar retazos de sus sueños, destellos carentes de significado—. ¿De dónde vienen y qué quieren?

—A nosotros —dijo Morgan en voz baja.

—A ti —dijo Coll.

Después de hablar un rato más, reflexionando sobre lo poco que sabían acerca de los umbríos y de su interés por la magia, Coll y Morgan se levantaron. Ya era hora de que Par volviera a descansar, insistieron. Todavía estaba enfermo, seguía estando débil y necesitaba recuperar las fuerzas.

«El Cuerno del Hades», recordó de repente.

—¿Cuánto tiempo falta para la luna nueva?

—Cuatro días... si todavía insistes en ir —respondió Coll, suspirando.

—Estaremos cerca por si nos necesitas —añadió Morgan, que salía detrás de Coll, sonriente—. Me alegro de verte bien de nuevo —concluyó mientras se dirigía a la puerta.

—Y yo —dijo Coll, que le ofreció un apretón de manos.

Cuando se fueron, Par siguió con los ojos abiertos, dejando que sus pensamientos se interrelacionaran y tiraran unos de otros. Las preguntas surgían pidiendo unas respuestas que él no tenía. Había sido perseguido y acosado desde Varfleet hasta el

lago del Arco iris, desde Culhaven hasta la Chimenea de Piedra, por la Federación y los umbríos, por cosas de las que solo había oído hablar y algunas cuya existencia ignoraba. Estaba cansado y confundido. Había estado a punto de perder la vida. Todo se centraba en su magia, cuando, en realidad, de poco le había servido. Huía de una cosa a otra, sin entender mucho de ninguna. Se sintió desamparado.

Y a pesar de la presencia de su hermano y sus amigos, también se sentía extrañamente solo.

Su último pensamiento antes de dormirse fue que, aunque no pudiera entenderlo, en realidad estaba solo.

Durmió a intervalos, sin soñar, despertando entre estremecimientos de angustia e inquietud que corrían por los túneles de su mente como ratas acosadas. Cada vez que se despertó aún era de noche, excepto la última, que ya empezaba a amanecer, porque entre las cortinas de la habitación se abría paso una luz tenue. Un Stor vestido de blanco atravesó el dormitorio, surgiendo de las sombras como un fantasma para detenerse junto a su cama y tocar su muñeca y su frente con manos sorprendentemente cálidas. Después volvió a desaparecer tal y como había venido. A partir de ese momento, Par se sumió en un sueño profundo, alejándose de sí mismo, flotando en un calmado mar de oscuro calor.

Cuando volvió a despertar, llovía. Abrió los ojos, parpadeó y miró fijamente la grisácea habitación. Podía oír el sonido producido por las gotas de agua al chocar contra las ventanas y el tejado, un constante repiqueteo y un chapoteo en el silencio. Aún era de día, podía verlo a través de las cortinas. A lo lejos sonó un trueno, seguido de desiguales ecos.

Se irguió con cuidado sobre un codo. Vio el fuego arder en una pequeña estufa encendida en la que no había reparado la noche anterior, cubierta entre las sombras. Proveía la habitación de un calor uniforme que lo envolvía y lo hacía sentirse seguro. Junto a su cama había té y pastelillos. Terminó de sentarse, apoyándose en las almohadas contra la cabecera de la cama, y cogió el té y los pastelillos. Estaba hambriento, y devoró los pasteles en unos segundos. Luego bebió un poco de té, que, aunque ya estaba frío, estaba muy bueno.

Estaba a mitad de su tercera taza cuando se abrió la puerta sin hacer ningún ruido y apareció Walker Boh. Su tío se detuvo un instante al verlo despierto, pero cerró la puerta suavemente y se acercó a la cama. Iba vestido de color verde bosque, con túnica y pantalones ceñidos por un cinturón, botas de cuero flexible desatadas y manchadas de barro, y larga capa de viaje salpicada de gotas de lluvia. También había gotas de agua en su barbudo rostro, y sus oscuros cabellos estaban completamente mojados.

—¿Te sientes mejor? —le preguntó, echando la capa detrás de los hombros.

—Mucho mejor —respondió Par, asintiendo y dejando la taza a un lado—. Sé que tengo que darte las gracias por eso. Me salvaste de los hombres bestia, me llevaste de vuelta a la Chimenea de Piedra, y tuya fue la idea traerme a Storlock. Coll y Morgan

me han dicho que hasta usaste a la magia para mantenerme vivo durante el viaje.

—Magia —repitió Walker en voz baja y con tono de preocupación—. Una combinación de palabras y contacto, una especie de variación de la canción. Mi herencia de Brin Ohmsford. No tengo la maldición de sus poderes completos, solo la molestia de su proyección. Sin embargo, de cuando en cuando se convierte en el don que tú crees que es. Puedo interactuar con cualquier otro ser vivo, sentir su fuerza vital y, en ocasiones, hallar la manera de fortalecerla. Aunque no sé si eso puede ser llamado magia.

—¿Y qué utilizaste contra los hombres bestia en el Páramo Viejo para salvarme si no fue magia?

—Eso me lo enseñaron —respondió su tío, apartando de él su mirada.

—En cualquier caso, te estoy agradecido por ello. Gracias —dijo Par, tras esperar un momento para dar oportunidad a su tío de que siguiera hablando.

—No merezco tu agradecimiento —respondió Walker, negando con la cabeza—. En primer lugar, es mi culpa lo que ocurrió.

—Creo recordar que ya habías dicho eso antes —dijo Par, acomodándose en las almohadas.

—Si te hubiese vigilado como debía, los gnomos araña nunca habrían conseguido entrar en el valle —respondió Walker, que fue hasta los pies de la cama y se sentó en el borde—. Lo hicieron porque decidí distanciarme de ti. Corriste muchos riesgos para venir a buscarme. Lo menos que yo podía hacer, una vez me alcanzaras, era encargarme de tu seguridad. Y fallé en eso.

—No te culpes por lo sucedido —dijo rápidamente Par.

—Pero me culpo —respondió Walker, mientras se levantaba con la rapidez y agilidad de un gato. Después se dirigió a la ventana y contempló la lluvia—. Vivo solo porque yo lo elegí —prosiguió—. Otros hombres en otros tiempos hicieron que decidiese que eso era lo mejor. Pero a veces olvido que existe una diferencia entre disociarse y ocultarse. Hay unos límites para las distancias que podemos fijar entre nosotros y los demás... porque los dictados de nuestro mundo no permiten los términos absolutos. —Se volvió, y su pálida cara destacó contra el gris del día—. Yo estaba escondiéndome cuando tú viniste a buscarme. Por eso te quedaste desprotegido.

Par no conseguía comprender por completo lo que Walker intentaba decirle, pero prefirió no interrumpir, ansioso por escuchar más. Un momento después, Walker se retiró de la ventana y se acercó a él.

—No he venido a verte desde que te dejamos aquí —le dijo, y se detuvo junto a la cama—. ¿Lo sabías?

Par asintió, manteniéndose en silencio de nuevo.

—No porque te ignorara. Sabía que estabas a salvo, que te pondrías bien, y yo necesitaba tiempo para pensar. Me interné en el bosque solo. He vuelto hoy por la mañana. Los Stor me dijeron que habías despertado, que el veneno había

desaparecido, y decidí venir a verte.

Se detuvo y fijó la mirada en un punto lejano. Cuando volvió a hablar, eligió con cuidado las palabras.

—He estado pensando en los sueños.

Otro breve silencio. Par se removió incomodo en la cama, empezaba a sentirse cansado. Tardaría en recuperar sus fuerzas.

—No me quedaré mucho más tiempo —dijo Walker. Se sentó lentamente—. Esperaba que me buscaras cuando empezaron los sueños. Siempre fuiste muy impulsivo. Pensé en esa posibilidad y en lo que te diría. —Hizo una pausa y sonrió débilmente—. Tú y yo estamos estrechamente relacionados de una forma que todavía no comprendes por completo. Compartimos la herencia de la magia, pero también algo más; compartimos un futuro predestinado que puede descartar nuestro derecho a cualquier forma significativa de decisión propia.

»Lo que quiero decir, Par —prosiguió tras hacer otra breve pausa y esbozar una leve sonrisa—, es que somos descendientes de Brin y de Jair Ohmsford, herederos de la magia de la casa élfica de Shannara, depositarios de un legado. ¿Recuerdas ahora? Fue Allanon quien nos lo encomendó cuando, en su lecho de muerte, le dijo a Brin que los Ohmsford salvaguardarían la magia durante generaciones, hasta que fuera necesaria de nuevo.

—Y tú crees que nosotros podemos ser los predestinados a resucitarla —dijo Par, que asintió lentamente a medida que empezaba a entender.

—¡Lo creo, y me asusta esa posibilidad como jamás me ha asustado nada en la vida! —La voz de Walker se había convertido en un siseo—. ¡Me aterra! ¡No quiero tener nada que ver con los druidas y sus misterios! ¡No quiero saber nada de la magia élfica, con sus exigencias y sus traiciones! Solo deseo que me dejen solo, para vivir mi vida como crea que sea más útil y plena ¡Eso es todo lo que deseo!

—A veces, la elección no nos corresponde a nosotros, Walker —respondió Par, mientras entrecerraba los ojos para protegerse de la furia de las palabras de su tío y esbozaba una triste sonrisa.

—Eso había decidido —dijo Walker, sorprendentemente. Su rostro se había endurecido cuando Par volvió a mirarlo—. Mientras esperaba a que despertaras, mientras me mantenía lejos de los demás en el bosque que se extiende más allá de Storlock, llegué a esa conclusión. A veces los acontecimientos y las circunstancias conspiran contra nosotros —prosiguió, negando con la cabeza—. Si nos empeñamos en ser inflexibles con el propósito de mantener nuestras creencias, acabamos humillándonos a nosotros mismos. Salvamos una serie de principios a costa de prescindir de otros. Mi decisión de permanecer oculto a punto estuvo de costarte la vida. Podría volver a ocurrir. ¿Y cuál sería el coste para mí?

—No puedes responsabilizarte de los riesgos que yo decida asumir, Walker —dijo Par—. Ningún hombre puede cargar con semejante nivel de responsabilidad.

—Puede hacerlo, Par. Y debe hacerlo cuando cuenta con los medios para hacerlo.

¿No lo ves? Si yo tengo los medios, tengo la responsabilidad de utilizarlos. — Sacudió la cabeza, entristecido—. Me gustaría que no fuese así, pero eso no cambia las cosas.

Se enderezó.

—Bueno, he venido a decirte algo y aún no lo he hecho. Será mejor que lo haga de una vez y te deje descansar. Iré contigo —afirmó, levantándose y envolviéndose en su empapada capa como si quisiera protegerse del frío.

—¿Al Cuerno del Hades? —inquirió Par, que dio un respingo por la sorpresa.

—Para encontrarme con el espíritu de Allanon, si realmente es el espíritu de Allanon quien nos ha convocado, y escuchar lo que tenga que decir —respondió Walker Boh, asintiendo—. No prometo nada más allá de eso, Par. Ni otras posibles concesiones que tú consideres necesarias en el futuro y yo no. No podemos pretender que el mundo empiece y acabe en las fronteras trazadas por nosotros. Debemos reconocer que, en ocasiones, influye en nuestras vidas de una manera que preferiríamos que fuera de otro modo, y que tenemos que enfrentarnos a los retos que nos ofrece.

—A mí también me gustaría saber algo de lo que se espera de mí —susurró Par, cuyo rostro reflejaba unas emociones que solo podía empezar a imaginarse.

—Ahora descansa —respondió Walker, extendiendo una mano pálida y delgada, que cerró un instante con cariño y suavidad sobre las de Par—. Nos espera otro viaje y solo disponemos de uno o dos días para prepararnos. Deja que yo me encargue de la preparación. Se lo diré a los otros, y vendré a buscaros cuando llegue el momento de partir.

Se detuvo y esbozó una sonrisa.

—Intenta tenerme en mejor consideración a partir de ahora —concluyó, y se dirigió a la salida.

Cerró la puerta a sus espaldas, y entonces fue Par el que sonrió.

* * *

Walker Boh probó que cumplía su palabra. Dos días más tarde estaba de regreso. Llegó poco después de la salida del sol, con caballos y provisiones. Par ya se había levantado de la cama y empezado a caminar desde hacía un día y medio. Estaba muy recuperado de su experiencia en el Páramo Viejo. Estaba vestido y esperando en el porche con Steff y Teel cuando su tío salió de las sombras del bosque, seguido por una fila de caballos, para entrar en la neblinosa luz de la incipiente mañana.

—Qué persona tan extraña —murmuró Steff—. No lo había visto más de cinco minutos en todo el tiempo que llevamos aquí. Y ahora regresa como si nada. Parece más un fantasma que un hombre.

Su sonrisa era triste y su mirada, aguda.

—Walker Boh es bastante real —replicó Par sin mirar al enano—. Y está acosado por sus propios fantasmas.

—Fantasmas valientes, me inclino a pensar.

—Todavía te asusta, ¿verdad? —le preguntó Par, mirándolo de soslayo.

—¿Asustarme? —La voz de Steff sonó áspera mientras soltaba una carcajada—. ¿Has oído, Teel? ¡Quiere conocer las grietas de mi armadura! No, joven del valle, ya no me asusta; solo me asombra —concluyó el enano, y volvió hacia Par el rostro, lleno de cicatrices, durante un breve instante.

Entonces llegaron Coll y Morgan, y la pequeña compañía se dispuso a partir. Algunos Stor salieron a despedirlos, fantasmas de otra clase, vestidos de blanco y cubiertos por su autoimpuesto silencio, con perpetuas miradas de alerta en sus pálidas caras. Se reunieron en grupos, vigilantes, curiosos, y unos cuantos se acercaron para ayudar a montar a los viajeros. Walker habló con uno o dos, en tono tan bajo que nadie más pudo oír sus palabras. Luego montó en su caballo.

—¡Buena suerte, amigos míos! —les dijo, y se dirigió hacia las llanuras del oeste. «Buena suerte», pidió Par Ohmsford.

Wren Ohmsford vio a través de los árboles la tranquila superficie del lago Myriam, que el sol pintaba de un deslumbrante oro rojizo. La intensidad de su brillo la obligó a apartar la mirada. Más alejadas, en dirección oeste, las montañas Irrybis eran como un desgarrón negro en el horizonte que separaba la tierra del cielo y proyectaba las primeras sombras de la noche sobre la vasta llanura de Tirfing.

«Otra hora, quizá un poco más, y será de noche», pensó.

Se detuvo a la orilla del lago y, por un único momento, permitió que la soledad del ocaso que se aproximaba penetrase en ella. La Tierra del Oeste extendía el calor del día veraniego que finalizaba con la complacencia perezosa de un gato soñoliento, como si esperase la llegada de la noche y el frescor que traería.

Se estaba quedando sin tiempo.

Se demoró un instante en buscar las huellas que había perdido unos cien metros atrás, pero no encontró nada. Parecía que el hombre se hubiera disuelto en el aire. Pensó que quizá por su culpa estaba jugando tan seriamente al ratón y al gato.

Decidió continuar su camino, deslizándose sin hacer ruido entre los árboles que crecían frente al lago, escrutando el follaje y la tierra con renovada determinación. Era pequeña y de aspecto delicado, pero fuerte y vigorosa. El clima y el sol habían teñido su piel del color de las nueces. Sus cabellos, de un rubio ceniza, parecían los de un chico, cortos y rizados contra la cabeza. Sus facciones eran élficas: cejas pobladas y oblicuas, orejas pequeñas y puntiagudas y pómulos prominentes en una cara estrecha. Sus ojos eran de color avellana y se movían sin descanso mientras se desplazaba, cazando.

Tras un centenar de pasos, descubrió el primer error del hombre, un minúsculo trozo de rama rota, y su segundo, la huella de una bota cerca de un montón de piedras. Esbozó una sonrisa contra su voluntad, su confianza creció y enarboló su lanza anticipadamente. Lo capturaría, prometió.

Delante, el lago se adentraba entre los árboles formando una profunda cala, y se vio obligada a retroceder y dar un rodeo por un bosquecillo de pinos situado a su izquierda. Redujo el ritmo de su paso, moviéndose con mayor cautela y agudizando la vista. Los pinos terminaban en una tupida masa de matorrales que crecía junto a un grupo de cedros. La bordeó, captando la marca de una rozadura reciente en la raíz de un árbol. Se estaba volviendo descuidado, pensó, o tal vez pretendía que así lo creyera.

Descubrió la trampa en el último momento, justo cuando estaba a punto de pisarla. Sus cuerdas iban desde el lazo, cuidadosamente oculto en el interior de la

maleza, y desde allí a un joven árbol, donde estaban atadas, doblándolo. Si no la hubiese visto, se hallaría colgada de los pies cabeza abajo.

Justo después encontró la segunda trampa, mejor oculta que la anterior, concebida para capturarla en el caso de que no cayera en la primera. También la evitó y, a partir de ese momento, se volvió más cautelosa. A pesar de ello, estuvo a punto de no verlo a tiempo cuando se dejó caer del arce que se encontraba a unos cincuenta metros. Cansado de intentar despistarla en el bosque, había decidido concluir la persecución de la manera más rápida. Se dejó caer silenciosamente, cuando ella pasaba bajo la sombra del viejo árbol, y solo su instinto la salvó. Saltó a un lado en el momento que él tocaba el suelo, giró la lanza y lo alcanzó en el hombro, causando un gran estrépito. Su atacante ignoró el golpe y se puso en pie profiriendo un gruñido. Era un hombre enorme, que parecía gigantesco en los confines de aquel pequeño claro. Saltó hacia Wren, que utilizó su lanza como pértiga para ponerse rápidamente fuera de su alcance. Resbaló al aterrizar, y él se lanzó sobre ella con una rapidez asombrosa. Rodó sobre sí misma, usando la lanza para bloquearlo, lo atacó desde abajo con su daga, apretando la parte plana de la hoja contra su vientre.

El rostro bronceado y barbudo se volvió para mirar directamente el de ella, y sus intensos ojos miraron hacia abajo.

—Estás muerto, Garth —le dijo ella, con una sonrisa. A continuación, levantó las manos y le habló por señas.

El gigantesco nómada se desplomó en señal de burlona sumisión antes de rodar sobre sí mismo y ponerse de pie, esbozando también una sonrisa. Los dos se sacudieron el polvo sonriéndose el uno al otro bajo la menguante luz.

—Estoy mejorando, ¿verdad? —preguntó Wren, moviendo las manos mientras hablaba.

Garth contestó sin decir palabra, moviendo rápidamente los dedos en el lenguaje que le había enseñado.

—Mejor, pero aún no lo suficientemente buena —tradujo ella, y lo cogió del brazo y amplió su sonrisa—. Sospecho que para ti nunca seré lo bastante buena, ¡porque de lo contrario te quedarías sin trabajo!

Recogió su lanza y simuló que lo atacaba. El hombre saltó hacia atrás, alarmado. Entrenaron un momento antes de emprender el camino de regreso hacia la orilla del lago. Había un pequeño claro a no más de media hora de camino, pasada la cala, que sería un magnífico lugar para acampar aquella noche. Wren lo había descubierto durante la cacería, y allí se dirigían.

—Estoy cansada, dolorida, y nunca me había sentido mejor —dijo la joven alegremente mientras caminaba, disfrutando de los últimos rayos de sol que tocaban su espalda, aspirando los aromas del bosque y sintiéndose viva y en paz. Tarareó algunas de las canciones de los nómadas y la vida en libertad, sobre los caminos recorridos y los que quedaban por recorrer. Garth la seguía como una sombra muda.

Encontraron el lugar que buscaban, encendieron una hoguera, cenaron y bebieron

cerveza de una gran bota de cuero. La noche era cálida y reconfortante, y los pensamientos de Wren Ohmsford discurrían con placidez. Contaban con otros cinco días hasta que tuvieran que regresar. Disfrutaba de aquellas excursiones con Garth; eran apasionantes y desafiantes. El gigantesco nómada era el mejor de los maestros... porque hacía que sus alumnos aprendieran con la experiencia. Nadie sabía más que él sobre la mejor manera de seguir un rastro, ocultarse, tender trampas, y sobre todas las clases de trucos del hermoso arte de conservar la vida. Había sido su mentor desde el principio. Nunca preguntó por qué la había elegido a ella; simplemente, se limitaba a sentirse agradecida por ello.

Escuchó por un instante los sonidos del bosque, intentando, ya por costumbre, visualizar a los seres que se movían en la oscuridad. Su vida era dura y exigente, pero no podía imaginársela de otra manera. Había nacido nómada y siempre había vivido con los suyos, salvo en los años de su niñez, pasados en Valle Sombrío, una aldea de la Tierra del Sur, junto a sus primos, los Ohmsford. Había pasado mucho tiempo desde su regreso a la Tierra del Oeste, viajando con Garth y todos los demás; los únicos que se habían preocupado por ella tras la muerte de sus padres, y que le habían enseñado sus costumbres y su forma de vida. Toda la Tierra del Oeste pertenecían a los nómadas, desde Kershalt hasta las Irrybis, desde el valle de Rhenn hasta la Linde Azul. En otra época, también perteneció a los elfos. Pero se habían ido, habían desaparecido. Los nómadas solían decir que habían regresado a la leyenda. Que habían perdido el interés por el mundo de los seres mortales y habían vuelto al país de la fantasía.

Algunos lo discutían y afirmaban que los elfos continuaban allí, escondidos. Ella ignoraba cuál era la verdad. Solo sabía que habían abandonado una jungla paradisíaca.

Garth le pasó la bota, y bebió un largo trago antes de devolvérsela. Empezaba a sentirse somnolienta. Normalmente bebía poco, pero aquella noche se sentía especialmente orgullosa de sí misma. No era frecuente que Garth se mostrara tan contento por sus progresos.

Lo observó durante un momento, pensando en lo mucho que había llegado a significar para ella. Su vida en Valle Sombrío le parecía muy lejana, aunque la recordaba bastante bien. Y a los Ohmsford, en especial Par y Coll; aún pensaba en ellos. Una vez ellos fueron su única familia. Pero sentía como si todo aquello le hubiese sucedido en otra vida. Garth era ahora su familia, su padre, su madre y su hermano; todo en uno. La única familia real que ahora conocía. Se sentía ligada a él como nunca lo había estado con nadie. Y lo amaba con ferocidad.

Sin embargo, debía admitir que, a veces, se sentía desconectada de todos, incluso de él, como una huérfana sin hogar que pasa de una familia a otra sin pertenecer a ninguna, sin estar segura de quién era ella realmente. Le molestaba no saber más sobre sí misma y que nadie diese muestras de saberlo. Había preguntado con bastante frecuencia, pero las respuestas siempre habían sido vagas. Su padre había sido un

Ohmsford y su madre una nómada. No estaban claras las circunstancias en que se había producido su muerte, ni tampoco qué había ocurrido con los otros miembros de su familia directa. Y se desconocía quiénes eran sus antepasados.

Pero poseía un objeto que ofrecía una pista a todo el mundo sobre quien era ella. Era una bolsita de cuero que llevaba colgada al cuello y contenía tres piedras perfectas. A primera vista, podían tomarse por piedras élficas, pero si se miraban con atención se veía que eran unas simples rocas pintadas de azul. Estaban con ella cuando la encontraron casi recién nacida, y constituían su herencia.

Sospechaba que Garth sabía algo de aquel asunto. Él lo había negado cuando una vez se lo había preguntado, pero su manera de hacerlo la convenció de que ocultaba algo. Garth guardaba los secretos mejor que la mayoría, pero ella lo conocía demasiado bien para dejarse engañar completamente. A veces, cuando pensaba sobre ello, deseaba arrancarle una respuesta, furiosa y frustrada ante su falta de sinceridad sobre este tema cuando era tan sincero sobre todo lo demás. Pero sabía guardarse para sí misma su furia y su frustración. No podía forzar a Garth. Cuando estuviera preparado para decírselo, se lo diría.

Se encogió de hombros, como siempre terminaba haciendo al pensar en la historia de su familia. ¿Qué importaba? Ella era quien era, fuera cual fuese su linaje. Era una joven nómada cuya vida cualquiera envidiaría. El mundo entero era suyo, porque no estaba atada a ningún lugar. Podía ir adonde quisiera y hacer lo que deseara. Era más de lo que la mayoría podía decir. Además, muchos de sus compañeros nómadas eran de dudosa ascendencia y nunca los oyó quejarse. Disfrutaban de su libertad, de su habilidad para conseguir todo lo que desearan. ¿Es que eso no era bastante bueno para ella?

Removió la tierra con el tacón de la bota. Desde luego, ninguno de ellos era elfo. Ninguno de ellos llevaba sangre de los Ohmsford y Shannara, con su historia de magia élfica. Ninguno de ellos era acosado por sueños...

Alzó su mirada color avellana de repente cuando advirtió que Garth la observaba. Gesticuló una respuesta inocua, pensando en que ninguno de los otros nómadas había sido entrenado tan a conciencia como ella para sobrevivir, y se preguntaba por qué.

Bebieron un poco más de cerveza, reavivaron la hoguera y se taparon con sus mantas. Wren permaneció despierta más tiempo del que habría deseado, atrapada en la red de preguntas sin respuesta y enigmas sin resolver que marcaba su vida. Ya dormida, dio vueltas y más vueltas bajo las mantas, inquieta por fragmentos de sueños que resbalaban sobre ella como las gotas de lluvia de una tormenta de verano entre sus dedos y que se olvidan igual de rápido.

Se despertó al amanecer. El anciano estaba sentado frente a ella, removiendo distraídamente con un palo las cenizas de la hoguera.

—Ya era hora —resopló.

Parpadeó con incredulidad. Después retiró las mantas y se levantó. Garth continuaba durmiendo, pero sus bruscos movimientos lo despertaron. Ella cogió la

lanza que tenía al lado, con sus pensamientos llenos de preguntas. ¿De dónde había salido aquel anciano? ¿Cómo había logrado acercarse tanto sin despertarlos?

—No te alteres tanto —le dijo el anciano, levantando un esquelético brazo de un modo tranquilizador—. Agradéceme que te haya dejado dormir.

Garth ya estaba de pie, dispuesto a atacar, pero, para sorpresa de Wren, el anciano empezó a hablarle en su propio lenguaje, diciéndole por señas lo mismo que a Wren, y añadió que no pretendía causarles ningún daño. Garth, obviamente sorprendido, dudó durante un breve instante, pero se sentó con cautela.

—¿Cómo sabes hacer eso? —preguntó Wren al anciano. No había visto a nadie ajeno al campamento de los nómadas que dominara el lenguaje de Garth.

—¡Oh, sé un par cosas sobre comunicación! —respondió bruscamente el anciano, esbozando una sonrisa de satisfacción. Su piel estaba curtida por la intemperie y marcada de cicatrices, tenía los cabellos blancos y la barba escasa, y un cuerpo delgado como un espantapájaros, del que colgaban unas polvorientas ropas grises—. Sé que los mensajes pueden transmitirse escritos en un papel, de boca a oreja, usando las manos... e incluso a través de los sueños.

—¿Quién eres? —preguntó Wren, casi sin aliento.

—Vaya —dijo el anciano—. Esa parece ser la pregunta favorita de todo el mundo. No importa mi nombre. Lo que importa es que me han enviado para decirte que ya no puedes seguir haciendo caso omiso de tus sueños. Esos sueños, joven nómada, te los envía Allanon.

Mientras hablaba, traducía las palabras en signos para Garth, con tanta destreza como si los conociese de toda la vida. Wren era consciente de que el gigantesco nómada la miraba; sin embargo, no podía apartar sus ojos del anciano.

—¿Cómo sabes lo de los sueños? —le preguntó en voz baja.

Entonces, el anciano le dijo que se llamaba Cogline, que era un antiguo druida obligado a volver a desempeñar sus funciones porque todos los demás habían desaparecido de las Cuatro Tierras y ya no quedaba nadie que pudiera visitar a los miembros de la familia Ohmsford e informarlos de que los sueños eran auténticos. Le explicó que lo enviaba el espíritu de Allanon para convencerla de la finalidad de sus sueños, para persuadirla de que decían la verdad, de que las Cuatro Tierras corrían el más grave de los peligros, de que la magia estaba casi perdida, de que solo los Ohmsford podían restaurarla y que debían encontrarse con él la primera noche de la luna nueva para que supieran lo que debían hacer. Acabó diciendo que ya había hablado con Par Ohmsford y también con Walker Boh, también receptores de los sueños, y que por fin había aparecido ante ella.

Cuando terminó, Wren se quedó pensativa un instante antes de responder.

—Hace tiempo que me preocupan los sueños —confesó—. Pero pensé que eran simples sueños como cualquier otro. La magia de los Ohmsford nunca ha formado parte de mi vida...

—Y te preguntas si eres o no una Ohmsford —la interrumpió el anciano—.

Porque no estás segura, ¿verdad? Si no eres una Ohmsford, entonces la magia no formaría parte de tu vida... lo que te parecería muy bien, según deduzco.

—¿Cómo sabes todo eso, Cogline? —le preguntó Wren, sin apartar su mirada del anciano. En ningún momento cuestionó que fuese la persona que afirmaba ser. Lo aceptó porque creía que eso no cambiaba las cosas—. ¿Cómo sabes tanto de mí? —preguntó mientras se inclinaba hacia delante, mostrándose repentinamente inquieta—. ¿Sabes quién soy en realidad?

—No importa tanto saber quién eres sino quién puedes ser —respondió enigmáticamente—. Si deseas averiguarlo, entonces haz lo que te piden los sueños. Ve al Cuerno del Hades y habla con Allanon.

La joven se echó hacia atrás lentamente, dirigiendo una rápida mirada a Garth antes de volver a fijarla en el anciano.

—Estás jugando conmigo —dijo ella.

—Quizá.

—¿Por qué?

—¡Oh, es bastante simple, en realidad! Si consigo intrigarte lo suficiente, es posible que accedas a acompañarme. Opté por regañar y reprender a los otros miembros de tu familia, y he pensado que contigo debía emplear otro método. Se acaba el tiempo, y yo solo soy un viejo. Faltan seis días para la luna nueva. Incluso a caballo, como mínimo se necesitan cuatro para llegar al Cuerno del Hades... cinco si yo he de acompañarte.

Seguía reproduciendo por signos todas sus palabras, y entonces Garth hizo una rápida intervención. El anciano se echó a reír.

—¿Que si voy a hacer el viaje? Sí, creo que lo haré. Llevo semanas dedicado a esta tarea y me considero con derecho a saber en qué acaba el asunto. —Se calló para pensar un momento—. Además, no estoy muy seguro de que se me haya dado posibilidad de elección...

Wren miró hacia el este, donde el sol era una pálida bola de fuego blanco apoyada sobre el horizonte y velada por nubes y neblinas, sin difundir calor todavía. Las gaviotas pescaban sobre las claras aguas del Myriam. La serenidad de las primeras horas de la mañana permitió que sus pensamientos discurrieran con tranquilidad en su mente.

—¿Qué respuesta te dio mi primo...? —empezó a preguntar, pero se contuvo.

Las palabras que acababa de pronunciar no le sonaron bien en sus oídos. La distanciaban de él en un sentido que no le gustó.

—¿Qué dijo Par que haría? —rectificó.

—Dijo que lo pensaría —respondió el anciano—. Él y su hermano. Estaban juntos cuando los encontré.

—¿Y mi tío?

—Lo mismo —respondió el anciano, encogido de hombros, aunque había algo en sus ojos que lo desmentía.

—Vuelves a jugar conmigo —dijo Wren, negando con la cabeza—. ¿Qué dijeron?

—Joven nómada, estás acabando con mi paciencia —respondió el anciano, con los ojos entreabiertos—. Carezco de la energía necesaria para sentarme aquí y repetir conversaciones enteras solo para que te sirvan de excusa para tomar una decisión. ¿Es que no eres capaz de pensar por ti misma? Si ellos van, lo harán por sus propias razones y no por las que tú puedas darles. ¿No deberías actuar de la misma manera?

—¿Qué dijeron? —repitió, recalcando las palabras al pronunciarlas, sin modificar un ápice su postura. Wren Ohmsford era una roca.

—¡Lo que escogieron! —exclamó el anciano, y sus dedos se aceleraron de rabia al transmitírselo a Garth, aunque no apartó los ojos de los de Wren—. ¿Acaso soy un loro que repite las frases de otros para divertirte?

Le dirigió una feroz mirada.

—¡Muy bien! ¡Aquí tienes la historia completa! —concedió, por fin, el anciano, levantando las manos en un gesto de resignación—. El joven Par y su hermano huyeron de Varfleet, perseguidos por la Federación, acusados de utilizar la magia al relatar las aventuras de su familia y de los druidas. Cuando me despedí de ellos, pensaban dirigirse a su casa para pensar un poco más sobre los sueños. ¡Ya habrán descubierto que no es posible, que su casa está en manos de la Federación, y sus padres, como los tuyos en otros tiempos, prisioneros!

Las últimas palabras cogieron a Wren por sorpresa y produjeron en ella un fuerte estremecimiento, pero el anciano lo ignoró.

—Walker Boh es otra cuestión. Se considera independiente de la familia Ohmsford. Ha elegido vivir en soledad y es lo que prefiere. No quiere saber nada de su familia ni del mundo, y menos aún de los druidas. ¡Cree que solo él conoce los usos adecuados de la magia, y que el resto de los que la poseemos no tenemos más que habilidades sin importancia y somos incapaces de razonar! ¡Olvida quién le enseñó eso! Él...

—Tú —lo interrumpió Wren.

—... se atribuye la misión de... —Se detuvo—. ¿Qué? ¿Qué has dicho?

—Tú —repitió ella, mirándolo a los ojos—. Tú fuiste su maestro, ¿verdad?

Se produjo un momento de silencio, mientras la aguda mirada del anciano la estudiaba con aprecio.

—Sí, joven, fui yo. ¿Ya estás satisfecha? ¿Es esta la revelación que buscabas? ¿O necesitas alguna más?

Había olvidado traducir al lenguaje de Garth lo que decía, pero al parecer este lo había leído sus labios. Atrajo la atención de Wren y asintió con la cabeza. Siempre intenta aprender algo de tu adversario que no quiera que conozcas, le había enseñado. Eso te dará ventaja sobre él.

—¿Así que no piensa ir? —lo presionó—. Me refiero a Walker.

—¡Ja! —exclamó el anciano, satisfecho—. ¡Justo cuando había llegado a la conclusión de que eras una chica lista, me demuestras lo contrario! —Arqueó una

ceja—. Walker Boh dice que no irá y cree que no irá. ¡Pero irá! Como el joven Par. Así es como debe ser. A veces las cosas funcionan de la forma que menos se espera. O tal vez sea porque la magia de los druidas cambia las promesas y los juramentos que hicimos precipitadamente y nos conduce hacia donde jamás quisimos ir. Siempre hay sorpresas.

Hizo un gesto de satisfacción, se ciñó las ropas y se inclinó hacia delante.

—¿Cuál es tu decisión, pequeña Wren? ¿Ser un ave audaz o un tímido pajarillo? ¿Qué vas a ser?

—¿Por qué no ambas cosas, según lo que sea necesario? —respondió la joven, que esbozó una sonrisa involuntariamente.

—Porque la situación exige una u otra. Elige —gruñó el anciano con impaciencia.

Wren desvió su mirada durante un breve instante hacia Garth, y después hacia el bosque, hacia las sombras que la distante luz solar aún no había disipado. Los pensamientos y las preguntas de la noche anterior le ocuparon la nueva su mente y la recorrieron con insistencia. Bueno, podía ir, si tomaba esa decisión. Los nómadas no intentarían detenerla, ni siquiera Garth, aunque insistiría en acompañarla. Era capaz de enfrentarse al espíritu de Allanon. Podría hablar con el fantasma de una leyenda, con un hombre del que muchos negaban su existencia. Podría conseguir respuestas para las preguntas que arrastraba desde hacía años; al menos, para algunas. Y quizá llegar a comprenderse a sí misma. «Una tarea bastante ambiciosa», pensó. «E intrigante».

Sintió que un rayo de sol tocaba su nariz y le producía un cosquilleo. Aquello significaría reunirse con Par, Coll y Walker Boh, su otra familia, aunque tal vez tampoco fuese la verdadera. Apretó los labios en un gesto pensativo. Podía disfrutar aquello.

Pero también significaría afrontar la realidad de sus sueños, o al menos la versión que de esa realidad le diese el espíritu. Y podría suponer un cambio en el curso de su vida, una vida con la que estaba perfectamente satisfecha. Podría implicar su ruptura, y envolverla en asuntos de los que era mejor mantenerse alejada.

Su mente se desbocó. Sintió que la bolsita con las piedras pintadas presionaba su pecho, como si quisiera recordarle lo que podía llegar a ser. Conocía las historias de los Ohmsford y de los druidas, y sintió que debía ser precavida.

Entonces, inesperadamente, se dio cuenta de que estaba sonriendo. ¿Desde cuándo la precaución le había impedido hacer algo? ¡Por todas las sombras! ¡Se trataba de una puerta cerrada suplicando que alguien la abriera! ¿Cómo podría vivir si la dejaba pasar?

—Joven nómada, estoy cansado —intervino el anciano, interrumpiendo sus pensamientos—. Estos viejos huesos necesitan moverse para evitar el anquilosamiento. Dime cuál es tu decisión. ¿O es que también tú, como los otros miembros de tu familia, necesitas larguísimos montones de tiempo para tomarla?

Wren miró a Garth, levantado una ceja. El gigantesco nómada hizo un gesto de

asentimiento apenas perceptible.

—¡Qué malhumorado eres, viejo abuelo! —exclamó la joven, que se giró hacia Cogle—. ¿Dónde está tu paciencia? —le preguntó en tono jocoso.

—Se fue con mi juventud, niña —le respondió el anciano con voz inesperadamente cordial—. Bueno, ¿cuál es?

—El Cuerno del Hades y Allanon —dijo sonriente—. ¿Qué esperabas?

Pero el anciano no respondió.

Cinco días después, cuando el sol explotaba en rayos de fuego de color violeta y rojo sobre el este del horizonte, en una exhibición de fuegos artificiales que solo proporciona el verano, Wren, Garth y el anciano que se hacía llamar Cogleine llegaron al pie de los Dientes del Dragón y al comienzo del sinuoso sendero pedregoso que conducía al Valle de Esquisto y al Cuerno del Hades.

Par Ohmsford fue el primero en verlos. Se había alejado un poco del camino para sentarse en un saliente de piedra, contemplar desde allí el sur de Callahorn y aclarar sus pensamientos. Había llegado el día anterior en compañía de Coll, Morgan, Walker, Steff y Teel, y su paciencia mientras esperaba la primera noche de luna nueva se agotaba. Estaba inmerso en la admiración de contemplar la majestuosidad del atardecer cuando vio al extraño trío montado a caballo, que salía de un grupo de álamos y se dirigía hacia donde él estaba. Se levantó lentamente, negándose a dar crédito a sus ojos. Luego, tras determinar que no estaba equivocado, saltó del saliente y corrió sendero abajo para avisar a sus compañeros de viaje, que habían establecido allí el campamento.

Wren casi llegó antes que él. Sus agudos ojos élficos lo habían descubierto en el mismo momento en que él la había visto a ella. Actuando por un impulso, se adelantó a sus compañeros, espoleando al caballo alocadamente, cargando contra el campamento. Saltó de la silla antes de que este se detuviera por completo, corrió hacia Par gritando de forma salvaje, y lo abrazó con tal entusiasmo que estuvo a punto de tirarlo al suelo. Cuando acabó con él, le dio el mismo saludo al asombrado, pero encantado, Coll. Walker recibió un beso en la mejilla y Morgan, a quien apenas recordaba de su infancia, un apretón de manos y una inclinación de cabeza.

Mientras los tres hermanos Ohmsford, que ellos lo eran aunque Wren no fuera su verdadera hermana, intercambiaban abrazos y palabras de bienvenida, sus acompañantes permanecieron de pie, incómodos y midiéndose unos a otros con miradas de desconfianza. La mayoría de las miradas se dirigían a Garth, que doblaba en tamaño a cualquiera de los otros. Estaba vestido con colores vivos como acostumbran a vestir los nómadas, y sus estridentes prendas lo hacían parecer aún más grande. Soportó con serenidad esas miradas y las sostuvo de forma firme e implacable. Wren se acordó de él poco después, y realizó las presentaciones necesarias. A continuación, Par hizo lo propio con Steff y Teel. Cogleine se mantuvo apartado, todos parecían conocerlo y, de todas formas, nadie intentó presentarlo. Se sucedieron las inclinaciones de cabeza y los apretones de manos, se cumplió con la cortesía de la forma adecuada, pero persistió la desconfianza dibujada en algunos rostros. Se dirigieron todos a la hoguera encendida en el centro del pequeño

campamento para compartir la cena que los enanos habían estado preparando cuando aparecieron Wren y sus compañeros y se dividieron rápidamente en nueve grupos. Steff y Teel centraron su atención en los últimos toques de la comida, mudos mientras se inclinaban sobre las ollas y el fuego. Walker se sentó bajo la sombra de un pino y Cogleine desapareció entre las rocas sin decir una palabra a nadie. Había sido tan silencioso que se había ido antes de que alguien se diera cuenta. Par, Coll, Wren y Morgan se reunieron junto a los caballos, los desensillaron y masajearon, y hablaron de los viejos tiempos, de los antiguos amigos, de los lugares en que habían estado, de las cosas que habían visto y de las vicisitudes de la vida.

—Has crecido mucho, Wren —dijo Coll—. No te pareces en nada a la pequeña niña flaca como un palo de escoba que recuerdo de cuando te fuiste.

—¡Ahora es una amazona tan salvaje como el viento! ¡Sin límites! —bromeó Par mientras levantaba las manos en un gesto que incluía toda la tierra.

—Tengo una vida mejor que las vuestras, que las pasáis sentados cantando viejas leyendas como perros viejos —respondió Wren, sonriendo—. La Tierra del Oeste es un buen país para los seres de espíritu libre. —La amplia sonrisa que antes iluminaba su rostro desapareció—. El anciano, Cogleine, me contó lo sucedido en Valle Sombrío. Durante un tiempo, Jaralan y Mirianna fueron unos padres para mí, y todavía me preocupo por ellos. Me dijo que habían sido hechos prisioneros. ¿Sabíais algo de esto?

—No hemos dejado de huir desde que salimos de Varfleet —respondió Par, negando con la cabeza.

—Lo siento, Par —dijo la joven, reflejando en sus ojos verdadero pesar—. La Federación hace todo lo que puede para hacer desgraciadas nuestras vidas. Incluso la Tierra del Oeste tiene su cuota de soldados y de lacayos administrativos, aunque es una tierra a la que no le prestan demasiada atención. En cualquier caso, los nómadas conocen la manera de evitarlos. Si es necesario, sois bienvenidos a uniros a nosotros.

—Mejor será que antes veamos cómo acaba el asunto de los sueños —respondió Par, abrazándola de nuevo.

Comieron la cena, que consistió en carne frita, verduras hervidas, pan recién hecho, queso y nueces, y regada con cerveza y agua, mientras contemplaban como desaparecía el sol en el horizonte. La comida estaba deliciosa, y todos lo dijeron para satisfacción de Steff, que había cocinado la mayor parte. Cogleine continuó ausente, pero los demás empezaron a hablar entre sí con un poco más de confianza. Todos excepto Teel, que nunca parecía querer hablar. Par era el único, sin contar a Steff, a quien la enana había dirigido la palabra. Al menos, él nunca la había visto hablar con nadie.

Cuando terminaron, Steff y Teel se encargaron de lavar los platos, y los otros se alejaron, solos o en parejas, mientras el crepúsculo dejaba paso a la noche. Coll y Morgan fueron a un manantial cercano en busca de agua fresca, y Par se encontró paseando por el camino que se internaba en las montañas hacia el Valle de Esquisto

en compañía de Wren y el gigante Garth.

—¿Has estado antes allí? —le preguntó Wren, señalando con la cabeza en dirección al Cuerno del Hades.

—Está a varias horas de camino y nadie quiere apresurar los acontecimientos —respondió Par, que negó con la cabeza—. Incluso Walker se ha negado a ir antes del momento preciso.

Miró al cielo, donde las estrellas formaban complicados dibujos y una casi invisible luna menguante colgaba baja en el norte del horizonte.

—Mañana por la noche —concluyó.

Wren no contestó. Caminaron en silencio hasta que llegaron al saliente rocoso donde había estado Par antes, y se detuvieron en él para contemplar el paisaje del sur.

—¿Tú también has tenido sueños? —le preguntó Wren y, ante su gesto de asentimiento, empezó a hablarle de los suyos propios—. ¿Qué piensas sobre ellos? —le inquirió.

Par se sentó en la roca, entre los otros dos.

—Creo que las diez generaciones de Ohmsford que nos separan de Brin y Jair han vivido sus vidas esperando este momento —respondió Par—. Creo que la magia de la casa élfica de Shannara es ahora la magia de los Ohmsford, es algo más de lo que suponemos. Creo que Allanon, o su espíritu, nos dirá lo que es. —Hizo una breve pausa—. Creo que puede ser algo maravilloso... y terrible. No pretendo ser dramático. Solo he dicho la sensación que me da todo esto —concluyó, haciendo un gesto de disculpa al advertir la intensa mirada de los ojos color avellana de la joven nómada.

Ella traducía a Garth las palabras de Par a medida que este las pronunciaba, pero él no daba ninguna indicación sobre lo que estaba pensando.

—Walker y tú tenéis algún tipo de magia —dijo Wren—. Yo no la poseo. ¿Por qué me ha convocado?

—No estoy seguro —respondió Par—. La magia de Morgan es ahora más fuerte que la mía, y tampoco él ha sido convocado.

Le relató su encuentro con el umbrío y el descubrimiento del joven de las montañas de la magia que se yacía dormida en la espada de Leah.

—Me pregunto por qué los sueños no le fueron enviados a él en lugar de a mí, por mucho que yo haya utilizado la canción.

—Tú no conoces bien la fuerza de tu magia, Par —dijo ella—. Deberías recordar por las historias que ninguno de los Ohmsford, desde Shea en adelante, la entendía por completo al iniciarse en el uso de la magia élfica. ¿No puede ser también ese tu caso?

—O el tuyo, Wren. ¿Qué me dices de ti? —respondió Par, pensando que era posible y sintiendo un escalofrío.

—No, no, Par Ohmsford. Yo soy una simple nómada, sin ninguna sangre que transmite la magia de generación en generación —dijo la muchacha, riendo

abiertamente—. ¡Me temo que debo conformarme con la bolsita llena las piedras élficas falsas!

Él también rio al recordar la bolsita de cuero con las rocas pintadas que guardaba con tanto cuidado cuando era niña. Durante un rato intercambiaron historias de sus vidas, lo que habían hecho, los lugares que habían visitado y las personas que habían encontrado en sus viajes. Se comportaban con naturalidad, como si su separación solo hubiese durado unas pocas semanas y no varios años. Par decidió que era Wren la responsable. Ella había creado un ambiente relajado. Estaba impresionado por la gran seguridad en sí misma que mostraba aquella muchacha libre y salvaje, visiblemente satisfecha de su vida como nómada y, al parecer, firme ante las exigencias o limitaciones que pretendieran constreñirla. Era fuerte tanto interior como exteriormente, y la admiraba profundamente por ello. Se encontró a sí mismo deseando tener al menos la mitad de su empuje.

—¿Cómo encontraste a Walker? —le preguntó la joven poco después.

—Distante —respondió él sin el menor atisbo de duda—. Continúa atormentado por demonios que no puedo llegar a comprender. Habla de la desconfianza que le inspiran la magia élfica y los druidas. Sin embargo, posee una magia que utiliza con bastante libertad. La verdad es que no lo entiendo.

Wren transmitió sus comentarios a Garth, y el gigantesco nómada le contestó con un breve signo. Wren se quedó mirándolo fijamente.

—Garth dice que Walker está asustado —le tradujo.

—¿Cómo sabe eso? —preguntó Par, sorprendido.

—Simplemente lo sabe. Como es sordo, agudiza los otros sentidos. Detecta los estados anímicos con más rapidez que tú o que yo, incluso los que pretenden ocultarse.

—Pues bien, en este caso es completamente correcto —respondió Par, asintiendo—. Walker está asustado. Me lo ha dicho él mismo. Me dijo que teme lo que pueda significar este asunto de Allanon. Es extraño, ¿verdad? Me cuesta imaginarme algo que asuste a Walker Boh.

Wren hizo unos signos a Garth, pero el gigante se limitó a encogerse de hombros. Permanecieron sentados en silencio, sumidos en sus pensamientos.

—¿Sabías que el anciano, Cogline, fue maestro de Walker? —le preguntó Wren, y rompió el silencio.

—¿Te dijo él eso? —preguntó Par, que la miraba atentamente.

—Lo engañé para que lo hiciera, más bien.

—Wren, ¿maestro de qué? ¿De magia?

—De algo —respondió la muchacha, reflejando en su moreno rostro un aire introspectivo y con mirada distante—. Creo que hay mucho más entre ellos que, como el miedo de Walker, continúa escondido.

Par se sintió inclinado a darle la razón.

Todos los miembros del pequeño grupo tuvieron un sueño reparador a la sombra de los Dientes del Dragón, pero despertaron al amanecer, inquietos. Aquella noche sería la primera de la luna nueva, la noche en que estaban convocados a la reunión con el espíritu de Allanon. Realizaron sus tareas con impaciencia. Desayunaron sin paladear los alimentos. Hablaban poco, yendo de un lado para otro, preocupados, en busca de pequeñas faenas que distrajeran su pensamiento de lo que les esperaba. Era un día claro, sin nubes, impregnado por los cálidos aromas del verano; la clase de día que habrían disfrutado en otras circunstancias, pero que en esta ocasión simplemente parecía interminable.

Cogline volvió a aparecer hacia el mediodía, descendiendo de las montañas como un andrajoso profeta de condenación. Tenía un aspecto polvoriento y dejado cuando llegó hasta ellos. Llevaba los cabellos revueltos y tenía las ojeras marcadas por la falta de sueño. Les dijo que todo estaba preparado, significara lo que significase, y que volvería a por ellos al anochecer. «Estad preparados», les advirtió. Se negó a decir ni sola palabra más, aunque los hermanos Ohmsford lo presionaron para lo hiciera, y desapareció por el mismo camino que le había traído.

—¿Qué suponéis que está haciendo ahí arriba? —preguntó Coll a los demás, cuando la distancia había reducido a una mota negra la harapienta figura.

El sol seguía su ruta hacia el oeste como si arrastrase cadenas, y los miembros del pequeño grupo se refugiaron en ellos mismos aún más. La inmensidad de lo que iba a ocurrir empezaba a emerger en sus pensamientos inexpresados, un espectro de tal magnitud que su contemplación producía terror. Incluso Walker Boh, al que se suponía más familiarizado con los espíritus y los fantasmas, se encerró en sí mismo como un tejón en su madriguera y se hizo inaccesible.

Sin embargo, ya casi a media tarde, Par se encontró con su tío mientras vagaba por los parajes más frescos de las colinas que rodeaban los manantiales. Redujeron el paso al aproximarse, luego se detuvieron y se miraron con nerviosismo.

—¿Crees que vendrá? —preguntó Par al fin.

Las pálidas facciones de Walker estaban semiocultas bajo la capucha, haciendo difícil leer su cara.

—Vendrá —dijo su tío.

—No sé qué esperar —dijo Par, tras pensar durante un breve instante.

—Eso no importa, Par —respondió Walker, negando con la cabeza—. Cualquier cosa que escojas esperar será poco en comparación. Este encuentro no se parecerá a nada que tú puedas imaginar, te lo prometo. Los druidas siempre han sido muy buenos con las sorpresas.

—Sospechas lo peor, ¿no es cierto?

—Sospecho... —empezó a decir Walker, pero no acabó la frase.

—Magia —añadió Par.

Walker Boh frunció el ceño.

—Magia druídica... eso es lo que crees que veremos esta noche, ¿verdad? — prosiguió Par—. Espero que estés en lo cierto. Espero que se extienda y resuene, y que abra todas las puertas que han estado cerradas ante nosotros, y no dejan ver lo que puede hacer la magia realmente.

—Algunas puertas están mejor cerradas —respondió Walker Boh cuando logró rehacerse de la sorpresa, con una sonrisa irónica—. Harías bien en recordarlo.

Apoyó la mano en el brazo de su sobrino y entonces continuó en silencio su camino.

La tarde avanzó a paso lento hacia el crepúsculo. Cuando el sol completó por fin su largo viaje hacia el oeste y empezó a sumergirse en el horizonte, los miembros del pequeño grupo regresaron al campamento para cenar. Morgan se mostraba muy hablador, claro síntoma de su nerviosismo, y hablaba sin cesar de magia y espadas, y de toda clase de sucesos insólitos que Par confiaba en que nunca se produjeran. Los demás permanecían mayoritariamente en silencio, comían sin hacer ningún comentario y dirigían miradas atentas hacia las montañas del norte. Teel no comió nada, sentada entre las sombras, alejada del grupo. La máscara que cubría su rostro era como un muro que la separaba a ella de todos los demás. Incluso Steff la dejó sola.

La oscuridad cayó y las estrellas empezaron a parpadear aquí y allá, y poco después el cielo estaba lleno de ellas. La luna no hizo acto de presencia. Era el momento prometido en que la pálida hermana del sol vestía de negro. Los ruidos diurnos se fueron extinguiendo, y la noche quedó en calma. La hoguera crujía y crepitaba en el silencio que se produjo cuando todos callaron. Uno o dos fumaban, y el olor del tabaco invadió el aire. Morgan cogió la brillante espada de Leah y limpió su hoja distraídamente. Wren y Garth dieron de comer y cepillaron a los caballos. Walker subió por el sendero y se detuvo poco después para contemplar las montañas. Los demás se perdieron en sus pensamientos.

Todos esperaban.

* * *

Era medianoche cuando regresó Cogline. Surgió de las sombras como un fantasma, materializándose tan de repente que se sobresaltaron. Nadie, ni siquiera Walker, lo había visto llegar.

—Ya es la hora —les dijo.

Se pusieron en pie y lo siguieron en silencio. Iba a la cabeza del grupo en el camino ascendente hacia las densas sombras de los Dientes del Dragón. Aunque las

estrellas brillaban intensamente sobre sus cabezas cuando iniciaron la marcha, los montes pronto empezaron a cerrarse a su alrededor, envolviéndolos en un sudario de oscuridad. Cogline no aminoró el paso; parecía que tuviese ojos de gato. Sus acompañantes se esforzaron por mantener el ritmo. Par, Coll y Morgan eran los que estaban más cerca del anciano, y tras ellos marchaban Wren y Garth. A continuación iban Steff y Teel, y Walker Boh cerraba la marcha. El camino se hizo más empinado cuando se aproximaron a las cumbres, caminaron por un estrecho desfiladero que se abría como un bolsillo entre las montañas. El lugar era tan silencioso que cada uno podía escuchar la respiración de los otros. Los minutos pasaban.

Las rocas y los precipicios dificultaban el camino, que se retorció como una serpiente. Había rocas sueltas por todas partes y tenían que andar sobre ellas. Sin embargo, Cogline no parecía advertirlo. Par perdió pie y se cortó las rodillas con una piedra tan afilada como un trozo de cristal. Muchas de ellas eran de un extraño y brillante color negro parecido al del carbón. Cogline cogió una llena de curiosidad y la guardó en el bolsillo.

Entonces, de repente, las montañas se abrieron ante ellos y se encontraron al borde del Valle de Esquisto. Era poco más que una depresión poco profunda, salpicada de trozos de piedras que tenían aquel negro brillante, semejantes a la que Par llevaba en el bolsillo. Nada crecía en aquel valle; estaba desprovisto de vida. Había un lago en el centro, y sus aguas verdinegras se movían en lentos remolinos.

—El Cuerno del Hades —susurró Cogline. Se detuvo momentáneamente y se dio la vuelta para mirarlos—. El hogar de los espíritus de los tiempos, de los druidas del pasado.

Su vieja cara reflejaba una expresión casi reverente. Entonces se giró y empezó a bajar hacia el valle.

Excepto por el jadeo de su respiración y el ruido que producían sus botas contra las piedras, el valle estaba envuelto en silencio. Los ecos de sus movimientos jugaban en la quietud como niños en el calor de un día de verano. Los ojos de los viajeros estaban vigilantes, buscando fantasmas donde no los había, imaginando vida en cada sombra. Allí hacía un calor extraño, como si el calor del día se quedara atrapado y resguardado del frío de la noche en aquel cuenco sofocante. Par sintió que por su espalda corría un hilo de sudor.

Pronto estuvieron sobre el suelo del valle, juntándose mientras se dirigían al lago. Ahora veían las aguas con más claridad, cómo chocaban los remolinos entre sí, al azar, desordenadamente, y oyeron el rumor de las pequeñas olas. Había un olor penetrante a cosas viejas y putrefactas.

Estaban todavía a varias docenas de metros de la orilla del agua cuando Cogline, levantando las manos, les indicó que se detuvieran.

—Quietos, ahora. No os acerquéis más. ¡Las aguas del Cuerno del Hades son la muerte para los mortales, venenosas al tacto!

Se agachó y se puso un dedo sobre los labios como si tratara de callar a un niño.

Todos le obedecieron, porque se sentían niños ante el poder que yacía durmiente allí. Todos lo sintieron, palpable como el humo de una hoguera. Permanecieron donde estaban, atentos, ansiosos, llenos de una mezcla de asombro e indecisión. Ninguno habló. El cielo lleno de estrellas no tenía fin, era como un toldo extendido de horizonte a horizonte, y parecía que se centraba en el valle, en el lago y en los nueve que lo miraban.

Por fin Cogleine se irguió y se volvió hacia ellos, agitando las manos como si fueran alas de pájaro para que se aproximaran. Cuanto todos estuvieron hombro con hombro a su alrededor, les habló.

—Allanon vendrá justo antes del alba. —Los miró con solemnidad—. Desea que os hable primero. Ya no es lo que fue en vida. Ahora solo es un fantasma. Su presencia durará lo que un parpadeo. Cada vez que cruza las fronteras del mundo del espíritu ha de hacer un gran esfuerzo. Debe usar sabiamente el tiempo del que dispone. Lo usará para deciros lo que necesita de vosotros. Me ha encargado que os explique por qué existe esa necesidad. Estoy aquí para hablaros de los umbríos.

—¿Has hablado con él? —le preguntó Walker Boh rápidamente.

Cogleine no dijo nada.

—¿Por qué has esperado hasta ahora para hablar de los umbríos? —preguntó Par, irritado de repente—. ¿Por qué ahora, Cogleine, cuando podrías haberlo hecho antes?

El anciano sacudió su cabeza, pero su rostro reflejaba desaprobación y simpatía al mismo tiempo.

—No me estaba permitido, chico. No hasta que todos estuvierais juntos.

—¡Juegos! —exclamó Walker, que negaba con la cabeza a disgusto.

—Pensad lo que queráis, solo escuchad —prosiguió el anciano, ignorándolo—. Esto es lo que Allanon me deja contaros de los umbríos. Son un mal de más allá de todo lo imaginable. No son rumores ni cuentos de viejas en que los hombres los han convertido, sino criaturas tan reales como vosotros y como yo. Nacieron por una circunstancia que Allanon, con toda su sabiduría y habilidad para la organización, no pudo prever. Cuando abandonó el mundo de los hombres mortales, Allanon creía que la era de la magia había tocado a su fin y que comenzaba una nueva era. Había desaparecido el Señor de los Brujos. Los demonios del antiguo mundo fantástico volvían a estar prisioneros en la Prohibición. El Ildatch había sido destruido. Paranor había pasado a la historia, y el último de los druidas se hallaba a punto de acompañarlo. Parecía que la necesidad de la magia formaba parte del pasado.

—Y esa necesidad nunca forma parte de pasado —dijo Walker en voz baja.

—Los umbríos son una aberración —prosiguió el anciano, ignorando a Walker de nuevo—. Son magia surgida de la utilización de otras magias, un residuo de lo que se extinguió. Empezaron como una semilla que yacía dormida en las Cuatro Tierras, inadvertida en la época de Allanon, unas semillas que germinaron solo después de que los druidas y su poder protector hubiesen desaparecido. Nadie podía saber que estaban allí, ni siquiera Allanon. Eran los desechos de la magia que llegó y se fue, y

eran tan invisibles como el polvo sobre el camino.

—¡Espera un momento! —lo interrumpió Par—. ¿Qué estás diciendo, Cogline? ¿Que los umbríos son solo fragmentos y restos de alguna magia perdida?

Cogline respiró hondo, con las manos unidas ante sí.

—Joven vallense, ya te dije en una ocasión que, pese a lo mucho que usas la magia, sabes muy poco sobre ella. La magia es una fuerza de la naturaleza como el fuego de las entrañas de la tierra, las mareas de los océanos, los vientos que agitan los bosques o las hambrunas que asolan las naciones. ¡No aparece y desaparece sin producir efecto! ¡Piensa! ¿Qué ocurrió con Wil Ohmsford y sus piedras élficas cuando su sangre élfica no permitió que continuara utilizándolas? ¡Dejaron como residuo la canción, que tomó vida en tus antepasados! ¿Era una magia inconsecuente? Todos los usos de la magia tienen más efectos de los inmediatos. Y todos son importantes.

—¿Cuál fue la magia que creó a los umbríos? —preguntó Coll, impasible.

—Allanon lo ignora —respondió el anciano, negando con su rala cabeza—. No hay manera de estar seguro. Pudo suceder durante la época de Shea Ohmsford y sus descendientes. En aquellos tiempos siempre se usaba la magia, y mucha era maligna. Los umbríos pudieron nacer de cualquier parte de estas. —Hizo una breve pausa—. Al principio los umbríos no eran nada, solo desechos de magia gastada. De alguna manera sobrevivieron, su presencia era desconocida. No fue hasta el derrumbamiento de Paranor y la muerte de Allanon que emergieron en las Cuatro Tierras y empezaron a adquirir fuerza. Se había producido un vacío en el orden de las cosas. Un vacío siempre debe ser llenado, y los umbríos se apresuraron a hacerlo.

—No lo entiendo —dijo Par rápidamente—. ¿A qué clase de vacío te refieres?

—¿Y por qué no previó Allanon lo que sucedería? —añadió Wren.

—La vida ha sido siempre cíclica —respondió el anciano, levantando la mano con los dedos extendidos, y empezó a doblarlos uno a uno mientras hablaba—. El poder llega y se va. Adopta formas diferentes. Una vez fue la ciencia la que dio poder a la humanidad. Después fue la magia. Allanon previó el retorno de la ciencia como medio de progreso... especialmente tras la desaparición de los druidas y de Paranor. Esa debía de ser la época que se sucedería. Pero el desarrollo de la ciencia no fue lo bastante rápido para llenar el vacío. En parte a causa de la Federación, que mantuvo intactas las antiguas costumbres; proscribió el uso de cualquier forma de poder que no fuese el suyo... y el suyo era primitivo y militar. Extendió su influencia a través de las Cuatro Tierras hasta que todo quedó sometido a sus dictados. Los elfos también tenían influencia en ciertos asuntos. Sin embargo, por razones que aún desconocemos, desaparecieron. Constituían una fuerza equilibradora, eran los últimos representantes del viejo mundo fantástico. Su presencia era necesaria para que la transición de la magia a la ciencia se produjera sin imperfecciones. Pero incluso en el caso de que los elfos hubieran permanecido en el mundo de los hombres y la Federación hubiera tenido menor presencia, los umbríos podrían haber surgido. El

vacío se produjo en el momento que desaparecieron los druidas. Era imposible evitarlo.

Suspiró.

—Allanon no supo preverlo como debería. No anticipó la aberración en el orden de los umbríos. Hizo lo que pudo para proteger a las Cuatro Tierras mientras vivió y se mantuvo con vida tanto como era posible.

—Al parecer, no consiguió ni una cosa ni la otra —observó Walker.

—Bien, Walker Boh —respondió el anciano Cogline fijando en él su mirada. Su ira era evidente—. Quizá un día tengas la oportunidad de demostrar que tú puedes hacerlo mejor.

Se produjo un tenso silencio mientras ambos se miraban en la oscuridad.

—Tenéis que entender qué son los umbríos —prosiguió Cogline, desviando la mirada de Walker—. Los umbríos son parásitos. Viven de los seres mortales. Son magia que se alimenta de las criaturas vivas. Entran en ellas, las absorben, se convierten en ellas. Pero, por alguna razón, no siempre logran los mismos resultados. Piensa, Par, en la leñadora que Coll y tú encontrasteis cuando nos vimos por primera vez. No cabe duda de que era un umbrío, una criatura una vez mortal infectada, un ser destruido, con tan poco autocontrol como un animal loco. Pero ¿te acuerdas de la niña de la Cresta de Toffer?

Rozó suavemente con los dedos la mejilla de Par. Al instante, el joven del valle se vio invadido por el recuerdo del monstruo al que fue entregado por los gnomos araña. Pudo sentir sus ansias por apoderarse de él, sus súplicas. «Abrázame, abrázame». Se encogió, abrumado por el impacto de sus recuerdos.

—También era un umbrío, aunque más difícil de identificar —prosiguió Cogline. Sujetó firmemente a Par por el brazo—. Presentan apariencias distintas, lo mismo que nosotros, escondiéndose bajo formas humanas. Alguno umbríos son grotescos, tanto en su aspecto como en conducta. Esos son los más fáciles de descubrir. Otros son más difíciles de reconocer.

—Pero ¿por qué los hay de ambas clases? —preguntó Par, que no parecía muy convencido.

—De nuevo, Allanon lo ignora —respondió Cogline, frunciendo el ceño—. Los umbríos han conseguido mantener su secreto lejos de él.

El anciano miró a lo lejos durante un momento. Después volvió a concentrar su atención en el grupo. Su cara era una máscara de desesperación.

—Es como una plaga. La enfermedad se extiende hasta que el número de infectados se multiplica con resultados incalculables. Cualquier umbrío puede transmitir la enfermedad. Su magia les proporciona medios para superar, prácticamente, cualquier defensa. Cuanto más numerosos son, más aumenta su fuerza. ¿Qué haríais para detener el avance de una epidemia de origen desconocido, cuyos síntomas son indetectables hasta que están arraigados y cuya cura es un misterio?

Los miembros del pequeño grupo intercambiaron miradas de inquietud durante el silencio que siguió a estas palabras del anciano.

—¿Actúan con un propósito, Cogline? —preguntó Wren finalmente—. ¿Con un propósito más allá de la simple infección de seres vivos? ¿Piensan como tú y como yo, o carecen de inteligencia?

Par miró a la muchacha con manifiesta admiración. Eran las mejores preguntas que se habían formulado hasta entonces, y debería haberlas hecho él.

—Piensan como tú y como yo, joven nómada, y muy seguramente pretenden alcanzar un fin —respondió Cogline, frotándose las manos lentamente—. Pero ese fin continúa siendo un misterio.

—Podrían dominarnos —sugirió Morgan—. Sin duda ese es un fin suficiente.

—Creo que llegarán más lejos —respondió Cogline, mientras negaba con la cabeza.

De repente, Par se dio cuenta de que estaba recordando los sueños que Allanon le había enviado, las visiones de un mundo de pesadilla en el que todo estaba ennegrecido y marchito, y la vida había sido reducida a algo apenas reconocible. Ojos enrojecidos parpadeaban como ascuas y sombras revoloteaban entre la niebla de ceniza y humo.

Entonces comprendió que eso era precisamente lo que harían los umbríos.

Pero ¿cómo conseguirían convertir en realidad semejante visión?

Miró a Wren sin pensar y vio la misma pregunta reflejada en sus ojos. Había reconocido sus pensamientos instintivamente. También la vio reflejada en los ojos de Walker Boh. Habían compartido los sueños y estos los vinculaban hasta el punto de hacer que sus pensamientos fueran los mismos.

Cogline levantó ligeramente la cabeza, liberando su cara de la oscuridad que la cubría.

—Algo dirige a los umbríos —susurró—. Hay un poder aquí que trasciende a cualquier otro que hayamos conocido...

No consiguió acabar la frase; incapaz de dar voz a cualquier final. Los demás se miraron unos a otros.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó finalmente Wren.

—Lo que hemos venido a hacer aquí, joven nómada. Escuchar todo lo que Allanon tenga que decirnos —respondió el anciano, levantándose con gesto de cansancio. Se alejó de ellos, y ninguno lo llamó para que volviera.

Los miembros del grupo se separaron de uno en uno, en busca de soledad donde pensar en sus propios pensamientos. Sus ojos recorrían sin descanso la brillante alfombra de piedras negras que cubría el valle, siempre volviendo al Cuerno del Hades buscando en las perezosas ondas de sus aguas posibles indicios de un nuevo movimiento.

No hubo ninguno.

«Quizá no ocurra nada», pensó Par. Quizá, después de todo, era mentira.

Sintió un opresión en el pecho por una mezcla de sentimientos de decepción y alivio, e intentó dejar esos pensamientos de lado. Coll estaba a menos de una docena de pasos, pero no quiso mirarlo. Quería estar solo, necesitaba pensar sobre algunas cosas y Coll solo lo distraería.

Era extraño que desde el comienzo de aquel viaje hubiese procurado distanciarse de Coll, pensó de repente. Tal vez se debía a que temía por él.

De nuevo, esta vez enfadado, se obligó a cambiar de pensamientos. Cogleine era un gran enigma.

¿Quién era, en realidad, este anciano que parecía saber mucho de todo? «Un druida fracasado», decía él. También se había proclamado el mensajero de Allanon. Pero aquellas breves descripciones no parecían completarle lo suficiente. Par estaba seguro de que ocultaba más de lo que decía. Había una serie de eventos detrás de sus relaciones con Allanon y Walker Boh que estaban escondidas para el resto de ellos. Allanon no habría pedido ayuda a un druida fracasado ni en las circunstancias más desesperadas.

Existía una razón que relacionaba a Cogleine con esta reunión, más allá de lo que cualquiera de ellos sabía.

Observó con disimulo al anciano, que estaba de pie peligrosamente cerca de las aguas del Cuerno del Hades. Conocía todo lo referente a los umbríos. No cabía duda de que había hablado más de una vez con Allanon, y era el único humano vivo que lo había hecho desde su muerte, hacía trescientos años. Par pensó un momento en las historias de Cogleine en la época de Brin Ohmsford, en las que aparecía como un viejo medio loco que esgrimía la magia contra los umbríos como si fuese algún tipo de escoba luchando contra el polvo. Esa era la imagen que evocaban los relatos. Bueno, ahora ya no era así. Estaba controlado. Era irritable y excéntrico, sí... pero, sobre todo, controlado. Era consciente del problema en el que se había metido; al menos, lo suficiente como para no sentirse satisfecho con su misión. Desde luego, él no lo había dicho, pero Par no estaba ciego.

Se produjo un destello en el cielo nocturno, una momentánea luminosidad que

parpadeó a lo lejos y enseguida se extinguió. «El final de una vida y el comienzo de otra», solía decir su madre. Suspiró. No había pensado en sus padres desde la huida de Varfleet. Sintió una punzada de culpa. Se preguntó si estarían bien y si volvería a verlos.

Apretó la mandíbula con determinación. ¡Claro que volvería a verlos! Los problemas se resolverían. Allanon tendría respuestas que darle sobre el uso de la magia de la canción, las razones de los sueños, lo que debían hacer con los umbríos y la Federación... Acerca de todo.

Allanon lo sabría.

El tiempo pasaba, los minutos se convertían en horas y la noche se afanaba en su camino hacia el amanecer. Par se acercó a Coll para hablar con él; ahora necesitaba estar cerca de su hermano. Los demás se removían y tensaban, presos de la inquietud.

A lo lejos, en el este, aparecieron las primeras señales del alba sobre la oscura línea del horizonte.

«No vendrá», pensó Par en tono sombrío.

Y como respuesta a su pensamiento, las aguas del Cuerno del Hades se lanzaron hacia arriba y el valle se estremeció como si algo hubiera despertado bajo sus pies. Las rocas temblaron y rechinaron con el movimiento, y los miembros del pequeño grupo se agazaparon para protegerse. El lago empezó a hervir, las aguas, a revolverse y salpicar hacia el cielo con un agudo siseo. Unas voces, inhumanas y llenas de añoranza, gritaron. Surgían de la tierra, luchando contra cadenas invisibles para los nueve reunidos en el valle, pero que todos ellos podían imaginar. Los brazos de Walker se levantaron contra el sonido, esparciendo un polvo plateado que se ensanchó, formando una cortina protectora. Los demás se taparon los oídos, pero nada podía silenciar aquel sonido.

Entonces la tierra empezó a rugir. Un trueno salió de sus profundidades y eclipsó los gritos. Cogline levantó un esquelético brazo, señalando con firmeza el lago. El Cuerno del Hades estalló en un torbellino, las aguas se agitaron con violencia y de ellas surgió...

—¡Allanon! —gritó Par con excitación contra la furia de los sonidos.

Era el druida. Todos lo supieron al instante. Lo recordaban por los cuentos de tres siglos atrás, lo reconocieron en el fondo de sus corazones con una certeza íntima y secreta. Se elevó en el aire de la noche, rodeado de un resplandor, desprendiéndose de alguna manera de las aguas del Cuerno del Hades. Permaneció flotando sobre su superficie, un espíritu procedente del inframundo, fundido en gris transparente, brillando trémulamente en la oscuridad. Una capa con capucha cubría de la cabeza a los pies la alta y poderosa figura del hombre que una vez fue. Su largo rostro barbudo de facciones angulosas se volvió hacia ellos, sus ojos penetrantes barrieron sus defensas y dejaron sus vidas al descubierto para examinarlas y juzgarlas.

Par Ohmsford empezó a tiritar.

Las agitadas aguas se calmaron, cesó el estruendo y los gemidos se convirtieron

en un susurro que quedó suspendido sobre el valle. El espíritu se acercó a ellos con lentitud, como si quisiera desmentir a Cogline por haberles dicho que su estancia en el mundo de los hombres tenía que ser breve. Mantuvo los ojos fijos en los de los miembros del grupo. Par nunca había estado tan asustado. Quería correr, huir precipitadamente para salvar la vida, pero permaneció inmóvil en el lugar donde se hallaba, incapaz de moverse.

El espíritu se detuvo a la orilla del agua. En algún lugar de las profundidades de sus mentes, los allí reunidos le oyeron hablar.

—Soy el que fue Allanon.

Un murmullo de voces llenó el aire, voces de seres que ya no vivían y que hacían eco a las palabras del espíritu.

—Os he llamado en vuestros sueños... Par, Wren y Walker. Hijos de Shannara, habéis sido convocados ante mí. La rueda del tiempo gira de nuevo... para el renacer de la magia, para honrar la confianza que se os ha dado, para iniciar y acabar muchas cosas...

La voz, profunda y sonora en sus mentes, se tornó áspera, provocando en ellos sentimientos que arañaban el cráneo.

—Llegan los umbríos. Llegan con una promesa de destrucción, esparciéndose por las Cuatro Tierras con la seguridad del día que sucede a la noche...

Las delgadas manos del espíritu tejieron una visión de sus palabras a través del aire nocturno, un tapiz de vivos colores que destacó momentáneamente en la oscura neblina. Los sueños que les había enviado adquirieron vida, como escenas de una locura horripilante. Luego se apagaron y desaparecieron. La voz susurró sin producir ningún sonido.

—Así será si no atendéis...

Par sintió que las palabras resonaban a través de su cuerpo como un retumbo a través de la tierra. Quería mirar a los otros, quería ver la expresión de sus caras, pero la voz del espíritu lo inmovilizó como si lo hubiese hechizado.

A Walker Boh no le afectó de la misma manera. Cuando su tío habló, lo hizo en un tono tan gélido como el del espíritu.

—¡Dinos lo que quieres, Allanon! ¡Acaba con esto!

La mirada inexpresiva del druida se desplazó hacia la oscura figura y se detuvo en ella. Contra su voluntad, Walker Boh retrocedió un paso. El espíritu le habló.

—¡Destruir a los umbríos! Dominan a las gentes de las razas, introduciéndose en sus cuerpos, adoptando sus formas cuando quieren, volviéndose ellos, utilizándolos, transformándolos en el gigante deforme y la leñadora enloquecida que ya habéis encontrado... y en cosas aún peores. Nadie lo ha impedido y nadie lo hará si vosotros no...

—Pero ¿qué se supone que debemos hacer? —preguntó Par, casi sin pensar.

Cuando se apareció ante ellos, el espíritu tenía forma, era un fantasma que había adquirido plenitud de vida, pero las líneas y contornos empezaban ya a palidecer, y el

que fue Allanon centelleaba con la transparencia e inconsistencia del humo.

—Hijo de Shannara. Se han de restablecer algunos equilibrios si se ha de destruir a los umbríos; no solo durante un período de tiempo, ni siquiera durante el siglo actual, sino para siempre. La magia es necesaria. Una magia que acabe con este mal uso de la vida. Una magia que restaure el tejido de la existencia del hombre en el mundo mortal. Esa magia es tu herencia... la tuya, la de Wren y la de Walker. Debéis conocerla y aceptarla...

Las aguas del Cuerno del Hades empezaban a girar de nuevo, y todos los miembros del pequeño grupo retrocedieron ante sus siseos y salpicaduras, excepto Cogline, que permaneció inmóvil como una piedra delante de los otros, con la cabeza inclinada sobre su frágil pecho.

El espíritu de Allanon pareció crecer de repente, elevándose ante ellos. Sus vestiduras se desplegaron, sus ojos se fijaron en Par, y el joven vallense sintió la puñalada de un dedo invisible en su cuerpo.

—Par Ohmsford, portador de la promesa de la Canción de los Deseos, te encargo la recuperación de la espada de Shannara. Solo a través de la espada podrá revelarse la verdad, y solo a través de la verdad serán vencidos los umbríos. Encuentra la espada, Par. Empúñala de acuerdo a los dictados de tu corazón... y descubrirás la verdad sobre los umbríos.

Sus ojos se apartaron de él.

—Wren, hija de vidas ocultas y olvidadas, tu misión tiene la misma importancia. No hay curación posible para las Tierras ni sus habitantes sin los elfos. Encuéntralos y haz que regresen al mundo de los hombres. Encuéntralos, joven nómada. Solo entonces finalizará la enfermedad.

El Cuerno del Hades tosió ruidosamente.

—Y tú, Walker Boh, que no crees, busca esa fe... y el entendimiento preciso para sostenerla. Encuentra el único remedio curativo que puede devolver la vida a las Tierras. Busca el desaparecido Paranor y trae de vuelta a los druidas.

El asombro se reflejaba en las caras de todos ellos y, durante un breve instante, retuvo los gritos de incredulidad que estaban a punto de emerger. Entonces todos gritaron a la vez, y las palabras se superpusieron unas sobre otras en sus intentos de hacerse oír sobre el tumulto. Pero los gritos cesaron de inmediato cuando los brazos del espíritu se extendieron en un barrido que provocó nuevos ecos en la tierra.

—Parad.

Las aguas del Cuerno del Hades escupieron y sisearon a sus espaldas mientras el druida se encaraba con ellos. La luz aumentaba en el este. El amanecer amenazaba con irrumpir.

La voz del espíritu se convirtió de nuevo en un susurro.

—Deberíais saber más. Desearía que pudiera ser. Pero os he dicho todo lo que puedo deciros. Muerto, carezco del poder que tuve en vida. Solo se me ha permitido ver fragmentos del mundo que fue o del futuro que será. No puedo hallar lo que está

oculto para vosotros porque estoy encerrado en un mundo donde la materia tiene poco significado. Los recuerdos se alejan más de mí cada día. Siento lo que es y lo que es posible, eso debería ser suficiente. Por tanto, prestadme atención. No puedo acompañaros. No puedo guiaros. No puedo responder a las preguntas que os proponíais formularme sobre la magia, sobre la familia, sobre vuestro propio valor. Todo eso debéis hacerlo vosotros mismos. Mi tiempo en las Cuatro Tierras terminó, hijos de Shannara. La situación de Bremen se repite en mí. No estoy encadenado por grilletes de fracaso como él, pero estoy encadenado de todas maneras. Los límites de la muerte, tanto en tiempo como en existencia. Soy el pasado. El futuro de las Cuatro Tierras os pertenece a vosotros y solo a vosotros.

—¡Pero nos pides cosas imposibles! —gritó Wren con desesperación.

—¡Peor aún! ¡Pides cosas que nunca deberían suceder! —rugió Walker—. ¿El regreso de los druidas? ¿La restauración de Paranor?

—Solo os pido lo que debe ser —respondió el espíritu con suavidad—. Tenéis las habilidades, el corazón, la razón y la necesidad para hacer lo que os he pedido. Creed lo que os he dicho, hacer lo que os he dicho, y los umbríos serán destruidos.

Par sintió como la garganta se le tensaba por la desesperación. Allanon empezaba a desvanecerse.

—¿Dónde hemos de buscar? —gritó, frenéticamente—. ¿Por dónde debemos empezar? ¡Allanon, tienes que decírnoslo!

No hubo respuesta. El espíritu se desdibujó aún más.

—¡No! ¡No puedes irte! —exclamó Walker Boh de repente. El espíritu empezó a sumergirse en las aguas del Cuerno del Hades—. ¡Druida, te lo prohíbo! —gritó lleno de furia Walker Boh, que lanzó destellos de su propia magia con los brazos extendidos, como si quisiera alcanzarlo.

El valle completo pareció estallar en respuesta, la tierra tembló hasta que las piedras saltaron y resonaron ferozmente, sopló un viento que bajó de las montañas como si hubiera sido convocado. El Cuerno del Hades era un torbellino de rabia. Los muertos chillaron, y el espíritu de Allanon se consumió en llamas. Los miembros del grupo cayeron al suelo cuando las fuerzas que los envolvían entraron en colisión y todo fue engullido por un remolino de luz y sonido.

Al final retornaron la calma y la oscuridad. Levantaron las cabezas con cautela y miraron a su alrededor. El valle estaba vacío, sin espíritus, sin fantasmas y sin los fenómenos que los habían acompañado. La tierra estaba en reposo y el Cuerno del Hades era una plácida superficie que reflejaba la brillante imagen del sol naciente.

Par Ohmsford se puso de pie lentamente con la impresión de que acababa de despertar de un sueño.

Cuando los miembros del pequeño grupo consiguieron recuperar la compostura, descubrieron que Cogleine había desaparecido. Al principio no se lo acabaron de creer, seguros de que debían estar equivocados, y lo buscaron en las alargadas sombras nocturnas. Pero en el valle había pocos sitios donde esconderse, y no encontraron al anciano.

—Tal vez haya escapado junto el espíritu de Allanon —sugirió Morgan a modo de broma.

Pero nadie rio. Ni siquiera sonrieron. Ya estaban bastante angustiados por todo lo sucedido aquella noche, y la extraña desaparición del anciano solo sirvió para aumentar su inquietud. Una cosa era que los espíritus de los druidas aparecieran y se desvanecieran sin previo aviso, y otra muy distinta, que lo hiciera una persona de carne y hueso. Además, Cogleine era su única conexión con el significado de los sueños y quien los había convencido de la necesidad de realizar aquel viaje. Con la aparente ruptura de esa conexión, todos fueron dolorosamente conscientes de que, desde ese momento, solo podrían contar consigo mismos.

Dieron algunas vueltas más por el valle, sin saber qué hacer, hasta que Walker murmuró algo acerca de perder el tiempo e inició por su cuenta el camino de regreso, seguido por todos los demás. El sol ya estaba sobre el horizonte, como una bola dorada en el cielo despejado y azul, y el calor del día descendía sobre las desnudas cumbres de los Dientes del Dragón. Par volvió la vista atrás antes de abandonar el valle. El Cuerno del Hades le devolvió la mirada, silencioso e indiferente.

El viaje de vuelta fue silencioso. Pensaban en lo que el druida había dicho, ponderando y midiendo las revelaciones y los encargos, y ninguno parecía todavía preparado para hablar, y desde luego Par tampoco. Estaba tan confuso a causa de lo que le habían dicho que le costaba aceptar que realmente lo había oído. Seguía a los otros junto a Coll, contemplando sus espaldas mientras serpenteaban en fila india entre las rocas por el camino que conducía a su campamento. Pensaba que, después de todo, Walker tenía razón y que daba igual cómo imaginara que sería su encuentro con Allanon, habría imaginado mal. Coll le preguntó si se encontraba bien, y se limitó a asentir sin contestar, mientras se preguntaba a sí mismo si podría volver a estar bien alguna vez.

Le había encomendado la recuperación de la espada de Shannara. ¿Cómo demonios se suponía que tenía que hacerlo?

La aparente imposibilidad de la misión era abrumadora. No sabía por dónde empezar. Nadie había visto la espada desde hacía más de cien años, cuando la Federación conquistó Tyrsis. Y podría haber desaparecido antes. Como la mayoría de

las cosas relacionadas con la época de los druidas y la magia, la espada formaba parte de una leyenda casi olvidada. Ya no había druidas, ni elfos, ni magia en el mundo de los hombres. ¿Cuántas veces había oído eso?

Apretó la mandíbula. ¿Qué se suponía que debía hacer? ¿Qué se suponía que debía hacer cada uno de ellos? Allanon no les había dado nada que les permitiera dar los primeros pasos. Se había limitado a adjudicarles sus respectivas misiones y a asegurar que su realización era posible y necesaria.

Sintió una oleada de calor en su interior. No había mencionado su magia ni los usos de la canción, que él creía que permanecían ocultos para él. No había dicho nada de las situaciones en que podía ser utilizada. Ni siquiera le había dado la oportunidad de formular ninguna pregunta. No sabía nada más acerca de la magia que no supiera antes.

Par estaba furioso y decepcionado, e invadido por una docena más de sentimientos demasiado confusos para organizarlos. ¡Recuperar la espada de Shannara! ¿Y luego qué? ¿Qué se suponía que debía hacer con ella? ¿Desafiar a los umbríos a alguna especie de combate? ¿Buscarlos por todo el mundo y destruirlos de uno en uno?

Su cara se enrojeció. ¡Por todas las sombras! ¿Por qué tenía siquiera que plantearse hacer algo así?

Logró controlarse. Bueno, ese era el quid de la cuestión, ¿verdad? ¿Merecía la pena considerar siquiera lo que Allanon le había pedido? No buscar la espada de Shannara y cazar umbríos, sino simplemente buscar la espada de Shannara.

Eso era, precisamente, lo que debía decidir.

Intentó olvidarse durante un tiempo del asunto, deleitándose en el frescor de las sombras que proyectaban los riscos en el sendero; pero, de la misma forma que un niño asustado se aferra a su madre, este se negó a separarse de él. Vio que Steff le decía algo a Teel y después a Morgan, negando con la cabeza con su vehemencia habitual. Vio la postura rígida de Walker Boh. Vio que Wren apresuraba el paso tras su tío como si pretendiera adelantarlo. Todos estaban tan furiosos y decepcionados como él, sin lugar a dudas. Se sentían engañados por lo que se les había dicho... o por lo que no se les había dicho. Esperaban algo más substancial, algo definitivo, algo que diera respuestas a las preguntas que traían.

¡Algo más que las misiones imposibles que les había encomendado!

Allanon había dicho que las misiones no eran imposibles, que eran realizables, y que los tres que habían sido designados para llevarlas a cabo tenían las habilidades, el corazón y la razón suficientes para cumplirlas.

Par suspiró. ¿Podía creerlo?

Una vez más volvió a preguntarse si debía considerar o no lo que se le había pedido.

Pero ya lo estaba considerando, ¿no era así? ¿Qué otra cosa estaba haciendo en ese mismo momento?

Dejó atrás la sombra de los riscos y siguió el camino rocoso que conducía al campamento. A la vez, intentó dejar de lado su furia y su frustración, y pensar con claridad. ¿Qué conocimientos tenía en los que basarse? Los sueños habían sido una llamada de Allanon. Sobre eso ya no cabía la menor duda. El druida había recurrido a ellos como a los Ohmsford en el pasado, para pedirles su ayuda contra la magia negra que amenazaba las Cuatro Tierras. La única diferencia era que ahora se había visto obligado a presentarse como un espíritu. Cogleine, un antiguo druida, había sido su mensajero para que su llamada fuese atendida. Cogleine tenía la confianza de Allanon.

Par reflexionó un momento para decidir si realmente creía en la última premisa, y su decisión fue afirmativa.

Los umbríos eran reales, continuó. Eran peligrosos y malignos, y constituían una clara amenaza para las razas y las Cuatro Tierras. Eran magia.

Y si los umbríos eran de verdad magia, probablemente se necesitaba magia para destruirlos. Si aceptaba esto, hacía más creíble lo que Allanon y Cogleine habían dicho. Hacía posible el relato del origen y crecimiento de los umbríos. Hacía posible su afirmación sobre el desequilibrio de las cosas. Tanto si admitía como si rechazaba que la aparición de los umbríos era la causa, era evidente que las Cuatro Tierras estaban aquejadas de muchos males. La Federación culpaba de esos males a la magia de los elfos y de los druidas, a la magia que las antiguas historias proclamaban que era beneficiosa. Pero Par pensaba que la magia en sí misma no era ni buena ni mala, solo era poder. Esa era la lección de la canción. Todo dependía de cómo se utilizara la magia.

Par frunció el ceño. Si era así, los umbríos debían de estar utilizando la magia para crear problemas a las razas sin que nadie lo advirtiera. ¿Y si la única manera de combatir esa magia fuese volviéndola contra quien la empleaba, invertir la finalidad de sus efectos? ¿Y si para conseguirlo fuera necesaria la presencia de los druidas, los elfos y los talismanes como la espada de Shannara?

Admitió, muy a su pesar, que el razonamiento tenía sentido.

Pero ¿tenía suficiente sentido?

El campamento apareció ante él tal como lo habían dejado la noche anterior, débilmente iluminado por los primeros rayos de sol en la oscuridad en declive. Los caballos relincharon cuando se acercaron, todavía atados a los postes. Par vio que el de Cogleine estaba entre ellos. Al parecer, el anciano no había vuelto al campamento.

Se encontró pensando en la manera en que Cogleine se había presentado ante ellos. Había aparecido de forma inesperada ante Walker, Wren y él mismo, les había dicho lo que tenía que decir y había partido de una forma tan abrupta como había llegado. Había sido así cada vez. Les advirtió cuando fue necesario y les dejó tomar libremente su decisión. Quizá su comportamiento de ahora era el mismo, pensó de repente, dejarlos a solas para que pudieran decidir ellos mismos.

Llegaron al campamento sin haber intercambiado más que unas pocas y cortas palabras, y se detuvieron con visibles muestras de inquietud. Hubo algunas

sugerencias acerca de comer algo o dormir, pero todos se opusieron rápidamente. En realidad, ninguno de ellos quería comer o dormir; no estaban hambrientos ni cansados, sino, ahora sí, dispuestos a hablar de lo sucedido. Querían discutir el asunto y dar voz a los pensamientos y emociones que los habían invadido durante el trayecto de regreso.

—Muy bien —dijo bruscamente Walker Boh, después de un momento de incómodo silencio—. Puesto que nadie se atreve a decirlo, lo haré yo. Todo esto es una locura. Paranor ha desaparecido. Los druidas han desaparecido. No ha habido elfos en las Cuatro Tierras desde hace más de cien años. Y, al menos durante ese tiempo, nadie ha visto la espada de Shannara. Ninguno de nosotros tiene la más remota idea de cómo recuperar ninguna de esas cosas, suponiendo que realmente sea posible. Yo no lo creo. Sospecho que es otro caso de los druidas jugando una vez más con los Ohmsford. ¡Y eso me molesta mucho!

Estaba sofocado y tenía las ojeras muy marcadas. Par recordó la furia que mostró en el valle, casi descontrolado. Aquel no era el Walker Boh que había conocido en su niñez.

—No estoy seguro de que podamos descartar lo sucedido como un simple juego... —empezó a decir Par.

—No, claro que no, Par —lo interrumpió Walker—. ¡Tú ves todo esto como una gran oportunidad para satisfacer tu enorme curiosidad sobre el empleo de la magia! ¡Ya te he advertido antes que la magia no es el don que tú crees, sino una maldición! ¿Por qué te empeñas en seguir viéndola como si fuera algo diferente?

—¿Y si el espíritu dijera la verdad? —preguntó Coll con voz firme y serena, que atrajo la atención de Walker.

—¡La verdad no está en esos embaucadores encapuchados! ¿Cuándo nos han dicho la verdad? ¡Nos explican indicios y fragmentos, pero nunca todo! ¡Nos utilizan! ¡Siempre nos han utilizado!

—Pero no sin prudencia, no sin tener en cuenta lo que se debe hacer. Eso es lo que nos explican las historias —prosiguió Coll, que mantenía inamovible su postura—. No estoy diciendo que debemos obedecer al espíritu, Walker, sino que no es razonable rechazar la cuestión por una sola posibilidad cuando existen otras muchas.

—Esos indicios y fragmentos de los que hablas... siempre contuvieron la verdad —dijo Par, apoyando la sorprendentemente elocuente defensa de Coll—. Lo que quieres decir es que Allanon jamás reveló toda la verdad al principio, siempre se reservó algo.

—Una verdad a medias puede ser tan devastadora como una mentira —respondió Walker con voz serena, mirando a Par y a Coll como si fuesen niños y negando con la cabeza. La resignación había ocupado el lugar de la ira—. Ya deberíais saberlo.

—Sé que ambas son peligrosas.

—Entonces, ¿por qué sigues insistiendo? ¡Olvídalo!

—Tío —dijo Par con un tono de reproche en su voz que incluso él mismo se

sorprendió—, todavía no he tomado ninguna decisión.

Walker, cuya alta figura se destacaba contra la cálida luz del alba, lo miró durante largo rato. Su cara reflejaba una mezcla de emociones difíciles de interpretar.

—¿Todavía no has tomado ninguna decisión? Te lo diré de otra manera entonces —prosiguió, y se dio la vuelta para recoger sus mantas—. Aunque fuese cierto todo lo que nos dijo el espíritu, no cambiaría nada. He decidido lo que haré. No haré nada para restablecer Paranor ni a los druidas en las Cuatro Tierras. No puedo pensar en nada que desee menos. La época de los druidas y Paranor vio más locura de la que podamos ser testigos en nuestra época. ¿Traer de vuelta a aquellos ancianos, con sus magias y conjuros, para que jueguen con la vida de las gentes como si fuesen muñecos? ¡Antes de hacer posible el regreso de los druidas me cortarían una mano! —concluyó mientras se erguía con una expresión tan dura como el granito en su pálido rostro.

Todos los miembros del pequeño grupo intercambiaron miradas de consternación, se giraron para acabar de recoger sus pertenencias.

—¿Volverás a esconderte en tu valle sin más? —le preguntó Par, furioso. Walker no se dignó ni a mirarlo—. ¿Qué pasa si el espíritu ha dicho la verdad, Walker? ¿Qué ocurrirá si se cumplen las profecías y los umbríos extienden sus dominios incluso hasta la Chimenea de Piedra? ¿Qué harás entonces?

—Lo que deba hacer.

—¿Con tu propia magia? —le preguntó Par—. ¿Con la magia que te enseñó Cogline?

—¿Cómo sabes eso? —dijo Walker, levantando su pálida cara.

—¿Cuál es la diferencia entre tu magia y la de los druidas, Walker? ¿No es la misma? —insistió Par, que desafiaba su mirada.

—A veces, Par, eres un estúpido —respondió Walker, esbozando una sonrisa dura y hostil, y volviendo a su tarea—. He hecho lo que debía —prosiguió tras unos momentos y haber recuperado la calma—. He venido hasta el Cuerno del Hades como se me había pedido y he escuchado lo que debía escuchar. No tengo más obligaciones. Vosotros tenéis que decidir lo que debéis hacer. Yo ya he acabado con este asunto.

Pasó entre ellos sin detenerse, y se dirigió al lugar donde estaban los caballos. Colocó sus pertenencias en el suyo, montó y se alejó sin volver la vista atrás ni una sola vez.

Los miembros restantes del grupo observaron en silencio su partida. Aquella había sido una decisión rápida, que Walker Boh parecía demasiado ansioso de tomar. Par se preguntó por qué.

—¿Y tú? —preguntó a Wren, cuando su tío se perdió de vista.

—No tengo los prejuicios y la predisposición de Walker —respondió la joven nómada, negando con la cabeza lentamente y sentándose en una roca cercana—, pero comparto sus dudas.

—¿Crees que el espíritu ha dicho la verdad? —le preguntó Par, que se sentó junto a ella.

—Todavía estoy intentando averiguar si el espíritu era quien afirmaba que era, Par —respondió Wren, vacilante—. Yo sentí que lo era, lo sentí en mi corazón, y sin embargo... —Calló durante un breve instante—. Solo conozco a Allanon de lo que relatan las historias, y mi conocimiento de ellas es bastante pobre. ¿Qué opinas tú?

—Era Allanon —respondió Par con plena convicción.

—¿Y ha dicho la verdad?

—Sí, creo que hay razones para creerlo —respondió Par, consciente de que los otros miembros del grupo se aproximaban a ellos en silencio, expectantes.

Expuso sus pensamientos, en el mismo orden en que se habían desarrollado durante el camino de regreso desde el valle. Parecían más convincentes de lo que hubiera podido suponer, y se mostró sorprendido. Ya no vacilaba, la fuerza de sus argumentos le hacía sentirse seguro.

—No he reflexionado sobre el tema tanto como me habría gustado —concluyó—, pero si el espíritu no nos convocó para revelarnos la verdad, ¿qué razón tendría? ¿Por qué nos mentiría? Walker parece completamente convencido de que el engaño existe, pero yo no puedo imaginar de qué forma ni cuál es su propósito. Además, Walker está asustado... de los druidas, de la magia, de todo. Nos oculta algo. Lo siento. Juega al mismo juego que le reprocha a Allanon.

—Pero también entiende a los druidas —respondió Wren, asintiendo, y ante la confusión de Par, esbozó una sonrisa triste—. Siempre ocultan cosas, Par. Ocultan todo lo que no desean revelar. Es su forma de actuar. También hay cosas escondidas ahora. Lo que nos ha dicho ha sido demasiado incompleto, demasiado limitado. Lo mires como lo mires, no hemos recibido un trato diferente del que recibieron nuestros antepasados.

—Quizá debiéramos regresar al valle esta noche y ver si reaparece el espíritu —sugirió Morgan en un tono cargado de dudas, y rompió el largo silencio que se había producido.

—Quizá debiéramos dar a Cogline la oportunidad de regresar —añadió Coll.

—No creo que, por ahora, volvamos a ver ni a uno ni al otro —respondió Par, negando con la cabeza—. Creo que tendremos que tomar una decisión sin contar con su ayuda.

—Estoy de acuerdo —respondió Wren, poniéndose de pie—. A mí me encargó que buscara a los elfos. ¿Cómo lo dijo? Que los devolviera al mundo de los hombres. Estoy segura de que eligió deliberadamente las palabras, pero no las entiendo. No tengo ni idea de dónde están los elfos, ni siquiera por dónde empezar a buscarlos. He vivido los últimos diez años en la Tierra del Oeste, y Garth muchos más. Entre los dos hemos ido a todo lugar al que se puede ir, y puedo aseguraros que nunca nos hemos encontrado con ningún elfo. ¿En qué otro lugar puedo buscar?

Se acercó a Par.

—Regreso a casa —dijo la joven nómada—. No tengo nada más que hacer aquí. Pensaré en todo esto, aunque pensarlo no tendrá ninguna utilidad. Si los sueños se repiten y me indican un lugar donde iniciar la búsqueda, es posible que lo intente. Pero por ahora... Bueno, Par. Adiós —concluyó, y se encogió de hombros.

Abrazó y besó a sus primos, primero a Par y a continuación a Coll, e incluso a Morgan. Dedicó una inclinación de cabeza a los enanos y empezó a recoger sus cosas con la ayuda de Garth.

—Me gustaría que te quedaras un poco más, Wren —dijo Par, que sentía un nudo de desesperación en el estómago porque dejaban todo el peso sobre sus espaldas.

—¿Por qué no vienes conmigo? —le preguntó ella—. Seguramente te sentirías muy a gusto en la Tierra del Oeste.

—No, primero he de tomar mi propia decisión —dijo Par, suspirando y mirando a Coll, quien se limitó a fruncir el ceño. Morgan miró hacia otro lado—. Debo hacerlo antes de saber dónde tengo que estar.

—Quizá mi punto de vista sería distinto si contara con la protección de la magia como Walker y tú —respondió Wren, tras acabar de recoger sus cosas, asintiendo en señal de comprensión mientras se acercaba a él—. Pero no la tengo. No dispongo de la canción ni de las enseñanzas de Cogline. Lo único que poseo es una bolsita con unas piedras pintadas. —Volvió a darle un beso—. Si me necesitas, puedes encontrarme en el Tirfing. Ten cuidado, Par.

Se alejó del campamento sobre su montura, seguida de Garth. Los demás observaron la partida de la muchacha nómada de rizados cabellos y de su gigantesco compañero vestido de brillantes colores. Minutos más tarde solo eran unos puntitos al oeste del horizonte.

Par continuó mirando hacia ellos incluso cuando desaparecieron por completo. Poco después volvió los ojos hacia el este, en la dirección seguida por Walker Boh. Se sentía como si le hubieran robado partes de sí mismo.

Coll insistió en que debían comer algo, porque habían transcurrido más de doce horas desde su última comida y carecía de sentido el dedicarse a pensar con el estómago vacío. Par agradeció aquella interrupción, reticente a afrontar sus decisiones cuando se hallaba inquieto y entristecido por la partida de Walker y Wren. Tomó el caldo que Steff había preparado, junto con pan duro y fruta, bebió varios vasos de cerveza y bajó a la fuente para lavarse. Cuando volvió, aceptó la sugerencia de su hermano de que se echara unos minutos a descansar, y enseguida se quedó dormido.

Cuando despertó a mediodía, le palpitaban las sienes, tenía todo el cuerpo dolorido y la garganta, reseca y ardiente. Había soñado con cosas que habría preferido olvidar: con Rimmer Dall y los buscadores, que lo perseguían por los edificios vacíos de una ciudad quemada, con enanos famélicos e indefensos frente a una ocupación de la que no podían librarse, con umbríos al acecho detrás de cada rincón oscuro que pasaba en su huida, con el espíritu de Allanon advirtiéndole de

cada nuevo riesgo y riéndose a la vez de sus desgracias. Sentía el estómago revuelto, pero se obligó a no pensar en ello. Volvió a lavarse, bebió más cerveza, se sentó a la sombra de un viejo álamo y esperó a que remitiera el malestar. Desapareció antes de lo que esperaba, y rápidamente pidió un segundo cuenco de caldo.

—¿Te encuentras mejor? —le preguntó Coll, que se acercó mientras comía—. Cuando despertaste tenías mal aspecto.

—No me encontraba bien —respondió Par mientras dejaba el cuenco a un lado tras acabar el caldo—. Pero ahora ya me siento mejor —añadió, y sonrió como prueba.

Coll se sentó junto a él, apoyándose en el áspero tronco del árbol, contemplando desde su agradable sombra el cálido mediodía.

—He estado pensando —dijo con gesto dubitativo y reacio a continuar hablando—. He estado pensando en lo que haría si decidieses ir en busca de la espada.

—Coll, ni siquiera... —dijo Par, que se giró hacia él.

—No, Par, déjame terminar —lo interrumpió Coll con insistencia—. Si hay algo que he aprendido de ser tu hermano es que tengo que hablar contigo antes de que tomes una decisión. Una vez lo haces, bien podría estar grabada en piedra. —Lo miró de reojo—. ¿Te acuerdas de que ya hemos discutido esto en otras ocasiones? Mantengo que te conozco mejor de lo que te conoces a ti mismo. ¿Recuerdas que, hace unos años, te caíste al río Rappahalladron y casi te ahogas cuando estábamos cazando aquel zorro plateado en el bosque de Duln? Se suponía que ya no quedaba ninguno en la Tierra del Sur, pero aquel viejo trampero afirmó que había visto uno, y eso fue suficiente para ti. El río Rappahalladron iba crecido, porque era finales de primavera, y padre nos prohibió cruzarlo... nos hizo prometerle que no lo intentaríamos. En cuanto hiciste la promesa, supe que la romperías si tenías que hacerlo. ¡Desde el primer minuto que lo prometiste!

—Bueno, yo no diría... —respondió Par, con el ceño fruncido.

—La cuestión es que normalmente puedo darme cuenta de si has tomado o no una decisión sobre algo —lo interrumpió Coll—. Y creo que Walker estaba en lo cierto. Creo ya has decidido ir en busca de la espada de Shannara, ¿no es verdad?

Par lo miró, sorprendido.

—Tus ojos dicen que vas a hacerlo, Par —prosiguió Coll, con voz serena y una amplia sonrisa dibujada en el rostro—. Tanto si existe como si no, irás a buscarla. Te conozco. Y vas a ir porque crees que podrás aprender algo sobre tu propia magia, porque quieres utilizarla en una causa grande y noble, porque dentro de ti hay una vocecita que no cesa de susurrarte que la magia tiene una finalidad. No, no, espera... escúchame.

»No creo que haya nada malo en ello —prosiguió, levantando las manos para detener las objeciones de Par—. Lo entiendo. Pero no sé si te afecta hasta tal punto que pueda condicionar tu decisión. Y has de ser capaz de reconocerlo porque, de lo contrario, nunca te sentirás en paz contigo mismo sobre lo que estás haciendo. Sé que

no tengo ningún tipo de magia, pero el hecho es que, de alguna manera, comprendo el problema mejor que tú. Siempre has buscado retos que los otros habían rechazado. — Se detuvo un momento—. En parte, eso es lo que está sucediendo ahora. Ves a Walker y Wren retirarse de esto, y tú deseas hacer lo contrario. Así eres tú. Ahora no puedes renunciar, aunque deberías hacerlo. Me creas o no, siempre te he admirado por eso —prosiguió Coll, adoptando una actitud reflexiva—. Sé que también hay otras consideraciones. Nuestra familia todavía está confinada en Valle Sombrío, y nosotros dos, sin hogar, sin un lugar adonde ir, convertidos en una especie de proscritos. Si renunciamos a esta búsqueda que el espíritu de Allanon nos ha encomendado, ¿adónde iremos? ¿Qué podemos hacer para cambiar la situación, si no es buscar la espada de Shannara? Sé que eso cuenta. Y sé...

—Has dicho nos —lo interrumpió Par.

—¿Qué? —dijo Coll, tras detenerse.

—Justo ahora. Has dicho nos. Varias veces —respondió Par, estudiando con ojo crítico a su hermano—. Has dicho: «Si renunciamos a esta búsqueda que el espíritu de Allanon nos ha encomendado, ¿adónde iremos?».

—Sí, eso he dicho —admitió Coll, bajando la cabeza con pesar—. He empezado hablando de ti y termino incluyéndome sin darme cuenta. Pero ese es exactamente el problema, supongo. Estamos tan unidos que, a veces, pienso en nosotros como si fuésemos iguales... y no lo somos. En realidad, somos muy distintos, y nunca tanto como ahora. Tú tienes la magia y la oportunidad de aprender algo sobre ella, y yo no. Tú tienes una misión, y yo no. ¿Qué debo hacer si tú vas, Par?

—¿Y bien? —le preguntó Par, tras un momento de espera.

—Bueno. Ya que está dicho todo, ya que los argumentos a favor y en contra están sobre la mesa, a mí me quedan un par de cosas que decir —respondió Coll, cambiando de postura para encararse con Par—. En primer lugar, soy tu hermano y te quiero. Eso significa que no te abandonaré aunque no esté de acuerdo con lo que hagas. Ya te lo dije antes. En segundo lugar, si vas...

Hizo una breve pausa.

—Vas a ir, ¿verdad?

Se produjo un largo silencio. Par no respondió.

—Muy bien. Si decides ir, será un viaje peligroso y necesitarás a alguien para que te cubra las espaldas. Y para eso están los hermanos —afirmó, aclarándose la garganta—. Por último, he reflexionado sobre todo esto desde tu punto de vista, qué haría si fuera tú, sobre ir o no ir, sopesando las ventajas e inconvenientes según mi criterio. Si yo tuviese que decidir, si yo estuviese en tu lugar, creo que iría.

Se apoyó en el álamo y esperó.

—Para ser honesto, Coll —contestó Par, tras inspirar profundamente—, creo que es la última cosa que esperaba escuchar de ti.

—Es posible que ese sea el motivo de mi confesión —respondió Coll, esbozando sonriendo—. Me gusta ser impredecible.

—Así que ¿irías si estuvieses en mi lugar? —Par observó a su hermano mientras dejaba que sus palabras penetraran en su mente—. No sé si te creo.

—Sin duda me crees —respondió Coll, acentuando su sonrisa.

Todavía se miraban cuando llegó Morgan y se sentó frente a ellos, un poco confundido al ver reflejada la misma expresión en ambas caras. Después se unieron a ellos Steff y Teel, y los tres pasaron sus miradas de uno a otro.

—¿Qué está pasando? —preguntó finalmente Morgan.

Par lo miró un instante sin verlo, concentrado en las tierras de más allá, las colinas salpicadas de árboles que se extendían hacia el sur de los áridos y alargados Dientes del Dragón, nubladas por un calor que hacía rielar el paisaje. El polvo formaba pequeños remolinos cuando la brisa soplaba sobre el camino que bajaba. Había silencio bajo el árbol. Par pensaba en el pasado, recordando los tiempos que Coll y él habían compartido. Los recuerdos estaban impregnados de una intimidad reconfortante. En su mayoría eran claros y precisos, y la mayoría de ellos le provocaban una dulce nostalgia.

—¿Y bien? —insistió Morgan.

—Según Coll, debo hacer lo que el espíritu dice —respondió Par, pestañeando—. Cree que debo buscar la espada de Shannara. —Hizo una breve pausa—. ¿Tú que crees, Morgan?

—Creo que iré contigo —respondió Morgan sin dudar ni un instante—. Ya estoy cansado de pasar la vida incordiando a los cretinos de la Federación que intentan gobernar Leah. Hay mejores usos para un hombre como yo. —Se puso de pie—. ¡Además, tengo una espada que necesito probar contra la magia negra! ¡Y como todos los aquí presentes pueden atestiguar —prosiguió, simulando en broma que desenvainaba la espada—, no hay mejor medio de conseguirlo que acompañar a Par Ohmsford!

—Morgan, no deberías bromear... —dijo Par, negando con la cabeza.

—¡Bromear! ¡Pero si es la verdad! Todo que he hecho durante meses ha sido bromear. ¿Y de qué ha servido? —Las facciones de Morgan se endurecieron—. Ahora tengo la oportunidad de hacer algo que sigue un propósito real, algo mucho más importante que irritar y ridiculizar a los enemigos de Leah. ¡Vamos! Míralo desde mi punto de vista, Par. No puedes refutar lo que digo.

Apartó los ojos de él para fijarlos en el enano.

—¿Qué opinas tú, Steff? ¿Qué piensas hacer? ¿Y Teel?

—Teel y yo compartimos más o menos el mismo punto de vista sobre este asunto —respondió Steff, entre risas y arrugando su tosca cara—. Ya hemos tomado una decisión. Iremos con vosotros. En primer lugar, porque esperamos encontrar algo, mágico o lo que sea, que nos ayude a liberar a nuestro pueblo de la Federación. Aún no hemos encontrado nada, pero es posible que nos estemos acercando. Lo que dijo el espíritu acerca de que los umbríos extendían la magia negra viviendo dentro de los cuerpos de los hombres, las mujeres y los niños para lograrlo puede explicar buena

parte de la locura que consume a las Tierras. ¡Incluso el empeño de la Federación en machacar a los enanos! Vosotros lo habéis visto. Ese parece que es el propósito de la Federación. Allí opera la magia negra. Los enanos pueden sentirlo mejor que la mayoría porque las comarcas más remotas de la Tierra del Este siempre les han proporcionado escondrijos. La única diferencia consiste en que, en vez de ocultarse, ahora se manifiesta sin tapujos como un animal enloquecido que nos amenaza a todos. Quizá el descubrimiento de la espada de Shannara sea el primer paso para encerrar de nuevo a ese animal, como ha dicho el espíritu.

—¡Magnífico, has tomado una buena decisión! —exclamó Morgan con aire triunfante—. ¿Dónde ibas a conseguir mejor compañía, Par Ohmsford?

—En ningún sitio, Morgan, pero... —respondió Par, que no podía salir de su asombro.

—¡Te aseguro que lo conseguirás! ¡Olvídate de Walker, de Wren, y de sus excusas! ¡Esto tiene sentido! ¡Piénsalo! —exclamó Morgan, que dirigió una mirada lastimera a su amigo—. Vamos, Par, considera la situación. ¿Qué podemos perder intentándolo y qué podemos ganar?

—No lo fuerces tanto, Morgan. ¡Déjalo respirar! —le dijo Steff mientras se acercaba a él.

Par los miró uno por uno. Al imperturbable Steff, la enigmática Teel, el entusiasta Morgan Leah y, por último, a Coll. De repente se dio cuenta de que su hermano no había manifestado su opinión. Solo había afirmado que lo acompañaría.

—Coll... —empezó a decir.

—Si tú vas, yo voy —respondió Coll, como si hubiera leído sus pensamientos. Las facciones de su rostro parecían esculpidas en piedra—. Desde aquí hasta el final.

Se produjo un largo silencio durante el cual se limitaron a intercambiar miradas. La esperanza que reflejaban sus ojos eran como el susurro de las hojas de sus pensamientos agitadas por una fuerte brisa.

—Entonces, supongo que queda zanjada la cuestión —concluyó Par Ohmsford, y respiró profundamente—. ¿Por dónde empezamos?

Como de costumbre, Morgan Leah tenía un plan.

—Si esperamos encontrar la espada vamos a necesitar ayuda. Nosotros cinco somos demasiado pocos. Después de tanto tiempo, encontrar la espada de Shannara es como buscar una aguja en un pajar, del que además sabemos muy poco. Es posible que vosotros, Steff y Teel, estéis familiarizados con la Tierra del Este, pero Callahorn y las Tierras Fronterizas os son desconocidas. Algo parecido les ocurre a los jóvenes vallenses y también a mí: no conocemos lo suficientemente bien la zona. Y no debemos olvidar que la Federación merodeará por cualquier lugar al que vayamos. Los enanos y los fugitivos de la ley no son bienvenidos en la Tierra del Sur; eso es lo último que he oído. También debemos estar alerta contra los umbríos, porque parece que se sienten atraídos por la magia como el olor de la sangre atrae a los lobos, y no podemos suponer que no volveremos a verlos. Si todo lo que podemos hacer es cubrirnos las espaldas imaginad lo que ocurrirá con la espada. No podremos hacerlo solos. Necesitamos que alguien nos ayude, alguien que conozca bien las Cuatro Tierras, alguien que pueda proporcionarnos hombres y armas.

Su mirada se fijó en Par, y esbozó aquella familiar sonrisa, como si ocultara algo divertido.

—Necesitamos a tu amigo del Movimiento.

Par emitió un quejido. No estaba muy dispuesto a volver a relacionarse con los proscritos porque parecían una invitación directa a los problemas. Pero a Steff y Teel, e incluso a Coll, les pareció bien la idea y, tras discutirlo, se vio obligado a admitir que la propuesta del montañés tenía sentido. Los proscritos poseían los recursos que a ellos les faltaban y estaban familiarizados con las Tierras Fronterizas y con los territorios libres que las rodeaban. Sabrían dónde buscar y las trampas que debían evitar mientras buscaban. Por otra parte, el salvador de Par parecía una persona en la que podían confiar.

—Te dije que si alguna vez necesitabas ayuda acudieras a él —señaló Morgan—. Me parece que podrías necesitar un poco ahora...

Aquello no se podía negar, así que el asunto quedó decidido. Pasaron el resto del día en el campamento, bajo las laderas que conducían al Valle de Esquisto y el Cuerno del Hades. No consiguieron dormir bien la segunda noche de la luna nueva al pie de los Dientes del Dragón. Cuando llegó el día, recogieron sus pertenencias, montaron en los caballos y partieron. El plan era simple. Viajarían hasta Varfleet, buscarían la forja de Kiltan en Punta de Reaver, al norte de la ciudad, y preguntarían por el Arquero, siguiendo las instrucciones del misterioso salvador de Par. Entonces verían de qué se trataba.

Cabalgaron hacia el sur por la maleza que bordeaban las llanuras de Rabb hasta cruzar el brazo este del río Mermidon. Luego giraron hacia el oeste y siguieron el curso del río hasta primera hora de la tarde. El sol tostaba la tierra desde un cielo sin nubes, el aire era seco y estaba lleno de polvo. Nadie habló demasiado mientras viajaban, sumidos en el silencio de sus pensamientos. Desde que emprendieron el camino, ninguno había hablado de Allanon, ni tampoco se había mencionado a Wren ni a Walker. De vez en cuando, Par acariciaba el anillo con la insignia del halcón y se preguntaba de nuevo por la identidad del hombre que se lo había entregado.

Era el final de la tarde cuando atravesaron las montañas Runne por el valle del río hasta el norte de Varfleet, y se aproximaron a los suburbios de la ciudad, que se extendían a través de una serie de colinas, polvorientas y sofocantes bajo la luz del sol poniente. El perímetro de la ciudad estaba rodeado de una serie de chozas y chabolas que servían de refugio a hombres y mujeres desprovistos hasta de lo más necesario. Muchos se acercaron a los viajeros para pedirles dinero y comida, y Par y Coll les dieron lo poco que tenían. Morgan se volvió para dirigirles una mirada de reproche, como la de un padre a un niño demasiado ingenuo, pero no dijo nada.

Poco después, Par deseó haber pensado en disimular sus rasgos élficos. Habían pasado semanas desde que había necesitado hacerlo, simplemente había perdido el hábito. Se consolaba pensando que sus cabellos habían crecido lo suficiente y le cubrían las orejas, pero de todas maneras debería mostrarse precavido. Observó a los enanos. Iban envueltos en sus capas de viaje y las capuchas puestas envolviendo sus caras en las sombras. Ellos tenían un mayor peligro de ser descubiertos. Todo el mundo sabía que la Federación había prohibido a los enanos viajar por la Tierra del Sur. Incluso en Varfleet era arriesgado.

Cuando alcanzaron la ciudad en sí, cuyas calles estaban rotuladas con su nombre correspondiente y tiendas con letreros, el tráfico aumentó de manera notable. Pronto les resultó casi imposible seguir adelante. Desmontaron y llevaron a los caballos de las riendas hasta que encontraron un establo donde dejarlos. Morgan se encargó de los trámites mientras los demás esperaban al otro lado de la calle junto a la pared del edificio de enfrente, para no obstaculizar el paso, y observaban el perezoso fluir de la muchedumbre. Aparecieron unos mendigos pidiendo unas monedas. Par se fijó en un tragafuegos que mostraba su arte en un mercado de frutas y verduras ante un asombrado grupo de muchachos y hombres. El bajo murmullo de las voces llenó el aire con un sonido desigual.

—A veces uno tiene suerte —les dijo Morgan cuando regresó—. Estamos en Punta de Reaver. Toda esta sección de la ciudad es Punta de Reaver. La forja de Kiltan está solo a un par de calles.

Caminaron contra la corriente humana abriéndose paso hasta una calle secundaria menos concurrida, pero impregnada de un fétido olor, y pronto se encontraron en un callejón sombrío y tortuoso, atravesado por un surco por el que discurrían aguas fecales. Par arrugó la nariz con desagrado. Esta era la ciudad tal como la veía Coll.

Dirigió una rápida mirada a su hermano, pero este estaba ocupado vigilando dónde pisaba.

Cruzaron varias calles más hasta que salieron a una que pareció satisfacer a Morgan, quien giró bruscamente hacia la derecha y los guio a través de la multitud a un almacén de dos pisos que mostraba el rótulo «Forja de Kiltan», tallado sobre una plancha de madera. Tanto el edificio como el rótulo estaban viejos y astillados, pero los hornos del interior ardían al rojo vivo, chispeando y llameando cuando los herreros metían o sacaban los metales. Las máquinas gruñían y los martillos golpeaban y moldeaban el metal. El estruendo se alzaba sobre los ruidos de la calle, resonaba en los muros de los edificios colindantes para desaparecer, finalmente, en el sofocante abrazo del calor de la tarde.

Morgan serpenteó entre el gentío, seguido silenciosamente por los demás, y al fin consiguió llegar a la puerta de la forja. Un puñado de hombres trabajaba en los hornos bajo la dirección de un individuo alto, de mostachos caídos y coronilla calva manchada de hollín, quien los ignoró hasta que estuvieron todos dentro.

—¿Puedo servirlos en algo? —les preguntó tras girarse.

—Estamos buscando al Arquero —respondió Morgan.

—¿A quién dices que buscáis? —preguntó el hombre de los mostachos, dando unos tranquilos pasos hacia él.

—Al Arquero —repitió Morgan.

—¿Y quién se supone que es ese? —preguntó el capataz, a quien le brillaban los hombros a causa del sudor que los cubría.

—No lo sé —admitió Morgan—. Solo nos dijeron que preguntásemos por él.

—¿Quién os lo dijo?

—Mira...

—¿Quién? ¿Es que no lo sabes, hombre?

Hacía mucho calor a la sombra de la forja de Kiltan, y era evidente que Morgan iba a tener problemas con aquel hombre si las cosas seguían por aquel camino. Algunas cabezas empezaban a volverse hacia ellos.

—Un hombre que lleva un anillo con el emblema de un halcón —respondió Par, que se había acercado a ellos preocupado por evitar que el grupo llamase la atención.

El herrero estrechó los ojos, incisivos, y escudriñó la cara del joven vallense y sus rasgos élficos.

—Este anillo —añadió Par, mientras se lo enseñaba.

—¡No enseñes eso, joven estúpido! —exclamó el capataz, que lo apartó como si fuese venenoso y retrocedió como si le hubiera picado algo.

—¡Entonces dínos dónde podemos encontrar al Arquero! —intervino Morgan, visiblemente irritado.

Se produjo un repentino movimiento en la calle, y todos volvieron la cabeza para ver lo que sucedía. Una escuadra de soldados de la Federación se aproximaba entre la multitud, dirigiéndose directamente hacia la forja.

—¡Ocultaos! —gritó con urgencia el hombre de los mostachos, alejándose.

Los soldados entraron en la forja, escrutando la oscuridad que rodeaba el resplandor del fuego, mientras el hombre de los mostachos salía a recibirlos. Morgan y los hermanos vallenses se reunieron con los enanos, pero los soldados se interponían entre ellos y la puerta que conducía a la calle. Morgan se deslizó hacia las sombras más profundas.

—Un pedido de armas, Hirehone —dijo el jefe de la escuadra al hombre de los mostachos, entregándole un papel—. Las necesitamos a finales de semana. Sin discusión.

Hirehone asintió mientras murmuraba algo ininteligible. El jefe de la escuadra, que parecía cansado y acalorado, habló un poco más con él. Los soldados estaban inquietos. Uno de ellos se acercó al pequeño grupo, y Morgan intentó adelantar a sus compañeros para que el soldado hablara con él. El soldado, un hombre corpulento y de barba rojiza, titubeó, pero enseguida reparó en algo y empujó hacia un lado al joven de las montañas.

—¡Oye, tú! ¿Qué te pasa? —preguntó a Teel, que extendió una mano y se retiró la capucha—. ¡Enanos! ¡Capitán, hay...!

Nunca terminó la frase. Teel lo mató de una sola cuchillada que le atravesó el cuello. Todavía intentaba hablar cuando murió. Los otros soldados empuñaron sus armas, pero Morgan ya estaba entre ellos, con la espada desenvainada, obligándolos a retroceder. Gritó a los demás, y los enanos y los hermanos vallenses se lanzaron hacia la puerta. Llegaron a la calle con Morgan pisándoles los talones y los soldados de la Federación un paso por detrás. La multitud chilló y se apartó. Una docena de soldados iniciaron su persecución, pero dos estaban heridos y los restantes tropezaban unos con otros en su intento de alcanzar al joven de las montañas. Morgan arremetió contra el que iba a la cabeza del grupo, gritando como un loco. Steff, que iba el primero, llegó a la puerta bloqueada de un almacén, alzó la maza y convirtió el travesaño en astillas de un solo golpe. Atravesaron la oscuridad interior y salieron por una puerta trasera, giraron a la izquierda por un callejón y se encontraron frente a una valla. Desesperadamente, giraron y volvieron sobre sus pasos.

Los soldados de la Federación ya habían traspasado la puerta del almacén y corrían hacia ellos.

Par usó la canción y llenó la distancia que los separaba con un enjambre de avispas zumbantes. Los soldados gritaron y huyeron en busca de refugio. En la confusión, Steff rompió las suficientes tablas de la valla para que pudieran pasar. Corrieron por otra callejuela entre un laberinto de cobertizos destinados a almacenes, giraron a la derecha y abrieron una puerta con bisagras metálicas.

Se encontraron en un patio lleno de chatarra, detrás de la forja.

—¡Por aquí! —dijo alguien, que abrió una puerta en la fachada de la forja.

Corrieron sin ni siquiera cuestionarlo. Escuchaban por todas partes los gritos y el retumbar de los cuernos. Cuando entraron en la pequeña habitación, oyeron la puerta

cerrándose a sus espaldas.

—¡Espero que valgáis la pena después de todos los problemas que habéis causado! —les dijo Hirehone, con las manos en las caderas.

* * *

Los escondió en un sótano debajo del suelo del almacén, y los dejó allí durante lo que parecieron horas. Hacía calor y casi no podían moverse, no había luz, y en dos ocasiones oyeron pisadas de botas sobre sus cabezas, dejándolos ambas veces tensos y sin aliento. Cuando Hirehone finalmente les permitió salir, ya era de noche, el cielo estaba encapotado y negro, y las luces de la ciudad brillaban a través de los agujeros de las tablas que formaban las paredes de la forja. Los llevó a una pequeña cocina, les pidió que se sentaran a una mesa alargada y les sirvió la cena.

—Tuve que esperar a que los soldados acabaran su búsqueda y se convencieran de que no habíais vuelto u os habías escondido entre el metal —les dijo—. Estaban furiosos, os lo aseguro... sobre todo por el asesinato.

Teel permaneció impassible, y los demás no dijeron nada.

—Tampoco significa nada para mí —prosiguió Hirehone, que encogió los hombros.

—¿Qué hay del Arquero? ¿Podemos verlo ahora? —preguntó Morgan, rompiendo el largo silencio.

—No creo que eso sea posible, porque no existe tal persona —respondió Hirehone, sonriendo.

—Entonces, ¿por qué...? —empezó a preguntar Morgan, sorprendido.

—Es un código —lo interrumpió Hirehone—. Es la forma de indicarme lo que se espera de mí. Os puse a prueba. A veces, los códigos se descifran. Tenía que asegurarme de que no erais espías de la Federación.

—Eres un proscrito —dijo Par.

—Y tú eres Par Ohmsford —replicó el otro—. Ahora acabad de comer, después os llevaré ante el hombre que vinisteis a ver.

Cuando acabaron la cena, lavaron los platos en un viejo fregadero y después siguieron a Hirehone hasta las entrañas de forja. Estaba desierta, exceptuando el herrero encargado de mantener el fuego en los hornos durante la noche para que nunca se enfriaran, quien no les prestó ninguna atención. Atravesaron la cavernosa calma con paso silencioso, que olía a ceniza y metal en una sulfurosa mezcla, mientras veían danzar las sombras a la cadencia de las llamas.

—Hemos dejado nuestros caballos en un establo a varias calles de aquí —dijo Morgan a Hirehone en voz baja cuando salieron a la oscuridad de la noche por una puerta secundaria.

—No te preocupes por ellos —respondió el herrero en el mismo tono—. Donde vais no necesitáis caballos.

Recorrieron las calles de Varfleet silenciosamente y con discreción, atravesaron el cinturón de chozas y chabolas, y finalmente salieron de la ciudad. Viajaron hacia el norte, remontando el curso del río Mermidon donde serpenteaba a los pies de las colinas limítrofes con los Dientes del Dragón. Caminaron durante lo que quedaba de noche y cruzaron el río justo antes de su confluencia norte-sur, donde una serie de rápidos lo dividían en varias corrientes más estrechas. El río llevaba poco caudal debido a la época del año; de lo contrario, hubiera sido imposible atravesarlo sin una barca. Aun así, a los enanos les llegaba el agua hasta la barbilla en varios puntos, y todos se vieron obligados a llevar sus mochilas y armas sobre la cabeza.

Cuando alcanzaron la otra orilla, se encontraron frente a varios desfiladeros y barrancos cubiertos de vegetación que penetraban durante kilómetros en los Dientes del Dragón.

—Es la Llave de Parma —dijo Hirehone—. Un paraje traicionero si uno no conoce el camino.

Par no tardó en descubrir que se había quedado corto. La Llave de Parma era un laberinto de crestas y barrancos que se levantaban y caían sin aviso previo entre una sofocante masa de árboles y matorrales. La luna nueva no iluminaba, las estrellas estaban ocultas por el follaje de los árboles y la sombra de las montañas, y el pequeño grupo se encontró sumido en la casi completa oscuridad. Tras adentrarse brevemente por el bosque, Hirehone se sentó a la espera del amanecer.

Incluso a la luz del día, parecía imposible pasar. Los montes boscosos de la Llave de Parma siempre estaban cubiertos de niebla y ensombrecidos, y las crestas y barrancos se entrecruzaban en todas direcciones. Había un camino que era invisible para cualquiera que no lo conociera, un tortuoso sendero que Hirehone siguió sin esfuerzo, pero que hizo perder el sentido de la orientación a todos los miembros del grupo. La mañana dio paso al mediodía. El sol filtraba estrechos rayos luminosos entre la densa arboleda, que surtían poco efecto sobre la persistente niebla y parecían perderse desde el mundo exterior en medio de las profundas sombras.

Cuando se detuvieron para tomar un rápido desayuno, Par preguntó a su guía si aún faltaba mucho para llegar.

—Ya no está lejos. Allí —respondió Hirehone, señalando hacia un enorme afloramiento rocoso que se levantaba sobre la Llave de Parma donde el bosque se allanaba contra la pared de los Dientes del Dragón—. Aquello, Ohmsford, recibe el nombre de Saliente. Es la fortaleza del Movimiento.

—¿Sabe la Federación que está allí? —preguntó Par, observando el lugar con gesto pensativo.

—Sabén que está aquí, en algún sitio —respondió Hirehone—. Lo que no saben es dónde está exactamente ni cómo llegar a él.

—Y al misterioso salvador de Par, tu jefe proscrito aún sin nombre, ¿no le

preocupa recibir visitantes como nosotros que después puedan explicar cómo llegar? —preguntó Steff en tono escéptico.

—Enano, para encontrar el camino de ida, primero tendrías que encontrar el camino de vuelta —respondió Hirehone, sonriente—. ¿Crees que lo conseguirías sin mi ayuda?

Steff sonrió contra su voluntad al ver la verdad del asunto. Un hombre podía vagar eternamente en aquel laberinto sin encontrar la salida.

Al final de la tarde llegaron al afloramiento hacia el que se habían dirigido durante todo el día. Las sombras caían sobre la espesura, sumiendo todo el bosque en la oscuridad. Durante la última hora, Hirehone había silbado varias veces y después había esperado hasta recibir otro silbido de respuesta antes de continuar avanzando. En la base de los acantilados esperaba un ascensor abierto, asentado sobre un claro, cuyas cuerdas desaparecían entre las rocas superiores. Tenía la suficiente capacidad para acogerlos a todos. Subieron y se agarraron a la barandilla cuando ascendió con lentitud y seguridad hasta situarlos sobre las copas de los árboles. Llegaron a un estrecho reborde donde un puñado de hombres accionaban un enorme torno. Allí había otro ascensor esperando, al que subieron. De nuevo fueron izados a lo largo de la pared de roca, colgando precariamente sobre el vacío. Par miró una vez hacia abajo y se arrepintió rápidamente de haberlo hecho. Captó la asustada expresión de Steff, cuya cara estaba pálida a pesar de su piel bronceada. Hirehone parecía despreocupado y silbaba alegremente durante el ascenso.

Realizaron un tercer ascenso, mucho más corto, y tras eso se encontraron en un amplio risco cubierto de vegetación a medio camino de la subida al acantilado que se extendía varios centenares de metros formando varias cuevas. El borde estaba fortificado y rodeaba las cuevas; en las grietas rocosas, llenas de abruptos vacíos, que se levantaban sobre sus cabezas había puestos defensivos. Una pequeña cascada se precipitaba desde la montaña hacia un estanque. Había hombres moviéndose apresuradamente por todas partes, con herramientas, armas y cestos de provisiones, gritando órdenes o cumpliéndolas.

Entre aquella organizada confusión se destacó el salvador de Par, su alta figura vestida de escarlata y negro. Ahora estaba afeitado, y su bronceada cara, marcada por cicatrices y de facciones angulosas era visible bajo el sol. Era una cara que desafiaba el paso del tiempo. Sus cabellos castaños, peinados hacia atrás, empezaban a escasear. Era delgado y alto, y se movía como un gato. Mientras avanzaba hacia ellos les gritó un saludo, y a continuación extendió los brazos para abrazar a Hirehone y después a Par.

—Así que has cambiado de manera de pensar, ¿no es cierto, muchacho? Bienvenido entonces, y también tus compañeros. Tu hermano, un joven de las montañas y una pareja de enanos. Un extraño grupo. ¿Habéis venido a uniros a nosotros?

Era tan espontáneo como Morgan se había imaginado.

—No exactamente. Tenemos un problema —respondió Par sin rodeos, sonrojándose.

—¿Otro? —preguntó el líder de los proscritos, divertido—. Los problemas te persiguen, ¿no es cierto? Tendrás que devolverme el anillo.

Par lo sacó de uno de sus bolsillos y se lo entregó.

—El halcón —dijo el jefe de los proscritos, mirando el anillo y poniéndoselo en un dedo—. Un buen símbolo para los nacidos libres, ¿no crees?

—¿Quién eres? —le preguntó Par directamente.

—¿Quién soy yo? —El líder de los proscritos esbozó una alegre sonrisa—. ¿Todavía no lo has adivinado, amigo mío? ¿No? Entonces te lo diré. Mírame la mano —prosiguió el jefe de los proscritos, inclinándose hacia delante y extendiendo el puño cerrado mientras con un dedo señalaba a la nariz de Par—. Una mano perdida por obra de una lanza. ¿Quién soy?

Sus ojos, de color verde mar, estaban inundados de picardía. Se produjo un momento de calculado silencio, mientras el joven del valle lo miraba completamente confundido.

—Mi nombre, Par Ohmsford, es Padishar Creel —dijo el líder de los proscritos—. Pero tú me reconocerás mejor si te digo que soy un descendiente muy lejano de Panamon Creel.

Entonces Par lo comprendió.

* * *

Aquella noche, una vez concluida la cena y sentados en una mesa deliberadamente separada de las que ocupaban los habitantes del Saliente, Par y sus compañeros escuchaban atentamente y absortos mientras Padishar Creel les relataba su historia.

—Tenemos una norma aquí de que la vida pasada es un asunto privado —les advirtió, utilizando un tono de conspirador—. Los demás podrían sentirse incómodos si me oyeran hablar de la mía.

Se aclaró la garganta.

—Yo era un terrateniente —prosiguió—, agricultor y ganadero, con una docena de pequeñas granjas e incontables acres de bosques acotados para la caza. Heredé la mayor parte de mi padre y él del suyo, y así ocurría desde años tan lejanos que ni los tengo en consideración. Pero, al parecer, todo empezó con Panamon Creel. Me dijeron, aunque no he podido confirmarlo, que después de ayudar a Shea Ohmsford a recuperar la espada de Shannara regresó a las Tierras Fronterizas del Norte, donde alcanzó gran éxito en la profesión que había elegido y acumuló una considerable fortuna. Cuando se retiró, invirtió sabiamente en lo que eventualmente se volverían las tierras de la familia Creel.

Par casi sonrió. Padishar Creel relataba la historia con rostro inexpresivo, pero sabía tan bien como los dos jóvenes vallenses y Morgan que Panamon Creel era un ladrón cuando se encontró con Shea Ohmsford.

—Se autoproclamó barón Creel —prosiguió—. Desde entonces, todos los primogénitos de la familia han sido llamados igual, barón Creel. —Hizo una pausa, saboreando el sonido de esas palabras, y dio un suspiro antes de continuar su narración—. Pero la Federación invadió las tierras de mi padre cuando yo era un niño, y nos las robó, puesto que no recibimos nada a cambio. Mi padre murió cuando intentaba recuperarlas. Y también mi madre. De forma bastante misteriosa. —Sonrió—. Así que me uní al Movimiento.

—¿Sin más? —preguntó Morgan, que parecía escéptico.

—Mis padres fueron al gobernador de la provincia, un esbirro de la Federación que se había instalado en nuestra casa y le exigieron la devolución de lo que les pertenecía legítimamente, sugiriéndole que si no hacía algo para resolver el asunto el gobernador se arrepentiría. Mi padre nunca fue dado a la cautela. Denegaron su petición y fueron expulsados sumariamente de allí. Desaparecieron durante el trayecto de regreso. Días después los encontraron colgados de un árbol en un bosque próximo. Los habían destripados y desollados.

Lo dijo sin rencor, como si expusiera un hecho, con una calma aterradora.

—Se puede decir que crecí deprisa después de eso —concluyó Padishar Creel.

Hubo un largo silencio.

—Ocurrió hace mucho tiempo —dijo Padishar Creel, encogiéndose de hombros—. Aprendí a luchar, a seguir con vida. Me alisté en el Movimiento y, cuando vi lo mal organizado que estaba, formé mi propio grupo. —Masticó la carne—. A algunos de sus líderes no les gustó la idea, e intentaron entregarme a la Federación. Ese fue su error. Cuando acabé con ellos, la mayoría de las bandas restantes se unieron a mí. Eventualmente todas lo harán.

Nadie dijo nada.

—¿Es que no tenéis hambre? —preguntó Padishar Creel, levantando la vista—. Queda mucha comida. No la desperdiciemos.

Acabaron con ella rápidamente, mientras que el líder de los proscritos continuaba dando más detalles sobre su violenta vida en el mismo tono desinteresado. Par se preguntó con qué clase de hombre se había mezclado. Antes de conocerlo pensaba que su salvador podía convertirse en el campeón que las Cuatro Tierras necesitaban desde los tiempos de Allanon, su estandarte en la llamada a la unión de todas las razas oprimidas. Los rumores decían que este hombre era el líder carismático que el Movimiento había estado esperando. Pero parecía más un rebanador de gargantas que otra cosa. Por muy peligroso que Panamon Creel hubiera sido en su época, Par estaba convencido de que Padishar Creel lo era mucho más.

—Así que esta es toda mi historia —concluyó Padishar Creel, que retiró su plato. Le brillaban los ojos—. ¿Tenéis alguna pregunta sobre alguna parte de ella?

Silencio.

—¿Cuánto de lo que has dicho es verdad? —gruñó Steff sorprendentemente.

Sus compañeros se quedaron helados, pero Padishar Creel soltó una carcajada, genuinamente divertido por la pregunta.

—Parte de ella, amigo oriental, parte de ella —respondió el líder de los proscritos, guiñándole un ojo. Sus ojos reflejaban respeto hacia el enano—. La historia va mejorando cada vez que la cuento.

Cogió su vaso de cerveza y lo llenó hasta arriba. Par miró a Steff con recién encontrada admiración. Nadie más se habría atrevido a formular esa pregunta.

—Vamos —dijo el líder de los proscritos, inclinándose hacia delante—. Ya tenemos suficiente de historia pasada. Es hora de escuchar por qué estáis aquí. Habla, Par Ohmsford. —Fijó los ojos en el joven del valle—. Tiene algo que ver con la magia, ¿verdad? —continuó—. Ninguna otra cosa te habría traído hasta aquí. Dime.

—¿Tu oferta sigue en pie? —preguntó Par, tras un instante de duda.

—¡Mis palabras son mis cadenas, muchacho! —exclamó Padishar, que pareció ofendido—. ¡Dije que te ayudaría, y lo haré!

—Necesito encontrar la espada de Shannara —dijo Par, mirando a sus compañeros.

Le habló del encuentro con el espíritu de Allanon y de la misión que les había encomendado el druida, del viaje que los cinco habían realizado para esa reunión, de los soldados de la Federación, los buscadores y los monstruos llamados umbríos que les habían salido al paso. No ocultó nada a pesar de sus reservas hacia aquel hombre. Decidió que era mejor no mentir ni recurrir a las medias verdades, que era preferible exponerle abiertamente los hechos para que juzgara si brindar libremente su ayuda o negarse a hacerlo. Al fin y al cabo, decidiera ayudarlos o no, su situación no podía ser peor que la que ya tenían.

Cuando terminó, el líder de los proscritos se recostó lentamente en la silla y apuró el vaso de cerveza, dirigiendo a Steff una sonrisa de complicidad.

—¡Me parece apropiado preguntar cuánto de verdad hay en este cuento!

Par inició una protesta.

—No, muchacho, ahórrate tus palabras —lo interrumpió Padishar, levantando la mano—. No cuestiono lo que me has explicado. Me lo has relatado de la manera en que lo crees, está suficientemente claro.

—Tú cuentas con los hombres, las armas, las provisiones y una red de espías para ayudarnos a encontrar lo que buscamos —intervino Morgan con voz serena—. Por eso estamos aquí.

—Y supongo que también tienes el espíritu para esta clase de locura —añadió Steff riéndose entre dientes.

—Tengo más que eso, amigos míos —dijo Padishar Creel, esbozando una sonrisa de lobo y frotándose la barbilla—. ¡Tengo sentido del destino!

Sin pronunciar una sola palabra más, se levantó de la mesa y les indicó que lo

siguieran hasta el borde del acantilado, desde donde se podía contemplar una amplia panorámica de la Llave de Parma, una masa de copas de árboles y rocas bañadas por los últimos rayos del sol que se ocultaba, en el oeste, tras el horizonte.

—Estas son mis tierras ahora —les dijo, abarcándolas con un amplio barrido de sus brazos—. Las tierras del barón Creel, si así lo preferís. Pero no las conservaré mucho más tiempo que las otras si no encuentro la manera de desestabilizar la Federación. —Hizo una breve pausa—. El destino, ya os lo he dicho. Es en lo que creo. Él me hizo lo que soy, y me deshará con la misma facilidad si no tomo parte en su juego. El papel que me toca interpretar es el que tú me ofreces; al menos, eso creo. No has venido a mí por casualidad, Par Ohmsford. Tenías que venir. Sé que es verdad especialmente ahora, después de escuchar lo que buscas. ¿No te das cuenta? Nuestros antepasados, Shea Ohmsford y Panamon Creel, fueron en busca de la espada de Shannara hace más de trescientos años. Ahora es nuestro turno, el tuyo y el mío. Un Creel y un Ohmsford de nuevo, el principio de un cambio en las Tierras, de un nuevo comienzo. ¡Puedo sentirlo!

Lo estudió con expresión concentrada.

—La amistad os ha unido —prosiguió—. La necesidad de un cambio de vida os ha traído hasta aquí. Joven Par, hay lazos que nos atan. Tal y como dije la primera vez que nos vimos. Hay una historia que debe repetirse. Hay unas aventuras que hemos de compartir y unas batallas que ganar. ¡Esto es lo que el destino nos ha reservado!

—Entonces, ¿nos ayudarás? —le preguntó Par, que se sentía un poco confuso ante tanta retórica.

—No te quepa la menor duda —respondió el líder de los proscritos, con una ceja arqueada—. Soy dueño de la Llave de Parma, pero he perdido la Tierra del Sur, mi hogar, mis tierras, mi herencia. Las quiero de vuelta. ¡La magia es ahora la respuesta, como lo fue en el pasado, el catalizador del cambio, el agujón que hará revolverse a la bestia de la Federación y huir a su cueva!

—Lo has dicho varias veces —lo interrumpió Par—. Has dicho con distintas palabras que la magia puede de alguna manera debilitar a la Federación. Pero el temor de Allanon se centra en los umbríos, y es a ellos a quienes la espada debe enfrentarse. ¿Por qué...?

—¡Ah, ah, muchacho! —lo interrumpió Padishar apresuradamente—. Has vuelto a hacer diana en el corazón del asunto. La respuesta a tu pregunta es esta: yo percibo las relaciones de causa y efecto en todos los casos. Maldades como la Federación y los umbríos no son independientes en el transcurso de las cosas. Están conectadas de algún modo, unidos como los Ohmsford y los Creel se unieron. ¡Y si encontramos la manera de acabar con uno, también podremos acabar con el otro!

La mirada que les dirigió reflejaba una determinación tan feroz que todos guardaron silencio durante un largo tiempo. Los últimos rayos del sol se debilitaban tras el horizonte y el crepúsculo extendía su manto grisáceo sobre la Llave de Parma y las tierras circundantes. Detrás de ellos, los hombres abandonaban las mesas y

empezaban a retirarse a las áreas de descanso que se repartían por el acantilado. Incluso a aquella altura, la noche de verano era cálida y no corría ni la más leve brisa. Aparecieron las primeras estrellas, acompañadas del primer cuarto de la luna.

—De acuerdo —dijo Par en voz baja—. Sea cierto o no lo que has dicho, ¿qué puedes hacer para ayudarnos?

Padishar Creel alisó las arrugas de las mangas de su túnica escarlata y aspiró profundamente los olores del aire de la montaña.

—Puedo hacer lo que me has pedido, muchacho. Puedo ayudarte a encontrar la espada de Shannara, porque me parece que sé dónde se encuentra —añadió en tono despreocupado.

Durante los dos días siguientes, Padishar Creel no dijo nada más sobre la espada de Shannara. Cada vez que Par o cualquiera de sus compañeros intentaba iniciar una conversación sobre el asunto, los hacía callar diciendo que el tiempo se encargaría de dar todas las respuestas, que la paciencia era una virtud o alguna otra trivialidad similar que solo servía para irritarlos. Sin embargo, como siempre se mostraba optimista sobre el asunto, optaron por reservar para sí sus sentimientos.

Por otra parte, a pesar de que el líder de los proscritos los tratara como sus invitados, en cierto modo eran sus prisioneros. Les permitían recorrer el Saliente, pero tenían prohibido abandonarlo, aunque, en realidad, no tenían la menor posibilidad de hacerlo. Los tornos que hacían subir y bajar las enormes cestas entre las alturas hacia la Llave de Parma siempre estaban fuertemente vigilados, y nadie podía acercarse sin una causa justificada. Sin los ascensores para llevarlos hacia abajo no había escape posible desde ese frente. Los acantilados eran escarpados y habían sido cuidadosamente privados de asideros, y los pequeños huecos y salientes que una vez habían existido entre las rocas habían sido meticulosamente eliminados o llenados. Los acantilados de detrás también eran escarpados y estaban vigilados por las barricadas que cubrían la gran roca.

Solo quedaban las cuevas. Par y sus amigos se aventuraron a entrar en la caverna central el primer día, picados por la curiosidad de descubrir qué se alojaba en su interior. Encontraron una sala central enorme, como la nave principal de una catedral. Se abrían docenas de cámaras más pequeñas, donde los proscritos almacenaban provisiones y todo tipo de armas, vivían allí cuando el tiempo era malo y habían establecido salas de entrenamiento y de reunión. Había túneles que se adentraban en la montaña, pero estaban acordonados y vigilados. Cuando Par preguntó a Hirehone, que se quedó allí varios días, adónde conducían los túneles, el capataz de la forja de Kiltan esbozó una sonrisa sardónica y le respondió que, igual que los senderos de la Llave de Parma, los túneles del Saliente llevaban al olvido.

A pesar de la frustración que sentían por ser dejados de lado en el asunto de la espada, los dos días transcurrieron con rapidez. Los cinco visitantes se dedicaron a explorar la fortaleza de los proscritos. Mientras no se acercasen a los ascensores ni a los túneles, tenían permitido ir a cualquier sitio que desearan. Padishar Creel nunca preguntó a Par sobre sus compañeros de viaje. Parecía que no tenía ningún interés en conocer su identidad ni si eran dignos de confianza, casi como si no importara. Quizá realmente no importaba, dedujo Par tras reflexionar sobre el asunto, puesto que el refugio de los proscritos era inexpugnable.

Par, Coll y Morgan pasaban juntos la mayor parte del tiempo. Steff los acompañaba en alguna ocasión, pero Teel se mantenía completamente alejada, tan solitaria y hermética como de costumbre. Los hermanos del valle y el joven de las montañas llegaron a convertirse en una vista familiar para los proscritos debido a sus idas y venidas por el acantilado, las fortificaciones y las cuevas, mientras estudiaban lo creado por el hombre y la naturaleza en colaboración, y hablaban con quienes vivían y trabajaban allí cuando podían hacerlo sin molestarlos, fascinados por todo lo que encontraban.

Pero nada ni nadie era tan fascinante como Padishar Creel. El líder de los proscritos era una paradoja. Vestido de flamante escarlata, era inmediatamente reconocible desde cualquier sitio del acantilado. Hablaba sin cesar, contaba historias, daba órdenes a gritos, comentaba todo lo que pasaba por su mente. Siempre se mostraba implacablemente alegre, como si la sonrisa fuese su única expresión. Sin embargo, bajo ese brillante y agradable exterior, se escondía una persona tan dura como el granito. Cuando ordenaba que se hiciera algo, se hacía. Nadie lo cuestionaba. Su cara podía revestirse con una sonrisa tan cálida como el sol del verano mientras su voz adquiría un tono que helaba los huesos.

Llevaba el campamento de los proscritos con organización y disciplina. No era una banda heterogénea de inadaptados la que trabajaba allí. Todo era preciso y meticuloso. El campamento siempre estaba limpio y ordenado de forma escrupulosa. Los almacenes estaban separados y perfectamente catalogados, se podía encontrar cualquier cosa al instante. Cada uno tenía asignado un trabajo y todos se encargaban de que se realizara. Había poco más de trescientos hombres en el Saliente, y ninguno parecía albergar la más mínima duda sobre lo que le correspondía hacer ni sobre ante quién respondería si no cumplía con su cometido.

El segundo día de su estancia, dos proscritos fueron llevados ante Padishar Creel bajo la acusación de hurto. El líder escuchó las pruebas contra ellos con gesto apacible y después permitió hablar a los acusados en su propia defensa. Uno admitió su culpa inmediatamente y el otro la negó de forma poco convincente. Padishar Creel ordenó que el primero fuese azotado y que volviera al trabajo, y que el segundo fuese arrojado por el precipicio. Nadie volvió a pensar sobre el asunto después de eso.

Más tarde, ese mismo día, aprovechando un momento en que el joven del valle estaba solo, Padishar se acercó a él y le preguntó si le había perturbado lo sucedido. Casi sin esperar la respuesta, empezó a explicarle cómo la disciplina era esencial en un campamento como aquel, y que la justicia tenía que administrarse y aplicarse con rapidez y certeza.

—A menudo, las apariencias tienen mayor importancia que la equidad, como ves —añadió enigmáticamente—. Somos una banda unida y debemos ser capaces de confiar los unos en los otros. Si en el campamento un hombre demuestra que no es digno de confianza, lo más probable es que tampoco lo sea en el campo de batalla. ¡Y ahí está en juego mucho más que su propia vida!

Cambió de tema de forma brusca y admitió, en tono de disculpa, que no había sido completamente fiel a la verdad cuando la primera noche les había contado la historia de su vida. Sus padres no habían sido terratenientes ni habían muerto colgados de un árbol, habían sido comerciantes de sedas que habían muerto en la prisión de la Federación tras negarse a pagar sus impuestos. Dijo que la otra era, simplemente, una historia mejor.

Cuando poco después Par se encontró con Hirehone, con las palabras de Padishar Creel aún frescas en su memoria, le preguntó si había conocido a los padres del líder de los proscritos.

—No, la fiebre se los llevó antes de que me afiliase —respondió Hirehone.

—¿Quieres decir que murieron en prisión?

—¿Prisión? Difícilmente. Fallecieron durante el viaje de una caravana que había partido de Vado del Camino hacia el sur. Comerciabán con metales preciosos. Me lo dijo el propio Padishar.

Aquella misma noche, después de la cena, Par relató a Coll ambas conversaciones. Se habían separado de los demás y estaban junto al borde del acantilado, en un reducto donde apenas llegaban los sonidos del campamento y se podía contemplar el lento receso del crepúsculo que descubría las innumerables estrellas del cielo nocturno. Coll rio cuando su hermano acabó el relato mientras negaba con la cabeza.

—La verdad brilla por su ausencia cuando ese individuo habla de sí mismo. ¡Se parece más a Panamon Creel que el propio Panamon Creel!

—Sin duda —convino Par, haciendo una mueca.

—Viste igual que él, habla de la misma forma y es tan extravagante y exagerado como él —prosiguió Coll, entre suspiros—. Pero ¿por qué me estoy riendo? ¿Qué hacemos aquí con este loco?

—¿Qué crees que nos oculta, Coll? —preguntó Par, ignorándolo.

—Todo.

—No, todo no. No es de esa clase de personas. —Coll parecía dispuesto a protestar, pero Par levantó las manos rápidamente para calmarlo—. Piensa sobre ello un momento. El asunto de quién y qué es ha sido preparado. Lo alarga con esos absurdos cuentos de manera deliberada, no por capricho. Padishar Creel tiene algo más en común con Panamon, si podemos creer en las historias. Se ha recreado a sí mismo en las mentes de quienes lo rodean. Ha dibujado una imagen de sí mismo que no se corresponde con la que presenta a continuación, pero sin embargo es enorme. —Se inclinó y se acercó—. Puedes apostar lo que quieras a que tiene alguna razón para hacerlo.

Sus especulaciones sobre el pasado de Padishar Creel finalizaron pocos minutos más tarde, cuando fueron convocados a una reunión. Hirehone llegó con la brusca orden de que lo siguieran. Los condujo a través del acantilado y las cuevas, donde el líder de los proscritos los esperaba en una sala de reuniones. Lámparas de aceite

colgaban de cadenas negras sujetas al techo, igual que arañas. Su luz apenas llegaba a las sombras que oscurecían los rincones y las grietas. Morgan y los enanos estaban allí, sentados a una mesa junto a varios proscritos a quienes Par había visto en el campamento. Chandos era un gigante de aspecto feroz y gran barba negra. Le faltaban el ojo y la oreja del mismo lado, y tenía cicatrices por todas partes. Ciba Blue era joven y lampiño, con rubios cabellos lacios y una extraña mancha azul cobalto, en forma de media luna, en la mejilla izquierda. Stasas y Drutt, que contaban con algunos años más, eran delgados y fuertes, con pobladas barbas negras, rostros morenos, que parecían cosidos, y ojos vigilantes. Hirehone acompañó a los hermanos vallenses, cerró la puerta y a continuación se quedó de pie ante ella.

Par sintió, durante un breve instante, que el pelo de la nuca se le erizaba en señal de advertencia.

Entonces Padishar Creel les dio la bienvenida, con voz alegre y tranquilizadora.

—Ah, el joven Par y su hermano —dijo. A continuación, con un gesto, indicó a los dos hermanos el lugar que tenían reservado en los bancos junto a los demás—. Mañana al amanecer partiremos en busca de la espada —añadió, tras hacer unas rápidas presentaciones.

—¿Dónde está? —quiso saber inmediatamente Par.

—Donde no se nos escapará —respondió el líder de los proscritos, esbozando una amplia sonrisa.

Par intercambió una mirada con Coll.

—Cuanto menos se hable del lugar adonde vamos, más oportunidades tendremos de que se mantenga en secreto —dijo Padishar, que les guiñó un ojo.

—¿Hay alguna razón para mantenerlo en secreto? —preguntó Morgan Leah tranquilamente.

—Ninguna que se aparte de lo normal —respondió el líder de los proscritos, encogido de hombros—. Pero siempre soy cauteloso cuando planeo abandonar el Saliente. —La expresión de sus ojos era dura—. Intenta comprenderme, joven montañés.

Morgan sostuvo su mirada, sin decir nada.

—Iremos siete de nosotros —continuó Padishar Creel con suavidad—. Stasas, Drutt, Blue y yo del campamento; los hermanos del valle y el joven montañés por parte de los visitantes.

Surgieron protestas de las bocas de los restantes, pero las suprimió sin demora.

—Chandos, tú serás el responsable del Saliente durante mi ausencia. Quiero dejar aquí a alguien en quien pueda confiar. Hirehone, tú debes regresar a Varfleet y mantener los ojos abiertos. Además, te sería difícil explicarte si te ven en el sitio adonde vamos. Por lo que respecta a vosotros, mis amigos del este —prosiguió dirigiéndose a Steff y Teel—, os llevaría si pudiese. Pero los enanos suelen llamar la atención fuera de la Tierra del Este, y no podemos correr ese riesgo. Bastantes corremos ya permitiendo que nos acompañen los hermanos vallenses, a quienes

siguen persiguiendo los buscadores. Pero es su misión.

—Ahora también es nuestra, Padishar —puntualizó Steff con voz lúgubre—. Hemos recorrido un largo camino para participar en ella. No nos gusta que nos dejen atrás. ¿No podríamos disfrazarnos?

—Un disfraz se descubriría, sobre todo en el lugar adonde vamos —respondió el líder de los proscritos, negando con la cabeza—. Eres un hombre ingenioso, Steff, pero no podemos correr riesgos en esta expedición.

—Supongo que están envueltas una ciudad y gente, ¿no es así?

—Así es.

—Me enojaría mucho si aquí se estuviera jugando a costa nuestra —repuso el enano, tras mirarlo con dureza.

Los proscritos profirieron un gruñido amenazador, pero Padishar Creel los hizo callar inmediatamente.

—Yo también lo haría —dijo, mirando fijamente al enano.

Steff sostuvo la mirada durante un largo momento. Luego miró brevemente a Teel y asintió.

—Muy bien. Esperaremos.

—Saldremos con la primera luz y estaremos fuera durante una semana —prosiguió el líder de los proscritos, que recorrió la mesa con la mirada—. Si tardamos más, es posible que nunca regresemos. ¿Alguna pregunta?

Nadie dijo nada.

—¿Tomamos una copa en compañía de todos los demás para que puedan brindar por nuestro futuro éxito? —preguntó Padishar Creel, que les dirigió una sonrisa deslumbrante—. ¡Adelante, muchachos, animadnos a los que desafiaremos al león en su cubil!

Luego se fue, adentrándose en la noche, seguido de los demás, incluidos Morgan y los hermanos vallenses, arrastrando los pies, pensativos.

—Al león en su cubil, ¿verdad? —murmuró para sí mismo Morgan—. Me pregunto qué quería decir con eso.

Par y Coll intercambiaron una mirada. Ninguno de los dos estaba muy seguro de querer saberlo.

* * *

Par pasó una noche agitada, plagada de sueños y ansiedades que fragmentaban su descanso y dejaron en él unas profundas ojeras. Se levantó junto con Coll y Morgan para ir al encuentro de Padishar Creel y sus compañeros, que ya se habían levantado y empezado a desayunar. El líder de los proscritos había sustituido sus ropas escarlata por unas verdes y pardas de los leñadores, menos visibles, que también llevaban sus

hombres. Los hermanos del valle y el joven montañés se apresuraron a vestirse, temblando un poco a causa del frío de la noche que aún persistía. Steff y Teel se unieron a ellos; no eran sino sombras silenciosas que se quedaron junto al fuego de la cocina. Cuando terminaron de desayunar, los siete cargaron con sus mochilas y se encaminaron hacia al borde del acantilado. El sol se vislumbraba ya en el horizonte, saliendo por el este, y en sus primeras luces se mezclaban el oro y la plata luchando contra la debilitada oscuridad. Steff les dijo en voz baja que tuviesen cuidado y, seguido de Teel, desapareció entre las sombras. Morgan se frotaba las manos con fuerza y aspiraba el aire como si esa fuera su última oportunidad de hacerlo. Tomaron el primer ascensor y empezaron el descenso, pasando al segundo y al tercero sin pronunciar una palabra, entre los crujidos espectrales de los tornos. Cuando llegaron a la Llave de Parma, se internaron en los bosques brumosos. Padishar Creel, junto a Blue, abría la marcha del grupo, seguidos de los hermanos del valle y el montañés, y los dos proscritos restantes, Stasas y Drutt, en la retaguardia. Pocos segundos después habían perdido de vista el muro rocoso del Saliente.

Viajaron hacia el sur durante la mayor parte del día, y a media tarde, cuando encontraron el río Mermidon, se dirigieron hacia el oeste. Siguieron el curso del río por la orilla septentrional, hasta que oscureció, y acamparon al pie del extremo sur del desfiladero de Kennon, a la sombra de los Dientes del Dragón. Encontraron una cala bordeada de cipreses con un arroyo que les proporcionó agua potable. Encendieron una hoguera, cenaron y se tendieron para contemplar el nacimiento de las estrellas.

Poco después, Stasas y Drutt salieron a hacer la primera guardia, uno corriente arriba y el otro corriente abajo. Ciba Blue se envolvió en sus mantas y se durmió al instante. Su joven rostro parecía todavía más joven mientras dormía. Padishar Creel se sentó con los hermanos vallenses y Morgan, removiendo el fuego con un palo mientras bebía cerveza de un frasco.

—Estamos yendo a Tyrsis, ¿verdad? —le dijo abruptamente Par, que había pasado todo el día preguntándose cuál sería su destino.

—No hay ninguna razón para que lo sepáis ahora —respondió Padishar, asintiendo y mirándolo con expresión de sorpresa.

—Pero ¿por qué buscar en Tyrsis la espada de Shannara? Desapareció de allí hace más de cien años, cuando la Federación se anexionó Callahorn. ¿Por qué va a estar de vuelta ahora?

—Quizá porque nunca haya salido de allí.

Par y sus compañeros miraron al líder de los proscritos con perplejidad.

—Mirad, el hecho de que la espada de Shannara desapareciera no significa necesariamente que fuera a otra parte. En ocasiones, una cosa puede desaparecer y, sin embargo, estar a la vista. Desaparece simplemente porque ya no es como solía ser. La vemos, pero no la reconocemos.

—¿Qué estás diciendo? —le preguntó Par lentamente.

—Estoy diciendo que la espada de Shannara perfectamente puede estar en el mismo lugar en que estaba hace trescientos años —respondió Padishar Creel, acentuando su sonrisa de una manera perceptible.

—¿A buen recaudo en la cripta del centro del Parque del Pueblo durante todos estos años sin que nadie se diese cuenta? —Morgan Leah no podía salir de su asombro—. ¿Cómo puede ser posible?

—Mañana llegaremos —respondió Padishar, tomando un trago de su frasco—. ¿Por qué no esperar y comprobarlo?

El cansancio acumulado por la marcha de aquel día y la mala noche pasada hizo mella en Par Ohmsford, pero permaneció despierto mucho tiempo mientras los demás roncaban. No podía parar de pensar en lo que había dicho Padishar Creel. La espada de Shannara, después de que Shea Ohmsford la utilizara hacía ya más de trescientos años para destruir al Señor de los Brujos, había sido clavada en un bloque de mármol rojo y guardada en una cámara subterránea en el Parque del Pueblo de la ciudad, en la Tierra del Sur, de Tyrsis, y allí había permanecido hasta la entrada de la Federación en Callahorn. Todo el mundo sabía que la espada había desaparecido tras aquel suceso. Si no había ocurrido eso, ¿por qué lo creía tanta gente? Si estaba donde siempre había estado, ¿por qué nadie la había reconocido?

Pensó sobre ello. Era verdad que muchos de los acontecimientos desarrollados durante los tiempos de Allanon habían perdido credibilidad. Muchas de las historias habían pasado a ser consideradas leyendas o folclore. En la época de la desaparición de la espada de Shannara quizá nadie creyera ya en ellas. Tal vez nadie comprendiera lo que podía hacer. ¡Pero todos sabían que estaba allí! ¡Era un monumento nacional, por el amor de la Diosa! ¿Cómo podían decir que había desaparecido si no fuera cierto? ¡Aquello no tenía sentido!

Sin embargo, Padishar Creel parecía estar completamente seguro de ello.

Par se durmió con el misterio sin resolver. De nuevo se levantaron a la salida del sol, cruzaron el río Mermidon por un vado situado a menos de un kilómetro corriente arriba y giraron hacia el sur en dirección a Tyrsis. El día era caluroso y tranquilo, y el polvo de la pradera se introducía por las narices y la boca. Siempre que les era posible se mantenían a la sombra, pero en el sur escaseaban los árboles y los bosques dejaban paso a los prados. Recurrían al agua que llevaban con moderación, y aminoraron el ritmo de la marcha, pero el sol ascendía en el cielo sin nubes y los viajeros pronto se encontraron bañados de sudor. A mediodía, cuando ya estaban cerca de las murallas de la ciudad, tenían la ropa húmeda pegada a la piel.

Tyrsis era la capital de Callahorn, su ciudad más antigua y la fortaleza más inexpugnable de la Tierra del Sur. Asentada en un amplio altiplano, estaba protegida por altos acantilados al sur y por un par de monstruosas murallas al norte. La muralla exterior se levantaba casi treinta metros sobre el altiplano. Constituía una colosal obra defensiva en la que solo una vez se abrió brecha, cuando los ejércitos del Señor de los Brujos atacaron la ciudad en la época de Shea Ohmsford. Tras ella se levantaba una

segunda muralla, un refugio para sus defensores. En otros tiempos, la defensa de la ciudad estaba encomendada a la Legión Fronteriza, el ejército más poderoso de la Tierra del Sur. Pero ya no existía la Legión, porque había sido disuelta por la Federación. Ahora solo los soldados de la Federación patrullaban por las murallas y los senderos, y ocupaban las tierras que, hasta un siglo antes, nadie había ocupado jamás. Los soldados habitaban en los cuarteles de la Legión, tras la primera muralla, y los ciudadanos vivían y trabajaban tras la segunda, en la ciudad propiamente dicha, que se extendía por todo el altiplano hasta la base de los acantilados.

Par, Coll y Morgan nunca habían estado en Tyrsis. Solo la conocían por las historias que habían oído de los tiempos de sus antepasados. Mientras se aproximaban, comprendieron lo imposible que era describir con palabras lo que estaban viendo. La ciudad se alzaba sobre el horizonte como un gigante voluminoso, como una mole de piedra y argamasa que empequeñecía todo lo que habían conocido hasta entonces. Incluso a la intensa luz del mediodía ofrecía un aspecto sombrío, como si de alguna manera la piedra absorbiera los rayos del sol. La ciudad rielaba ligeramente por efecto del intenso calor, y la hacía parecer un espejismo. Una amplísima rampa ascendía desde la llanura hasta la base del altiplano, torciéndose como una serpiente a través los pórticos de entrada y los terraplenes. El tráfico era abundante; carros y animales se movían en ambas direcciones bajo el fuerte calor y el polvo.

Los siete prosiguieron su marcha.

—Ahora, cuidado, muchachos —dijo Padishar Creel al principio de la rampa, volviéndose hacia sus compañeros de viaje—. Nada de llamar la atención. Recordad que es tan difícil salir de la ciudad como entrar en ella.

Se mezclaron con la corriente de tráfico que ascendía hacia el altiplano. Las ruedas chirriaban, las correas crujían y tintineaban, los animales rebuznaban y los hombres silbaban y gritaban. En los puntos de control había soldados de la Federación, pero no hacían ningún esfuerzo por interrumpir el tráfico. Lo mismo pasaba en las puertas, en los enormes portales, tan altas que a Par le costaba trabajo creer que un ejército hubiera conseguido derribarlas. Los soldados no parecían prestar atención a los que entraban o salían. Era una ciudad ocupada que se esforzaba en aparentar que era libre, decidió Par.

Tras atravesar las puertas, cuya sombra los cubrió como un sudario, se encontraron con la segunda muralla, más baja pero no menos impresionante. Avanzaron hacia ella siguiendo la densa corriente del tráfico. En el área encerrada entre ambas murallas no había más que soldados, sus animales y equipamiento. Eran muy numerosos, un ejército bastante grande acuartelado y a la espera. Par observó de reojo, manteniendo la cabeza baja protegida por las sombras de la capucha, las filas de hombres que hacían instrucción.

Después de atravesar el segundo par de puertas, Padishar los sacó de la vía Tyrsiana, la principal arteria de la ciudad donde se habían establecido las principales

residencias y comercios que envolvían el centro de la población hasta llegar a los acantilados, donde una vez se levantó el palacio de sus gobernantes, y los condujo por un laberinto de calles secundarias. También en ellas había tiendas y residencias, pero no tantos soldados y sí, en cambio, más mendigos. A medida que avanzaban, los edificios estaban más descuidados. Llegaron a una zona de cervecerías y prostíbulos, pero Padishar los ignoró. Continuó moviéndose, sin hacer caso de las súplicas de los mendigos y de las ofertas de los vendedores callejeros, adentrándose en la ciudad.

Al fin salieron a un barrio luminoso y espacioso lleno de mercados y pequeños parques. Las casas, rodeadas de jardincillos, se mezclaban con ellos, y circulaban carruajes tirados por caballos adornados con sedas y cintas. Los vendedores vendían banderitas y dulces a unos niños sonrientes y a sus madres. En cada esquina había actuaciones callejeras realizadas por actores, payasos, magos, músicos y domadores de animales. Amplios y coloreados toldos daban sombra a los mercados y los pabellones de los parques, donde las familias se preparaban para comer sus pícnicos y el aire rebosaba de gritos, risas y aplausos.

Padishar Creel aminoró el paso como si buscara algo. Los llevó a través de diversos puestos, bajo la sombra de los toldos donde la gente se detenía ante sus delicias, y al fin se detuvo junto a una carreta de manzanas. Compró un saquito lleno para todos, cogió una, se apoyó distraídamente en una farola y empezó a comerla. Paró un momento en comprender que esperaba algo. El joven vallense se comió su manzana como los demás, y observó con atención los alrededores. Detrás de ellos había puestos con toda clase de frutas. Al otro lado de la calle, junto a un puesto de helados, vio a un malabarista, un mimo, una chica que hacía juegos de manos, a un par de monos danzantes con su amo y a un grupo de niños y adultos que los contemplaban. Advirtió que sus ojos se volvían hacia la muchacha. Su flamante pelo rojo se acentuaba por la negra seda de su vestido y su capa. Extraía monedas de las orejas de unos niños asombrados y luego hacía que desaparecieran. Una vez sacó fuego del aire y lo lanzó a lo lejos, girando. Nunca había visto nada igual. La muchacha era muy buena.

Tan concentrado estaba en ella que a punto estuvo de no ver al joven de piel oscura que se acercó a Padishar Creel, recibió un objeto de sus manos y desapareció sin pronunciar una sola palabra. Paró intentó seguirlo con la mirada, pero fue como si se lo hubiese tragado la tierra.

—Hora de irse —dijo el líder de los proscritos, un par de minutos después.

Empezaron a andar. Paró dirigió una última mirada a la muchacha pelirroja, y vio que hacía flotar un aro en el aire delante de su audiencia mientras un niño pequeño y rubio saltaba y chillaba intentando alcanzarlo.

El joven vallense sonrió ante el deleite del niño.

* * *

Durante el trayecto de regreso por entre los puestos del mercado, Morgan Leah vio fugazmente a Hirehone. El capataz de la forja de Kiltan estaba junto a un grupo que aplaudía a un malabarista, con su corpulenta figura envuelta en una gran capa. Solo pudo vislumbrar momentáneamente su coronilla calva y sus mostachos caídos. Morgan parpadeó, y decidió casi inmediatamente que se había equivocado. ¿Qué podía estar haciendo Hirehone en Tyrsis?

Cuando llegaron a la siguiente manzana ya había olvidado el asunto.

* * *

Pasaron las siguientes horas en el sótano de un almacén anexo a la tienda de un armero, sin duda un hombre que estaba al servicio de los proscritos porque Padishar Creel conocía exactamente la grieta del marco donde se guardaba la llave de la puerta. El líder de los proscritos los guio hacia dentro sin dudar. En el interior encontraron comida y bebida junto con jergones y mantas para dormir, y agua para lavarse. El sótano era fresco y seco, y pronto dejaron de sentir el calor que habían acumulado durante el día. Descansaron un rato, comieron y hablaron distraídamente a la espera de los futuros acontecimientos. Solo el líder de los proscritos parecía saber lo que pasaría, como era habitual en él, pero no les daba ninguna explicación. En vez de eso, se echó a dormir.

Transcurrieron varias horas antes de que despertara. Se levantó, se estiró, se tomó su tiempo para lavarse la cara.

—Vamos a salir —le dijo a Par mientras se acercaba a él—. Los demás os quedaréis aquí hasta que regresemos. No tardaremos mucho ni haremos nada peligroso.

Tanto Coll como Morgan empezaron a protestar, pero se lo pensaron mejor. Par siguió a Padishar por las escaleras, y la trampilla se cerró tras ellos. El líder de los proscritos esperó un breve instante ante la puerta que daba a la calle, luego le hizo señas para que lo siguiera y salieron al exterior.

La calle aún estaba muy concurrida, llena de vendedores y artesanos, compradores y mendigos. El jefe de los proscritos se dirigió hacia el sur, donde estaban los acantilados, seguido de Par, caminando tan rápidamente como las sombras del crepúsculo que empezaban a extenderse por la ciudad. No siguieron ninguna de las avenidas que los había conducido hasta allí, sino que deambularon por una serie de callejuelas. Las caras de las personas con las que se cruzaban eran máscaras de estudiado desinterés, pero sus ojos reflejaban ferocidad. Padishar los ignoró y Par se mantuvo pegado a él. Los cuerpos lo rozaban, pero como no llevaba ningún objeto valioso, se preocupó menos de lo que lo habría hecho de no ser así.

Cuando se acercaron a los acantilados, volvieron a la vía Tyrsiana. Delante, el

punto de Sendic se levantaba sobre el Parque del Pueblo, un extenso prado cubierto de césped bien cuidado y árboles, limitado por un muro bajo y un grupo de edificios al final del puente. Más allá había un ancho barranco cubierto de abundante vegetación, y detrás se alzaban contra el sol poniente las torres y las murallas del que una vez fue el palacio de los gobernantes de Tyrasis.

Par contempló el parque, el puente y el palacio mientras se acercaban. Había algo en su configuración que no acababa de cuadrar. ¿No se suponía que el puente de Sendic llegaba hasta las puertas del palacio?

—¿Verdad, muchacho, que es difícil creer que la espada de Shannara pueda estar escondida en un lugar tan abierto? —le preguntó Padishar, dándose la vuelta.

—¿Dónde está? —preguntó Par, asintiendo con el ceño fruncido.

—Paciencia. Tendrás tu respuesta pronto —respondió Padishar, que le puso un brazo en los hombros y se inclinó—. Ocurra lo que ocurra ahora, no te muestres sorprendido.

Par asintió. Con pasos lentos, el líder de los proscritos se acercó a un carrito de flores y se detuvo ante él. Miró las flores como si quisiera escoger un ramo. Ya lo había hecho cuando Par sintió que un brazo le rodeaba la cintura. Cuando se volvió para ver de quién se trataba, se encontró con la muchacha de los cabellos rojos.

—Hola, chico elfo —le susurró, mientras sus fríos dedos le acariciaban una oreja y le besaba en la mejilla.

Entonces aparecieron dos niños pequeños, una niña y un niño. La primera se agarró a la áspera mano de Padishar y el segundo, a la de Par. Padishar sonrió, levantó a la niña en el aire hasta que gritó, la besó y repartió las flores entre ella y el niño. Silbando, guio a los cinco por el parque. Par se había recuperado lo suficiente para darse cuenta de que la muchacha pelirroja llevaba una cesta cubierta con una tela de colores. Cuando estuvieron cerca del muro que separaba el parque del barranco, Padishar escogió un arce para acomodarse bajo él, la chica pelirroja extendió la tela y todos empezaron a sacar el contenido de la cesta: pollo frío, huevos, pan duro, mermelada, bollos y té.

—Par Ohmsford, te presento a Damson Rhee, tu prometida durante esta pequeña excursión.

—El amor es fugaz, Par Ohmsford. Aprovechémoslo mientras dure —dijo Damson Rhee, mientras le daba un huevo. En su mirada verde se apreciaba una sonrisa.

—Tú eres mi hijo —añadió Padishar—. Esos dos niños, cuyos nombres no recuerdo en este momento, son tus hermanos. Damson, recuérdamelos después. Si alguien pregunta, somos una típica familia que hemos salido a hacer un pícnic.

Nadie les preguntó nada. Los hombres comieron en silencio, escuchando el ininterrumpido parloteo de los niños, que se comportaban como si todo aquello fuera completamente normal. Damson Rhee los atendía y reía junto a ellos. Su sonrisa era cálida y contagiosa. La muchacha, que era guapa, a Par le parecía preciosa cuando

sonreía. Cuando acabaron de comer, hizo el truco de la moneda con cada uno de los niños y los mandó a jugar.

—Vamos a dar un paseo —sugirió Padishar, y se levantó.

Los tres pasearon bajo la sombra de los árboles, acercándose con aire indiferente al muro que limitaba con el barranco. Damson colgaba amorosamente del brazo de Par, a quien no molestaba lo más mínimo la situación.

—Las cosas han cambiado en Tyrsis desde los viejos tiempos —dijo el líder de los proscritos a Par mientras paseaban—. Cuando se extinguió la dinastía de los Buckhannah, la monarquía llegó a su fin. Tyrsis, Varfleet y Kern constituyeron el Consejo de las Ciudades para gobernar Callahorn. El Consejo se disolvió cuando la Federación convirtió Callahorn en protectorado. El palacio, que había sido su sede, ahora lo utiliza la Federación, pero nadie sabe exactamente para qué.

Llegaron al muro y se detuvieron. Estaba construido con bloques de piedra y su altura no llegaba al metro. Había pinchos metálicos en toda su parte superior.

—Echa un vistazo —invitó a Par el líder de los proscritos.

Par lo hizo. El barranco descendía casi en vertical hasta una masa de árboles y matorrales tan espesa que parecía ahogarse a sí misma. La niebla se arremolinaba a través de la naturaleza con una persistencia inquietante, llegando incluso a las copas de los árboles más altos. El barranco se extendía, aproximadamente, kilómetro y medio por cada lado, y a una cuarta parte de esa distancia se levantaba el palacio, cuyas ventanas estaban cerradas y oscuras, y las puertas, atrancadas con barras. La piedra del palacio estaba erosionada y sucia, por lo que daba la impresión de que todo el edificio había estado abandonado durante décadas. Una estrecha pasarela conducía desde el edificio frontal hasta las puertas caídas.

Se volvió hacia Padishar.

—Este muro es la línea divisoria entre el pasado y el presente —dijo en voz baja el líder de los proscritos, mirando hacia la ciudad—. La tierra que pisamos recibe el nombre de Parque del Pueblo. Pero el verdadero Parque del Pueblo, el de nuestros antepasados, está ahí abajo —añadió mientras señalaba el barranco—. Mira bajo el cuartel de la Federación que guarda la pasarela —prosiguió, tras hacer una breve pausa para que sus palabras calaran en la mente del joven vallense.

Par siguió sus indicaciones y vio unas piedras enormes que apenas sobresalían del bosque.

—Esas piedras —continuó el líder de los proscritos en tono lúgubre—, son todo lo que queda del verdadero puente de Sendic. Según lo que me han dicho, quedó en muy malas condiciones durante el asalto a Tyrsis por parte del Señor de los Brujos, en la época de Panamon Creel, y algunos años más tarde se desplomó por completo. Este otro puente es simplemente un elemento decorativo. ¿Lo entiendes ahora?

Par lo comprendió. Su mente funcionaba con rapidez, encajando las piezas.

—¿Y la espada de Shannara? —Con el rabillo del ojo captó la expresión de sorpresa que se había dibujado en el rostro de Damson Rhee.

—En algún lugar de ahí abajo, salvo que mis suposiciones sean incorrectas —respondió Padishar—. Justo donde ha estado siempre. Damson, ¿tienes algo que decir?

—¿Para eso has venido, Padishar? —respondió la muchacha de los cabellos rojos, visiblemente enfadada, tirando del brazo de Par y apartándolo del muro.

—Paciencia, encantadora Damson. No hagamos un juicio precipitado.

—Este es un asunto peligroso, Padishar —respondió la muchacha, agarrando con fuerza el brazo de Par—. Como muy bien sabes, he enviado a varios hombres al Foso, y ninguno de ellos ha vuelto.

—El Foso... así es como llaman ahora los tyrsianos al barranco —dijo Padishar, esbozando una indulgente sonrisa—. Me parece adecuado.

—¡Tomas demasiados riesgos! —exclamó la muchacha.

—Damson es mis ojos, mis oídos y mi brazo derecho en Tyrsis —continuó el líder de los proscritos como si no la hubiese oído—. Damson, di al joven del valle lo que sabes sobre la espada.

—El derrumbamiento del puente de Sendic ocurrió justo cuando la Federación se anexionó Callahorn y empezó la ocupación de Tyrsis —respondió la muchacha, que dirigió a Padishar una mirada peligrosa y le dio después la espalda—. El bosque que ahora cubre el antiguo Parque del Pueblo, donde se guardaba la espada de Shannara, creció prácticamente en una sola noche. El parque y el puente nuevos aparecieron con la misma rapidez. Hace algunos años, pregunté a los viejos de la ciudad qué recordaban, y esto fue lo que me dijeron. La espada nunca desapareció de su cripta, sino que fue la cripta la que desapareció en el bosque. La gente olvida, sobre todo cuando se le dice una y otra vez otra cosa. Casi todo el mundo cree que solo hay un Parque del Pueblo y un puente de Sendic... aquellos que ven. La espada de Shannara sencillamente ha desaparecido, suponiendo que alguna vez existiera.

—¿El bosque, el puente y el parque cambiaron en una noche? —preguntó Par, con incredulidad.

—Así fue —respondió la muchacha pelirroja, que asentía con la cabeza.

—¿Pero...?

—Magia, muchacho —dijo en voz baja Padishar Creel, respondiendo a su inacabada pregunta.

Caminaron un poco más, y se acercaron a la tela de vivos colores sobre la que estaban los restos de su pícnic. Los niños habían regresado y mordisqueaban los bollos.

—La Federación no utiliza la magia —respondió Par, todavía confuso—. La ha prohibido.

—Ha prohibido que la utilicen otros, sí —reconoció Padishar—. ¿Quizá para usarla ellos mismos? ¿O tal vez para permitir que alguien la use? ¿O algo? —concluyó, recalcando esta última palabra.

—¿Quieres decir los umbríos? —preguntó Par, fijando en él su mirada.

Ni Padishar ni Damson Rhee dijeron nada. A Par le daba vueltas la cabeza. La Federación y los umbríos habían establecido algún tipo de alianza entre ellos, se habían unido por unos motivos que ninguno de ellos podía comprender. ¿Era eso posible?

—Me he preguntado sobre el destino de la espada de Shannara durante mucho tiempo —caviló Padishar, deteniéndose justo fuera del alcance de los oídos de los niños que los estaban esperando—. También forma parte de la historia de mi familia. Siempre me pareció extraño que desapareciera sin dejar ningún rastro. Estuvo clavada en mármol y guardada en una cripta durante doscientos años. ¿Cómo pudo simplemente desaparecer? ¿Qué ocurrió con la cripta que la contenía? —Miró a Par—. Damson ha dedicado mucho tiempo buscando respuestas. Solo unos pocos recordaban la verdad de cómo se había producido la desaparición. Todos han muerto ya... pero me dejaron su historia.

Esbozó una sonrisa lobuna.

—Ahora tengo una excusa para descubrir si lo que me dijeron era cierto —prosiguió el líder de los proscritos—. ¿Está la espada de Shannara en el fondo ese barranco? Tú y yo descubriremos la respuesta. La resurrección de la magia de la casa élfica de Shannara, joven Ohmsford, quizá sea la clave para liberar a las Cuatro Tierras. Debemos averiguarlo.

—Estás demasiado ansioso por poner en peligro tu vida, Padishar —le dijo Damson Rhee, mientras agitaba su pelirroja melena—. Y también las vidas de otros, como la de este muchacho. Jamás lo entenderé.

Se separó de ellos para reunirse con los niños. A Par no le importó que le llamase muchacho una chica que parecía más joven que él.

—Cuidado con ella, Par Ohmsford —murmuró el líder de los proscritos.

—No tiene mucha fe en nuestras posibilidades —comentó Par.

—¡Se preocupa sin motivo! Tenemos la fuerza de siete de nosotros para enfrentarnos a lo que el Foso esconda. Y si lo que esconde es magia, contamos con tu canción y con la espada del montañés. Con eso tenemos más que suficiente. Pronto oscurecerá, muchacho —concluyó, mirando al cielo.

Pasó el brazo sobre los hombros de Par en un gesto amistoso, y lo llevó a donde estaban Damson Rhee y los niños.

—En el momento oportuno —le susurró—, veremos con nuestros propios ojos lo que ha sucedido con la espada de Shannara.

Cuando la familia ficticia de Padishar Creel llegó al final del parque y se disponía a entrar en la vía Tyrsiana, Damson Rhee se volvió hacia el líder de los proscritos.

—Los centinelas que patrullan el muro se relevan a medianoche frente el cuartel de la Federación. Yo puedo provocar un pequeño alboroto que los distraiga el tiempo suficiente para que entréis en el Foso... si estáis decididos a hacerlo. Aseguraros de entrar por el extremo oeste.

Extendió la mano, extrajo una moneda de plata de detrás de la oreja de Par y se la entregó. La cara grabada en la moneda era muy parecida a la de ella.

—Para que tengas suerte, Par Ohmsford —dijo—. La necesitarás si continuas siguiéndole.

Dirigió a Padishar una mirada dura, cogió de la mano a los niños y se internó en la muchedumbre sin volver la cabeza atrás, con su cabello rojo brillando. El líder de los proscritos y el joven vallense permanecieron inmóviles viéndola marchar.

—¿Quién es ella, Padishar? —preguntó Par cuando la perdieron de vista.

—Quien decida ser —respondió Padishar, dubitativo—. Hay tantas historias sobre sus orígenes como sobre los míos. Venga, tenemos que irnos nosotros también.

Llevó a Par a través la ciudad, manteniéndose en calles secundarias y callejuelas. La multitud todavía era densa. Todo el mundo se empujaba para abrirse paso, impacientes y sudorosos. El crepúsculo perseguía hacia el oeste la luz solar, alargando las sombras hacia la noche, pero el calor del mediodía continuaba atrapado entre las murallas de la ciudad y brotaba de las piedras de las calles y de los edificios, gravitando en el aire. Ya se veía en el norte el cuarto creciente de la luna, y las estrellas salpicaban el firmamento en el este. Intentó pensar en lo que había aprendido sobre la desaparición de la espada de Shannara, pero en vez de eso se encontró pensando en Damson Rhee.

Antes de la caída de la noche volvieron al sótano de la armería, donde Coll y Morgan los esperaban con impaciencia. Para cortar el alud de preguntas, el líder de los proscritos les anunció, esbozando una amistosa sonrisa, que todo estaba arreglado. A medianoche, los hermanos del valle, el joven de las montañas, Ciba Blue y él harían una breve incursión en el barranco que lindaba con el que una vez fue el palacio de los gobernantes de la ciudad. Descenderían con una escalera de cuerda. Stasas y Drutt se quedarían arriba. Recogerían la escalera cuando sus compañeros estuviesen abajo, y se ocultarían hasta que les llamaran. Se encargarían de los centinelas, tenderían la escalera y, a continuación, todos desaparecerían por el mismo camino por el que habían llegado.

Se mostró breve y directo. En ningún momento mencionó la razón de todo eso, y ninguno de sus propios hombres se atrevió a preguntar. Se limitaron a escucharlo hasta que terminó de hablar, y después volvieron inmediatamente a lo que habían estado haciendo. Pero Coll y Morgan apenas podían contenerse, y Par se vio obligado a llevarlos aparte y explicarles con detalle todo lo que había sucedido. Los tres se apiñaron en un rincón del sótano, sentados sobre sacos de polvos para pulir. Las lámparas de aceite estaban encendidas, y la ciudad de arriba empezaba su descanso.

—Es difícil creer que una ciudad entera haya olvidado que hubo más de un parque del pueblo y un puente de Sendic —dijo en voz baja Morgan, negando con la cabeza, lleno de duda.

—No mucho, si se tiene en cuenta que han dispuesto de más de cien años para convencerla —discrepó Coll—. Piénsalo detenidamente, Morgan. ¿Cuántas cosas, además de un parque y de un puente, se han olvidado durante ese tiempo? La Federación ha impuesto a las Cuatro Tierras trescientos años de revisionismo histórico.

—Coll tiene razón —dijo Par—. Cuando murió Allanon perdimos a nuestro único historiador verdadero. Las *Historias de los druidas* eran las únicas compilaciones escritas que tenían las razas, y no sabemos qué ha sido de ellas. Solo nos quedan los narradores, con sus relatos boca a boca, la mayoría de ellos imprecisos.

—Se ha dicho que todo lo del mundo antiguo es mentira —prosiguió Coll, con una mirada dura—. Nosotros sabemos la verdad, pero nadie más la cree. La Federación lo ha cambiado todo en pro de sus propios fines. Después de un centenar de años no es extraño que nadie en Tyrsis recuerde que los actuales Parque del Pueblo y puente de Sendic no son los mismos que los que una vez fueron. La realidad del asunto es, ¿a quién le preocupa ya?

—Quizá sea así —respondió Morgan con el ceño fruncido—. Pero aquí hay algo que no encaja. —Frunció todavía más el ceño—. Me extraña que la espada de Shannara, la cripta y todo lo demás hayan estado en el fondo de ese barranco durante todos estos años y que nadie las haya visto. Me extraña que nadie que haya bajado a verlo haya regresado para contarlo.

—También a mí —coincidió Coll.

—Ninguno de nosotros pensó ni siquiera durante un minuto que no sería peligroso intentar recuperar la espada —dijo Par en voz baja con un toque de exasperación en la voz, mientras dirigía una mirada a los proscritos, que no les prestaban ninguna atención—. Sin duda no esperaréis que todo se reduzca a caminar hasta allí y cogerla, ¿verdad? ¡Claro que nadie la ha visto! De lo contrario, ¿estaría perdida? ¡Y podéis apostar lo que queráis a que la Federación se ha asegurado de que nadie que haya bajado al Foso haya vuelto a subir! ¡Esa es la razón de los guardias y el cuartel! ¡Por otra parte, el hecho de que la Federación se haya tomado tantas molestias en ocultar el puente y el parque antiguos sugiere que la espada se encuentra allí abajo!

—También es un claro indicio de que allí es donde quieren que esté —respondió Coll, mirando fijamente a su hermano.

La conversación concluyó y cada uno de ellos se dirigió a tres rincones distintos del sótano. La tarde dio paso rápidamente al anochecer y el calor del día finalmente empezó a desvanecerse. Cenaron entre prolongados silencios. Solo Padishar tenía cosas que decir, bullicioso como siempre, contando historias y chistes como si aquella noche fuese igual que cualquier otra, como si no fuera consciente de la falta de respuesta de su audiencia. Par estaba demasiado nervioso como para comer o hablar, y no cesaba de preguntarse si Padishar estaba tan poco afectado como pretendía dar a entender. Nada parecía alterar el buen humor del líder de los proscritos. Padishar Creel era o muy valiente o muy estúpido, y al joven vallense le molestaba no saber cuál era.

Cuando la cena acabó, permanecieron sentados, hablando en voz baja y mirando a las paredes. Poco después, Padishar se acercó a Par y se puso en cuclillas a su lado.

—¿Estás impaciente por actuar, muchacho? —le preguntó en voz baja.

No había nadie lo bastante cerca para poder oírlo. Par asintió.

—Bueno, ya no falta mucho. —El proscrito dio una palmada en la rodilla del joven vallense sin dejar de mirarlo—. Simplemente recuerda cuál es nuestro objetivo. Un vistazo rápido y fuera de nuevo. Si la espada está allí al alcance de la mano, bien. De lo contrario, no nos quedaremos. —Esbozó una sonrisa lobuna—. Cautela ante todo —concluyó, retirándose de su lado, dejando a Par mirándole marchar.

Los minutos se sucedían con la lentitud de las sombras del mediodía. Par y Coll se sentaron juntos, sin hablar. Par casi podía oír los pensamientos de su hermano en el silencio. Las llamas de las lámparas de aceite tintineaban y chisporroteaban. Una mosca gigante de los pantanos zumbaba, describiendo círculos bajo el techo hasta que Ciba Blue la mató. El sótano empezaba a oler a cerrado.

Finalmente Padishar se levantó y dijo que había llegado el momento. Todos lo imitaron con la expectación reflejada en sus rostros. Se ciñeron las armas y se pusieron las capas. Abandonaron el sótano por la trampilla y salieron a la noche.

Las calles de la ciudad estaban vacías y silenciosas. De las posadas y las cervecerías salían voces, interrumpidas por carcajadas y gritos ocasionales. Casi todas las farolas de los callejones recorridos por Padishar estaban rotas o apagadas, y solo contaban con la luz de la luna para guiarse a través de las sombras. No caminaban furtivamente, sino cautelosamente, deseando no llamar la atención. Varias veces retrocedieron para evitar encontrarse con los grupos de juerguistas que iban camino de sus casas. Los borrachos y mendigos ante quienes pasaron apenas levantaron la vista de los rincones y portales que les daban cobijo. No vieron ningún soldado, porque la Federación dejaba que las callejuelas y los pobres de Tyrsis se las arreglaran por su cuenta.

Cuando llegaron al parque del pueblo y al puente de Sendic, Padishar les hizo cruzar la ancha vía Tyrsiana en grupos de dos o tres y seguir direcciones diferentes en

el interior del parque. Después se reagruparon, sin perder de vista la bien iluminada vía por si se acercaba alguna de las patrullas de vigilancia de la Federación. Solo pasó una, y no vio a nadie del grupo. Había un guardia apostado ante el cuartel, en el centro del muro que bordeaba el Foso, pero los soldados estaban rodeados de farolas encendidas, lo cual les impedía ver a las personas que estuvieran fuera de su círculo luminoso. Padishar llevó con rapidez al grupo, a través del parque desierto, hacia el oeste, donde el barranco se unía a los acantilados. Una vez allí, les ordenó que esperaran.

Agachado e inmóvil en la oscuridad, Par podía escuchar los latidos de su corazón. El silencio estaba lleno del zumbido de los insectos. Las cigarras cantaban con estridente cadencia en la oscuridad. Los siete hombres, ocultos entre unos matorrales, eran invisibles desde fuera. Pero cualquiera que no compartiera su escondite también sería invisible para ellos. Par se sentía incómodo con su ubicación y se cuestionaba aquella decisión. Miró a Padishar Creel, pero este estaba ocupado supervisando el despliegue de la escalera de cuerda que les permitiría bajar al barranco...

Par dudó. El Foso. Bajar al Foso. Se obligó a pronunciar la palabra.

Respiró profundamente, intentando serenarse, y se preguntó si Damson Rhee estaría cerca.

Una patrulla de cuatro soldados de la Federación, que recorría el perímetro del muro, apareció de entre la oscuridad, casi delante de ellos. Aunque el sonido de sus botas les había puesto sobre aviso de su llegada, su presencia los aterrorizó. Par y los otros se encogieron en su escondrijo. Los soldados se detuvieron, hablaron en voz baja, dieron media vuelta y se fueron por donde habían venido.

Par exhaló lentamente, y se arriesgó a echar una rápida mirada al oscuro hoyo del barranco. Era un pozo silencioso, negro como la tinta.

Padishar y los otros proscritos colocaban en su sitio la escalera de cuerda, preparándola para el descenso. Par se levantó, deseando relajar sus músculos, que empezaban a entumecerse, y ansioso por acabar con todo el asunto cuanto antes. Debería haberse sentido más seguro, pero no lo estaba. Su inquietud crecía cada segundo que pasaba, sin saber por qué. Había algo que tiraba de él frenéticamente, advirtiéndolo, una especie de sexto sentido que no podía identificar.

Le pareció oír algo, no en el barranco, sino a sus espaldas en el parque. Miró hacia atrás, escrutando la oscuridad con su aguda mirada élfica.

De repente, se produjo una gran conmoción en el cuartel, y los gritos de alarma rompieron la calma nocturna.

—¡Ahora! —los premió Padishar Creel, y todos corrieron hacia el muro.

La escalera ya estaba asegurada, atada a dos de las púas que coronaban el muro. Rápidamente, tiraron el otro extremo al fondo del barranco. Ciba Blue fue el primero en bajar. La mancha color cobalto de su mejilla parecía un agujero a la luz de la luna. Comprobó la seguridad de la escalera con su peso, y desapareció de la vista.

—Recordad, esperad mi señal —dijo Padishar en voz baja y áspera, por encima

de los lejanos gritos, dirigiéndose a Stasas y Drutt.

Iba a volverse para indicarle a Par que bajara tras a Ciba Blue cuando un enjambre de soldados de la Federación armados con lanzas y ballestas surgió de la oscuridad, figuras silenciosas que parecían haber salido de la nada. Todos se quedaron petrificados. Par sintió que su estómago se contraía por la sorpresa. «Debería haberlo intuido, debería haberlos sentido», pensó, y enseguida se dio cuenta de que había sido así.

—Tirad vuestras armas —ordenó una voz.

Durante un breve instante, Par temió que Padishar Creel escogiera luchar antes que rendirse. Los ojos del líder de los proscritos miraron a izquierda y a derecha, pero sus posibilidades eran avasallantes. Su expresión se relajó, en sus labios se dibujó una sonrisa casi imperceptible y, sin decir palabra, dejó caer su espada y su cuchillo largo. Los demás miembros del grupo lo imitaron, y los soldados de la Federación se acercaron. Recogieron las armas y les ataron las manos a la espalda.

—Hay otro abajo, en el Foso —dijo un soldado al líder de sus captores; un individuo bajo, cabellos cortos y galones de comandante en la camisa oscura.

—Cortad las cuerdas, dejadlo caer —ordenó, con la mirada puesta en el fondo del Foso.

La escalera de cuerda fue cortada en un momento. Cayó en silencio hacia la oscuridad. Par esperó un grito, pero no hubo ninguno. Quizá Ciba Blue ya estaba abajo. Miró a Coll, que se limitó a negar con la cabeza con impotencia.

—Debes saber, Padishar Creel, que has sido traicionado por uno de los tuyos —dijo en tono indiferente el comandante de la Federación acercándose a Padishar.

Esperó una respuesta, pero no la recibió. La expresión de Padishar Creel se mantuvo inalterable. Solo sus ojos revelaban la ira que de alguna manera lograba contener.

Entonces un grito aterrador, que surgió de las profundidades del Foso, rompió el silencio. Se elevó en la noche como un pájaro herido, rebotó contra el acantilado y, afortunadamente, se extinguió.

«Era Ciba Blue», pensó Par, horrorizado.

El comandante de la Federación dirigió una mirada llena de indiferencia al barranco y ordenó que se llevaran a los prisioneros.

Los condujeron a través del parque, siguiendo el muro hacia el cuartel de la guardia, en fila india, con soldados intercalados para mantenerlos separados. Par caminaba en silencio y abrumado, con el eco del grito de Ciba Blue resonando en su mente. ¿Qué podía haberle sucedido en el Foso? Tragó saliva para paliar el malestar que sentía en el estómago y se obligó a pensar en otra cosa. Traicionado, había dicho el comandante de la Federación. Pero ¿por quién? Era obvio que ninguno de ellos podía ser el traidor... así que alguien externo. Uno de los de Padishar...

Tropezó con la raíz de un árbol, recuperó el equilibrio y siguió adelante. Su mente daba vueltas con los pensamientos dispares. Suponía que los llevaban a las prisiones

de la Federación. Una vez allí, la gran aventura habría llegado a su fin. No habría búsqueda de la desaparecida espada de Shannara. No tendría que preocuparse por la misión que Allanon le había encomendado. Nadie había salido de las prisiones de la Federación.

Tenía que escapar.

Fue un pensamiento instintivo, que despejó su mente completamente. Si no lo hacía, quedarían encerrados, olvidados. De repente se dio cuenta de que Damson Rhee sabía dónde estaban y, por tanto, estaba en la mejor posición para traicionarles.

Era una desagradable posibilidad, pero también era ineludible.

Redujo el ritmo de su respiración. Esta era la mejor oportunidad para escapar que tendría. Una vez dentro de la prisión, sería mucho más difícil. Quizá Padishar elaborara un plan entonces, pero Par no quería depender de esa posibilidad. Quizá de forma injusta pensaba que había sido Padishar quien los había metido en aquel lío.

Vio el parpadeo de las luces del cuartel entre los árboles del parque. Disponía de pocos minutos. Pensó que podría conseguirlo, pero tenía que hacerlo solo. Tendría que dejar a Coll y a Morgan. No tenía otra opción.

Les llegaron voces de delante. Había otros soldados esperándolos. La fila empezó a deshacerse, y algunos guardianes se alejaron un poco. Par aspiró una bocanada de aire, esperó hasta que pasaron por un grupo de abedules, y entonces utilizó la canción. Cantó en susurros, y su voz se entremezcló con los sonidos de la noche como la brisa, como una suave llamada de pájaro o el breve canto de un grillo. Dejó que su magia se extendiera e inundara las mentes de los soldados que estaban junto a él, distrayéndolos, obligándolos a mirar a otro lado, a que se olvidaran de su presencia...

Entonces solo tuvo que meterse entre los árboles y desaparecer.

La fila de prisioneros continuó sin él. Nadie se dio cuenta de que se había ido. Si Coll, Morgan o cualquiera de los otros vieron algo, lo guardaron para sí. Los soldados de la Federación y sus prisioneros continuaron avanzando hacia las luces, dejándolo solo.

Cuando se fueron, se internó silenciosamente en la noche.

Inmediatamente después consiguió liberarse de las cuerdas que ataban sus manos. Encontró una púa con los lados mellados sobre el muro del barranco, a un centenar de metros del lugar de su huida y, poniéndose de espaldas, cortó las cuerdas rápidamente. Aún no habían dado la alarma; al parecer, nadie había advertido su ausencia. Quizá no se habían molestado en contar a los prisioneros, razonó. Al fin y al cabo, estaba oscuro y fueron capturados en unos pocos segundos.

En cualquier caso, era libre. ¿Qué debía hacer ahora?

Atravesó el parque en dirección a la vía Tyrsiana, manteniéndose entre las sombras, deteniéndose cada pocos segundos para escuchar los sonidos de una persecución que nunca llegaba. Sudaba copiosamente, la túnica se le pegaba a la espalda y su cara estaba cubierta de polvo. Se sentía alegre por haber logrado huir y

devastado por no saber cómo aprovecharlo. No tenía a quien recurrir en Tyrsis, ni fuera de ella. No sabía a quién dirigirse ni en quién confiar. Y no tenía idea de cómo regresar a la Llave de Parma. Steff le ayudaría si se enteraba de que sus compañeros estaban en apuros, pero ¿cómo podía llegar hasta el enano antes de que fuese demasiado tarde?

Pudo ver entre los árboles las luces de la vía Tyrsiana. Par se detuvo en el borde del parque, cerca del límite occidental, y se sentó junto al tronco de un viejo arce, desesperado. Tenía que hacer algo. No podía simplemente vagar sin rumbo. Se limpió la cara con la manga y apoyó la cabeza en la áspera corteza. De repente, se sintió enfermo y necesitó recurrir a toda su fuerza de voluntad para no vomitar.

Tenía que volver a por Coll y Morgan. Tenía que encontrar la forma de liberarlos. «La canción», pensó.

¿Pero cómo?

Una patrulla de la Federación bajaba por la vía Tyrsiana. Sus botas resonaban en el silencio. Par se encogió entre las sombras y esperó hasta que se perdieron de vista. Entonces abandonó su refugio y bordeó el parque hacia una fuente cercana. Una vez allí, se inclinó y se lavó la cara y las manos. El agua corrió por su piel como plata líquida.

Descansó, apoyando la cabeza en el pecho, y de repente, se sintió muy cansado.

El brazo que lo rodeó era fuerte e inflexible, y le echó la cabeza atrás con violencia. Se encontró cara a cara con Damson Rhee.

—¿Qué ha pasado? —exigió saber en voz baja.

Par buscó su cuchillo largo desesperadamente. Pero había desaparecido, arrebatado por la Federación. Dio un empujón a la muchacha, intentado liberarse de su agarre, pero ella lo esquivó sin esfuerzo aparente y le lanzó una fuerte patada al estómago que le hizo doblarse.

—¿Qué haces, idiota? —le susurró, enfadada.

Sin esperar la respuesta, lo arrastró hasta las protectoras sombras del parque y lo lanzó al suelo.

—¡Si vuelves a intentar algo así contra mí, te romperé los dos brazos! —le gritó.

Par se enderezó hasta sentarse, aún buscando una vía de escape. Pero la joven lo empujó de nuevo contra el suelo y se agachó a su lado.

—¿Por qué no empezamos de nuevo, mi querido chico elfo? ¿Dónde están los demás? ¿Qué les ha ocurrido?

—¡La Federación los ha hecho prisioneros! —exclamó Par, intentando contener su ira—. ¡Nos estaban esperando, Damson! ¡Como si no lo supieras!

La furia se tornó en sorpresa en los ojos de la muchacha.

—¿Qué quieres decir con «como si no lo supieras»?

—Nos estaban esperando. No atravesamos ni el muro. ¡Fuimos traicionados! ¡El comandante de la Federación nos lo dijo! ¡Dijo que había sido uno de los nuestros... un proscrito, Damson! —concluyó Par, temblando.

—Y tú has decidido que fui yo, ¿verdad, Par Ohmsford? —dijo Damson Rhee, que miraba fijamente al joven vallense.

—¿Quién mejor que tú? —respondió Par, levantándose sobre los codos—. ¡Eres la única que sabía qué íbamos a hacer... la única que está libre! ¡Nadie más lo sabía! ¿Quién podría haber sido sino tú?

Hubo un largo silencio, mientras se observaban en la oscuridad. Les llegó un rumor de voces. Alguien se acercaba.

—No lo sé. ¡Pero no fui yo! —dijo Damson Rhee, inclinándose hacia él—. ¡Ahora, tiéndete hasta que hayan pasado!

Lo empujó hacia unos matorrales y, a continuación, se echó a su lado. Par pudo sentir el calor de su cuerpo y oler su dulce aroma. Cerró los ojos y esperó. Un par soldados de la Federación que abandonaban el parque. Se detuvieron un instante y continuaron su camino.

Damson Rhee acercó los labios al oído de Par.

—¿Sabes que te has escapado?

—No estoy seguro —respondió en voz baja, haciendo un gesto dubitativo.

Ella le cogió la barbilla con su suave mano y lo obligó a volver la cara hasta que quedó frente a la suya.

—No os he traicionado. Aunque lo parezca, yo no lo he hecho. Si pretendiera traicionarte y aliarme con la Federación, Par, simplemente habría llamado a esa pareja de soldados y habría acabado con esto.

Los ojos verdes de la joven brillaban tenuemente a la luz de la luna que atravesaba las ramas de su escondite. Par miró aquellos ojos y no encontró ni el más leve indicio de engaño en ellos. Sin embargo, seguía dudando.

—Tienes que decidir aquí y ahora si me crees o no —dijo la joven.

—¡No es tan fácil!

—¡Tiene que serlo! Mírame, Par. ¡No he traicionado a nadie... ni a ti, ni a Padishar, ni a los demás; ni ahora ni nunca! ¿Por qué iba a hacerlo? ¡Odio a la Federación tanto como el que más! —Hizo una pausa, exasperada—. Os advertí que era una misión peligrosa. Os dije que el Foso era un agujero negro que se tragaba a los hombres. ¡Fue Padishar quien insistió en ir!

—Eso no lo hace responsable de lo sucedido.

—¡Ni a mí! Prometí que los distraería, y lo hice.

Par asintió.

—¿Lo ves? ¡He cumplido mi parte del trato! ¿Por qué iba a molestarme en hacerlo si pretendiera traicionaros?

Par no dijo nada.

—No admitirás nada, ¿verdad? —Le palpitaban las fosas nasales. Después echó hacia atrás la cabellera rojiza, que produjo un destello de color—. ¿Me explicarás, al menos, lo que ha sucedido?

Par respiró profundamente. Le relató en pocas palabras su captura, incluyendo la

aterradora desaparición del proscrito Ciba Blue. Fue deliberadamente vago sobre las circunstancias de su huida. La magia era asunto suyo. Su secreto le pertenecía.

—Así que, de hecho, podrías haber sido tú el traidor tanto como yo —dijo Damson, que no estaba dispuesta a admitir la facilidad de su fuga—. ¿De qué otra manera conseguiste escapar cuando los otros no pudieron?

—¿Por qué iba a hacerles una cosa así a mis amigos? —respondió Par sonrojándose, ofendido por la acusación e irritado por su insistencia.

—Exactamente mi mismo argumento —contestó la joven.

Se observaron en silencio, cada uno midiendo la fuerza del otro. Damson tenía razón, Par lo sabía. Había tantas razones para sospechar de él como de ella. Pero eso no cambiaba el hecho de que él sabía que él no había sido mientras que no podía saber lo mismo de ella.

—Decide, Par —le exigió en voz baja—. ¿Me crees o no?

Su expresión era suave e inocente a la escasa luz. Las sombras de las diminutas hojas de los matorrales moteaban su piel. Se sintió atraído por ella de una forma que antes no habría creído posible. Había algo especial en esa chica, algo que vencía sus celos y eliminaba sus dudas. Los ojos verdes seguían fijos en él, insinuantes y persuasivos. Solo veía sinceridad en ellos.

—De acuerdo, te creo —dijo finalmente.

—Entonces explícame cómo escapaste cuando los otros no pudieron —le pidió—. No, no discutas el asunto. Necesito una prueba de tu inocencia para poder colaborar contigo.

Poco a poco, se fue resquebrajando la firmeza del propósito de Par de mantener en secreto la canción. De nuevo, ella tenía razón. Solo le pedía lo que él habría preguntado en su lugar.

—Usé magia.

—¿Magia? ¿De qué clase? —preguntó la muchacha, acercándose aún más a él, como si quisiera juzgar mejor la sinceridad de lo que decía.

Par todavía dudaba.

—¿Prestidigitación? ¿Hechizos? —lo presionó—. ¿Alguna especie de desaparición?

—Sí —respondió—. Tengo la habilidad de hacerme invisible cuando lo deseo.

Se produjo un largo silencio. Vio la curiosidad en sus ojos.

—Posees magia de verdad, ¿no es cierto? —dijo ella al fin—. No la ficticia que yo utilizo cuando las monedas aparecen y desaparecen y el fuego danza en el aire. Tú tienes la que está prohibida. Por eso Padishar está tan interesado en ti. ¿Quién eres, Par Ohmsford? Dímelo.

En el parque reinaba la quietud. Ya no se oían las voces de los guardias. La noche volvía a estar tranquila y silenciosa, como si en el mundo solo estuvieran ellos dos. Par pensó en la conveniencia de su respuesta. Estaba pisando arenas movedizas.

—Puedes ver quién soy por ti misma —dijo por fin con precaución—. Tengo algo

de elfo, y esa parte de mí es portadora de la magia de mis antepasados. Tengo su magia o, al menos, una pequeña parte de ella.

La chica se quedó mirándolo un largo rato, pensando. Después pareció que había llegado a una conclusión. Se arrastró fuera de los matorrales, tirando de él. Se pusieron de pie y se sacudieron las ropas, respirando profundamente el fresco aire nocturno. El parque estaba desierto.

—Nací en Tyrasis —empezó a hablar ella de forma espontánea—. Soy hija de un armero y de su esposa. Tuve un hermano y una hermana, los dos mayores que yo. Cuando cumplí los ocho años, la Federación descubrió que mi padre suministraba armas al Movimiento. Alguien... un amigo, un conocido, jamás supe quién... lo delató. Los buscadores llegaron a nuestra casa en medio de la noche, le prendieron fuego y ardió hasta los cimientos. Encerraron a mi familia dentro y ardió con ella. Yo me libré porque estaba pasando unos días con mi tía. Al año siguiente también murió ella, y me vi obligada a vivir en las calles. Ahí es donde crecí. Mi familia había desaparecido y no tenía amigos. Un mago callejero me tomó de aprendiz y me enseñó el oficio. Esa ha sido mi vida. —Hizo una breve pausa—. Mereces saber por qué jamás delataría a nadie a la Federación.

Levantó la mano y, durante un momento, rozó con los dedos la mejilla de Par. Luego la bajó para cogerlo del brazo.

—Par, lo que haya que hacer, debemos hacerlo esta noche, o será demasiado tarde. La Federación sabe que han capturado a Padishar Creel. Llamarán a Rimmer Dall y a sus buscadores para que lo interroguen. Cuando eso suceda, el rescate será imposible. —Hizo una pausa para asegurarse de que había captado el significado de sus palabras—. Tenemos que ayudarlos ahora.

Par se quedó helado al imaginarse a Coll y a Morgan en manos de Rimmer Dall. ¿Y Padishar? ¿Qué haría el primer buscador con el líder del Movimiento?

—Esta noche —insistió la muchacha con voz suave—. Cuando no lo esperan. Padishar y los demás estarán aún en las celdas del cuartel. Todavía no los habrán trasladado. Se encontrarán cansados y somnolientos. No tendremos una oportunidad mejor.

—¿Tú y yo? —preguntó Par, mirándola con incredulidad.

—Si accedes a venir conmigo.

—Pero ¿qué podemos hacer nosotros dos?

—Háblame de tu magia —dijo la muchacha, cuyos cabellos rojizos brillaban bajo la luz de la luna, acercándose más a él—. ¿Qué puedes hacer con ella, Par Ohmsford?

—Me hace invisible —respondió, sin dudar ni un solo instante—. Me da una apariencia distinta. Me permite lograr que otros vean cosas que no existen. —Empezó a animarse—. Todo lo que quiera. Si no es por mucho tiempo ni abarca mucho espacio. No es más que una ilusión, ¿comprendes?

Se alejó de él, se metió entre los árboles próximos y se detuvo. Permaneció allí, entre las sombras, sumida en sus pensamientos. Par esperó sin moverse de su sitio,

sintiendo la frialdad de una súbita ráfaga de viento, escuchando el silencio que cubría la ciudad como las aguas el fondo de un océano. Casi se podía nadar en aquel silencio hacia mejores tiempos y lugares. Se sentía invadido por un miedo del que no podía librarse... miedo ante la sola idea de regresar en busca de sus amigos, miedo a fracasar en el intento. Pero la pasividad le resultaba completamente inconcebible.

¿Qué podían hacer ellos dos solos?

Como si leyera su pensamiento, Damson volvió a su lado. Sus ojos tenían una mirada intensa, y lo agarró con fuerza por los brazos.

—Creo que conozco un medio, Par —dijo la joven en voz baja.

—Explícamelo —le pidió Par, esbozando una sonrisa contra su voluntad.

Tras dejar el grupo en el Cuerno del Hades, Walker Boh se dirigió directamente a la Chimenea de Piedra. Condujo su caballo hacia el este a través de las llanuras de Rabb, dejó atrás Storlock y sus sanadores, cruzó las montañas de Wolfstaag a través desfiladero de Jade y remontó el torrente de Chard hasta que entró en la Cuenca Oscura. Tres días después estaba de nuevo en casa. No había hablado con nadie durante el camino; solo se había detenido el tiempo imprescindible para comer y dormir. No era un compañero de viaje agradable, y lo sabía. Estaba obsesionado por su encuentro con el espíritu de Allanon. Lo estaba atormentando.

Veinticuatro horas después de su llegada, el Anar fue azotado por una fuerte tormenta estival, y Walker se encerró en su casa mientras el viento azotaba los muros de madera y la lluvia que caía sobre el tejado. Todo el valle estaba inundado, iluminado por los destellos de los rayos y sacudido por los largos y amenazadores rugidos de los truenos. La cadencia de la lluvia ahogaba cualquier otro sonido, y Walker se sentó en silencio, entre aquel constante tamborileo, envuelto en mantas y con una oscuridad espiritual que nunca pensó que fuera posible.

Estaba desesperado.

Era la inevitabilidad de las cosas lo que temía. Walker Boh, o cualquier nombre que decidiera portar, siempre llevaría sangre Ohmsford, y era consciente de que los Ohmsford, a pesar de sus recelos, siempre habían hecho suya la causa de los druidas. Así había ocurrido con Shea y Flick, con Wil y con Brin y Jair antes de él. Y ahora era su turno. Wren, Par y él. Par lo había aceptado, por supuesto. El joven del valle era un romántico incurable, un campeón autoproclamado de los oprimidos y los maltratados. Par era un loco.

O un realista, dependiendo de cómo se viera el asunto. Porque, si se otorgaba crédito a la historia, Par se había limitado a aceptar sin rechistar lo que Walker, al fin, se vería obligado a hacer: la voluntad de Allanon, la causa de un hombre muerto. El espíritu del druida se había presentado como un patriarca implacable, llegado del más allá para reprocharles su falta de diligencia y sus recelos y, a continuación, cargar sobre sus espaldas misiones de locura y autodestrucción. «¡Trae de nuevo a los druidas! ¡Restablece Paranor! Hacedlo porque yo digo que debe hacerse, porque yo digo que es necesario, porque yo, que soy un cuerpo sin carne y una mente muerta, os lo exijo».

El mal humor de Walker aumentaba cuanto más pesaba sobre él el asunto, un pálido reflejo de la opresión de la tormenta. El espíritu del druida les pedía que Par, Wren y él cambiaran por completo la faz del mundo, que cogieran en sus manos

trescientos años de evolución de las Cuatro Tierras y los eliminaran en un instante. ¿Qué otra cosa había pedido el espíritu sino aquello? El retorno de la magia y de los poseedores de esa magia, de quienes la habían configurado, de todas las cosas que habían desaparecido trescientos años atrás. ¡Una locura! ¡Jugarían con las vidas de las personas como si ellos fueran sus creadores... y no tenían ningún derecho a hacerlo!

Entre la bruma grisácea de su ira y su miedo consiguió perfilar los rasgos del espíritu. Allanon. El último druida, el guardián de la historia de las Cuatro Tierras, el protector de las razas, el dispensador de magia y secretos. Su lúgubre figura se alzaba sobre los años como una nube contra el sol, bloqueando el calor y la luz. Todos los acontecimientos que habían pasado mientras estaba vivo llevaban su sello. Y antes que él fue Bremen, y antes que este los druidas del Primer Consejo de las Razas. Guerras de magia, luchas por la supervivencia, batallas entre la luz y la oscuridad, o tal vez entre grises. Eso era obra de los druidas.

Y ahora le pedía que trajera de vuelta todo eso.

Se podía argumentar que era necesario. Como siempre habían hecho. Se podía decir que los druidas solo actuaban para preservar y proteger a las razas, nunca para moldearlas. Pero ¿cuándo existió una cosa sin la otra? Por otra parte, esa necesidad era subjetiva. Los umbríos ocupaban ahora el lugar del Señor de los Brujos, de los demonios y de los mordíferos del pasado. Pero ¿qué eran los umbríos para que los hombres necesitasen la ayuda de los druidas y de la magia? ¿No podían enfrentarse por sí solos a los males del mundo en lugar de depender de un poder que apenas podían comprender? La magia proporcionaba tanto dolor como alegría, su lado oscuro podía ejercer tanta influencia como el luminoso. ¿Debía él, Walker Boh, devolvérsela a unos hombres que habían demostrado reiteradamente que eran incapaces de dominar sus secretos?

¿Cómo podía hacer tal cosa?

Sin embargo, sin la magia, el mundo se convertiría, como el espíritu de Allanon les había mostrado, en una pesadilla de fuego y de oscuridad dominada por seres como los umbríos. Quizá fuese verdad que solo la magia podría salvar a las razas de tales monstruos.

Quizá.

El fondo del asunto era que él no quería formar parte de lo que tuviera que pasar. Él no era parte de las razas de las Cuatro Tierras ni en cuerpo ni en espíritu y nunca lo había sido. No sentía empatía por los hombres y mujeres que las poblaban; no había un lugar entre ellos para él. Llevaba la maldición de su propia magia, que lo había despojado de su humanidad, de su lugar entre los humanos, aislándolo del resto de los seres vivos. Era irónico, porque era el único que no temía a los umbríos. Incluso, si se lo pidieran, podría protegerlos contra ellos. Pero nunca se lo pedirían. Le temían tanto como a ellos. Era el Tío Oscuro, el descendiente de Brin Ohmsford, el portador de su semilla y su responsabilidad, y de algún encargo indefinido de Allanon...

Con la excepción de que el encargo ya había sido concretado. Había sido

revelado. Tenía que restaurar Paranor y a los druidas, extraerlos del vacío del pasado, sacarlos de la nada.

Eso era lo que el espíritu de Allanon le exigía, y esa exigencia vagaba sin descanso por el paisaje de su mente, obviando argumentos, esquivando razones, susurrando que era lo que debía hacer.

Dio vueltas y más vueltas al asunto durante varios días. Cesaron las tormentas y el sol volvió para secar los llanos, pero dejó las tierras boscosas sumergidas en el calor y la humedad. Unos días después salió de su casa para recorrer el valle en compañía de Rumor. El gigantesco gato del páramo, que se había guarecido de la tormenta en los bosques del este, había vuelto tras el cambio de clima. Sus ojos luminosos eran tan profundos como la desesperación del Tío Oscuro. El gato le hacía mucha compañía, pero no le ofrecía ninguna solución a su dilema ni aliviaba sus cavilaciones. Caminaron juntos durante varios días y descansaron otras tantas noches, pero el tiempo parecía haberse detenido en unos acontecimientos que sucedían más allá de su refugio y que ellos no podían conocer ni ver.

Cogline regresó al valle de la Chimenea de Piedra la misma tarde en que Par Ohmsford y sus compañeros fueron traicionados cuando intentaban poner sus manos sobre la espada de Shannara, y rompió la ilusión de independencia que tanto le había costado mantener a Walker. Era el final de la tarde, el sol se había ido por el oeste y los cielos estaban bañados por la luz de la luna y lleno de estrellas, y el aire era dulce y limpio con el olor de nuevos brotes. Walker había vuelto del pináculo, un refugio que él encontraba particularmente reconfortante, una piedra enorme de la que podía extraer fuerza. La puerta de la cabaña estaba abierta y las habitaciones, iluminadas como siempre, pero Walker sintió la diferencia antes incluso de que Rumor interrumpiera su ronroneo y erizara los pelos de la nuca.

Atravesó con cautela el porche y se detuvo en el umbral de la puerta.

Cogline estaba sentado en la vieja mesa de madera del comedor, con el rostro esquelético inclinado para protegerse del resplandor emitido por la luz de las lámparas de aceite, vestido con sus ropas grises, que hacía mucho tiempo desde la última vez que las habían remendado. Junto a él había un paquete grande y cuadrangular, envuelto en hule y atado con una cuerda. Estaba comiendo, y ante él tenía un vaso de cerveza que apenas había probado.

—Te estaba esperando, Walker Boh —le dijo mientras el otro continuaba en la oscuridad de la entrada.

—Podrías haberte ahorrado la molestia —respondió Walker, dirigiéndose hacia la luz.

—¿Molestia? —preguntó el anciano, y extendió una mano huesuda, que Rumor olisqueó con familiaridad—. Ya era hora de volver a ver mi casa.

—¿Es esta tu casa? —preguntó Walker—. Creía que te sentías más cómodo entre las reliquias de tu pasado druídico.

Esperó una respuesta, pero no hubo ninguna.

—Si has venido para persuadirme de que acepte la misión que me dio el espíritu, debes saber entonces que nunca lo haré —prosiguió Walker.

—Vamos, Walker. «Nunca» es una medida de tiempo imposible. Además, no tengo intención de persuadirte de hacer nada. Sospecho que ya ha habido suficiente persuasión.

Walker continuaba de pie junto a la puerta. Se sentía incómodo e indefenso. Se acercó a la mesa para sentarse frente a Cogline, mientras este bebía un largo trago de cerveza.

—Tras mi desaparición en el Cuerno del Hades, quizá pensaras que me había ido para siempre —dijo con una voz distante y llena de emociones que a Walker le resultó extraña—. Quizá incluso lo desearas.

Walker no dijo nada.

—He estado ahí fuera, en el mundo. He viajado por las Cuatro Tierras, he caminado entre las razas, he atravesado comarcas y ciudades. He tomado el pulso a la vida y lo he encontrado débil. Un granjero me habló de los prados de Streleheim, un hombre agotado y roto por la futilidad de lo que allí encontró. «Nada crece», me susurró, «la tierra está enferma, como si fuera víctima de una enfermedad». La enfermedad también le había infectado a él.

»Un comerciante de tallas y juguetes de madera de una pequeña aldea situada más allá de Varfleet viajaba sin rumbo —prosiguió Cogline—, me dijo: “Me voy porque nadie me necesita. La gente ha dejado de interesarse por mi trabajo. No hacen más que encerrarse en sus pensamientos y perder el tiempo”. La vida se está marchitando y desapareciendo en las Cuatro Tierras, Walker. Un poco aquí y otro poco allá, como si se hubiera perdido el deseo de continuar adelante. Los árboles y arbustos se secan, los hombres y los animales enferman y mueren. Todo se convierte en polvo, y la neblina formada por ese polvo se alza y llena el aire, dejando toda la tierra devastada, como una miniatura de las visiones que nos mostró Allanon.

Los agudos y viejos ojos lo miraron con soslayo.

—Ha empezado, Walker, ha empezado —concluyó el anciano.

—La tierra y sus gentes siempre han sufrido enfermedades, Cogline —respondió Walker, sacudiendo la cabeza—. Ves la visión del espíritu porque quieres verla.

—No, Walker, no —repuso el anciano, negando firmemente con la cabeza—. No quiero formar parte de las visiones ofrecidas por los druidas, ni en su creación ni en su cumplimiento. Como tú, solo soy un peón en lo que ha sucedido. Piensa lo que quieras, pero no tengo ningún deseo de verme envuelto. Yo he elegido mi propia vida como tú la tuya. Pero no puedes aceptar eso, ¿verdad?

—Aceptaste la magia porque lo así lo deseaste —respondió Walker, y esbozó una cruel sonrisa—. Tú, que fuiste druida, pudiste elegir en tu vida. Te aventuraste en una mezcla de antiguas ciencias y magias porque te interesaban. Pero no es ese mi caso. Nací con un legado que mejor hubiese sido no tener. Se me otorgó la magia sin que nadie pidiera mi consentimiento, y la uso porque no tengo elección. Es una piedra de

molino que me arrastrará hasta el fondo. No quiero engañarme a mí mismo. La magia ha hecho de mi vida una ruina. No intentes compararnos, Cogline —concluyó Walter, con una gran amargura reflejada en sus ojos.

—Duras palabras, Walker Boh —repuso el anciano—. Hace tiempo fuiste lo suficientemente entusiasta para aceptar mis lecciones sobre la magia. Te sentiste lo suficientemente cómodo con ella como para aprender sus secretos.

—Simple instinto de supervivencia y nada más. Era un niño atrapado en un monstruoso plan trazado por los druidas. Te utilicé para mantenerme con vida. Tú eras todo lo que yo tenía —repuso Walker con la pálida piel de su cara tensa a causa de la amargura—. No pretendas que te dé las gracias, Cogline. No puedo hacerlo.

Cogline se levantó de repente, contradiciendo con aquel movimiento su frágil apariencia. Se irguió frente a la figura vestida de oscuro que permanecía sentada frente a él y le dirigió una mirada intimidante.

—Pobre Walker —dijo en voz baja—. Sigues negando quién eres, sigues negando tu propia existencia. ¿Durante cuánto tiempo podrás mantener esa ilusión?

Se produjo un tenso silencio que pareció interminable. Rumor, enroscado ante el fuego sobre una alfombra en el otro extremo de la habitación, levantó la cabeza con gesto expectante. Un ascua crujió y se partió en dos, llenando el aire con una lluvia de chispas.

—¿Por qué has venido, anciano? —preguntó finalmente Walker. Sus palabras apenas contenían rabia. Su boca tenía un sabor amargo, y supo que no era producido por la ira, sino por el miedo.

—Para intentar ayudarte —respondió Cogline, sin ironía—. Para orientar tus pensamientos.

—Soy feliz sin tu ayuda.

—¿Feliz? —inquirió el anciano mientras negaba con la cabeza—. No, Walker. Nunca serás feliz hasta que aprendas a dejar de luchar contra ti mismo. Te esfuerzas mucho en eso. Pensé que mis lecciones sobre el uso de la magia conseguirían alejarte de tales niñerías. Pero parece que estaba equivocado. Te enfrentas a lecciones difíciles, Walker, y es posible que no consigas sobrevivir a ellas.

Empujó hacia Walker el pesado paquete.

—Ábrelo —concluyó Cogline.

Walker dudó, sin apartar los ojos del paquete. Después lo cogió, desató el cordel con sus hábiles dedos y retiró el hule.

Se encontró ante un enorme libro, encuadernado en cuero, grabado en oro. Lo tocó con cautela, levantó la tapa, echó un vistazo a su interior y lo soltó de golpe como si le quemara las manos.

—Sí, Walker. Es un volumen de las desaparecidas *Historias de los druidas*, solo un volumen —dijo el anciano, con una expresión intensa reflejada en su rostro.

—¿Dónde lo has conseguido? —exigió Walker.

—En el desaparecido Paranor —respondió Cogline inclinándose hacia él,

mientras el aire parecía llenarse con el sonido de su respiración.

—Mientes —repuso Walker Boh, y se levantó lentamente de la mesa.

—¿Lo hago? Mírame a los ojos y dime lo que ves.

—¡No me importa de dónde lo hayas sacado, ni las fantasías que hayas preparado para hacerme creer lo que sé que es imposible! —exclamó Walker retrocediendo y temblando—. ¡Devuélvelo al lugar de donde lo hayas cogido o deja que se hunda en las ciénagas! ¡No quiero saber nada de él!

—No, Walker, no lo devolveré —respondió Cogline, negando con la cabeza—. Lo saqué de un reino del pasado lleno de bruma gris y muerte para dártelo. ¡No soy tu torturador... nunca lo seré! ¡Soy lo más parecido a un amigo que nunca conocerás, aunque no quieras admitirlo! —El viejo rostro se suavizó—. Antes te dije que he venido a ayudarte, y es cierto. Lee el libro, Walker. En él hay verdades que debes aprender.

—¡No lo haré! —gritó Walker, dominado por la furia.

—Como quieras —respondió Cogline, tras observarlo durante varios minutos, suspirando—. Pero el libro se quedará contigo. Léelo o no; la decisión es tuya. Destrúyelo, si lo deseas. —Apuró el vaso de cerveza, y lo dejó con cuidado sobre la mesa, fijando los ojos en sus nudosas manos—. He acabado aquí.

Rodeó la mesa y se detuvo frente a él.

—Adiós, Walker —se despidió—. Me quedaría más tiempo si fuese de ayuda. Te daría todo lo que está en mi poder si lo aceptases. Pero todavía no estás preparado. Quizá otro día.

Entonces se dirigió a la puerta y desapareció en la noche. No volvió la vista atrás ni se desvió de su camino. Walker Boh lo vio desaparecer, una sombra regresando a las sombras que lo habían creado.

La cabaña quedó vacía y en silencio.

* * *

—Será peligroso, Par —susurró Damson Rhee—. Si hubiese otra manera más segura, no dudaría en escogerla.

Par Ohmsford no dijo nada. Se encontraban en el Parque del Pueblo, de nuevo ocultos en las sombras de un bosquecillo de cedros justo al borde de la zona iluminada por los faroles del cuartel. Era medianoche, cuando el sueño es más profundo, cuando todo repta entre los sueños y los recuerdos. El cuartel, iluminado por la luna, se alzaba entre la oscuridad como gigantescos bloques de piedra puestos unos encima de otros por algún niño despreocupado. Las ventanas enrejadas y las puertas aseguradas con barras eran unas marcas oscuras en una superficie devastada por los años y el clima. El muro que lindaba con el barranco se extendía a ambos

lados, y la pasarela que lo cruzaba se prolongaba detrás como una tela de araña tendida sobre las ruinas del viejo palacio. Dos centinelas montaban guardia ante la entrada principal, cuyas enormes puertas de hierro estaban cerradas tras una verja. Los centinelas dormitaban de pie, apenas conscientes de la calma que los envolvía. Ningún ruido o movimiento procedente del cuartel conseguían perturbar su descanso.

—¿Lo recuerdas con bastante precisión para conjurar su imagen? —le preguntó Damson al oído.

Par asintió. No era probable que olvidara nunca la cara de Rimmer Dall.

—Si nos detienen, mantén su atención en ti —dijo Damson, tras callarse durante un breve instante—. Yo me encargaré de cualquier amenaza.

Par asintió de nuevo. Esperaron inmóviles en su escondite, escuchando la quietud, absortos en sus propios pensamientos. Par estaba asustado y lleno de dudas, pero decidido a actuar. Damson y él eran la única oportunidad real que tenían Coll y los demás. Debían conseguir realizar aquel arriesgado plan.

Los centinelas se despertaron cuando llegó el grupo que patrullaba la zona oeste del muro del parque. Los guardias se saludaron informalmente y hablaron un rato. Entonces apareció también la patrulla encargada de la vigilancia de la zona este, y un frasco pasó de mano en mano, las pipas empezaron a humear y después los guardias se dispersaron. Las patrullas desaparecieron por el este y el oeste, y los centinelas de la puerta volvieron a sus posiciones.

—Todavía no —dijo Damson a Par en voz baja, al ver que este se movía, expectante.

Los minutos pasaban con una exasperante lentitud. La puerta recuperó la anterior soledad, y los centinelas bostezaron y cambiaron de postura. Uno se apoyó cansado sobre su alabarda.

—Ahora, y suerte para los dos, Par Ohmsford —dijo Damson Rhee, que agarraba al joven vallense por el hombro y se inclinaba tanto hacia él que le rozó la mejilla con los labios.

Se pusieron en pie y atravesaron el círculo de luz con audacia, saliendo de las sombras como si estuviesen en su casa, y se dirigieron al cuartel como si llegaran de la ciudad. Par empezó a cantar tejiendo el sortilegio de su canción en la tranquilidad de la noche, llenando las mentes de los centinelas con las imágenes que deseaba que vieran.

Lo que vieron los centinelas fue a dos buscadores envueltos en sus capas negras, y el más alto de ellos era el primer buscador Rimmer Dall.

Se cuadraron al instante, con la vista al frente, sin fijarse apenas en las dos personas que se acercaban. Par, cantando en tono bajo, mantenía hechizados a los centinelas.

—¡Abrid! —ordenó con indiferencia Damson Rhee cuando estuvieron ante la entrada.

Los centinelas no podrían haber obedecido con mayor rapidez. Empujaron la

verja hacia detrás, descorrieron los cerrojos exteriores y golpearon con ansiedad las puertas para avisar a los guardias apostados en el interior. Se abrió una mirilla y Par cambió ligeramente el foco de su concentración.

Unos ojos legañosos los miraron con malhumorada curiosidad, se desorbitaron y, acto seguido, los cerrojos se descorrieron. Se abrieron las puertas, y Par y Damson entraron.

Se encontraron en una cámara llena de armas colocadas en fila contra los muros y de aturridos soldados de la Federación. Habían estado jugando a las cartas y bebiendo, claramente convencidos de que aquella noche no tendrían ningún otro sobresalto. La llegada de los buscadores los había cogido por sorpresa, y conseguían disimularlo. Par llenó la habitación con el tenue zumbido de la canción y la cubrió momentáneamente con su magia.

Le costó todo lo que tenía.

Damson captó cuán tenue era su resistencia.

—¡Todos fuera! —ordenó con voz airada.

La sala se vació al instante. Todo el escuadrón de dispersó por las puertas adyacentes y desapareció como si fuera de humo. Solo quedó un guardia; al parecer, el oficial que estaba al mando. Parecía inseguro, rígido, con los ojos mirando al suelo, deseando encontrarse en cualquier otro lugar, pero sin poder irse.

—Condúcenos hasta los prisioneros —ordenó Damson, que se había situado a la izquierda del hombre, sin levantar la voz.

—Necesitaré el permiso de mi comandante —respondió el soldado, aclarándose la garganta, tras tratar fútilmente de hablar. Todavía le quedaba algún sentido de responsabilidad.

Damson mantuvo los ojos fijos en la oreja del hombre, obligándolo a mirar hacia otro lado.

—¿Dónde está tu comandante? —preguntó.

—Durmiendo abajo —respondió—. Iré a despertarlo.

—No —dijo Damson, deteniéndolo—. Lo despertaremos juntos.

Cruzaron la habitación, atravesaron una puerta asegurada con grandes cerrojos y empezaron a bajar por una escalera de caracol tenuemente iluminada por lámparas de aceite. Par mantuvo la música de la canción en los oídos del asustado guardia, jugueteando con él, haciéndolos parecer mucho más grandes de lo que en realidad eran, y mucho más amenazadores. Todo estaba yendo según lo planeado. La farsa funcionaba tal como habían esperado Damson y él. Bajaron la escalera desierta, girando de piso a piso, con las pisadas de sus botas como único sonido en aquel agujero silencioso. Al pie de la escalera había dos puertas. La de la izquierda estaba abierta y daba a un corredor iluminado. El guardia los llevó por esa puerta hasta otra, ante la que se detuvo y llamó con los nudillos. Como no obtuvo respuesta, volvió a llamar con más fuerza.

—¡Maldita sea! ¿Qué pasa? —gritó una voz.

—¡Abra ahora mismo, comandante! —respondió Damson, con voz tan fría que incluso Par sintió un escalofrío.

Se oyó movimiento en la habitación y se abrió la puerta. El comandante de la Federación tenía el pelo corto y unos ojos poco amables. Tenía la túnica medio abrochada. La sorpresa se reflejó instantáneamente en su rostro cuando fue hechizado por la canción. Vio a los buscadores. Peor, vio a Rimmer Dall.

—No esperaba a nadie tan pronto. Lo siento. ¿Hay algún problema? —preguntó, desistiendo de intentar abotonarse la túnica, y salió rápidamente al corredor.

—De eso hablaremos más tarde, comandante —dijo Damson severamente—. Por ahora condúcenos ante los prisioneros.

La duda se reflejó durante un momento en los ojos del comandante, una sombra de duda de que las cosas no fuesen como debieran. Par reforzó el poder de su magia en la mente del hombre, proporcionándole una visión del terror que le esperaba si se le ocurriría cuestionar la orden, y eso fue suficiente. El comandante se apresuró hacia la escalera, sacó una llave de un aro que colgaba de su cintura y abrió la puerta de la derecha.

Entraron en un pasadizo iluminado por una sola lámpara colgada cerca de la puerta. El comandante la cogió y se puso a la cabeza para indicarles el camino, seguido de Damson. Con un gesto, Par indicó al jefe de la guardia que pasara delante de él. Su voz empezaba a debilitarse por el esfuerzo de mantener la farsa, y le resultaba difícil proyectar las imágenes en puntos diferentes. Debería haber despedido al segundo hombre.

El pasadizo estaba construido con bloques de piedra, y olía a moho y a putrefacción. Par comprendió que estaban bajo tierra; al parecer, bajo el barranco. Había vetas fosforescentes y húmedas en la piedra.

Solo tuvieron que recorrer una corta distancia para llegar a las celdas, una colección de jaulas de techo tan bajo que no permitían a un hombre estar de pie, polvorientas y llenas de telarañas, con puertas de barrotes de hierro oxidado. Los detenidos estaban apiñados en la primera de estas, agachados o sentados en el suelo. Sus ojos parpadearon con incredulidad, y se agrandaron cuando la mentira de la magia jugó al escondite con la verdad. Coll supo lo que estaba pasando. Ya estaba de pie, empujando contra la puerta, indicando a los demás que lo imitaran. Incluso Padishar obedeció a su gesto, comprendiendo lo que estaba a punto de suceder.

—Abre la puerta —ordenó Damson.

Los ojos del comandante de la Federación reflejaron de nuevo sus dudas.

—Abre la puerta, comandante —repitió Damson, con impaciencia—. ¡Ahora!

El comandante buscó otra llave en el manajo que colgaba de su cinturón, la introdujo en la cerradura y la hizo girar. La puerta se abrió e, inmediatamente, Padishar agarró por el cuello al sorprendido soldado apretando con tal fuerza que casi le impedía respirar. El jefe de la guardia dio un paso atrás, se volvió, intentó sin éxito arrollar a Par y fue alcanzado desde detrás por Morgan, que lo dejó inconsciente a

golpes.

Los prisioneros salieron con rapidez al pasadizo, felicitando a Par y a Damson con apretones de manos y sonrisas. Padishar los ignoró, porque había concentrado toda su atención en el desafortunado comandante de la Federación.

—¿Quién nos ha traicionado? —le preguntó con un siseo impaciente.

El comandante luchó por soltarse. Tenía la cara roja a causa de la presión que soportaba su garganta.

—¡Dijiste que había sido uno de nosotros! ¿Quién?

—No... sé. Nunca lo vi... —respondió el comandante, con la voz entrecortada.

—¡No me mientas! —rugió Padishar, zarandeándolo.

—Nunca... solo un... mensaje.

—¿De quién? —insistió Padishar. Los tendones del dorso de sus manos estaban blancos y tensos.

El aterrizado hombre pataleó con violencia y Padishar golpeó su cabeza contra el muro de piedra. El comandante se quedó flácido como un muñeco de trapo.

—Basta ya —dijo Damson, apartando a Padishar, e ignoró la furia que todavía ardía en los ojos del líder de los proscritos—. Estamos perdiendo el tiempo. Está claro que no lo sabe. Salgamos de aquí. Ya hemos corrido bastantes riesgos por hoy.

El líder de los proscritos observó a la joven durante un breve instante en silencio y después soltó al hombre inconsciente.

—Lo averiguaré sea como sea. Te lo prometo.

Par nunca había visto a nadie tan furioso. Pero Damson lo ignoró. Se volvió e indicó a Par que debían moverse. El joven del valle los condujo de vuelta a la escalera de caracol, con los demás en fila india tras él. No trazaron un plan de regreso cuando decidieron rescatar a sus amigos. Decidieron que lo mejor era simplemente aprovechar las oportunidades que se les presentaran.

Y aquella noche tuvieron las que necesitaban. El cuarto de guardia estaba vacío y lo atravesaron con rapidez. Solo Morgan se detuvo ante las hileras de armas hasta que encontró la espada de Leah que le habían confiscado. Esbozó una amplia sonrisa, se la colgó a la espalda y siguió tras los pasos de sus compañeros.

La suerte continuó aliada con el pequeño grupo. Los guardias del exterior fueron dominados antes de que tuvieran tiempo de darse cuenta de lo que sucedía. La noche seguía en silencio, el parque estaba vacío, las patrullas continuaban sus rondas y la ciudad dormía. Los miembros del pequeño grupo se fundieron con las sombras y desaparecieron.

Mientras huían, Damson se acercó a Par, le dedicó una brillante sonrisa y le dio un beso. Fue un beso hambriento y lleno de promesas.

Más tarde, cuando tuvo tiempo de reflexionar, Par Ohmsford saboreó aquel momento. Sin embargo, no recordó con tanta satisfacción el beso de Damson como el hecho de que, por fin, la magia de la canción hubiera sido de utilidad.

Para Walker Boh, la *Historia de los druidas* se convirtió en un desafío que debía superar.

Durante los tres días después de la marcha de Cogleine, Walker había ignorado el libro. Lo había dejado en la mesa del comedor, sobre el hule y la cuerda con los que había estado envuelto, acumulando polvo sobre su pulida tapa de cuero, brillando tenuemente bajo la luz del sol y de la lámpara. Lo había despreciado, dedicándose a sus asuntos como si no estuviera allí, pretendiendo que formaba parte del entorno que no podía eliminar, poniéndose a prueba contra la tentación. Al principio, pensó en deshacerse de él inmediatamente, pero cambió de idea. Sería demasiado fácil y rápido, se dijo a sí mismo. Si conseguía resistir su atracción durante un tiempo, podría vivir con su presencia sin ceder al inexplicable deseo de descubrir sus secretos. Entonces podría desecharlo con la conciencia limpia. Cogleine esperaba que lo leyera o lo destruyera inmediatamente. No haría ninguna de las dos cosas. El anciano no tendría el placer de manipular a Walker Boh.

Quien sí prestó atención al paquete fue Rumor, que lo olisqueaba de vez en cuando. Los tres días pasaron y el libro continuó cerrado.

Pero entonces sucedió algo extraño. Transcurría el cuarto día de aquella extraña prueba cuando Walker empezó a cuestionar su razonamiento. ¿Tenía algún sentido esperar una semana, o un mes, para deshacerse del libro, pudiendo hacerlo inmediatamente? ¿Realmente importaría? ¿Qué otra cosa demostraría aparte de una especie de retorcida tozudez por su parte? ¿A qué clase de juego estaba jugando y a quiénes estaba beneficiando jugando a él?

Estuvo pensando en ello hasta que las horas de luz se extinguieron y la oscuridad se cerró a su alrededor. Entonces se sentó en el otro extremo de la habitación con la mirada fija en el libro, mientras el fuego de la chimenea se transformaba lentamente en cenizas y la medianoche se acercaba.

—No estoy siendo fuerte —se murmuró a sí mismo—. Estoy asustado.

Consideró la posibilidad en el silencio de sus pensamientos. Finalmente, se puso de pie, se acercó a la mesa y se detuvo ante ella. Dudó durante un momento. Luego extendió la mano, cogió la *Historia de los druidas* y la sopesó.

«Es mejor conocer al demonio que te persigue que seguir imaginándotelo».

Volvió al sillón destinado a la lectura y se sentó con el libro en el regazo. Rumor, que dormía junto al fuego, levantó su enorme cabeza y fijó sus luminosos ojos en Walker. Él le correspondió. El gran gato parpadeó y se volvió a dormir.

Walker Boh abrió el libro.

Lo leyó despacio, pasando sus páginas de pergamino con una lentitud deliberada,

dejando que sus ojos se detuvieran en los cantos dorados y la ornamentada caligrafía, decididos a que ahora que el libro había sido abierto no se tenía que perder nada. El profundo silencio de la medianoche solo era interrumpido por algún gruñido esporádico del gato y el chasquido de las brasas en el fuego. Solo en una ocasión se preguntó cómo podía haber conseguido el libro Cogleine de verdad. Sin duda no de Paranor. Pero olvidó el asunto cuando su lectura lo absorbió, tan dominado por su contenido como una hoja por un vendaval.

La crónica era de cuando Bremen aún estaba entre los últimos druidas, cuando el Señor de los Brujos y sus secuaces destruyeron a casi todos los miembros del Consejo. Había relatos de la magia negra que convirtió a los druidas rebeldes en los horrores que llegaron a ser. Había informes sobre los variados usos, conjuros y encantamientos que Bremen descubrió pero que fue lo suficientemente listo para temer. Todos los secretos aterradores de la magia, entremezclados con las precauciones que ignoraban tantos de los que intentaron dominarla. Aquel había sido un tiempo de agitación y cambios terroríficos en las Cuatro Tierras, y solo Bremen había sido capaz de comprender lo que estaba en juego.

Walker continuó su lectura con ansiedad creciente. Cogleine quería que leyese algo en concreto, y fuera lo que fuese, aún no había llegado a ello.

Las crónicas relataban que los Portadores de la Calavera habían conquistado Paranor pensando que ese sería su hogar. Pero el Señor de los Brujos se sintió amenazado por la magia latente en las piedras de la fortaleza, en las profundidades de la tierra donde ardían los hornos del castillo. Por ello convocó a los Portadores de la Calavera y se dirigió hacia el norte...

Walker frunció el ceño. Había olvidado aquella parte. Durante un tiempo Paranor había estado completamente abandonado cuando podría haber pertenecido a los rebeldes. Al fin y al cabo, la Segunda Guerra de las Razas había durado muchos años.

Se sumió de nuevo en la lectura, analizando las palabras, buscando sin saber exactamente qué. Había olvidado su primera decisión, su promesa de no caer en la trampa de Cogleine. Su curiosidad e intelecto eran demasiado exigentes para que la cautela pudiese frenarlos. Había secretos en los que ningún hombre había puesto los ojos en centenares de años, conocimientos de los que habían disfrutado los druidas y que solo revelaban a las razas en la medida estrictamente necesaria. ¡Tanto poder! ¿Cuánto tiempo había permanecido oculto ese poder para todos excepto para Allanon, y antes de él para Bremen, y antes para Galáfilo y los primeros druidas, y antes...?

Interrumpió la lectura, consciente de que el estilo de la narración había cambiado. La caligrafía era más pequeña, más meticulosa. Había unas extrañas marcas entre las palabras, runas que simbolizaban gestos.

Walker sintió frío en los huesos. El silencio que envolvía la habitación se convirtió en un enorme y sofocante océano sin fin.

«¡Por todas las sombras!», susurró en lo más profundo de su mente. «¡Es la

invocación a la magia que selló Paranor!».

Su respiración resonó áspera en sus oídos cuando se obligó a levantar los ojos del libro. Su pálida cara estaba tensa. Esto era lo que Cogleine quería que encontrara, no sabía por qué, pero era eso. Ahora que lo había encontrado, se preguntó si no sería mejor cerrar el libro de una vez.

Pero se dio cuenta de que era el miedo quien le volvía a susurrar al oído.

Volvió a fijar los ojos en el libro y empezó a leer. Allí estaba el hechizo, la invocación mágica que Allanon había usado trescientos años antes para hacer desaparecer Paranor del mundo de los hombres. Con gran sorpresa descubrió que lo entendía. Su entrenamiento con Cogleine había sido más completo de lo que habría podido imaginar. Acabó de leer la narración del hechizo y pasó la página.

En la siguiente solo había un párrafo. Decía:

«Una vez desaparecido, Paranor se perderá para el mundo de los hombres, sellado e invisible dentro de sus límites. Solo una magia tiene el poder de hacerlo regresar, esa singular piedra élfica de color negro, concebida por la gente feérica del viejo mundo de la misma manera y forma que todas las piedras élficas, pero combinando en una sola todas las propiedades necesarias del corazón, la mente y el cuerpo. Quien tenga motivos y derecho para hacerlo, deberá utilizarla para alcanzar su fin adecuado».

Eso era todo lo que decía. Walker continuó leyendo, pero al ver que el libro cambiaba abruptamente de tema, volvió atrás. Releyó el párrafo lentamente, en busca de algo que hubiera podido pasar por alto. No le cabía la menor duda de que eso era lo que Cogleine quería que encontrara. Una piedra élfica negra. Una magia que les devolvería Paranor. El medio de cumplir el encargo que espíritu de Allanon le había encomendado.

«Devuelve Paranor al mundo y restaura a los druidas». Podía oír de nuevo las palabras del encargo en su mente.

Desde luego, los druidas ya no existían. Pero quizá Allanon pretendía que Cogleine asumiera su causa una vez restablecido Paranor. Parecía lógico, a pesar de que el anciano hubiera afirmado en distintas ocasiones que su tiempo ya había pasado. Pero Walker era lo suficientemente astuto como para saber que, en lo que respectaba a los druidas y a su magia, la lógica discurría con frecuencia por un camino tortuoso.

Había leído ya las dos terceras partes del libro. Dedicó otra hora a terminarlo, pero no encontró nada más que le pareciera relacionado con él, y volvió de nuevo al párrafo dedicado a la piedra élfica negra. El amanecer asomaba por el este, una débil luz dorada en el oscuro horizonte. Walker se frotó los ojos e intentó pensar. ¿Por qué había tan pocas alusiones al propósito y las propiedades de esta magia? ¿Cómo era y qué podía hacer? ¿Se trataba de una sola piedra en lugar de tres? ¿Por qué? ¿Cómo podía ser que nadie hubiera oído hablar de aquella piedra antes?

Las preguntas zumbaban en su cabeza como moscas atrapadas y lo molestaban e

intrigaban a la vez. Leyó el párrafo varias veces más, hasta que lo pudo recitar de memoria. Luego cerró el libro. Rumor se estiró y bostezó en el suelo frente a él, levantó la cabeza y parpadeó.

«Háblame, gato», pensó Walker. «Siempre hay secretos que solo conoce un gato. Quizá este sea uno de ellos».

Pero Rumor se limitó a levantarse e irse fuera, desapareciendo entre las decrecientes sombras.

Walker se quedó dormido y no despertó hasta mediodía. Se levantó, se bañó, se cambió de ropa, comió lentamente con el libro cerrado frente a él y salió a dar un largo paseo. Atravesó el valle en dirección sur hasta uno de sus claros favoritos, atravesado por un riachuelo que corría ruidosamente sobre su serpenteante lecho rocoso para verter sus aguas en un estanque que contenía diminutos y brillantes peces de color rojo y azul. Se detuvo allí un rato, pensativo, y después regresó a la cabaña. Se sentó en el porche y contempló el sol, que seguía su camino hacia el oeste envuelto en una niebla de púrpura y escarlata.

—No debería haber abierto nunca el libro —se reprendió en voz baja, porque su misterio había sido irresistible después de todo—. Debería haber vuelto a guardarlo y haberlo tirado en el agujero más profundo que hubiera podido encontrar.

Pero ya era demasiado tarde para eso. Lo había leído, y el conocimiento que había adquirido no era fácil de olvidar. Un sentimiento de futilidad se mezcló con rabia. Había pensado que era imposible restaurar Paranor. Ahora sabía que existía una magia que podía hacer exactamente eso. Una vez más, se sintió invadido por la sensación de que las cosas profetizadas por los druidas eran inevitables.

En cualquier caso, seguía siendo el dueño de su propia vida, ¿o no? No necesitaba aceptar del encargo que había recibido del espíritu de Allanon, fuera cual fuera su viabilidad.

Pero su curiosidad era implacable. Se encontró pensando en la piedra élfica negra, incluso cuando intentaba no hacerlo. La piedra élfica negra era una magia olvidada, que estaba ahí fuera, en alguna parte. ¿Dónde? ¿Dónde estaba?

Estas y otras preguntas lo acosaron durante toda la tarde. Cenó, salió de nuevo a dar un paseo, leyó un poco de uno de los preciados libros de su biblioteca, escribió en su diario, pero principalmente pensó en el seductor párrafo dedicado a la magia que traería de nuevo Paranor.

Pensó en él mientras se disponía a acostarse.

Aún pensaba en él cerca de la medianoche.

Se insinuaba, serpenteando por su mente, sugiriéndole diversas posibilidades, abriendo la puerta de una estancia a oscuras, aunque solo sea una rendija, pudiendo verse muchas cosas.

Y con esto, quizá, lograría paz mental.

Aquella noche durmió mal. El misterio de la piedra élfica negra se había convertido en una obsesión de la que ya no podría librarse.

Por la mañana, decidió que debía hacer algo al respecto.

* * *

Par Ohmsford se despertó dispuesto a tomar una decisión. Habían pasado cinco días desde que Damson y él rescataran a Coll, Morgan, Padishar Creel y los otros dos proscritos de las celdas del cuartel de la Federación, y los habían pasado huyendo. No habían intentado abandonar la ciudad, sin duda las puertas estarían fuertemente vigiladas y el riesgo de hacerlo era muy alto. Tampoco habían regresado al sótano del herrero, porque presentían que el misterioso traidor lo había comprometido. En vez de eso, habían ido de un escondite a otro, sin quedarse en ninguno más de una noche, siempre montando guardia durante sus cortas estancias, sobresaltándose ante cada sonido que oían y cada sombra que veían.

Par ya se había cansado de huir, y decidió que no seguiría haciéndolo.

Se levantó de la improvisada cama que ocupaba en la buhardilla de un granero y miró a Coll, que aún dormía a su lado. Los otros debían de haber bajado al almacén principal, que estaba cerrado hasta el comienzo de la semana laboral. Se acercó cautelosamente a la pequeña ventana que proporcionaba escasa luz a la habitación. Abajo, la calle estaba desierta, excepto por un perro vagabundo que olisqueaba un cubo de basura y un mendigo que dormía en la puerta de la hojalatería de enfrente. Las nubes ocultaban el cielo, formando una capota gris que amenazaba con lluvia.

Cuando volvió para ponerse las botas, vio que Coll se había despertado y estaba mirándolo. Su áspero pelo estaba encrespado y sus ojos nublados por el sueño y el descontento.

—Vaya, otro día —murmuró Coll y entonces bostezó ruidosamente—. ¿Qué maravilloso almacén supones que visitaremos hoy?

—Por lo que a mí respecta, ninguno —respondió Par, sentándose a su lado.

—¿Cómo? —preguntó Coll, con las cejas arqueadas—. ¿Te lo ha dicho Padishar?

—Lo he decidido yo.

—Supongo tendrás alguna alternativa en mente; en esto de escondernos, me refiero —dijo Coll, levantándose sobre un codo—. Porque, si no, no creo que Padishar te lo permita. No está de muy buen humor desde que descubrió que sus hombres no lo quieren tanto como él pensaba.

Par dudaba que Padishar Creel se hubiera engañado hasta el punto de creer que sus hombres lo idolatraban, pero Coll estaba en lo cierto sobre el mal humor del líder de los proscritos. La traición a manos de uno de sus hombres lo había dejado taciturno y amargado. Durante los días anteriores se había encerrado en algún lugar profundo de sí mismo, aunque continuaba claramente al mando mientras los dirigía a través de la red de patrullas y controles que la Federación había establecido por toda

la ciudad, todavía era capaz de encontrar un refugio cuando parecía que no quedaba ninguno, pero al mismo tiempo se había aislado extrañamente de todos los que le rodeaban. Damson Rhee estaba con ellos, Par no estaba seguro si por elección propia o no, pero ni siquiera a ella conseguía atravesar las barreras que el líder de los proscritos había levantado a su alrededor. Padishar se había alejado tanto de los demás que parecía que no estuviera físicamente presente.

—Bueno, tenemos que hacer algo más que ir de un sitio a otro durante el resto de nuestras vidas —dijo Par, sacudiendo la cabeza y con la preocupación reflejada en su cara—. Si es necesario un plan, Padishar debe elaborar uno. Si seguimos así, no conseguiremos nada.

—Seguramente no quieres oír esto, Par, pero creo que es el momento de reconsiderar nuestra alianza con el Movimiento —dijo Coll, sentándose y empezando a vestirse—. Quizá estaríamos mejor solos.

Par no dijo nada. Acabaron de vestirse y bajaron para reunirse con los otros. Había pan duro, mermelada y fruta para desayunar, y comieron con hambre. Par no conseguía entender cómo podía estar tan hambriento habiendo hecho tan poco. Mientras comía, escuchaba a Stasas y Drutt hablar de las características de la caza en los bosques de sus hogares, en algún lugar más allá de Varfleet. Morgan hacía la guardia junto a las puertas del almacén y Coll se unió a él. Damson Rhee, sentada sobre una caja cercana, estaba entretenida tallando algo. La había visto poco en los últimos días; solía salir con Padishar a explorar la ciudad, mientras el resto permanecía escondido.

Padishar no estaba abajo con ellos.

Después de desayunar, Par subió a recoger sus cosas, anticipándose a que, fuera cual fuese el resultado de su confrontación con el líder de los proscritos, seguramente significaría moverse.

—Estás inquieto —le dijo Damson, que lo había seguido, cuando estuvieron solos—. La vida de un proscrito no se parece en nada a lo que tú habías imaginado ¿verdad? —prosiguió, se sentó al borde de su camastro y echó hacia atrás su melena rojiza.

—Sentarse en almacenes y sótanos no era lo que tenía en mente —respondió Par, esbozando una débil sonrisa—. ¿A qué está esperando Padishar?

—Lo que todos esperamos de vez en cuando... que una vocecita interior nos diga lo que tenemos que hacer —dijo la muchacha, encogiéndose de hombros—. Puede ser intuición o sentido común, o de nuevo un cambio de circunstancias que están fuera de nuestro control —prosiguió, y esbozó una maliciosa sonrisa—. ¿Te está hablando ahora?

—Sin duda algo lo está haciendo —respondió Par, que se sentó a su lado—. ¿Por qué estás aquí todavía, Damson? ¿Te ha obligado a quedarte Padishar?

—Difícilmente —dijo la joven, riendo—. Voy y vengo cuando me place. Él sabe que no he sido yo quien lo ha traicionado. Y creo que sabe que tú tampoco.

—Entonces, ¿por qué quedarse?

—Tal vez me quede porque me interesas —respondió la muchacha, tras pensarlo un momento. Se detuvo como si quisiera decir más pero se lo hubiera pensado mejor, y esbozó una sonrisa—. Nunca he conocido a nadie que usara magia verdadera. Solo a los que hacen trucos, como yo.

Alargó la mano, sacó una moneda de la oreja de Par y se la dio. Era de madera de cerezo y tenía tallado en ambas caras un rostro parecido al de ella.

—Esto es muy bueno —dijo el joven vallense, sorprendido.

—Gracias. Puedes guardarla junto a la otra para que te dé suerte.

Le pareció que ella se ruborizaba un poco, guardó la moneda en el bolsillo, y los dos se quedaron en silencio, intercambiando miradas inseguras.

—En realidad, no hay demasiada diferencia entre tu magia y la mía —dijo finalmente Par—. Ambas se basan en la ilusión.

—No, Par —respondió Damson mientras negaba con la cabeza—. Estás equivocado. Una es una habilidad adquirida, y otra es innata. La mía se aprende y, una vez aprendida, ha llegado a su máximo. La tuya está en constante crecimiento y su aprendizaje es ilimitado. ¿No lo ves? Mi magia es un oficio, una manera de ganarse la vida. Tu magia es mucho más que eso; es un don a cuyo alrededor deberías construir tu vida.

Sonrió, pero se vislumbraba un toque de tristeza.

—Tengo trabajo que hacer —le dijo, y se puso de pie—. Acaba de recoger tus cosas.

Caminó por delante de él y desapareció escaleras abajo.

Pasó la mañana sin que Padishar regresara. Par no ocupó el tiempo en hacer nada, deseando con ansiedad creciente que sucediera cualquier cosa, fuera lo que fuese. Coll y Morgan se acercaron a él de vez en cuando, y les habló de su intención de enfrentarse al líder de los proscritos. Ninguno de ellos se mostró muy optimista sobre sus posibilidades.

El cielo se volvió más amenazador, el viento aumentó hasta convertirse en un triste gemido que penetraba por las jambas medio sueltas y los postigos del viejo edificio donde se albergaban, pero aún no había empezado a llover. Jugaron a las cartas para pasar el rato, y agotaron todos los temas de conversación.

Era cerca de media tarde cuando Padishar regresó. Cruzó la puerta sin decir ni una palabra, se acercó a Par y le hizo una seña para que lo siguiera. Condujo al joven vallense a un pequeño despacho situado en la parte trasera del granero y cerró la puerta tras él.

Cuando estuvieron solos, parecía que Padishar no sabía encontrar las palabras.

—He estado pensando cuidadosamente sobre lo que deberíamos hacer —dijo al final—. O, si lo prefieres, lo que no deberíamos hacer. Cualquier error podría ser el último.

Llevó a Par hasta un banco arrimado a la pared y se sentaron en él.

—Tenemos el problema de ese traidor —continuó en voz baja y con un brillo y una dureza en los ojos que Par no supo interpretar—. Al principio estaba seguro de que tenía que ser uno de nosotros. Pero no éramos Damson ni yo. Damson está por encima de toda sospecha. Tampoco eres tú. Podría ser tu hermano, pero tampoco es él, ¿verdad?

Fue más una afirmación que una pregunta. Par asintió con la cabeza.

—Tampoco el montañés.

Par respondió con otro gesto de asentimiento.

—Eso nos deja con Ciba Blue, Stasas y Drutt. Probablemente, Blue ha muerto, eso significa que si era él, también fue lo bastante estúpido para que le pagaran matándolo. No creo que fuese Blue. Y los otros dos han estado conmigo casi desde el principio. Es inconcebible que cualquiera de ellos me traicionase por importante que fuera el precio o la razón suministrada. Odian a la Federación casi tanto como yo.

Los músculos de su mandíbula se tensaron.

—Quizá, después de todo, es posible que el traidor no sea ninguno de nosotros —prosiguió—. Pero ¿quién más podría haber descubierto nuestro plan? ¿Comprendes lo que quiero decir? Tu amigo, el joven de las montañas, mencionó esta mañana algo que casi había olvidado. Cuando llegamos a la ciudad y recorrimos el mercado, creyó que había visto a Hirehone. Pensó que se había equivocado, pero ahora duda. Olvidando momentáneamente el hecho de que Hirehone ha tenido mi vida en sus manos en varias ocasiones y jamás me ha traicionado, ¿por qué hacerlo ahora? Nadie, excepto Damson y los que han venido conmigo, sabía el dónde, el cuándo, el cómo y el porqué de nuestro objetivo. Sin embargo, los soldados de la Federación nos estaban esperando. Lo sabían.

Par olvidó momentáneamente su intención de decir a Padishar que estaba harto de todo aquello.

—Entonces, ¿quién ha sido? —preguntó con ansia—. ¿Quién pudo haber sido?

La sonrisa de Padishar fue forzada.

—Las preguntas me acosan como las moscas a un caballo sudoroso. Aún no lo sé, pero no te quepa la menor duda de que tarde o temprano lo descubriré. Por ahora no importa. Tenemos peces más grandes que pescar.

Se inclinó hacia delante.

—He pasado la mañana con un hombre que conozco, un hombre que tiene acceso a lo que pasa en las más altas esferas de la autoridad de la Federación en Tyrsis —continuó—. Es un hombre en el que se puede confiar, no me cabe la menor duda. Ni siquiera Damson lo conoce. Me contó algunas cosas interesantes. Parece que Damson y tú vinisteis a rescatarnos justo a tiempo. Rimmer Dall llegó a la mañana siguiente muy temprano para presenciar mi interrogatorio y mi ajusticiamiento. —El líder de los proscritos dio un suspiro de satisfacción—. Se sintió muy decepcionado cuando descubrió que me había ido antes de tiempo.

Padishar se enderezó y acercó su cabeza a la de Par.

—Sé que estás impaciente por que suceda algo. Puedo leer los signos en ti como si los hubieras escrito en un cartel pegado en la pared junto a mi cama, pero apresurar los acontecimientos puede resultar fatal. En estos asuntos, siempre es necesaria la máxima cautela. —Esbozó una nueva sonrisa—. Pero tú y yo juntos, muchacho, somos una auténtica fuerza contra la Federación y sus juegos. ¡El destino te traído hasta mí, y definitivamente tiene algo en mente para los dos, algo que hará temblar a la Federación, a su Consejo de la Coalición, a sus buscadores y a todos los seres que la integran!

Cerró una mano ante el rostro de Par y el joven vallense se vio obligado a echarse hacia atrás de forma instintiva.

—¡Cuántos esfuerzos han hecho para ocultar cualquier rastro del antiguo Parque del Pueblo! ¡El puente de Sendic derribado y reconstruido, el viejo parque vallado y hundido, guardias patrullándolo por todas partes como hormigas ante una merienda campestre! ¿Por qué? ¡Porque allí abajo hay algo que no quieren que nadie conozca! ¡Puedo sentirlo, muchacho! ¡Ahora estoy tan convencido como cuando fuimos hace cinco noches!

—¿La espada de Shannara? —susurró Par.

—¡Apuesto diez años de mi vida a que se trata de eso! —exclamó Padishar, esta vez esbozando una sonrisa genuina—. Pero solo hay una forma de comprobarlo, ¿verdad?

Agarró a Par por los hombros. Su cara morena y angulosa era una máscara de determinación astuta e implacable. El hombre que le había guiado los últimos cinco días había desaparecido, el que hablaba era el viejo Padishar Creel.

—El hombre con quien he hablado, el que tiene oídos en las cámaras de la Federación, me dijo que Rimmer Dall cree que hemos huido. Piensa que hemos vuelto a la Llave de Parma y que, fuera cual fuese el propósito que nos había llevado aquí, nos hemos dado por vencidos. Permanece en la ciudad solo porque aún no ha decidido lo que debe hacer a continuación. Sugiero que le ayudemos a tomar esa decisión, joven Par.

—¿Qué...? —empezó a preguntar Par con los ojos abiertos de par en par.

—¡La que menos espera, desde luego! —respondió Padishar anticipándose a su pregunta—. ¡Lo último que imaginarían él y sus lobos de negras capas... eso será! —dijo entrecerrando los ojos—. ¡Bajaremos al Foso!

Par quedó sin aliento.

—Bajaremos antes de que tengan la oportunidad de descubrir dónde estamos o qué nos proponemos. Bajaremos al agujero mejor vigilado, y si la espada de Shannara está allí, ¡nos la llevaremos ante sus propias narices!

El sol ya se ocultaba cuando Walker Boh alcanzó su destino. Había partido de la Chimenea de Piedra a media mañana en dirección norte, con paso relajado, sin prisa, dándose el tiempo necesario para pensar sobre lo que iba a hacer. Cuando partió, el cielo estaba despejado y luminoso, pero a medida que avanzaba el día las nubes empezaron a llegar desde el oeste y el aire se había vuelto gris y denso. El terreno por el que viajaba era abrupto, una serie de crestas y barrancos que rompían la simetría de los bosques, y dejaban los árboles torcidos e inclinados como lanzas clavadas en tierra al azar. Numerosas ramas muertas y montones de piedras bloqueaban repetidamente el camino, y la niebla, suspendida de los árboles como un sudario, parecía atrapada e inmóvil.

Walker se detuvo. Miró hacia abajo entre dos grandes y dentados peñascos y vio un estrecho valle que encerraba un pequeño lago. Los pinos lo ocultaban casi por completo y su superficie estaba cubierta por una densa niebla, que se arremolinaba perezosa e imprevisiblemente.

El lago era el hogar del Oráculo del Lago.

Tras contemplarlo un instante, Walker empezó el descenso hacia el valle. Rápidamente, la niebla se cerró a su alrededor, le llenó la boca con su sabor metálico y le impidió ver lo que había delante de él. Ignoró esas sensaciones: la opresión del cerco, los susurros imaginados, el incómodo frío, y puso toda su atención en poner un pie delante del otro. El aire se enfrió rápidamente, se pegaba a su piel de una forma insidiosa y olía a cosas en descomposición. Los pinos se espesaban, privándolo de toda perspectiva. El silencio cubrió el valle, y solo se escuchaba el suave ruido producido por sus botas al rozar contra la piedra.

Sintió como el Oráculo del Lago lo observaba.

Había pasado mucho tiempo.

Cogline le había advertido sobre el Oráculo del Lago. Era el espíritu que vivía en el lago, un espíritu con más años que el mundo de las Cuatro Tierras. Según afirmaba el mismo Oráculo del Lago, ya existía antes de las Grandes Guerras, y alardeaba de haber vivido en la época de los feéricos. Como todos los espíritus, tenía la habilidad de adivinar secretos ocultos a los seres vivos y, por otra parte, dominaba la magia. Sin embargo, era una criatura amargada y rencorosa, atrapada en este mundo para toda la eternidad por unas razones que nadie conocía. No podía morir, y odiaba la vida insustancial y vacía que se veía obligado a soportar. Se desahogaba con los humanos que iban a hablar con él y los provocaba con acertijos de las verdades que deseaban conocer, burlándose de su mortalidad y mostrándoles aquellas partes de ellos mismos que deseaban mantener ocultas.

Hacía trescientos años que Brin Ohmsford había ido en su busca para encontrar el camino hacia Maelmord, para poder enfrentarse al Ildatch. El Oráculo del Lago jugó con ella hasta que la joven del valle usó la canción y lo atrapó con engaños y le obligó a revelar lo que deseaba saber. El espíritu nunca lo olvidó; fue la única vez que un humano lo venció. Walker había oído esta historia innumerables veces durante su niñez. Fue solo después de su llegada al norte con el propósito de vivir en la Chimenea de Piedra, tras renunciar al apellido y a la herencia de los Ohmsford, que descubrió que el Oráculo del Lago lo estaba esperando. Brin Ohmsford podía estar muerta, pero el Oráculo del Lago viviría eternamente y había decidido que alguien debía pagar por su humillación. Si no podía ser la responsable directa, se conformaría con cualquiera que llevase su sangre.

Cogline le advirtió que se mantuviera alejado del Oráculo del Lago, porque este lo destruiría si le daba la menor oportunidad. A sus padres también se les dio la misma advertencia y la habían seguido, pero Walker Boh había llegado a un punto de la vida en el que estaba cansado de excusarse por ser quien era y lo que era. Había ido al Valle de los Indómitos para escapar de su legado, y no quería pasar el resto de sus días preguntándose si habría algo en las proximidades que pudiera ser su perdición. Era preferible enfrentarse al espíritu de una vez por todas, y fue al encuentro del Oráculo del Lago. Como el espíritu nunca se aparecía cuando había más de una persona, Cogline tuvo que quedarse atrás. El enfrentamiento, que fue memorable, duró casi seis horas. El Oráculo del Lago asaltó a Walker Boh con todos los trucos y tácticas que conocía, y le descubrió secretos verdaderos e imaginarios de su presente y de su futuro, empleando una retórica diseñada para llevarlo a la locura, revelándole visiones venenosas y destructivas de sí mismo y de las personas que amaba. Walker Boh las resistió todas. Cuando el Oráculo del Lago se quedó exhausto, maldijo a Walker y desapareció de nuevo entre la niebla.

Walker regresó a la Chimenea de Piedra, con la sensación de que la antigua humillación había quedado zanjada. Dejó al Oráculo del Lago tranquilo, y este le pagó con la misma moneda, aunque se podía argumentar que al espíritu no le quedara otro remedio porque estaba ligado a las aguas del lago.

Hasta ese día, Walker Boh no había vuelto.

Suspiró. Esta vez sería más difícil, puesto que deseaba obtener algo del espíritu. De lo contrario podía disimular. Podía mantener oculta la razón de su visita: que el Oráculo del Lago le indicara el lugar donde se encontraba la piedra élfica negra. Podía hablar de diversos temas o asumir algún papel que confundiera a la criatura, ya que le gustaban tanto los juegos. Pero apenas marcaría la diferencia, porque el Oráculo siempre adivinaba el motivo de por qué estaba uno ahí.

Walker Boh sentía las suaves e insistentes caricias de los minúsculos dedos de la niebla. Aquello no iba a ser agradable.

Siguió avanzando mientras la luz del día dejaba paso a la oscuridad. Las sombras se alargaban, donde la niebla gris se lo permitía, como ondeantes caricaturas de

aquello que las producía. Walker se envolvió más en la capa, pensando en las palabras que le diría al Oráculo del Lago, en los argumentos que utilizaría y en los juegos en que se vería obligado a participar. Repasó mentalmente todos los acontecimientos en su vida con los que el Oráculo jugaría, la mayoría de ellos sacados de su juventud, cuando lo turbaban sus diferencias y temía sus inseguridades.

Entonces, los amigos y compañeros de Par y Coll, sus padres e incluso las personas de Valle Sombrío que no lo conocían ya lo llamaban «Tío Oscuro». «Oscuro» por el color de su vida y su ser, su palidez, un joven retraído que a veces podía leer la mente, adivinar las cosas que sucederían e incluso causarlas, y comprender muchas cosas que estaban escondidas a los demás. El extraño tío de Par y Coll, huérfano, sin una familia realmente propia, sin una historia que compartir. Ni tan siquiera el apellido Ohmsford parecía pertenecerle. Siempre fue el «Tío Oscuro», de alguna manera más viejo que todos los demás, no en años sino en conocimiento. Y su conocimiento no era aprendido, sino que había nacido con él. Su padre había intentado explicárselo. Era el legado de la magia de la canción, y que se manifestaba de aquella forma. Pero no duraría mucho tiempo, nunca lo hacía. Solo era una fase que tenía que pasar por ser quien era. «Pero Par y Coll no pasaron por ella», solía argumentar Walker. «No, solo la pasamos tú y yo, solo los hijos de Brin Ohmsford, porque mantenemos la confianza», le susurraba su padre. «Somos los elegidos de Allanon...».

Limpió enfadado su mente de los recuerdos, y de nuevo brotó la amargura. ¿«Los elegidos de Allanon», había dicho su padre?, cuando habría sido mucho más apropiado decir «los malditos de Allanon».

Los árboles se abrieron ante él de repente, y se sorprendió por la rapidez de su desaparición. Se detuvo al borde del lago, cuyas orillas rocosas se perdían en la niebla por ambos lados. Sus aguas las lamían con suavidad una y otra vez en completo silencio. Walker Boh se irguió. Su mente se tensó y se encerró en ella como si fuera de hierro, se concentró y sus pensamientos se aclararon.

Esperó como una estatua solitaria.

Se produjo un movimiento en la niebla, pero salía de más de un sitio. Walker intentó determinar de dónde, pero desapareció con la misma rapidez que había surgido. Desde algún lugar lejano, sobre la niebla que cubría el lago, más allá de los muros rocosos de la cordillera que encerraba el estrecho valle, oyó una voz susurrante procedente del cielo.

«Tío Oscuro».

Walker escuchó la voz inquietantemente próxima y al mismo tiempo ilocalizable. No había surgido del interior de su mente ni de cualquier otro lugar concreto, sino de la nada. No respondió y continuó esperando.

Entonces, los movimientos dispersos que antes habían agitado la niebla se concentraron en un solo punto, formando una silueta incolora que emergió de las aguas y empezó a avanzar hacia la orilla. A medida que se acercaba, se definía más y

aumentaba de tamaño, volviéndose más grande que la figura humana que pretendía imitar e irguiéndose como si quisiera aniquilar cualquier cosa que se interpusiera en su camino. Walker permaneció inmóvil. Entonces, la forma etérea se volvió una sombra, y la sombra se convirtió en una persona...

Walker Boh observó, con el rostro inexpresivo, cómo el Oráculo del Lago se detenía ante él, suspendido en la niebla, con la cara levantada para que pudiera ver en quién había decidido convertirse.

—¿Has venido a aceptar mi encargo, Walker Boh? —preguntó.

A pesar de habérselo propuesto, Walker no pudo evitar sorprenderse. El oscuro y adusto semblante de Allanon no lo perdía de vista.

* * *

Se escuchó un leve murmullo en el almacén. Nada se movía en el cavernoso recinto cuando seis pares de ojos se fijaron en Padishar Creel.

Acababa de anunciarles que volverían al Foso.

—Esta vez lo haremos de forma diferente —les dijo, su feroz cara llena de convicción, como si eso fuera argumento suficiente para convencerlos—. No nos infiltraremos en el parque con una escalera bajo el brazo. En los sótanos del cuartel hay una entrada al Foso. Así es como lo haremos. Iremos al cuartel, bajaremos al Foso y regresaremos por el mismo camino. Es lo mejor.

Par dirigió una rápida mirada a los demás. La expresión de las caras de Coll, Morgan, Damson y los proscritos Stasas y Drutt era una mezcla entre incredulidad y terror. La propuesta de Padishar era una locura sin ninguna probabilidad de éxito. Nadie intentó interrumpirle. Querían escuchar cómo pensaba conseguirlo.

—En el cuartel, el cambio de guardia se realiza dos veces al día, a la salida del sol y al ocaso. Dos turnos, de seis hombres cada uno. Las patrullas se relevan una vez a la semana, pero en días diferentes. Hoy es uno de esos días. El relevo de la patrulla de hoy se realizará justo después de la puesta de sol. Lo sé, estoy bien informado —afirmó.

Sonrió con su familiar sonrisa lupina.

—Hoy llegará un destacamento especial un par de horas antes del cambio de guardia, porque esta tarde se realizará una inspección del cuartel, que se iniciará con el cambio —prosiguió el líder de los proscritos—. El comandante quiere que todo esté impecable. La guardia de día se alegrará de que el destacamento haga su trabajo y no se detendrá mucho en la identificación. —Hizo una pausa—. Ese destacamento estará, por supuesto, formado por nosotros.

Se inclinó hacia delante, mirándolos con intensidad.

—Una vez dentro nos encargaremos de la guardia nocturna. Si somos lo

suficientemente sigilosos, la guardia de día ni se enterará de lo que está pasando. Continuarán realizando sus rondas, haciendo parte de nuestro trabajo, porque mantendrán a la gente fuera. En cualquier caso, como medida de precaución, cerraremos la puerta por dentro. Después bajaremos al sótano y de allí al Foso. Deberíamos disponer de la luz suficiente para encontrar lo que buscamos bastante rápido. Una vez lo tengamos, subimos las escaleras y salimos de la misma manera que entramos.

Durante un momento, nadie dijo nada.

—Nos reconocerán, Padishar —dijo entonces con voz grave Drutt—. Seguramente aún estén allí algunos de los soldados que nos hicieron prisioneros.

—Los cambiaron hace tres días —respondió Padishar, negando con la cabeza.

—¿Y qué me dices del comandante?

—Se ha ido hasta principios de semana. Su puesto está ocupado por otro oficial.

—Necesitaremos uniformes de la Federación.

—Ya los tenemos. Los traje ayer.

—Llevas bastante tiempo preparándolo, ¿verdad? —preguntó Stasas después de intercambiar una mirada con Drutt.

—Desde el primer momento que salimos de aquella celda —respondió el líder de los proscritos, riendo.

Morgan, que estaba sentado junto a Par, se levantó.

—Si algo sale mal y nos descubren, caerá sobre nosotros todo el cuartel. Estaremos atrapados, Padishar —objetó Morgan.

—No, no lo estaremos —respondió Padishar, negando con la cabeza—. Llevaremos ganchos de escalada y cuerdas entre nuestro equipo de limpieza. Si no podemos volver por el mismo sitio que entramos, los utilizaremos para escalar el Foso. Los soldados de la Federación se concentrarán en la entrada del cuartel para capturarnos. Nunca se les ocurrirá pensar que podamos salir por otro sitio.

Las preguntas dejaron paso a un largo silencio, durante el cual los seis miembros del pequeño grupo analizaron sus dudas y temores, mientras esperaban que algo en su interior les confirmara que el plan funcionaría. Sin embargo, Par pensó que eran muchas las cosas que podían fallar.

—Bien, ¿qué os parece? —preguntó Padishar, impaciente—. El tiempo es algo que no podemos permitirnos perder. Todos sabemos que hay algunos riesgos, pero forma parte de la naturaleza del asunto. Quiero una decisión. ¿Lo intentamos o no? ¿Quién está a favor? ¿Quién está conmigo?

Nadie contestó. Coll y Morgan parecían dos estatuas. Stasas y Drutt, que habían sido los primeros en hablar, tenían sus ojos clavados en el suelo. Damson miraba a Padishar, que se volvió para mirarla. Par comprendió que nadie diría nada, que todos estaban esperándole.

—Yo iré —dijo Par, sorprendiéndose a sí mismo. No había ni pensando sobre ello.

—¿Te has vuelto loco? —le susurró Coll al oído. La atención del líder de los proscritos se había trasladado hacia Stasas y Drutt, quienes declararon que también irían—. ¡Par, esta es nuestra oportunidad para salir de aquí! —insistió Coll.

—Lo está haciendo por mí, ¿no te das cuenta? —respondió Par, inclinándose hacia él—. ¡Soy yo quien quiere encontrar la espada! ¡No puedo dejar que Padishar corra todos los riesgos! ¡Tengo que ir!

Su hermano hizo un gesto de impotencia. Morgan, guiñándole el ojo por encima del hombro de Coll, emitió su voto a favor de ir. Coll se limitó a levantar la mano y a asentir.

Solo faltaba Damson. Padishar había concentrado su aguda mirada en la muchacha, esperando. Entonces Par comprendió que Padishar no necesitaba preguntar quién quería ir con él, podría simplemente haberlo ordenado. Quizá la pregunta era una prueba. El traidor aún no había sido descubierto, y aunque poco antes le había dicho que no creía que fuese ninguno de ellos, tal vez había cambiado de idea.

—Os esperaré en el parque —dijo Damson Rhee, atrayendo hacia ella todas las miradas—. Tendría que disfrazarme de hombre para acompañaros, y eso significaría un riesgo más. ¿Y con qué fin? No hay nada que pueda hacer acompañándoos. Creo que si surgen problemas os seré mucho más útil fuera.

—Bien pensado, Damson. Como siempre —dijo Padishar, y esbozó una sonrisa que relajó la tensión del pequeño grupo—. Nos esperarás en el parque.

Par pensó que Padishar había aceptado demasiado rápido la idea.

* * *

Los géiseres explotaban y caían sobre la superficie plana y gris del lago, salpicando con gotas heladas la piel de Walker Boh.

—¿Por qué has venido, Tío Oscuro? —preguntó en voz baja la figura de Allanon.

—No tengo por qué decirte nada —respondió Walker, sintiendo que el frío lo abandonaba cuando su determinación estalló en llamas—. Tú no eres Allanon. Solo eres el Oráculo del Lago.

La figura de Allanon vibró y se disolvió en la media luz para ser reemplazada por la del propio Walker.

—Soy tú, Walker Boh. Nada más y nada menos —dijo el Oráculo de Lago, y soltó una carcajada hueca—. ¿No te reconoces?

Su cara sufrió una serie de transformaciones: Walker cuando era niño, cuando era adolescente, cuando era joven y cuando era un hombre. Las imágenes aparecían y desaparecían con tanta rapidez que Walker apenas podía captarlas. Era aterrador contemplar las distintas fases de su vida pasar a tal velocidad, pero se obligó a

mantener la calma.

—¿Hablarás conmigo, Oráculo del Lago? —preguntó.

—¿Hablarás contigo mismo? —respondió el Oráculo.

—Lo haré. Pero ¿con qué propósito debería hacerlo? No tengo nada que decirme a mí mismo. Ya sé todo lo que tengo que decir.

—Como yo, Walker. Como yo.

El Oráculo del Lago se contrajo hasta que tuvo el mismo tamaño que Walker. Conservó su cara para burlarse de él, mostrándole algunos destellos del aspecto físico que tendría con el paso de los años, como si con ello quisiera demostrarle la futilidad de su vida.

—Sé por qué has venido —dijo de repente el Oráculo del Lago—. Conozco los pensamientos más íntimos de tu mente, los pequeños secretos que te ocultas a ti mismo. No es necesario que juguemos entre nosotros, Walker Boh. Eres mi igual en el juego y no deseo volver a enfrentarme de nuevo contigo. Has venido para preguntarme dónde debes ir para encontrar la piedra élfica negra. Pues bien, te lo diré.

Inmediatamente Walker desconfió del espíritu. El Oráculo del Lago nunca ofrecía nada sin retorcerlo. Asintió como respuesta pero no dijo nada.

—Pareces muy triste, Walker —le consoló el espectro—. ¿No te alegras de mi sumisión, ni te entusiasma saber que conseguirás lo que quieres? ¿Tan difícil te resulta admitir que has renunciado a tu orgullo y a tu decisión, que has olvidado tus nobles principios y que has sido vencido por la causa del druida?

—Malinterpretas las cosas, Oráculo —respondió Walker, poniéndose en tensión de forma involuntaria—. No hay nada decidido.

—¡Oh, sí, Tío Oscuro! ¡Está todo decidido! No te equivoques. Tu vida se despliega ante mis ojos como un hilo continuo y recto, los años en un número finito, con su curso definido. Has caído en la trampa de las palabras del druida. El legado de Brin Ohmsford ahora es tuyo, lo quieras o no. ¡Estás atrapado!

—Háblame de la piedra élfica negra —dijo Walker.

—Todo a su tiempo. Ten paciencia.

Sus palabras se perdieron en el silencio. El Oráculo del Lago cambiaba constantemente bajo la niebla. La luz del día se había transformado en oscuridad, el gris en negro, la luna y las estrellas habían desaparecido bajo la densa niebla que cubría el valle. Sin embargo, en el sitio donde se encontraba Walker había luz, una fosforescencia que salía de las aguas sobre las que flotaba el Oráculo del Lago, un resplandor que jugueteaba de forma siniestra a través la noche.

—Cuántos esfuerzos en escapar de los druidas —dijo en voz baja el Oráculo—. ¡Qué estupidez! —Entonces al rostro de Walker lo sustituyó el de su padre—. Recuerda que somos los portadores del legado de Allanon, Walker —le dijo su padre—. Se lo confió a Brin Ohmsford, ya moribunda, para que lo transmitiera de generación en generación y disponer de él hasta que fuera necesario, en algún

momento en un futuro lejano... —Su padre lo miró de reojo—. ¿Quizá ahora es el momento?

Aparecieron sobre él unas imágenes como tramadas en la niebla. Surgieron una tras otra, en vivos colores, con la consistencia y la profundidad de la vida real.

Walker, sobresaltado, retrocedió un paso. Se vio a sí mismo en las imágenes, con la cara con un gesto desafiante lleno de rabia, de pie sobre las nubes, encima de las figuras de Par, Wren y todos los que habían ido al Cuerno del Hades, respondiendo a la convocatoria de Allanon. Un trueno resonó en la oscuridad y un rayo destelló en el cielo con línea quebrada. La voz de Walker era como un siseo entre el resplandor y el rugido del trueno cuando pronunció las siguientes palabras: «¡Antes me cortarían la mano que ser testigo de la vuelta de los druidas!». Entonces levantó el brazo para revelar que le faltaba la mano.

La visión se difuminó durante unos segundos, y volvió a tomar consistencia. Ahora Walker se vio sobre una interminable cordillera, alta y vacía. Todo el mundo se extendía a sus pies, las naciones y sus respectivas razas, las criaturas que poblaban la tierra y el agua, las vidas de todos los seres y todas las cosas que habían existido. El viento silbaba con fuerza en sus oídos y azotaba sus negras vestiduras. Había una niña junto a él. Era mujer y niña al mismo tiempo, un ser mágico dotado de una belleza imposible. Lo aturdió con la intensidad de la mirada de sus insondables ojos negros, sin poder apartar los suyos de los de ella. Su larga y plateada melena flotaba al viento como una masa ondeante. La joven extendió los brazos en demanda de apoyo para mantenerse en pie sobre la traicionera roca..., pero él la rechazó con violencia. La muchacha cayó en el abismo, dando vueltas en silencio, y su plateada melena se convirtió en una masa brillante que acabó disolviéndose en la nada.

De nuevo se difuminó la visión y volvió. Walker se vio ahora en una fortaleza vacía y gris a causa del desuso. La Muerte lo acechaba, reptando por los muros y los pasillos, buscando con sus helados dedos algún signo de vida. Sintió que debía huir de ella, sabiendo que debía hacerlo para sobrevivir, pero no pudo. Permaneció inmóvil, permitiendo que la Muerte se acercara y lo abrazara. Cuando su vida acabó, lo invadió el frío y vio a sus espaldas una figura vestida con negros ropajes que lo sujetaba y le impedía huir. La figura tenía la cara de Allanon.

Desaparecieron las visiones, los colores se difuminaron y la penumbra se instaló de nuevo alrededor de la fosforescencia emitida por el lago. El Oráculo del Lago bajó los brazos despacio y el lago siseó y salpicó de insatisfacción. Walker Boh retrocedió unos pasos para que el agua no cayera sobre él.

—¿Qué dices, Tío Oscuro? —susurró el Oráculo del Lago, que había vuelto a adoptar la pálida cara de Walker.

—Que aún estás jugando —respondió Walker tranquilamente—. Que me muestras mentiras y medias verdades para burlarte de mí, pero aún no me has mostrado nada de la piedra élfica negra.

—¿No lo he hecho? —contestó el Oráculo del Lago, que vibraba lúgubrementemente

—. Crees que todo es un juego, ¿verdad? ¿Solo mentiras y medias verdades? Piensa lo que quieras, Walker Boh —prosiguió, riendo sin alegría—. Pero yo veo un futuro que tú no puedes ver, y sería estúpido creer que no te muestro nada de él. Recuerda, Walker, yo soy tú, diciéndote quién eres y qué eres. De la misma manera que soy todos los que vienen a hablar conmigo.

—No, Oráculo del Lago, nunca podrás ser yo —respondió Walker, negando con la cabeza—. Nunca podrás ser alguien excepto quien eres en realidad, un espíritu sin identidad, sin existencia, exiliado en este charco de agua para toda la eternidad. Nada de lo que hagas, ningún juego al que juegues, podrá cambiar alguna vez eso.

—¡Entonces déjame en paz, Tío Oscuro! —exclamó lleno de ira el Oráculo del Lago, que lanzó un chorro de agua—. ¡Llévate contigo lo que viniste a buscar y vete! —El rostro de Walker desapareció y su lugar fue ocupado por el rostro de la Muerte—. ¿Piensas que mi destino no está relacionado con el tuyo? ¡Ten cuidado! ¡Hay más de mí en ti de lo que puedes imaginar!

Su ropa se agitó y lanzó dardos de tenue luz hacia la niebla.

—¡Escúchame, Walker! ¡Escúchame! —prosiguió el Oráculo del Lago—. ¿Deseas saber dónde se encuentra la piedra élfica negra? ¡Pues escucha! ¡La oscuridad la oculta, una oscuridad que nunca podrá atravesar la luz, donde los ojos convierten en piedra a los hombres y las voces los hacen enloquecer! Más allá, donde solo hay muerte, hay una cavidad con runas talladas, los signos del paso del tiempo. ¡En esa cavidad está la piedra!

El rostro de la Muerte había desaparecido, y las ropas colgaban vacías entre la niebla.

—Te he dado lo que deseas, Tío Oscuro —susurró el espíritu con la voz cargada de odio—. Lo he hecho porque mi regalo te destruirá. ¡Muere y pon fin a tu maldito linaje! ¡Cuánto tiempo hace que lo espero! ¡Vete ahora! ¡Te deseo un rápido viaje hacia a tu perdición!

El Oráculo del Lago se mezcló con la niebla y desapareció. La luz que lo había acompañado también se disipó, y la oscuridad cubrió por completo todo el lago y sus alrededores, quedándose Walker a ciegas momentáneamente. Se quedó donde estaba, esperando que sus ojos se adaptaran a la oscuridad, sintiendo sobre su piel el gélido tacto de la niebla. La carcajada del Oráculo del Lago resonó en el silencio de su mente.

«Tío Oscuro», dijo un áspero susurro.

Walker se fortaleció contra él. Se revistió de hierro.

Cuando recobró la visión y pudo distinguir la vaga silueta de los árboles, se ciñó la capa, dio la espalda al lago y se alejó.

La tarde avanzaba hacia la noche. Una fina e incesante lluvia caía sobre la ciudad de Tyrsis, lavando sus polvorientas calles y dejándolas resbaladizas y brillantes a la decreciente luz. Nubes de tormenta se cernían sobre los árboles del Parque del Pueblo, y de ellos se desprendían jirones que descendían para enroscarse en sus troncos. El parque estaba vacío y silencioso, excepto por el constante sonido producido por la lluvia.

Entonces unas pisadas, un pesado sonido de botas, rompieron el silencio y una escuadra de seis soldados de la Federación, envueltos en capas y encapuchados, se materializó. Llevaban voluminosas mochilas de equipamiento. Dos mirlos que estaban posados en un abedul los miraron alertados, un perro que husmeaba en la basura huyó rápidamente y un niño mendigo, agazapado en un portal para protegerse del agua y el frío, los miró con precaución. Nadie más se fijó en ellos. Las calles estaban desiertas, y la ciudad, recogida en sus casas y ciega a aquel atardecer húmedo y desagradable.

Padishar Creel llevó al pequeño grupo por la vía Tyrsiana hasta el del parque. Envueltos contra el mal tiempo, eran indistinguibles los unos de los otros o de cualquier otra persona. No habían sufrido ningún contratiempo desde que salieran del almacén, y apenas habían visto otros seres vivos. Todo iba exactamente según lo planeado.

Par Ohmsford vio aparecer la vaga y oscura silueta del cuartel entre los árboles y sintió que su mente se encerraba en sí misma. Encogió los hombros para protegerse del frío de la lluvia y del calor del sudor que corría bajo sus ropas. Estaba atrapado dentro de sí y al mismo tiempo podía verse desde fuera como si no tuviera cuerpo. El camino que tenía delante era mucho más oscuro de lo que cabía esperar a la luz del día. Había entrado en un túnel, redondo y serpenteante, cuyo interior era tan liso que no tenía dónde agarrarse. Estaba cayendo, y su propio impulso lo llevaba hacia el terror que lo esperaba delante.

Se dio cuenta de que estaba a punto de perder el autocontrol. Había sentido miedo en varias ocasiones: cuando Coll y él huyeron de Varfleet, cuando la leñadora apareció para enfrentarse a ellos, cuando Cogline les dijo lo que debían hacer, cuando cruzaron el lago del Arco Iris en una noche cubierta por la niebla junto a Morgan, cuando lucharon contra el gigante en los bosques de Anar, cuando huyeron del destripador en las montañas de Wolfsktaag, cuando fue capturado por los gnomos araña y la niña que era un umbrío. También había estado asustado en presencia de Allanon. Pero todos esos miedos no podían compararse con el que sentía ahora. Ahora estaba aterrorizado.

Tragó saliva, sintiendo la sequedad de su garganta, e intentó convencerse de que todo iba bien. El sentimiento de terror lo había cogido por sorpresa, como si fuera una criatura que lo acechara en las calles de la ciudad con los tentáculos extendidos para capturarlo. Ahora lo sujetaba una garra tan fuerte como el hierro de la que no había manera de liberarse. No tenía sentido decirles a los demás lo que estaba experimentando. ¿Qué podía decirles? ¿Que estaba asustado o incluso aterrorizado? ¿Cómo se suponía que debían estar los demás?

Una ráfaga de viento sacudió los árboles, y cayó sobre ellos el agua que retenían entre sus hojas. Se mojó los labios con esa agua, fresca y agradable. Coll era un bulto inmenso justo delante de él y Morgan, otro detrás. Las sombras danzaban a su alrededor, jugando con él, robándole el poco valor que le quedaba. Aquello era un error, se escuchó susurrar a sí mismo desde su interior. Se le puso piel de gallina ante aquella certeza.

Sentía su propia mortalidad, encerrada en algún rincón olvidado de su mente, guardada allí porque era demasiado aterradora. Volviendo la vista atrás, le pareció que todo lo que había hecho en su vida no era más que un juego. Era ridículo, lo sabía, pero parte de ello también era cierto. Se había lanzado a la aventura, autoproclamándose héroe como un personaje de aquellos sobre los que cantaba, decidido a saber la verdad sobre quién y qué era. Había pensado que era el dueño de su destino y ahora se daba cuenta de que nunca lo había sido.

Las visiones del pasado atravesaron su mente en una rápida sucesión de imágenes, persiguiéndose unas a otras con un cruel propósito. Había rebotado de un contratiempo a otro, creyendo erróneamente que su actuación había servido para algo. Pero, en realidad, ¿qué había conseguido? Era un proscrito que huía para mantenerse con vida. Sus padres estaban prisioneros en su propio hogar. Walker pensaba que era un necio. Wren lo había abandonado. Coll y Morgan seguían con él solo porque sabían que necesitaba su ayuda. Padishar Creel creía que era alguien que jamás sería. Y lo peor de todo era que, como consecuencia de su errónea decisión de aceptar el encargo de un hombre que llevaba trescientos años muerto, otros cinco hombres iban perder la vida.

—Cuídate —le dijo a Coll intentando animarlo en vano cuando abandonaron el almacén—. No vayas a tropezar con esos pies de pato.

Coll resopló.

—Y tú aguza el oído. No debería ser difícil para alguien como tú.

Intentaba simular valor, pero no engañaba a nadie.

«¡Allanon!». Pronunció el nombre del druida en el silencio de su mente como si fuera una oración. «¿Por qué no me ayudas?».

Pero sabía muy bien que un espíritu no podía ayudar a nadie. La ayuda solo podía venir de los vivos.

Ya no quedaba tiempo para pensar, ni para lamentarse de las decisiones del pasado. Los árboles se acabaron y ante ellos se levantaba el cuartel. Un par de

guardias de la Federación se irguieron cuando vieron que se acercaba la patrulla. Padishar nunca dudaba. Se dirigió directamente hacia ellos, los informó del propósito de su patrulla, bromeó sobre el tiempo y logró que abrieran las puertas. Muy juntos, con las cabezas bajas y las capas ceñidas, se apresuraron a cruzar la entrada.

Los seis hombres de la guardia nocturna jugaban a las cartas alrededor de una mesa de madera. Apenas levantaron la cabeza cuando entraron. El comandante de la guardia no estaba con ellos.

Padishar miró por encima de su hombro, hizo un leve gesto de asentimiento a Morgan, Stasas y Drutt, e inmediatamente se situaron alrededor de la mesa. Cuando lo hicieron, uno de los guardias levantó los ojos con suspicacia.

—¿Quiénes sois? —preguntó.

—El equipo de limpieza —respondió Padishar. Se acercó al que había hablado y se inclinó para ver sus cartas—. Esa es una mano perdedora, amigo.

—Quítate, me estás mojando —se quejó el guardia.

Padishar lo golpeó en la sien con el puño, y el hombre se desplomó. Otro cayó igual de rápido. Los demás se pusieron de pie, gritando, pero los proscritos y Morgan los derribaron en pocos segundos. Par y Coll sacaron cuerdas y trapos de sus mochilas.

—Llevadlos a los dormitorios, atadlos y amordazadlos —ordenó Padishar—. Aseguraos de que no puedan escapar.

Alguien llamó a la puerta. Padishar esperó a que se llevaran a los guardias y después abrió la mirilla. Eran los soldados de fuera, que habían acudido creyendo haber oído algo. Padishar les aseguró que todo estaba orden, que dejarían de jugar a las cartas y pondrían las cosas en su sitio.

Cerró la mirilla esbozando una sonrisa tranquilizadora.

Tras asegurar a los hombres de la guardia nocturna en los dormitorios, Padishar cerró las puertas. Reflexionó durante un breve instante y entonces ordenó que echaran los cerrojos de la puerta de entrada. No debían correr riesgos innecesarios, declaró. Tampoco se podían permitir dejar atrás a ningún miembro del grupo para asegurarse de que no los molestaran.

Provistos de lámparas de aceite, bajaron por la escalera hasta los niveles más bajos del cuartel. El sonido de la lluvia se perdía tras los muros de piedra, pero la humedad que penetraba por ellos era tan fría que Par empezó a tiritar. Siguió a los demás, dispuesto a hacer lo que fuese necesario, concentrándose en poner un pie delante del otro hasta que salieran de allí. No había ningún motivo para estar asustado, seguía diciéndose a sí mismo. Enseguida se acabaría todo aquello.

El comandante estaba durmiendo en el nivel más bajo. No era el mismo hombre que los había hecho prisioneros cuando intentaron saltar el muro del barranco. No tuvo mejor suerte que sus subordinados. Lo dominaron sin esfuerzo, lo ataron, lo amordazaron y lo encerraron en su habitación.

—Dejad las lámparas —ordenó Padishar.

Continuaron caminando hasta llegar al final del pasadizo, donde se encontraron ante una puerta cerrada de acero, que doblaba en altura a Drutt, el más alto de todo el grupo. Un enorme picaporte, adornado con una cabeza de lobo, la insignia de los buscadores, sobresalía de ella. Padishar lo agarró con las dos manos, lo giró y la puerta se abrió. A través de la oscura rendija se filtró un fuerte olor a moho y podrido.

—Ahora manteneos juntos —ordenó Padishar volviendo la vista atrás, con una mirada peligrosa, y se internó en la oscuridad.

Coll se volvió lo suficiente para apretar el hombro de Par, y entonces lo siguió.

Se encontraron en un bosque donde los árboles se mezclaban con enmarañados matorrales, enredaderas, zarzas y una neblina impenetrable. Las frondosas y mojadas copas de los árboles, que se unían formando un toldo, apenas dejaban pasar la luz del día que quedaba. El barro rezumaba y succionaba en minúsculos charcos a su alrededor. Había criaturas que revoloteaban por aquella jungla; pájaros, o algo menos agradable, no podían determinar cuál de los dos. Los olores los asaltaban: a putrefacción y moho, pero también a algo mucho menos tolerable. Unos sonidos lejanos resonaron, irreconocibles y amenazadores. El Foso era un pozo de oscuridad.

Todos los nervios del cuerpo de Par Ohmsford le pedían a gritos que saliera de allí.

Padishar reanudó la marcha seguido de Drutt, y tras ellos iban Coll, Par, Morgan y Stasas, formando una fila de figuras empapadas. Avanzaron muy despacio, siguiendo la pared del barranco en dirección a los escombros del antiguo puente de Sendic. Par y Coll llevaban los ganchos de escalada y las cuerdas, y los demás desenvainaron sus armas. Par volvió la vista atrás un momento y vio que la luz de la puerta abierta del cuartel que habían dejado atrás desaparecía entre la niebla. También observó que la espada de Leah brillaba débilmente en la mano de Morgan y el agua que corría por su pulida hoja.

La tierra que pisaban estaba muy blanda, pero continuaron avanzando hacia la oscuridad sin detenerse en ningún momento. Daba la sensación de que el Foso eran unas fauces gigantescas abiertas que les estaban esperando, olfateando cosas que había comido antes y su aliento era la neblina que los envolvía. Extraños seres se retorcían y reptaban en los charcos de aguas estancadas, supuraban de los troncos putrefactos y desprendían destellos entre la maleza como si fuesen de mercurio. El silencio era opresivo. Incluso los primeros sonidos habían desaparecido ante su avance. Solo percibían el de la lluvia, lenta y firme, que caía en la oscuridad.

Siguieron caminando durante lo que a Par le parecieron horas. Los minutos se sucedían uno tras otro en un desfile interminable hasta que ya no tuvieron principio ni fin. ¿A qué distancia estarían de las ruinas del puente?, se preguntó. Sin duda ya deberían haber llegado. Se sentía atrapado en el Foso, con la pared del barranco a su izquierda, los árboles y la niebla a su derecha, y oscuridad y lluvia por todas partes. Las negras capas de sus compañeros les daban el aspecto de miembros de una comitiva fúnebre, de sepultureros.

Entonces Padishar Creel se detuvo y escuchó con atención. Par también lo había oído. Una especie de siseo que procedía de algún lugar del interior del fangal, como el de un chorro de vapor que escapase por una fisura. Los demás estiraron sus cuellos y escrutaron los alrededores sin ningún éxito. Cuando el siseo cesó, el silencio se llenó de nuevo con el sonido de sus respiraciones y de la lluvia.

El espadón de Padishar centelleó cuando lo movió para ordenarles que continuaran. Ahora el líder de los proscritos había aligerado el paso, como si sintiera que algo no iba bien, y que la rapidez tenía que preceder a la cautela. Pasaron a través de veintenas de gruesos troncos relucientes, mudos centinelas entre la oscuridad. La luz disminuía rápidamente, tornando el tono gris en cobalto.

De repente Par advirtió que algo los observaba, y se le erizaron los pelos de la nuca. Miró a su alrededor. Nada se movía en la niebla. No se veía nada.

—¿Qué pasa? —le preguntó Morgan al oído, pero solo consiguió negar con la cabeza.

Entonces vieron los bloques de piedra del destruido puente de Sendic, sobresaliendo como unos enormes dientes entre la maraña del bosque. Padishar apresuró el paso, y todos los demás lo siguieron. Se alejaron de la pared del barranco y se internaron en el bosque. Parecía que se lo hubiera tragado el Foso. Había grandes cascotes del antiguo puente entre los escombros, bajo las copas de los árboles, llenos de musgo y desgastados, espectrales bajo la escasa luz.

Par respiró profundamente. Las antiguas leyendas decían que la espada de Shannara había sido clavada en un bloque de mármol rojo y guardada en una cripta bajo el arco protector del puente de Sendic.

Tenía que estar allí, en algún lugar cercano.

Entonces dudó. Si la espada había sido clavada en un bloque de mármol rojo, ¿conseguiría sacarla? ¿Podría entrar en la cripta?

Sus ojos buscaron entre la niebla. ¿Y si estaba enterrada bajo las ruinas del puente? ¿Cómo conseguiría alcanzarla entonces?

«Demasiadas preguntas sin respuesta», pensó, y de pronto se sintió invadido por un sentimiento de desesperación. ¿Por qué no las había formulado antes? ¿Por qué no había considerado todas las posibilidades?

Las piedras destacaban tenuemente en la niebla. Pudo ver la esquina oeste del ruinoso palacio de los reyes de Callahorn, una oscura silueta a través de un hueco entre los árboles. Sintió un nudo en la garganta. Casi habían llegado a la pared opuesta del barranco, y quedaban pocos sitios donde buscar.

«No me iré sin la espada», se juró a sí mismo mentalmente. «¡Por mucho que me cueste, no lo haré!». El fuego de su convicción quemó a través de su ser como el sello de un contrato.

Entonces escucharon de nuevo el siseo, ahora mucho más cerca. Parecía venir de más de una dirección. Padishar se detuvo y dio media vuelta con cautela. Con Stasas y Drutt a cada lado, se adelantó varios pasos para proteger a los tres jóvenes, los

hermanos vallenses y el muchacho de las montañas. Después empezó a bordear con precaución los escombros.

El siseo se volvió más fuerte, más nítido. Ya no era un siseo, sino una respiración.

Los ojos de Par buscaron frenéticamente en la oscuridad. Algo se acercaba a ellos, el mismo ser que había devorado a Ciba Blue y a todos los que habían bajado al Foso antes que él y que nunca habían vuelto. Su certeza era aterradora. A pesar de ello, no buscaba a su acechador, sino la cripta donde estaba guardada la espada de Shannara. Estaba desesperado por encontrarla. De repente, la vio mentalmente con la misma claridad como si fuese un cuadro exclusivo para él. La buscó, primero con el pensamiento y después entre la niebla y la oscuridad.

Algo extraño empezó a sucederle.

Sintió una tensión interior que parecía provocada por la magia de la canción. Era un tirón contra unas cadenas que no podía ver ni comprender, y pudo sentir que estaba dotado de una fuerza que nunca había experimentado.

Coll vio su cara y se quedó pálido.

—¿Par? —le preguntó preocupado mientras lo zarandeaba.

La niebla que los rodeaba se llenó de puntos rojos y luminosos, que ardían como diminutos fuegos en la humedad. Se apagaban y encendían mientras se acercaban a ellos. Aparecieron unas caras que ya no eran humanas, con carne podrida y medio devorada, y las facciones contorsionadas y repugnantes. Cuerpos que salían de la noche arrastrando los pies; algunos enormes, otros retorcidos, pero todos deformes hasta lo increíble. Era como si los hubiesen estirado y después, doblado. La mayoría caminaban agachados y algunos, a cuatro patas.

En unos pocos segundos habían rodeado al pequeño grupo. Eran seres surgidos de alguna horrible pesadilla, fragmentos de un sueño espantoso que habían llegado al mundo de los vivos. Oscuros espectros insustanciales entraban y salían de sus cuerpos a través de la boca y los ojos, de los poros de su piel y de su cabello.

«¡Umbríos!».

La presión de Par Ohmsford aumentó hasta resultar casi insoportable. Sintió que algo subía por las paredes de su estómago. Sus visiones oníricas adquirían vida, el lóbrego mundo de los humanos embrutecidos dominado por los umbríos. Se hacía realidad lo que Allanon había profetizado.

Por fin, la presión rompió sus ataduras. Par dio un grito, dejando aterrados a sus compañeros con la fuerza de su alarido. El sonido tomó forma y se convirtió en palabras, empezando a cantar. La canción irrumpió en el aire como una llama y su magia iluminó las tinieblas. Los umbríos retrocedieron de un salto. Sus rostros aún eran más espantosos bajo el inesperado resplandor, que también dejó al descubierto las heridas de sus cuerpos. Par se irguió, impulsado por un poder que nunca habría podido sospechar que poseyera la canción. Era consciente de una visión mental, de una visión de la espada de Shannara.

La luz de la magia, solo una ilusión al principio, de repente fue real. Se

incrementó, rechazando la oscuridad de una forma que a Par le pareció extrañamente familiar, brillando con intensidad mientras la penetraba. Se contorsionaba y revolvía como algo atrapado que intentara escapar, serpenteando entre las ruinas del puente de Sendic, saltando por encima de los troncos de árboles caídos, deslizándose a través de la maleza hasta donde había una singular cámara de piedra en medio de una maraña de enredaderas y hierbas a menos de cien metros de donde él estaba.

Se sintió traspasado por una corriente de júbilo.

¡Allí!

La palabra sonó en el silencio de su mente, protegida de la magia y el caos. Vio la piedra ennegrecida por la intemperie, y la luz de su magia que se extendía por su carcomida superficie, por sus grietas y recovecos, destacando las palabras grabadas en ella:

Aquí yace el corazón y el alma de las naciones.

Su derecho a ser hombres libres.

Su deseo de vivir en paz.

Su valor...

Le fallaron las fuerzas antes de que pudiera concluir la lectura. La magia resplandeció y se disolvió en la oscuridad con la misma rapidez que había surgido. Se tambaleó hacia atrás dando un grito, y Coll lo cogió en sus brazos. Par no pudo oírlo. Solo podía oír el extraño repiqueteo que la canción había dejado tras de sí, los restos de una magia que todavía no había empezado a comprender.

En su mente persistía la visión, una imagen que vibraba en el primer plano de sus pensamientos. Todo lo que había descubierto la magia.

La cripta de piedra erosionada y las palabras grabadas.

La espada de Shannara.

* * *

Entonces cesó el repiqueteo, la visión desapareció y volvió a encontrarse en el Foso, completamente extenuado. Los umbríos se acercaban desde todas direcciones empujándolos contra las piedras del puente. Padishar avanzó, erguido y resuelto, para enfrentarse con el más próximo, un enorme monstruo parecido a un oso con zarpas en lugar de manos. Lo atacó con su espadón... una, dos, tres veces... con estocadas tan rápidas que escapaban de la vista de Par. El extraño ser se contrajo y retrocedió con

los miembros flácidos, pero no se desplomó. Apenas parecía darse cuenta de las heridas que había sufrido. Sus ojos permanecían inmóviles y su expresión reflejaba algún tormento interior.

Par observó al umbrío. Sus miembros se recompusieron de la misma manera que los del gigante con el que habían luchado en el Anar.

—Padishar, la espada... —empezó a decir, pero el jefe de los proscritos les estaba ordenando a gritos que retrocedieran por el mismo camino que habían seguido hasta allí, a lo largo del muro de piedra—. ¡No! —gritó Par, desesperado.

Era incapaz de expresar con palabras la certeza que sentía. Tenían que llegar hasta donde estaba la espada. Intentó liberarse de las manos de Coll, pero su hermano volvió a sujetarlo con fuerza y lo obligó a seguir a los demás.

Los umbríos atacaron con una torpe acometida. Stasas cayó, y fue arrastrado fuera del alcance de sus compañeros. Le desgarraron la garganta y algo oscuro entró en su cuerpo mientras aún estaba vivo y jadeante. Sufrió una fuerte sacudida que lo hizo ponerse en pie, se volvió hacia ellos mirándolos a la cara y empezó a atacarlos. El grupo retrocedió, sin dejar de esgrimir sus espadas. Apareció Ciba Blue... o lo que quedaba de él. Con una fuerza increíble, bloqueó la espada de Drutt, lo cogió por los brazos y se pegó a su antiguo compañero como una sanguijuela. El proscrito dio un grito de dolor cuando le arrancó primero un brazo y luego el otro, para acabar arrancándole la cabeza. Lo que había sido Ciba Blue siguió agarrando y devorando el cuerpo de su antiguo compañero.

Padishar se quedó solo, rodeado. De momento, su rapidez y fortaleza habían conseguido mantenerlo con vida. Entre fintas y estocadas, esquivando los dedos que se extendían hacia él, regateaba para mantenerse libre. Pero, abrumado por su número, empezaba a ceder terreno.

Fue Morgan Leah quien lo salvó de los umbríos. Abandonó su papel de defensor de Par y Coll, y se apresuró a socorrer al jefe de los proscritos. Con su melena rojiza flotando, cargó contra el grueso de los umbríos. La espada de Leah cayó sobre ellos, desprendiendo llamas cada vez que los alcanzaba. La magia brotaba de su hoja y reducía a cenizas a aquellos seres tenebrosos. Acabó con dos, tres y muchos más. Padishar luchaba sin descanso junto a él, y juntos consiguieron abrirse paso, gritando a Par y Coll que los siguieran. Los hermanos del valle corrieron tras ellos, evitando las garras de los umbríos que los perseguían. Par renunció a toda esperanza de conseguir la espada. Dos de los suyos habían muerto, y todos correrían la misma suerte si no salían de allí inmediatamente.

En el trayecto de regreso al muro del barranco, rechazaron como pudieron los ataques de los umbríos. La magia de la espada de Leah los mantenía a raya, aunque surgían de todas partes, como si el Foso fuera un nido donde se reprodujeran. Igual que la leñadora y el gigante, parecían inmunes a las armas convencionales. Solo Morgan podía herirlos. No podían enfrentarse a su magia.

La retirada fue angustiosamente lenta. El cansancio de Morgan aumentaba a

medida que disminuían sus fuerzas, y también se debilitaba el poder de la espada de Leah. Corrían cuando les era posible, pero los umbríos les cerraban el paso cada vez con más frecuencia. Par intentó invocar la magia de la canción, pero no lo consiguió. Trató de no pensar en lo que eso significaba, y concentró todos sus esfuerzos en buscar una razón que pudiera explicar lo ocurrido, que le permitiera entender cómo se había liberado la magia. Incluso durante la huida, su mente no descansaba. ¿Por qué había perdido el control de aquella forma? ¿Por qué la magia le había proporcionado aquella extraña luz, real y no ilusoria? ¿Solo porque él lo había deseado? ¿Qué le había ocurrido?

Por fin consiguieron llegar al muro del barranco, y se apoyaron contra él para recuperar el aliento. Del parque les llegaban gritos y reflejos de antorchas. Su lucha contra los umbríos había alertado a la guardia de la Federación. En un momento, el cuartelillo estaría sitiado.

—¡Los ganchos de escalada! —gritó Padishar.

Par había perdido el suyo, pero Coll todavía lo llevaba colgado del hombro. El joven del valle se echó hacia atrás, desenrolló la cuerda y lanzó hacia arriba el pesado hierro, que se elevó hasta perderse de vista y se enganchó. Coll lo probó con su peso. El resultado fue positivo.

Padishar empujó a Par contra la pared y sus ojos se encontraron. A sus espaldas, el bosque del Foso estaba vacío.

—Sube —le ordenó con voz áspera. Su respiración era entrecortada. Empujó también a Coll contra la pared—. Los dos —ordenó—. Subid hasta salir de aquí, y luego entrad en el parque. Damson os estará esperando y os llevará al Saliente.

—Damson —repitió Par como un eco.

—Olvida tus sospechas y también las mías —respondió el jefe de los proscritos, reflejando cierta tristeza en sus agudos ojos—. ¡Confía en ella, muchacho, es lo mejor de mí!

Los umbríos volvieron a surgir de las tinieblas. Su respiración era un lento siseo en el aire nocturno.

—Sal de aquí, Par —le gritó Morgan, que ya se había alejado del muro para enfrentarse a los umbríos.

—¡Sube! —gritó Padishar—. ¡Ahora!

—Pero tú... —empezó a decir Par.

—¡Vete! —exclamó indignado el líder de los proscritos—. ¡Yo me quedaré con Morgan para que puedas huir! ¡No pierdas el tiempo en gestos! ¡Suceda lo que nos suceda a cualquiera de nosotros, tú tienes que vivir! —prosiguió el líder de los proscritos, cogiendo a Par bruscamente por los hombros—. ¡La magia de Shannara es lo que algún día ganará esta batalla, y tú eres el único que puede utilizarla! ¡Vete ahora mismo!

Entonces intervino Coll, y obligó a subir a Par por la cuerda. Esta estaba anudada, facilitando su ascenso. Empezó a trepar con los ojos inundados de lágrimas de

frustración. Su hermano lo seguía, apremiándolo, con el rostro cubierto de sudor.

Par solamente se detuvo una vez para mirar hacia abajo. Los umbríos rodeaban a Padishar Creel y a Morgan Leah que, para protegerse mejor, se habían pegado al muro del barranco.

Demasiados umbríos.

Apartó la vista. Contuvo la rabia y siguió escalando en la oscuridad.

* * *

Morgan Leah no se volvió cuando dejó de oír el roce de las botas contra la pared del barranco. Tenía sus ojos fijos en los umbríos que los rodeaban. Era consciente de que Padishar estaba junto a su hombro izquierdo. Los umbríos habían interrumpido su avance y se mantenían a distancia, en los límites de la densa cortina de bruma. Ahora conocían el poder del arma de Morgan y adoptaban mayores precauciones.

«Estúpidas criaturas», pensó el joven montañés con amargura. «¡Pensaba que merecía un final mejor que este!».

Lanzó una finta a los que estaban más cerca, y retrocedieron.

La fatiga lo aprisionaba como una cadena. Sabía que era la consecuencia de su magia. Todo su poder había pasado por él, una especie de fuego interior extraído de la propia espada, un alud de energía al principio y después un cansancio creciente. Y había algo más, una insidiosa relación entre la magia y su cuerpo que lo impulsaba a ansiarla de una manera inexplicable, como si el dejar de utilizarla, o incluso el simple hecho de tomarse un descanso, implicara una cierta renuncia de su identidad.

De repente, sintió miedo de no poder desprenderse de ella hasta que estuviera demasiado cansado para utilizarla.

O muerto.

Ya no oía los ruidos producidos por Par y Coll durante el ascenso. El Foso había vuelto a quedar envuelto en el silencio, solo roto por el siseo de los umbríos.

—¡En marcha, montañés! —dijo Padishar en voz baja, acercándose más al joven de las tierras altas.

Al principio, empezaron a deslizarse muy despacio junto al muro del barranco. Después, al ver que nadie los perseguía, más deprisa. Enseguida empezaron a correr, tropezando a cada paso, porque sus fuerzas empezaban a flaquear. La niebla se arremolinaba a su alrededor, formando grises zarcillos contra la noche. Los árboles ondeaban tras la cortina de la lluvia como si se movieran. Morgan comenzó a sentirse bien en un mundo de imposible realidad, fuera del tiempo y del espacio.

El doble de umbríos los atacó durante su huida. Fueron dos breves escaramuzas, y consiguieron rechazar las dos gracias a la magia de la espada de Leah. Cuerpos grotescos se abalanzaban sobre ellos como pedruscos que rodaran por la ladera de

una montaña, y acababan convertidos en cenizas. El fuego ardía en la noche, rápido y seguro, y Morgan sintió que perdía una parte de sí mismo en cada llamarada.

Empezó a preguntarse si no estaría matándose de alguna forma extraña.

Arriba, donde el parque se ocultaba tras el muro del barranco, los gritos aumentaban su intensidad y llegaban hasta ellos como un falso aliento de esperanza. Morgan sabía que allí no encontrarían amigos. Tropezó y tuvo que hacer un gran esfuerzo para recuperar la verticalidad.

Por fin divisaron el cuartel, un torreón enorme y oscuro que se levantaba sobre los árboles y la bruma.

Morgan advirtió que algo había salido mal.

—¡A la puerta! —gritó Padishar Creel, y lo empujó con tanta fuerza que casi lo derribó.

Corrieron hacia la puerta abierta... o hacia donde la puerta debiera haber estado abierta, porque la realidad era que no lo estaba. Ninguna luz se filtraba por la ranura de la puerta que habían dejado entreabierta. Se encontraban ante una oscura pared de piedra, y el joven Morgan Leah sintió un estremecimiento de miedo e incredulidad que oprimió su estómago. ¡Alguien, o algo, había bloqueado su retirada! Con Padishar a un paso detrás de él, el joven de las tierras altas llegó junto al muro del cuartelillo, a la gruesa puerta por la que habían accedido al Foso, ahora cerrada para bloquearles el paso. La empujaron con todas sus fuerzas, pero estaba asegurada por dentro. Los dedos de Morgan recorrieron toda su superficie, con la esperanza de encontrar algún resorte que le permitiera abrirla, pero para horror suyo lo único que encontró fueron unas pequeñas marcas alrededor de la puerta, marcas en las que no habían reparado antes, runas de magia que brillaban débilmente en la neblina grisácea y cortaban su retirada de una manera mucho más eficaz que cualquier cerradura o llave.

Oyó que los umbríos se estaban agrupando tras ellos. Se dio media vuelta para lanzarse sobre los seres de la noche, que se dispersaron ante su inesperada acometida. Padishar golpeaba la invisible cerradura sin saber que era magia y no cerrojos de hierro lo que la mantenía cerrada.

La delgada cara de Morgan se había convertido en una máscara dominada por la furia.

—¡Apártate, Padishar! —gritó.

Se abalanzó sobre la puerta como si fuese un umbrío, blandiendo la espada de Leah, cuya hoja era un brillante trazo de plata que destacaba en la oscuridad. El arma cayó sobre la puerta como un martillo... una, dos veces y muchas más. Las runas talladas en el hierro de la puerta lanzaron un maligno fulgor verde. A cada golpe saltaban chispas, fragmentos de llama que eran gritos de protesta. Morgan vociferaba como un loco, y el poder mágico de la espada absorbió sus últimas fuerzas.

Entonces todo estalló en un fuego blanco, y Morgan quedó sumido en la oscuridad.

Par dejó atrás las oscuras tinieblas del Foso, alcanzó la parte superior del muro del barranco y pasó por encima de los pinchos metálicos. Tenía los brazos y las piernas llenos de cortes y arañazos. El sudor corría por su frente y se le introducía en los ojos, haciendo que le escocieran, y su respiración era fatigosa y entrecortada. Durante un momento sintió que se le nublaba la vista, y las sombras de la noche se convirtieron en una capota impenetrable punteada de ondeantes rastros de luz.

«Antorchas», pensó, «reunidas a la entrada del cuartelillo». Oyó gritos y fuertes golpes producidos por maderos pesados. Los centinelas y los refuerzos que habrían llegado en su ayuda intentaban derribar la puerta.

Coll saltó tras él, resoplando por el esfuerzo mientras se dejaba caer sobre la tierra húmeda. La lluvia empapaba los cabellos que no quedaban cubiertos por la capucha, y sus ojos tenían un brillo que Par no supo interpretar.

—¿Puedes andar? —le preguntó Coll con ansiedad.

Par hizo un gesto de asentimiento, sin saber realmente si podía o no hacerlo. Se pusieron en pie lentamente. Les dolían todos los músculos y huesos del cuerpo, y les costaba trabajo respirar. Se alejaron del muro para internarse entre los árboles y descansar un momento. Querían cerciorarse de que nadie los había visto, y escucharon el alboroto que se había formado a la puerta del cuartelillo.

—Tenemos que salir de aquí, Par —dijo Coll, con la cabeza inclinada hacia su hermano, que levantó los ojos con mirada acusadora—. ¡Ya lo sé! Pero ahora no podemos ayudarlos. Tenemos que pensar en salvarnos. —Sacudió la cabeza con un gesto de desánimo—. ¡Por favor! —le suplicó Coll.

Par le dio una palmada en el hombro e hizo un gesto de asentimiento. Se pusieron en marcha con paso vacilante. Avanzaban con precaución, manteniéndose en las zonas más oscuras, lejos de los senderos que conducían al cuartelillo. Había dejado de llover sin que lo advirtieran y cuando el viento soplaba a rachas intermitentes, los grandes árboles descargaban el agua que habían acumulado en sus hojas. La mente de Par estaba ocupada en los recientes sucesos y le repetía las advertencias que ya le había hecho antes, acosándolo con la satisfacción de haber acertado. «¿Por qué no me escuchaste?», le decía. «¿Por qué fuiste tan testarudo?».

Las luces de la vía Tyrsiana brillaban en la oscuridad que los precedía. Poco después llegaron al borde de la calle, donde había gente reunida, figuras irreconocibles en la noche, siluetas sin rostro que eran mudos testigos del caos que se vivía a unos pocos pasos de allí. La mayoría estaban lejos y no los habían visto salir, pero quienes habían reparado en su presencia desviaron la mirada al reconocer los uniformes de la Federación.

—¿Dónde vamos ahora? —preguntó Par en voz baja a su hermano, apoyándose en él, porque apenas si era capaz de mantenerse en pie.

Coll se encogió de hombros y tiró de su hermano hacia la calle, alejándolo de las luces. Apenas habían pisado los adoquines cuando apareció una figura con ánimo de interceptarlos. «Damson», pensó Par. Pronunció su nombre en voz baja al oído de

Coll y aflojaron el paso, mientras que la muchacha aceleraba el suyo.

—No os detengáis —les dijo en voz baja, pasando por encima de sus hombros el brazo libre de Par para ayudar a Coll a soportar su peso—. ¿Dónde están los otros?

Par buscó con sus ojos los de la muchacha. Hizo un gesto de resignación y vio la expresión de estupor que se dibujó en su cara.

Tras ellos, en el interior del parque, se produjo una explosión que iluminó el cielo y se oyeron exclamaciones angustiadas de los grupos reunidos en la calle.

El silencio que siguió fue ensordecedor.

—No miréis atrás —dijo Damson sin mover los labios.

Pero los hermanos vallenses no necesitaban el consejo.

* * *

Morgan Leah yacía tendido sobre la chamuscada tierra del Foso. Sus ropas desprendían humo, y su nariz y su boca percibían un olor y un sabor acres. Estaba vivo, pero se sentía muy mal. Se sentía roto, como si bajo su piel todo su cuerpo estuviera hecho pedazos. Sentía dolor, pero no era dolor físico. Era mucho peor, una especie de agonía emocional que no solo torturaba su cuerpo, sino también su mente.

—¡Montañés!

La poderosa voz de Padishar atravesó las capas de su angustia y le hizo abrir los ojos. Las llamas lamían el suelo muy cerca de donde él yacía tendido.

—¡Levántate, rápido!

Padishar tiró de él hasta que consiguió ponerlo de pie. Entonces se oyó un chillido. Un confuso mar de árboles y bloques de piedra se mecía entre la niebla y la oscuridad, pero se fue estabilizando hasta quedarse inmóvil.

Entonces la vio. Su mano aún sujetaba la espada de Leah. La hoja se había partido. Solo quedaba un trozo, mellado y negro, unido a la empuñadura.

—¿Qué he hecho? —murmuró el joven de las montañas, empezando a temblar, sin conseguir dominarse.

—¡Nos has salvado la vida, amigo mío! —respondió Padishar mientras tiraba de él—. ¡Eso es lo que has hecho!

La luz brotaba de un enorme agujero abierto en la pared del cuartelillo. La puerta que antes estaba cerrada había desaparecido.

—Tu arma lo ha logrado —continuó Padishar, con voz cansada—. Tu magia. Ha reducido a humo la puerta y nos ha brindado la oportunidad que necesitamos, si somos capaces de actuar con la suficiente rapidez. ¡Date prisa! Apóyate en mí. En un par de minutos...

Padishar le ayudó a atravesar el agujero. Apenas tuvo conciencia de su paso por el corredor y de la subida por la escalera. El dolor continuaba desgarrando su cuerpo,

haciéndole pronunciar palabras incoherentes cuando intentaba hablar. No podía dejar de mirar la espada rota. Su espada, su magia, él mismo. Era incapaz de establecer diferencias.

Gritos y fuertes golpes interrumpieron sus pensamientos y lo obligaron a retroceder.

—Ahora, estate tranquilo —le dijo Padishar, y su voz llegó a sus oídos como un zumbido lejano.

Llegaron a la sala de guardia. Desde fuera golpeaban con frenesí las puertas de entrada. Las planchas de hierro que las protegían estaban abombadas y rotas.

—Quédate aquí —le dijo Padishar, mientras lo apoyaba contra una de las paredes laterales—. No digas nada cuando entren, no llames su atención. Con un poco de suerte, pensarán que somos unas víctimas más de lo sucedido. Dame eso. —Cogió la espada de Leah de la mano sin fuerza de Morgan Leah—. Enváinala, muchacho, ya nos ocuparemos de repararla más adelante.

Introdujo el arma en su funda, dio una suave palmada en la mejilla de Morgan y se dirigió a abrir las puertas.

Los uniformes negros de los soldados de la Federación llenaron la sala. Gritaban, vociferaban y alborotaban, formando un estruendo insoportable. También a gritos, y haciéndose pasar por uno de ellos, Padishar los llevó hacia la escalera de caracol, a los dormitorios, a todas partes. Había una gran confusión, y Morgan observaba aquel caos sin entenderlo y sin mostrar el menor interés por él. La sensación de indiferencia que inundaba todo su ser solo era superada por la angustia que le producía la pérdida de la espada. Le parecía que su vida carecía de sentido, que la razón de su existencia había desaparecido de una manera tan repentina e inesperada como la hoja de la espada de Leah.

«No más magia», se decía a sí mismo una y otra vez. «La he perdido. Lo he perdido todo».

Entonces regresó Padishar y lo obligó a ponerse de pie. Lo llevó hasta la puerta en medio del caos reinante en el cuartelillo y, desde allí, al parque. Se cruzaron con algunos hombres, pero ninguno reparó en su presencia.

—Bonita locura hemos desencadenado esta noche —dijo Padishar con voz lúgubre—. Confío en que no se vuelva contra nosotros.

Alejó al joven de las montañas del círculo de luces del cuartel, y un instante después ya habían desaparecido.

Par Ohmsford se despertó al amanecer, pero permaneció echado en el camastro, ordenando los pensamientos que estaban dispersos en su mente. Le costó un poco recordar dónde se hallaba. Estaba en un cobertizo, destinado a almacén, detrás de una tienda de frutas y verduras, en algún lugar del centro de Tyrsis. Damson los había llevado allí la noche anterior para ocultarlos después de...

Los recuerdos llegaron formando una avalancha, en una sucesión ininterrumpida de rápidas y nítidas imágenes.

Abrió los ojos con gran esfuerzo y las imágenes desaparecieron. A través de las grietas de los postigos cerrados entraba una vaga luz grisácea que permitía vislumbrar los aperos de labranza, alineados en la pared como soldados en formación. El penetrante olor a abono y a mantillo impregnaba el aire. El silencio se extendía más allá de los muros de su escondite. La ciudad aún dormía.

Levantó la cabeza con cautela y miró a su alrededor. Coll dormía a su lado, y su respiración era profunda y uniforme, pero no vio a Damson por ninguna parte.

Continuó acostado, escuchando el silencio, hasta que consiguió despertarse por completo. Entonces se sentó, retiró las mantas y se puso en pie. Todavía estaba agarrotado, y el dolor de las articulaciones lo obligó a encogerse. Pero había recuperado las fuerzas y podía moverse sin ayuda.

Coll se agitó, se dio media vuelta y siguió durmiendo. Par observó un momento a su hermano, concentrándose en las líneas sombreadas de sus toscas facciones, y después se acercó a la ventana más próxima. Llevaba puesta la misma ropa que el día anterior; solo le habían quitado las botas cuando lo acostaron. El frío de las primeras horas de la mañana pasaba de las tablas del suelo a las plantas de sus pies a través de los calcetines, pero lo ignoró. Miró por una grieta del postigo. Había dejado de llover, pero el cielo estaba nublado y el día presentaba un aspecto húmedo y vacío. Ninguna persona ni animal se movía en su campo visual. Solo una desordenada colección de paredes, tejados, calles y pórticos destacaba en la bruma.

La puerta se abrió a su espalda, y Damson entró en el cobertizo sin hacer ruido. Sus ropas estaban húmedas y sus cabellos rojizos colgaban lacios.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó en voz baja, mientras en su rostro se dibujaba una expresión de contrariedad. Cruzó la habitación y lo sostuvo como si estuviera a punto de desplomarse—. ¡No deberías haberte levantado! ¡Estás muy débil! ¡Vuelve a la cama ahora mismo!

Lo llevó hasta ella y le obligó a acostarse. Par intentó resistirse, pero descubrió que tenía menos fuerzas de las que había supuesto.

—Damson, escucha... —empezó a decir, pero ella le obligó a callar, tapándole la

boca con la mano.

—No, escucha tú, joven élfico... —Hizo una breve pausa y lo miró como si hubiese descubierto algo extraño en su rostro—. ¿Qué te pasa, Par Ohmsford? ¿Es que no tienes ni una pizca de sentido común? Anoche salvaste tu vida por casualidad y ya estás buscando la manera de arriesgarla de nuevo. ¿No sientes el menor aprecio por ti mismo?

La muchacha respiró profundamente, y el joven del valle se encontró pensando en la calidez del contacto de su mano. Pareció que la joven le hubiera leído el pensamiento, porque la retiró enseguida. Sus dedos le rozaron la mejilla.

—Lo siento —respondió Par, cogiéndole la mano y reteniéndola entre las suyas—. No podía dormir más. He pasado toda la noche acuciado por las pesadillas. No puedo olvidar a Morgan y a Padishar...

Se interrumpió, no deseaba seguir hablando del tema. Incluso en aquel momento resultaba aterrador recordarlo. Coll parpadeó y lo miró.

—¿Qué pasa? —preguntó, medio dormido.

—Tu hermano no puede dormir —respondió Damson, oprimiendo con su mano la de Par—. Se preocupa mucho por todos, menos por sí mismo.

—¿Hay nuevas noticias, Damson? —preguntó Par.

—Haré un trato contigo —respondió la joven, esbozando una leve sonrisa—. Si me prometes que intentarás volver a dormir o, al menos, que te quedarás en la cama, te aseguro que te daré toda la información que poseo. ¿De acuerdo?

El joven vallense hizo un gesto de asentimiento. Entonces recordó el consejo que le había dado Padishar: «¡Confía en ella, muchacho, es lo mejor de mí!».

—Cuento contigo para que cumpla su palabra —dijo Damson, dirigiéndose a Coll y soltando la mano de Par—. Os traeré también algo de comer. Podéis estar tranquilos, porque aquí nadie os molestará.

Se detuvo un instante, como si se resistiera a dejarlos solos, y luego dio media vuelta y salió de la estancia.

Tras su marcha, la habitación quedó en silencio. Los dos hermanos intercambiaron una significativa mirada.

—Está enamorada de ti —dijo Coll en voz baja.

—No, es que le gusta protegerme —respondió Par, ruborizándose y haciendo un gesto negativo—. Nada más.

—Ah, ¿solo eso? —dijo Coll, dando un suspiro y cerrando los ojos. Su respiración se acompasó y su hermano creyó que había vuelto a dormirse, pero enseguida le hizo una nueva pregunta—. ¿Qué te ocurrió anoche, Par?

—¿Te refieres a la canción? —respondió Par, tras reflexionar un instante.

—¡Claro que me refiero a eso! —exclamó Coll, con los ojos abiertos y dirigiendo a su hermano una penetrante mirada—. Yo sé cómo actúa la magia mejor que nadie, salvo tú mismo, y nunca había visto algo parecido. ¡No fue una ilusión creada por ti, aquello era real! Nunca pensé que poseyeras tan grandes poderes.

—Tampoco yo.

—¿Entonces?

Par se encogió de hombros. «¿Qué sucedió?», se preguntó a sí mismo. Cerró los ojos durante un momento y los abrió de nuevo.

—Tengo una teoría —dijo por fin—. Podría decirse que la he elaborado entre el sueño y las pesadillas. ¿Recuerdas cómo se manifestó la magia de la canción la primera vez? Wil Ohmsford utilizó las piedras élficas en la batalla que le enfrentó a la Segadora. Tuvo que hacerlo para salvar a la elfina Amberle. Hemos contado muchas veces esa historia, ¿no es cierto? Era peligroso para él porque no tenía suficiente sangre élfica. Eso lo cambió de un modo que al principio no pudo precisar. Solo lo consiguió tras el nacimiento de sus hijos, Brin y Jair. Parte de la magia élfica de las piedras pasó a él. Esa parte se transmitió a Brin y Jair en la forma de la canción.

Se levantó sobre un codo, y Coll lo imitó. Ya entraba suficiente luz en la habitación y podían verse las caras.

—La primera noche que pasamos con Cogline, el anciano nos dijo que no comprendíamos la magia. Nos aseguró que actúa de maneras diferentes, o algo parecido, pero que hasta que no la entendiéramos solo tendríamos una. Más tarde, en el Cuerno del Hades, nos habló de cómo cambia la magia, dejando estelas a su paso igual que una embarcación en el agua. Hizo una referencia específica al legado mágico de Wil Ohmsford, a la magia que se había convertido en la canción.

Hizo una breve pausa y la habitación se quedó en completo silencio. Cuando empezó a hablar de nuevo, su voz tenía un sonido extraño.

—Admitamos por un momento que el anciano tenga razón, que la magia sufre constantes cambios, que está en continua evolución. Al fin y al cabo, eso fue exactamente lo que sucedió cuando la magia de las piedras élficas pasó de Wil Ohmsford a sus hijos. ¿Y si en mí ha sufrido un nuevo cambio?

—¿Qué quieres decir? —le preguntó, mirándolo fijamente—. ¿En qué consiste el cambio?

—Supongamos que la magia ha retrocedido en el tiempo para ser lo que fue. Las piedras élficas azules que Allanon dio a Shea Ohmsford cuando partieron en busca de la espada de Shannara tenían el poder de descubrir lo que estaba oculto para su poseedor.

—¡Par! —exclamó Coll en voz baja, asombrado.

—No, espera, déjame que termine. Anoche, la magia se manifestó como nunca lo había hecho. Apenas si pude controlarla. Tienes razón, Coll; no fue una ilusión. Pero respondió de una forma reconocible. Descubrió lo que estaba oculto para mí, y creo que actuó así porque yo, en mi subconsciente, lo deseaba. —Hablaba con una voz enérgica—. ¡Imagínate que el poder que tuvieron las piedras élficas en otras épocas lo tiene ahora mi magia!

Se quedaron mudos, mirándose a menos de medio metro de distancia. Coll, profundamente concentrado, había contraído sus toscas facciones. La asombrosa

revelación que su hermano acababa de hacer había caído sobre él como una losa de piedra y lo aplastaba bajo su peso. Tras aceptar esa realidad, la duda se reflejó en sus ojos y, de repente, también el miedo.

—Las piedras élficas también tenían otra propiedad —dijo Coll. Su rostro palideció y su bronca voz se suavizó—. Podían defender a su poseedor de los peligros. Eran un arma dotada de un poder asombroso.

Par esperó, adivinando sus siguientes palabras.

—¿Crees que la magia de la canción puede hacer ahora lo mismo por ti?

—Sí, Coll —respondió Par, con voz casi inaudible—. Creo que puede hacerlo.

* * *

Hacia el mediodía, la niebla se había levantado y las nubes habían desaparecido. El sol brillaba sobre la ciudad de Tyrsis y la inundaba con su calor. Los charcos y los arroyos se evaporaron enseguida, las piedras y el barro de las calles se secaron y el aire se volvió húmedo y pegajoso.

En las puertas de la muralla exterior, el tráfico era denso y lento. Los soldados de la Federación que hacían el turno de guardia, en doble número del normal a causa de los disturbios de la noche anterior, ya estaban sudorosos e irritados cuando apareció el sepulturero barbudo procedente de las callejuelas de la ciudad. Los viajeros y los comerciantes le abrieron paso cuando vieron que se acercaba. Harapiento y encorvado, olía como si viviese en un albañal. Empujaba un pesado carro de maderas podridas y astilladas, cargado con un cuerpo envuelto en sábanas y atado con tiras de cuero.

Los guardias intercambiaron una mirada de duda cuando el sepulturero llegó a su altura.

—Hace demasiado calor para trabajar, ¿no es cierto, señores? —resopló el sepulturero, y los guardias retrocedieron de manera instintiva ante el hedor que despedía.

—Documentación —dijo uno.

—Claro, claro. —Una mano sucia le entregó un papel tan sucio que parecía que se hubiese utilizado para limpiar el suelo—. Tengo que enterrarlo enseguida, ya sabes —prosiguió el sepulturero, señalando el cuerpo—. No durará mucho en un día tan asfixiante como este.

Uno de los guardias se acercó lo suficiente para pinchar el cadáver con la punta de su espada.

—Cuidado —le dijo el sepulturero—. Hasta los muertos merecen un poco de respeto.

El soldado lo miró con suspicacia, clavó la espada en el cuerpo y la sacó. El

sepulturero se echó a reír.

—Debería limpiar su espada cuanto antes, señor, porque este murió de tifus.

El soldado dio un paso atrás, completamente pálido, y los demás siguieron su ejemplo. El que tenía la documentación del sepulturero se apresuró a entregársela y lo apremió para que siguiera su camino.

El sepulturero hizo un gesto de indiferencia, agarró las varas del carro y bajó la rampa hacia la llanura, silbando desentonadamente.

«Menudo montón de estúpidos», pensó Padishar.

* * *

Cuando llegó a los primeros árboles y la ciudad de Tyrsis había quedado reducida a una vaga silueta en la lejanía, Padishar dejó los varaes del carro en el suelo, retiró el cadáver que llevaba, cogió una barra de hierro y empezó a soltar las tablas del falso fondo. Con cuidado, ayudó a Morgan a salir de su escondite. La cara del joven de las tierras altas estaba pálida y demacrada, tanto por el calor y la incomodidad que había soportado como por los efectos de los combates librados el día anterior con los umbríos.

—Toma un poco de esto.

El jefe de los proscritos le ofreció una bota de cerveza, intentando disimular sus celos. Morgan aceptó el ofrecimiento en silencio. Sabía lo que Padishar estaba pensando... que él no se había sentido bien desde que habían salido del Foso.

Tras abandonar el carro y el cadáver, recorrieron la distancia que los separaba de un río. Se bañaron en sus aguas, se pusieron ropa limpia, que Padishar había ocultado también en el doble fondo del carro, y se sentaron a comer para recuperar fuerzas.

—Morgan, no te preocupes, podemos arreglar la hoja de la espada —dijo Padishar, rompiendo el incómodo y opresivo silencio—. Es posible que, después de todo, no haya perdido su magia.

—No hay nada que podamos arreglar —respondió el joven de las montañas en tono deprimido, haciendo un gesto negativo.

—¿No? Dime por qué. Explícame cómo actúa la espada —insistió Padishar, que no quería darse por vencido.

Morgan accedió a su petición no porque se sintiera inclinado a hacerlo, sino porque era la forma más rápida de acabar con el asunto. Le contó cómo había adquirido la magia la espada de Leah, que Allanon había sumergido la hoja en las aguas del Cuerno del Hades para que Rone Leah dispusiera de un arma con la que pudiera proteger a Brin Ohmsford.

—La magia estaba en la hoja, Padishar —concluyó el joven de las tierras altas, a punto de perder la calma—. Una vez rota, no es posible repararla. La magia se ha

perdido.

—Bueno, Morgan, si es así, se ha perdido por una buena causa —respondió Padishar, haciendo un gesto dubitativo—. Al fin y al cabo, ha salvado nuestras vidas, y eso no es un cambio desventajoso.

—No puedes comprenderlo —dijo el joven de las tierras altas, mirando al jefe de los proscritos con ojos obsesionados—. Había una especie de nexo entre nosotros, entre la espada y yo. ¡Cuando se rompió la espada, también yo quedé roto! No tiene sentido, lo sé... pero eso es lo que ha sucedido. Cuando se perdió la magia, también se perdió una parte de mí mismo.

—Pero eso es lo que sientes ahora, muchacho. ¿Quién puede decir que no cambiarás? —respondió Padishar, esbozando una sonrisa para darle ánimos—. Concédete un poco de tiempo. Deja que cicatrice la herida.

Morgan retiró a un lado su comida y dobló las rodillas contra el pecho. Se quedó callado, sin tener en cuenta que el jefe de los proscritos estaba esperando una respuesta, pensando que nada había salido bien desde que tomaron la decisión de bajar al Foso en busca de la espada de Shannara.

—Tenemos que marcharnos —dijo de repente Padishar, poniéndose de pie con gesto irritado—. Escucha, Morgan —prosiguió, al ver que el joven de las tierras altas seguía sentado—. Estamos con vida y con vida seguiremos, con la espada o sin ella, y no estoy dispuesto a permitir que sigas comportándote como un cachorro medio muerto...

—¡Ya está bien, Padishar! —exclamó Morgan, que se levantó de un salto—. ¡No necesito que te preocupes por mí! —Su voz sonó más áspera de lo que pretendía, pero no pudo contener la ira que sentía—. ¿Por qué no te preocupas por Par y Coll? —prosiguió, canalizando esa ira hacia un objetivo concreto—. ¿Tienes idea de lo que ha podido pasarles? ¿Por qué los hemos abandonado?

—Vaya —respondió el jefe de los proscritos con voz suave—. Así que es eso lo que te inquieta. Pues lo más probable es que los dos hermanos del valle estén mucho mejor que nosotros. A nosotros nos vieron salir del cuartelillo, ¿no lo recuerdas? La Federación no es tan estúpida como para no prestar atención al informe de lo sucedido y al hecho de que desaparecieran dos de sus supuestos soldados. Tendrán nuestra descripción. ¡Si no nos hubiésemos apresurado a salir de la ciudad, no lo habríamos conseguido nunca! Por otra parte —prosiguió Padishar, apuntando con un dedo al joven de las tierras altas—, nadie vio abandonar el lugar a los hermanos vallenses. Por tanto, nadie puede reconocer sus rostros. Además, Damson se habrá encargado de ellos. Y sabe cómo llevarlos al Saliente. Los sacaré de Tyrsis cuando tenga oportunidad de hacerlo.

—Tal vez sí, tal vez no —respondió Morgan, haciendo un gesto dubitativo—. También estabas seguro de poder recuperar la espada de Shannara, y mira lo que ha pasado.

—¡Todos nosotros sabíamos que corríamos algunos riesgos! —exclamó Padishar,

rojo de furia—. ¡Díselo a Stasas, Drutt y Ciba Blue!

Agarró a Morgan por la túnica atrayéndolo hacia sí.

—Los que han encontrado la muerte en aquel agujero eran mis amigos, no los tuyos, Morgan —respondió el jefe de los proscritos. Sus ojos se habían endurecido—. ¡No te atrevas a reprochármelo! Lo que hice, lo hice por todos nosotros. ¡Necesitamos la espada de Shannara! ¡Tarde o temprano tendremos que volver a buscarla, con umbríos o sin ellos! ¡Lo sabes tan bien como yo, Morgan! Y por lo que respecta a los hermanos vallenses, me gusta tan poco como a ti que se queden solos en la ciudad. ¡Pero no tenemos otra opción!

—¡Al menos, podrías haberlos buscado! —dijo Morgan, intentado liberarse en vano de la mano de Padishar.

—¿Dónde? ¿Dónde iba a hacerlo? ¿Crees que estarán escondidos en un lugar que conozcamos? ¡Damson no es tonta! ¡Los habrá llevado al agujero más profundo de Tyrsis! ¿Es que no entiendes lo que ha pasado? ¡Anoche descubrimos un secreto que la Federación había mantenido oculto con mucho empeño y esfuerzo! ¡No estoy seguro de que ninguno de nosotros comprenda aún todo su significado, pero basta con que la Federación lo crea! ¡Por eso nos quieren ver muertos!

Su voz era un rugido.

—Intuí lo que pasaba en cuanto te saqué de la ciudad —prosiguió el jefe de los proscritos, visiblemente irritado—. Las autoridades de la Federación ya no se contentan con doblar el número de los centinelas e incrementar las patrullas. ¡Han movilizado a toda la guarnición! A menos que esté muy equivocado, Morgan Leah, han decidido eliminarnos de una vez por todas, a ti, a mí y a todos los miembros del Movimiento que caigan en sus manos. Nos hemos convertido en una auténtica amenaza para ellos, porque, por primera vez, conocemos sus verdaderas intenciones... ¡y eso es algo que no estarán dispuestos a tolerar! ¡Saldrán decididos a cazarnos y será mejor para nosotros que no nos encuentren! En cualquier caso, no tengo que discutir mis decisiones contigo —añadió, tras soltar al joven de las tierras altas y respirar profundamente—. Yo soy el jefe. Peleaste bien en el Foso, y tal vez hayas pagado un precio por ello. Pero eso no te da derecho a cuestionar mis órdenes. Conozco mejor que tú el arte de conservar la vida, y debes tenerlo en cuenta.

Morgan estaba pálido de rabia, pero en ningún momento perdió el control. Sabía que la discusión era vana, que no cambiaría el pensamiento del proscrito. Además, en el fondo estaba convencido de que, como Padishar había dicho, hubieran corrido un gran riesgo si se hubiesen quedado en la ciudad para buscar a Par y a Coll.

—Solo quería cerciorarme de que estábamos de acuerdo en no olvidarnos de los hermanos del valle —respondió Morgan mientras se alejaba de Padishar y estiraba con cuidado sus arrugadas ropas.

—Ni por un momento —dijo Padishar Creel, con una rápida sonrisa—. No yo, al menos. Tú eres libre de hacer lo que quieras.

Dio media vuelta y se internó entre los árboles. Tras un momento de duda,

Morgan se tragó su enojo y su orgullo, y siguió al jefe de los proscritos.

* * *

Par se despertó a media tarde. Coll lo zarandeaba y un agradable olor a sopa caliente impregnaba la estancia donde se ocultaban. Parpadeó y se sentó muy despacio. Damson estaba de pie junto a una podadera, sirviendo caldo humeante en unos cuencos. Lo miró y esbozó una afable sonrisa. Sus cabellos rojizos destellaban bajo los rayos de sol que se filtraban por las grietas de los postigos, y Par experimentó un irresistible deseo de acariciarlos.

Damson les había llevado, además de la sopa, fruta, pan y leche, y el joven del valle pensó que era la comida más maravillosa que jamás hubiera probado. Se tomó todo lo que le sirvió la muchacha, igual que Coll. Los dos estaban más hambrientos de lo que suponían. Par se mostraba sorprendido por su largo sueño, pero se sentía mucho mejor; descansado y casi sin dolores. Hablaron poco durante la comida, y dedicó ese tiempo a reflexionar. Su mente había empezado a trabajar tan pronto como abrió los ojos, pasando del recuerdo de los horrores sufridos la noche anterior a los proyectos que le esperaban, para seleccionar las informaciones obtenidas, estudiar sus sospechas y planear las acciones más adecuadas.

El proceso produjo en él un estremecimiento interior de excitación. Se dio cuenta de que estaba empezando a saborear la perspectiva de intentar algo increíble.

Cuando terminaron de comer, los hermanos vallenses se lavaron en una palangana de agua fresca. Después, Damson les pidió que volvieran a sentarse y les habló de Padishar y Morgan.

—Pudieron huir —dijo la muchacha sin ningún preámbulo, reflejando una gran alegría y asombro en sus ojos—. No sé cómo lo lograron, pero así fue. He dedicado bastante tiempo a comprobar la noticia, porque quise asegurarme de su veracidad.

Par miró a su hermano con alivio y esbozó una alegre sonrisa.

—Conociendo a esos dos, no me extraña —dijo Coll, encogido de hombros.

—¿Dónde están ahora? —preguntó Par. El joven vallense se sentía como si le hubieran ampliado la vida. Padishar y Morgan habían conseguido huir. Esa era la mejor noticia que podía recibir.

—No lo sé —respondió Damson—. Han desaparecido. Están ocultos en algún lugar de la ciudad o la han abandonado y van camino del Saliente. Personalmente me inclino más por la segunda opción, porque han movilizado a todos los soldados de la Federación y solo hay una razón para adoptar tal medida. Irán en busca de Padishar y sus hombres a la Llave de Parma. Lo que hicisteis la noche pasada los ha enfurecido. Corren todo tipo de rumores: unos dicen que en el cuartelillo murieron docenas de soldados a manos de monstruos, y otros, que esos monstruos vagan sin control por

toda la ciudad. Sea lo que fuere, Padishar habrá sabido interpretar los signos con la misma claridad que yo, y habrá huido hacia el norte.

—¿Estás segura de que no han sido capturados por la Federación? —inquirió Par, todavía angustiado.

—Lo habría oído —contestó Damson, haciendo un gesto negativo. La joven estaba apoyada en la podadera y ellos, sentados en sus improvisados camastros. Echó la cabeza hacia atrás y la luz destacó las suaves facciones de su cara—. Ahora os toca a vosotros. Cuéntame lo que pasó, Par. ¿Qué encontrasteis en el Foso?

Con la ayuda de Coll, Par le relató lo sucedido, decidiendo que seguiría el consejo de Padishar y confiaría en Damson tanto como lo hacía el jefe de los proscritos. Así que no se limitó a contarle su encuentro con los umbríos, sino también la extraña actuación de la canción, los inesperados efectos de su magia e incluso sus sospechas de la influencia de las piedras élficas.

Cuando Par terminó su relato, los tres jóvenes se quedaron en silencio, intercambiando miradas de consternación, con diferentes pensamientos sobre lo que habían descubierto en el Foso y su significado.

—Parece que ahora tenemos más preguntas que responder que antes de entrar en el Foso —dijo Coll, rompiendo el silencio.

—Pero también sabemos más cosas, Coll —respondió Par, que se inclinó hacia delante impulsado por sus deseos de hablar—. Sabemos que existe alguna clase de acuerdo entre la Federación y los umbríos. La Federación debe saber lo que hay allí; es imposible que ignore la verdad. Hasta es posible que haya prestado su colaboración para la creación de esos monstruos. Por lo que hemos visto, pueden ser prisioneros arrojados al Foso, como Ciba Blue, y transformados en las horribles criaturas que hemos encontrado. ¿Por qué siguen allí si la Federación no los mantiene? Si pudieran, ¿no habrían escapado hace mucho tiempo?

—Como ya he dicho, ahora tenemos más preguntas que responder —insistió Coll, y adoptó una postura más cómoda.

—Hay algo que no encaja —dijo Damson, haciendo un gesto de incompreensión—. ¿Por qué la Federación ha de estar relacionada con los umbríos? Representan todo contra lo que la Federación lucha; magia, costumbres ancestrales, la subversión de la Tierra del Sur y sus gentes. ¿Por qué la Federación iba a acceder a semejante acuerdo? Carece de defensa contra la magia de los umbríos. ¿Cómo podría protegerse?

—Quizá no tenga que hacerlo —respondió Coll, interpretando sus miradas—. Tal vez la Federación haya dado a los umbríos algo más para alimentarse, algo que les estorbaba. Quizá fuera ese el final de los elfos. Y quizá sea eso lo que está sucediendo ahora a los enanos —concluyó, tras hacer una breve pausa.

Permanecieron en silencio mientras consideraban esa posibilidad. Hacía tiempo que Par no pensaba en los enanos; los horrores de Culhaven y sus habitantes habían quedado arrinconados en su memoria durante las últimas semanas. Recordó su

pobreza, su miseria, la opresión que soportaban. Estaban exterminando a los enanos por motivos ocultos. ¿Tendría razón Coll? ¿Estaría la Federación alimentando a los umbríos con enanos, como parte del pacto secreto entre ellos?

—¿Y qué obtendría a cambio la Federación? —preguntó Par, reflejando la tensión en su rostro.

—Poder —respondió Damson Rhee inmediatamente.

—Poder sobre las razas, sobre las Cuatro Tierras —puntualizó Coll, haciendo un gesto de asentimiento—. Tiene sentido, Par.

—Pero ¿qué sucederá cuando no quede nadie, excepto la Federación? —preguntó Par, haciendo un gesto negativo—. Deben de haber pensado en ello. ¿Qué puede impedir que también ellos sean devorados por los umbríos?

Ni Damson ni Coll respondieron a sus preguntas.

—Aún hay más —prosiguió Par en voz baja—. Algo importante.

El joven del valle se levantó, se dirigió al otro extremo de la habitación, se quedó un rato con la mirada perdida, hizo un gesto de preocupación y regresó a su sitio. Cuando se sentó de nuevo, la expresión de su rostro reflejaba una clara determinación.

—Ocupémonos ahora de los umbríos del Foso —dijo Par—. Al menos, ese es un misterio que podemos resolver.

Dobló las piernas ante sí y se inclinó hacia delante.

—Creo que están allí para impedir que nadie pueda apoderarse de la espada de Shannara —dijo, mirándolos fijamente.

—¡Par! —exclamó Coll, disponiéndose a exponer una objeción que su hermano interrumpió con un gesto.

—Piensa un momento, Coll. Padishar no estaba equivocado. ¿Por qué la Federación se tomó tantas molestias en la reconstrucción del Parque del Pueblo y el puente de Sendic? ¿Por qué ocultó los restos del parque y del puente antiguos en ese barranco, si no era para guardar la espada de cualquier mirada indiscreta? ¡Y hemos visto la cripta, Coll! ¡La hemos visto!

—La cripta, sí... pero no la espada —dijo Damson, mirando fijamente a los hermanos vallenses.

—Si la espada no está en el Foso, ¿por qué están los umbríos? —preguntó Par—. Supongo que no están allí para proteger una cripta vacía. No, la espada sigue estando allí, y lo ha estado durante los últimos trescientos años. Por eso Allanon me envió en su busca... sabía que estaba allí, esperando a que alguien la encuentre.

—Pues podría habernos ahorrado bastante tiempo y problemas si nos lo hubiera dicho —dijo Coll.

—No, Coll. Ese no es su modo de proceder. Recuerda la historia de la espada. Bremen se la entregó a Jerle Shannara hace mil años para que destruyera al Señor de los Brujos, y el rey elfo no pudo dominarla porque no estaba preparado para aceptar lo que se le pedía. Cuando quinientos años después Allanon eligió a Shea Ohmsford

para que llevara a cabo la misión, lo primero que hizo fue poner a prueba a Shea. Si no tenía la suficiente fuerza para empuñarla, si no lo deseaba con tanta intensidad como fuera capaz, si no estaba decidido incondicionalmente a alcanzar su objetivo, el poder de la espada de Shannara sería excesivo para él. Y supo que, si eso ocurría, el Señor de los Brujos volvería a huir.

—Y cree que sucederá lo mismo contigo —concluyó Damson. Miraba a Par como si lo viera por vez primera—. Si no eres bastante fuerte, si careces de la voluntad necesaria, la espada de Shannara no te servirá de nada y prevalecerán los umbríos.

Par respondió con un gesto de asentimiento apenas perceptible.

—Pero ¿por qué los umbríos, o la Federación, han mantenido enterrada la espada en el Foso durante todos esos años? —preguntó Coll, irritado por estar hablando sobre ello después de lo que había ocurrido la noche anterior—. ¿Por qué no la han retirado o, mejor aún, por qué no la han destruido?

—No creo que la Federación ni los umbríos puedan destruirla, siendo un talismán con tanto poder —respondió Par, con expresión pensativa—. Dudo incluso que los umbríos se atrevan a tocarla. El Señor de los Brujos no pudo hacerlo. Lo que no comprendo es el motivo que haya podido tener la Federación para no esconderla en otro lugar.

—En cualquier caso, eso carece de importancia —prosiguió Par, cruzando las manos con fuerza—. El hecho es que la espada continúa allí, en su cripta. —Hizo una breve pausa y levantó los ojos—. Está esperándonos.

—No es posible que hables en serio, Par —consiguió responder unos segundos después Coll, que se había quedado mudo y boquiabierto al comprender lo que su hermano sugería, sin disimular su asombro—. ¿Después de lo que sucedió la noche pasada? Después de ver... —Intentó contenerse, pero no lo consiguió—. No durarías ni dos minutos.

—Estás equivocado —respondió Par, reflejando en sus ojos su inquebrantable determinación—. Sé que sobreviviré. Me lo dijo Allanon.

—¡Allanon! —exclamó Coll, acentuando su expresión de asombro—. ¿De qué estás hablando?

—Allanon dijo que Walker, Wren y yo poseíamos las habilidades necesarias para llevar a cabo las misiones que nos había encomendado. ¿Lo recuerdas? En mi caso, creo que se refería a la canción. En mi opinión, el druida dio a entender que su magia me protegería.

—¡Pues hasta el momento no lo ha hecho muy bien! —respondió Coll, indignado.

—Porque hasta este momento no la he comprendido.

—¿Estás seguro? ¿Estás seguro, Par? ¡Por favor, sé un poco realista!

—¿Qué otra cosa podemos hacer? —inquirió Par, sin perder la serenidad—. ¿Huir al Saliente? ¿A nuestra casa? ¿Pasar el resto de nuestros días de acá para allá? —Ahora le temblaban las manos—. Coll, no tengo elección. Debo intentarlo.

La angustia se reflejó en el rostro de Coll. Apretó los labios como si quisiera impedir que salieran las palabras de su boca. Se volvió hacia Damson, pero la muchacha tenía su mirada fija en Par y no la desvió de él.

—Pretendes regresar al Foso, confiando en una vaga promesa. Serás capaz de arriesgar tu vida con la esperanza puesta en la canción, en una magia que ya te ha fallado en tres ocasiones contra los umbríos. ¡Y todo porque crees que has captado un nuevo sentido en las palabras de un hombre muerto! —Expulsó lentamente el aire de sus pulmones—. ¡No puedo creer que vayas a hacer algo tan... estúpido! Y siento no encontrar otro calificativo peor.

—Coll...

—¡No, no me digas ni una palabra más! Te he acompañado a todas partes, te he seguido, te he ayudado, he hecho todo lo que podía por tu seguridad... y ahora planeas tu destrucción. ¡Sacrificar tu vida! ¿No comprendes lo que vas a hacer, Par? ¡Vas a matarte! ¡Y todavía piensas que posees una habilidad especial para distinguir lo que está bien de lo que está mal! ¡Eres un obseso! ¿Es que careces por completo de sentido común?

Coll cerró los puños. Su cara estaba rígida y hacía verdaderos esfuerzos por no gritar. Par nunca lo había visto tan enfadado.

—Cualquiera reflexionaría sobre el asunto, y luego decidiría buscar ayuda —prosiguió—. Pero eso no entra en tus planes, ¿verdad? Puedo leerlo en tus ojos. Te falta tiempo o paciencia. Ya has tomado una decisión. Te olvidas de Padishar y Morgan, y del resto del mundo, excepto de ti mismo. ¡Pretendes apoderarte de esa espada! E incluso serás capaz de renunciar a la vida para conseguirla.

—No estoy tan ciego...

—¡Háblale, Damson! —lo interrumpió Coll, desesperado—. Sé que lo quieres. ¡Dile que es un estúpido!

—No, no lo haré —respondió Damson Rhee, haciendo un gesto negativo—. No tengo ningún derecho a hacerlo —concluyó, al ver la expresión de estupor reflejada en el rostro de Coll.

El joven vallense no insistió. Sus toscas facciones se relajaron con la derrota. Los tres jóvenes permanecieron callados, dejando que el silencio se extendiera por la habitación. La luz había cambiado a causa del desplazamiento del sol hacia el oeste, y las sombras empezaban a alargarse. De las calles inmediatas les llegaron voces dispersas, que pronto dejaron de escuchar. Par sentía un dolor profundo, provocado por la seguridad de que su hermano se sentía traicionado. Pero era irremediable. Solo podía hacer una cosa para cambiar la situación, y no estaba dispuesto a hacerla: renunciar al proyecto.

—Tengo un plan —dijo, y esperó hasta que Coll levantó los ojos—. Sé lo que piensas, pero te aseguro que solo correré los riesgos necesarios.

Coll le dirigió una mirada incrédula, pero permaneció en silencio.

—La cripta está cerca de la base del acantilado, justo bajo los muros del viejo

palacio. Si pudiese entrar en el barranco por el lado contrario, tendría que recorrer muy poca distancia, y una vez que tuviera la espada en mis manos, estaría a salvo de los umbríos.

Este plan admitía muchas objeciones, pero ni Coll ni Damson opusieron ninguna. Par sintió que el sudor corría por su frente. Estaba aterrado por la previsible reacción de su hermano a lo que tenía que decir.

—Podría llegar al viejo palacio por la pasarela que parte del cuartelillo —prosiguió y tragó saliva.

—¿Vas a ir al cuartelillo por tercera vez? —preguntó Coll, levantando las manos, exasperado.

—Todo lo que necesito es un truco, un modo de distraer...

—Pero ¿es que has perdido el juicio por completo? ¡Ningún truco te servirá! ¡Ahora están prevenidos! Te descubrirán a los dos segundos...

—¡Coll! —exclamó Par, irritado.

—Tiene razón —dijo Damson Rhee con voz serena.

Par se volvió impulsivamente hacia ella, pero se contuvo. Volvió a encararse con su hermano, que había adoptado una actitud desafiante.

—Entonces, tendré que buscar otro camino —admitió.

—La verdad es que no existe otro —respondió Coll, reflejando cansancio en su rostro.

—Es posible que lo haya —dijo Damson en voz baja y apremiante—. Cuando los ejércitos del Señor de los Brujos sitiaron Tyrsis en la época de Balinor Buckhannah, la ciudad fue traicionada en dos ocasiones desde su interior: la primera, por su entrada principal, y la segunda, por los pasadizos subterráneos que se extienden bajo la ciudad y los acantilados hasta los sótanos del viejo palacio. Es posible que aún estén practicables y permitan el acceso al barranco.

Coll desvió su mirada. Su expresión revelaba el disgusto que sentía. Esperaba algo muy distinto de Damson.

—Todo eso sucedió hace más de cuatrocientos años —respondió Par, tras un breve instante de duda, eligiendo cuidadosamente las palabras—. Había olvidado por completo la existencia de esos pasadizos, aunque los he mencionado con frecuencia en mis historias. —Volvió a dudar—. ¿Sabes dónde están, por dónde se puede acceder a ellos y si es posible atravesarlos?

—Conozco a alguien que podría informarte, si accede a hablar contigo —respondió Damson haciendo un gesto negativo, desafiando la mirada de Coll y con una expresión tan dulce que sorprendió a Par—. Todos tenemos derecho a elegir.

Los ojos de Coll reflejaban su preocupación. Par observó a su hermano, dudando sobre si dirigirse a él o a la muchacha.

—¿Me llevarás ante esa persona... esta noche? —preguntó, volviéndose hacia Damson.

La muchacha se levantó y los hermanos vallenses la imitaron. Parecía muy

pequeña entre los dos, casi débil, pero Par sabía que esa impresión no se correspondía con la realidad. Se quedó pensativa antes de responder.

—Eso depende —respondió después de un breve instante de reflexión—. Antes has de prometerme que cuando vuelvas al Foso, por los medios que sea, nos llevarás contigo a Coll y a mí.

Se produjo un silencio provocado por la estupefacción. Habría sido difícil decir cuál de los dos hermanos estaba más sorprendido.

—Me temo que no te dejaré posibilidad de elección —prosiguió Damson, dirigiéndose a Par, después de haber concedido a los dos hermanos un momento para que pudieran recuperarse—. No puedo. Te sentirás impulsado a actuar sin nosotros, para protegernos... y entonces cometerías un terrible error. Nos necesitas. —Se volvió hacia Coll—. Y nosotros, Coll, necesitamos ir. ¿No lo comprendes? La tiranía de la Federación, la malignidad de los umbríos, la enfermedad que infecta las Tierras persistirán mientras no haya alguien que les ponga fin. Y tal vez ese alguien sea Par. Pero no podemos permitir que lo intente él solo. Tenemos que hacer todo lo posible para ayudarlo, porque esta también es nuestra lucha. No podemos sentarnos a esperar a que alguien se muestre dispuesto a prestarnos su apoyo. Nadie lo hará. Si he aprendido algo en esta vida, es eso.

Esperó, paseando su mirada de Coll a Par. Coll parecía confuso, como si pensara que existía una alternativa, pero que no podía encontrarla. Dirigió su mirada hacia Par, pero la desvió enseguida. Su hermano tenía los ojos fijos en el suelo y su cara era inexpresiva.

—Ya es bastante malo que tenga que ir yo —dijo Par, rompiendo el silencio.

—Peor que malo —añadió Coll.

—¿Y si soy el único que puede ir? —prosiguió Par, sin prestar atención a su hermano y fijando sus ojos en Damson.

—Eso no sucederá. Tú lo sabes —respondió la muchacha, acercándose a él, cogiéndole las manos y presionándolas—. ¿De acuerdo? —preguntó, y se inclinó para besarle suavemente.

Par respiró profundamente, y se sintió invadido por una aterradora sensación de fatalidad. Coll y Damson Rhee. Arriesgaba sus vidas por conseguir la espada. Su obstinación iba más allá de lo razonable, rayaba en la temeridad; se dejaba arrastrar por sus propias necesidades y ambiciones. Había suficientes motivos para creer que su insistencia los llevaría inexorablemente a la muerte.

«Renuncia», se aconsejó a sí mismo. «Abandona».

Sin embargo, sabía que no lo haría.

—De acuerdo —dijo por fin.

—De acuerdo —repitió Coll en voz baja poco después, levantando los ojos y haciendo un gesto de resignación.

Damson extendió la mano y acarició la mejilla de Par, luego se acercó a Coll y lo abrazó. Par se sorprendió cuando vio que su hermano correspondía al abrazo.

Padishar Creel y Morgan Leah llegaron al refugio de los proscritos, completamente exhaustos, al atardecer del día siguiente.

Tan pronto como salieron de Tyrsis, apresuraron el paso y solo se detuvieron para comer. La noche anterior habían dormido menos de seis horas. Pero habrían llegado mucho antes y en mejores condiciones si Padishar no se hubiera empeñado en borrar cualquier rastro de sus pasos. Cuando entraron en la Llave de Parma volvía sobre sus pasos continuamente. Hicieron el camino atravesando barrancos, lechos de ríos y afloramientos rocosos sin que el jefe de los proscritos dejara de volver la vista atrás como un halcón.

A Morgan le pareció que Padishar Creel era demasiado cauteloso.

—Padishar, estamos perdiendo el tiempo —dijo el joven de las montañas cuando se agotó su paciencia—. ¿Quién crees que nos persigue?

—Nadie que podamos ver, muchacho —fue su enigmática respuesta.

La tarde era bochornosa, el aire pesado y quieto, y el cielo estaba cubierto por la niebla donde la roja bola del sol se apoyaba en el horizonte. Mientras eran izados en la cesta hacia la cumbre del Saliente, contemplaron cómo las sombras de la noche empezaban a extenderse sobre las zonas iluminadas de los bosques que se extendían a sus pies, convirtiéndolos en pozos negros. Los insectos zumbaban insistentemente a su alrededor, atraídos por el sudor de sus cuerpos. El calor del día cubría la tierra como una manta sofocante. Padishar miraba al sur, hacia la ciudad de Tyrsis, como si quisiera descubrir a su desconocido perseguidor. Morgan lo imitó, pero no consiguió ver nada.

—No logro descubrirlo, pero siento su llegada —dijo el jefe de los proscritos, haciendo un gesto de impotencia.

Padishar no dio más explicaciones, y el joven de las tierras altas tampoco se las pidió. Estaba cansado y hambriento, y sabía que ninguno de los dos podía hacer nada para cambiar los planes de la invisible criatura, fuera quien fuese. Su viaje había terminado, habían borrado a conciencia sus huellas, y no conseguiría nada con preocuparse. Oía las protestas de su estómago y pensó en la cena que les estaría esperando. La comida de aquel día había sido bastante escasa: solo unas cuantas raíces, pan y queso duros y un poco de agua.

—¡Comprendo que los proscritos deben acostumbrarse a subsistir con casi nada, pero creo que podías haber traído más víveres! —dijo a modo de queja—. ¡Esta comida es patética!

—Claro, muchacho —respondió el jefe de los proscritos—. ¡Y la próxima vez tú serás el sepulturero y yo el cadáver!

Para entonces, ya habían superado sus diferencias; quizá no las habían olvidado por completo, pero sí reducido a su verdadera dimensión. Padishar dejó de lado su enfrentamiento cinco minutos después de que terminara y, al acabarse el día, Morgan dedujo que las cosas habían vuelto a la normalidad. Sentía un gran respeto involuntario por aquel hombre, por su audacia y su capacidad de decisión, porque le recordaban a las suyas propias, por la confianza en sí mismo de la que hacía gala y por la forma de ganarse las voluntades de otros. Padishar era un jefe nato. Poseía una fuerza innegable que impulsaba a seguirlo. Pero Padishar sabía bien que un jefe debe dar algo a sus seguidores. Consciente del papel que Morgan desempeñaba en el viaje al norte de los hermanos vallenses, había respetado la legítima preocupación que sentía el joven montañés por su seguridad. Varias veces después de su discusión le había asegurado que Par y Coll Ohmsford no serían abandonados a su suerte, que se cercioraría de que estaban a salvo. Era un individuo complejo y carismático, y a Morgan le agradaba, a pesar de su creciente sospecha de que Padishar Creel no era capaz de cumplir todas sus promesas. En todas las paradas que realizaron durante el ascenso, los proscritos estrecharon la mano de su jefe.

«Si ellos confían tanto en Padishar», se preguntó el joven de las tierras altas, «¿por qué habría yo de dudar?».

Pero sabía que esa fe era tan efímera como la magia. No pudo evitar pensar, durante un momento, en la espada rota que llevaba. La fe y la magia se habían fundido con el hierro, y luego se habían hecho pedazos. Respiró profundamente. El dolor de su pérdida seguía atormentándolo, profundo e insidioso a pesar de su firme propósito de olvidarlo, de seguir el consejo de Padishar y dar tiempo a la herida para que cicatrizara. Nada podía cambiar lo que había sucedido, se había repetido a sí mismo; debía seguir adelante con su vida. Había pasado muchos años sin utilizar la magia de la espada... sin conocer siquiera su existencia. No estaba peor ahora que entonces. Era el mismo hombre.

Sin embargo, a pesar de todos esos razonamientos, el dolor persistía. Era un vacío que corroía todos sus huesos desde dentro, dejándolo fragmentado y en busca de las partes que lo completarían de nuevo. Se podía decir que no había cambiado, que seguía siendo el mismo, pero las sensaciones que había experimentado al dominar la magia habían dejado en él su huella como si lo hubiesen marcado con un hierro al rojo vivo. Quedaban los recuerdos, las imágenes de sus luchas, las impresiones causadas por el poder que había sido capaz de convocar, la fuerza de la que había disfrutado. Y lo había perdido todo. Era una sensación similar a la que produce la pérdida de un padre, de un hermano menor o de un hijo; nunca podría olvidarla por completo.

Contempló la Llave de Parma desde lo alto y se sintió empequeñecido.

Cuando llegaron al Saliente, Chandos los estaba esperando. El lugarteniente tuerto de Padishar parecía más alto y moreno de lo que Morgan recordaba. Su cara barbuda, cubierta de arrugas y cicatrices, y su cuerpo envuelto en la gran capa

contribuían a aumentar su tamaño. Tomó la mano de Padishar y la estrechó con fuerza.

—¿Has tenido una buena caza?

—Peligrosa sería un calificativo más adecuado —se limitó a contestar el jefe de los proscritos.

—¿Y los otros? —preguntó Chandos, con la mirada puesta en Morgan Leah.

—Salvo los hermanos vallenses, todos están muertos. ¿Dónde está Hirehone? ¿Sigue aquí o ha ido a Varfleet?

Morgan lo miró con extrañeza. Padishar seguía intentado descubrir al traidor. No había vuelto a mencionar al capataz de la forja de Kiltan desde que él le dijera que lo había visto en Tyrsis.

—¿Hirehone? —Chandos pareció sorprendido—. Se fue detrás de vosotros, el mismo día. Supongo que volvió a Varfleet, siguiendo tus instrucciones. No está aquí. —Hizo una breve pausa—. Pero tienes visita.

—¿Visita?

—Troles, Padishar.

—¿Qué has dicho? ¿Troles? —preguntó el jefe de los proscritos con extrañeza—. Bien, bien. ¿Y cómo consiguieron llegar hasta aquí?

Padishar y Chandos, uno al lado de otro, se dirigieron hacia las hogueras, seguidos de Morgan.

—No nos lo han dicho —respondió Chandos—. Salieron de los bosques hace tres días, con la mayor naturalidad del mundo, como si llegar hasta aquí no representara para ellos ningún problema. Llegaron sin guía, y nos localizaron cuando estábamos acampados con nuestras banderas desplegadas al viento —añadió, y después emitió un gruñido—. Eran veinte, todos ellos corpulentos. Vienen de las montañas de Charnal. Kelktics, se llaman a sí mismos. Se quedaron en las inmediaciones hasta que me acerqué a hablar con ellos. Entonces me dijeron que querían hablar contigo. Cuando les dije que no estabas, respondieron que esperarían tu regreso.

—Así que estaban decididos a verme.

—Como una roca suelta a llegar al suelo. Por tanto, los traje en cuanto accedieron a entregar sus armas. No me pareció bien dejarlos en la Llave de Parma después del largo camino que habían recorrido para verte... y después de haber hecho un buen trato. —Esbozó una sonrisa—. Además, supuse que trescientos de los nuestros no tendrían ningún problema para manejar a un puñado de troles.

—La cautela nunca sobra, viejo amigo —respondió Padishar, soltando una carcajada—. Hace falta algo más que un empujón para derribar a un troll. ¿Dónde están?

—Por allí, en la hoguera de la izquierda.

Morgan y Padishar miraron a través de la penumbra. Un grupo de siluetas sin rostro se había puesto de pie al ver que se acercaban. Parecían enormes. Sin pensarlo, Morgan echó mano a su espada, dispuesto a desenvainarla, pero recordó que solo le

quedaba la empuñadura.

—El jefe se llama Axhind —concluyó Chandos, bajando la voz—. Es el matureno.

Padishar avanzó a grandes zancadas hacia los troles. Había olvidado el cansancio y hacía alarde de una gran arrogancia. Un trol se separó de los demás para recibirlo.

Morgan Leah nunca había visto a un troll. Desde luego, había escuchado historias sobre ellos; todo el mundo las contaba. Mucho antes de que naciera Morgan, los troles habían bajado de la Tierra del Norte, donde habitaban, para traficar con las demás razas. Durante un tiempo, algunos de ellos incluso vivieron entre los hombres de Callahorn. Pero la llegada de la Federación y su cruzada por la conquista de la Tierra del Sur acabó con sus actividades comerciales. Los troles ya no eran bien recibidos más abajo de las llanuras de Streleheim, y los pocos que habían viajado al sur se vieron obligados a regresar al norte inmediatamente. Retraídos por naturaleza, no fue difícil mantenerlos recluidos en sus fortalezas de las montañas. Desde entonces no habían salido de ellas. Al menos, Morgan nunca había oído que lo hubiesen hecho. Encontrar aquel grupo desplazado tan al sur era muy extraño.

Morgan intentó no mirar a los visitantes, pero pudo más su curiosidad. Los troles eran musculosos hasta lo grotesco, muy corpulentos, con la piel casi marrón y rugosa como la corteza de los árboles. Sus caras eran lisas, casi sin facciones. Morgan no les vio orejas por ninguna parte. Vestían de cuero, con sólidas corazas, y sus grandes capas yacían esparcidas alrededor de la hoguera como manchas aisladas.

—Soy el barón Creel, jefe del Movimiento —se presentó Padishar con voz grave.

El trol que se hallaba ante él pronunció unas palabras incomprensibles. Morgan solo consiguió entender el nombre de Axhind. Los dos se estrecharon las manos y Axhind pidió al proscrito que se sentara con él junto al fuego. Los troles se retiraron cuando Padishar y los suyos entraron en el círculo de luz. Morgan no pudo evitar sentir recelo al verse rodeado por tan enormes criaturas. Nunca se había sentido tan indefenso. Chandos, al parecer tranquilo, se sentó detrás de Padishar, a menos de un metro de distancia. Y él, al lado del lugarteniente.

Entonces fue cuando se inició la conversación, pero el joven montañés no consiguió entender ni una palabra. Hablaban en la lengua gutural de los troles, que él desconocía. Padishar se expresaba con facilidad, aunque en alguna ocasión se vio obligado a detenerse para encontrar las palabras adecuadas. En su mayor parte sonaban igual que gruñidos, algunas como tartamudeos, y mucho de lo que se decía era enfatizado por marcados gestos.

—¿Cómo habla Padishar su lengua? —preguntó Morgan a Chandos en voz baja.

—Nosotros, los que vivimos en Callahorn, sabemos más cosas que vosotros, los habitantes de las montañas —respondió el proscrito sin ni siquiera mirarlo.

Morgan sintió que la sensación de hambre se intensificaba por momentos, pero se esforzó en apartarla de su mente, y se mantuvo erguido y tranquilo a pesar del cansancio que lo invadía. La charla prosiguió, y Padishar parecía sentirse satisfecho

con su desarrollo.

—Quieren unirse a nosotros —dijo en voz baja Chandos un rato después al joven montañés, a modo de recompensa por su paciencia. Después, volvió a prestar atención a la conversación—. ¡Pero no solo los que están aquí... sino veintiuna tribus! ¡Cinco mil hombres! ¡Quieren concertar una alianza!

—¿Con nosotros? ¿Por qué? —preguntó Morgan, contagiándose de la excitación del proscrito.

Chandos, en lugar de responder, le indicó con un gesto que esperara.

—Tiempo atrás, el Movimiento se había puesto en contacto con ellos, solicitando su ayuda —le explicó después el proscrito—. Pero entonces les pareció que el Movimiento estaba demasiado dividido y, en consecuencia, que era poco fiable. Ahora han cambiado de idea. Dicen que el hecho de que Padishar haya conseguido integrar las distintas facciones les ha impulsado a reconsiderar la cuestión. Buscan la forma de frenar el avance de la Federación en sus territorios. —Su voz ronca rebosaba de satisfacción—. ¡Este podría ser un buen golpe de suerte!

Axhind estaba pasando copas que había llenado con el contenido de una gran jarra. Morgan tomó la que le ofreció el trol y la examinó. El líquido era tan negro como la pez. Esperó a que brindaran los jefes y luego bebió. Hizo cuanto pudo por contener las náuseas. Fuera lo que fuese, aquello sabía a bilis.

—Leche de trol —le dijo Chandos, que había captado la expresión del joven de las montañas, esbozando una leve sonrisa.

Todos apuraron las copas, incluso Morgan, a quien le calmó el apetito de inmediato. Entonces se levantaron, Axhind y Padishar volvieron a estrecharse las manos, y los habitantes de la Tierra del Norte se marcharon.

—¿Lo habéis oído? —preguntó Padishar en voz baja, mientras caminaban en la penumbra y las estrellas empezaban a parpadear sobre sus cabezas—. ¿Lo habéis oído todo?

—Hasta la última palabra —respondió Chandos, y Morgan hizo un gesto de asentimiento.

—¡Cinco mil hombres! ¡Con una fuerza como esa podríamos enfrentarnos a la Federación! —Padishar estaba entusiasmado—. ¡El Movimiento podría reunir dos mil, e incluso más contando con los enanos! ¡Es fantástico!

Golpeó con el puño la palma de la otra mano, y después extendió los brazos para dar unas alegres palmadas en la espalda de Chandos y Morgan.

—Ya era hora de que nos sucediera algo así. ¿No estáis de acuerdo, muchachos? —concluyó Padishar.

Morgan se separó de Padishar y Chandos, y cenó solo en una mesa próxima al fuego de la cocina, con el apetito recuperado gracias a los olores que desprendían las ollas. El jefe de los proscritos y su lugarteniente se habían retirado para hablar de lo ocurrido en ausencia del primero, pero el montañés pensó que no era necesaria su presencia en la reunión. Buscó con la mirada a Steff y a Teel, pero no vio a ninguno

de los dos. Casi había concluido la cena cuando apareció Steff y se sentó a su lado.

—¿Cómo han ido las cosas? —le preguntó el enano a modo de saludo, con sus nudosas manos rodeando una jarra de cerveza que había llevado consigo. Daba la sensación de que se sentía muy desanimado.

Morgan le refirió en pocas palabras los sucesos de la semana anterior.

—Habéis tenido suerte al salir con vida —dijo Steff, cuando el montañés terminó su narración, acariciándose la barba. Su rostro poblado de cicatrices revelaba un profundo agotamiento, destacando en sus líneas la mezcla de la penumbra con las sombras—. Aquí se han producido acontecimientos raros en vuestra ausencia.

Morgan retiró el plato y levantó los ojos hacia el enano, expectante.

—Teel se puso enferma el mismo día que os marchasteis —prosiguió Steff, aclarándose la garganta y mirando a su alrededor—. La encontraron desmayada junto al farallón hacia el mediodía. Aún respiraba, pero no pude conseguir que recuperara la conciencia. La llevé al interior, la envolví en mantas y la he cuidado y velado casi toda la semana. Pero no conseguí nada. Allí seguía, apenas con un hilo de vida. —Hizo una pausa y respiró profundamente—. Creo que la envenenaron. Al menos, yo creo que así ha sido —prosiguió, haciendo un gesto de contrariedad—. Por fin despertó, presa de las náuseas y tan débil que casi no podía moverse. La alimenté con caldo para que recuperase las fuerzas, y ya lo ha conseguido. No sabe lo que pudo suceder. Dice que lo último que recuerda es que estaba preguntando algo acerca de Hirehone...

Morgan realizó una repentina y profunda inspiración que sobresaltó e interrumpió al enano.

—¿Tiene algún significado eso para ti, Morgan? —preguntó Steff.

—Es posible —respondió el joven de las tierras altas, haciendo un gesto de asentimiento—. Creí haber visto a Hirehone en Tyrsis, pero como no debía estar allí, pensé que me había equivocado. Ahora no estoy tan seguro. Alguien nos delató a la Federación, y pudo haber sido Hirehone.

—No parece lógico —respondió Steff, haciendo un gesto negativo—. ¿Por qué Hirehone? Pudo habernos entregado a la Federación en Varfleet. ¿Por qué tenía que esperar tanto tiempo para hacerlo? —Se removió, inquieto, en su asiento—. Además, es un hombre que goza de la total confianza de Padishar.

—Quizá —respondió Morgan en voz baja, saboreando su cerveza—. Pero el jefe de los proscritos preguntó por él en cuanto llegamos.

—Hay algo más —prosiguió Steff, tras reflexionar un momento sobre lo que acababa de decirle Morgan y decidir que no era muy significativo—. Hace dos días, la patrulla nocturna encontró degollados a todos los centinelas de los ascensores, y ningún rastro de sus autores. —Miró a lo lejos, y sus ojos se oscurecieron—. Todas las cestas estaban arriba.

—Así que lo hizo alguien de aquí —dedujo Morgan.

—No puedo afirmarlo, pero eso es lo que parece. Sin embargo, no encuentro la

razón. Pero si fueron gentes de fuera, ¿cómo subieron y después bajaron dejando las cestas arriba?

Morgan escrutó las sombras, reflexionando, pero no encontró ninguna respuesta a las preguntas.

—He pensado que debías saberlo —prosiguió el enano, poniéndose de pie—. Espero que Padishar sea informado por los suyos. —Apuró el contenido de su jarra—. Tengo que volver con Teel. Después de todo lo que ha sucedido, no me gusta dejarla sola. Aún está muy débil. Yo tampoco me siento bien —concluyó, frotándose la frente y esbozando una sonrisa.

—Entonces, vete —dijo Morgan, levantándose tras él—. Os haré una visita por la mañana. Ahora me caigo de sueño. Apenas he dormido durante los dos últimos días. —De repente, se detuvo—. ¿Sabes algo de los troles?

—¿Que si sé algo? —inquirió Steff, que esbozó una débil sonrisa—. Ya he hablado con ellos. Axhind y yo nos entendemos bien.

—Bueno, bueno, otro misterio. Ya me lo explicarás mañana, ¿verdad?

—Mañana, sí —respondió Steff, empezando a retirarse—. Mejor será que te cuides, muchacho —añadió, cuando casi se había perdido de vista. Morgan Leah ya había tomado una decisión sobre el tema.

* * *

Durmió bien aquella noche y cuando despertó estaba descansado. A media mañana, el sol había rebasado la línea de los árboles y empezaba a caldear el día. En el campamento de los proscritos había más actividad de la habitual, y Morgan se sintió ansioso por averiguar lo que ocurría. Lo primero que se le ocurrió pensar fue que los hermanos del valle habían regresado; pero si hubiera ocurrido tal cosa lo habrían despertado. Por tanto, desechó esa posibilidad. Se vistió y calzó, enrolló las mantas, se lavó, desayunó y se dirigió al borde del farallón. No tardó en ver a Padishar, vestido con sus ropas escarlata, dando órdenes a gritos a sus hombres.

—Espero que no te haya despertado el ruido —dijo a modo de saludo el jefe de los proscritos cuando el joven de las tierras altas llegó a su lado. Volvió a dar instrucciones al grupo que estaba junto a los ascensores antes de proseguir en un tono normal—. No me gustaría pensar que te hemos molestado.

Morgan empezó a decir algo entre dientes, pero se interrumpió en cuanto vio el gesto burlón de Padishar.

—Venga, muchacho, que solo era una broma —le dijo el jefe de los proscritos—. No empecemos mal el día. Hay mucho que hacer. He enviado exploradores por toda la Llave de Parma para convencerme de que los pelos de mi nuca se erizaron sin motivo, y mensajeros al sur con la misión de traer a Hirehone. Ya veremos. Mientras

tanto, los troles, Axhind y los suyos, esperan. Todos están emparentados, según me han dicho. Lo de ayer no fue más que un tanteo. Hoy hablaremos del cómo y del porqué de todo esto. ¿Quieres acompañarme?

Morgan lo acompañó. Se ajustó la vaina que guardaba los restos de la espada de Leah y que ahora llevaba solo por costumbre, y siguió a Padishar por la ladera y después en dirección al campamento donde se habían establecido los troles. Mientras caminaban, preguntó si tenía alguna noticia de los hermanos del valle, pero el jefe de los proscritos no tenía ninguna. Buscó con la mirada a Steff y a Teel, pero no los vio, y decidió que más tarde les haría una visita.

Cuando llegaron al campamento de los troles, Axhind recibió con un abrazo al jefe de los proscritos. Después saludó al joven de las tierras altas con una solemne inclinación de cabeza y un férreo apretón de manos, y les pidió que tomaran asiento. Unos instantes después llegó Chandos con varios acompañantes, hombres a los que Morgan no conocía, y empezó la reunión.

Duró el resto de la mañana y gran parte de la tarde. De nuevo, Morgan fue incapaz de entender lo que hablaban, y Chandos estaba demasiado inmerso en su participación para preocuparse por él. Escuchó con atención, estudiando los gestos y movimientos de los rudos troles, intentando leer los pensamientos que ocultaban sus inexpresivos rostros, pero sin ningún éxito. Parecían enormes tocones que hubiesen cobrado vida, provistos de una rudimentaria forma humana que les permitía moverse. La mayoría de ellos se limitaba a observar. Quienes hablaban eran parcos en palabras, incluido Axhind. Había una gran economía de esfuerzos en todo lo que hacían. Morgan se preguntó cómo se comportarían en combate, llegando a la conclusión de que ya lo sabía.

El sol se desplazaba por el cielo, y su viva luminosidad empezó a disminuir de nuevo, borrando las sombras para después alargarlas. Llenó el día de calor, para dejarlo convertido en un bochorno sofocante que impulsaba a los reunidos a cambiar constantemente de postura en un intento inútil de encontrar alivio. Hicieron una breve interrupción para la comida, un intercambio de cerveza y de vino, e incluso una breve alusión a que el joven de las tierras altas estaba relacionado con el amplio apoyo del que disfrutaba el Movimiento. Morgan guardó un prudente silencio. Sabía que estaba allí para respaldar una postura, no para discutirla.

A media tarde llegó un mensajero, corriendo y con una expresión de terror dibujada en su rostro. Padishar lo vio enseguida, frunció el ceño por la inoportunidad de la interrupción y pidió excusas por ello. Escuchó con atención lo que tenía que decirle, vaciló durante un momento, dirigió una mirada al joven de las tierras altas y le hizo una seña para que se acercase. Morgan se puso en pie de un salto.

Padishar despidió al mensajero cuando vio que Morgan se acercaba.

—Han encontrado a Hirehone en el extremo occidental de la Llave de Parma, cerca del camino que seguimos al regreso —dijo en voz baja y serena—. Estaba muerto. Según palabras de la patrulla que lo ha descubierto, parecía que lo hubiesen

vuelto del revés —concluyó el jefe de los proscritos, con un gesto de repulsión.

—¿Qué está pasando, Padishar? —preguntó Morgan en voz baja, sintiendo un nudo en la garganta ante aquella repulsiva imagen.

—Dímelo tú cuando lo descubras, muchacho, porque todavía hay noticias peores. Los pelos de mi nuca nunca mienten. A menos de tres kilómetros se encuentra un ejército de la Federación, la guarnición de Tyrsis o yo no soy el hijo favorito de mi madre. —Su expresión dura se suavizó por la ironía—. No me cabe la menor duda de que vienen a por nosotros. No sé cómo lo han conseguido, pero han descubierto dónde estamos... y supongo que los dos tenemos una ligera idea de cómo ha podido ocurrir, ¿no es cierto?

—¿Quién? —preguntó Morgan, aturdido, pronunciando con dificultad la palabra.

—¿Tiene mucha importancia eso ahora? —inquirió Padishar, con un gesto de indiferencia. Miró hacia atrás por encima del hombro—. Volvamos. No me entusiasma la idea de tener que informar a Axhind y a su clan de lo que está sucediendo, pero quiero ser franco y honesto con ellos. Si yo estuviese en su lugar, me iría de aquí más deprisa que una liebre.

Sin embargo, los troles no reaccionaron como él esperaba. Cuando terminó la reunión, Axhind y sus compañeros no mostraron ninguna intención de salir huyendo. Por el contrario, pidieron que les devolvieran sus armas; una impresionante colección de hachas, lanzas y espadas. Cuando las tuvieron en sus manos, se dedicaron a afilarlas como si estuvieran preparándose para el combate.

Morgan fue a visitar a los enanos, que estaban acampados en un pequeño bosquecillo de abetos, en el extremo opuesto del farallón, donde un afloramiento rocoso formaba una protección natural contra la intemperie. Steff lo recibió sin gran entusiasmo, y Teel estaba sentada. Su extraña cara enmascarada no revelaba sus pensamientos, aunque sus ojos brillaban de una manera especial. Daba la impresión de que se había recuperado en parte. Sus cabellos estaban peinados, y estrechó con firmeza la mano de Morgan. Este le dirigió algunas frases, pero ella casi no habló. El joven de las tierras altas los informó de la suerte que había corrido Hirehone y de la proximidad del ejército de la Federación. Steff se limitó a responder con un gesto de asentimiento, y Teel ni siquiera eso. Los dejó, sintiendo una vaga insatisfacción por la visita.

El ejército de la Federación llegó al anochecer, se desplegó por las tierras boscosas de la base del farallón del Saliente, y los soldados empezaron a limpiar el terreno de acuerdo con sus necesidades, trabajando con la resolución industriosa de las hormigas. Salían entre los árboles, a millares, con los pendones ondeando al viento. Sus armas destellaban. Los estandartes, negros con una raya roja y otra blanca los de las tropas regulares de la Federación, y con una sonriente cabeza de lobo blanca los de los buscadores, precedían a cada compañía. Montaron las tiendas de campaña, apilaron las armas junto a cada grupo, dejaron los suministros en retaguardia y encendieron hogueras. Casi de inmediato, varios equipos de hombres

iniciaron la construcción de máquinas de asedio, y se oyó el ruido de las sierras que talaban los árboles y el de las hachas que cortaban las ramas.

Los proscritos, tranquilos y confiados, observaban desde las alturas, con sus fortificaciones puestas a punto. Morgan estaba con ellos. No eran más de trescientos, pero el Saliente constituía una fortaleza natural capaz de resistir a un ejército cinco veces más poderoso que aquel. Todos los ascensores estaban en la cumbre, y no había medio de subir o de bajar, excepto escalando la pared rocosa. Eso tendría que hacerse a cuerpo descubierto, con escaleras o arpeos. Y bastaría un puñado de hombres para impedirlo.

Ya era noche cerrada cuando Morgan pudo hablar de nuevo con Padishar. Se encontraron junto a los ascensores, ahora muy vigilados, y observaron las numerosas hogueras encendidas a sus pies. Los soldados de la Federación seguían con su tarea, llenando el aire con fuertes ruidos.

—No me importa decirte que todos esos esfuerzos me preocupan —le dijo el jefe de los proscritos, con el ceño fruncido.

—Pero ¿cómo es posible que esperen llegar hasta nosotros, aun disponiendo de máquinas de asedio? —preguntó Morgan, frunciendo también el ceño.

—No pueden —respondió Padishar, haciendo un gesto negativo—. Y eso es precisamente lo que me inquieta.

Siguieron observando un poco más de tiempo, y después Padishar lo llevó a un lugar apartado.

—No necesito recordarte que ya hemos sido traicionados dos veces —dijo el jefe de los proscritos, hablándole al oído—. Quien lo haya hecho, sigue aquí... entre nosotros. Si logran tomar el Saliente, será gracias a su intervención. —Acercó todavía más su enérgico rostro al de Morgan—. Haré cuanto pueda para defenderlo. Pero tú, muchacho, también debes mantener los ojos bien abiertos. Tú, por ser nuevo aquí, puedes ver las cosas de una forma diferente. Quizá veas algo que a mí me haya pasado inadvertido. Vigila, y te deberé un gran favor si descubres algo.

Morgan asintió. Aquello daba sentido a su estancia allí, algo que empezaba a sospechar que le faltaba. Estaba consumido por la sensación de vacío que había experimentado cuando se rompió su espada, y angustiado por haber tenido que dejar atrás a Par y a Coll Ohmsford. Aquel encargo le obligaría a estar concentrado en algo, y agradecía a Padishar que le hubiese ofrecido esa oportunidad.

Cuando se separaron, fue en busca del armero y le pidió un espadón. Escogió el que le pareció más adecuado, desenvainó la espada rota y lo colocó en su lugar. Después buscó una vaina que se acomodara a la espada de Leah y la cortó a la longitud precisa, anudó el extremo y lo sujetó a su cinturón.

Se sintió mejor consigo mismo que en los días anteriores.

* * *

Durmió bien aquella noche, a pesar del ruido producido por los soldados de la Federación, que continuaron montando sus máquinas de sitio hasta el amanecer. A la salida del sol dieron por terminado su trabajo. El súbito silencio lo hizo despertarse, se vistió, se ciñó las armas y a continuación se dirigió al borde del farallón. Los proscritos estaban en sus puestos, preparados para frenar el ataque. También estaban allí Padishar, Steff, Teel y los troles. Todos miraban hacia el campamento de la Federación, en silencio.

Los soldados, bien adiestrados, estaban formando en compañías, y estas en escuadras, sin que se produjera ninguna confusión. Se extendieron por la base del Saliente, de un extremo a otro del farallón, manteniendo sus líneas justo fuera del alcance de los arcos y las hondas. Apilaron junto a ellos escaleras, cuerdas y arpeos. Las torres de asedio estaban preparadas, aunque eran toscas y apenas tenían la tercera parte de la altura a la que debían llegar. Los jefes impartían órdenes crispadas, y los huecos entre compañías empezaron a llenarse poco a poco.

Morgan tocó levemente el hombro de Steff. El enano lo miró con extrañeza, hizo un gesto de reconocimiento, y apartó la vista.

Morgan frunció el ceño. Steff no llevaba ningún arma.

Sonaron las trompetas y las líneas de la Federación se enderezaron. La quietud se adueñó de nuevo del Saliente. La luz del sol brillantó las corazas y las armas al intensificarse en el este. Las gotas de rocío destellaron en las hojas y las hierbas, los pájaros gorjearon alegremente, el rumor de una corriente de agua llegó de un lugar lejano y a Morgan Leah le pareció que volvía a vivir una mañana más de las muchas que había disfrutado cuando vagaba y cazaba por las colinas de su tierra natal.

Entonces algo se movió entre los árboles, detrás de las largas filas de soldados. Se produjo una sacudida de ramas y troncos, y se escuchó un sonido chirriante de cortezas arañadas. Las filas de la Federación se abrieron en dos de repente, dejando libre un espacio de más de treinta metros de anchura.

Los proscritos y sus aliados contuvieron la respiración, mientras el bosque continuaba temblando por la aproximación de lo que ocultaba.

Morgan no podía salir de su asombro.

El ser surgió entre los árboles. Era enorme, una criatura de tamaño increíble, una aparición formada por los peores trozos y fragmentos despreciados por los carroñeros. Era un conjunto de pelo, tendones y huesos, además de planchas y barras metálicas. Tenía contornos dentados y superficies relucientes; hierro injertado en la carne, carne que crecía en el hierro. Poseía la apariencia de un crustáceo deforme o de un gusano monstruoso, pero no era ni lo uno ni lo otro. Se tambaleaba al avanzar, con los ojos relucientes mirando hacia arriba en busca del borde del farallón. Sus pinzas se abrían y cerraban, y sus garras arañaban las piedras del suelo.

Durante un breve instante, Morgan creyó que era una máquina, pero enseguida se dio cuenta de que tenía vida.

—¡Por todos los demonios! —exclamó Steff cuando lo reconoció, con voz furiosa

y aterrada—. ¡Han traído con ellos a un escalador!

Andando con torpeza entre las filas de la Federación, el escalador se disponía a capturarlos.

Entonces, Morgan Leah recordó las historias que se contaban sobre los escaladores.

Al parecer, siempre habían existido historias sobre estas criaturas monstruosas, narraciones que se transmitían de padres a hijos de generación en generación. Se contaban en las tierras altas y en la mayoría de los lugares de la Tierra del Sur que había visitado. Los hombres hablaban de los escaladores en las tabernas ante los vasos de cerveza, en la noche, alrededor de las hogueras, suscitando estremecimientos de interés y horror en las espaldas de muchachos como Morgan que escuchaban sus relatos. Pero nadie daba mucho crédito a esas historias, porque se contaban en el mismo tono que las que hablaban de los Portadores de la Calavera, los mordíferos y otros monstruos de un tiempo casi olvidado. Sin embargo, nadie se atrevía a negar su existencia porque, aunque quizá los hombres de la Tierra del Sur no creyesen en ella, los enanos de la Tierra del Este estaban dispuestos a jurarlo.

Steff era uno de ellos. Había relatado esas historias a Morgan mucho después de que este las oyera por primera vez, pero no como leyendas sino como auténticos relatos. El enano insistía en que narraban acontecimientos reales.

Fue la Federación, había dicho el enano al joven montañés, quien creó a los escaladores. Cien años antes, cuando la guerra declarada por la Federación contra los enanos se había estancado en el Anar, cuando los ejércitos de la Tierra del Sur habían quedado bloqueados por la jungla y las montañas, la maraña de maleza y los muros rocosos que les impedían rodear y capturar a su escurridiza presa, la Federación dio vida a los escaladores. En aquella época, los enanos habían recuperado la iniciativa y tenían en jaque a la Federación. Constituían una auténtica fuerza de resistencia decidida a hostigar a los invasores hasta expulsarlos de su territorio. Desde sus madrigueras en el laberinto de cañones y desfiladeros de las montañas del Cuerno de Cuervo y en las profundas hondonadas de los bosques circundantes, los enanos contraatacaban a los ejércitos de la Federación, más pesados y lentos, y desaparecían en la noche sin dejar rastro. La Federación era consciente del progresivo debilitamiento de sus fuerzas a medida que pasaban los meses, y entonces decidió recurrir a los escaladores.

Nadie sabía con certeza cuál era su origen. Para unos no eran más que máquinas construidas por ingenieros de la Federación, engendros sin capacidad de pensar, cuya única misión era derribar las defensas de los enanos y acabar con ellos. Para otros eran unos seres dotados de astucia e instinto, porque ninguna máquina podía actuar como lo hacían los escaladores. Para algunos, por último, eran obra de la magia.

Fuera cual fuese su origen, lo cierto es que los escaladores aparecieron en el Anar Central e iniciaron la persecución y caza de los enanos. Eran imparables. Seguían el rastro de los enanos sin descanso y, cuando los alcanzaban, los destruían por completo. La guerra terminó en menos de un mes, los ejércitos de los enanos fueron aniquilados y la estructura de la resistencia quedó completamente deshecha.

Tras la conclusión de esta guerra, los escaladores desaparecieron de una forma tan misteriosa como habían aparecido, como si se los hubiese tragado la tierra. Solo quedaron las historias, que con el paso del tiempo fueron adquiriendo mayor dramatismo y perdiendo precisión y credibilidad, hasta el punto de que solo los enanos mantuvieron como reales los hechos que en ellas se narraban.

Morgan Leah permaneció un momento más con la mirada fija en el monstruo que se movía a sus pies, mientras los relatos de su niñez cobraban vida en su imaginación. Después retiró la vista del precipicio y de aquella pesadilla, y dirigió una mirada de desesperación a Steff. El enano estaba medio vuelto hacia él, con una expresión de terror dibujada en su rostro.

—Un escalador, Morgan. Un escalador... después de tantos años. ¿Te imaginas lo que eso significa?

Morgan no tuvo tiempo para pensarlo. Padishar Creel, que había escuchado al enano, apareció de repente ante ellos.

—¡Habla, rápido! ¿Qué sabes de esa cosa? —preguntó el jefe de los proscritos a Steff, lo cogió por los hombros y lo obligó a que lo mirara a la cara.

—Es un escalador —repitió Steff, como si su nombre lo explicara todo.

—¡Sí, sí, muy bien! —exclamó con impaciencia Padishar—. ¡Me tiene sin cuidado lo que sea! ¡Quiero saber cómo puedo detenerlo!

—No puedes detenerlo —respondió Steff, sacudiendo la cabeza como si intentara aclarar sus ideas, como si quisiera librarse del aturdimiento que le impedía pensar—. No existe ningún medio. Al menos, hasta ahora, nadie lo ha podido encontrar.

Los hombres más próximos empezaron a murmurar tan pronto como oyeron las palabras del enano, y una sensación de inquietud empezó a extenderse por las líneas de los defensores. Morgan estaba desconcertado. Nunca había visto a Steff tan abatido. Miró a Teel, cuyos ojos parecían dos piedras brillantes tras la máscara, que había alejado a Steff de Padishar como si quisiera protegerlo.

—¡Quedaos donde estáis! —ordenó Padishar a quienes empezaban a murmurar y retroceder, y los murmullos y la retirada cesaron—. ¡Desollaré vivo al primer conejo que se haga el listo! No existe ningún medio para detenerlo, ¿verdad? —dijo el jefe de los proscritos a Steff, dirigiéndole una mirada dura—. Quizá no exista para ti, aunque yo pensaba que eras distinto; creía que eras mejor de lo que eres —añadió en voz baja y controlada—. ¡Siempre hay un medio!

Abajo se produjo un sonido chirriante, y todos corrieron al parapeto para ver qué era lo que lo había producido. El escalador ya estaba junto a la pared rocosa y empezaba a ascender, agarrándose a grietas y apoyándose en huecos donde ningún

ser humano hubiera podido hacerlo. El sol reflejaba sus rayos en las planchas metálicas y varillas del monstruo, mientras ondeaban los músculos de su cuerpo de gusano. Los tambores de la Federación acompañaban el ascenso del escalador redoblando con una cadencia estable.

—¡Chandos! —gritó Padishar, subiéndose de un salto al parapeto—. ¡Necesito una docena de arqueros... ahora mismo!

Los arqueros aparecieron en el acto y, con gran rapidez, lanzaron una lluvia de flechas contra el escalador, pero el monstruo ni siquiera alteró su ritmo de ascenso. Las flechas rebotaron en sus placas o se enterraron en su gruesa piel sin producir ningún efecto. Sus ojos, unos horribles globos negros que vibraban y giraban perezosamente con el movimiento de su cuerpo, parecían impenetrables.

Padishar retiró a los arqueros. Entonces, de las filas del ejército de la Federación se elevó un grito de alegría, e inmediatamente después iniciaron un canto que seguía el ritmo de los tambores. El jefe de los proscritos pidió que llevaran a los lanceros, pero sus pesadas armas de madera con punta de hierro tampoco consiguieron frenar el ascenso del monstruo. Todas se rompieron o astillaron al chocar contra las rocas, y el escalador siguió impertérrito su camino hacia la cumbre.

Le arrojaron pedruscos enormes, y varios lo alcanzaron de lleno, pero obtuvieron el mismo resultado. El monstruo continuó su ascenso sin inmutarse. El miedo y la frustración generados por los infructuosos intentos de detener al escalador reanudaron los murmullos en las filas de los proscritos. Padishar ordenó silencio a gritos, pero cada vez le resultaba más difícil hacerse obedecer. Pidió que llevaran matorrales, les prendió luego y los lanzó contra el escalador, pero en vano. Sin apenas poder contener la furia, ordenó que llevaran un barril de aceite de cocina, lo abrió, lo derramó por el muro rocoso y le prendió fuego. El aceite ardió y crepitó entre las rocas desnudas, envolviendo al escalador en llamas y una nube de humo negro. Las huestes de la Federación profirieron gritos de sorpresa e indignación y cesó el son de los tambores. El calor desprendido por el fuego y elevado a oleadas por el aire de la mañana era tan sofocante que los defensores se vieron obligados a retroceder. Morgan se retiró del parapeto al mismo tiempo que los demás, junto a Steff y Teel. El enano, que tenía la cara pálida y demacrada, parecía extrañamente desorientado. El joven de las tierras altas lo ayudó a retirarse, sin poder comprender lo que le sucedía a su amigo.

—¿Estás enfermo? —le preguntó en voz baja cuando consiguió que se sentara—. ¿Qué te pasa, Steff?

El enano se limitó a hacer un gesto de desesperación, incapaz de pronunciar una sola palabra.

—El fuego no lo podrá detener —logró decir unos minutos después Steff, con gran esfuerzo—. Ya se probó, Morgan, y no funciona.

El enano estaba en lo cierto. Cuando la intensidad de las llamas y el calor disminuyeron y los defensores pudieron regresar a los parapetos, vieron con estupor

que el escalador seguía ascendiendo por el muro, sin alterar lo más mínimo su ritmo. Se encontraba casi a mitad de camino, tan chamuscado y ennegrecido como la roca a la que se agarraba, pero no se advertía en él ningún cambio significativo. El son de los tambores y los cánticos de los soldados de la Federación se reanudaron a sus pies, una ansiosa y confiada mezcla de sonidos que envolvió todo el Saliente.

Los proscritos empezaron a perder la confianza en sí mismos. Pronto se escucharon entre ellos todo tipo de comentarios, y enseguida se pudo comprobar que nadie confiaba en frenar el avance del escalador. ¿Qué harían cuando llegase hasta ellos? Ya habían comprobado que era invulnerable a las lanzas y a las flechas, ¿podrían detenerlo con las espadas?

Los aterrorizados proscritos no confiaban mucho en esa posibilidad.

Solo Axhind y sus troles de las rocas parecían indiferentes ante el preocupante desarrollo de los acontecimientos. Ocupaban el extremo de las defensas de los proscritos, protegiendo, con las armas preparadas, un reborde que descendía desde el farallón principal por el muro rocoso. Constituían una isla de calma en medio de aquel tumulto. No hablaban ni daban muestras de nerviosismo. Observaban con curiosidad a Padishar para ver qué harían los proscritos a continuación.

Padishar satisfizo sus expectativas. Había advertido algo que había pasado inadvertido a todos los demás, y eso hizo que sus esperanzas cobraran vida.

—¡Chandos, trae todo el aceite que tengamos: el de la cocina, el de engrasar... todo! —ordenó a su barbudo lugarteniente, empujando a sus hombres hacia atrás para que volvieran a ocupar sus puestos en el parapeto—. ¡Y no pierdas el tiempo haciendo preguntas, tráelo ahora mismo!

Chandos cerró la boca y se apresuró a cumplir la orden recibida. Padishar dio media vuelta y se dirigió hacia donde estaban Morgan y los enanos.

—¡Preparad uno de los ascensores! —gritó al pasar. Luego se detuvo inesperadamente—. ¿Cómo se desenvuelven los escaladores en las superficies resbaladizas, Steff?

Steff lo miró con una cara inexpresiva, como si la pregunta fuera demasiado complicada para él.

—No lo sé —respondió el enano.

—Pero tienen que agarrarse para trepar, ¿verdad? —insistió el jefe de los proscritos—. ¿Qué ocurre cuando no pueden hacerlo?

Se alejó sin esperar la respuesta. El calor de la mañana era sofocante y sudaba a chorros. Se quitó la túnica y la arrojó lejos de sí con irritación. Después pidió a un proscrito su correa y se lo puso, cogió un hacha de mango corto, lo introdujo en una presilla del cinturón y se fue directamente a los ascensores. Morgan, que se dio cuenta de sus intenciones, lo siguió. Chandos salió apresuradamente de las cuevas, seguido por un grupo de hombres cargados con barriles de diferentes tamaños y pesos.

—Cargadlos en la cesta —ordenó Padishar con impaciencia—. Voy a bajar hasta

el lugar donde se encuentra el monstruo y lo empaparé en aceite —dijo a su lugarteniente, poniendo las manos sobre sus anchos hombros cuando los proscritos empezaron la operación de carga.

—¡Padishar! —exclamó Chandos, visiblemente horrorizado.

—Escúchame. El escalador no conseguirá llegar hasta aquí si no puede escalar el muro, y no lo escalará si no puede agarrarse. El aceite dejará todo tan resbaladizo que inmovilizará al monstruo, y hasta es posible que lo haga perder el equilibrio y provoque su caída. —Esbozó una dura sonrisa—. ¿No sería ese un magnífico final?

Chandos hizo un gesto de preocupación y dirigió a Padishar una mirada en la que se reflejaba el espanto que sentía. Los troles se habían aproximado y escuchaban.

—¿Crees que la Federación te va a permitir llegar tan lejos? ¡Sus arqueros te destrozarán mucho antes!

—No podrán hacerlo si me cubrís desde arriba —respondió el jefe de los proscritos, borrando la sonrisa de su rostro—. Además, viejo amigo... ¿qué otra opción nos queda?

Saltó a la cesta, protegiéndose tras la barandilla para ofrecer el menor blanco posible.

—Procurad no dejarme caer —gritó, y cogió el hacha con fuerza.

La cesta empezó a bajar. Chandos permitió que lo hiciera rápidamente, situándola encima del escalador, una enorme mancha negra que ascendía por la pared y ya había llegado muy arriba. Un aullido de rabia surgió de las filas de la Federación cuando vieron lo que sucedía. Las líneas de arqueros se adelantaron inmediatamente, mientras los proscritos esperaban su ataque, que rechazaron en cuanto se produjo, aprovechándose de su ventajosa posición. Después se adelantaron más líneas y las flechas empezaron a estrellarse contra la pared rocosa, alrededor de la cesta que descendía. Los proscritos respondieron, y una vez más frustraron el ataque.

Entonces avanzaron las catapultas, con las que lanzaban piedras enormes contra la superficie rocosa cercana a la cesta. Corrigieron la trayectoria de tiro y un pedrusco alcanzó el ascensor y los empujó contra la roca. La madera crujió y se astilló. El escalador, que estaba justo por debajo, levantó la vista.

Morgan contemplaba la escena, horrorizado, desde el borde del farallón junto a Steff y Teel. El ascensor de Padishar giraba y se tambaleaba como si estuviera agitado por un fuerte viento.

—¡Sujetadlo! —gritó Chandos a los hombres que manejaban las cuerdas—. ¡Haced que recupere la estabilidad!

Pero no podían conseguirlo. Las cuerdas se deslizaban, y el esfuerzo para recogerlas arrastraba a los hombres hasta el borde del farallón, donde luchaban con furia por asegurarse. Las flechas de la Federación, que caían por todas partes, alcanzaron a dos de ellos. Nadie los reemplazó, inseguros de lo que tenían que hacer en el caos producido por el ataque. Chandos miró hacia abajo con los ojos desorbitados. Las cuerdas continuaban deslizándose.

«No pueden sujetarlas», pensó Morgan, horrorizado.

Se lanzó hacia delante, gritando con todas sus fuerzas. Pero Axhind fue más rápido. Con una agilidad inverosímil para una persona de su volumen, el matureno de los kelktics de las rocas se abrió paso entre los mirones y agarró las cuerdas con sus enormes manos. Los proscritos que se ocupaban de ellas cayeron de espaldas. Sin ayuda de nadie, el gigantesco trol sujetó la cesta y a Padishar. Enseguida lo ayudó otro y después dos más. Afirmando los pies, sujetaron las cuerdas mientras Chandos les daba instrucciones a gritos.

Morgan volvió a mirar hacia abajo. La Llave de Parma era un mar de color verde que se confundía en la lejanía con el cielo despejado y azul de la mañana, y desprendía aromas intensos y una apacible sensación de eternidad. El Saliente, situado en el centro, era un islote donde reinaba el caos. Al pie del farallón se amontonaban moribundos los soldados de la Federación. Se habían roto sus ordenadas líneas, y sus perfectas formaciones se habían dispersado ante la urgencia del ataque. Las catapultas lanzaban gruesos proyectiles y las flechas volaban por todas partes. La cesta seguía colgando de sus cuerdas como un trozo de carnada que, en apariencia, se hallaba a solo unos centímetros de la negra y monstruosa criatura.

Entonces, de forma inesperada, Padishar Creel se levantó, dejando su cuerpo al descubierto. Abrió de un hachazo el primer barril de aceite y derramó su contenido por la pared rocosa y sobre el escalador. La cabeza y la parte superior del monstruo quedaron empapadas del líquido, y se detuvo. El contenido del segundo barril siguió el mismo camino que el primero, y a este siguió el de un tercero. El escalador y el muro rocoso quedaron completamente impregnados de aceite. Las flechas de los arcos de la Federación zumbaban en torno a Padishar cada vez que dejaba su cuerpo al descubierto. Dos de ellas lo alcanzaron, y se desplomó en la cesta.

—¡Izadlo! —ordenó Chandos.

Los trols obedecieron la orden del lugarteniente, y los proscritos apostados en el parapeto profirieron gritos de indignación y dispararon sus flechas contra las filas de arqueros de la Federación.

Haciendo un esfuerzo, Padishar logró ponerse en pie y derramar el contenido de los dos últimos barriles sobre la pared rocosa y sobre el escalador. El monstruo seguía inmóvil, dejando que el líquido corriera por encima y por debajo de su cuerpo.

En la piedra se formaron arroyos grasientos que desprendían destellos en la intensa luz de la soleada mañana.

El disparo de una catapulta hizo blanco en la cesta, que saltó en pedazos. Los proscritos profirieron un grito de angustia cuando se desprendió. Pero Padishar no cayó con ella; había conseguido agarrarse a la cuerda, quedando colgado mientras las flechas y las piedras volaban hacia él. Tenía manchas de sangre en el pecho y los brazos, y los músculos de su cuerpo sobresalían por el esfuerzo que debía hacer para mantenerse agarrado a la cuerda.

Recogieron las cuerdas con rapidez, arrastrando a Padishar Creel hasta el borde

del parapeto, donde recibió la ayuda de sus hombres para que pudiera saltarlo. Todos los defensores olvidaron la batalla durante un momento. Chandos se desgañitaba gritándoles que volvieran a sus puestos, pero los proscritos que rodeaban a su jefe herido ignoraron sus órdenes. Entonces Padishar se puso en pie, con la sangre que brotaba de las heridas corriendo por su cuerpo. Una flecha le había atravesado el hombro derecho y otra asomaba por el costado izquierdo. Tenía la cara pálida y contraída por el dolor. Bajó la mano hacia la flecha del costado, la partió en dos y, con una mueca de dolor, tiró de la punta hacia fuera.

—¡Volved al parapeto! —ordenó—. ¡Ahora!

Los proscritos se dispersaron. Padishar dejó atrás a Chandos y, con paso inseguro, se dirigió hasta la barandilla para ver al escalador.

Permanecía en el mismo sitio, sin mover ni un solo músculo, como si estuviera pegado a la roca. Los arqueros y las catapultas de la Federación continuaban disparando contra las defensas de los proscritos, pero su entusiasmo había decrecido. También ellos esperaban con ansiedad el resultado final.

—¡Cáete, monstruo! —gritó Padishar, con voz colérica.

El escalador se removió, desplazándose ligeramente hacia la derecha, intentando maniobrar para salir de la reluciente capa de aceite. Sus garras arañaban mientras él se contorsionaba para no caer, pero el aceite había hecho su trabajo. La capacidad de asimiento del monstruo empezó a debilitarse, lentamente al principio, y con más rapidez cuando sus apéndices fueron soltándose uno tras otro. Un griterío de angustia se levantó entre las huestes de la Federación y otro de alegría entre los proscritos. El escalador se deslizaba hacia abajo a gran velocidad, sobre un rastro que lo perseguía, cubriendo su cuerpo tubular. De repente, perdió toda sujeción y cayó rodando entre chasquidos de metal y huesos. Cuando se estrelló contra el suelo, se formó una enorme nube de polvo y todo el farallón vibró con el impacto.

El escalador se quedó tendido al pie de la pared, entre violentos espasmos.

—¡Eso está muy bien! —exclamó Padishar Creel, y se sentó junto a la barandilla con los ojos cerrados.

—¡Estoy seguro de que has acabado con él! —dijo Chandos, agachándose a su lado.

La sonrisa del lugarteniente del jefe de los proscritos era feroz. Morgan, de pie a su lado, también sonreía.

—Con esto no se acaba nada —respondió Padishar, haciendo un gesto negativo—. Ese ha sido el horror de hoy. Lo lógico es que mañana traigan otro. ¿Qué aceite utilizaremos entonces si ya hemos echado todo el que teníamos? —Abrió sus oscuros ojos—. Corta esta otra flecha y sácala para que pueda dormir.

La Federación no volvió a atacar aquel día. Ordenó la retirada de todo su ejército al bosque para que se ocupara de curar a los heridos y enterrar a los muertos. Solo las catapultas siguieron en su lugar, lanzando proyectiles hacia el cielo de vez en cuando, que resultaban más molestos que peligrosos porque caían antes de llegar a su destino.

Por desgracia, el escalador no había muerto. Después de cierto tiempo pareció recuperarse y, rodando y serpenteando, fue a refugiarse en la Llave de Parma. Era imposible determinar hasta qué punto había sufrido graves daños, pero nadie se atrevía a asegurar que no volverían a verlo.

Curaron las heridas de Padishar, lo vendaron y acostaron. La pérdida de sangre y el dolor lo habían dejado muy débil, pero las lesiones sufridas no eran graves. Mientras Chandos lo cuidaba, Padishar daba instrucciones para la defensa del Saliente. Tenían que construir un arma especial para poder enfrentarse con éxito al enemigo. Morgan oyó las instrucciones que Chandos daba a un grupo de hombres escogidos, a los que después envió a la cueva principal para que realizaran el trabajo. Se pusieron manos a la obra casi de inmediato, pero cuando Morgan preguntó al lugarteniente de Padishar qué estaban haciendo, este se negó a hablar del asunto.

—Muchacho, la verás cuando esté terminada —respondió Chandos de forma tajante y hosca—. Ahora, olvídalo.

Al joven montañés no le quedó otro remedio que conformarse con la promesa del proscrito. Sin saber en qué ocupar el tiempo, se dirigió hacia donde Teel había llevado a Steff y encontró a su amigo envuelto en mantas y con fiebre. Teel le dirigió una mirada suspicaz cuando puso la mano en la frente de Steff, como si fuera un perro guardián que no se fiara de nadie. Morgan no podía reprochárselo. Habló a Steff en voz baja durante un momento, pero el enano estaba casi inconsciente y optó por dejarlo dormir. Morgan se puso en pie, dirigió una última mirada a la impasible Teel y se alejó.

Pasó el resto del día vagando entre las fortificaciones y las cuevas, contemplando al ejército de la Federación y la construcción del arma secreta, e interesándose por la salud de Padishar Creel y de Steff.

No consiguió mucho, y las restantes horas de la mañana y toda la tarde transcurrieron lentamente. Volvió a preguntarse qué estaba haciendo allí, encerrado en el Saliente con aquellos proscritos, combatientes de la resistencia o no, lejos de Par y de Coll y de lo que en realidad importaba. ¿Cómo conseguiría volver a encontrarse con los hermanos vallenses? Estaba seguro de que no regresarían a la Llave de Parma mientras el ejército de la Federación mantuviese el asedio. Damson Rhee no se lo permitiría.

¿O sí? En aquel momento a Morgan se le ocurrió pensar que la muchacha podía conocer un camino oculto. ¿Habría más de un camino para llegar al Saliente?, se preguntó. Aun contando con unas defensas tan sólidas como las suyas, Padishar Creel nunca se habría arriesgado a que los proscritos quedaran bloqueados, sin posibilidad de huir, en caso de que fueran sometidos a un prolongado asedio. Tenía que existir un medio de escapar, otra salida. O entrada.

Tomó la decisión de buscarla, pero llegó el crepúsculo antes de que se le presentara la oportunidad. Padishar ya se había despertado y Morgan lo encontró sentado en el borde de la cama, vendado. Los arañazos rojos destacaban en su piel

morena. Estaba estudiando con Chandos unos planos dibujados toscamente. Otro hombre aún seguiría durmiendo para recuperar fuerzas, pero Padishar parecía ya dispuesto para el combate. Los dos levantaron la vista cuando advirtieron su llegada, y Padishar ocultó los planos de forma apresurada. Morgan dudó.

—Muchacho —lo saludó el jefe de los proscritos—. Ven asentarte conmigo.

La invitación cogió por sorpresa a Morgan, que se acercó y tomó asiento en una cesta llena de piezas metálicas. Chandos hizo un gesto de despedida, se levantó sin decir palabra y se fue.

—¿Cómo está nuestro amigo el enano? —preguntó Padishar, aparentando una tranquilidad excesiva—. ¿Está mejor?

—No. Algo va muy mal, pero no sé qué puede ser —respondió Morgan, con la mirada puesta en los ojos del jefe de los proscritos. Hizo una breve pausa—. No confías en nadie, ¿verdad? Ni siquiera en mí.

—Y menos en ti. —Padishar hizo una pausa, le dirigió una sonrisa que lo desarmó y que desapareció con la rapidez de un parpadeo—. Ya no puedo confiar en nadie. Han sucedido demasiadas cosas. Dime, ¿cuál es el motivo de tu visita? —prosiguió, cambiando de postura y haciendo una mueca al sentir una punzada de dolor—. ¿Has visto algo que crees que yo debería saber?

La verdad era que, con la excitación producida por los sucesos de aquella mañana, Morgan había olvidado por completo el encargo que le había hecho Padishar: que intentara averiguar quién o qué los había traicionado. Pero no confesó su olvido, y se limitó a hacer un gesto negativo.

—Tengo que hacerte una pregunta —dijo—. Sobre Par y Coll Ohmsford. ¿Crees que Damson Rhee intentará traerlos aquí? ¿Hay algún otro camino al Saliente que ella conozca?

Padishar Creel le dirigió una mirada indescifrable y, a la vez, cargada de significado. Se produjo un largo silencio, y Morgan empezó a sentir miedo al darse cuenta de que aquella pregunta lo había convertido en sospechoso.

—No quiero saber dónde está, solo si... —quiso puntualizar el joven de las tierras altas, respirando profundamente.

—Comprendo tu pregunta y por qué la has formulado —lo interrumpió Padishar, impidiendo que se justificara.

Su cara adusta se arrugó en torno a la boca, pero no añadió ni una palabra más y estuvo un largo rato observando al joven de las tierras altas.

—La verdad es que hay otro camino —prosiguió después, rompiendo el silencio—. Supongo que has llegado por ti mismo a esa conclusión. Sabes bastante de táctica militar como para comprender por ti mismo que un refugio debe contar siempre con más de una salida.

Morgan se limitó a asentir con un gesto.

—Pues bien, muchacho, solo puedo añadir que Damson no se arriesgará a traer a los hermanos vallenses mientras el Saliente esté sometido a asedio. Los mantendrá

seguros en Tyrsis o en cualquier otro lugar mientras la situación así lo requiera.

Guardó silencio. La dureza de su mirada no dejaba traslucir sus pensamientos.

—Excepto Damson, Chandos y yo, nadie conoce el segundo camino... ahora que Hirehone ha muerto —continuó—. Es mejor que las cosas sigan como están hasta que descubramos al traidor, ¿no te parece? No me gustaría que la Federación entrara por la puerta trasera mientras defendemos la principal.

Morgan no había considerado esa posibilidad, y era escalofriante.

—¿Está segura la puerta trasera? —preguntó con inquietud.

—Muy segura —respondió Padishar—. Ahora, muchacho, vete a cenar. Y recuerda que has de mantener los ojos muy abiertos.

El jefe de los proscritos volvió a ocuparse de sus planos. Morgan dudó un momento, pensando en decir algo más, pero se dio media vuelta de forma brusca y se marchó.

Cuando la noche extendió sus sombras sobre la tierra y el cielo empezó a tachonarse de estrellas, Morgan se sentó solo en el extremo más alejado del farallón, en un pequeño prado protegido por un bosquecillo de álamos, contemplando el valle de la Llave de Parma, donde la luna creciente se elevaba poco a poco sobre el horizonte en el cielo oscuro, y se dedicó a poner en orden sus pensamientos. El profundo silencio que reinaba en el campamento solo era roto por los amortiguados sonidos producidos por los proscritos que trabajaban dentro de la cueva en el arma secreta que había mandado construir Padishar. Las catapultas y los arcos estaban inactivos; tanto los hombres del ejército de la Federación como los del Movimiento dormían o reflexionaban sobre los últimos acontecimientos. Padishar, acompañado de Chandos, estaba reunido con los toles, pero Morgan no había sido invitado a la reunión. Steff descansaba, sin que hubiera sufrido ningún nuevo ataque de fiebre, pero se sentía muy débil y su estado general no había experimentado ninguna mejoría. No tenía nada que hacer, nada en que ocupar el tiempo, excepto dormir o reflexionar, y Morgan Leah optó por lo último.

Desde que tenía uso de razón, se había considerado una persona inteligente. Reconocía que era un don heredado de sus antepasados, de hombres como Menion y Rone Leah, auténticos príncipes en aquellos días, héroes... pero también era una cualidad que siempre se había esforzado en perfeccionar. Y la Federación le había proporcionado un objetivo. Había pasado casi toda su juventud buscando distintas maneras de burlar a los funcionarios de la Federación que ocupaban y gobernaban su tierra natal, de hacer que se salieran de sus casillas siempre que se le presentaba la oportunidad para que nunca se sintieran seguros, para que sintieran una incapacidad y una frustración que un día los obligara a abandonar Leah. Había trabajado con éxito en ello, sin duda mejor que ningún otro. Conocía todos los trucos, e incluso había inventado muchos. Era más astuto y audaz que cualquier otro habitante de las tierras altas si contaba con tiempo suficiente y con las circunstancias adecuadas.

Esbozó una melancólica sonrisa. Al menos, eso era lo que siempre había creído.

Pero ahora había llegado el momento de demostrarlo. El momento de descubrir cómo conseguía enterarse la Federación de sus planes, cómo habían sido traicionados los proscritos, los hermanos del valle, el pequeño grupo que había partido de Culhaven, todos los que estaban relacionados con aquellos infortunios... y, lo que aún era más importante, quién era el responsable.

Era un asunto que podía llegar a aclarar por simple deducción.

Dejó que su delgado cuerpo se deslizara sobre la hierba que crecía al pie de un viejo y retorcido tronco, dobló las rodillas hasta la altura de su pecho, y repasó mentalmente todo lo que sabía.

La lista de traiciones era bastante larga. Alguien había informado a la Federación del viaje que habían planeado hacer a Tyrsis para recuperar la espada de Shannara. Alguien había averiguado lo que iban a hacer y se lo había dicho al comandante de la guardia antes de su llegada.

Uno de los tuyos, había dicho el comandante a Padishar. Después alguien había revelado el emplazamiento del Saliente al ejército que ahora lo asediaba, alguien que conocía su situación y el camino que había que seguir para llegar hasta él.

En realidad, las traiciones habían empezado antes, se dijo a sí mismo el joven de las tierras altas frunciendo el ceño. Si se aceptaba la premisa, y él no tenía ningún inconveniente en hacerlo, de que alguien había enviado al destripador tras ellos en las montañas de Wolfsktaag e indicado a los umbríos en la Cresta de Toffer el lugar donde los gnomos araña podían hacer prisionero a Par, las traiciones se remontaban a Culhaven.

¿Habían sido seguidos desde Culhaven?

Descartó inmediatamente tal posibilidad. Nadie habría sido capaz de conseguir tal hazaña.

Pero había otros hechos misteriosos. Uno de ellos era su impresión de haber visto a Hirehone en Tyrsis y su posterior asesinato en la Llave de Parma. Otro, la muerte de los proscritos que hacían guardia en los ascensores cuando todas las cestas estaban arriba. ¿Cómo podían estar relacionados todos esos hechos?

Dejó que las piezas del rompecabezas vagaran libremente por su mente durante unos minutos, esperando descubrir algo que se le hubiera pasado por alto. Las aves nocturnas se llamaban con sus graznidos en la oscuridad de la Llave de Parma, y el viento, cálido y fragante, acariciaba su cara. Como no consiguió descubrir nada nuevo, examinó todas las piezas de una en una, procuró encajarlas por todos los medios en el rompecabezas e intentó obtener una imagen reconocible. Pero el tiempo pasaba y no había forma de que las piezas encajaran.

Ignoraba qué podía ser, pero sin duda faltaba algo.

Se frotó las manos. Utilizaría otro sistema. Prescindiría de todo lo que no funcionase y vería lo que quedaba. Respiró profundamente y se relajó.

Nadie podía haberlos seguido... no siempre, no desde el principio. Por tanto, tenía que ser uno de ellos. Pero si era el responsable de los ataques del destripador y

los umbríos, y también de todo lo acaecido desde su llegada al campamento de los proscritos, necesariamente tenía que tratarse de un miembro del grupo original formado por Par, Coll, Steff, Teel y él mismo. Pensó en Teel, porque era a quien menos conocía. No podía creer en la traición de los hermanos vallenses o de Steff. Pero ¿por qué atribuía a Teel mayores posibilidades de ser la traidora? ¿No había sufrido, al menos, tanto como Steff?

Por otra parte, ¿qué era lo que relacionaba a Hirehone con todo esto? ¿Por qué fueron asesinados los hombres que custodiaban los ascensores?

Interrumpió durante un momento sus pensamientos. Los habían matado para que alguien pudiera entrar o salir del campamento de los proscritos sin ser visto. Eso tenía sentido. Pero las cestas estaban arriba. Tuvieron que asesinarlos después de que alguien llegara al campamento... quizá para ocultar su identidad.

Barajó las distintas posibilidades. Todas las pistas conducían a Hirehone. El capataz de la forja de Kiltan era la clave. ¿Había visto realmente a Hirehone en Tyrsis? ¿Había sido él el traidor?

Pero Hirehone no había regresado al Saliente después de que lo abandonara. Si era así, ¿cómo podía haber matado a los centinelas? ¿Por qué había sido asesinado Hirehone? ¿Quién lo había hecho? Además de Hirehone, ¿podía haber otros traidores? Algo había encajado en su sitio, y Morgan Leah se sobresaltó al advertirlo. ¿Quién era el enemigo... el auténtico enemigo? No la Federación. El auténtico enemigo eran los umbríos. ¿No había sido eso lo que les había dicho el espíritu de Allanon? ¿No les había prevenido contra ellos? Además, los umbríos podían adoptar la forma, el cuerpo y la manera de hablar de cualquier persona. Algunos eran capaces de hacerlo, al menos los más peligrosos. Eso había afirmado Cogline.

Morgan sintió que su pulso se aceleraba y su cara ardía de excitación. ¡El traidor no era ningún ser humano, sino un umbrío! De repente, empezaron a encajar todas las piezas. Un umbrío podía haberse ocultado entre ellos sin que lo advirtieran. Un umbrío podía haber llamado al destripador, enviado a uno de los suyos a la Cresta de Toffer, llegado a Tyrsis antes de que lo hiciera el grupo de Padishar, averiguado lo que se proponía y regresado antes de su retorno. Un umbrío era capaz de mantenerse suficientemente cerca, y podía disfrazarse de Hirehone. ¡No, no disfrazarse... podía ser Hirehone! Y lo mataría cuando ya no lo necesitara, y también a los centinelas de los ascensores para que no pudieran decir que lo habían visto, fuera cual fuese el rostro que presentara. ¡Había revelado el emplazamiento del Saliente al ejército de la Federación... e incluso trazado la ruta que debía seguir!

¿Quién? Solo faltaba determinarlo... Morgan se recostó lentamente en el tronco del álamo. Había resuelto el rompecabezas. Sabía quién era el traidor. Steff o Teel. Tenía que ser uno de los dos. Eran los únicos, además de él, que habían estado con el grupo desde el principio, desde Culhaven hasta el Saliente, y de ahí a Tyrsis. Teel había estado inconsciente durante todo el tiempo que ellos habían permanecido en Tyrsis. Eso habría dado a cualquiera de los dos enanos, o al umbrío que albergaban, la

oportunidad de ausentarse y de regresar. En cualquier caso, solamente ellos dos habían estado solos la mayor parte del tiempo.

Se sublevó contra el peso de sus sospechas. Se resistía a aceptarlas. Durante un momento, pensó que estaba loco, que tendría que deshacer por completo su razonamiento y empezar de nuevo. Pero no pudo. Sabía que estaba en lo cierto.

El viento sopló, y el montañés se ciñó la capa a pesar del calor de la noche. Continuó sentado y quieto al amparo de su refugio, y repasó cuidadosamente las conclusiones a las que había llegado, los razonamientos que le habían servido de base, las especulaciones que poco a poco se habían revestido de verdad. Ahora el silencio era total en el campamento de los proscritos y podía imaginar que estaba solo en la vasta y oscura extensión de la Llave de Parma.

Steff o Teel, ¿cuál de los dos?

Su instinto le hacía sospechar de Teel.

Tres días después de que Par, Coll y Damson hubieran tomado la decisión de volver al Foso para recuperar la espada de Shannara, Damson sacó a los hermanos del valle del almacén de útiles de labranza y los llevó por las calles de Tyrsis. En aquel momento, Par era ya un manojo de nervios. Se empeñó en ir al Foso sin la menor dilación; el tiempo lo era todo, afirmaba. Pero Damson se negó de forma categórica, alegando que correrían un grave peligro si actuaban de forma tan precipitada. La Federación aún mantenía numerosas patrullas por toda la ciudad, y tenían que esperar. A Par no le quedó otra opción que aceptar el criterio de la muchacha.

Por fin, Damson consideró que el margen de riesgo había disminuido lo suficiente para aventurarse a poner en práctica su plan una noche en la que los hombres razonables se lo pensarían dos veces antes de salir a la calle; una noche en la que el frío calaba hasta los huesos, la ciudad se hallaba envuelta en un manto de bruma y lluvia que impedía incluso que los amigos íntimos se reconocieran a más de un metro de distancia y obligaba a los pocos ciudadanos que terminaban tarde su jornada laboral a apresurar el paso por las calles vacías y relucientes en busca del calor y de la comodidad de sus hogares.

Damson les había proporcionado grandes capas impermeables provistas de capuchas que ocultaban sus cabezas mientras caminaban entre la humedad y el silencio. Sus botas resonaban suavemente en las piedras de la calzada, llenando el silencio nocturno con una extraña y apresurada cacofonía. El agua goteaba de los aleros de los tejados y se escurría por las hendiduras de las fachadas, y la niebla se pegaba a su piel con una helada y desagradable insistencia. Seguían las calles secundarias como siempre, evitando la vía Tyrsiana y otras arterias importantes de la ciudad vigiladas por las patrullas de la Federación, metiéndose por pasajes parecidos a túneles que discurrían entre los bloques descoloridos y semiabandonados donde vivían los pobres y desamparados.

Iban a encontrarse con el Topo.

—Solo se le conoce por ese nombre —les dijo Damson antes de salir—. La gente de la calle lo llama así porque él quiere. Si alguna vez tuvo un nombre, dudo que lo recuerde. Su pasado es un secreto que guarda celosamente. Vive en las alcantarillas y los pasadizos abiertos en el subsuelo de Tyrsis. Es una persona muy retraída, y casi nunca sale a la superficie. Todo su mundo se limita a los pasadizos subterráneos de la ciudad, y nadie los conoce mejor que él.

—Si todavía existen pasadizos bajo el palacio de los reyes de Tyrsis, ¿los conocerá el Topo? —preguntó Par.

—Con toda seguridad.

—¿Podemos confiar en él?

—El problema no es si nosotros podemos confiar en él, sino si él cree que puede confiar en nosotros. Como ya os he dicho, es muy retraído. Es posible que ni siquiera acceda a hablar con nosotros.

—Debe hacerlo —dijo Par.

Coll se mantuvo en silencio. No había vuelto a participar en la conversación desde que tomaron la decisión de regresar al Foso, limitándose a pronunciar las palabras indispensables. Aceptó la noticia de lo que se disponían a hacer como quien toma un jarabe que puede curarlo o llevarlo a la muerte y espera estoicamente a ver qué sucede. Daba la impresión de que había llegado a la conclusión de que era inútil discutir el asunto o alegar que era una locura. Había adoptado una actitud fatalista, aceptando con resignación el firme propósito de Par y la fortuna o desgracia que derivarían de él, y se había encerrado en una concha tan dura como el hierro.

Seguía a Damson y a Par mientras caminaban en la lobreguez del crepúsculo tyrsiano, tan cerca de este que parecía su propia sombra, causando con su muda presencia más inquietud que tranquilidad. A Par le desagradaba el estado de ánimo de su hermano, pero no podía evitarlo. Coll había escogido ese papel. No podía compartir lo que Par estaba haciendo, pero tampoco podía dejarlo solo. Lo seguiría hasta el fin para bien o para mal.

Damson los condujo por un estrecho tramo de escaleras de piedra que cortaba un muro bajo entre dos edificios deshabitados y sin luz. Par oyó el ruido producido por una corriente de agua, un lento gorgoteo que chapoteaba y resonaba a través de alguna obstrucción. Descendieron con cautela porque los escalones estaban resbaladizos y la barandilla, enmohecida y rota, ofrecía un precario asidero. Cuando llegaron al final, se encontraron en un estrecho pasillo que corría paralelo a una zanja de alcantarillado, que recogía el agua que caía de un conducto medio atascado procedente de la calle de arriba.

Damson precedió a los hermanos vallenses en el túnel.

Su interior era negro y oscuro como boca de lobo, y el aire estaba impregnado de malos olores. La lluvia desapareció detrás de ellos. Damson se detuvo un instante, tanteó en la oscuridad y cogió una antorcha untada con pez en un extremo, que encendió con un trozo de pedernal. Su luz les permitió caminar más seguros. Seres invisibles huían en las tinieblas que tenían delante, sin más ruido que el producido por sus pequeñas garras. El agua goteaba del techo, se escurría por las paredes y gorgoteaba en la zanja de la alcantarilla. El aire era helado y putrefacto.

Llegaron a otra escalera, descendieron varios niveles y dejaron de escuchar el ruido del agua, pero persistían los sonidos producidos por las uñas de los seres invisibles al rozar la piedra, y el frío se intensificó. Los hermanos del valle se ciñeron más sus capas. Cuando acabaron de bajar la escalera, se encontraron ante un nuevo pasadizo, más estrecho y bajo que el anterior. Tuvieron que agacharse para seguirlo, y

la humedad desapareció para dar paso al polvo. Continuaron sin detenerse durante varios minutos. Ya estaban a mucha profundidad, en el corazón de roca y tierra de la meseta sobre la que se levantaba la ciudad de Tyrsis, y los hermanos vallenses habían perdido por completo el sentido de orientación.

Poco después llegaron a una especie de pozo desde donde ascendía una escalerilla de hierro, y Damson se detuvo.

—Ya no está lejos —dijo en voz baja—. Solo a unos cuantos centenares de metros desde lo alto de la escalerilla. Lo encontraremos nosotros... o será él quien nos encuentre. Me trajo hasta aquí hace mucho tiempo, en una ocasión en que me mostré amable con él. Es una persona muy afable, pero también peculiar —prosiguió después de titubear un momento—. Tened mucho cuidado con las formas.

La escalerilla los llevó a un rellano del que partían varios corredores. Allí la atmósfera era más tibia, menos polvorienta, y el aire, rancio, pero no maloliente.

—Estos túneles eran vías de escape para los defensores de la ciudad. Algunos de ellos conducen a las llanuras. —Su roja cabellera destelló cuando se la retiró de la cara—. No os separéis de mí.

Entraron en uno de los corredores y empezaron a bajar. La pez del extremo de la antorcha desprendía numerosas chispas y bastante humo. El túnel serpenteaba y cruzaba otros túneles y estancias apuntaladas con tablones. Los hermanos vallenses se sentían cada vez más desorientados, pero Damson no mostraba el menor indicio de vacilación, absolutamente segura del camino que debía seguir, bien porque se lo indicaran unos signos que ellos no veían o porque siguiera un plano grabado en su memoria.

Por fin entraron en una cámara, que era la primera de otras interconectadas. Todas eran de grandes dimensiones, con vigas de madera, suelos enlosados, muros recubiertos de tapices y colgaduras e innumerables y variados objetos extraños. Apilados desde el suelo hasta el techo, y de un muro a otro, había arcas llenas de ropas antiguas, muebles con incrustaciones y herrajes, pergaminos casi reducidos a polvo, plumas, bisutería y animales de juguete de todos los tipos, formas y tamaños. Los animales estaban cuidadosamente ordenados, algunos sentados en grupos, otros alineados en estantes y divanes, y varios sobre mesas y escritorios. Había armas oxidadas por doquier, y cestas de cañas y mimbres.

También había luces. Lámparas de aceite colgadas de las vigas y de los muros, que daban a las habitaciones una vaga claridad y cuyo humo salía a través de los respiraderos abiertos en las esquinas.

Los hermanos del valle lo miraban todo sin poder salir de su asombro. Allí no había nadie.

Damson no dio muestras de sorpresa. Los condujo a otra sala en la que destacaban una mesa de caballetes y ocho sillas con respaldo alto de roble tallado, y les indicó que se sentaran. Todas las sillas estaban ocupadas por animales, y los hermanos vallenses dirigieron a la muchacha una mirada interrogante.

—Elegid vuestro sitio, coged al animal que está sentado en él y sostenedlo —les dijo, mostrándoles a continuación lo que tenían que hacer.

Damson había elegido una silla sobre la que descansaba un conejo de terciopelo raído, lo cogió, se sentó y lo depositó en su regazo.

Coll la imitó con la mirada fija en la pared opuesta, como si estuviese convencido de que lo que sucedía no era más extraño de lo que esperaba. Tras una breve vacilación, Par también se sentó, sosteniendo algo que lo mismo podía ser un perro que un gato... era imposible precisarlo. Se sentía un poco ridículo.

Allí, sentados, esperaron en silencio y sin apenas dirigirse una mirada. Damson empezó a acariciar el estropeado terciopelo de su conejo. Coll era una estatua. Después de varios minutos de espera sin que sucediera nada, Par empezó a perder la paciencia.

Entonces, una tras otra, se apagaron todas las luces. Par hizo ademán de levantarse.

—Sigue sentado —le dijo Damson.

Ya solo quedaba una luz encendida en la primera sala que entraron, y su resplandor apenas llegaba a donde estaban. Par esperó a que su vista se acomodase a la oscuridad. Cuando lo consiguió, vio una cara redonda y barbuda al otro lado de la mesa, separada por dos asientos de Damson. Unos ojos inexpresivos de hurón lo observaban, y luego se desviaron hacia Coll, parpadearon y siguieron mirando.

—Buenas noches, Topo —dijo Damson Rhee.

El Topo levantó un poco la cabeza, dejando que asomaran su cuello y sus hombros, y puso los brazos y las manos sobre la mesa. Estaba completamente cubierto de pelo, salvo la nariz, las mejillas y parte de la frente, que brillaban como marfil al resplandor de la débil luz. Su redonda cabeza se giró lentamente y sus dedos de niño se entrelazaron en una postura plácida.

—Buenas noches, encantadora Damson.

Su voz infantil tenía un tono extraño, como si hablara desde dentro de un barril o a través de una capa de agua. Sus ojos iban de Par a Coll y de este a Par.

—Te oí llegar y encendí las luces —dijo—. Pero no me gustan mucho las luces y, puesto que ya estás aquí, las he vuelto a apagar. ¿Te parece bien?

Damson respondió haciendo un gesto de asentimiento.

—¿Quiénes son los dos jóvenes que te acompañan?

—Los hermanos del valle.

—¿Los hermanos del valle?

—Sí, son hermanos, de Valle Sombrío, una lejana aldea de la Tierra del Sur. Par Ohmsford y Coll Ohmsford —los presentó, señalándolos con un gesto, y los ojos del Topo siguieron su indicación.

—Bienvenidos a mi casa. ¿Os apetece tomar un té?

Desapareció sin esperar la respuesta de manera tan silenciosa que Par no pudo captar el menor sonido a pesar de la quietud reinante en la sala. Percibió el aroma del

té cuando lo llevó, pero no vio ningún recipiente hasta que colocó dos tazas ante él, una de tamaño normal y otra minúscula, las dos viejas y desportilladas, con los dibujos que las adornaban semiborrados.

Par observó con asombro que Damson acercaba la taza pequeña a la boca del conejo que tenía en su regazo.

—¿Están bien todos los pequeños? —preguntó la muchacha cortésmente.

—Muy bien —respondió el Topo, que ocupaba de nuevo su asiento.

Sostenía un oso grande, al que ofreció su propia taza. Coll y Par imitaron el ritual sin pronunciar ni una sola palabra.

—Chalt, ya sabes, ha vuelto a portarse mal —continuó el extraño individuo—. Toma té y dulces cuando se le antoja, dejándolo todo desordenado. Cuando tengo que subir a la superficie para enterarme de lo que ocurre a través de las rejillas de las calles y los pasadizos, cree que tiene permiso para reorganizar las cosas como mejor le parece. Resulta muy molesto. —Miró al oso de reojo—. Lidia ha tenido mucha fiebre, pero ya se ha restablecido. Y Westra se hizo un pequeño corte en la pata.

Par intercambió una interrogativa mirada con Coll.

—¿Hay algún nuevo miembro en la familia? —preguntó Damson.

—Everlind —dijo el Topo. Fijó la vista en ella durante un momento y después señaló al conejo que sostenía—. Vino hace dos noches a vivir con nosotros. Se siente aquí mucho más a gusto que en las calles.

Par no sabía qué pensar. Al parecer, el Topo recogía todos los trastos que desechaban las gentes de la ciudad y los llevaba a su cubil. Para él, los animales eran reales, o al menos eso se deducía de su comportamiento. Par se preguntó si apreciaba la diferencia.

—En la ciudad se murmura sobre algo que ha inquietado a la Federación: alteraciones, intrusos, una amenaza para su Gobierno —dijo el Topo con los ojos clavados en Par—. Han aumentado las patrullas callejeras y los centinelas de las puertas desconfían de todos. Están apretando las tuercas. Es mejor estar aquí, encantadora Damson... aquí, bajo tierra —concluyó, y se volvió hacia Damson tras hacer una breve pausa.

—Eso forma parte del motivo que nos ha traído aquí —respondió la muchacha, dejando su taza sobre la mesa.

—Sí, es mejor estar bajo tierra, bajo las calles y las torres, donde la Federación nunca llega —insistió el Topo, como si no la hubiera oído.

—No hemos venido en busca de un refugio —respondió Damson, haciendo un gesto negativo.

El Topo parpadeó, reflejándose la decepción en sus ojos. Retiró su taza y el muñeco que sostenía, y levantó su redonda cabeza.

—Encontré a Everlind detrás de la casa de un hombre que presta servicios contables a los recaudadores de impuestos de la Federación. Es mucho más diestro con los números y el cálculo que cualquier otro contable. Antes era asesor de los

comerciantes de la ciudad, pero estos no podían pagarle tan bien como la Federación, así que aceptó el puesto que le ofrecieron. Trabaja durante todo el día en el edificio donde se guardan las recaudaciones. Por la noche, una vez terminada su jornada laboral, regresa a su casa, con su esposa y su hija, que fue la propietaria de Everlind. La semana pasada compró a su hija un juguete nuevo, un gatito de sedosa piel blanca y ojos de cristal verde. Lo compró con el salario recibido de la Federación, con dinero de los impuestos. La hija sustituyó a Everlind por el gatito. —Su mirada saltaba de uno a otro—. Ni el padre ni la hija son conscientes de lo que han abandonado. Solo ven la superficie de las cosas, no lo que hay debajo. Ese es el peligro de vivir sobre la tierra.

—Es cierto —dijo Damson—. Pero es algo que debemos cambiar quienes deseamos seguir viviendo allí.

El Topo volvió a frotarse las manos, sin apartar la mirada de sus visitantes mientras lo hacía, sumido en sus pensamientos. La sala era un cuadro en el que el Topo y los tres jóvenes estaban sentados entre los desechos de otras vidas y escuchaban lo que podía ser el susurro de las suyas propias.

—¿Qué deseas en realidad, bella Damson? —preguntó el Topo a la muchacha, levantando los ojos y fijándolos en ella con atención.

—En otros tiempos, había túneles bajo el palacio de los reyes de Tyrsis —dijo Damson, irguiéndose y echando hacia atrás su brillante melena—. Si todavía están abiertos, necesitamos entrar en ellos.

—¿Bajo el palacio? —inquirió el Topo, poniéndose rígido.

—Bajo el palacio y hasta el Foso.

Se produjo un largo silencio mientras el Topo la miraba sin pestañear. Estiró las manos de manera inconsciente para coger el oso, y lo acarició.

—En el Foso hay unos seres salidos de la noche y las mentes más lóbregas —dijo el Topo en voz baja.

—Umbríos —respondió Damson.

—¿Umbríos? Sí, ese es el nombre más adecuado. Son umbríos.

—¿Los has visto, Topo?

—Yo veo todo lo que vive en la ciudad. Soy los ojos de la tierra.

—¿Están abiertos los túneles que conducen hasta el Foso? ¿Puedes llevarnos a ellos?

El Topo, con semblante inexpresivo, retiró su silla de la mesa y, empujándola hacia atrás, se ocultó en las sombras. Por un instante, Par creyó que se había ido. Pero se había limitado a ocultarse, sosteniendo el animal de juguete entre las manos, en la cómoda oscuridad, para pensar en la petición que acababan de hacerle. La muchacha y los hermanos vallenses se quedaron tan solos como si el pequeño individuo realmente hubiese desaparecido. Esperaron pacientemente, sin hablar.

—Explícales cómo nos conocimos —dijo el Topo de repente desde su escondite—. Explícales cómo fue.

—Yo estaba paseando por uno de los parques a la hora en que el crepúsculo deja su lugar a la noche y el cielo se puebla de estrellas —dijo Damson, y se volvió hacia los hermanos Ohmsford—. Era verano, el aire cálido estaba impregnado del aroma de las flores y de la hierba recién nacida. Me senté en un banco y el Topo apareció de repente a mi lado. Había presenciado una de mis sesiones de magia en las calles, oculto en algún lugar de subsuelo, y me pidió que hiciera algún truco para él. Hice varios. Me pidió que volviera a la noche siguiente, y accedí a su petición. Volví todas las noches durante una semana, y fue entonces cuando me llevó a los subterráneos, me enseñó su hogar y me presentó a su familia. Nos hicimos muy buenos amigos.

—Muy buenos amigos, encantadora Damson. Los mejores amigos del mundo —respondió el Topo, recuperando la expresión habitual de su rostro. Su mirada era solemne—. No puedo negarte nada de lo que me pidas. Pero, sinceramente, habría preferido que no me pidieses eso.

—Es importante, Topo.

—Tú eres mucho más importante —respondió el Topo con timidez—. Temo por ti.

—Todo saldrá bien, no te preocupes —dijo la muchacha, extendiendo el brazo lentamente y acariciándole el dorso de la mano.

—Hay muchos túneles en la roca donde se asienta el palacio de los reyes de Tyrsis —respondió el Topo esperando a que la muchacha retirara la mano, ocultando deprisa la suya bajo la mesa—. Unen sótanos y calabozos ya olvidados. Alguno, uno o tal vez dos, llegan hasta el Foso.

—Necesitamos que nos lleves —respondió Damson, haciendo un gesto de asentimiento.

—Los seres tenebrosos, esos que vosotros llamáis umbríos, estarán allí.

—¿Qué haremos en caso de que nos descubran? —preguntó el Topo mientras un estremecimiento recorría todo su cuerpo.

—Este joven del valle también utiliza la magia, Topo —respondió Damson, con los ojos fijos en los de Par—. Pero no es una magia como la mía, que funciona con trucos y mucho entrenamiento, sino magia verdadera. No le asustan los umbríos. Él nos protegerá.

A Par se le oprimió el estómago cuando escuchó aquellas palabras... palabras que encerraban una promesa que tal vez él no fuera capaz de cumplir.

—Muy bien —aceptó el Topo, fijando sus oscuros ojos en Par y observándolo con detenimiento una vez más—. Mañana iré a los túneles y me aseguraré de que aún siguen abiertos. Regresad mañana por la noche y, si están abiertos y libres, os llevaré.

—Gracias, Topo —respondió Damson.

—Termina el té —dijo el Topo, sin mirarla.

Continuaron sentados en silencio junto a los animales de juguete mientras bebía el último trago.

Aún seguía lloviendo cuando abandonaron el laberinto de túneles y alcantarillas y

salieron a la superficie. Las calles de la ciudad estaban desiertas, y Damson los guiaba por ellas con paso seguro entre la bruma y la humedad, como un gato al que no le importara mojarse. Acompañó a los hermanos vallenses hasta el almacén de útiles de labranza y los dejó allí para que durmieran, diciéndoles que volvería a buscarlos después del mediodía. Antes tenía algunas cosas que hacer.

Aquella noche, Par y Coll no consiguieron conciliar el sueño. Se sentaron junto a la ventana y observaron la cortina de niebla llena del movimiento de unos seres que no estaban allí y del reflejo de la luz del día que anunciaba su llegada.

Amanecía, y el cielo empezaba a aclararse por el este. En el cobertizo hacía frío y los dos hermanos, envueltos en mantas, intentaban olvidar, sumido cada cual en sus propios pensamientos, su incomodidad y la inquietante idea de lo que les esperaba.

—¿Qué piensas de todo esto? —preguntó Par a su hermano, incapaz de seguir sufriendo el opresivo silencio.

Tras un breve instante de reflexión, Coll se limitó a encogerse de hombros.

—¿Estás pensando en el Topo? —insistió Par.

—Sí —respondió Coll, dando un suspiro y ajustándose aún más la manta—. Debería estar preocupado por poner mi vida en manos de un individuo que habita en el subsuelo de la ciudad con los desechos de las vidas de otras personas como posesión y animales de juguete como compañía, pero no lo estoy. En realidad, no sé por qué, pero supongo que es porque no parece más extraño que cualquiera de los personajes con los que nos hemos topado desde que salimos de Varfleet. Desde luego, no parece que esté loco.

Par guardó silencio. Todo lo que podía decir ya había sido dicho. Conocía muy bien los sentimientos de su hermano. Se acurrucó bajo su manta y dejó que sus ojos se cerraran. Deseaba que la espera hubiera terminado ya y que hubiese llegado el momento de actuar. Se sentía incómodo cuando no tenía nada que hacer.

—¿Por qué no intentas dormir? —le dijo Coll.

—No puedo —respondió mientras volvía a abrir los ojos—. ¿Por qué no lo intentas tú?

Coll se limitó a encogerse de hombros. Estaba ensimismado en sus propios pensamientos, esforzándose en mantenerse orientado mientras se sumergía en una ciénaga de circunstancias y sucesos sabiendo que tenía que salir de ella, pero no cómo lo conseguiría.

—¿Por qué no dejas que lo haga yo solo, Coll? —le dijo Par de repente. Su hermano levantó los ojos—. Sé que ya lo hemos discutido. No necesitas recordármelo. Pero ¿por qué no me dejas? No hay ninguna razón para que me acompañes. Conozco tu opinión sobre lo que estoy haciendo, y tal vez tengas razón. Por ello, te pido que te quedes aquí, esperando a que regrese.

—No.

—¿Por qué no? No necesito tu ayuda. Puedo cuidarme yo solo.

—La verdad es que no puedes —respondió Coll, dibujando en su rostro una

escéptica expresión y mirando fijamente a su hermano—. Creo que es la cosa más ridícula que has dicho en toda tu vida.

—Solo porque... —empezó a decir Par, con el rostro enrojecido de rabia.

—No ha habido un solo instante en esta larga expedición, aventura o como quieras llamarla, en que no hayas necesitado la ayuda de alguien —lo interrumpió Coll, estrechando sus ojos—. No me malinterpretes, Par. No digo que hayas sido el único. Todos necesitamos ayuda, necesitamos a los demás... hasta Padishar Creel necesita la ayuda de los demás. Así es la vida.

»Lo realmente curioso es que todo el mundo, menos tú, se da cuenta de ello y lo acepta —prosiguió Coll, señalando a Par con un dedo—. Tú pretendes hacerlo todo solo, quieres demostrar que eres quien más sabe, que conoces todas las respuestas y todas las posibles opciones, y que posees un instinto especial del que los demás carecemos, que te permite decidir con absoluta seguridad lo más conveniente en cada momento. Te niegas a ver la verdad. ¿Sabes una cosa, Par? El Topo, con su familia de animales de juguete y su refugio subterráneo... es como tú. Sois exactamente iguales. Creáis vuestra propia realidad sin que os importe la verdad ni lo que piensen los demás.

»Por eso voy a ir —continuó Coll, y volvió a meter la mano bajo la manta para ajustarla un poco más—. Porque necesitas que vaya. Necesitas que te explique la diferencia que existe entre los animales de juguete y los auténticos.

Se volvió hacia el otro lado, dirigiendo la mirada más allá de la ventana surcada por hilos de agua de la lluvia, hacia donde las menguantes sombras de la noche continuaban jugueteando en la bruma.

—¡Conozco la diferencia, Coll! —exclamó Par, con los músculos de la boca tensos. La cara de su hermano reflejaba una calma irritante.

—No, no la conoces —respondió Coll, resignado—. Para ti todo es igual. Tomas la decisión que más te conviene y das carpetazo al asunto. Eso es lo que hiciste en el caso del encuentro con el espíritu de Allanon; de la misma forma actuaste cuando recibiste el encargo de encontrar la espada de Shannara; y así estás actuando ahora. Animales de juguete o auténticos, a ti te da lo mismo. Solo importa la visión que tú tienes de ellos.

—¡Eso no es verdad! —exclamó Par, irritado.

—¿No lo es? Entonces, respóndeme. ¿Qué ocurrirá mañana si estás equivocado? Sobre cualquier cosa. ¿Qué ocurrirá si no está allí la espada de Shannara? ¿Y si nos están esperando los umbríos? ¿Y si la canción no funciona como tú esperas? Contesta, Par. ¿Qué ocurrirá si estás equivocado en todo?

Par agarró el borde de su manta con tanta fuerza y rabia que se le blanquearon los nudillos de los dedos.

—¿Qué ocurrirá si los animales de juguete se convierten en auténticos? ¿Qué harás entonces? Esa es otra razón para que te acompañe —concluyó, después de hacer una breve pausa.

—Si estoy equivocado, ¿en qué me puede beneficiar tu compañía? —le preguntó Par, indignado.

—¿No lo sabes? —inquirió Coll, tras un breve instante de reflexión, volviéndose lentamente hacia su hermano y dirigiéndole una irónica sonrisa.

Apartó la vista de él. Par se mordió los labios, dejando traslucir su frustración. La lluvia arreció y las gotas golpearon con renovada fuerza el tejado de madera del cobertizo. Par se sintió de repente pequeño y asustado, consciente de que su hermano tenía razón, de que él actuaba de forma temeraria e impulsiva, de que con su insistencia en volver al Foso arriesgaba su vida. Pero también era plenamente consciente de que, a pesar de todo, tenía que hacerlo. Tampoco en eso estaba equivocado Coll. Había tomado una decisión y nada le haría volverse atrás. Permaneció erguido y rígido junto a él, negándose a dejar paso a sus temores. Se encerró en sí mismo e intentó apartar de su mente los rostros que le mostraban.

—Te quiero, Par —le dijo Coll en voz baja—. Supongo que tienes razón, y por eso iré contigo.

Par dejó que las palabras gravitaran en el silencio que siguió a continuación, deseoso de tenerlas siempre presentes. Sintió que se relajaba y fortalecía, y que una corriente cálida atravesaba su cuerpo. Cuando intentó hablar, no lo consiguió. Entonces dejó que el aire de sus pulmones saliera en un largo, lento e inaudible suspiro.

—Te necesito, Coll —logró decir al fin—. De verdad. Te lo aseguro.

Coll respondió con un gesto de asentimiento, y a partir de aquel momento los dos guardaron silencio.

Walker Boh regresó a la Chimenea de Piedra tras su encuentro con el Oráculo del Lago, y se pasó casi toda una semana reflexionando sobre lo que el espíritu le había dicho. Hacía un tiempo agradable, los días eran tibios y soleados, y el aire estaba impregnado de las fragancias de los árboles, las flores y los arroyos del bosque. Se sentía protegido en el valle y contento por haberlo elegido como lugar de su retiro. Rumor le daba toda la compañía que necesitaba. El gigantesco gato del páramo siempre lo acompañaba en los largos paseos que daba aquellos días, pisando con delicadeza los senderos solitarios, las orillas cubiertas de musgo de los riachuelos y los bosques poblados de centenarios y enormes árboles. Al oscurecer, los dos salían al porche de la casa: el gato se acomodaba para dormitar y el hombre se sentaba en su mecedora para contemplar la luna y las estrellas.

Aunque se había propuesto no hacerlo, se pasaba todo el día reflexionando. El recuerdo de las palabras del Oráculo del Lago lo importunaba incluso en la Chimenea de Piedra, en su hogar, donde nada debiera romper la serenidad y la paz. Las palabras jugueteaban en su mente y lo obligaban a enfrentarse a ellas, forzándolo a pensar en cuáles escondían la verdad y cuáles la mentira. Walker sabía que le ocurriría eso antes de ir a ver al Oráculo, que sus palabras serían vagas e inquietantes, que le hablaría utilizando enigmas y medias verdades, y que lo dejaría con una maraña de hilos que conducían a las respuestas que él buscaba, una maraña que solo una persona clarividente podría desenredar. Lo sabía, pero no estaba preparado para pagar su alto precio.

* * *

No le fue difícil deducir el lugar donde se encontraba la piedra élfica negra. Solo existía un lugar donde había ojos que podían convertir a los hombres en piedras y voces que los llevaban directamente a la locura, un lugar donde la muerte yacía en las tinieblas más profundas... la Sala de los Reyes, en los Dientes del Dragón. Según la leyenda, la Sala de los Reyes había sido construida antes de la época de los druidas. Era un vasto laberinto de cavernas en el que eran enterrados los monarcas de las Cuatro Tierras, una cripta enorme en la que no se permitía la presencia de los seres vivos, protegida por la oscuridad, por unas estatuas, llamadas esfinges, que eran mitad hombre y mitad bestias, capaces de convertir a los seres vivos en piedra, y por unos seres amorfos llamados Heraldos de la Muerte que ocupaban la parte de las

cavernas conocida como el Pasillo de los Vientos y cuyos gemidos enloquecían a los hombres de forma instantánea.

El sepulcro donde la cavidad tallada con runas ocultaba la piedra élfica negra estaba vigilado por la serpiente Valg, en el supuesto de que aún viviera.

En tiempos de Shea Ohmsford se entabló una cruel y terrible batalla entre la serpiente y el grupo, liderado por Allanon, cuando fueron en busca de la espada de Shannara. Se encontraron inesperadamente con la serpiente, y se vieron obligados a luchar para abrirse camino. Pero nadie se preocupó de la suerte que hubiera podido correr la serpiente. Por las noticias que Walker tenía, nadie había vuelto para comprobar si había conseguido sobrevivir a la batalla.

Cabía la posibilidad de que Allanon hubiese regresado, pero si lo hizo, nunca habló de ello.

La dificultad no radicaba en descubrir dónde se encontraba la piedra élfica negra, sino en decidir si debía ir a buscarla o no. La Sala de los Reyes era un lugar peligroso incluso para un individuo como Walker, que tenía más poderes que una persona normal. La magia, incluida la druídica, podía no ser una protección suficiente, y la que Walker poseía era muy inferior a la que había tenido Allanon. También le preocupaba lo que el Oráculo del Lago se había callado. Estaba seguro de que le había ocultado algunas cosas. El Oráculo del Lago jamás revelaba todo lo que sabía. Le había ocultado algo y, probablemente, eso era lo que podía matarlo.

Por otra parte, tampoco debía olvidar las visiones. Habían sido tres, cada una de ellas más inquietante que la anterior. En la primera, Walker estaba de pie sobre unas nubes, por encima del pequeño grupo que había ido al Cuerno del Hades para reunirse con el espíritu de Allanon, y había perdido una mano. Aquello era una burla por su afirmación de que antes de propiciar la vuelta de los druidas se cortarían una mano. En la segunda, había arrojado a los brazos de la muerte a una mujer de cabellos plateados, una criatura mágica de extraordinaria belleza. En la tercera, Allanon lo sujetaba para que no pudiera huir cuando era perseguido por la Muerte.

Walker sabía que había algo de verdad en cada una de las tres visiones, lo suficiente para prestarles atención y no despreciarlas como simples burlas del Oráculo. Las visiones tenían un significado. El espíritu se las había mostrado para que intentara averiguarlo.

Estos eran los temas sobre los que Walker no podía dejar de reflexionar ni un instante. Pero los días pasaban sin que lograra llegar a ninguna conclusión. De lo único que estaba seguro era del lugar en que se encontraba la piedra élfica negra... y la atracción que esta ejercía sobre el Tío Oscuro aumentaba más cada día. Lo atraía como una llama a la polilla, y aunque la polilla sabía que la esperaba la muerte, volaba con decisión hacia ella.

Al final, Walker también voló. A pesar de que había tomado la firme decisión de esperar hasta que hubiese conseguido resolver los enigmas que le había planteado el Oráculo del Lago, sus ansias por conseguir la piedra élfica perdida acabaron

imponiéndose. Había reflexionado tanto sobre la conversación que se sentía confuso al reproducirla en su mente. Llegó a convencerse de que ya sabía todo lo que podía saber. Solo le quedaba pendiente la búsqueda de la piedra élfica negra y descubrir mediante la acción lo que no podía conseguir de otra manera. Sin duda sería una aventura peligrosa, pero había conseguido sobrevivir a otras situaciones tan peligrosas como esta. Decidió no dejarse dominar por el miedo, aunque adoptaría las precauciones necesarias.

Al amanecer del último día de la semana salió del valle, protegiéndose de la intemperie con una larga capa y llevando únicamente un morral lleno de provisiones. En el camino encontraría prácticamente todo lo que pudiera necesitar. Entró en la Cuenca Oscura, en dirección oeste, y no volvió la cabeza hasta que la Chimenea de Piedra quedó fuera de su campo visual. Rumor se había quedado allí. Le había costado mucho dejar solo al gran gato. Se habría sentido mejor si lo hubiera llevado consigo, ya que pocos seres vivos se atreverían a desafiar a un gato del páramo adulto. Pero sería peligroso para Rumor salir de los confines protectores de la Tierra del Este porque le sería difícil ocultarse, ya que perdería sus dotes naturales para ello. Por otra parte, aquella búsqueda era una cuestión personal que solo le atañía a él, y a nadie más.

Era consciente de lo irónica que resultaba su decisión. Había proclamado a los cuatro vientos que nunca se implicaría con los druidas y sus maquinaciones. Había acompañado a Par en su viaje al Cuerno del Hades de mala gana. Después del encuentro con el espíritu de Allanon, estaba convencido de que el druida jugaba con los Ohmsford y que los utilizaba para sus propios fines ocultos. Casi había echado a Cogleine de su propia casa, insistiendo en que todos sus esfuerzos por enseñarle los secretos de la magia le habían perjudicado más que beneficiado. Había amenazado al anciano con coger la *Historia de los druidas* y tirarla a la ciénaga más profunda que encontrara. Pero después empezó a leerla, encontró la referencia a la piedra élfica negra y cambió radicalmente su forma de pensar. Aún no sabía por qué. Su curiosidad había jugado un papel muy importante, su insaciable necesidad de ampliar sus conocimientos. ¿Existía en realidad la piedra élfica negra? ¿Conseguiría el restablecimiento de Paranor como profetizaba la *Historia de los druidas*? Debía encontrar las respuestas adecuadas a esas preguntas. No podía resistir la atracción que ejercían sobre él tales secretos. Tenían que ser descubiertos y sus misterios, aclarados. Había saberes que estaban esperando ser revelados. Ese era el objetivo al que había dedicado su vida.

Quiso creer que también lo impulsaba su sentido de la justicia y de la piedad. A pesar del concepto que tenía de los druidas, podía haber algo en Paranor que ayudara a las Cuatro Tierras contra los umbríos, suponiendo que lograra restablecer la Fortaleza de los Druidas.

Lo inquietaba la posibilidad de condenar a las razas a un futuro como el que había descrito el espíritu de Allanon si se negaba a ir.

Antes de partir se prometió a sí mismo que solo haría lo que debiera y nunca más de lo que creyese razonable. Siempre sería dueño de su persona y no un juguete en manos del espíritu de Allanon.

Los días eran tranquilos y bochornosos. El calor del verano aumentaba a medida que atravesaba el bosque. En el oeste, en algún lugar bajo los Dientes del Dragón, se estaban acumulando negros nubarrones y no tardaría en desatarse una tormenta en las montañas.

Siguió el curso del torrente de Chard, ascendió por las montañas de Wolfsktaag y volvió a bajarlas. Tardó tres días en llegar a Storlock. Pasó aquella noche con los Stor, que se ocuparon de reabastecer sus ya menguadas provisiones, y la mañana del cuarto día partió hacia las llanuras de Rabb. Entonces lo alcanzó la tormenta, a la que siguió una incesante llovizna que dio al paisaje un tono grisáceo. Patrullas de soldados de la Federación a caballo y caravanas de mercaderes aparecían y desaparecían como fantasmas, sin verlo. El ruido de los truenos llegaba de lejos, sordo y perezoso en el opresivo calor, un gruñido de insatisfacción cuyos ecos cruzaban el vacío.

Walker acampó esa noche en las llanuras de Rabb, bajo la protección de un pequeño bosque de chopos. Estaba empapado, pero no pudo encontrar madera seca para encender fuego, por lo que se vio obligado a dormir envuelto en su capa, tiritando a causa del frío y la humedad.

Por la mañana, cuando Walker despertó, la lluvia había aflojado. Las nubes habían perdido densidad, permitiendo el paso de la luz del sol, pero tiñéndola de gris. Se levantó, tomó un desayuno frío a base de fruta y queso, y reanudó su viaje. Los Dientes del Dragón se levantaban ante él, hoscos y enigmáticos. Llegó al desfiladero que conducía al Valle de Esquisto y al Cuerno del Hades, así como a la Sala de los Reyes, que se hallaba más lejos.

Se detuvo en el desfiladero y acampó al abrigo de un afloramiento rocoso, donde la tierra estaba seca. Encontró leña, encendió una hoguera, secó sus ropas y se calentó. Estaría dispuesto para reemprender la marcha tan pronto como llegase la mañana, la hora más adecuada para entrar en las cavernas. Preparó la cena al fuego y contempló cómo descendían las sombras formando un amplio palio de nubes, niebla y noche sobre los parajes que lo rodeaban. Recordó sus años juveniles y se preguntó qué podía haber hecho para que ahora fuese diferente. Empezó a llover de nuevo, y el mundo que había más allá de su pequeño fuego desapareció.

Aquella noche durmió bien, sin sueños ni sobresaltos. Cuando despertó, había dejado de llover y él se sentía descansado y dispuesto a enfrentarse a su destino. Estaba seguro de sí mismo, pero no por eso iba a dejar de ser precavido. Escuchó los sonidos de la mañana que brotaban a su alrededor, buscando advertencias ocultas, y no consiguió descubrir ninguna.

Se envolvió en la capa, cargó el morral a la espalda e inició la marcha.

Pasó la mañana siguiendo un camino ascendente. Había decidido tomar más

precauciones, y sus ojos escrutaban las rocas, los desfiladeros y las grietas, intentando captar algún movimiento que le previniera de un posible peligro. Sus oídos estaban atentos a los sonidos más insignificantes. Avanzaba con lentitud deliberada, estudiando atentamente el terreno, eligiendo con cuidado la ruta. Las montañas de su entorno eran vastas y estaban vacías y silenciosas; gigantes dormidos que llevaban tanto tiempo arraigados en la tierra que jamás podrían moverse aunque algún día consiguieran despertar.

Entró en el Valle de Esquisto. Las piedras negras brillaban de humedad en su cuenca y las aguas del Cuerno del Hades burbujeaban como una sopa espesa y verdosa. Rodeó el lago con precaución y lo dejó atrás.

La pendiente se hizo más pronunciada, dificultando aún más el ascenso. El viento empezó a soplar con fuerza contra la bruma hasta que el aire quedó claro y despejado, dejando un techo de nubes grises entre Walker y la tierra.

La temperatura bajó, con lentitud al principio y después con inusitada rapidez, hasta situarse en el punto de congelación. Había hielo entre las rocas, y empezaron a caer copos de nieve formando remolinos. Se ciñó la capa y prosiguió su camino.

Ahora su avance se había ralentizado tanto que le daba la impresión de que no se movía. El sendero, lleno de piedras sueltas, serpenteaba y se retorcía entre los peñascos. El viento era implacable; congelaba su rostro y sus manos, golpeándolo con tal fuerza que amenazaba con derribarlo. El paisaje no cambiaba de aspecto, impidiéndole conocer el lugar exacto donde se encontraba.

Renunció a su empeño de oír o ver algo que estuviera a más de un metro de distancia, y se concentró en poner un pie delante del otro, procurando no pensar en el frío.

Se entretuvo en imaginar cómo sería la piedra élfica negra y cómo actuaría su magia. Jugó con la visión en el silencio de su mente, cerrándola al mundo por el que viajaba y la incomodidad que sentía. Mantuvo la imagen ante sí como si fuera un farol, y la utilizó para iluminar el camino.

Al mediodía entró en un cañón, una ancha fisura entre gigantescos picos encapotados por nubes que conducía a un valle y, tras este, a un angosto y tortuoso desfiladero que se perdía entre las rocas. Walker atravesó el cañón y se internó en el desfiladero. El viento se convirtió en un susurro, en un eco suave. La humedad recogida por las cumbres se concentraba en charcos. Walker sintió con mayor fuerza la mordedura del frío. Reaccionó, manteniéndose alerta de nuevo, observando en tensión los diversos recovecos y rincones del desfiladero. Poco después dejó atrás los muros de piedra, llegando a su destino.

Ante él se abría, en la roca de la montaña, la entrada a la Sala de los Reyes, unas sobrecogedoras fauces negras, flanqueadas por gigantescos centinelas de piedra en forma de guerreros con armadura, cuyas espadas se clavaban en la tierra. De espaldas a la boca de la caverna, los pétreos centinelas tenían sus caras erosionadas por los agentes atmosféricos, y sus ojos miraban a Walker como si pudieran verlo.

Walker se detuvo. El camino que tenía delante estaba sumido en la penumbra. El viento, cuyos ecos resonaban aún en sus oídos, había cesado por completo y la bruma había desaparecido. Incluso el frío se había transformado en una extraña sensación de embotamiento.

Lo que Walker sentía en aquel momento era inconfundible. El sentimiento lo envolvía como una segunda piel, penetraba en su cuerpo y le calaba hasta los huesos. Ese sentimiento era provocado por la presencia de la muerte.

Escuchó el silencio, escrutó las tinieblas y esperó. Dejó que su mente penetrara en aquel mundo, sin que lograra descubrir nada.

Los minutos pasaban.

Por fin, Walker se irguió con decisión, se ajustó el morral y reanudó la marcha.

* * *

Era media tarde en la Tierra del Oeste, en el lugar donde el Tirfing se extiende hacia el sur desde las soleadas orillas del río Mermidon a lo largo de los extensos y despoblados parajes de La Mortaja. El verano había sido seco y la hierba estaba quemada por el calor incluso en los lugares sombreados. Donde no había sombra que la protegiera, la tierra estaba desnuda y cuarteada.

Wren Ohmsford se sentó con la espalda apoyada en el tronco de un gran roble, cerca de una fangosa charca donde bebían los caballos, y contempló cómo enrojecía el sol, próximo ya a ocultarse tras el horizonte. El resplandor le impedía ver cualquier cosa que pudiera acercarse desde aquella dirección, y se puso una mano sobre los ojos a modo de visera.

Una cosa era que Garth consiguiera sorprenderla y otra muy distinta bajar la guardia ante su perseguidor.

Se mordió el labio inferior en actitud pensativa. Hacía ya dos días que se habían dado cuenta de que alguien o algo los estaba siguiendo. En realidad, solo lo sintieron, porque no habían conseguido ver nada. Garth había vuelto sobre sus pasos aquella mañana para averiguar quién o qué era. Cambió sus ropas de colores vivos por otras oscuras, se embadurnó la cara, las manos y el pelo de barro, y desapareció en la calina como un umbrío.

A su perseguidor, quienquiera que fuese, le esperaba una desagradable sorpresa.

Pero el día tocaba a su fin y el gigante nómada aún no había regresado. Quizá el ser que los perseguía era más astuto de lo que suponían.

—¿Qué pretenderá? —se preguntó Wren.

Aquella mañana había hecho a Garth la misma pregunta, y él se había pasado lentamente un dedo por la garganta. Ella intentó hacerle desistir de su propósito, pero le faltaba la convicción necesaria. Tal vez su perseguidor era un asesino, pero

también cabía la posibilidad de que no lo fuera.

A continuación, dejó que su mirada vagara por las llanuras que se extendían al este. La situación era inquietante, ya que probablemente estaba relacionado con sus indagaciones sobre los elfos.

Dio un suspiro, irritada por el cariz que estaban tomando los acontecimientos. Había regresado muy preocupada del encuentro con el espíritu de Allanon, insatisfecha con lo que había oído y sin atreverse a tomar una decisión en un sentido u otro. El sentido común le decía que el espíritu le pedía algo imposible. Pero en su interior, ese sexto sentido en el que ella tanto confiaba le decía que quizá no lo fuese, que los druidas siempre habían tenido una percepción mucho más clara que los humanos, y que sus encargos y advertencias a las gentes de las razas siempre habían sido acertados. Por así lo creía, y era probable que ya hubiese iniciado la búsqueda de la espada de Shannara. Y aunque Walker se había separado de ellos dominado por un fuerte ataque de ira, jurando que no volvería a mantener trato alguno con los druidas, su acceso de ira parecía momentáneo. Era una persona demasiado racional, que ejercía sobre sí un férreo autocontrol, para rechazar el asunto con tanta facilidad. Como había hecho ella, Walker también lo habría pensado con más detenimiento.

Hizo un gesto de insatisfacción.

Durante algún tiempo, ella había creído que su propia decisión era irrevocable. Se había convencido a sí misma de que el curso de su vida debía estar regido única y exclusivamente por el sentido común, y se había apresurado a regresar junto a los suyos en compañía de Garth, dejando a un lado todo lo que pudiera estar relacionado con Allanon y los elfos. Sin embargo, no había conseguido resolver sus dudas. Tenía la sensación de que había algo que fallaba en la actitud que había adoptado. Y casi contra su voluntad, empezó a hacer preguntas sobre los elfos. Fue bastante fácil. Los nómadas eran trotamundos, y durante el año recorrían la Tierra del Oeste de un extremo a otro, intercambiando sus posesiones por las cosas que necesitaban. Pasaban por las aldeas y comunidades, y siempre había nuevas personas con las que hablar. ¿Qué daño podía causarles el que incluyera al os el fosen sus conversaciones?

A veces formulaba las preguntas directamente y otras, medio en broma. Pero siempre obtenía la misma respuesta: los elfos habían desaparecido en una época remota, antes de que nacieran sus abuelos. Nadie había visto nunca a un elfo. La mayoría ni siquiera estaban seguros de que hubiesen existido alguna vez.

Wren empezó a sentirse estúpida cuando preguntaba por los elfos, y se planteó si debía dejar de hacerlo. Se alejó de su gente para cazar con Garth, y al mismo tiempo satisfacer su creciente necesidad de estar sola y reflexionar, confiando en que conseguiría aclarar sus ideas.

Y entonces fue cuando apareció su perseguidor. Ahora pensaba en la posibilidad de averiguar algo a través de él.

Captó un movimiento con el rabillo del ojo, una vaga agitación en la calina de la llanura, y se puso de pie con cautela.

Permaneció inmóvil bajo el roble mientras la imprecisa forma aumentaba de tamaño y se convertía en Garth. El gigante nómada corría hacia ella cubierto de sudor. Apenas jadeaba, como una máquina incansable a la que ni siquiera afectara el intenso calor del pleno verano. Hizo un gesto negativo. No había encontrado a nadie.

Wren sostuvo su mirada durante un breve instante, y después se agachó para darle la bota del agua. Mientras bebía, ella se apoyó en la áspera corteza del roble y contempló la llanura vacía. De manera inconsciente, levantó una de sus manos para tocar la bolsita de cuero que colgaba de su cuello e hizo girar el contenido entre sus dedos. Piedras élficas falsas. Su talismán de la suerte. ¿Qué clase de suerte le estaba dando ahora?

Consiguió sobre ponerse a la inquietud. En su bronceada cara se reflejó su firme resolución. Bueno, ya estaba bien. No le gustaba que la siguieran e iba a acabar con aquella persecución. Tomarían una nueva dirección, borrarían sus huellas, retrocederían una o dos veces, cabalgarían de noche si era necesario y despistarían de una vez por todas a su perseguidor.

Retiró la mano de la bolsita. Sus ojos tenían un brillo intenso.

A veces hay que crear la propia suerte.

* * *

Walker Boh entró en la Sala de los Reyes con pisadas de gato, pasando sin ruido entre los enormes centinelas de piedra al atravesar la boca de la caverna hacia la impenetrable oscuridad del interior. Se detuvo un momento para que sus ojos pudieran adaptarse a ella. Había un poco de luz, una tenue fosforescencia verdosa producida por la roca. No necesitaría ningún farol ni ninguna antorcha para encontrar el camino.

Durante un instante pudo ver en su mente una imagen de las cavernas, una reconstrucción de lo que esperaba encontrar en ellas. Cogline se las había dibujado en un papel hacía tiempo. El anciano nunca había estado allí, pero sí otros druidas, y Allanon había sido uno de ellos. Cogline había estudiado los mapas que ellos habían trazado y reveló los secretos que encerraban a su alumno. Walker estaba seguro de que sabría encontrar el camino.

Avanzó con precaución.

El pasadizo era ancho y llano. Tanto los muros como el suelo carecían de protuberancias y grietas. En las cuevas reinaba un silencio profundo y susurrante, y el frío le calaba hasta los huesos, un frío que se había instalado en el interior de la roca de la montaña siglos atrás y queja más sería desalojado. Atravesó la ropa de Walker y lo hizo tiritar. Inmediatamente se sintió invadido por una mezcla de sensaciones desagradables: soledad, insignificancia, futilidad. Las cavernas lo empequeñecían, lo

reducían a un ser minúsculo cuya presencia en aquel lugar antiguo y prohibido constituía una afrenta.

Luchó por imponerse a esos sentimientos al darse cuenta de sus consecuencias funestas, y después de un breve forcejeo se disolvieron en el frío y el silencio.

Llegó a la Caverna de las Esfinges. Se detuvo de nuevo, ahora para estabilizar su mente, para retraerse adonde los espíritus de la piedra no pudieran alcanzarlo. Cuando estuvo allí, envuelto en susurros de cautela y precaución, abrigado por palabras de poder, siguió adelante. Mantuvo los ojos fijos en el suelo polvoriento, en la piedra que había bajo sus pies, limitando el alcance de su mirada al paso que daría a continuación.

En su mente, vio a las esfinges que se erguían sobre él, enormes esculturas talladas por las mismas manos que los centinelas. Se decía que las esfinges tenían rostro humano y cuerpo de animal... criaturas pertenecientes a otra época que ningún hombre vivo había visto nunca. Eran antiguas, tan increíblemente antiguas que sus existencias podían medir se en centenares de generaciones de hombres mortales: tantos habían sido los monarcas que habían desfilado bajo su mirada cuando eran llevados al eterno descanso de sus tumbas por personas que jamás salieron.

«¡Míranos!», murmuraban. «¡Mira lo maravillosas que somos!».

Podía sentir sus ojos sobre él, oír sus voces con la mente, sentir cómo rasgaban las capas de protección que había confeccionado suplicándole que levantara los ojos. Aceleró el paso, intentando ahogar los susurros, resistirse a obedecerlas. Entonces le pareció que los monstruos de piedra proferían terribles, autoritarios e insistentes aullidos.

«¡Walker Boh! ¡Míranos! ¡Tienes que mirarnos!».

Se obligó a continuar, con la mente inundada por las voces y su resolución resquebrajada. Tenía la frente empapada de sudor a pesar del frío, y los músculos dolorosamente agarrotados. Apretó los dientes, increpándose por su debilidad. De repente, recordó que Allanon había recorrido el mismo camino, con siete hombres bajo su protección, y que en ningún momento había cedido.

Al final, él tampoco lo hizo. Justo cuando estuvo a punto de renunciar, cuando creyó que debía hacerlo, llegó al extremo de la caverna y entró en el pasadizo que partía de ella. Los susurros disminuyeron su intensidad y poco después cesaron por completo. Las esfinges habían quedado atrás. Levantó de nuevo los ojos, resistió la tentación de mirar atrás y siguió avanzando.

El pasadizo se estrechó y empezó a serpentear hacia abajo. Walker aminoró la marcha, temeroso de lo que pudiera estar acechándolo en la oscuridad. Allí solo había pequeñas manchas de luz verdosa, y el corredor estaba poblado de densas sombras. Se agachó, convencido de que algo estaba esperando el momento oportuno para atacarlo, sintiendo su presencia con mayor intensidad a cada paso que daba. Por un momento, consideró la posibilidad de iluminar el pasadizo valiéndose de su magia para ver lo que se escondía, pero enseguida rechazó la idea. Si invocaba a la magia,

las criaturas o lo que fuesen se enterarían de que poseía poderes especiales. Era mejor mantenerlo en secreto, pensó. Le serían mucho más útiles si los utilizaba de forma imprevista.

Sin embargo, nada apareció. Desterró su inquietud y aceleró el paso hasta que el pasadizo se enderezó y empezó a ensancharse de nuevo.

Entonces empezó a escuchar el sonido.

Supo que se estaba acercando, y que atacaría. Sin embargo, cuando se produjo el ataque, él no estaba preparado. Se abalanzó sobre él, envolviéndolo con la fuerza de cadenas de hierro, tirando de él hacia delante. Era el grito de los vientos a través de un cañón, el aullido de las tormentas sobre una llanura, el golpear de las olas del mar contra las rocas de un acantilado. Y bajo la superficie de aquello escuchaban los horribles gemidos de almas atormentadas por dolores inimaginables que arañaban con sus huesos la roca de los muros de la caverna.

Walker Boh recurrió a sus defensas con frenesí. Se encontraba en el Pasillo de los Vientos, y los Heraldos de la Muerte estaban sobre él. Bloqueó todo su ser en un momento, cerrándose al sonido aterrador con toda la fuerza de su voluntad, enfocando sus pensamientos hacia una sola imagen mental, una imagen de sí mismo. Dibujó la figura con líneas y sombras, coloreó el resto y la dotó de vida, fuerza y determinación. Siguió adelante. Ahogó el sonido de los Heraldos de la Muerte hasta que quedó reducido a un extraño zumbido que golpeaba y rasgaba a su alrededor, intentando penetrar en él. Contempló el Pasillo de los Vientos mientras lo atravesaba, una caverna vacía en la que solo se podía ver el gemido, que era un remolino de color lanzando destellos en la oscuridad como un rayo enloquecido.

Nada de lo que hiciese Walker conseguiría debilitarlo. Los chillidos y los aullidos golpeaban su cuerpo como si fuesen seres vivos. Sintió que sus fuerzas disminuían, como ya le había ocurrido antes bajo la acometida de las esfinges, que sus defensas lo abandonaban. La furia del ataque era terrible. Luchó con desesperación al ver que la imagen que había trazado de sí mismo empezaba a ondear y desvanecerse. Estaba perdiendo el control. En un minuto, en dos como mucho, su protección acabaría saltando por los aires hecha añicos.

Pero, una vez más, consiguió salir de allí justo en el momento en que parecía que iba a rendirse. Con pasos vacilantes se alejó del Pasillo de los Vientos, entró en una pequeña caverna contigua y cesaron los gritos de los Heraldos de la Muerte. Walker se apoyó en la pared más próxima, deslizándose sobre la pulida roca del suelo hasta quedar sentado. Le temblaba todo el cuerpo. Respiró muy despacio, reconstruyéndose pieza a pieza. Le dio la sensación de que el tiempo se detenía y permitió que sus ojos se cerraran durante un breve instante.

Cuando volvió a abrirlos, vio ante sí una enorme puerta de piedra de dos hojas, unidas a la roca por goznes de hierro. En la puerta había runas grabadas, viejas marcas tan rojas como el fuego.

Había llegado a la Sala de Reuniones, al sepulcro donde descansaban los restos de

los reyes de las Cuatro Tierras.

Se levantó, cogió el morral y se dirigió a la puerta. Estudió las runas durante un breve instante; después puso una mano cuidadosamente sobre ellas y empujó. La puerta se abrió y Walker Boh las traspasó.

Se encontró en una gigantesca caverna circular, iluminada por rayos de luz verdosa. Junto a las paredes estaban alineados los sarcófagos, la muerte encerrada por la piedra y el mortero. Había estatuas que guardaban a los gobernantes enterrados. Ante cada sepulcro, dentro de arcas y toneles, estaban las posesiones de su ocupante: joyas, pieles, armas y todo tipo de tesoros, tan cubiertos de polvo que apenas eran reconocibles. Los muros de la cámara se perdían en las alturas. El techo era un impenetrable dosel negro. La caverna parecía desprovista de vida. En el extremo opuesto había otra puerta cerrada. Tras ella había vivido la serpiente Valg. Allí estaba la Pira de los Muertos, un altar sobre el que yacían los monarcas difuntos de las Cuatro Tierras durante un número determinado de días antes de ser sepultados. Unos escalones de piedra descendían desde el altar hasta un estanque donde se ocultaba Valg. Se suponía que la serpiente vigilaba a los muertos. Walker no se habría sorprendido si le hubiesen dicho que se los comía.

Escuchó, intentando captar algún sonido de movimiento o respiración, pero no oyó nada. Contempló el sepulcro, estudiándolo. Allí era donde estaba la piedra élfica negra... no en la caverna contigua. Si actuaba con rapidez y cautela, quizá no se viera obligado a descubrir si la serpiente Valg seguía con vida.

Empezó a andar muy despacio y sin hacer ningún ruido ante los sarcófagos, sus estatuas y sus riquezas. No prestó atención a los tesoros. Sabía por Cogline que estaban impregnados de un veneno que mataría a cualquier persona que los tocara. Siguió adelante, rodeando cada bastión de muerte, observando los muros rocosos y las runas que los adornaban. Dio una vuelta completa a la cámara y se encontró en el mismo lugar del que había partido.

Nada.

En su cara se dibujó una expresión reflexiva. ¿Dónde estaba la cavidad que guardaba a la piedra élfica negra?

Recorrió de nuevo la caverna, dejando que sus ojos vagaran a través de la neblina verdosa, pasando de un rincón oscuro al siguiente. Había algo que no lograba captar. ¿Qué era?

Cerró los ojos y dejó que sus pensamientos se extendieran, explorando la penumbra. Percibía una vaga presencia que parecía susurrar su nombre. Sus ojos se abrieron de repente y su delgado y espectral rostro se puso en tensión. Esa presencia que sentía no estaba en los muros, sino en el suelo.

Empezó a andar a través de la cámara, dejándose guiar por lo que sentía que esperaba allí. Llegó a la conclusión de que se trataba de la piedra élfica negra. Una piedra élfica debía de tener una vida propia, una presencia que podía ser convocada. Se alejó de las estatuas y los tesoros, de los sarcófagos, con los ojos fijos en un punto

situado casi en el centro de la estancia.

Cuando llegó a él, vio una losa rectangular sobre el suelo, con runas grabadas, pero estaban tan deterioradas que le fue imposible descifrarlas. Inquieto por desconocer su significado, dudó. Si las runas eran élficas, tendrían miles de años. No podía esperar que fuesen legibles.

Se arrodilló. No era más que una figura solitaria en el centro de la caverna, aislada incluso de los muertos. Limpió las marcas e intentó descifrarlas de nuevo. Poco después, desalentado, renunció. Empujó la piedra con ambas manos, y se movió con facilidad y sin hacer el menor ruido.

Sintió una corriente de excitación.

El agujero de abajo era oscuro, tanto que no consiguió ver nada en su interior. Pero, sin duda, había algo...

Prescindiendo de la cautela con que había actuado hasta el momento y que tan buenos resultados le había dado, Walker Boh introdujo la mano en el agujero.

Walker sintió al instante que algo la envolvía y sujetaba. Sintió un dolor muy agudo, y después embotamiento. Intentó soltarse, pero no lo consiguió, y enseguida el pánico se apoderó de él. Seguía sin poder ver lo que había dentro del agujero.

Desesperado, recurrió a la magia. Su mano libre produjo luz, que enfocó rápidamente en el agujero.

Lo que vio lo dejó helado. Allí no había ninguna piedra élfica, sino una serpiente enroscada en su mano. Pero no era una serpiente normal, sino muy peligrosa, y la reconoció en el acto; era un Áspid, una criatura salida de las antiguas leyendas, concebida al mismo tiempo que las enormes esfinges de la otra caverna.

Pero el Áspid era un ser de carne y hueso hasta que atacaba. En ese momento se convertía en piedra, y también en piedra convertía a su víctima.

Walker apretó los dientes cuando comprendió lo que sucedía. Su mano ya estaba poniéndose gris, con el Áspid enroscado en ella ahora muerto y endurecido, sujeto al fondo de la cavidad por una espiral de la que no podía liberarse. Walker Boh tiró con fuerza para desembarazarse de aquel ser, pero no lo consiguió. Estaba engarzado en la piedra, unido al Áspid y al suelo de la caverna. Sintió que el miedo se apoderaba de él, cortándolo como el filo de un cuchillo. Lo habían envenenado. Su mano se estaba convirtiendo en piedra, y a continuación, de forma lenta pero inexorable, se petrificaría el resto de su cuerpo.

Hasta que quedara convertido en una estatua.

Poco antes de amanecer, cuando el frente de la tormenta que atravesaba Tyrsis se alejó hacia el norte, cambió el tiempo en el Saliente. Las primeras nubes empezaron a cubrir el cielo, la luna y las estrellas, y convirtieron el final de la noche en una oscuridad impenetrable. El viento se calmó, su murmullo se extinguió sin que lo advirtieran los proscritos que permanecían despiertos, y el aire se aquietó e hizo más pesado. Cayeron algunas gotas sobre las caras levantadas de los centinelas y mancharon la roca seca y polvorienta del farallón. Todo enmudeció mientras las gotas se multiplicaban. Abajo, de la tierra boscosa, se elevaron vapores que superaron la altura de las copas de los árboles para mezclarse con las nubes, hasta que ni los ojos más penetrantes pudieron ver nada. Cuando el alba consiguió abrirse paso a través de las sombras, fue como una línea luminosa a lo largo del horizonte oriental, tan tenue que pasó casi inadvertida. En aquel momento, la lluvia se había estabilizado, obligando a todos, incluso a los centinelas, a buscar un refugio.

Por eso nadie vio al escalador.

Debió de salir del bosque, amparado en la oscuridad, y escalar por la pared rocosa cuando las nubes taparon la luz que habría revelado su presencia. Sus garras y corazas arañaban la roca, produciendo sonidos chirriantes, que quedaban ahogados por los truenos lejanos, el golpeteo de la lluvia y el movimiento de hombres y animales en los campamentos. Además, los proscritos de guardia estaban cansados y de malhumor, convencidos de que la Federación no intentaría un nuevo ataque antes del amanecer.

Cuando comprendieron su error y empezaron a alertar a gritos a sus compañeros, el escalador se encontraba ya muy arriba.

Los gritos despertaron a Morgan Leah. Se había quedado dormido en el bosquecillo de álamos que crecía en el extremo del farallón, cuando todavía reflexionaba sobre sus sospechas acerca de la identidad del traidor. Estaba acurrucado bajo el árbol más grande, arropado con la capa. Tenía tan doloridos y agarrotados sus músculos que no consiguió ponerse en pie al primer intento. Pero los chillidos eran cada vez más intensos y terroríficos. Imponiéndose a su estado físico, se levantó, desenvainó el espadón y salió corriendo al descubierto en medio de la lluvia.

El farallón era el reino de la confusión. Los hombres corrían por todas partes, de un lado para otro, empuñando sus armas; siluetas negras en un mundo gris y húmedo. Aparecieron varias antorchas, brillando en las tinieblas, pero la lluvia las apagó enseguida.

Morgan intentaba averiguar la causa de aquella locura, y entonces lo vio. El escalador estaba ya en la cumbre del farallón, alzándose sobre las fortificaciones de

los proscritos y los hombres que lo amenazaban, con las garras clavadas en la roca. Un cadáver colgaba de una de sus gigantescas pinzas, casi cortado por la mitad... uno de los centinelas que había visto lo que sucedía.

Los proscritos se lanzaron al asalto, provistos de pértigas y lanzas con las que atacaron el enorme cuerpo del escalador, para obligarlo a retroceder hacia el precipicio. Pero el monstruo era una criatura gigantesca y se erguía sobre ellos como una torre. Morgan se detuvo, angustiado.

Era como si intentaran desviar un río de su curso. Ninguna criatura que tuviera aquel volumen podía ser rechazada solo con fuerzas humanas.

El escalador se abalanzó sobre sus atacantes. Las pértigas y las lanzas se rompían y astillaban contra el monstruo. Los hombres que quedaron aprisionados bajo sus pies murieron al instante, y varios más fueron apresados por sus pinzas. Una sección completa de las fortificaciones del Saliente se desplomó bajo la presión de su peso. Los proscritos retrocedieron ante la criatura, que destrozaba armas, provisiones y tiendas de campaña, dando alcance a todo lo que se movía. Las espadas y los cuchillos se hundían en su cuerpo, pero no parecía afectarle. Avanzaba sin cesar, persiguiendo a los que se retiraban.

—¡Nacidos libres! —se oyó gritar de repente—. ¡A mí!

Padishar Creel, una brillante figura escarlata que destacaba entre la lluvia y la bruma animando a sus hombres, parecía haber surgido de la nada. Los proscritos gritaron en respuesta y corrieron a su lado. Los formó en escuadras sin pérdida de tiempo. La mitad contraatacó con estacas enormes para bloquear las pinzas del escalador, mientras el resto lo hizo por los lados y por detrás. El monstruo se contrajo y retorció, pero no cejó en su avance.

—¡Nacidos libres! ¡Nacidos libres! —se oía por todas partes, y el grisáceo amanecer se impregnó de su furia.

Entonces, Axhind y los troles de las rocas aparecieron, armados hasta los dientes, con sus gigantescas hachas de guerra en la mano. Atacaron de frente al escalador, con las pinzas del monstruo como objetivo. Tres murieron casi de forma instantánea, cortados con tanta rapidez que desaparecieron en un torbellino de miembros y sangre. Pero los otros no se amilanaron, siguieron en su empeño hasta quebrar la pinza izquierda e inutilizarla.

El escalador redujo su ímpetu. Había dejado tras de sí un rastro de cadáveres. Morgan todavía se hallaba entre el monstruo y las cuevas, sin atreverse a tomar una decisión y sin comprender por qué. Era como si estuviese atrapado en arenas movedizas. Vio que la bestia se levantaba de la tierra, con la cabeza erguida y la pinza sana levantada como una serpiente dispuesta a atacar, apoyándose en la mitad trasera de su cuerpo, preparada para arrojarse sobre sus adversarios y aplastarlos. Los troles y los proscritos retrocedieron de forma precipitada, avisándose unos a otros.

Morgan buscó a Padishar con la mirada, pero el jefe de los proscritos había desaparecido. No pudo encontrarlo por ninguna parte. Durante un breve instante

pensó que Padishar podía haber sucumbido al ataque del escalador. La lluvia le daba de lleno en la cara, le entraba el agua en los ojos y parpadeó para expulsarla. Su mano se tensó sobre la empuñadura del espadón, pero se contuvo.

El escalador avanzaba ahora muy despacio, revolviéndose a derecha e izquierda para protegerse de los ataques laterales. De un coletazo hizo volar a varios hombres. Las lanzas y las flechas rebotaban en sus corazas. Seguía adelante, obligando a los defensores a retroceder hacia las cuevas. Pronto no tendrían un lugar hacia el que huir.

Morgan estaba temblando. «¡Haz algo!», le dijo una voz interior.

En aquel instante, Padishar reapareció en la boca de la cueva principal del Saliente y ordenó a sus hombres que se retirasen. Había algo enorme tras él que avanzaba entre crujidos. Morgan forzó la vista a través de la penumbra y la niebla. Surgieron filas de hombres, tirando de cuerdas, y la cosa empezó a tomar forma. Morgan pudo verla bien cuando atravesó la boca de la cueva y siguió arrastrándose hacia el exterior.

Era una enorme ballesta de madera.

Los hombres de Padishar la orientaron hacia el escalador. De pie sobre la base, Chandos daba vueltas a un pesado manubrio para echar hacia atrás la cuerda de la ballesta, mientras otros proscritos ajustaban a ella una gigantesca y afilada flecha.

El escalador vaciló un instante, como si quisiera calcular el peligro potencial de la nueva arma. Después se agachó ligeramente y prosiguió su avance precedido de la pinza que le quedaba.

Padishar ordenó realizar el primer disparo cuando el monstruo estaba a unos quince metros, pero erraron el blanco. El escalador aceleró el paso mientras Chandos volvía a montar el arma. La segunda flecha rebotó en una de las planchas de la bestia, pero la enorme criatura no acusó el impacto. La fuerza del golpe casi consiguió detenerla, pero enseguida se enderezó y prosiguió la marcha.

Morgan se dio cuenta de que ya no había tiempo para hacer un tercer tiro. El escalador estaba demasiado cerca. Sin embargo, Chandos se mantenía firme en su puesto y preparaba desesperadamente la ballesta para intentarlo de nuevo. El escalador estaba a pocos metros. Los proscritos y los troles lo acosaban por ambos lados con hachas y espadas, sin demasiado éxito. El monstruo había comprendido que solo la ballesta entrañaba algún peligro para él, y avanzaba con resolución para destruirla.

Chandos colocó la tercera flecha y puso la mano sobre el disparador, pero ya era demasiado tarde. El escalador se irguió y se abalanzó sobre el arma y la destrozó. La madera se astilló y las ruedas que la soportaban salieron despedidas. Chandos se encontró volando por el aire y los hombres se dispersaron, presas del terror. El escalador reptó hasta ponerse sobre ella, consciente de su victoria, sabiendo que le faltaba poco para terminar el trabajo.

Pero Padishar fue más rápido. Mientras los otros proscritos huían, Chandos estaba

inconsciente y Morgan luchaba con su indecisión, Padishar atacó. El jefe de los proscritos, apenas una vaga mancha escarlata en la niebla y la penumbra del lluvioso amanecer, cogió una de las flechas de la ballesta que ahora estaban esparcidas por el suelo, corrió bajo el escalador y la aseguró en la tierra con la punta hacia arriba. La bestia, obsesionada en destruir el arma, no lo vio. La golpeaba, aplastándose sobre la ballesta y llegando hasta la punta de hierro de la flecha. La fuerza del derrumbamiento fue tal que esta atravesó la coraza y la carne de un lado de su cuerpo y salió por el otro.

A duras penas, Padishar consiguió apartarse cuando el escalador cayó a tierra.

El monstruo se irguió, temblando de dolor y sorpresa, atravesado por la flecha. Perdió el equilibrio y se desplomó, retorciéndose con furor en su ansia por liberarse del arma asesina.

Al final, se hizo una bola.

—¡Nacido libre! —gritó Padishar, y los proscritos y los troles cayeron con sus armas sobre el monstruo.

Con las hachas y las espadas, cortaron su única pinza útil. Padishar animaba a sus hombres, atacaba con ellos, blandiendo su espadón con la fuerza que le quedaba.

El combate era feroz. Aunque malherido, el escalador todavía era muy peligroso. Algunos hombres cayeron y fueron aplastados bajo el peso de su corpachón, y otros fueron lanzados por los aires o destrozados por sus garras. Todos los esfuerzos para acabar con él resultaron insuficientes hasta que, por fin, lograron atravesar su cerebro con otra flecha. Tras una última convulsión, el escalador quedó inmóvil.

Morgan Leah lo había presenciado todo como si hubiera estado a gran distancia, demasiado lejos de lo que estaba sucediendo para intervenir. Aún temblaba cuando concluyó el combate. Estaba bañado en sudor, cuando no había levantado ni un solo dedo para ayudar a los demás.

* * *

A partir de aquel momento pudo apreciarse un cambio en el campamento de los proscritos, un cambio de actitud que reflejaba la creciente convicción de que el Saliente ya no era inexpugnable. El cambio fue casi inmediato. Padishar estaba profundamente irritado e importunaba a cualquiera que se le pusiera delante; estaba enfurecido con la Federación por haber utilizado a un escalador, con el monstruo muerto por los graves daños que les había infligido, con los centinelas por no haber estado más atentos y, sobre todo, consigo mismo por no haberse preparado mejor. Los hombres desempeñaban las tareas encomendadas de mala gana, hablando solos mientras se movían entre los despojos de la batalla. Si la Federación había enviado a un escalador, decían, ¿qué le impediría enviar a otro? Si lo mandaba, ¿cómo se las

arreglarían para vencerlo? Y si enviaba algo peor, ¿qué podían hacer?

Dieciocho hombres habían muerto en el ataque, y más del doble habían resultado heridos, algunos de ellos de tal gravedad que expirarían antes de que finalizara el día. Padishar ordenó que enterraran a los muertos al final del farallón y que trasladaran a los heridos a la cueva principal, habilitada como hospital de urgencia. Tenían medicinas y varios hombres con experiencia en el tratamiento de heridas de guerra para administrarlas, pero los proscritos no contaban con los servicios de un sanador profesional. Los gritos de dolor y los lamentos de los heridos y moribundos alteraban la tensa calma de las primeras horas de la mañana.

Arrastraron al escalador hasta el borde del farallón y lo arrojaron por él. Fue un trabajo difícil y extenuante, pero Padishar no habría tolerado la presencia del monstruo en el campamento más tiempo del necesario. Utilizando cuerdas y poleas, docenas de hombres arrastraron el cuerpo del monstruo entre los despojos de la batalla palmo a palmo. Los proscritos necesitaron toda la mañana para realizar aquel trabajo. Morgan les ayudó, en silencio, esforzándose por pasar inadvertido, mientras intentaba comprender qué le había ocurrido.

Al final lo descubrió. Estaba ocupado en arrastrar al escalador hasta el borde del acantilado, con el cuerpo debilitado y dolorido, cuando cayó en la cuenta. Comprendió que la espada de Leah era la responsable de su extraña actitud o, para ser más exacto, la magia que guardaba, o que había guardado, en su hoja. La pérdida de la magia lo había dejado inerme, provocando su indecisión y su miedo. Cuando descubrió la magia de la espada, creyó que era invencible. Aquella sensación de poder era algo que jamás había experimentado ni imaginado. Con ese poder a su disposición podría hacer cualquier cosa. Aún recordaba con fruición lo que había sentido durante su enfrentamiento con los umbríos en el Foso. Había sido algo extraordinario, fantástico, aunque también agotador. Cada vez que invocaba el poder, parecía que se llevaba algo suyo.

Cuando rompió la espada de Leah y perdió la posibilidad de seguir utilizando la magia, empezó a comprender lo que esta le había arrebatado. Casi inmediatamente, sintió el cambio que se había producido en él. Padishar había insistido en que estaba equivocado, le había asegurado que olvidaría su pérdida, que la herida cicatrizaría y que, con el tiempo, volvería a ser la misma persona que antes había sido. Ahora sabía que el jefe de los proscritos estaba equivocado. Nunca lograría recuperarse... no por completo. El empleo de la magia lo había cambiado para siempre; no podía olvidarla, no era el mismo hombre sin ella. Aunque solo la había poseído durante un breve espacio de tiempo, lo había marcado. Necesitaba volver a poseerla, porque sin ella se sentía perdido, confuso y asustado. Eso era lo que le había impedido actuar en la lucha contra el escalador, y no el que no supiera lo que debía hacer ni cómo hacerlo. Se había quedado paralizado porque no podía invocar a la magia.

El reconocimiento de esa realidad le exigía algo que no era capaz de precisar. Siguió trabajando como una máquina carente de sentimientos, aturdido por la idea de

que la pérdida de la magia pudiese paralizarlo de aquella manera. Se sumió en sus pensamientos, en la lluvia y el entorno gris, esperando que nadie, y en particular Padishar Creel, se hubiera dado cuenta de su fallo, angustiado por lo que haría si volviese a suceder.

Un rato después, se encontró pensando en Par. Nunca antes se había detenido a pensar en lo que supondría para el joven vallense estar luchando de forma ininterrumpida con su propia magia. Obligado a enfrentarse a lo que la magia de la espada de Leah significaba para él, Morgan creyó comprender lo difícil que era para Par. ¿Cómo había aprendido a vivir con la incertidumbre del poder de la canción? ¿Qué sentía cuando le fallaba, como tantas veces le había ocurrido durante el viaje al Cuerno del Hades para asistir al encuentro con Allanon? ¿Cómo habría conseguido aceptar su debilidad? Morgan halló una nueva fuerza cuando comprendió que el joven vallense había encontrado una forma.

Hacia el mediodía, el escalador había desaparecido y la mayoría de los desperfectos sufridos en el campamento habían sido reparados. La tormenta se desplazó hacia el este, rozando las cumbres de los Dientes del Dragón, y cesó la lluvia. Las nubes se abrieron y el sol atravesó las fisuras con largos y estrechos rayos que jugueteaban sobre el verde intenso de la Llave de Parma. La niebla se deshizo y solo quedó un brillo de humedad que cubría todo con una capa de lustre plateado.

La Federación no tardó en preparar sus catapultas y torres de asedio, y reanudar el ataque al Saliente. Las catapultas arrojaron grandes piedras y las torres de asedio se llenaron de arqueros que disparaban sin cesar contra el campamento de los proscritos. Pero en ningún momento intentaron escalar a la cumbre; el ataque se limitó a descargar una incesante lluvia de proyectiles sobre el farallón y sus ocupantes durante toda la tarde y una buena parte de la noche; un acoso ininterrumpido. No había nada que los proscritos pudieran hacer para detenerlo. Sus agresores estaban demasiado lejos y muy bien protegidos. Fuera de las cuevas, no existía un solo lugar donde no se corriera peligro de resultar herido. Era evidente que la pérdida del escalador no había menguado los ánimos de la Federación. No levantaría el asedio; lo mantendría hasta que los defensores se hubieran debilitado lo suficiente para ser vencidos en un ataque frontal. Aunque resistieran días, semanas o meses, el final sería el mismo. El ejército de la Federación estaba dispuesto a esperar el tiempo que fuera necesario.

En la parte alta, los defensores corrían y esquivaban los proyectiles, gritaban su desafío a los atacantes y hacían los trabajos encomendados lo mejor que podían. Pero en la intimidad de sus refugios maldecían y mascullaban sus sospechas con renovada convicción. Aunque antes pensaran lo contrario, estaba claro que el Saliente no era inexpugnable.

Morgan Leah se enfrentaba en soledad a sus propias preocupaciones. El joven montañés se había aislado a propósito bajo la protección de los álamos que crecían al final del farallón, lejos de las principales posiciones defensivas del campamento donde la Federación concentraba su ataque. Tras haber afrontado y olvidado, por el

momento, el problema de su incapacidad para aceptar la pérdida de la magia de la espada de Leah, se obligó a enfrentarse al no menos problemático dilema de sus sospechas sobre la identidad del traidor.

No sabía muy bien cómo tenía actuar. Debía decírselo a alguien. Tenía que decírselo a alguien. Pero ¿a quién? ¿A Padishar Creel? Si confiaba sus sospechas al jefe de los proscritos, este podría creerle o no, pero el asunto no acabaría ahí. Tan pronto como se lo hubiera dicho, Padishar no haría distinción entre Steff y Teel; se desharía de los dos, porque no había medio de saber cuál de los dos era el traidor o si lo eran ambos. Y Padishar no estaba de humor para esperar la respuesta.

Morgan hizo un gesto negativo. No podía decírselo a Padishar. ¿A Steff? Si confiaba sus sospechas al enano, aceptaba que Teel era la traidora. Eso era lo que él deseaba creer, pero ¿era la verdad? Y aunque lo fuera, no sabía cuál sería la reacción de Steff. Su amigo estaba enamorado de Teel. Ella le había salvado la vida. Difícilmente aceptaría lo que Morgan le dijera si no aportaba unas pruebas que respaldaran sus palabras. Pero Morgan no tenía ni una sola prueba; solo eran especulaciones mejor o peor razonadas.

Tampoco podía contárselo a Steff.

¿A quién más podía confiar sus sospechas? No había nadie más. Se lo habría contado a Par o a Coll si hubieran estado allí, o a Wren, o incluso a Walker Boh. Pero los miembros de la familia Ohmsford se habían dispersado, y él estaba solo. No tenía a nadie en quien confiar.

Se sentó entre los árboles y escuchó los gritos lejanos y las bravatas de los defensores, los ruidos sordos de las catapultas y los arcos, los crujidos del hierro y la madera, el zumbido de los proyectiles y el golpe seco de sus impactos. Se sentía marginado, como una isla en el corazón de la batalla que de algún modo lo había atrapado, perdido en un mar de indecisiones y dudas. Tenía que hacer algo... pero no acababa de encontrar la dirección que debería seguir.

Había deseado con todas sus fuerzas tomar parte en la lucha contra la Federación, ir al norte para unirse a los proscritos, emprender la búsqueda de la espada de Shannara, ver aniquilados a los umbríos... ¡Había hecho tantos planes! Abandonó su vida enclaustrada en las tierras altas, sus insignificantes burlas dedicadas a los burócratas que la Federación había enviado para gobernarlos, dejó de hostigar a unos hombres que, aunque lo desearan, nada podían cambiar.

Tenía que hacer algo grande, algo asombroso...

Algo que marcara la diferencia.

Y ahora que se le presentaba la oportunidad, cuando podía destacar como nadie, se había quedado paralizado.

La tarde caminaba paso a paso hacia el crepúsculo, el asedio de la Federación persistía y Morgan no lograba resolver su dilema. Una vez salió del bosquecillo para hacer una visita a Steff y Teel o, mejor dicho, para espiarlos, para ver si conseguía descubrir algo. Pero los enanos parecían no haber cambiado en nada. Steff continuaba

encontrándose débil y solo era capaz de conversar unos pocos minutos sin adormilarse, y Teel seguía mostrándose taciturna y cautelosa. Observó a los dos con el mayor disimulo posible en busca de un indicio en que basar sus sospechas, pero se fue con las manos vacías.

Empezaba a oscurecer cuando lo encontró Padishar Creel. Estaba absorto en sus reflexiones, intentando tomar una decisión sobre lo que debía hacer, y no lo oyó acercarse. No advirtió su presencia hasta que le habló.

—Aislándote del mundo, ¿verdad?

—¿Qué? —preguntó Morgan, dando un respingo—. ¡Oh, Padishar, perdona!

El jefe de los proscritos se sentó frente a él. Su rostro, cubierto de polvo y sudor, reflejaba cansancio. Si advirtió la turbación de Morgan, no dio ninguna muestra de ello. Extendió las piernas y se echó hacia atrás, apoyándose en los codos.

—Este ha sido un día enloquecedor, Morgan —dijo, dando un largo suspiro—. Veintidós hombres muertos, otros dos que no llegarán a mañana, y aquí estamos nosotros como zorros acorralados.

Morgan se limitó a hacer un gesto de asentimiento, mientras intentaba desesperadamente decidir qué debía decirle.

—La verdad es que no me preocupa mucho el cariz que están tomando las cosas —prosiguió Padishar, sin que pudiera deducirse nada de su expresión—. La Federación mantendrá el asedio de este lugar hasta que todos hayamos olvidado por qué vinimos a aquí, y eso no será muy beneficioso para mis planes ni para las esperanzas de los nacidos libres. Atrapados como estamos, no servimos para gran cosa. Hay otros cielos, y habrá otras oportunidades de ajustar cuentas con esos cobardes que nos envían seres concebidos por la magia negra en vez de combatir contra nosotros. —Hizo una pausa—. Así que he llegado a la conclusión de que ya es hora de que pensemos en la retirada.

—¿Huir? —preguntó Morgan, y se inclinó hacia delante.

—Por la puerta trasera de la que ya hemos hablado. He decidido confiarte mis planes, porque necesitaré tu ayuda.

—¿Mi ayuda? —inquirió Morgan, que miraba con extrañeza a su interlocutor.

—Quiero que alguien lleve un mensaje a Tyrsis... a Damson y a los hermanos del valle —respondió Padishar, enderezándose hasta quedarse sentado—. Hay que informarlos de lo ocurrido. Iría yo, pero he de quedarme para organizar la retirada de los míos, y he pensado que podría interesarte.

—De acuerdo —respondió Morgan—. Iré enseguida.

—No tan deprisa —dijo Padishar, mientras levantaba una mano—. No abandonaremos el Saliente de inmediato; probablemente, no lo haremos hasta dentro de tres días. Todavía no es conveniente mover a los heridos. Pero quiero que te vayas antes. Mañana. Damson es una chica lista, con una cabeza sensata sobre los hombros, pero también es obstinada. He reflexionado desde que me preguntaste si intentaría traer aquí a los hermanos vallenses. Quizá me equivoque, pero creo que es probable

que lo intente. Tienes que asegurarte de que no lo haga.

—Lo procuraré.

—Por la puerta trasera... como te he dicho. Y solo.

Morgan se limitó a fruncir el ceño.

—Sí, irás tú solo, muchacho. Tus amigos se quedan conmigo. En primer lugar, no puedes andar por Callahorn en compañía de un par de enanos... aunque estuviesen capacitados para eso, y al menos uno de ellos no lo está. La Federación os capturaría en dos minutos. Y en segundo lugar, no podemos correr riesgos innecesarios después de todas las traiciones que hemos sufrido hasta ahora. Nadie debe conocer tus planes.

El joven de las tierras altas se quedó pensativo un instante. Padishar tenía razón. Era absurdo exponerse a riesgos inútiles. Sería mejor que actuara solo y no hablara a nadie de su propósito; en especial, a Steff y a Teel. Casi estuvo a punto de hablarle de sus sospechas, pero lo pensó mejor y se limitó a hacer un gesto de asentimiento.

—Bueno. Asunto concluido, salvo por un pequeño detalle —dijo Padishar, y se puso de pie—. Acompáñame.

Llevó a Morgan a través del campamento hasta la cueva principal, precediéndolo al pasar por la zona habilitada para los heridos y por las cámaras situadas más allá. Los túneles empezaban allí, una docena o más, se separaban unos de otros y desaparecían en la oscuridad. Padishar cogió una antorcha y la encendió acercándola a otra que ardía en un soporte de hierro sujeto al muro, miró a su alrededor para asegurarse de que nadie les prestaba una atención especial, e hizo una seña a Morgan para que siguiera adelante. Prescindiendo de los túneles, condujo al joven de las tierras altas entre fardos apilados, hasta la parte más profunda de la cueva unos cien metros en el interior de la montaña, donde las cestas almacenadas formaban una pared de unos seis metros de altura. Allí reinaba un silencio absoluto; los ruidos habían quedado atrás. Volvió a mirar a su alrededor, escrutando la oscuridad.

Entonces entregó la antorcha a Morgan, extendió las manos, metió los dedos entre las cestas y tiró. Una sección entera giró. Era una barrera falsa con bisagras ocultas que daba acceso a un túnel.

—¿Te has fijado en cómo lo he hecho, muchacho? —preguntó en voz baja.

Morgan respondió con un gesto de asentimiento.

Padishar recuperó la antorcha y la acercó al interior. Morgan se inclinó para mirar. El pasadizo secreto serpenteaba hacia abajo hasta perderse de vista.

—Atraviesa toda la montaña —dijo Padishar—. Siguiéndolo saldrás más allá de la Llave de Parma, justo al sur de los Dientes del Dragón, al este del desfiladero de Kennon.

»Si intentaras salir por los otros túneles... en los que mantengo una guardia para confundir —prosiguió el jefe de los proscritos, que dirigió al joven de las tierras altas una mirada que decía muchas cosas—, quizá nunca te volveríamos a ver. ¿Comprendes?

»Te he mostrado ahora todo esto porque, cuando llegue el momento de tu partida,

no podré estar contigo —continuó Padishar, cerrando la puerta secreta y retrocediendo—. Me quedaré por ahí fuera, cubriéndote las espaldas. —Esbozó una amplia sonrisa—. Asegurándome de que puedas salir sin problemas.

Volvieron sobre sus pasos y salieron de las cavernas. Ya había oscurecido. El jefe de los proscritos se detuvo y respiró profundamente.

—Escúchame, muchacho —le dijo en voz baja—. Hay una cosa más. Tienes que dejar de atormentarte por lo ocurrido a tu espada. No puedes cargar con ese fardo y mantener la cabeza clara; es demasiado pesado incluso para una persona tan decidida como tú. Déjalo. Olvídalo. Tienes el valor suficiente para poder arreglártelas sin ella.

Morgan se dio cuenta de que había observado su comportamiento aquella mañana. «Lo sabe y me dice que todo está bien», pensó.

—Me duelen todos los huesos del cuerpo, pero ninguno de ellos tanto como el corazón —continuó Padishar, dando un suspiro—. Odio lo que ha sucedido aquí. Odio lo que nos han hecho. —Miró fijamente a Morgan—. A eso me refería cuando hablaba de tu carga inútil. Piénsalo.

Dio media vuelta y se alejó, perdiéndose entre las sombras de la noche. Morgan estuvo a punto de pedirle a gritos que regresara. Incluso dio un paso tras él, pensando que debía confiarle sus sospechas sobre el traidor. Le habría sido fácil. Lo habría liberado de la frustración que sentía por guardar el secreto. Le habría quitado la responsabilidad de ser el único que lo sabía.

Luchó contra su indecisión como había luchado durante todo el día.

Pero perdió.

Después se retiró a descansar a su lugar favorito. Durmió bajo la protección del álamo, envuelto en su capa. La tierra se había secado, la noche era cálida y el aire estaba impregnado de olor a bosque. Su sueño fue profundo y tranquilo. Las preocupaciones e indecisiones desaparecieron sin que se lo propusiera. Se desvanecieron los fantasmas de su magia perdida y del traidor, expulsados por el cansancio que se había adueñado de él, dándole paz. Estaba suspendido en el paso del tiempo.

Y entonces se despertó de forma brusca.

Una mano le había agarrado con fuerza del hombro. Sucedió de una forma tan brusca e inesperada que creyó que lo atacaban. Se desembarazó de la capa y se puso de pie, dándose la vuelta.

Se encontró cara a cara con Steff. El enano estaba ante él, envuelto en su manta, con los pelos tiesos y erizados y el rostro pálido y sudoroso a pesar de que la noche era tibia. Sus ojos oscuros brillaban a causa de la fiebre, y en ellos se reflejaban el pánico y la desesperación.

—Teel se ha ido —murmuró con voz ronca.

—¿Adónde? —consiguió preguntar Morgan mientras intentaba serenarse, con la mano en la empuñadura de la daga que llevaba en la cintura.

—No lo sé —respondió Steff mientras negaba con la cabeza. Su respiración

jadeante resonaba en el silencio nocturno—. Se fue hace una hora. La vi. Creyó que estaba dormido, pero... —Se interrumpió sin terminar la frase—. Hay algo que anda mal, Morgan. Algo. —Apenas podía hablar—. ¿Dónde está? ¿Dónde está Teel?
Morgan Leah lo supo enseguida.

Aquella noche fue la misma en que Par Ohmsford bajó por última vez al Foso en busca de la espada de Shannara.

La oscuridad se había extendido sobre la ciudad de Tyrsis como un manto impenetrable. La bruma y la lluvia se habían fundido en una niebla tan espesa que los tejados y los muros de los edificios, los carros y los puestos de los mercados, e incluso los adoquines de las calles, desaparecieron en ella. No se veían la luna ni las estrellas, y las luces de la ciudad fluctuaban como velas a punto de apagarse.

Damson Rhee sacó del cobertizo a los hermanos vallenses, embozados en sus capas y encapuchados. La niebla era sofocante, húmeda y pesada, y se pegaba a la ropa y a la piel. El día había dejado pronto paso a las sombras de la noche, empujado hacia la oscuridad por la llegada de la niebla que se levantó de las llanuras como una marea hasta que su oleaje rebasó las murallas de Tyrsis y cubrió la ciudad con su húmedo manto. El frío que habían soportado la noche anterior había sido reemplazado por un calor también muy desagradable que olía a moho y a podrido. Las gentes de la ciudad no dejaron de comentar durante todo el día la extrañeza de aquel tiempo con preocupación y, cuando su grisácea luz empezó a disminuir, se atrincheraron en sus casas como si estuviesen sometidos a un asedio.

Damson y los hermanos del valle deambularon prácticamente solos por las calles lóbregas y silenciosas. Cuando se cruzaban con algún transeúnte, su presencia era momentánea, como las de fantasmas salidos del Hades solo para ser succionados por él al instante. Podían escucharse algunos sonidos indefinidos, pero carecían de origen y dirección. Se oían pisadas ilocalizables que poco después se disolvían en la densa niebla nocturna. A su alrededor se movían unas formas y siluetas indefinidas que daban la impresión de flotar, e iban y venían en un abrir y cerrar de ojos.

Era una noche propicia para dar rienda suelta a la imaginación y dar vida a lo inexistente.

Par hizo todo lo posible por evitar caer en esa tentación, pero no tuvo demasiado éxito. El joven vallense albergaba en su mundo interior fantasmas imaginados, que parecían hallar su identidad en las sombras que jugueteaban en la niebla. Allí, a la izquierda de la mota de luz que era el farol de una calle, se erguía la promesa que Par había hecho de mantener a salvo a Coll y a Damson aquella noche durante su incursión al Foso... un diminuto y aterrador trozo de nada. A continuación, justo detrás, estaba su absoluto convencimiento de que la magia de la canción sería suficiente para cumplir su promesa, de que podría utilizarla como en otros tiempos sus antepasados habían utilizado las piedras élficas; no para crear imágenes y engaños, sino como una auténtica arma de fuerza y poder. Su convencimiento

desapareció tras la promesa, más pequeña y frágil todavía. A lo largo del muro casi invisible de una tienda situada al otro lado del camino, hundiéndose entre los bloques de piedra como si estuviera atrapada en arenas movedizas, reptaba la sensación de culpa que lo inundaba por tener únicamente en cuenta su propia opinión cuando intentaba justificar su promesa y su convencimiento de que podía cumplirla... un sentimiento de culpa que amenazaba con crecer hasta ahogarlo.

Y planeando sobre la promesa, el convencimiento y la culpa, como una gigantesca ave de presa nocturna sin rostro, estaba su ciega y temeraria determinación de llevar a cabo la misión encomendada por el espíritu de Allanon y arrebatarse al Foso y a los umbríos la perdida espada de Shannara.

Una voz interior le aseguraba que la espada de Shannara lo estaba esperando en su cripta.

Pero los fantasmas no se desvanecieron, y el susurro de sus dudas zumbaba alrededor de su débil convencimiento como un animal carroñero, insistente en su propósito, burlándose de su orgullo y de su presuntuosa seguridad, torturándolo con vivas imágenes del trágico destino que les esperaba si estaba equivocado. Se aisló de los fantasmas como había conseguido aislarse de todo lo demás, pero no pudo olvidar su presencia. No consiguió fingir que no estaban allí. Se replegó a su interior mientras recorría con sus compañeros, con paso lento y a ciegas, las desiertas calles de la ciudad bajo la niebla y la humedad, y encontró refugio en el centro de su decisión. Estaba arriesgándolo todo a una carta. ¿Qué ocurriría si fallaba? Además de Coll y de Damson, ¿quién sufriría las consecuencias?

Dedicó un rato a pensar en aquellos de quienes se había separado durante su odisea, en aquellos que se habían disuelto en los acontecimientos que lo habían llevado hasta esta noche. Sus padres, unas magníficas personas, amables y cordiales, que nunca habían hecho mal a nadie y que no sabían nada de los asuntos en que pudieran estar metidos sus hijos, habían sido sometidos a arresto domiciliario en Valle Sombrío por la Federación. ¿Qué sería de ellos si fracasaba?, se preguntó. ¿Qué sería de Morgan Leah, de Steff y de la enigmática Teel? Supuso que en esos momentos debían de estar en el Saliente, en lo más profundo de los confines protectores de la Llave de Parma, tramando planes contra la Federación. ¿Pagarían también ellos el precio de su fracaso? ¿Qué podría ocurrirles a todos los que habían ido al Cuerno del Hades? Walker Boh había regresado a la Chimenea de Piedra, Wren había vuelto a la Tierra del Oeste y Cogline había desaparecido.

Y Allanon. ¿Qué sería de espíritu del druida? ¿Qué sería de Allanon, que quizá nunca había existido?

Pero aquel no era un error ni él estaba equivocado. Lo sabía. Estaba seguro.

Cuando llegaron a los estrechos escalones de piedra que conducían a las alcantarillas, Damson se detuvo. Se dio la vuelta y dirigió una dura mirada a los hermanos Ohmsford. Después, tras hacerles una seña para que la siguieran, empezó a bajar seguida de los hermanos vallenses. Los fantasmas que antes habían inquietado a

Par siguieron acompañándolo tan de cerca que notaba su aliento en la cara como si fuesen reales. Coll cerraba la marcha. Ninguno de los tres hablaba. Par no estaba seguro de que pudiera hacerlo si lo intentaba. Le parecía que tenía la boca y la garganta estaban recubiertas de algodón.

Estaba asustado.

Como en la ocasión anterior, Damson cogió una antorcha para alumbrar el camino, un fulgor en las tinieblas, y continuaron adelante. Par miró a Damson y después a Coll. Sus rostros estaban pálidos y tensos. Los dos sostuvieron su mirada durante un breve instante, y luego la desviaron.

Tardaron menos de una hora en encontrar al Topo. Estaba esperándolos cuando salieron del pozo seco, oculto entre las sombras, un montón de pelos en el que brillaban dos ojos.

—¿Topo? —preguntó Damson en voz baja.

La joven no recibió respuesta. El Topo estaba dentro de una fisura de la pared, casi invisible en la penumbra. De no haber sido por la antorcha que llevaba Damson, nunca habrían conseguido descubrir su presencia. Los observó sin pronunciar palabra, como si quisiera cerciorarse de que realmente eran quienes parecían ser. Al fin dio un par de pasos al frente y se detuvo.

—Buenas noches, encantadora Damson —saludó el Topo, paseando la mirada por los hermanos vallenses, pero sin decirles nada.

—Buenas noches, Topo —respondió Damson, ladeando un poco la cabeza—. ¿Por qué te escondías?

—Estaba pensando —respondió el Topo, parpadeando como una lechuza.

La muchacha se quedó desconcertada, con el ceño fruncido. Fijó la antorcha en una grieta de la roca, a sus espaldas, para que la luz no molestara a su extraño amigo. Entonces se puso en cuclillas delante de él, mientras los hermanos del valle permanecían de pie.

—¿Qué has descubierto, Topo? —le preguntó Damson con voz serena.

El Topo se balanceó, inquieto. Iba vestido con una especie de pantalones de cuero y una túnica, pero estaban casi tapados por el pelo de su cuerpo. Sus pies, también cubiertos de pelo, estaban descalzos.

—Hay un camino que conduce al palacio de los reyes de Tyrsis, y desde allí al Foso —dijo el Topo, encogiéndose todavía más—. También hay umbríos.

—¿Podremos esquivarlos? —preguntó Damson, haciendo un gesto de asentimiento.

El Topo se frotó la nariz con una mano. Después observó a la muchacha durante cierto tiempo con expresión de asombro, como si hubiese descubierto algo nuevo en su cara.

—Quizá —dijo al fin—. ¿Tenemos que intentarlo?

Damson esbozó una sonrisa e hizo un gesto afirmativo. El Topo se irguió. Era diminuto, una bola de pelo con brazos y piernas que parecían añadidos. ¿Qué era el

Topo?, se preguntó Par. ¿Un enano? ¿Un gnomo? ¿Qué?

—Por aquí —dijo el Topo, indicando con una mano el pasadizo oscuro hacia el que se encaminó—. Puedes coger la antorcha si quieres. Podemos utilizarla durante un rato. —Miró fijamente a los hermanos vallenses—. Pero que nadie hable.

Así empezó. Los llevó a los intestinos de la ciudad, a sus más profundas alcantarillas, a las catacumbas que atravesaban sus cimientos y niveles más bajos, a túneles que nadie había pisado en centenares de años. Las gruesas capas de polvo depositadas sobre la roca y el suelo de tierra no presentaban signos de haber sido pisadas. A aquella profundidad, donde no penetraba la humedad ni la niebla, hacía calor. Los corredores ahondaban en los acantilados, subiendo y bajando a través de cámaras utilizadas en otras épocas por los defensores de la ciudad como vías de escape, almacenes de víveres y armas y, ocasionalmente, para ocultar a todos los habitantes de Tyrsis. De vez en cuando encontraban puertas enmohecidas y desvencijadas, con los cerrojos rotos y la madera podrida. Las ratas corrían en la oscuridad asustadas por la presencia de los humanos y la luz de la antorcha.

El tiempo se iba consumiendo. Par perdió la noción de la distancia que habían recorrido por los túneles, caminando tras la rechoncha figura del Topo. A veces les concedía unos minutos de descanso, aunque él no parecía necesitarlo. Los hermanos vallenses y la muchacha llevaban agua y algunos víveres para reponer fuerzas, pero el Topo no llevaba nada. A primera vista, ni siquiera un arma. En sus breves paradas, cuatro seres solitarios, enterrados bajo un centenar de metros de roca, se sentaban en círculo en la semioscuridad; tres bebían agua y mordisqueaban algo, mientras que el cuarto escrutaba el túnel como un gato, y todos ellos participaban silenciosos de algún extraño ritual.

Anduvieron hasta que a Par empezaron a dolerle las piernas. Habían dejado atrás docenas de túneles, y el joven del valle no tenía ni idea del lugar en que estaban ni de la dirección que seguían. Habían consumido ya dos antorchas. Sus ropas y sus botas se hallaban cubiertas de polvo, lo mismo que sus caras. Par tenía la garganta reseca.

Entonces, el Topo se detuvo. Se encontraban en un pozo seco cruzado por varios túneles. En la pared que se levantaba frente a ellos había una escalera de hierro sujeta con pernos.

Ascendía en la oscuridad hasta desaparecer.

El Topo se volvió, señaló hacia lo alto y se llevó un dedo a los labios. Nadie necesitó que le explicasen el gesto.

Subieron uno tras otro en silencio por la escalera, escuchando cómo crujía y gemía bajo su peso. La luz de la antorcha proyectaba sus sombras sobre los muros del pozo dibujando formas extrañas y apenas identificables. Los pasadizos de abajo se disolvieron en la oscuridad.

Al final de la escalera había una trampilla. El Topo la empujó hacia arriba, levantándola unos centímetros, y miró a través de la rendija. Satisfecho, la abrió por completo, y se oyó un sonido hueco cuando cayó arriba. El Topo salió del pozo,

seguido por Damson y los hermanos vallenses.

Se encontraron en un enorme recinto, una mazmorra donde había grandes toneles reforzados con aros de hierro, grilletes y cadenas por todas partes, puertas de barrotes e incontables túneles que partían de allí. En un extremo, una escalera ancha ascendía hasta perderse en la oscuridad. El silencio era opresivo, como si emanara de la piedra y hubiese adquirido consistencia propia. Las tinieblas cubrían toda la estancia, perseguidas sin mucha eficacia por la luz humeante de la única antorcha que llevaba el pequeño grupo.

El Topo se acercó a Damson y le dijo algo al oído. La muchacha hizo un gesto de asentimiento, se volvió hacia los hermanos del valle, les señaló la escalera y dibujó con los labios la palabra «Umbríos».

El Topo cruzó el sótano con rapidez hasta una puerta muy pequeña situada en el muro que se levantaba a su derecha, seguido de los tres jóvenes. La abrió sin hacer ruido, les cedió el paso y, cuando todos la hubieron atravesado, la cerró y aseguró. Habían salido a un corto pasillo que terminaba en otra puerta. La traspasaron, ahora con el Topo a la cabeza del grupo, y entraron en una habitación.

La estancia, prácticamente vacía, solo estaba ocupada por algunas tablas que podían proceder de cajones de embalaje, varios trozos de flejes de metal y una rata, que huyó velozmente por una grieta abierta en el muro de piedra.

El Topo tiró a Damson de una manga, y la muchacha se inclinó para escucharlo.

—Hemos cruzado la ciudad hasta el extremo occidental del Parque del Pueblo y el interior del palacio —dijo Damson mientras se volvía hacia los hermanos vallenses, cuando el hombre de las cloacas terminó de hablar con ella—. Estamos en los sótanos más profundos, que se utilizaban como prisiones. Por aquí intentó entrar el ejército del Señor de los Brujos en la época de Balinor Buckhannah, el último rey de Tyrsis.

El Topo volvió a decir algo a Damson, y la muchacha frunció el ceño.

—El Topo dice que es posible que haya umbríos en las cámaras que están encima de nosotros... no los umbríos del Foso, sino otros. Asegura que siente su presencia, aunque no pueda verlos.

—¿Qué significa eso? —preguntó Par.

—Significa que están demasiado cerca de nosotros —respondió Damson, apartando la cara de la luz de la antorcha mientras observaba el techo—. Significa que, si se acerca lo suficiente para poder verlos, ellos también lo verán.

Par siguió la dirección de su mirada con gran inquietud. Habían hablado en voz apenas audible, pero ¿no era peligroso incluso eso?

—¿Pueden oírnos? —le preguntó al oído, bajando aún más la voz.

—Aquí, parece que no —respondió Damson, haciendo un gesto negativo—. Pero es mejor que solo hablemos lo imprescindible. —Miró a Coll, que permanecía inmóvil en la oscuridad—. ¿Te encuentras bien?

El joven vallense hizo un gesto de asentimiento, aunque estaba muy pálido.

—Todavía no hemos llegado al Foso —dijo Damson, volviendo los ojos hacia Par—. Aún tenemos que atravesar las catacumbas del palacio hasta la puerta de piedra, por la que accederemos a él. El Topo conoce bien el camino, pero hemos de adoptar las máximas precauciones. No había umbríos cuando lo exploró hace unas horas, pero puede haber cambiado la situación.

Par observó al Topo. Estaba acurrucado junto a un muro, apenas visible en el borde del círculo de luz de la antorcha, y sus ojos brillaban. Se rascaba un brazo sin cesar.

El joven del valle sintió una punzada de inquietud. Cambió de sitio, dejando a Damson entre el Topo y él.

—¿Estás segura de que podemos confiar en él? —preguntó Par a la muchacha, asegurándose de que solo ella pudiera oírlo.

La cara de Damson mantuvo la misma expresión, pero sus ojos parecieron perderse en la lejanía.

—Todo lo segura que puedo —respondió la muchacha—. ¿Crees que nos queda alguna otra opción?

Par se limitó a hacer un gesto negativo.

—Entonces supongo que no hay por qué preocuparse, ¿verdad? —dijo Damson, que esbozó una leve e irónica sonrisa.

Sin duda, la muchacha tenía razón. Debía olvidar sus sospechas o volverse atrás, y Par Ohmsford había decidido llegar hasta el final. Deseó probar la magia de la canción para ver si funcionaba como él había previsto. La prueba le habría proporcionado cierta seguridad, pero sabía que no podía hacerlo, al menos de la forma que necesitaba. Era capaz de crear imágenes, pero no podía convocar al auténtico poder de la canción hasta que no tuviese algo contra lo que pudiera utilizarlo. Y quizá ni siquiera entonces sería capaz de convocarlo.

Sin embargo, el poder estaba en la canción, se dijo a sí mismo una vez más para fortalecerse ante el incesante acoso de sus fantasmas. Tenía que estarlo.

—Ya no necesitamos la antorcha —dijo Damson.

Se la entregó a Par, buscó en sus bolsillos y sacó un par de extrañas piedras blancas con rayas plateadas. Se quedó con una y dio la otra al joven vallense.

—Apaga la antorcha —le dijo—. Después, aprieta la piedra entre las manos para que se caliente. Cuando sientas su calor, ábrelas.

Par apagó la antorcha en el polvo, y la estancia se quedó completamente a oscuras. Después oprimió la piedra, y al cabo de unos segundos sintió que desprendía calor. Cuando retiró una mano, la piedra emitió una suave luz plateada. Mientras sus ojos se adaptaban a la penumbra, vio que la luz tenía la suficiente intensidad para revelar tanto las caras de sus compañeros como un espacio de unos dos metros a su alrededor.

—Cuando la luz se debilite, vuelve a calentar la piedra.

Ella puso una mano sobre la que él mantenía en la suya, la dejó un rato y luego la

retiró. La luz aumentó su brillo. Par esbozó una sonrisa muy a su pesar, sin disimular su asombro.

—Este es un magnífico truco —dijo Par en voz baja.

—Una muestra de mi propia magia, muchacho —contestó Damson con los ojos fijos en él—. Magia callejera de una chica callejera. No es tan maravillosa como la auténtica, pero es aceptable. Sin humo, sin olor y fácil de ocultar. Sin duda, mucho mejor que una antorcha para nuestros propósitos.

—Mucho mejor —convino Par, y asintió con la cabeza.

Entonces el Topo los llevó fuera de la estancia, caminando en la oscuridad sin la ayuda de la luz, que parecía no necesitar. Damson lo seguía, llevando una piedra, Par iba tras la muchacha con la otra y Coll cerraba la marcha. Salieron a un pasadizo tortuoso, flanqueado por puertas que daban acceso a otras habitaciones. Caminaban sin hacer ruido, sus botas apenas si rozaban la piedra, su respiración era un siseo apagado y sus voces habían enmudecido.

Par volvió a sentir las dudas que antes albergara sobre el Topo. ¿Era digno de confianza? ¿Era lo que él afirmaba ser, o en realidad era algo muy distinto? Los umbríos podían adoptar cualquier apariencia. ¿Y si el Topo fuese uno de ellos? Eran demasiadas preguntas y no tenía ninguna respuesta. No había nadie en quien pudiera confiar, pensó con amargura... en nadie excepto en Coll. Y en Damson, también confiaba en Damson.

¿Lo hacía?

Rechazó con decisión la súbita nube de duda que amenazaba con envolverlo. En la actual situación, no podía permitir que afloraran tales preguntas. Era demasiado tarde. Se estaban arriesgando por la opinión que tenían de Damson, y debía creer que era correcta.

Pensando de nuevo en el enigma de los umbríos, en el misterio de quiénes eran, qué eran y cómo podían ser tantas cosas, se preguntó si no habría umbríos en el campamento de los proscritos, si el enemigo que intentaban rechazar no estaría ya infiltrado entre ellos. El traidor que Padishar Creel buscaba podía ser un umbrío, alguien que solo tuviera apariencia humana, que solo aparentara ser uno de ellos. ¿Cómo podrían descubrirlo? ¿Era la magia el único medio para lograrlo? ¿Sería esa la finalidad de la espada de Shannara? Esta última pregunta no había dejado de martillar su mente desde el momento en que Allanon lo envió en su busca. Pero parecía imposible que el talismán pudiera servir para un trabajo tan agotador e interminable. Se necesitaría toda una eternidad para someter a prueba a todos los que pudieran ser un umbrío.

Oyó en su mente la voz de Allanon.

«Solo a través de la espada podrá revelarse la verdad, y solo a través de la verdad serán aniquilados los umbríos».

La verdad. La espada de Shannara era un talismán que revelaba la verdad, destruía las mentiras y separaba lo que era real de lo que solo fingía serlo. Para eso la

había utilizado Shea Ohmsford cuando derrotó al Señor de los Brujos, y para eso sería utilizada también ahora.

Subieron una larga escalera de caracol hasta llegar a un rellano. En el muro que apareció frente a ellos había una puerta cerrada y asegurada con cerraduras, y tanto el muro como el techo se perdían en la oscuridad. Se hallaban a una altura de vértigo. Se apretaron en el descansillo mientras el Topo manipulaba las cerraduras, primero una, luego otra y, por último, la tercera. En todas, el metal rechinó un poco antes de correrse. El Topo giró la manija lentamente. Par podía oír los sonidos de su respiración, de su pulso y de los latidos de su corazón, provocados por el miedo que lo inundaba. Sentía la presencia de los umbríos que acechaban en la oscuridad. Era irracional, imaginario... pero lo sentía.

Por fin el Topo consiguió abrir la puerta, y la atravesaron con rapidez.

Habían salido a una diminuta cámara sin ventanas y con una escalera de caracol en el centro, que descendía hacia una lóbrega oscuridad, y una puerta a la izquierda, que daba acceso a un túnel vacío, por cuyas agrietadas paredes se filtraba una luz tenue y fantasmal. Al final del túnel, a unos treinta metros, había otra puerta cerrada.

El Topo les hizo señas para que lo siguieran, y cerró tras ellos la puerta por la que habían accedido al túnel. Par se acercó a una de las grietas y miró a través de ella. Estaban en algún lugar del palacio, ya en la superficie. Ante él se levantaban laderas cubiertas de pinos, y sobre los árboles colgaban nubes de vientres planos y tenebrosos.

Par se apartó. La oscuridad empezaba a ceder ante la luz del día. Estaba amaneciendo. Habían caminado durante toda la noche.

—Encantadora Damson —decía el Topo en voz baja cuando Par se acercó—. Hay una pasarela que cruza el patio del palacio. Si la utilizamos, ahorraremos mucho tiempo. Si tus amigos y tú vigiláis, yo me aseguraré de que los umbríos no están por allí.

—¿Dónde quieres que nos pongamos? —preguntó Damson, con un gesto de asentimiento.

Quería que se situaran en los extremos del túnel, atentos a los sonidos que indicaran la aproximación de cualquier ser. Resolvieron que Coll se quedaría donde estaba, y que Par y Damson irían con el Topo hasta el extremo opuesto. Allí los dejó y desapareció por la puerta.

El joven vallense y la muchacha se sentaron el uno frente al otro. Par miró hacia atrás para cerciorarse de que podía ver a Coll a pesar de la escasa luz que había en el túnel. Su hermano levantó la cara y Par lo saludó con la mano, aunque no fue correspondido.

Esperaron en silencio. Los minutos pasaban y el Topo no regresaba.

—¿Crees que todo va bien? —preguntó en voz baja el joven del valle, que ya empezaba a impacientarse, a la muchacha, acercándose a ella.

Damson se limitó a hacer un gesto de asentimiento.

—Esta espera es insufrible —dijo Par, mientras se recostaba, respirando profundamente y exhalando lentamente el aire.

La muchacha no le respondió. Tenía la cabeza apoyada en el muro y los ojos cerrados, y permaneció largo tiempo en esta postura. Par pensó que se había dormido. Volvió a mirar a Coll, que tampoco había cambiado de postura, y después a Damson, que había abierto los ojos y lo observaba.

—¿Te gustaría que te dijera algo sobre mí que nadie sabe? —le preguntó la muchacha en voz baja.

Contempló su cara, sus bellas y regulares facciones, sus ojos de color esmeralda y su pálida piel sombreada por los cabellos rojos. Pensó que era hermosa y enigmática, y deseó saber todo lo que pudiera estar relacionado con ella.

—Sí —respondió el joven vallense. Damson se acercó a él hasta que sus hombros se tocaron. Lo miró durante un breve instante, y luego apartó los ojos.

Par esperó.

—Revelar a alguien un secreto propio es como entregarle parte de sí mismo —dijo la muchacha—. Este es un regalo, pero tiene más valor que cualquier cosa que se pueda comprar. Yo no acostumbro hablar de mí con la gente. Creo que es porque nunca he tenido mucho, aparte de a mí misma, y no quiero entregar lo poco que poseo.

Inclinó la cabeza y sus cabellos cayeron hacia delante, impidiendo que él pudiera verla con claridad.

—Pero deseo darte algo —continuó—. Me siento muy cerca de ti. Desde el principio, desde el día que te vi por primera vez en el parque. Quizá sea porque tenemos en común la magia... porque la compartimos. Quizá sea eso lo que me une a ti. Tu magia es diferente de la mía, pero no importa. Lo que cuenta es que los dos vivimos utilizando la magia. La magia nos proporciona una identidad.

Damson se detuvo y el joven del valle pensó que podía esperar una respuesta, por lo que se limitó a hacer un gesto de asentimiento, aunque no estuvo muy seguro de que ella lo captara.

—Bien, me gustas, muchacho élfico —prosiguió Damson, dando un suspiro—. Eres voluntarioso y decidido, y a veces no tienes en cuenta nada ni a nadie, excepto a ti mismo. Pero yo soy como tú. Tal vez sea una forma de evitar el parecernos a los demás. Tal vez sea nuestra forma de sobrevivir. —Hizo una pausa y miró de frente a Par—. He pensado que, si muriera, me gustaría dejarte algo de mí, algo que solo tendrías tú. Algo muy especial.

Par empezó a protestar, pero ella le tapó la boca con los dedos.

—Déjame terminar. No estoy diciendo que crea que voy a morir, aunque sea posible. Quizá la revelación de este secreto me proteja contra la muerte, igual que un talismán, y me libre de cualquier daño. ¿Lo comprendes?

Par tensó la boca, y ella retiró los dedos.

—¿Recuerdas lo que te dije la noche que conseguiste huir de la guardia de la

Federación mientras todos los demás eran prisioneros? Intenté convencerte de que no os había traicionado. Hablamos de nosotros. Tú de la magia, de cómo actuaba. ¿Lo recuerdas?

—Me dijiste que te habías quedado huérfana a los ocho años, y que la Federación era la responsable de tu desgracia —respondió el joven vallense, y asintió con la cabeza.

—Te dije que mi familia había muerto en un incendio provocado por los buscadores de la Federación después de que descubrieran que mi padre suministraba armas al Movimiento —precisó ella, abrazándose a sus propias rodillas como una niña—. Te dije que poco después me recogió un mago callejero y que así aprendí mi oficio.

»Lo que te dije no era del todo cierto —prosiguió la muchacha, respirando profundamente y haciendo un gesto de desaprobación—. Mi padre no murió en el incendio. Consiguió huir, llevándome a mí con él. Fue mi padre quien me crio, no una tía ni un mago callejero. Es verdad que crecí entre magos en la calle y que de ellos aprendí mi oficio, pero fue mi padre quien me cuidó, y quien todavía se desvela por dedicarme sus cuidados. —La voz le temblaba—. Mi padre es Padishar Creel.

—¿Padishar Creel es tu padre? —preguntó Par, sin poder salir de su asombro.

—Solo lo sabes tú —respondió Damson, sin apartar ni un momento sus ojos de los del joven vallense—. Es más seguro. Si la Federación se entera de que soy su hija, me utilizaría para capturarlo. Todo lo que necesitabas saber aquella noche era que jamás podría traicionar a nadie después de lo que la Federación había hecho a mi familia a causa de un chivatazo. Y es cierto. Por eso mi padre, Padishar Creel, se enfureció tanto al pensar en la posibilidad de que hubiera un traidor entre sus hombres. Nunca podrá olvidar lo ocurrido a mi madre, a mi hermano y a mi hermana. Se siente aterrorizado ante la sola la idea de perder a alguien por una traición.

»Prometí que jamás revelaría mi verdadera identidad, pero he roto esa promesa por ti —prosiguió, tras hacer una breve pausa para observar su reacción—. Quiero que lo sepas. Es lo único que puedo darte y que solo te pertenecerá a ti.

La muchacha esbozó una sonrisa, y el joven vallense advirtió que desaparecía una parte importante de su tensión.

—Damson —respondió Par, correspondiendo a su sonrisa—, será mejor que no te suceda nada. Toda la responsabilidad recaería sobre mí, porque yo he sido quien te ha convencido de la necesidad de que me trajeras aquí. ¿Cómo podría presentarme ante Padishar Creel? —dijo en tono burlón y divertido—. ¡No podría acercarme ni a cien kilómetros!

Ahora fue Damson quien rio con ganas, sin hacer ruido, y le dio un empujón, como si fuesen dos niños que estuvieran jugando. Luego le tendió los brazos y se apretó contra él. Par no respondió a su gesto de momento, porque sus ojos se desviaron hacia Coll, que era una vaga figura en el otro extremo del pasadizo. Pero su hermano no lo miró. En aquella empresa se habían mezclado amigos y traidores

desde el principio, y era prácticamente imposible distinguir a unos de otros, con la excepción de Coll y ahora también de Damson.

Entonces la estrechó entre sus brazos.

Poco después regresó el Topo. Llegó tan silenciosamente que no advirtieron su presencia hasta que la puerta se abrió hacia ellos.

Par soltó a Damson y se puso de pie de un salto, al tiempo que desenvainaba su largo cuchillo. El Topo asomó la cabeza y la retiró de inmediato, mientras Damson sujetaba a Par por el brazo.

—¡Topo! —exclamó en voz baja—. ¡Está todo en orden!

El Topo asomó su cara redonda de nuevo y, al ver que Par había guardado el arma, traspasó el umbral. Coll se acercó a ellos deprisa.

—La pasarela está libre, y podremos atravesarla si nos damos prisa —dijo el Topo, que había recuperado su serenidad habitual, cuando Coll se reunió con ellos—. Pero debemos guardar un silencio absoluto.

Salieron del túnel y se encontraron en una galería que rodeaba una rotonda vasta y vacía. La recorrieron con paso rápido, pasando ante innumerables puertas cerradas y pórticos ocultos en las sombras. Cuando llegaron a la mitad, el Topo los hizo entrar en un vestíbulo en cuyo extremo había una verja de doble hoja que daba al patio principal del palacio. Una pasarela lo atravesaba hasta una gruesa muralla. Muchos años antes el patio había sido un laberinto de jardines y senderos, pero ahora solo había losas rotas y tierra yerma. Al otro lado de la muralla se encontraba la tenebrosa oscuridad del Foso.

El Topo los apremió con ansiedad. Empezaron a andar por la pasarela y notaron que se balanceaba ligeramente bajo su peso cuando oyeron sus crujidos de protesta. El viento soplaba a rachas, y el ruido que producía al rozar la piedra desnuda de las paredes y al atravesar el patio vacío parecía un gemido ahogado. La maleza golpeaba y temblaba bajo sus pies. No había señales de vida, ni ningún movimiento anormal, ningún umbrío a la vista.

Cruzaron la pasarela con paso rápido, sin prestar atención a los quejidos y lamentos de los soportes de hierro. Mantenían los pies en movimiento, las manos sobre la barandilla y los ojos mirando al frente, fijos en la muralla del palacio, a la que se acercaban deprisa. Cuando llegaron al final de la pasarela, se dirigieron con rapidez hacia las almenas, ayudándose unos a otros, contentos de haberlo conseguido.

El Topo los llevó hasta una escalera de caracol que descendía a la oscuridad. Con la ayuda de las piedras de Damson, la bajaron sin hacer ningún ruido. Ya estaban cerca de su objetivo; la piedra de la muralla era todo lo que los separaba del Foso. El nerviosismo de Par aceleraba los latidos de su corazón, que resonaban en sus oídos.

Unos pocos minutos más...

Al pie de la escalera había un pasadizo que concluía en una puerta de madera deteriorada, forrada con una plancha de hierro. El Topo se detuvo ante ella. Cuando se volvió para mirarlos, Par supo lo que había detrás.

—Gracias, Topo —le dijo en voz baja.

—Sí, gracias —repitió Damson.

—Podéis mirar por aquí —respondió el hombre de las cloacas, pestañeando con timidez.

Se puso de puntillas, descorrió con cuidado un minúsculo cerrojo y abrió una mirilla. Par se adelantó y miró.

Ante él se extendía el suelo del Foso, una selva de árboles y piedras cubierta por la bruma, el fondo de un barranco lleno de troncos podridos y maleza enmarañada, una penumbra que parecía poblada de fantasmas. Los escombros del puente de Sendic estaban a la derecha y desaparecían en la niebla grisácea.

Par contempló aquel paraje durante un momento más. No descubrió ningún signo que le indicara el lugar donde se encontraba la cripta que guardaba la espada de Shannara.

Pero él la había visto allí, un poco más allá del muro del palacio. La magia de la canción se la había descubierto. Estaba detrás de la puerta. Podía sentir su presencia como si se tratara de un ser vivo.

Dejó su sitio a Damson, y esta a Coll. Cuando su hermano se retiró de la mirilla, los tres jóvenes intercambiaron una mirada interrogativa.

—Esperadme aquí —dijo Par, mientras se quitaba la capa—. Vigilad por si aparecen los umbríos.

—Vigila tú —respondió Coll, que también se quitó la capa—. Yo te acompaño.

—Y yo también —dijo Damson.

—No, tú no —dijo Coll, cerrando el paso a la muchacha—. Solo uno de nosotros puede acompañar a Par. Mira a tu alrededor, Damson. Fíjate bien en el lugar donde nos encontramos. Estamos metidos en una ratonera, en una trampa. La única salida del Foso es esta puerta, y la única salida del palacio es la escalera que acabamos de bajar y la pasarela que hemos cruzado antes. El Topo puede vigilar la pasarela, pero no puede vigilar la puerta al mismo tiempo. Tienes que hacerlo tú.

Damson empezó a oponer objeciones a tal proposición.

—No discutas, Damson —la interrumpió Coll—. Sabes que tengo razón. Yo te he escuchado cuando debía; ahora eres tú quien tiene que escuchar.

—No importa quién escuche a quién. No quiero que me acompañéis ninguno de los dos —dijo Par.

—No tienes elección —respondió Coll ignorando sus palabras, y arrastrando el espadón por el cinturón hasta dejarlo en la parte delantera.

—¿Por qué no puedo ser yo quien lo acompañe? —preguntó Damson con acritud.

—¡Porque es mi hermano! —La voz de Coll restalló como un látigo y sus toscas facciones se endurecieron; pero inmediatamente su voz adquirió una extraña amabilidad—. Tengo que ser yo, porque para eso he venido con él, porque esa es la única razón de que esté aquí.

Damson se quedó paralizada y sin encontrar las palabras adecuadas para seguir

oponiéndose.

—De acuerdo —dijo al fin, desviando la mirada, pero su boca estaba tensa y su tono reflejaba fielmente su irritación—. Vigila la pasarela —ordenó a continuación al Topo, volviéndose hacia él.

El pequeño individuo los observaba con una mezcla de incertidumbre y miedo en sus brillantes ojos.

—Sí, encantadora Damson —respondió el hombre de las cloacas en voz baja, y desapareció escaleras arriba.

Par iba a decir algo más, pero Coll lo cogió por los hombros y lo empujó hacia la desgastada puerta, encontrándose sus miradas.

—No perdamos más tiempo en discusiones —dijo Coll—. Hagamos lo que debemos hacer. Tú y yo.

Par intentó soltarse de las grandes manos de Coll, pero renunció, frustrado, porque eran como garfios de hierro. Poco después, su hermano lo soltó.

—Par —dijo, casi en tono de súplica—. Lo que he dicho es verdad. Tengo que ir.

En silencio, cara a cara, Par recordó lo que habían pasado juntos hasta aquel momento, las penalidades que habían soportado. Quiso decirle que todo eso significaba mucho para él, que lo quería y que estaba asustado por lo que pudiera ocurrirle. Quiso hablarle de sus pies de pato, advertirle que eran demasiado grandes para poder moverse con la agilidad que aquella misión exigía. Quiso gritar.

—Lo sé —se limitó a responder Par, rechazando todos sus pensamientos.

Entonces se acercó a la pesada y desgastada puerta, describió los cerrojos y tiró de la manija. La puerta se abrió y la penumbra, la niebla, los olores rancios, el frío pegajoso, los siseantes sonidos de ciénaga y la distante llamada de un pájaro solitario inundaron el interior.

Par se volvió para mirar a Damson Rhee, y ella respondió a su mirada con un gesto de asentimiento. ¿Le había dicho que estaría esperándolo? ¿Que lo comprendía?

Par entró en el Foso con Coll a su lado.

Dónde estaba Teel?

Morgan Leah se arrodilló junto a Steff, le tocó la cara y sintió el frío de su piel a través de los dedos. De forma impulsiva, el joven montañés puso sus manos en los hombros de Steff y apretó, pero el enano no pareció darse cuenta. Morgan retiró las manos y se dio media vuelta. Sus ojos escrutaron la oscuridad que lo rodeaba y sintió que un estremecimiento le recorría todo el cuerpo, pero no precisamente a causa del frío. La pregunta no cesaba de repetirse una y otra vez en su mente, pasando de un rincón a otro como si intentara esconderse.

¿Dónde estaba Teel?

El joven de las tierras altas volvió a repasar mentalmente todas las posibilidades.

¿Había ido a buscar agua, comida caliente o quizá otra manta para Steff? ¿Había ido a explorar los alrededores, arrancada del sueño por uno de esos instintos que te mantienen con vida cuando te persiguen constantemente? ¿Estaría cerca y a punto de regresar?

Todas las posibilidades saltaron hechas añicos y desaparecieron. No. Él conocía la respuesta. Había ido al túnel secreto. Había ido allí para que los soldados de la Federación irrumpieran en el Saliente por la puerta trasera. Con aquel acto se disponía a culminar sus numerosas traiciones.

«Nadie, excepto Damson, Chandos y yo conoce el otro camino... ahora que Hirehone ha muerto».

Esas eran las palabras que le había dicho Padishar Creel cuando hablaron de la salida secreta del túnel... palabras que Morgan casi había olvidado. Sintió un estremecimiento al recordarlas. Si su razonamiento era correcto y el traidor era un umbrío que había adoptado la identidad de Hirehone para seguirlos a Tyrsis, eso significaba que poseía los conocimientos de Hirehone y, por tanto, conocía la existencia del túnel.

Si el umbrío ahora era Teel...

Morgan sintió que se le erizaba el pelo de la nuca. La Federación tardaría meses en tomar el Saliente por asedio. Pero ¿no podía ser el asedio un simple engaño? ¿El escalador no podía haber sido enviado, a pesar de los graves estragos que había causado, con el único propósito de distraer la atención de los proscritos? ¿La Federación no podía haber planeado desde el principio la conquista del Saliente a través del túnel concebido como vía de escape con la ayuda del traidor?

«¡Tengo que hacer algo!».

Morgan Leah sintió sobre sus espaldas la terrible opresión de aquella carga. Debía dejar a Steff y mantener una conversación con Padishar Creel. Si sus sospechas sobre

Teel eran fundadas, tenían que encontrarla y detenerla.

Sí.

El horror que le producían sus sospechas hizo que sintiera un nudo en la garganta... que Teel pudiera ser el peor de los enemigos que los habían acechado desde que salieron de Culhaven, que los había engañado por completo, sobre todo a Steff, que estaba convencido de que le debía la vida y se había enamorado. El nudo se hizo mayor. Sabía que su horror no era provocado por la posibilidad de la traición... sino por su certeza.

—¿Dónde está, Morgan? ¡Tú lo sabes! ¡Lo percibo! —preguntó Steff al joven de las tierras altas al ver el espanto reflejado en sus ojos y se agarró a él con ansiedad.

—Creo saberlo —respondió Morgan sin hacer nada para librarse de él y mirando de frente a su amigo—. Pero tú tienes que quedarte aquí, Steff. Tienes que dejarme que vaya a buscarla.

—No —respondió el enano, con un resolutivo gesto negativo—. Yo te acompañaré.

—No puedes hacerlo. Estás muy enfermo...

—¡Te acompañaré, Morgan! ¿Dónde está?

El enano temblaba a causa de la fiebre, pero Morgan supo que solo podría apartarlo de él recurriendo a la fuerza.

—De acuerdo —respondió el joven de las tierras altas contra su voluntad—. Vamos.

Pasó un brazo por debajo de los de su amigo para que pudiera apoyarse en él y empezó a andar. No podía dejarlo atrás, aunque sabía que las cosas se complicarían si lo llevaba consigo. Cumpliría con su deber, a pesar de la amistad que lo unía a él. Tropezó y cayó, pero se levantó deprisa, levantando también a Steff. No había visto la cuerda que había en el suelo y había tropezado con ella. Se obligó a ir más despacio, tras advertir que no se había concedido el tiempo suficiente para reflexionar sobre lo que ya daba como un hecho probado. Teel era la traidora. Debía aceptarlo. Quizá Steff no estuviera de acuerdo, pero a él no le cabía la menor duda. Teel era la única persona...

Se detuvo.

«No. Teel no. No pienses así de ella. Teel está muerta. O tan cerca de la muerte que no es posible establecer una distinción. Por tanto, Teel no. El umbrío que se esconde en Teel».

Su respiración se aceleró cuando apresuró el paso a través de la noche soportando el peso de Steff. El umbrío debía de haber abandonado el cuerpo de Teel y tomado el de Hirehone para seguir al pequeño grupo de Padishar hasta Tyrsis y delatarlo a la Federación. Luego se desprendió del cuerpo de Hirehone, volvió al campamento, mató a los centinelas porque lo vieron cuando subió al Saliente y volvió a ocupar el cuerpo de Teel. Steff nunca había podido comprender lo que sucedía. Había creído que Teel había sido envenenada. El umbrío no lo sacó de su error. Incluso consiguió

que sospechara de Hirehone. Se preguntó cuánto tiempo haría que Teel era un umbrío. Mucho, dedujo. La reconstruyó en su mente, nada más que una cáscara, una piel vacía, y sus dientes se apretaron ante la imagen. Recordó la descripción que Par había hecho del umbrío de la Cresta de Toffer, que ocupaba el cuerpo de una niña y había intentado poseerlo a él. Recordó el horror y la repulsión que el joven del valle había mostrado. Lo mismo debía de haberle sucedido a Teel.

Ya no quedaba tiempo para hacer más consideraciones sobre la cuestión. Se acercaban a la cueva principal, cuya entrada resplandecía a la luz de las antorchas. Padishar Creel estaba allí. Tal como Morgan había esperado, el jefe de los proscritos estaba despierto, deslumbrante con sus ropas escarlata, hablando con los hombres que cuidaban a los enfermos y heridos, con su espadón y sus largos cuchillos colgados a la cintura.

—¿Qué vas a hacer? —le gritó Steff, sin poder contener la furia—. ¡Esto es algo que debemos resolver entre tú y yo, Morgan! ¡Él no tiene parte en este asunto!

Pero Morgan hizo caso omiso de sus protestas y tiró de él hacia la zona iluminada. Padishar Creel se volvió cuando los dos se le acercaron tambaleándose, y los sujetó por los hombros.

—¡Calma, muchachos... calma! ¿Qué razón tan importante puede haber para andar en una noche tan oscura a paso tan ligero? —Apretó con más fuerza cuando Steff intentó soltarse, y bajó la voz—. Cuidado. Tus ojos me dicen que estás asustado por algo. ¿Qué ha sucedido?

Steff, rígido de rabia, le dirigió una mirada dura y Morgan titubeó ante la mirada de curiosidad de los proscritos.

—Creo que he encontrado a la persona que estás buscando —se limitó a decir el joven de las tierras altas, esbozando una sonrisa, al ver que los proscritos que acompañaban a Padishar estaban lo suficientemente cerca para oír lo que dijeran.

—¿En serio? —preguntó Padishar, endureciendo sus facciones durante un momento. Pero enseguida volvió a relajarse—. Bien, bien, salgamos a respirar el aire libre y me lo contáis —dijo en tono burlón tanto para sus hombres como para ellos.

Les pasó los brazos por los hombros con gran naturalidad, dedicó un gesto de despedida a los proscritos que le escuchaban, y salió afuera con el joven de las tierras altas y el enano.

—¿Qué has descubierto? —preguntó a Morgan tan pronto como estuvieron fuera.

El joven de las tierras altas miró a Steff. Estaba empapado de sudor y la sangre fluía a su cara, haciéndole enrojecer.

—Padishar —dijo Morgan—, Teel ha desaparecido. Steff no sabe lo que le puede haber pasado. Yo creo que puede haber ido al túnel.

Esperó con la mirada fija en el hombre corpulento, suplicándole en silencio que no exigiera más información, que no lo obligara a explicarse. Todavía no estaba completamente seguro, y Steff jamás lo creería.

—Vamos a echar un vistazo —contestó Padishar, que comprendió el sentido de

sus palabras—. Tú y yo solos, Morgan.

—Yo también voy —dijo Steff, que lo agarró por un brazo.

Estaba sudoroso y tenía los ojos nublados, pero su determinación era indudable.

—No tienes fuerza suficiente, muchacho.

—¡Eso es problema mío!

Padishar volvió la cara hacia la luz, mostrando los innumerables cortes y arañazos recibidos en la batalla de la noche anterior, líneas que parecían reproducir las profundas cicatrices del enano.

—Y mío porque también nos afecta a todos nosotros. Espero que lo comprendas —respondió el jefe de los proscritos sin perder la serenidad.

Se dirigieron a la enfermería, donde Padishar se retiró unos metros con uno de los proscritos y le habló en voz baja. Morgan oyó con dificultad lo que le decía.

—Despierta a Chandos —ordenó Padishar—, y dile que quiero que movilice al campamento. Revisad las guardias y aseguraos de que los centinelas están despiertos y vivos. Que todos se preparen para partir. Después, que vaya a reunirse conmigo en el túnel secreto, acompañado por hombres de refuerzo. Dile que ya no importa que se sepa dónde está. ¡Deprisa!

El hombre se alejó y Padishar hizo señas a Morgan y Steff para que lo siguieran. Cruzaron la cueva principal hasta llegar a los almacenes. Encendió tres antorchas, se quedó con una y dio las otras dos al joven de las tierras altas y al enano. Después se dirigió a la cámara más oscura y alejada, donde las cestas estaban apiladas contra la pared de piedra, entregó su antorcha a Morgan, agarró las cestas con ambas manos y tiró. La entrada del túnel quedó al descubierto. La traspasaron y Padishar volvió a cerrarla.

—No os separéis —ordenó.

Apresuraron el paso, con las antorchas encendidas lanzando contra la oscuridad su débil luz amarillenta. El túnel era ancho, pero tenía muchas vueltas y revueltas. Los salientes rocosos constituían un peligro. Había estalactitas y estalagmitas, traicioneros carámbanos de piedra. Se filtraba agua por el techo, goteando, y formaba charcos en la roca. Era lo único que se oía, sin contar con sus propias pisadas. Hacía frío y pronto penetró a través de las ropas de Morgan, que empezó a tiritar. Steff cerraba la marcha, sin ninguna ayuda, caminando con dificultad y jadeando.

Morgan se preguntó de repente qué harían cuando se encontraran con Teel.

Repasó sus armas mentalmente. Llevaba su nuevo espadón sujeto a la espalda, una daga en el cinturón y otra en una bota. También llevaba colgada a la cintura la vaina ajustada a los restos de la espada de Leah.

«No es gran cosa contra un umbrío», pensó. ¿Qué ayuda podría prestarles Steff, incluso después de que descubriera y aceptara la verdad? ¿Qué haría?

«Si al menos contara con la magia...».

Rechazó ese pensamiento, sabiendo adónde podía llevarlo, decidido a impedir que la indecisión lo paralizara.

Transcurrían los minutos, y el eco de sus pasos se repetía una y otra vez. Las paredes del túnel se aproximaban hasta estrecharlo notablemente para volver a separarse, en un cambio constante de dimensión y forma. Atravesaron varias cavernas, donde la luz de las antorchas no alcanzaba sus altísimos techos abovedados. Un poco más allá, aparecieron ante ellos varias grietas, algunas de casi seis metros de anchura. Había puentes para atravesarlas, tablones unidos por gruesas sogas sujetas a la roca con ganchos de hierro. Los puentes se mecieron y vibraron cuando los cruzaron, pero se mantuvieron firmes en su lugar.

Mientras caminaban buscaban a Teel, pero no lograban descubrir el menor rastro de ella.

Steff empezaba a quedarse rezagado por no poder mantener el ritmo de la marcha. Era muy fuerte, pero la enfermedad lo había debilitado; en el caso de que se tratara de una enfermedad y no de veneno, como sospechaba Morgan. Se cayó varias veces, y debía hacer un gran esfuerzo para levantarse. Sin embargo, Padishar en ningún momento aflojó el paso. Cumplía lo que había dicho... que Steff tenía que valerse por sí mismo. El enano había conseguido llegar hasta allí gracias a su gran fuerza de voluntad, y Morgan no veía la manera de que pudiera mantener durante más tiempo el ritmo de marcha impuesto por el jefe de los proscritos. El joven de las tierras altas miró a su amigo, pero este no pareció darse por enterado. Sus ojos de cazador escrutaban las tinieblas que se extendían más allá de la luz de las antorchas.

Habían recorrido más de un kilómetro por el interior de la montaña cuando apareció ante ellos el primer destello de luz, un punto luminoso que pronto se convirtió en resplandor. Padishar no aminoró el paso ni se preocupó de disimular su llegada. El túnel se ensanchó. La luz que habían visto era emitida por antorchas, y Morgan sintió que los latidos de su corazón se aceleraban.

Entraron en una caverna enorme y radiante. Las antorchas estaban embutidas en las grietas de los muros y del suelo, llenando el aire de humo y olor a madera y pez quemadas. Una gran fisura atravesaba de un extremo a otro la caverna por el centro, unas fauces abiertas de pared a pared. Había un puente tendido sobre su parte más estrecha, una gran estructura de hierro equipada con una máquina para bajarlo y subirlo, que estaba instalada en el lado en que ellos se encontraban. En aquel momento el puente estaba tendido, uniendo las dos mitades del suelo de la caverna. Al otro lado, se abría un nuevo túnel.

Teel estaba junto a la máquina del puente, golpeándola.

Padishar Creel se detuvo, y Morgan y Steff llegaron enseguida junto a él. Teel no los había visto ni oído. Sus antorchas no alteraban la intensa luz de la caverna.

—Ha atascado el mecanismo. Ya no es posible elevar el puente. —Su mirada se cruzó con la de Steff—. Si se lo permitimos, conducirá a la Federación hasta nosotros.

—¡No! —exclamó con incredulidad Steff.

Padishar no le hizo caso. Desenvainó su espadón y empezó a avanzar.

—¡Teel! —gritó enloquecido Steff, tras tropezar y caer, en su afán por seguir a Padishar.

Teel se volvió. Tenía una barra de hierro en las manos, y su pulida superficie mostraba las muescas producidas por los golpes descargados sobre el mecanismo del puente. Ahora Morgan pudo ver los daños que había causado: manubrios rotos, poleas destrozadas, así como engranajes desencajados. Los cabellos de Teel brillaban a la luz de las antorchas con reflejos dorados. De cara a ellos, la máscara que llevaba no revelaba nada de lo que estaba pensando; no era más que un trozo de cuero atado a su cabeza, con dos agujeros para los ojos.

Padishar cerró sus grandes manos sobre el espadón, levantando la hoja hacia la luz.

—Aquí termina tu vida, muchacha —gritó con furia.

El eco de sus palabras llenó la caverna y Steff se puso de pie, intentado avanzar.

—¡Padishar, espera! —gritó el enano.

—¡No, no es Teel! ¡Ya no lo es! —le dijo Morgan, saltando para detenerlo, cogiéndolo de un brazo y tirando de él. Los ojos de Steff brillaban de ira y de miedo. Morgan bajó la voz y le habló rápida y serenamente—: Escúchame, Steff. Es un umbrío. ¿Cuánto tiempo hace que no has visto la cara que cubre esa máscara? No es la de ella. Teel desapareció hace mucho tiempo.

—¡Morgan, no! ¡Yo lo sabría! ¡Lo habría notado! —exclamó el enano, cuya ira y miedo se habían truncado en horror.

—Steff, escucha...

—¡Morgan, va a matarla! ¡Déjame ir! —le suplicó el enano, consiguiendo liberarse de las manos del joven de las tierras altas.

—¡Steff, mira lo que nos está haciendo! ¡Nos ha traicionado! —respondió Morgan, que volvió a agarrarlo.

—¡No! —gritó el enano, dando un fuerte golpe al joven de las tierras altas.

Morgan se desplomó. El golpe lo dejó atontado. Su primera reacción fue de sorpresa. No creyó que Steff tuviera todavía tanta fuerza. Cuando se puso de rodillas, vio que el enano corría hacia Padishar, gritando algo que no consiguió entender.

Steff alcanzó al jefe de los proscritos cuando este estaba a muy pocos pasos de Teel. El enano se lanzó contra él por detrás, aferrándose al brazo armado y obligándolo a bajarlo. Padishar dio un grito de furia e intentó liberarse, pero no lo consiguió. El enano lo rodeaba, pegado a él como una segunda piel.

Teel aprovechó el momento de confusión para atacar. Cayó sobre ellos con la agilidad de un gato y con la barra de hierro levantada. Golpeó con rapidez, sin que ni Padishar ni Steff pudieran oponer resistencia y, en unos segundos, los dos yacían en el suelo de la caverna sangrando abundantemente. Morgan Leah se tambaleó al ponerse de pie para enfrentarse a ella.

Teel avanzó despacio, y en ese preciso momento surgieron de repente todos los recuerdos que conservaba de la enana. La vio como la pequeña muchacha

desamparada que había conocido en Culhaven, en la oscura cocina de la abuela Elise y la tía Jilt, con los cabellos de color miel asomando ligeramente bajo la capucha y el rostro cubierto por la extraña máscara de cuero. La vio en los límites del resplandor de la hoguera del campamento, escuchando la conversación del pequeño grupo cuando viajaban a través de las montañas de Wolfsktaag. La vio agazapada junto a Steff, al pie de los Dientes del Dragón, antes de que partieran para reunirse con el espíritu de Allanon, suspicaz y retraída.

Rechazó aquellas imágenes para verla solo como era ahora, golpeando a Padishar y a Steff, demasiado ágil y fuerte para ser lo que pretendía. A pesar de todo, resultaba difícil creer que fuera un umbrío, y más todavía aceptar que los había estado engañando durante tanto tiempo.

Desenvainó el espadón y esperó. Tendría que ser rápido o, más aún, tenía que ser veloz. Recordó a las criaturas del Foso. El hierro por sí solo no había bastado para matarlas. Teel se puso en cuclillas cuando llegó a su altura, sus ojos eran unos agujeros oscuros en la máscara, su mirada reflejaba dureza y seguridad. Morgan hizo una finta y lanzó una estocada a las piernas de la muchacha. Ella esquivó el golpe con facilidad. Volvió a intentarlo dos veces más, y la enana las paró con la barra de hierro, que al chocar con la hoja de la espada produjo vibraciones que recorrieron el cuerpo de Morgan. Se acometieron repetidamente, cada uno esperando que su adversario le proporcionase la oportunidad de acabar con él.

Tras una serie de golpes planos contra la barra de hierro, la hoja del espadón se rompió. Morgan atacó de nuevo con lo que le quedaba, y tanto la barra como su arma saltaron y se perdieron en la lejanía.

Teel se arrojó sobre Morgan sin perder ni un segundo, y sus manos se cerraron alrededor de su cuello. Tenía una fuerza increíble. Cuando cayó de espaldas, solo dispuso de un instante para actuar. Cogió la daga que llevaba en el cinturón y la hundió en el estómago de la enana, que retrocedió, sorprendida. Morgan le dio una patada, sacó la daga de su bota y se la clavó de abajo a arriba.

Teel contraatacó con tal furia que el joven de las tierras altas volvió a perder pie. Cayó y se dio un golpe tan fuerte que se le cortó la respiración. Vio puntos luminosos danzando ante sus ojos, pero consiguió llenar de aire sus pulmones y levantarse.

La enana estaba de pie donde la había dejado, con las dagas clavadas en el cuerpo. Las sacó con indiferencia y las tiró lejos.

«Sabe que no puedo causarle ningún daño», pensó Morgan, desesperado. «Sabe que no tengo nada para detenerla».

Parecía ilesa cuando se acercó a él. Había algunas manchas de sangre en sus ropas, pero apenas si eran perceptibles. La máscara tapaba la expresión de su cara, y en sus ojos y su boca no había nada, excepto un vacío tan gélido como el hielo. Morgan se retiró, buscando en el suelo de la caverna algo que pudiera utilizar como arma. Vio la barra de hierro y fue a cogerla.

Teel se lo permitió. Alrededor de su cuerpo se percibía una especie de vibración,

una oscuridad que se dilataba y se contraía como si el ser que ocupaba su interior se estuviera preparando.

Morgan retrocedió, acercándose a la grieta. ¿Conseguiría atraer a la criatura lo suficiente para empujarla y hacer que cayera al fondo? ¿Conseguiría acabar con su vida de esa forma? No lo sabía. Pero sí que era lo único que podía hacer para detenerla, para impedir que traicionara a todo el Saliente, a todos aquellos hombres, en beneficio de la Federación. Si fracasaba, todos morirían.

«¡Pero sin la magia no soy bastante fuerte!».

Estaba ya a pocos pasos del borde de la grieta. Teel recorrió la distancia que los separaba con rapidez. Esgrimió la barra de hierro contra ella, pero la agarró, se la quitó y la tiró muy lejos.

Cayó sobre él, oprimiéndole la garganta con las manos, privándolo de aire, estrangulándolo. No podía respirar. Luchó para soltarse, pero la enana era demasiado fuerte. Cerró los ojos, apretándolos contra el dolor, y notó amargor en la boca.

Sintió sobre sí un peso enorme.

—¡No lo hagas, Teel! —oyó que gritaba alguien... una voz despersonalizada y enronquecida por el dolor y la fatiga.

Las manos aflojaron un poco y su mirada se aclaró lo suficiente para ver a Steff sobre Teel, rodeándola con sus brazos y tirando de ella para quitársela de encima. La sangre chorreaba por su cara. Tenía una gran herida en la cabeza.

Morgan se llevó la mano derecha al cinturón y encontró la empuñadura de la espada de Leah.

Teel se desembarazó de Steff, se volvió y lo atacó. Había furia en sus ojos, revelada también debido a la tensión de los tendones de su cuello, que la máscara no podía ocultar. De un tirón, desenvainó la daga de Steff y la hundió profundamente en el pecho del enano, que cayó hacia atrás, jadeando.

Teel se giró para acabar con Morgan y, en ese instante, él le clavó en el estómago la hoja rota de la espada de Leah.

Retrocedió, profiriendo tales aullidos que el muchacho se apartó de ella contra su voluntad, aunque sin soltar la empuñadura. Entonces sucedió algo extraño. La espada de Leah se calentó y destelló. Percibió su vibración y su regreso a la vida.

«¡La magia!... ¡Es la magia!».

El poder surgió de la hoja y fluyó dentro de Teel. Un fuego escarlata estalló en la enana, desgarrándola, y la máscara se le soltó de la cara. Morgan Leah nunca olvidaría lo que había debajo, un semblante nacido de los pozos más profundos del infierno, destrozado, contraído y animado por demonios difíciles de imaginar. Teel pareció borrarse por completo y solo quedó el umbrío tras su cara, un ser de las tinieblas, sin cuerpo, un vacío que bloqueaba el paso de la luz.

Unas manos invisibles intentaron destruir a Morgan, arrebatarle la espada y el alma.

—¡Leah! ¡Leah!

El grito de guerra de sus antepasados, de los reyes y príncipes de su tierra durante un millar de años, y esa sola palabra se convirtió en el talismán al que se aferró.

El chillido proferido por el umbrío se tornó en alarido. Luego se desplomó cuando las tinieblas que la sostenían se resquebrajaron y disolvieron. Teel regresó, un envoltorio frágil y flácido carente de vida, y cayó muerta sobre él.

* * *

Morgan Leah necesitó varios minutos para recuperar las fuerzas que le permitieron liberarse del cadáver de Teel. Permaneció tendido sobre su propio sudor y su propia sangre, escuchando el súbito silencio, exhausto, clavado al suelo de la caverna por el peso de la muchacha que yacía muerta sobre él. Su único pensamiento era que había conseguido sobrevivir.

Luego, poco a poco, su pulso se fue acelerando. La magia de la espada de Leah le había salvado la vida. La espada conservaba, al menos, parte de la magia que había poseído, lo cual admitía la posibilidad de restaurarla por completo, de poder reparar la hoja...

Sus reflexiones se dispersaban de forma incontrolada en un continuo ir y venir. Llenó de aire sus pulmones, reunió todas sus fuerzas y empujó hacia un lado el cuerpo de Teel. No pesaba nada. Lo miró mientras se incorporaba, ayudándose con las manos y las rodillas. Parecía encogido, como si algo hubiera disuelto sus huesos. Su cara aún estaba torcida y llena de cicatrices, pero los demonios que antes había visto la habían abandonado.

Entonces oyó el jadeo de Steff. Incapaz de ponerse en pie, fue a gatas hasta donde estaba su amigo. Steff yacía boca arriba, con la daga clavada en el pecho. Morgan tiró de ella con cuidado, pero desistió al darse cuenta de que era demasiado tarde. Le tocó el hombro con cariño.

—¿Teel? —preguntó Steff, parpadeando y buscando con la mirada perdida al joven de las tierras altas.

—Ha muerto —respondió Morgan. En el rostro del enano se dibujó un gesto de dolor, y después se relajó. Tosió y escupió sangre.

—Lo siento, Morgan. Lo siento... Estaba ciego. Tenía que suceder.

—No fuiste solo tú.

—Debería haber visto... la verdad. Debería haberla reconocido. Es que... no estaba dispuesto a admitirlo, supongo.

—Steff, has salvado nuestras vidas. Si no me hubieses despertado...

—Escúchame. Escucha, Morgan. Eres mi mejor amigo. Quiero... que hagas algo por mí. —Tosió de nuevo e intentó afianzar la voz—. Quiero que vuelvas a Culhaven y te asegures de que... la abuela Elise y la tía Jilt se encuentran bien. —Cerró los ojos

y volvió a abrirlos—. ¿Me comprendes, Morgan? Corren peligro porque Teel...

—Te comprendo —respondió Morgan, interrumpiéndolo.

—Son todo lo que tengo —dijo Steff con voz débil, poniendo una mano sobre el brazo de Morgan—. Prométemelo.

—Te lo prometo —respondió Morgan, haciendo un gesto de asentimiento.

—La amaba, Morgan —dijo Steff, dando un suspiro, con un hilo de voz apenas audible.

La mano del enano se soltó, y murió.

Todo lo que ocurrió después resultó confuso para Morgan Leah. Se quedó un rato junto a Steff, tan anonadado que no podía pensar en otra cosa. Después se acordó de Padishar Creel. Hizo un gran esfuerzo para levantarse y fue a ver cómo estaba. El jefe de los proscritos vivía, pero seguía inconsciente. Tenía roto el brazo izquierdo, con el que había parado los golpes propinados por Teel con la barra de hierro, y también una profunda herida en la cabeza por la que sangraba profusamente. Morgan se la vendó para detener la hemorragia, pero se despreocupó del brazo. No había tiempo para eso.

El mecanismo del puente estaba destrozado, y él no podía repararlo. Si la Federación tenía la intención de enviar al túnel una fuerza de ataque aquella noche, y Morgan debía pensar que esa sería la decisión que tomaría, sería imposible elevar el puente para detener su avance. Faltaban pocas horas para el amanecer. Los soldados de la Federación ya debían de estar en camino. Teel ya no podía servirles de guía, pero no tendrían demasiadas dificultades para seguir el túnel hasta el Saliente.

Se preguntó qué habría sido de Chandos y de los hombres que tenían que acompañarlo. Ya deberían haber llegado.

Decidió que no podía arriesgarse a esperarlos. Tenía que salir de allí, y cargar con Padishar, ya que, a pesar de sus esfuerzos, no había conseguido que recuperara el conocimiento. Dejaría allí el cuerpo de Steff.

Tardó varios minutos en organizarse. Primero recuperó la espada de Leah y la envainó con cuidado. Luego llevó los cadáveres de Teel y Steff hasta el borde de la grieta y los arrojó al vacío. No estuvo seguro de poder hacerlo hasta que terminó. Después se sintió insatisfecho y vacío.

Después se sintió muy cansado, tan débil que pensó que no sería capaz de emprender el camino de vuelta, y menos aún teniendo que llevar a Padishar. Pero realizó un nuevo esfuerzo y consiguió cargar al jefe de los proscritos sobre un hombro. Después cogió una antorcha para alumbrarse, y emprendió el camino de regreso.

Anduvo durante lo que le parecieron horas, sin ver nada, sin oír otra cosa que el ruido de sus propias pisadas y el roce de sus botas sobre la piedra. ¿Dónde estaba Chandos? ¿Por qué no había llegado todavía? Tropezó y cayó tantas veces que perdió la cuenta, en parte por las irregularidades del suelo rocoso y en parte por su debilidad. Tenía las manos y las rodillas magulladas y ensangrentadas, y se le empezó a entumecer el cuerpo. Pensó en acontecimientos pasados, en su adolescencia y su

familia, en las aventuras que había compartido de niño con Par y con Coll, en el Steff que había conocido, tan sincero y honrado, y en los enanos de Culhaven. Lloró al recordar lo que había sido de todos ellos, por el pasado perdido. Le habló a Padishar cuando se sintió al borde del colapso, pero Padishar seguía inconsciente.

Le pareció que llevaba siglos caminando, y que estaba condenado a hacerlo por toda la eternidad.

Cuando por fin apareció Chandos, acompañado de un ejército de proscritos y de Axhind y sus troles, Morgan había dejado de caminar. Se había desplomado en el túnel, exhausto.

Los llevaron a hombros, a él y a Padishar, el resto del camino, e intentó explicar lo que había sucedido. Nunca estuvo seguro de lo que les había relatado. Sabía que divagaba, a veces sin coherencia. Recordaba que Chandos había hablado de un nuevo ataque de la Federación, y de que eso le había impedido llegar con la rapidez que hubiera deseado hacerlo. Recordaba la fuerza de la nudosa mano que sostenía la suya.

Todavía era de noche cuando llegaron al farallón, y el Saliente estaba siendo sometido a un nuevo ataque. Otra maniobra de distracción quizá, para desviar la atención de los soldados que recorrían los túneles, pero a la que necesitaban enfrentarse. Las flechas y las lanzas volaban desde abajo, y las torres de asedio estaban más cerca. Ya habían rechazado numerosos intentos de escalada, a pesar de que la retirada estaba ya preparada hasta en sus más mínimos detalles. Los heridos estaban listos para el traslado. Los que pudieran andar harían la retirada por su propio pie, y los que no pudieran hacerlo serían transportados en camilla. Morgan fue con este último grupo hasta el comienzo de los túneles. Entonces se le acercó Chandos y se inclinó hacia él para hablarle.

—Todo va bien, joven montañés —recordaría más tarde Morgan que le había dicho con una voz que no era más que un débil susurro—. Ya hay soldados de la Federación en el túnel, pero hemos cortado los puentes de cuerdas. Eso los retrasará un poco... lo bastante para que consigamos ponernos a salvo. Iremos por otros túneles. Hay una salida que solo conoce Padishar. Ofrece más dificultades, porque tiene muchas curvas y bifurcaciones y los errores pueden ser fatales. Pero Padishar la conoce bien. No deja nada al azar. Ya ha recuperado el conocimiento y está adoptando las medidas oportunas para que todo el mundo consiga huir. Es muy duro, Padishar. Pero no más que tú. Salvaste su vida y lo trajiste justo a tiempo. Descansa mientras puedas.

Morgan cerró los ojos y se sumió en el sueño, pero durmió mal, despertándose continuamente a causa de los vaivenes de la camilla en que yacía y por las voces de los hombres de su alrededor que suspiraban y proferían gritos de dolor. La oscuridad cubría los túneles, una bruma negra que las antorchas no conseguían disolver por completo. Veía pasar caras y cuerpos, pero la impresión más persistente era la de una noche impenetrable.

Una o dos veces creyó oír ruidos de lucha, entrechocar de armas y gruñidos de

hombres. Pero, como los heridos que estaban junto a él no daban muestras de alarma, pensó que probablemente lo había soñado.

Por último, se obligó a permanecer despierto. No quería dormir más. Le asustaba no tener plena conciencia de lo que sucedía. En apariencia, nada había cambiado. Era posible que solo hubiese dormido un momento.

Intentó levantar la cabeza, pero un fuerte dolor en la nuca le hizo renunciar. De repente, se acordó de Steff y Teel, de lo fina que es la línea que separa la vida de la muerte.

Padishar Creel se acercó a él. Llevaba la cabeza vendada y el brazo en cabestrillo.

—Hola, muchacho —le dijo como saludo.

Morgan correspondió a su saludo con un gesto, cerró los ojos y volvió a abrirlos.

—Gracias a ti y a Steff, podremos salir ahora mismo todos —contestó—. Chandos me ha contado la historia. Se portó como un valiente. —Apartó la mirada—. Bien, hemos perdido el Saliente, pero es un precio insignificante a cambio de nuestras vidas.

Morgan descubrió que el jefe de los proscritos no quería hablar del precio de la vida humana.

—Ayúdame, Padishar —le rogó—. Quiero salir de aquí por mi propio pie.

—No todos pueden —respondió el jefe de los proscritos, que esbozó una afable sonrisa.

Le tendió su mano sana y Morgan Leah se levantó de la camilla.

Par y Coll entraron en un mundo de pesadilla. El silencio era absoluto, un manto de vacío que se extendía más allá del tiempo. No se escuchaba ningún sonido, ni los trinos de los pájaros, ni el zumbido de los insectos, ni rumores, ni roces, ni siquiera el leve susurro del viento entre los árboles para dar una pequeña señal de vida. Los árboles se erguían hacia el cielo como estatuas de piedra talladas por alguna civilización ancestral y dejadas como testimonio de la futilidad de las obras del hombre. Presentaban un aspecto gris e invernal, e incluso las hojas, que debían suavizar y colorear su estructura, parecían harapos de un espantapájaros. La maleza y los hierbajos se agarraban a sus troncos como niños perdidos, y los zarzales se enmarañaban unos con otros en un desesperado esfuerzo por protegerse de las penalidades de la existencia.

Como cabía esperar, todo estaba cubierto por la bruma. Estaba allí desde el principio, y continuaría estándolo para toda la eternidad; un profundo mar gris que lo cubría todo. Estaba suspendida en el aire, ahogando los árboles y matorrales, las piedras y la tierra, y cualquier clase de vida. Una pantalla que impedía el paso de la luz del sol y el calor. En algunos lugares era tenue y se limitaba a difuminar los contornos de lo que tapaba, mientras que en otros era tan impenetrable como la tinta. Se pegaba a la piel con una insistencia fría y húmeda.

Par y Coll avanzaron con lentitud y cautela a través de aquel mal sueño, intentando sobreponerse a la fuerte sensación de que se habían convertido en seres incorpóreos. Sus ojos escrutaban los rincones oscuros en busca de cualquier indicio de movimiento sin encontrar nada más que quietud. Habían entrado en lo que parecía un mundo sin vida, como si los umbríos que habían establecido en él su morada solo fueran producto de una pesadilla fuera del alcance de sus sentidos.

Agilizaron el paso hacia los escombros del puente de Sendic para, a continuación, dirigirse a la cripta. Sus pisadas no producían sonido alguno en las hierbas altas ni en la tierra blanda y húmeda. A veces, sus botas desaparecían en la alfombra de bruma. Par volvió la cabeza hacia la puerta, pero no pudo distinguirla.

Pocos segundos después, también se desvanecieron la pared del acantilado y todo lo que había junto al palacio de los reyes de Tyrsis.

«Como si nunca hubieran existido», pensó Par.

Sentía frío y un gran vacío interior, pero calor donde el sudor humedecía su piel bajo la ropa. No conseguía rechazar las emociones que lo inundaban; todas ellas gritaban con voces maliciosas y confusas, intentando hacerse oír, pero sin un propósito definido. Su corazón golpeaba contra el pecho, acelerándole el pulso, y a cada paso que daba sentía la inminencia de su propia muerte. Sintió tentaciones de

convocar la magia durante un breve instante, y en la forma más rudimentaria, para asegurarse de que poseía un poder con el que podía defenderse. Pero si utilizaba la magia, alertaría a los moradores del Foso, y no deseaba que eso ocurriera.

Coll tocó su brazo y señaló hacia donde la tierra se abría ante ellos en una grieta de aspecto siniestro, cuyo fondo se sumía en las tinieblas. Sería mejor dar un rodeo. Par hizo un gesto de asentimiento y reemprendió la marcha. La compañía de Coll le tranquilizaba, como si el simple hecho de su presencia pudiera detener de algún modo el mal que lo amenazaba. Coll, con su corpulencia, era como una roca que lo resguardara; su tosca cara tenía una expresión tan decidida que parecía que bastaba su fuerza de voluntad para que salieran bien librados del trance. Par se sentía más satisfecho de lo que se puede expresar con palabras por contar con la compañía de su hermano. Sabía que era un sentimiento egoísta, pero sincero. El valor de Coll en aquel asunto era en gran parte la fuente de su propio valor.

Rodearon la trampa y volvieron a los escombros del puente. Allí nada había cambiado. Todo seguía silencioso e inmóvil, sin presentar ningún signo aparente de vida.

Entonces, de repente, algo destelló levemente en la niebla frente a ellos, una forma cuadrada que se levantaba entre los cascotes.

Par respiró profundamente. Era la cripta.

Agilizaron el paso, abriendo Par la marcha. Los muros de piedra definieron sus formas, perdiendo la imprecisión irreal con que los recubría la bruma. Junto a ellos crecía abundante maleza y plantas trepadoras que se extendían sobre su tejado oblicuo. El musgo coloreaba la base de colores rojizo y verde oscuro. Las dimensiones de la cripta eran mayores de lo que Par había imaginado; unos dieciséis metros de anchura por unos seis de altura en su punto máximo.

Los hermanos vallenses llegaron al muro más próximo y doblaron la esquina con la máxima cautela, buscando la entrada. Vieron una inscripción grabada en la piedra, una inscripción antigua deteriorada por los agentes atmosféricos, con muchas palabras casi completamente borradas. Se detuvieron un momento y pudieron leer:

Aquí está el corazón y el alma de las naciones.

El derecho de sus habitantes a ser libres.

Su deseo de vivir en paz.

Su valor para buscar la verdad.

Aquí está la espada de Shannara.

Un poco más allá, una enorme puerta de piedra estaba entreabierta. Los hermanos del valle se miraron en silencio y siguieron adelante. Cuando llegaron a la puerta,

miraron al interior y vieron un pasillo ancho que se dirigía a la izquierda y desaparecía en la oscuridad.

Par frunció el ceño. No había pensado en la posibilidad de que la cripta pudiera tener una estructura complicada. Había supuesto que sería una cámara con la espada de Shannara en el centro.

Se dio la vuelta para mirar a Coll. Sin duda, su hermano estaba inquieto, mirando hacia la entrada y la maraña oscura del bosque que los rodeaba. Luego se adelantó y empujó la puerta, que no ofreció resistencia.

—Esto parece una trampa —dijo, inclinándose para poder ver mejor lo que había detrás, pero en voz tan baja que Par apenas pudo oírlo.

Él estaba pensando lo mismo. La puerta de una cripta con trescientos años de antigüedad y sometida al clima del Foso no podía abrirse tan fácilmente. Sería muy sencillo para cualquiera cerrarla cuando él estuviera dentro.

A pesar de todo, sabía que iba a entrar. Estaba decidido a hacerlo. Había realizado grandes esfuerzos para llegar hasta allí y no estaba dispuesto a renunciar. Arqueó las cejas y dirigió a Coll una mirada interrogativa. Este le respondió con un gesto de disgusto. Estaba seguro de que Par había decidido continuar, de que, por muy alto que fuera el riesgo, no se detendría.

—De acuerdo —consiguió decir Coll con gran esfuerzo—. Entra a buscar la espada. Yo te espero aquí. —Entonces, lo cogió por el hombro y añadió—: ¡Pero date prisa!

Par hizo un gesto asentimiento, esbozó una sonrisa de triunfo y le dio una cariñosa palmada en la espalda.

Cruzó la puerta y recorrió el pasillo. Avanzó sin dificultad hasta donde llegaba la tenue luz del exterior, pero pronto le faltó. Siguió caminando a lo largo de los muros sin encontrar el final. Entonces recordó que llevaba en el bolsillo la piedra que le había dado Damson. Se detuvo un momento, la cogió, la apretó entre las manos para calentarla y después la levantó ante sí. Una luz plateada se impuso a la oscuridad. Esbozó una sonrisa y empezó a caminar de nuevo, atento a cualquier sonido, a cualquier movimiento.

Cuando el pasillo terminó, descendió un tramo de escalera y entró en otro corredor. Anduvo mucho más de lo que hubiera creído posible y, por primera vez, empezó a sentirse intranquilo. Ya no estaba en la cripta, sino en algún profundo subterráneo.

Entonces llegó al final del pasadizo. Se encontró ante una estancia con techo abovedado y muros adornados con imágenes y runas. Se le cortó la respiración.

En el centro de la cámara, con la hoja clavada en un bloque de mármol rojo, estaba la espada de Shannara.

Parpadeó para asegurarse de que no era una alucinación, y después se acercó hasta que estuvo delante de la espada. La hoja brillaba. Era una pieza perfecta de artesanía. En la empuñadura tenía tallada una mano que levantaba una antorcha. A

aquella luz suave, el talismán relucía como metal nuevo y un poco azulado.

Par sintió que se le oprimía la garganta. No le cabía la menor duda, aquella era la espada de Shannara.

Un sentimiento de júbilo inundó todo su ser. Apenas pudo reprimir el deseo de llamar a gritos a su hermano, de decirle lo que sentía. Sintió una oleada de alivio. Lo había apostado todo a una carta, dejándose llevar por una corazonada, y había ganado. ¡Era cierto! ¡La espada de Shannara se encontraba en el Foso, oculta por una maraña de árboles y maleza, por la bruma y las sombras de la noche, por los umbríos...!

No duró mucho su alegría. Al pensar en los umbríos recordó la precariedad de su situación. Ya habría tiempo para las felicitaciones cuando Coll y él hubieran logrado salir de aquella ratonera.

Había unos escalones tallados en la base de piedra sobre la que descansaba el bloque de mármol con la espada, y empezó a subirlos. Pero antes de que diera el segundo paso, algo destacó contra la oscuridad del muro que tenía enfrente, quedándose paralizado por el terror.

Su mente se llenó con una sola palabra: «¡Umbríos!».

Sin embargo, enseguida advirtió que se había equivocado. No era un umbrío, sino un hombre vestido de negro, con capa y encapuchado. El emblema de la cabeza de lobo brillaba sobre su pecho.

El miedo de Par no disminuyó. El hombre que se acercaba a él era Rimmer Dall.

* * *

En la entrada de la cripta, Coll empezaba a impacientarse. Estaba de pie, con la espada apoyada en el muro, a un lado de la puerta. Sus ojos escrutaban la bruma, pero no advertía ningún movimiento ni escuchaba ningún sonido. Al parecer, estaba solo, aunque su impresión era otra. La luz del amanecer se filtraba entre las copas de los árboles, cubriéndolo con su fría y grisácea claridad.

Pensaba que Par tardaba demasiado para lo que tenía que hacer.

Volvió la cabeza para mirar a la negra entrada de la cripta. Si Par no había vuelto antes de cinco minutos, entraría.

* * *

Rimmer Dall se detuvo a menos de cuatro metros de Par y echó hacia atrás la

capucha. No llevaba máscara que le cubriera el rostro, pero a la media luz de la cripta estaba tan sombreado que era prácticamente irreconocible. No importaba. Par lo habría reconocido en cualquier sitio. Solo lo había visto una vez hacía ya muchas semanas, la noche en que huyeron de la cervecería Barba Azul. Había confiado en que nunca volvería a encontrarse con él, pero allí estaba. Rimmer Dall, el primer buscador de la Federación, el hombre que lo había perseguido a lo largo y ancho de Callahorn y que tantas veces estuvo a punto de capturarlo, ahora lo tenía en sus manos.

La puerta por la que había entrado Par seguía abierta a sus espaldas como una vía de escape que atraía su atención. El joven del valle se dispuso a emprender la retirada.

—Espera, Par Ohmsford —dijo el hombre de negro, como si le hubiera leído el pensamiento—. ¿Tan pronto vas a echar a correr? ¿Te asustas con tanta facilidad?

Par dudó. Rimmer Dall era un hombre corpulento y ágil. Su duro y amenazador rostro de barba rojiza parecía esculpido en piedra. Aun así, su voz, que Par tampoco había olvidado, era cordial y sugerente.

—¿No crees que antes deberías escuchar lo que tengo que decirte? —prosiguió el hombre de negro—. ¿En qué puede perjudicarte? Hace mucho tiempo que estoy esperándote aquí para hablar contigo.

—¿Esperando? —preguntó Par, asombrado.

—Sí. Desde que tomaste la decisión de recuperar la espada de Shannara. Tenías que venir a buscarla, ¿verdad? Y has venido. Entonces, ¿no es lógico que te estuviera esperando? Tenemos mucho de que hablar.

—No lo creo. —Par pensaba a toda velocidad—. Intentaste arrestarnos a Coll y a mí. Hiciste prisioneros a mis padres en Valle Sombrío y ocupaste la aldea. Me persigues desde hace varias semanas, y también a quienes me acompañan.

Rimmer Dall se cruzó de brazos. Par advirtió de nuevo que llevaba el izquierdo enguantado hasta el codo.

—Supongamos que yo me quedo aquí y tú donde estás —dijo el investigador—. Para que puedas irte si lo deseas. No haré nada para impedirlo.

—No me fío de ti —dijo Par, respirando profundamente y dando un paso atrás.

—¿Por qué habrías de confiar en mí? —inquirió el hombre vestido de negro—. Pero quieres la espada de Shannara, ¿no es cierto? Si la quieres, debes escucharme. Después podrás llevártela, en caso de que sigas deseándolo. ¿Te parece un trato justo?

—¿Por qué debo acceder a tus condiciones después de todo lo que has hecho para impedir que recupere la espada? —preguntó Par, que sentía que se le erizaban los pelos de la nuca como señal de advertencia.

—¿Impedir que recuperaras la espada? —repitió el buscador con una risa burlona y casi silenciosa—. ¿No se te ha ocurrido pensar ni una sola vez en pedirla, Par Ohmsford? ¿No has considerado la posibilidad de que pudiera entregártela? ¿No habría sido eso más fácil que cruzar toda la ciudad bajo tierra para robarla como un

vulgar ladrón? Ignoras tantas cosas... ¿Por qué no me permites que te informe? —concluyó Rimmer Dall, haciendo un gesto negativo.

Par miró a su alrededor con inseguridad, creyendo que se trataba de un truco para hacerle bajar la guardia. La cripta era una masa oscura que le hacía sentir la presencia de otros seres al acecho. Frotó con fuerza la piedra de Damson para avivar la luz.

—Ya veo. Crees que tengo a otros escondidos, ¿no es así? —dijo Rimmer Dall, y las palabras salieron del interior de su pecho y retumbaron en el silencio—. Pues bien, mira.

Levantó su mano enguantada, hizo un rápido movimiento con ella y la estancia se llenó de luz. Par se quedó boquiabierto por la sorpresa y dio otro paso atrás.

—¿Suponías que eras el único capaz de utilizar la magia, Par Ohmsford? —preguntó Rimmer Dall con voz serena—. Pues estabas equivocado. En realidad, la magia que yo poseo es mucho más poderosa que la tuya, quizá más poderosa que la de los antiguos druidas. Hay otros como yo. Son muchos los que en las Cuatro Tierras dominan la magia del mundo antiguo, del mundo anterior a ellos, a las Grandes Guerras y al mismo hombre.

Par lo miraba en silencio.

—¿Me escucharás ahora, joven vallense? ¿Ahora que aún estás a tiempo de elegir?

—Eres un buscador —respondió Par, y negó con incredulidad—. Persigues a quienes utilizan la magia. ¡Está prohibida, incluso para ti!

—Eso es lo que ha decretado la Federación —dijo Rimmer Dall, esbozando una sonrisa—. Pero ¿ha podido evitar que tú la utilices, Par? ¿O que la utilice tu tío Walker Boh? ¿O cualquier otra persona que la posea? Es una orden estúpida, a la que nadie se someterá jamás. La Federación sueña con la conquista y la creación de un imperio, con reunir bajo su mando a las tierras y las razas. Esos son los proyectos y los planes del Consejo de la Coalición, residuos de un mundo que se destruyó una vez a sí mismo con las guerras por el poder. Se considera llamada a gobernar porque ya no existen los Consejos de las Razas y los druidas han desaparecido. Considera una bendición la extinción de los elfos. Ocupa las provincias de la Tierra del Sur, amenaza Callahorn hasta que se somete y aniquila a los obstinados enanos solo porque puede hacerlo. ¡Se cree omnisciente! ¡Y en un gesto final de arrogancia, proscribire la magia! Ni una sola vez se molesta en preguntarse a qué propósito sirve la magia en el orden de las cosas... simplemente la rechaza.

»Lo cierto es que la Federación está formada por un grupo de imbéciles que no comprenden en absoluto lo que significa la magia —continuó el hombre vestido de negro, inclinándose hacia delante y bajando los brazos del pecho—. Fue la magia la que extrajo nuestro mundo del pasado, el mundo en que vivimos y en el que la Federación cree que es soberana. La magia lo crea todo, hace que todo sea posible. Y la Federación rechaza ese poder como si no valiera nada.

Rimmer Dall se irguió, destacando en la extraña luz que había creado como una

figura tenebrosa de apariencia vagamente humana.

—Mírame, Par Ohmsford —le dijo el buscador en voz baja.

Su cuerpo empezó a ondear y luego a dividirse. Par contempló horrorizado cómo se levantaba una negra silueta, en cuyos ojos llameaba un fuego escarlata.

—¿Ves, joven del valle? —La voz incorpórea de Rimmer Dall siseaba de satisfacción—. ¡Soy lo que la Federación pretende destruir, y no tiene ni la más ligera sospecha de mi identidad!

La ironía de la situación no hizo ninguna mella en Par, quien era plenamente consciente de que estaba expuesto al peor de los peligros. Retrocedió ante aquel hombre que se hacía llamar Rimmer Dall, ante la criatura que, en realidad, no era un hombre, sino un umbrío. Se volvió a medias, dispuesto a emprender la huida. Entonces se acordó de la espada de Shannara y de repente, temerariamente, cambió de propósito. Si conseguía recuperar la espada, podría utilizarla para destruir a Rimmer Dall.

Pero el umbrío parecía despreocupado. Muy despacio, la silueta negra regresó al cuerpo de Rimmer Dall y continuó hablando con su voz.

—Te han mentido muchas veces, muchacho. Te han dicho que los umbríos son seres malignos, parásitos que invaden los cuerpos de los hombres para someterlos y utilizarlos. No, no te molestes en negarlo ni en preguntar cómo lo sé —se apresuró a decir, cortando la exclamación de sorpresa de Par—. Conozco toda tu vida, tu viaje a Culhaven, al Valle de los Indómitos, al Cuerno del Hades y más allá. Sé que mantuviste una reunión con el espíritu de Allanon. También conozco las mentiras que te contó. ¡Mentiras, Par Ohmsford, empezando por lo que dijo de los druidas! ¡Te dijo lo que debes hacer para destruir a los umbríos, para salvar al mundo! Tú tenías que buscar la espada de Shannara, Wren a los elfos y Walker Boh el desaparecido Paranor... lo sé.

»¡Pero escucha ahora lo que nadie te ha dicho! —continuó el umbrío, con la cara contraída por un acceso de ira—. Los umbríos no son una aberración surgida durante la ausencia de los druidas. ¡Somos sus sucesores! Tras su desaparición, hemos evolucionado por medio de la magia. ¡Y no somos monstruos que invaden a los hombres, joven del valle... somos hombres!

Par hizo un gesto negativo.

—Ahora hay magia en los hombres como la hubo en las criaturas del viejo mundo fantástico —dijo Rimmer Dall, levantando la mano enguantada para señalarlo—. En los elfos, antes de que desaparecieran. En los druidas —añadió con una voz dulce y apremiante—. Yo soy un hombre como cualquier otro, sin más diferencia que la que me otorga la posesión de la magia. Como tú, Par. La he heredado de las generaciones de mi familia que vivieron en un mundo en el que el uso de la magia era natural. La magia se esparció y se sembró... no en la tierra, sino en los cuerpos de hombres y mujeres de las razas. Arraigó y creció en algunos de nosotros, y ahora tenemos el poder que antaño fue patrimonio de los druidas.

Tú tienes ese poder —prosiguió, e hizo un gesto de asentimiento, con los ojos fijos en el joven vallense—. Es inútil que lo niegues. Has de comprender su verdadero significado.

Se detuvo, esperando la respuesta de Par. Pero el joven vallense se había sentido invadido por un frío intenso que le caló hasta los huesos al sentir lo que se acercaba, y solo pudo negar con un grito silencioso.

—Puedo ver en tus ojos que comprendes —dijo Rimmer Dall con voz aún más suave—. Eso significa, Par Ohmsford, que también tú eres un umbrío.

* * *

Coll contó mentalmente los segundos, alargando el proceso todo lo que pudo, esperando tras cada número que Par apareciera por la puerta. Pero su hermano no daba señales de vida.

Empezó a desesperarse. Se alejó unos pasos del muro de la cripta y volvió otra vez. Habían pasado los cinco minutos. Ya no podía esperar más. Tenía que entrar. Le asustaba la idea de dejar la retirada desprotegida, pero no tenía otra opción. Tenía que descubrir lo que le había ocurrido a Par.

Respiró profundamente para tranquilizarse mientras se disponía a entrar en la cripta.

En ese preciso instante, unas manos lo agarraron por detrás y lo derribaron.

—¡Estás mintiendo! —gritó Par a Rimmer Dall, y se olvidó de su miedo y dio un paso adelante.

—No hay nada malo en ser un umbrío —respondió Rimmer Dall con viveza—. Es solo una palabra que otros utilizan para designar algo que no acaban de comprender. Si eres capaz de olvidar las mentiras que te han contado y pensar en las posibilidades, estarás mejor preparado para comprender lo que te estoy diciendo. Imagina por un momento que tengo razón. Si los umbríos no son más que hombres destinados a suceder a los druidas, la posesión de la magia no será solo su derecho, sino también su responsabilidad. La magia es un legado... ¿No fue eso lo que dijo Allanon a Brin Ohmsford cuando agonizaba y la ungió con su sangre? La magia es un instrumento que debe ser utilizado para el progreso de las razas y de las Cuatro Tierras. ¿Tan difícil es aceptar eso? El problema no está en mí, ni en ti, ni en otros como nosotros. ¡El problema está en esos estúpidos que gobiernan la Federación y creen que hay que suprimir todo lo que no pueden controlar! ¡A cualquiera que sea diferente lo consideran un enemigo!

»Pero ¿quién intenta dominar las Cuatro Tierras y a sus gentes? —prosiguió el umbrío, con las facciones tensas—. ¿Quién ha expulsado a los elfos de la Tierra del Oeste, esclaviza a los enanos en la Tierra del Este, asedia a los troles en la Tierra del

Norte y reclama como propias las Cuatro Tierras? ¿Por qué crees que todas ellas comienzan a agostarse y a morir? ¿Cuál es la causa? Has visto a los pobres seres que viven en el Foso, ¿supones que son umbríos? Sí, lo son... pero sus guardianes los han llevado a ese estado. Son hombres como tú y como yo. La Federación los encierra porque muestran indicios de poseer la magia y los considera peligrosos. Llegan a ser lo que se pensaba que eran. ¡Se les priva de la vida que la magia alienta en ellos, y enloquecen! Aquella niña de la Cresta de Toffer... ¿Qué pudo haberle sucedido para que se convirtiera en lo que es? Hambrienta de la magia que necesitaba, de su uso y de todo lo que la hubiera conservado cuerda, fue conducida al exilio. ¡Es la Federación la que causa todos los estragos en las Cuatro Tierras con sus estúpidos y aciagos decretos y su dominio aplastante! ¡Y son los umbríos los únicos que pueden arreglar las cosas!

»Por lo que respecta a Allanon, he de decirte que, antes que nada, es un druida con mente y procedimientos de druida, y siempre lo será. Solo él sabe lo que busca, y no lo dirá. Sería mejor que no te mostraras tan dispuesto a acatar sus órdenes.

Hablaba con tal convicción que, por primera vez, Par Ohmsford empezó a dudar. ¿Podía haber mentido el espíritu de Allanon? ¿Acaso no era cierto que los druidas habían jugado siempre con aquellos de quienes querían conseguir algo? Walker le había advertido sobre ello, sobre el error que podía cometer aceptando las palabras de Allanon. En eso coincidía con Rimmer Dall. Era posible que lo hubiera engañado, pensó con desesperación.

—Tú eres uno de los nuestros, Par Ohmsford —contestó mientras se alzaba la figura que tenía ante él.

—No —respondió Par inmediatamente mientras negaba con la cabeza.

—Lo eres. Puedes negarlo cuanto te plazca, pero no por ello cambiarán las cosas. Tú y yo somos iguales... poseedores de la magia, sucesores de los druidas, depositarios del legado. —Se interrumpió durante un breve instante para pensar—. Todavía me temes, ¿verdad? Un umbrío. Hasta el nombre te asusta. Es el resultado inevitable de haber aceptado como verdad las mentiras que te han contado. Me consideras enemigo en lugar de pariente.

Par permaneció callado.

—Veamos quién miente y quién dice la verdad. Allí —dijo, señalando la espada—. Sácala de la piedra. Es tuya. Es tuya por herencia de la casa élfica de Shannara. Cógela. Tócame con ella. Si soy la criatura de las tinieblas contra la que te han prevenido, la espada me destruirá. Si soy un mal que se oculta dentro de una mentira, la espada lo revelará. Tómala en tus manos y utilízala.

Par permaneció inmóvil un largo rato, y después subió corriendo los escalones hasta el bloque de mármol rojo, agarró con ambas manos la espada de Shannara y tiró. Se deslizó hacia fuera, brillante y bruñida. El joven del valle se dio la vuelta y miró de frente a Rimmer Dall.

—Acércate, Par —dijo el hombre vestido de negro—. Acércate y tócame.

Los recuerdos giraron de manera vertiginosa en la mente de Par, fragmentos y detalles de las canciones que había entonado, de las historias que había relatado. Lo que ahora empuñaba era la espada de Shannara, el talismán élfico de la verdad, contra el que ninguna mentira se sostiene.

Bajó los escalones, con la antorcha grabada en la empuñadura presionando la palma de su mano y la hoja levantada en actitud precavida ante él. Rimmer Dall esperaba. Cuando Par estuvo a la distancia adecuada, levantó la hoja del talismán y la apoyó con firmeza en el cuerpo del hombre vestido de negro.

No ocurrió nada.

Mantuvo los ojos fijos en el Buscador, con la hoja apoyada contra su cuerpo, y expresó su deseo de que se revelara la verdad. Pero tampoco ocurrió nada en esta ocasión. Par aún mantuvo el arma en esa posición todo lo que pudo. Por fin la bajó y se retiró.

—Ahora ya lo sabes. No hay mentira en mí —dijo Rimmer Dall—. La mentira está en lo que te han dicho.

—Pero ¿por qué iba a mentir Allanon? ¿Con qué objeto? —se preguntó a sí mismo Par, quien se estremeció.

—Piensa un momento en lo que se te ha pedido que hagas. —El hombre de negro mostraba una actitud relajada, y su voz era serena y tranquilizadora—. Se te ha pedido que hagas regresar a los druidas, que les devuelvas sus talismanes, que busques nuestra destrucción. Los druidas quieren recuperar lo que perdieron, el poder sobre la vida y la magia. ¿Es eso diferente de lo que pretendía el Señor de los Brujos hace ya siglos?

—¡Pero tú nos perseguías!

—Quería hablar contigo, quería explicarte.

—¡Has hecho prisioneros a mis padres!

—Los mantengo a salvo de cualquier daño. La Federación conocía tus actividades y los habría utilizado para encontrarte si yo no hubiese llegado primero.

Par no respondió. En aquel instante no encontró ningún argumento válido que pudiera contrarrestar las afirmaciones del hombre vestido de negro. ¿Era cierto todo lo que le habían dicho o, como aseguraba Rimmer Dall, era mentira? No podía creer esto último, pero tampoco podía rechazarlo de forma categórica. Estaba completamente confundido y se sentía pequeño y vulnerable.

—Tengo que pensar —dijo en voz muy baja.

—Entonces ven conmigo y hazlo —respondió con rapidez Rimmer Dall—. Ven conmigo y continuaremos hablando. Tienes muchas preguntas que necesitan respuestas, y yo puedo dártelas. Necesitas saber muchas cosas sobre la utilización de la magia. Ven. Rechaza de una vez por todas tus temores y celos. No te ocurrirá nada malo, porque nada malo puede ocurrirle a una persona que posee una magia como la tuya.

Hablaba de manera tan convincente, tan segura, que casi logró convencer a Par.

El joven vallense se sintió inclinado a aceptar su oferta. Estaba cansado y deseaba que aquella odisea terminara cuanto antes. Sería reconfortante tener a alguien con quien poder hablar de las frustraciones causadas por la posesión de la magia. Rimmer Dall era la persona indicada, puesto que las habría experimentado. Por mucho que le repugnara admitirlo, ya no se sentía amenazado por aquel hombre. Al parecer, no había razón alguna para negarse a su petición.

—No —dijo el joven vallense, sin comprender la razón de su tajante negativa.

—Piensa en lo que podremos compartir si vienes conmigo —insistió Rimmer Dall—. ¡Tenemos tantas cosas en común! Seguramente, deseas hablar de tu magia, de la magia que te han obligado a ocultar. Nunca has podido hablar de esto con nadie. Siento tu necesidad. ¡Ven conmigo! Joven del valle, tienes...

—No.

Par retrocedió, aterrado. Algo horrible había despertado de repente en su mente, algún recuerdo aún sin rostro definido pero cuya voz pudo reconocer.

—Eso es una estupidez, joven del valle —dijo Rimmer Dall que observaba con atención sus reacciones, ahora con las facciones de su rostro endurecidas.

—Me voy —dijo Par en voz baja, con todos sus músculos en tensión y otra vez en guardia. ¿Qué podía inquietarlo tanto?—. Y me llevo la espada.

El hombre vestido de negro ya solo le parecía un retazo de oscuridad en la media luz.

—Quédate —insistió Rimmer Dall—. Hay secretos que se te han ocultado, cosas que sería mejor que conocieras por mí. Quédate y te hablaré de ellas.

Par se dirigió de lado hacia el pasillo por el que había llegado allí.

—La salida está detrás de ti —dijo Rimmer Dall con voz aguda—. No hay pasillos ni escalera. Todo ha sido una ilusión creada por mi magia para retenerte y poder hablar contigo. Si te marchas ahora, se destruirá algo muy valioso. La verdad te espera, joven del valle... y hay horror en su rostro. No podrás resistirlo. ¡Quédate y escúchame! ¡Me necesitas!

—Durante un breve instante, Rimmer Dall —respondió Par, haciendo un gesto negativo—, te has parecido a esos otros, a esos umbríos que exteriormente no son como tú, pero que hablan con tu misma ansiedad. Tú, igual que ellos, también me poseerías.

Rimmer Dall no habló ni se movió, sino que se limitó a contemplar su retirada. La luz que el primer buscador había producido se extinguió, y la cámara se quedó a oscuras.

Par Ohmsford agarró la espada de Shannara con las dos manos y corrió hacia la libertad.

* * *

Rimmer Dall le había dicho la verdad sobre los pasillos y la escalera. No existían. Habían sido una ilusión, un producto de la magia que Par debería haber reconocido enseguida sin ningún problema. Salió directamente de la oscuridad de la cripta a la grisácea penumbra del Foso, y quedó envuelto en la humedad y la niebla. Parpadeó y dio media vuelta, buscando a su hermano.

Coll.

¿Dónde estaba Coll?

Se quitó la capa que colgaba de sus hombros y envolvió en ella la espada de Shannara. Allanon había dicho que la necesitaría... si debía creer a Allanon. Por el momento, no estaba muy seguro. Sin embargo, tenía que cuidar de la espada para que cumpliera su misión. A no ser que hubiese perdido la magia. ¿Podía haberla perdido?

—Par.

El joven vallense dio un salto, sorprendido por la voz que le llegó de su espalda, tan cercana como si le hubiera hablado al oído. Se dio media vuelta, y allí estaba Coll.

O lo que había sido Coll.

La cara de su hermano era difícil de reconocer, torturada por algún tormento interior que él solo podía imaginar, un tormento que había alterado los rasgos familiares privándolos de vida. Su cuerpo también estaba desfigurado, con las articulaciones desencajadas y plegado sobre sí mismo, como si sus huesos hubieran sido cambiados de sitio. Había marcas en su piel, arañazos y lesiones, y los ojos ardían con una fiebre que enseguida identificó.

—Me capturaron —dijo Coll, presa de la desesperación—. Me maltrataron. Par, te necesito. Abrázame, por favor.

Par gritó, chillando como si nunca fuera a detenerse, deseando que se alejara el ser que estaba ante él, que desapareciera de su vista y de su mente. Sintió una frialdad y un vacío interior que amenazaban con hundirlo por completo.

—¡Coll! —sollozó.

Su hermano se tambaleó y avanzó hacia él con los brazos extendidos. La advertencia de Rimmer Dall resonó en los oídos de Par: ¡La verdad, la verdad, el horror de la verdad! ¡Coll era un umbrío! No sabía cómo, pero se había convertido en eso, en una criatura como las que vagaban por el Foso y que, según Rimmer Dall, la Federación había reducido a aquel estado. ¿Cómo? Par solo había estado ausente unos minutos o, al menos, esa era la impresión que él tenía. ¿Qué le habían hecho a su hermano en tan poco tiempo?

Se quedó inmóvil, aturdido y tembloroso, mientras el ser lo aferraba con los dedos y después lo rodeaba con los brazos, sin dejar de murmurar «Abrázame, abrázame», como si rezara una letanía pidiendo su redención. Par deseó estar muerto, nunca haber nacido, desaparecer de la tierra y dejar atrás lo que estaba sucediendo. Deseó cosas imposibles... algo que pudiera salvarlo. La espada de Shannara se escurrió entre sus dedos, y tuvo la sensación de que se derrumbaban todos sus

conocimientos y creencias.

Coll intentó desgarrarlo con las manos.

—¡Coll, no! —gritó Par.

Entonces, algo ocurrió en lo más profundo de su ser, algo contra lo que luchó solo un momento antes de que consiguiera imponerse a él. Dentro de su pecho surgió una llamarada y se extendió por todo su cuerpo como un incendio incontrolado. Era la magia... no la magia de la canción, no la magia de imágenes inoperantes y de simulaciones, sino la otra. La magia que en tiempos pasados poseyeron las piedras élficas, la magia que Allanon había otorgado a Shea Ohmsford hacía tantos años, la que enraizó en Wil Ohmsford y llegó hasta él a través de las generaciones de su familia, cambiando, evolucionando, siempre misteriosa. Y estaba viva en él, una magia más poderosa que la canción, fuerte e inflexible.

Le recorrió todo el cuerpo y explotó. Gritó a Coll que se alejara, pero su hermano no pareció oírlo. Coll, una criatura arruinada, una caricatura del ser humano que Par había querido, se consumía en su propia locura. El umbrío en que ahora se había convertido solo necesitaba nutrirse. La magia lo envolvió y, en un instante, lo convirtió en cenizas.

Par contempló horrorizado cómo su hermano se deshacía ante sus ojos. Aturdido, sin voz, cayó de rodillas y sintió que su propia vida desaparecía con la de Coll.

Entonces, otras manos se extendieron hacia él, lo empujaron y lo tiraron al suelo. Un remolino de caras y cuerpos espantosos se estrechó a su alrededor. Los umbríos del Foso también habían ido en su busca. Docenas de ellos intentaban agarrarlo, y sus dedos se encogían y estiraban como si quisieran desgarrarlo. Tuvo la sensación de que se rompía bajo el peso de sus cuerpos.

En aquel instante retornó la magia, volvió a explotar y los lanzó hacia atrás como si fueran ramas secas.

Esta vez la magia tomó forma. Ante la sorpresa del joven vallense, se materializó en sus manos como una afilada astilla de fuego azul y llamas tan frías y duras como el hierro. No comprendía su origen ni su esencia... pero entendió de forma instintiva su propósito. Irradiaba poder a través de él. Gritando con furia, levantó su nueva arma formando un arco mortal que cortó a las criaturas que lo rodeaban como si fuesen de papel. Caían al instante, y sus voces eran ininteligibles y lejanas mientras morían. Se perdió a sí mismo en la nebulosidad de la matanza, dando golpes como un loco, sin dar reposo a la furia y la desesperación que habían nacido en él con la muerte de su hermano.

¡La muerte que él había causado!

Los umbríos que aún quedaban con vida retrocedieron, tambaleándose como si fueran marionetas. Gritando todavía, con la astilla de fuego mágico en una mano, recogió del suelo la espada de Shannara.

Sintió que la espada quemaba, que le producía un dolor muy agudo.

Al instante, su propia magia fulguró y se extinguió. Sorprendido, saltó hacia atrás,

intentó invocarla de nuevo, pero descubrió que no podía. Todos los umbríos se abalanzaron sobre él. Tras un instante de duda, emprendió una veloz huida. Bordoó las ruinas del puente, tropezando y resbalando en la tierra húmeda, jadeando de rabia y frustración. No sabía a qué distancia lo perseguían las criaturas del Foso. Corría sin mirar atrás, pensando solo en huir, escapando tanto de los horrores que había sufrido como de los umbríos que lo perseguían.

Estaba muy cerca de la pared del acantilado cuando oyó la voz de Damson que lo llamaba, y se dirigió corriendo hacia ella. No podía pensar en nada, salvo en la necesidad de huir. Llevaba la espada de Shannara apretada contra el pecho. Ya no quemaba, ya solo era un arma envuelta en su capa. Cayó de bruces, entre sollozos. Oyó de nuevo la voz de Damson que lo llamaba, y gritó en respuesta.

—Par, Par. ¿Qué ha salido mal? ¿Qué ha pasado? —le preguntó la muchacha mientras lo rodeaba con los brazos e intentaba levantarlo del suelo.

—¡Está muerto, Damson! ¡Coll ha muerto! ¡Yo lo he matado! —respondió Par entre sollozos.

La puerta del muro estaba abierta, un agujero negro con un ser pequeño, peludo y de grandes ojos enmarcado en él. La atravesó, sostenido por Damson, y oyó que se cerraba a su espalda.

Entonces todo y todos desaparecieron en el terrible sonido de su grito.

Una fría, grisácea e insistente llovizna caía sobre los Dientes del Dragón. Morgan Leah, protegiéndose de las inclemencias del tiempo con la capa y la capucha, miraba a lo lejos desde el borde de una vereda que rodeaba un precipicio. Al sur podía ver las siluetas de las colinas, bajas y onduladas, sobre el fondo cubierto por la niebla, pero el río Mermidon era completamente irreconocible. El mundo era un lugar remoto e impreciso, y Morgan experimentó la desagradable sensación de que no sería capaz de encajar de nuevo en él.

Parpadeó para impedir que las gotas de lluvia penetraran en sus ojos, y después los protegió con la mano. Tenía sus cabellos rojizos pegados a la frente y la cara fría. Bajo las ropas empapadas, su cuerpo escondía varias heridas y magulladuras. Temblaba mientras escuchaba los sonidos que se producían en su entorno. El viento azotaba las piedras y las copas de los árboles, y su aullido se imponía a los truenos que rugían al norte. A su espalda había una cascada, donde el agua salpicaba en su caída y se convertía en niebla.

Era un día para reflexionar sobre la vida pasada, pensó Morgan con tristeza. Era un día para empezar de nuevo.

Padishar Creel, embozado en su capa, se acercó a él por detrás. El agua chorreaba por su rostro y sus ropas estaban tan empapadas como las de Morgan.

—¿No te parece que ya es hora de que nos vayamos? —le preguntó en tono amable.

Morgan respondió con un gesto de asentimiento.

—¿Ya estás preparado, muchacho?

—Sí.

—No salieron las cosas como esperábamos, ¿verdad? —preguntó Padishar en voz baja, mirando a lo lejos y dando un suspiro—. Ni siquiera en el más pequeño detalle.

—No lo sé, Padishar —respondió el joven de las tierras altas, tras reflexionar un breve minuto—. Tal vez sí.

Guiados por su jefe, los proscritos habían abandonado los túneles del Saliente a primera hora de aquella mañana y se habían internado en las montañas en dirección noroeste. Los senderos que habían seguido eran estrechos y estaban peligrosamente resbaladizos a causa de la lluvia, pero Padishar pensó que eran más seguros que el desfiladero de Kennon, que sin duda estaría vigilado. Las adversas condiciones climatológicas, a pesar de sus inconvenientes, favorecían su retirada. La lluvia borraba sus huellas y eliminaba cualquier indicio del lugar que habían dejado y hacia el que se dirigían. No habían visto a ningún soldado de la Federación desde que emprendieron la huida. Los proscritos habían perdido el Saliente, pero habían

conseguido salir con vida para continuar la lucha en el futuro.

A media tarde la banda se encontraba cerca de la bifurcación del río Mermidon, dirigiendo su curso al sur hasta el lago del Arco Iris y al este, hacia las llanuras de Rabb. Antes de que se dividiera el grupo, se detuvieron a descansar en un monte del que partían caminos en todas direcciones. Los troles volverían al norte por las montañas de Charnal. Los proscritos se reagruparían en otro de sus reductos. Padishar partiría hacia Tyrsis en busca de Damson y los hermanos vallenses, y Morgan hacia Culhaven, para cumplir la promesa que había hecho a Steff. Cuatro semanas más tarde se reunirían todos en el desfiladero de Jannison. Confiaban en que, en ese plazo de tiempo, los troles habrían conseguido movilizar su ejército y el Movimiento, integrar a sus grupos dispersos. Ese sería el momento oportuno para planear una estrategia con la que reemprender su lucha contra la Federación.

Si alguno de ellos continuaba vivo para hacer planes, pensó Morgan con pesimismo. Ya no estaba seguro de que consiguieran sobrevivir. Lo ocurrido con Teel lo había dejado resentido y escéptico. Ahora sabía lo fácil que era para los umbríos, y para sus aliados de la Federación, infiltrarse en las filas de quienes se enfrentaban a ellos. Cualquiera podía ser un enemigo, y no había manera de distinguirlo. La traición podía llegar de cualquier lado, y era muy probable que llegara. ¿Qué podían hacer para protegerse cuando ignoraban de quién debían protegerse?

Morgan sabía que este problema también preocupaba a Padishar, aunque el jefe de los proscritos sería el último en admitirlo. Lo había observado desde que emprendieron la retirada y, sin duda, veía fantasmas a cada paso.

Igual que él.

Sentía una helada resignación que amenazaba con convertirlo en hielo. Quizá fuera mejor para ambos separarse durante algún tiempo.

—¿No te arriesgas demasiado al regresar a Tyrsis tan pronto? —preguntó de repente.

Quería iniciar una conversación sin importarle el tema con tal de oír la voz de Padishar, pero no se le ocurrió nada mejor que decir.

—No más que otras veces —respondió Padishar, vacilante—. De todas formas, iré disfrazado. —Miró hacia otro lado, inclinando un poco la cabeza, para resguardarse de una racha de viento y de lluvia—. No te preocupes, Morgan. Los hermanos del valle estarán bien. Yo me encargaré de ello.

—Lo que me preocupa es no poder acompañarte —dijo Morgan, sin poder evitar que su voz denotara amargura—. Yo fui el primero que les habló de venir aquí... o, al menos, influí mucho en su decisión. Sin embargo, los abandoné en Tyrsis, y ahora vuelvo a abandonarlos. Pero no tengo otra alternativa. He de cumplir la promesa que hice a Steff. No puedo ignorar...

La frase se atascó en su garganta cuando recordó la imagen de su amigo moribundo y volvió a sentir el agudo y penetrante dolor que le había producido su pérdida. Creyó que se había echado a llorar, pero no había derramado ni una sola

lágrima. Tal vez ya no le quedaban.

—Muchacho, debes cumplir tu promesa —le dijo Padishar, poniendo una mano sobre su hombro—. Estás obligado a hacerlo. Cuando la hayas cumplido, vuelve. Los hermanos del valle y yo te estaremos esperando. Empezaremos juntos de nuevo.

Morgan, que seguía sin poder articular una sola palabra, hizo un gesto de asentimiento. Sintió la lluvia en sus labios y se los secó.

—Todos nosotros hacemos lo que debemos en esta lucha, Morgan Leah —prosiguió Padishar, acercando a él su enérgico rostro y obstaculizando su visión de todo lo demás—. Hemos nacido libres, como proclama nuestro grito; los hombres, los enanos, los troles... todos nosotros. No hay guerras de unos o de otros, solo hay una que todos compartimos. Así que vete a Culhaven y ayuda allí a quienes lo necesiten. Yo iré a Tyrsis y haré lo mismo. Pero siempre nos recordaremos, ¿verdad?

—Siempre, Padishar —respondió el joven de las tierras altas, haciendo un gesto de asentimiento.

—Bien. Entonces toma esto —dijo el jefe de los proscritos dando un paso atrás y entregándole su anillo con el emblema del halcón—. Cuando necesites encontrarme, enséñaselo a Matty Roh en el Silbido de Varfleet. No te preocupes, porque le haré saber dónde estaré. El anillo ha cumplido su misión en una ocasión, y volverá a hacerlo. Ahora sigue tu camino, y buena suerte.

—Que la suerte te acompañe, Padishar —respondió Morgan, estrechando con fuerza la mano que le había tendido el jefe de los proscritos.

—Siempre lo hace, muchacho. Siempre —dijo Padishar Creel, echándose a reír.

Se alejó del joven montañés y se dirigió hacia un bosquecillo de abetos altos donde esperaban los proscritos y los troles. Todos los que pudieron se pusieron en pie e intercambiaron frases de despedida que le llegaron a través de la lluvia. Chandos abrazó a Padishar, otros le dieron afectuosas palmadas en la espalda, algunos de los que yacían en las camillas levantaron la mano para estrechar la suya.

Incluso después de todo lo que había sucedido, seguía siendo el jefe indiscutible, pensó Morgan con admiración.

Los troles empezaron a dirigirse hacia el norte por entre las rocas, y pronto sus enormes y pesadas figuras se confundieron con el paisaje.

Padishar lo estaba observando ahora, y el joven montañés levantó un brazo en señal de despedida. Él se dirigió hacia el este, entre las colinas. La lluvia azotaba su rostro, por lo que tuvo que caminar con la cabeza baja. Sus ojos se enfocaron en el sendero que discurría ante él. Cuando volvió la vista atrás para ver por última vez a aquellos con quienes había luchado y viajado, ya habían desaparecido.

Entonces recordó que no había dicho a Padishar que la espada de Leah conservaba la magia, y que gracias a ella los dos habían conseguido sobrevivir. Tampoco le había hablado de cómo había vencido a Teel ni de cómo había logrado destruir al umbrío. No había tenido tiempo. Pero quizá no fuera esa la verdadera razón. Se trataba de algo que no acababa de comprender. No sabía por qué la hoja

conservaba la magia, y tampoco estaba seguro de haber sido capaz de convocarla. Pensaba que la espada había perdido esa cualidad. Tras lo ocurrido, ¿podía confiar en que conservaba la suficiente magia para salvarlo de nuevo, en caso de que fuera necesario?

Se preguntó cuánto tiempo pasaría hasta que se viera obligado a averiguarlo. Bajó con cautela la ladera de la montaña, y se alejó bajo la lluvia.

* * *

Par Ohmsford vagaba entre el sueño y la vigilia.

No dormía, porque tenía miedo a las pesadillas, pero tampoco estaba despierto, porque entonces tendría que enfrentarse a la realidad de la que deseaba huir.

Simplemente, se limitaba a vagar, medio dentro y medio fuera de cualquier existencia reconocible, en la zona incierta entre lo que es y lo que no es, donde su mente no podía concentrarse y sus recuerdos se dispersaban, donde estaba a salvo tanto del pasado como del futuro, encerrado en sí mismo. Era plenamente consciente de que sobre él se cernía la locura, pero la aceptaba y se rendiría sin ofrecer la más mínima resistencia. Distorsionaba y tergiversaba sus percepciones y pensamientos. Le proporcionaba un refugio. Lo envolvía en el sudario del no ser que lo aislaba de todo... y eso era precisamente lo que necesitaba.

Sin embargo, incluso los muros más sólidos tienen grietas y hendiduras por las que penetra la luz, y lo mismo sucedía con su locura. Sentía cosas... murmullos de vida que no deseaba oír, porque quería huir del mundo. Sentía las mantas que lo cubrían y la cama en que yacía. Veía velas encendidas a través de una neblina líquida, puntos de luz amarilla que eran como islas en un mar tenebroso. Bestias extrañas lo observaban desde los armarios, las estanterías, las cajas y las mesas; y sus caras eran de trapo, con botones por ojos, narices cosidas, orejas caídas o puntiagudas. Mantenían posturas circunspectas que nunca cambiaban. Oía palabras que flotaban en el aire como motas de polvo en los rayos de sol.

—Está muy enfermo, Damson —decía una voz.

—Se está protegiendo, Topo —respondía otra voz.

Damson y el Topo. Sabía quiénes eran, aunque fuese incapaz de identificarlos por completo. Sabía también que hablaban de él, pero no le importaba porque todo le era indiferente.

A veces veía sus caras a través de las grietas y las hendiduras.

El Topo era una criatura peluda con ojos grandes y dubitativos, que se acercaba a él de vez en cuando. En ocasiones, se sentaba junto a las extrañas bestias. Par pensó que se parecía mucho a ellas.

Las llamaba por sus nombres y hablaba con ellas. Pero las bestias nunca le

respondían.

La muchacha lo alimentaba. Damson. Le metía cucharadas de sopa en la boca y lo forzaba a tragarlas. Había algo extraño en ella, algo que lo fascinaba, y por eso intentó hablarle en un par de ocasiones, pero acabó renunciando ante la dificultad de hacerlo. Las palabras huían y se ocultaban. Sus pensamientos se disolvían y, con ellos, la imagen de su cara.

Ella siempre volvía. Se sentaba a su lado y le cogía la mano. Podía sentirlo desde su escondite interior. Le hablaba en voz baja, le acariciaba el rostro con los dedos, conseguía que advirtiera su presencia incluso sin hacer nada. Y eso, sobre todo, fue lo que impidió que consiguiera huir por completo. Habría preferido que lo dejara. Pensaba que llegaría ese momento, que se alejaría hasta que todo desapareciera. Pero ella estaba allí y, aunque en algún instante provocara su frustración e incluso su ira, le gustaba que estuviese cerca. ¿Por qué hacía aquello la muchacha? ¿Deseaba mantenerlo consigo o que la llevase con él?

Empezó a escuchar con mayor atención cuando le hablaba. Sus palabras se hicieron más comprensibles.

—No fue culpa tuya —decía con frecuencia.

Lo repetía y lo volvía a repetir, y él no comprendió el porqué durante mucho tiempo.

—Aquel ser ya no era Coll —le decía también—. Tenías que destruirlo.

Decía esas cosas y, a veces, él creía que las comprendía. Pero, entonces, oscuros nubarrones le invadían la mente y él se apresuraba a esconderse de ellos.

Pero un día ella pronunció las palabras y él las comprendió de inmediato. Despertó por completo, las murallas cayeron y todo se precipitó con la furia helada de una tormenta de invierno. Empezó a gritar sin poder evitarlo. Regresaron los recuerdos barriendo todo lo que había construido con tanto cuidado para impedirles el paso, y su rabia y su angustia se desbordaron. Siguió gritando, y el Topo se alejó de él, las extrañas bestias cayeron de los pies de su cama, vio que las velas fluctuaban a través de sus lágrimas y las tinieblas que se extendían tras ellas danzaban de júbilo.

Fue la muchacha quien lo salvó. Luchó contra la rabia y la angustia, sin hacer caso de sus alaridos, y lo mantuvo abrazado. Lo apretaba como si fuera a escaparse de nuevo, como si corriera el peligro de ser arrastrado definitivamente y ella se negara a permitirlo. Cuando por fin dejó de chillar, descubrió que él también la estrechaba.

Entonces Par se durmió, y disfrutó de un sueño profundo y libre de pesadillas, un sueño restaurador. Cuando despertó, la locura había desaparecido y su mente se había despejado. Supo quién era, reconoció el lugar donde estaba y las caras de Damson Rhee y del Topo. Lo bañaron, le proporcionaron ropas limpias, le dieron de comer y le dejaron que se volviera a dormir. No le hablaron. Quizá comprendieron que aún no estaba en condiciones de responder.

Cuando despertó de nuevo, los recuerdos que había evitado emergieron a la

superficie de su mente como criaturas en busca de aire. Ya no le parecían tan odiosos como antes, aunque le produjeron una gran tristeza y confusión, y una fuerte sensación de vacío. Se enfrentó a ellos y permitió que le hablasen. Y cuando lo hicieron, tomó sus palabras y las enmarcó en ventanas de luz que las revelaron con claridad.

Significaban que el mundo había cambiado de pies a cabeza, pensó.

La espada de Shannara estaba sobre la cama, junto a él. Dudaba entre si había permanecido allí todo el tiempo o si Damson la había puesto después de que volviera en sí. Pero no dudaba de su inutilidad. Se suponía que era un medio para destruir a los umbríos, y había sido completamente ineficaz contra Rimmer Dall. Lo había arriesgado todo para conseguirla, y había sido en vano. Todavía no poseía el talismán que se le había prometido.

Había demasiadas mentiras y verdades, y no sabía cómo distinguir unas de otras. Rimmer Dall le había mentado..., podía sentirlo, pero también le había dicho la verdad. Allanon había dicho la verdad... pero también le había mentado. Ninguno de ellos era, por completo, lo que pretendía ser. Nada era lo que parecía. Incluso él podía ser algo distinto de lo que pensaba, y su magia, la espada de dos filos contra la que su tío Walker siempre lo había prevenido.

Pero los recuerdos más duros y amargos eran los que le quedaban de Coll y de su muerte. Habían transformado a su hermano en un umbrío mientras él intentaba protegerlo, en una criatura del Foso, y él lo había matado por eso. Lo había hecho en contra de su voluntad, porque la magia había actuado por sí misma y lo había destruido. Tal vez no había podido evitarlo, pero esa suposición no le ofrecía consuelo ni perdón. Era el único responsable de la muerte de Coll. Había emprendido aquel viaje por él. Había bajado al Foso por él. Todo lo había hecho por él.

Porque Coll lo quería.

Pensó de repente en la cita con el espíritu de Allanon, que tan importantes misiones había encomendado a todos los Ohmsford, excepto a Coll. ¿Sabía Allanon que iba a morir? ¿Por qué no lo había mencionado? ¿Por qué no le había encomendado nada?

Esa posibilidad enfureció a Par.

El rostro de su hermano se balanceaba en el aire ante él, reflejando todas las expresiones que tan bien recordaba. Podía oír su voz con sus diversos matices, la mezcla de sus tonos. Revivió mentalmente todas las aventuras que habían compartido mientras crecían, las veces que se habían escapado contra la voluntad de sus padres, los lugares que habían recorrido y explorado, las personas que habían conocido. Pasó revista a los acontecimientos de las últimas semanas, empezando por su huida de Varfleet. Muchos estaban teñidos por su propia sensación de culpa, por su necesidad de inculparse. Pero deseaba recordar cómo había sido su hermano Coll.

Coll, que estaba muerto.

Permaneció en la cama durante horas, pensando en ello, examinándolo a la luz de

su entendimiento, intentando aceptar la realidad. Pero no era real... todavía no. Era demasiado terrible para que pudiera ser real, y el dolor y la desesperación, demasiado intensos para darles rienda suelta. Una parte de él se negaba a admitir que Coll se había ido, aunque estaba seguro de ello. Sin embargo, seguía abrigando una absurda y remota esperanza, contra la que luchaba. Al final, acabó renunciando.

Su mundo se redujo. Comió y descansó. Cruzó algunas palabras con Damson. Siguió postrado en la oscura guarida subterránea del Topo, entre los desechos del mundo civilizado, como lo era él, solo un poco más vivo que los animales de juguete que lo vigilaban.

Pero su mente no dejó de trabajar. Volvería a ser fuerte, se prometió a sí mismo, y entonces alguien respondería por lo que le había hecho a Coll.

El prisionero despertó del sueño inducido por las drogas que lo había mantenido paralizado casi desde el mismo momento en que fue capturado. Yacía sobre un jergón en una habitación a oscuras. Le habían quitado las cuerdas que ataban sus manos y pies, y los trapos con que habían tapado sus ojos y amordazado. Ahora podía moverse.

Se sentó muy despacio, luchando por sobreponerse a un súbito vértigo. Sus ojos se acomodaron a la oscuridad, y pudo ver la forma y dimensiones de su prisión. Era espaciosa. Además del jergón, había un banco de madera y una mesa pequeña con dos sillas. También había una ventana con postigos metálicos, así como una puerta de metal, ambas cerradas.

Extendió la mano con cuidado y tocó la pared. Estaba hecha de bloques de piedra y mortero. Habría que cavar mucho para atravesarla.

Superó el vértigo y se puso de pie. Sobre la mesa había una bandeja con pan y agua. Se sentó, comió el pan y bebió el agua. No le pareció que pudiera correr algún peligro por ello, ya que, si hubiesen querido matarlo, ya lo habrían hecho. Conservaba ligeras impresiones del viaje que lo había llevado hasta allí... los sonidos del carro y de los caballos que tiraban de él, las voces bajas de los hombres, el áspero contacto de las manos que lo sostenían mientras lo alimentaban y acostaban, y el dolor que sentía cuando estaba despierto el tiempo suficiente para sentir algo.

Todavía conservaba el sabor amargo de las drogas que le habían obligado a tragar, la mezcla de hierbas machacadas y medicinas que había ardidido en su interior y lo había dejado inconsciente, sumiéndolo en un mundo onírico completamente distinto del real.

Acabó de comer y se levantó despacio. ¿Adónde lo habrían llevado?

Muy despacio, porque todavía se sentía muy débil, se dirigió a la ventana cerrada. Los postigos no encajaban bien y había rendijas. Miró a través de ellas.

Estaba en un lugar muy alto. El sol estival iluminaba una campiña de bosques y lomas cubiertas de hierba que se extendía hasta la orilla de un gran lago, cuya superficie destellaba como plata líquida. Los pájaros volaban sobre sus aguas, elevándose y descendiendo, y sus gritos resonaban en el silencio. Mucho más arriba, los tenues trazos de un gran arco iris atravesaban el lago de orilla a orilla.

La sorpresa le cortó la respiración. Era el lago del Arco Iris.

Recorrió rápidamente con la mirada los muros exteriores de su prisión, la pequeña parte de ellos que era visible desde la ventana.

Eran de granito negro.

Esta vez, su descubrimiento lo aturdió. No daba crédito a sus ojos. Estaba en la

Atalaya del Sur.

Dentro.

¿Pero quiénes eran sus carceleros? ¿La Federación, los umbríos u otros? ¿Y por qué la Atalaya del Sur? ¿Por qué estaba allí? ¿Por qué seguía con vida?

Se quedó abrumado durante un momento. Apoyó la cabeza en el marco de la ventana y cerró los ojos. Demasiadas preguntas. Nunca encontraría la respuesta a todas ellas.

¿Qué habría sido de Par?

Coll Ohmsford se irguió y abrió los ojos. Volvió a mirar por los postigos, contemplando el lejano paisaje, y se preguntó qué destino le habrían reservado sus captores.

Cogline soñó aquella noche. Yacía al abrigo de los árboles del bosque que rodeaba las alturas yermas donde en otros tiempos se había levantado Paranor, removiéndose bajo la fina cobertura de sus ropas, acosado por visiones que lo helaban más que cualquier viento nocturno. Despertó sobresaltado y temblando de miedo.

Había soñado que todos los descendientes de la casa élfica de Shannara estaban muertos.

Lo creyó durante un momento. Después, el miedo dejó paso a una nerviosa irritación que se convirtió en ira. Comprendió que lo que había experimentado era más una premonición de lo que podía ocurrir que una visión de lo que había sucedido.

Se tranquilizó, encendió una pequeña hoguera, la dejó arder hasta que entró en calor, luego cogió un pellizco de polvo plateado de una bolsa que llevaba en la cintura y lo arrojó a las llamas. Se levantó una humareda que llenó el aire de imágenes que destellaban con una luz iridiscente. Esperó, observándolas con atención hasta que desaparecieron.

Entonces profirió un gruñido de satisfacción, apagó la hoguera con los pies, se envolvió en sus ropas y se tendió de nuevo. Las imágenes solo le habían revelado un poco, pero eso era todo lo que necesitaba saber. El sueño no había sido más que eso, un sueño. Los vástagos de la casa élfica de Shannara vivían. Desde luego, había peligros que los acechaban... pero esos peligros habían existido desde el principio. Los había percibido en las imágenes, monstruosas y aterradoras, oscuros fantasmas de posibilidades.

Pero tenía que ser así.

El anciano cerró los ojos y respiró lentamente. Aquella noche no podía hacer otra cosa. Todo, se repitió a sí mismo, era como tenía que ser.

Y cayó en un profundo sueño.



TERRY BROOKS (Sterling, Illinois, EEUU, 1944). Es un célebre y prolífico autor de literatura fantástica, con más de veinticinco *best sellers* en las listas de más vendidos del *New York Times*.

Solo las novelas de la serie «Shannara» cuentan con más de treinta volúmenes, aunque también ha escrito otras sagas, como las de «Landover» o de «Word & Void».

También ha realizado adaptaciones del cine de las películas *Star Wars Episodio I: La Amenaza Fantasma* y *Hook*.